Una antología de relatos
complementarios de la saga CAZADORES DE SOMBRAS
Fantasmas del
Mercado
de
Sombras
CASSANDRA CLARE
SARAH REES BRENNAN · MAUREEN JOHNSON
KELLY LINK · ROBIN WASSERMAN

Un libro de la saga de Cazadores de Sombras

Fantasmas del Mercado de Sombras

de

Cassandra Clare

y

Sarah Rees Brennan, Maureen Johnson

Kelly Link y Robin Wasserman

Estimado lector…

El documento que estás por leer llega a ti gracias al trabajo desinteresado de lectores como tú, gracias a la ardua dedicación de fans esta traducción ha sido posible, y es para el disfrute de los fans. Por esta razón es importante señalar que la traducción puede diferir de una hecha por una editorial profesional, y no está de más aclarar que esta traducción no se considera como oficial.

Este trabajo se ha realizado sin ánimo de lucro, por lo que queda totalmente PROHIBIDA su venta en cualquier plataforma. En caso de que lo hayas comprado, estarás incurriendo en un delito contra el material intelectual y los derechos de autor en cuyo caso se podrían tomar medidas legales contra el vendedor y el comprador.

Las personas involucradas en la elaboración del presente documento quedan deslindados de todo acto malintencionado que se haga con dicho documento.

Los derechos de autor corresponden a las autoras respectivas de la obra, y por esto se incentiva a los lectores a apoyar a las autoras comprando el libro físico si llegara a publicarse en español o el material original (si es posible).

Una traducción de los fundadores de
Shadowhunters Contra la Ley

Contenido

Sombras del Pasado	8
Cada Cosa Exquisita	56
Aprender Sobre La Pérdida	108
Un Amor Más Profundo	140
Los Malvados	177
Hijo Del Alba	234
La Tierra Que Perdí	276
A través de Fuego y Sangre	379
El Mundo Perdido	424
Caído Por Siempre	459
Agradecimientos	510
Agradecimientos… De los Traductores	511

Para nuestros maravillosos lectores

Donde sea que estén físicamente, sean hombres o mujeres, fuertes o débiles, en salud o enfermedad…. todas estas cosas importan menos que lo que su corazón contiene. Si tienes el alma de un guerrero, eres un guerrero. Cualquier color, forma o diseño de la sombra que lo resguarde, la flama dentro de la lámpara sigue siendo la misma. Tú eres esa flama.

FANTASMAS DEL MERCADO DE SOMBRAS #1
CASSANDRA CLARE
SARAH REES BRENNAN
SOMBRAS DEL PASADO
Una novela del mundo de CAZADORES DE SOMBRAS

Fantasmas del Mercado de Sombras

Libro 1

Sombras del Pasado

de

Cassandra Clare

y

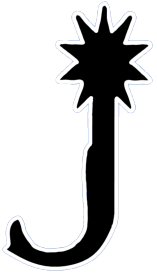
Sarah Rees Brennan

Antiguos pecados proyectan largas sombras

—Proverbio Inglés

Sinopsis

Matthew Fairchild es el hijo de la Cónsul y el chico de cabello dorado de los nefilim. Él tiene el amor de su familia y de su *parabatai* James Herondale, y nada que desear, excepto la emoción, el arte y la belleza que no parecen encajar en la forma de vida de un guerrero. Matthew obtiene más de lo que esperaba en el Mercado de Sombras, donde comete el mayor pecado de su vida, algo que nunca puede contarle a su *parabatai*, ni a ninguno de los honorables cazadores de sombras que lo rodean.



El Mercado de Sombras, Londres, 1901.

El viaducto ferroviario pasó a poca distancia de la iglesia de San Salvador. Había habido una discusión entre los mundanos sobre la posibilidad de demoler la iglesia para dar paso al ferrocarril, pero se encontró con una oposición inesperadamente feroz. En cambio, el ferrocarril tomó una ruta un poco más tortuosa, y aún permanecía la aguja de la iglesia, una daga de plata contra el cielo nocturno.

Debajo de los arcos, cruces y del traqueteo de rieles, se celebraba un mercado mundano de día, la mayor asociación de tiendas de comestibles en la ciudad. Por la noche, el mercado pertenecía al submundo.

Vampiros y hombres lobo, brujos y hadas, se encontraban bajo las estrellas y bajo un *glamour* que los ojos humanos no podían atravesar. Tenían locales mágicos que se colocaban en el mismo orden que los locales mundanos, debajo de puentes y a través de callejones, pero las tiendas del Mercado de Sombras no vendían manzanas o tulipanes. Debajo de los arcos oscuros los locales brillaban, cargados de campanas y cintas, llenas de color: verde serpiente, rojo fiebre, y el llamativo naranja de las flamas. El Hermano Zachariah olía incienso quemándose y podía escuchar las canciones de los hombres lobo hablando sobre sobre la distante belleza de la luna, y las hadas llamando a los niños para que se fueran *lejos, lejos.*

Era el primer Mercado de Sombras del Año Nuevo para los ingleses, aunque todavía no cambiaban de año en China. El Hermano Zachariah había dejado Shangai cuando era un niño, y Londres cuando tenía diecisiete, para ir a la Ciudad Silenciosa, donde no había forma de llevar el paso del tiempo más que con las cenizas de nuevos guerreros que llegaban a descansar allí. Todavía recordaba las celebraciones del Año Nuevo en sus años humanos, desde el ponche de huevo y las lecturas de la fortuna en Londres a los fuegos artificiales y saborear los pasteles de luna en Shanghai.

Ahora la nieve estaba cayendo en Londres. El aire era fresco y frío como una manzana recién cortada, y se sentía bien en el rostro. Las voces de sus hermanos eran un canturreo en su mente, dándole al Hermano Zachariah un poco de espacio.

Zachariah estaba en una misión, pero se tomó un rato para apreciar que estaba en Londres, en el Mercado de Sombras, para respirar el aire limpio del polvo de los fallecidos. Se sentía parecido a la libertad, como ser joven de nuevo.

Se regocijó, pero eso no significaba que las personas en el Mercado de Sombras estuvieran tan felices como él. Observó que muchos subterráneos, e incluso algunos mundanos con la Visión, se lanzaban miradas que claramente no eran de bienvenida. Mientras se movía, un murmullo oscuro se fue pasando de conversación en conversación alrededor de él.

Los habitantes del submundo consideraban el Mercado como un lugar lejos de los ángeles. Claramente no disfrutaban de su presencia entre ellos. El Hermano Zachariah era uno de los Hermanos Silenciosos, una hermandad sin voz que vivía entre huesos viejos, comprometida a permanecer en aislamiento con corazones dedicados al polvo de su ciudad y a sus muertos. Nadie podría esperar que alguien abrazara a un Hermano Silencioso, y es probable que estas personas ni siquiera disfrutaran de la aparición de cualquier cazador de sombras.

Mientras tenía estas dudas, vió algo mucho más extraño de lo que cualquiera esperaría ver en el Mercado.

Había un cazador de sombras bailando el cancán[1] con tres hadas. Era el hijo más joven de Charlotte y Henry Fairchild, Matthew Fairchild. Su cabeza estaba inclinada hacia atrás, su cabello brillante como el fuego, y estaba riendo.

El Hermano Zachariah tuvo solo un instante para preguntarse si Matthew había sido hechizado, hasta que el chico lo vio y se lanzó hacia delante, dejando a las hadas molestas a su espalda. Las hadas no estaban acostumbradas a que los mortales escaparan de sus bailes.

Matthew no pareció notarlo. Corrió hacia el Hermano Zachariah, puso un brazo lleno de vitalidad alrededor de su cuello, y pasó su cabeza debajo de la capucha del Hermano Silencioso para darle un beso en la mejilla.

—¡Tío Jem! —exclamó Matthew alegremente—. ¿Que te trae por aquí?

---

[1] N.T. Baile de alta energía y exigencia física que se convirtió en un conocido music hall en la década de 1840, continuando su popularidad en el cabaré francés hasta nuestros días.

* * *

La Academia de Cazadores de Sombras, Idris, 1899.

Matthew Fairchild difícilmente perdía los estribos. Cuando lo hacía, intentaba hacer la ocasión memorable.

La última vez había sido hacía dos años, durante el periodo de corta duración que Matthew había vivido en la Academia de Cazadores de Sombras, una escuela destinada a la producción en masa de perfectos luchadores contra demonios. Comenzó con la mitad de la escuela abarrotada en la cima de una torre, mirando a los padres llegar después de un incidente en el bosque con un demonio.

El habitual buen humor de Matthew ya había sido dolorosamente probado. Su mejor amigo, James, estaba siendo culpado por el incidente, simplemente porque James tenía una pequeña e insignificante cantidad de sangre demoníaca y la —cosa por la cual Matthew pensaba que era prodigiosamente afortunado—, capacidad de transformarse en una sombra. James estaba siendo expulsado. Las verdaderas personas a quien debían culpar, eran la verruga absoluta que era Alastair Carstairs y sus amigos podridos, no estaban siendo expulsados. La vida en general, y la Academia en particular, fue un desfile positivo de injusticia.

Matthew ni siquiera había tenido la oportunidad de preguntarle a James si aún quería ser su *parabatai*. Había estado planeando pedirle que fueran compañeros de batalla bajo aquel juramento, de una manera muy elaborada y elegante para que Jamie estuviera demasiado impresionado como para rechazarlo.

El señor Herondale, el padre de James, fue uno de los primeros padres en llegar. Lo vieron entrar por las puertas con su cabello negro revuelto por el viento y la ira. El señor Herondale tenía un indudable encanto.

Las pocas chicas a quienes se les permitía ir a la Academia lanzaban miradas especulativas a James. James se removía en su lugar con la cabeza dentro de un libro, tenía un desafortunado corte de pelo y una actitud modesta, pero tenía un parecido muy marcado con su padre.

James, el Ángel bendiga su alma inconsciente, no se dio cuenta de las atenciones de las personas. Se escabulló para ser expulsado, hundido en la desesperación.

—Dios mío —dijo Eustace Larkspear—. Lo que se *sentiría* tener a un padre como ese.

—Escuché que estaba loco —dijo Alastair, y soltó una carcajada—. Tendrías que estarlo, para casarte con una criatura con sangre infernal y tener hijos que fueran…

—No —dijo el pequeño Thomas en voz baja. Para sorpresa de todos, Alastair puso los ojos en blanco y desistió.

Matthew querría ser quien hubiera detenido a Alastair, pero Thomas ya lo había hecho y Matthew no podía pensar en ninguna forma de detener a Alastair permanentemente sin desafiarlo a un duelo. Ni siquiera estaba seguro de que eso funcionaría. Alastair no era un cobarde, y probablemente aceptaría el desafío y luego hablaría el doble. Además de eso, meterse en peleas no era precisamente el estilo de Matthew. Podía pelear, pero no creía que la violencia resolviera muchos problemas.

A parte del problema de los demonios que destruyen el mundo, ese sí.

Matthew abandonó la torre abruptamente y vagó por los pasillos de la Academia de mal humor. A pesar de su compromiso con la melancolía oscura, sabía que tenía el deber de no perder la pista de Christopher y Thomas Lightwood por mucho tiempo.

Cuando tenía seis años, el hermano mayor de Matthew, Charles Buford, y su madre habían salido de la casa para una reunión en el Instituto de Londres. Charlotte Fairchild era la Cónsul, la persona más importante de todos los cazadores de sombras, y Charles siempre había estado interesado en su trabajo en lugar de molestar a los insoportables nefilim por tomarse su tiempo. Mientras se preparaban para ir, Matthew estaba en el pasillo llorando y negándose a soltarse el vestido de su madre.

Mamá se había arrodillado y le había pedido a Matthew que se ocupara de papá por ella mientras ella y Charles estaban fuera.

Matthew se tomó esa responsabilidad seriamente. Papá era un genio, y uno que la mayoría de la gente consideraba inválido, porque no podía caminar. A menos que lo vigilaran cuidadosamente, se olvidaría de comer en la emoción de la invención. Papá no podía seguir sin Matthew, por eso era absurdo que él hubiera sido enviado a la Academia en primer lugar.

A Matthew le gustaba cuidar de la gente, y era bueno en eso. Cuando tenían ocho años, Christopher Lightwood había sido descubierto en el laboratorio de su padre, interpretando lo que papá describió como un experimento muy intrigante. Matthew había notado que ahora faltaba una pared en el laboratorio, y cobijó a Christopher bajo su ala.

Christopher y Thomas eran verdaderos primos, sus padres eran hermanos. Matthew no era un primo de verdad: solo llamaba a los padres de Christopher y Thomas, tía Cecily y tío Gabriel, y tía Sophie y tío Gideon, respectivamente, por cortesía. Sus padres solo eran

amigos. Mamá no tenía familia cercana y la familia de papá no aprobó que mamá fuera Cónsul.

James era el primo de sangre de Christopher. La tía Cecily era la hermana del señor Herondale. El señor Herondale dirigía el Instituto de Londres, y los Herondale solían cerrarse en sí mismos. Las personas poco amables decían que era porque eran snobs o se creían superiores, pero Charlotte dijo que esas personas eran ignorantes. Ella le dijo a Matthew que los Herondales tendían a cerrarse en sí mismos ya que habían experimentado la falta de amabilidad debido a que la señora Herondale era una bruja.

Aún así, cuando dirigías un Instituto, no podías ser completamente invisible. Matthew había visto a James en varias fiestas antes y había intentado adquirirlo como amigo, excepto que Matthew se vio obstaculizado porque sintió que debía contribuir a que las fiestas fueran un éxito y James tendía a estar en un rincón, leyendo.

Por lo general, era fácil para Matthew hacer amigos, pero no veía el punto a menos que fuera un desafío. Los amigos que eran fáciles de obtener podrían ser fáciles de perder, y Matthew quería conservar a la gente.

Había sido bastante demoledor cuando a James pareció no gustarle demasiado Matthew, pero Matthew se lo había ganado. Todavía no estaba del todo seguro de cómo, lo que lo inquietaba, pero James se había referido recientemente a sí mismo, Matthew, Christopher y Thomas como los tres mosqueteros y D'Artagnan, de un libro que le gustaba. Todo había ido espléndido, aparte de la pérdida de papá, pero ahora James estaba siendo expulsado y todo estaba arruinado. Aún así, Matthew no podía olvidar sus responsabilidades.

Christopher tenía una relación tempestuosa con la ciencia, y el profesor Fell le había ordenado a Matthew que no dejase que Christopher entrara en contacto con ningún material inflamable después de la última vez. Thomas era tan callado y pequeño que siempre lo estaban perdiendo, parecía más una canica humana, y si se lo dejaban libre, inevitablemente iría rodando hacia Alastair Carstairs.

Esa era una horrible situación con un solo lado bueno. Era algo fácil localizar a Thomas cuando se perdía. Matthew sólo tenía que seguir el sonido de la irritante voz de Alastair.

Desafortunadamente, eso significaba verse obligado a contemplar la irritante cara de Alastair.

Lo encontró rápidamente, mirando por la ventana, con Thomas tímidamente parado junto a su codo.

La adoración de héroe de Thomas era inexplicable. Las únicas cosas que Matthew podía encontrar que le gustaban de Alastair eran sus extraordinariamente expresivas cejas, y las cejas no hacían al hombre.

—¿Estás muy triste, Alastair? —Matthew escuchó a Thomas preguntar mientras se aproximaba, empeñado en recuperarlo.

—Deja de molestar, enano —dijo Alastair, aunque su voz tenía un tono amable, incluso él no podía oponerse a ser fuertemente adorado.

—Ya escuchaste a la víbora —dijo Matthew—. Aléjate, Tom.

—Ah, Mamá Gallina Fairchild —soltó Alastair con desprecio—. Qué amada esposa serás para alguien un buen día.

Matthew se indignó al ver la pequeña sonrisa de Thomas, aunque Thomas rápidamente la ocultó por respeto a los sentimientos de Matthew. Thomas era manso y muy afligido por sus hermanas. Creía que ver a Alastair ser grosero con todo el mundo era algo atrevido.

—Me gustaría poder decir lo mismo de ti —dijo Matthew—. ¿No ha pensado un alma amable informarte que tu peinado es, usando las palabras más suaves que pueda, poco aconsejable? ¿Un amigo? Tu padre? ¿A nadie le importas lo suficiente como para evitar que hagas un espectáculo de ti mismo? ¿O simplemente estás demasiado ocupado perpetrando actos de maldad sobre inocentes como para molestarte por tu desafortunado aspecto?

—¡Matthew! —dijo Thomas—. Su amigo *murió*.

Matthew deseó encarecidamente señalar que Alastair y sus amigos habían sido quienes desataron a un demonio sobre James, y que su desagradable travesura fallida no fue más que su merecido. Podía ver, sin embargo, que angustiaría enormemente a Thomas.

—Oh, muy bien. Déjanos ir —dijo—. Aunque no puedo evitar preguntarme de quién fue la idea de su pequeño truco.

—Espera un momento, Fairchild —espetó Alastair—. Puedes adelantarte, Lightwood.

Thomas se veía profundamente preocupado mientras se iba, pero Matthew pudo ver que no quería desobedecer a su ídolo. Cuando los preocupados ojos color avellana de Thomas miraron a Matthew, Matthew asintió, y Thomas se marchó a regañadientes.

Cuando se fue, Matthew y Alastair se enfrentaron. Matthew entendió porqué Alastair había mandando lejos a Thomas. Se mordió el labio, resignado a una discusión.

En lugar de eso Alastair dijo:

—¿Quien te crees *tú* para jugar al moralista, hablando sobre trucos y padres, considerando las circunstancias de tu nacimiento?

Matthew frunció el ceño.

—¿De qué demonios estás hablando, Carstairs?

—Todos hablan de tu madre y sus ambiciones poco femeninas —dijo el horrible gusano inconcebible de Alastair Carstairs. Matthew resopló para no darle importancia pero Alastair subió más su tono de voz, insistiendo en el tema—. Una mujer no puede ser una buena Cónsul. Sin embargo tu madre puede continuar su carrera política, claro está, porque cuenta con el fuerte apoyo de los poderosos Lightwood.

—Es cierto que nuestras familias son amigas —dijo Matthew—. ¿No estás familiarizado con el concepto de la amistad, Carstairs? Que trágico para ti, aunque todos en el universo lo comprendan.

Alastair alzó sus cejas.

—Oh, grandes amigos, sin duda. Tu mamá debe necesitar compañía, ya que tu padre no puede hacer el papel de hombre.

—¿Disculpa? —dijo Matthew.

—Es extraño que hayas nacido tanto tiempo después del terrible accidente de tu padre —respondió Alastair, retorciendo un bigote imaginario—. Aún más extraño es que la familia de tu padre no tenga nada que ver con ustedes, hasta el punto de exigirle a tu madre que renuncie a su nombre de casada. Es notable que no te parezcas en nada a tu padre y tu aspecto sea tan parecido al de Gideon Lightwood.

Gideon Lightwood era el padre de Thomas. No era de extrañar que Alastair hubiera enviado a Thomas lejos antes de hacer una acusación ridícula como esa.

Era absurdo. Tal vez era cierto que Matthew tenía el pelo rubio, mientras que el de su madre era marrón y el de su padre y el de Charles Buford era rojo. La madre de Matthew era pequeña, pero la cocinera dijo que creía que Matthew sería más alto que Charles Buford. El tío Gideon solía estar con mamá. Matthew sabía que había hablado por ella cuando estaba en desacuerdo con la Clave. Mamá una vez lo había llamado su buen y fiel amigo. Matthew nunca antes había pensado mucho sobre eso

Su madre decía que su papá tenía un rostro tan querido, amable y pecoso. Matthew siempre deseó parecerse a él.

Pero no lo hacía.

—No entiendo lo que quieres decir —dijo, la voz de Matthew sonó extraña en sus propios oídos.

—Henry Branwell no es tu padre —escupió Alastair—. Eres el bastardo de Gideon Lightwood. Todo el mundo lo sabe excepto tú.

En una rabia blanca y cegadora, Matthew lo golpeó en la cara. Luego fue a buscar a Christopher, despejó el área y le dio un par de cerillos.

Pasó un tiempo breve pero lleno de acontecimientos antes de que Matthew dejara la escuela, para nunca regresar. En ese intervalo, un ala de la Academia estalló.

Matthew se dio cuenta de que había sido algo bastante impactante, pero mientras estaba trastornado también exigió que James fuera su *parabatai* y, por algún milagro, James estuvo de acuerdo. Matthew y su padre acordaron pasar más tiempo en la casa londinense de los Fairchild para que Matthew pudiera estar con su padre y su *parabatai*. Tenía todo, pensó Matthew, funcionó bastante bien.

Si tan solo pudiera olvidar.

* * *

El Mercado de Sombras, Londres, 1901.

Jem se detuvo en medio de las llamas danzarinas y los arcos de hierro negro del Mercado de Londres, sorprendido por la aparición de un rostro familiar en un contexto inesperado, y más aún por el saludo caluroso de Matthew.

Conocía al hijo de Charlotte, por supuesto. Su otro hijo, Charles, siempre fue muy frío y distante cuando se encontró con el Hermano Zachariah en un asunto oficial. El Hermano Zachariah sabía que los Hermanos Silenciosos estaban destinados a separarse del mundo. El hijo de su tío Elías, Alastair, lo dejó muy claro cuando el Hermano Zachariah se acercó a él.

Así es como debe ser, dijeron sus hermanos en su mente. Él no siempre podía distinguir una de sus voces de las demás. Eran un coro silencioso, una canción silenciosa y omnipresente.

Jem no habría tenido nada en contra Matthew si se sintiera de la misma manera que muchos otros, pero no parecía hacerlo. Su rostro brillante y delicado mostraba consternación con demasiada claridad.

—¿Estoy siendo demasiado familiar? —preguntó ansioso—. Solo supuse que como yo soy el *parabatai* de James y así es como él te llama, podría hacerlo también.

Por supuesto que puedes, dijo el Hermano Zachariah.

James lo hacía, y la hermana de James, Lucie, y la hermana de Alastair, Cordelia, también lo hacían. Zachariah consideraba que eran los tres niños más dulces del mundo. Sabía que podía ser poco imparcial, pero la fe creaba verdad.

Matthew sonrió resplandeciente. Zachariah se acordó de la madre de Matthew y de la bondad que había tenido con tres huérfanos cuando ella apenas era más que una niña.

—Todos hablan de ti todo el tiempo en el Instituto de Londres —confesó Matthew—. James y Lucie y el tío Will y la tía Tessa también. Siento que te conozco mucho mejor de lo que realmente lo hago, así que te pido disculpas si supero tu bondad.

No puede haber intrusión cuando siempre eres bienvenido, dijo Jem.

La sonrisa de Matthew se extendió. Fue una expresión extraordinariamente atractiva. Su calidez estaba más cerca de la superficie que la de Charlotte, pensó Jem. Nunca le habían enseñado a cerrarse en sí mismo, a no hacer otra cosa que deleitarse y confiar en el mundo.

—Me gustaría escuchar todo acerca de las aventuras de tío Will y tía Tessa desde tu punto de vista —propuso Matthew—. ¡Debes haber pasado momentos muy emocionantes! Nada así de divertido nos sucede nosotros. Por la forma en que todos lo hablan, uno podría pensar que tuviste una pasión dramática con tía Tessa antes de hacerte Hermano Silencioso. —Matthew dejó de hablar—. ¡Perdón! Se me ha escapado la lengua. Soy desatento y me emociono por hablar contigo correctamente. Estoy seguro que es extraño pensar en tu vida pasada. Espero no haberle molestado ni ofendido. Lloro por la paz.

La paz, repitió la voz del Hermano Zachariah, entretenido.

—Estoy seguro de que podrías haber tenido una aventura tórrida con cualquier persona que quisieras, por supuesto —dijo Matthew—. Cualquiera puede ver eso. Oh Señor, eso fue algo imprudente, ¿no?

Es muy amable de tu parte decirlo, dijo el Hermano Zachariah. *¿No es una buena noche?*

—Puedo ver que eres un tipo muy discreto —dijo Matthew, y le dio unas palmaditas en la espalda al Hermano Zachariah.

Vagaron por los puestos del Mercado de Sombras. El Hermano Zachariah estaba buscando a un brujo en particular, que había enviado un mensaje diciendo que podría ser de alguna ayuda.

—¿Sabe el tío Will que estás en Londres? —preguntó Matthew—. ¿Vas a verlo? Si el tío Will descubre que estabas en Londres y no fuiste, y yo lo sabía, ¡eso sería el fin para mí! Una vida joven cortada en su mejor momento. Una brillante flor de virilidad que se marchitó prematuramente. Es mejor que pienses en mí y en mi perdición, tío Jem, realmente deberías.

¿Debería?, preguntó el Hermano Zachariah. Era bastante obvio lo que Matthew deseaba saber.

—¿Sería muy amable de tu parte si te abstuvieras de mencionar que me viste en el Mercado de Sombras? —dijo Matthew con una sonrisa cautivadora y un aire distinto de aprehensión.

Los Hermanos Silenciosos son, por lo general, terribles chismosos, dijo el Hermano Zachariah. *Sin embargo, por ti, Matthew, haré una excepción.*

—¡Gracias, tío Jem! —Matthew unió su brazo con el de Jem—. Puedo ver que seremos grandes amigos.

Debía ser un contraste horrible para el Mercado, pensó Jem, al ver a este niño brillante y feliz colgando tan despreocupadamente del brazo de un Hermano Silencioso, encapuchado y cubierto por una capa y casi envuelto en la oscuridad. Matthew parecía felizmente inconsciente de la incongruencia.

Creo que lo seremos, dijo Jem.

—Mi prima Anna dice que el Mercado de Sombras es tremendamente divertido —dijo Matthew feliz—, por supuesto que conoces a Anna. Siempre es tremendamente divertida y tiene el mejor gusto en chalecos de Londres. Conocí a algunas hadas muy agradables que me invitaron, y pensé en ir a verlas.

Las hadas con las que Matthew había estado bailando anteriormente pasaban rápidamente, rayas de luz en coronas de flores. Un niño hada, con los labios manchados con el jugo de fruta extraña, hizo una pausa y guiñó un ojo a Matthew. Parecía no estar molesto por haber sido abandonado en su baile, aunque las apariencias rara vez eran reales con las hadas. Matthew vaciló, mirando cautelosamente al Hermano Zachariah, y luego le devolvió el gesto.

El Hermano Zachariah sintió que tenía que advertirle:

Tus amigos pueden querer hacer travesuras. Las hadas a menudo lo hacen.

Matthew sonrió, la encantadora expresión se volvió maliciosa.

—Me refiero a travesuras que con frecuencia hago yo mismo.

Eso no es exactamente lo que quiero decir. Tampoco pretendo insultar a ningún subterráneo. Hay tantos subterráneos confiables como cazadores de sombras, lo que significa que lo opuesto también es cierto. Sería sabio recordar que no todos los que están en el Mercado de Sombras miran con agrado a los nefilim.

—¿Quién puede culparlos? —dijo Matthew alegremente—. La mayoría son pretenciosos. ¡Excepto los aquí presentes, tío Jem! Mi padre tiene un amigo brujo del que habla con frecuencia. Inventaron los portales juntos, ¿lo sabías? Me gustaría tener un amigo íntimo subterráneo también.

Magnus Bane sería un buen amigo para cualquier persona, estuvo de acuerdo el Hermano Zachariah.

Hubiera parecido una falta de respeto hacia Magnus, que había sido tan buen amigo del *parabatai* de Jem, presionar el problema de Matthew más allá. Quizás estaba siendo demasiado cauteloso. Muchos de los subterráneos estaban seguros de ser tomados con el encanto de Matthew.

Will había dejado claro que su Instituto estaba allí para ayudar a los subterráneos que buscaban ayuda, tan seguro como lo era para mundanos y cazadores de sombras. Tal vez esta nueva generación podría crecer con más comprensión a los subterráneos que cualquiera de ellos.

—Anna no está aquí esta noche —agregó Matthew—. Pero tú lo estás, así que todo está bien. ¿Qué vamos a hacer juntos? ¿Buscas algo en especial? Pensé que podría comprarle un libro a Jamie y a Luce. Podría ser cualquier libro. Los aman todos.

El aprecio de Jem creció al escuchar a Matthew hablar de James y Lucie con un afecto tan evidente.

Si vemos un libro adecuado, dijo, *lo compraremos para ellos. Preferiría no comprarles un tomo de peligrosos encantamientos.*

—Por el Ángel, no —dijo Matthew—. Luce lo leería con seguridad. Lu es algo temeraria para ser alguien tan silenciosa.

En cuanto a mí, dijo Jem, *tengo un encargo de alguien a quien tengo en gran estima. Por respeto a ellos, no puedo decir nada más.*

—Lo entiendo completamente —dijo Matthew, luciendo satisfecho de tener estar tan en confianza de Jem—. No preguntaré, pero ¿hay algo que pueda hacer para ayudar? Puedes confiar en mí, si lo haces. Amamos a las mismas personas, ¿no?

Gracias sinceramente por la oferta.

No había forma de que este niño lo ayudara, no en la búsqueda actual, pero su presencia hizo que Zachariah se sintiera como si pudiera tomar un poco de la inocente curiosidad de Matthew mientras curioseaba por el Mercado y paseaban alrededor de sus sonidos y vistas juntos.

Había puestos que vendían frutas de hadas, aunque también había un hombre lobo fuera del puesto que hacía comentarios oscuros sobre haber sido engañado y no hacer tratos con hombres trasgos. Había puestos con toldos a rayas rojas y blancas que vendían toffee de ceniza, aunque el Hermano Zachariah tenía dudas sobre su procedencia. Matthew se detuvo y se rió de pura alegría por una bruja de piel azul que hacía juegos malabares con unicornios de juguete, conchas de sirenas y pequeñas ruedas en llamas, y coqueteó hasta que ella le dijo que se llamaba Catarina. Ella agregó que sin duda él no la llamaría, pero cuando sonrió ella le devolvió la sonrisa. El Hermano Zachariah imaginaba que la gente generalmente lo hacía.

El Mercado de Sombras en su conjunto parecía bastante desconcertado con Matthew. Estaban acostumbrados a cazadores de sombras que llegaban en busca de testigos o culpables, sin demostrar gran entusiasmo.

Matthew aplaudió cuando otro puesto se acercó furtivamente a él, caminando sobre patas de pollo. Una mujer hada con el pelo cubierto de cabellos de diente de león se asomó entre los viales de luces y líquidos de muchos colores.

—Hola, guapo —dijo, su voz ronca como un ladrido.

—¿Con quién de nosotros estás hablando? —preguntó Matthew, riéndose y apoyando el codo contra el hombro del Hermano Zachariah.

La mujer hada miró a Zachariah con sospecha.

—Aaah, un Hermano Silencioso en nuestro humilde mercado. Los nefilim considerarían que estamos siendo honrados.

¿Te sientes honrada? preguntó Zachariah, cambiando su postura ligeramente para quedarse de manera protectora frente a Matthew.

Inconsciente, Matthew pasó junto a Zachariah para examinar los frascos que tenía ante sí.

—Muy buenas pociones —dijo, mostrando su sonrisa a la mujer—. ¿Las hiciste tú misma? Buen espectáculo. Eso te convierte en una especie de inventora, ¿no es así? Mi padre es un inventor.

—Me complace tener a alguien en el Mercado interesado en mi mercancía —dijo la mujer, inflexible—. Veo que tienes una lengua de miel para combinar con tu cabello. ¿Cuantos años tienes?

—Quince —respondió Matthew rápidamente.

Él comenzó a ordenar los frascos, sus anillos chocando contra el cristal y sus tapones de madera y oro o plata, mientras hablaba sobre su padre y las pociones de hadas sobre las que había leído.

—Ah, quince veranos, y por tu aspecto, ha sido todo verano. Algunos dirían que solo un río poco profundo podría destellar tan brillante —dijo la mujer hada, y Matthew la miró, un niño descuidado que se sorprendía por cualquier daño hacia su persona. Su sonrisa dudó por un instante.

Antes de que Jem pudiera intervenir, la sonrisa volvió.

—Ah bueno. «No tiene nada, pero lo ve todo. ¿Qué más puede uno desear?» —citó Matthew—. Oscar Wilde. ¿Conoces su trabajo? Oí que a las hadas les gusta robar poetas. Definitivamente debiste haber intentado robarlo.

La mujer se rió.

—Tal vez lo hicimos. ¿Deseas que te roben, cariño?

—No creo que a mi mamá, la Cónsul, le guste eso en absoluto, no.

Matthew continuó radiante sobre ella. El hada pareció confundida por un momento, luego le devolvió la sonrisa. Las hadas podían pinchar como espinas porque era su propia naturaleza, no porque significara daño.

—Esto es un encantamiento de amor —dijo la mujer hada, señalando con la cabeza hacia un frasco lleno de una sustancia rosa delicadamente brillante—. No es útil para ti, el hijo más bello de los nefilim. Sin embargo, esto cegaría a tus oponentes en una batalla.

Imagino que sí, dijo el Hermano Zachariah, estudiando el vial lleno arena de color carbón.

Matthew estaba claramente complacido de escuchar sobre las pociones. Zachariah estaba seguro de que el chico de Henry había sido obsequiado con historias sobre esos elementos durante la cena una y otra vez.

—¿Cuál es este? —preguntó Matthew, señalando un frasco púrpura.

—Ah, otro que no sería de interés para los nefilim —dijo la mujer despectivamente—. ¿Qué necesidad tendrías de una poción que hace que quien la toma te diga toda la verdad? Vosotros, los cazadores de sombras, no tenéis secretos entre vosotros, según he oído. Además de eso, tenéis esa Espada Mortal para probar que uno de ustedes está diciendo la verdad. Aunque yo llamo a eso un negocio brutal.

—*Es* brutal —agregó Matthew con vehemencia.

La mujer hada casi parecía triste.

—Vienes de un pueblo brutal, dulce niño.

—Yo no —dijo Matthew—. Yo creo en el arte y la belleza.

—Podrías ser despiadado un día, por todo eso.

—No, nunca —insistió Matthew—. No me importan en absoluto las costumbres de los cazadores de sombras. Me gustan mucho más las formas de los subterráneos.

—Ah, halagas a una anciana —dijo el hada, agitando una mano, pero su cara se arrugó como una manzana complacida cuando sonrió una vez más—. Ahora ven, ya que eres un niño querido, déjame mostrarte algo muy especial. ¿Qué dirías de un frasco de estrellas destiladas, que garantiza a quien lo lleve una larga vida?

Suficiente, dijeron las voces en la cabeza de Zachariah.

Los cazadores de sombras no hacen tratos por sus propias vidas, dijo el Hermano Zachariah, y tiró de la manga de Matthew.

Matthew se sacudió y graznó una protesta.

Las pociones de la mujer eran con toda probabilidad agua coloreada y arena, dijo Zachariah. *No malgastes tu dinero ni hagas ningún otro negocio con las hadas. Debes tener cuidado en el Mercado. Venden desamor y sueños.*

—Oh, muy bien —dijo Matthew—. ¡Mira, tío Jem! Ese hombre lobo tiene un puesto de libros. Los hombres lobo son lectores sorprendentemente ardientes, ¿sabes?

Él se precipitó y comenzó a hacer preguntas ingenuas a una chica lobo con un vestido primoroso, que pronto se daba palmaditas en el pelo y se reía de sus tonterías. La

atención del Hermano Zachariah fue repentinamente detenida por el brujo que había estado buscando.

Espérame aquí, le dijo a Matthew, y fue a ver a Ragnor Fell al lado de un fuego construido debajo de uno de los arcos del ferrocarril.

Cuando el fuego saltó, dio origen a las chispas verdes que coincidían con la cara inteligente del brujo y encendió su cabello blanco como la nieve, curvándose alrededor del rizo más duro de sus cuernos.

—Hermano Zachariah —dijo asintiendo—. Un placer, pero me gustaría tener mejores noticias para ti. Ah bueno. Las malas noticias vienen como la lluvia y las buenas noticias como un rayo, apenas vistas antes de un choque.

Un pensamiento alegre, dijo el Hermano Zachariah, su corazón se hundió.

—Fui a varias fuentes acerca de la información que solicitaste —dijo Ragnor—. Tengo una pista, pero tengo que decírtelo, me advirtieron que esta búsqueda podría ser fatal: que ya ha resultado fatal para más de una persona. ¿De verdad quieres que siga la iniciativa?

Sí, dijo el Hermano Zachariah.

Él había esperado más. Cuando se encontró con Tessa en el puente ese año, parecía preocupada mientras hablaba con él. Había sido un día gris. El viento había soplado su cabello castaño hacia atrás desde la cara diciendo que los problemas podían afectar de la manera en que el tiempo no podía. A veces parecía que su rostro era todo el corazón que le quedaba. No podía hacer mucho por ella, pero una vez había prometido pasar su vida protegiéndola del mismo viento del cielo.

Tenía la intención de mantener su palabra en eso al menos.

Ragnor Fell asintió.

—Seguiré buscando.

Yo también lo haré, dijo el Hermano Zachariah.

La cara de Ragnor cambió a una mirada de profunda alarma. El Hermano Zachariah se volvió y vio a Matthew, que había regresado al puesto de pociones de la mujer hada.

¡Matthew! Le llamó el Hermano Zachariah. *Ven aquí.*

Matthew asintió con la cabeza y avanzó a regañadientes, alisándose el chaleco.

La mirada de alarma en la cara de Ragnor se remarcó.

—¿Por qué viene él aquí? ¿Por qué me haces esto? Siempre te he considerado uno de los cazadores de sombras más sensatos, ¡no es que esto diga mucho!

El Hermano Zachariah estudió a Ragnor. Era inusual ver que el brujo se sorprendiera, y por lo general era muy discreto y profesional.

Pensé que tenías una larga y apreciada historia de estima mutua con los Fairchild, dijo el Hermano Zachariah.

—Oh, es cierto —dijo Ragnor—. Y tengo una larga y apreciada historia de no quererme hacer explotar.

¿Qué? preguntó Zachariah.

El misterio fue explicado cuando Matthew vió a Ragnor y sonrió.

—Oh, hola, profesor Fell. —Dio un vistazo en dirección a Jem—. El profesor Fell me enseñó en la Academia antes de ser expulsado. Absolutamente expulsado.

Jem había sido consciente de que James había sido expulsado, pero no sabía que Matthew también. Había pensado que Matthew simplemente había elegido seguir a su *parabatai*, como haría cualquiera si pudiera.

—¿Está tu amigo contigo? —preguntó Ragnor Fell, y se crispó—. ¿Está Christopher Lightwood en las instalaciones? ¿Nuestro Mercado pronto estará envuelto en llamas?

—No —dijo Matthew, sonando divertido—. Christopher está en casa.

—¿En casa en Idris?

—En la casa de los Lightwood en Londres, pero está muy lejos.

—No lo suficiente —decidió Ragnor Fell—. Iré a París de inmediato.

Despidió con la cabeza al Hermano Zachariah, se estremeció visiblemente hacia Matthew y se fue. Matthew lo despidió con un ademán triste a sus espaldas.

—¡Adiós, profesor Fell! —exclamó. Miró al Hermano Zachariah—. Christopher no tuvo *la intención* de causar ninguno de los accidentes, y la gran explosión fue completamente culpa mía.

Entiendo, dijo el Hermano Zachariah.

El Hermano Zachariah no estaba seguro de entenderlo.

—Debes conocer a Gideon bastante bien —comentó Matthew, su vívida mente pasó a otro tema.

Lo hago, dijo el Hermano Zachariah. *Él es el mejor de los buenos compañeros.*

Matthew se encogió de hombros.

—Si tú lo dices. Me gusta más mi tío Gabriel. Pero no tanto como el tío Will, por supuesto.

Will ha sido siempre mi favorito también, agregó Jem solennemente.

Matthew se mordió el labio inferior, considerando claramente algo.

—¿Te importaría aceptar una apuesta, tío Jem? A qué puedo saltar ese fuego con un solo pie.

Yo no lo haría, dijo el Hermano Zachariah con convicción. *Matthew, espera…*

Matthew arremetió contra las llamas brillando con luz de jade, y saltó. Se giró en el aire, el delgado cuerpo vestido de negro como una daga arrojada por una mano experta, y aterrizó en sus pies a la sombra de la aguja de la iglesia. Después de un momento, varios miembros del Mercado de Sombras comenzaron a aplaudir. Matthew hizo una mueca al quitarse un sombrero imaginario y se inclinó con una floritura.

Su cabello era dorado incluso con llamas extrañas, su rostro brillante incluso en la sombra. El Hermano Zachariah lo miró reír, y el presentimiento se deslizó en su corazón. Experimentó un temor repentino por Matthew, por todos los queridos y brillantes niños que pertenecían a sus queridos amigos. Para cuando tenía la edad de Matthew, Will y él habían pasado por el fuego y la ardiente plata. Su generación había sufrido para poder llevar a la siguiente a un mundo mejor, pero ahora se le ocurrió a Jem que esos niños, a quienes se les enseñó a esperar el amor y caminar sin miedo a través de las sombras, quedarían conmocionados y traicionados por el desastre. Algunos de ellos podrían quedar rotos.

Rezó para que el desastre nunca llegara.

* * *

Residencia Fairchild, Londres, 1901.

Matthew todavía estaba pensando en su visita al Mercado de Sombras al día siguiente. En cierto modo, había sido una mala suerte, encontrarse así con el tío Jem, aunque se había alegrado de poder conocerle mejor. Tal vez el tío Jem pensaría que Jamie no había tomado una mala decisión con su *parabatai*.

Se levantó temprano para ayudar a la cocinera con la cocción. Cocinera tenía artritis, y la madre de Matthew le había preguntado si se sentía bien y si deseaba retirarse, pero Cocinera no quería retirarse y nadie tenía que saber si Matthew le echaba una mano temprano en la mañana. Además, a Matthew le gustaba ver a su padre y a su madre e incluso a Charles desayunando lo que él había preparado. Su madre siempre trabajaba demasiado duro, líneas de preocupación grabadas entre sus cejas y alrededor de su boca que nunca desaparecían, incluso si Matthew lograba hacerla reír. A ella le gustaban los bollos con arándanos cocidos, así que trataba de hacerlos para ella cada vez que podía. Matthew no podía hacer nada más por ella. Él no era un fuerte apoyo para ella como Charles.

—Charles Buford es tan serio y confiable —había dicho una amiga de su madre cuando estaban tomando té juntas en Idris. Había mordido uno de esos bollos especiales de Mamá—. Y Matthew, bueno, él es… encantador.

Esa mañana en el desayuno, Charles Buford alargó su mano hacia el plato de bollos de Mamá. Matthew le dió una sonrisa y una muy decidida sacudida de cabeza, moviendo el plato hacia el codo de su madre. Charles Buford le hizo una mueca a Matthew.

Charlotte le dió una sonrisa distraída, luego volvió a contemplar el mantel. Ella estaba en un estudio marrón. Matthew deseó poder decir que era algo inusual estos días, pero no fue así. Durante meses había habido algo mal en la atmósfera del hogar, no solo con su madre, sino también a su padre e incluso con Charles Buford, que parecía abstraído y ocasionalmente criticaba a Matthew. A veces, Matthew temía la idea de lo que le podrían contar: que ya era hora de que supiera la verdad, que su madre se iría para siempre. Algunas veces Matthew pensaba que si simplemente lo supiera, podría soportarlo.

—Cariño —dijo papá—. ¿Te sientes bien?

—Perfectamente, Henry —dijo mamá.

Matthew amaba a su padre más allá de la razón, pero lo conocía. Él era muy consciente de que había momentos en los que toda la familia podría haber reemplazado sus cabezas con cabezas de periquito y que papá simplemente les habría contado a las cabezas de periquito todo acerca de su último experimento.

Ahora su padre veía a su madre con ojos de preocupación. Matthew podía imaginarlo diciendo, *Por favor, Charlotte. No me dejes*.

Su corazón dio una sacudida en su pecho. Matthew dobló su servilleta tres veces en sus manos y dijo:

—Podría alguien decirme…

Entonces la puerta se abrió, y Gideon Lightwood entró. El señor Lightwood. Matthew se negó a pensar o referirse a él más tiempo como tío Gideon.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo Matthew.

—¡Señor! —dijo mamá bruscamente—. En serio, Matthew, llámalo señor.

—¿Qué está haciendo aquí? —dijo Matthew—. Señor.

El señor Gideon Lightwood tuvo el descaro de dedicarle a Matthew una breve sonrisa antes de acercarse y poner la mano sobre el hombro de su madre. Delante del padre de Matthew.

—Siempre es un placer verlo, señor —dijo Charles Buford, ese miserable—. ¿Podría servirle algunos arenques?

—No, no, no te molestes, ya he desayunado —dijo el señor Lightwood—. Simplemente pensé en acompañar a Charlotte por el portal a Idris.

Mamá sonrió cortésmente a el señor Lightwood, como no lo había hecho por Matthew.

—Es muy amable, Gideon, pero innecesario.

—Claro que es necesario —dijo el señor Lightwood—. Una dama siempre debe estar acompañada de un caballero.

Su voz era burlona. Matthew normalmente esperaría a terminar de desayunar para llevar a su padre abajo en su silla hacia su laboratorio, pero no pudo soportar esto.

—¡Debo ver a James de inmediato por asuntos de negocios! —declaró, levantándose rápidamente de su asiento.

Cerró la puerta de la sala de desayunos detrás de él, no sin antes escuchar a su madre disculparse por él y al señor Lightwood decir:

—Oh, está bien. La edad que tiene es difícil. Créeme, lo recuerdo bien.

Antes de que Matthew se fuera, corrió al espejo de su habitación para arreglar su cabello, ajustar los puños, y alisar su nuevo chaleco verde. Se observó detenidamente en el espejo, enmarcado en oro. Una cara bonita, pero no tan inteligente como el resto de su

familia. Recordó a la mujer hada diciendo: *Algunos dirían que solo un río poco profundo podría resplandecer tan brillantemente*.

Inclinó la cabeza mientras miraba el espejo. Muchas personas creían que sus ojos eran oscuros como los de su madre. Pero no lo eran. Eran más un verde tan oscuro que engañaban a la gente, excepto cuando la luz golpeaba la oscuridad de una forma en particular y sus profundidades destellaban esmeralda. Como el resto de él, sus ojos eran un truco.

Sacó el frasco de poción de la verdad de su bolsillo. El tío Jem no lo había visto comprarla. Incluso aunque el tío Jem hubiese sospechado que lo hizo, el tío Jem no se molestaría con él. Cuando tío Jem decía algo, créelo: él era ese tipo de persona.

Matthew se había abstenido de contarle sus pensamientos sobre Gideon a James, porque Matthew era el alma de la discreción y Jamie tenía un terrible temperamento con él a veces. El verano pasado un perfectamente amable cazador de sombras llamado Augustus Pounceby había venido al instituto de Londres en su tour en el extranjero, y Matthew había dejado a Pounceby con la compañía de James durante menos de media hora. Cuando Matthew volvió, descubrió que James había arrojado a Pounceby al Támesis. Todo lo que James había dicho fue que Pounceby lo había insultado. Fue toda una hazaña, ya que Pounceby era un cazador de sombras adulto y Jamie tenía solamente catorce años por entonces. Aún así, por impresionante que hubiera sido, no podría considerarse buenos modales.

Ni James ni el tío Jem comprarían pociones a hurtadillas, o siquiera pensar en ingerirlas. Además, ¿qué daño haría finalmente saber la verdad? Matthew había considerado agregarle una gota del frasco al desayuno esta mañana; entonces su padre y su madre le *hubiesen* tenido que decirle todo lo que estaba pasando. Ahora que el señor Lightwood había comenzado a aparecer por la mañana, deseó haberlo hecho.

Matthew negó con la cabeza ante su reflejo y decidió desterrar la melancolía y el aburrido cuidado.

—¿Me veo impecable? —le preguntó al Sr. Oscar Wilde[2]—. ¿Me veo apuesto y elegante?

El Sr. Oscar Wilde le dio un lametazo en la nariz, porque el Sr. Óscar Wilde era el perrito que Jamie le había dado a Matthew en su cumpleaños. Matthew lo tomó como un gesto aprobatorio.

Matthew señaló a su reflejo.

---

[2] N.T. Oscar Wilde es un perro de raza Golden Retriever; Iglesia lo trata mal cuando visitan el Instituto de Londres.

—Puedes ser una pérdida de espacio en un chaleco —le dijo a Matthew Fairchild—, pero al menos tu chaleco es fantástico.

Miró su reloj de bolsillo, luego lo puso en su bolsillo y el frasco en el chaleco. Matthew no podía quedarse. Tenía una cita importante en el club más exclusivo.

* * *

Primero Matthew tuvo que ir al Instituto de Londres para recoger a un camarada conocido como James Herondale. Tenía una sagaz idea de dónde probablemente estaría James, por lo que le dijo a Oscar que se quedara y resguardara una farola. Oscar obedeció: se comportaba muy bien para ser un cachorro, y la gente decía que Matthew debía haberlo entrenado bien, pero Matthew solo lo amaba. Matthew lanzó un golpe seguro a la ventana de la biblioteca, se subió teniendo cuidado con sus pantalones y golpeó el vidrio.

James estaba en el asiento de la ventana, con la cabeza inclinada sobre —¡qué sorpresa!— un libro. Levantó la vista ante el golpecito y sonrió.

James realmente nunca había necesitado a Matthew. James había sido tan tímido, y Matthew había querido cuidarlo, pero ahora que James estaba creciendo en sus rasgos angulosos y estaba acostumbrado a tener la compañía de tres buenos amigos, estaba mucho más tranquilo durante las reuniones sociales. Incluso cuando Jamie era tímido, nunca pareció dudar o desear cambiarse a sí mismo. Nunca miró a Matthew para rescatarlo. James tenía una certeza profunda y silenciosa que Matthew deseaba tener en sí mismo. Desde el principio, había algo entre ellos que era más parecido que entre él y Thomas, o él y Christopher. Algo que hizo que Matthew quisiera demostrar su valía a James. No estaba seguro de haberlo hecho alguna vez.

James nunca parecía aliviado de ver a Matthew, o expectante. Sólo parecía complacido. Abrió la ventana y Matthew se arrastró adentro, molestando tanto a James como al libro desde el asiento de la ventana.

—Hola, Matthew —dijo James desde el suelo, en tonos ligeramente sarcásticos.

—¡Hola, Matthew! —dijo Lucie desde su escritorio.

Ella era la imagen de un delicado desorden, claramente en plena composición. Sus rizos castaños claros estaban medio fuera de una cinta azul, con un zapato colgando precariamente de los dedos de sus pies. El tío Will frecuentemente daba lecturas

dramáticas del libro que estaba escribiendo sobre la viruela demoníaca, que eran muy graciosas. Lucie no le enseñaba su escritura a nadie. A menudo, Matthew había considerado preguntarle si podría leerle una página, pero no podía pensar en ninguna razón por la que Lucie hiciera una excepción especial para él.

—Benditos sean, mis Herondale —dijo Matthew grandiosamente, poniéndose de pie y haciendo una reverencia a Lucie—. Me encuentro en necesidad de una opinión urgente. Dime... ¡sé sincera! ¿Qué piensas de mi chaleco?

Lucie mostró sus hoyuelos.

—Devastador.

—Lo que Lucie dijo —acordó James pacíficamente.

—¿No es fantástico? —preguntó Matthew—. ¿No es positivamente impresionante?

—Supongo que estoy aturdido —dijo James—. ¿Pero estoy positivamente aturdido?

—Abstente de hacer juegos crueles de palabras con tu único *parabatai* —pidió Matthew—. Atiende a tu propio atuendo, por favor. Deja ese bestial libro. Los señores Lightwood nos esperan. Debemos reunirnos.

—¿No puedo ir como estoy? —preguntó James.

Miró a Matthew con sus grandes ojos dorados desde su posición en el suelo. Su cabello negro como la boca del lobo estaba desordenado, su camisa de lino arrugada, y ni siquiera llevaba un chaleco. Matthew reprimió noblemente un estremecimiento convulsivo.

—Seguramente bromeas —dijo Matthew—. Sé que solo dices estas cosas para herirme. Sal de aquí. ¡Cepíllate el cabello!

—El motín del peine está en camino —advirtió James, dirigiéndose a la puerta.

—¡Vuelve victorioso o sobre los peines de tus soldados! —Matthew le respondió mientras salía.

Cuando Jamie se hubo ido, Matthew se volvió hacia Lucie, que estaba garabateando atentamente pero levantó la vista como si sintiera su mirada y sonrió. Matthew se preguntó cómo sería, ser autosuficiente y acogedor con ello, como una casa con paredes sólidas y una luz de faro siempre encendida.

—¿Debería cepillarme el pelo? —bromeó Lucie.

—Tú estás, como siempre, perfecta —dijo Matthew.

Deseó poder arreglar el listón en su cabello, pero eso sería tomarse libertades.

—¿Deseas asistir a nuestra reunión del club secreto? —preguntó Matthew.

—No puedo, estoy dando clases con mi madre. Ma y yo nos estamos enseñando a nosotras mismas persa —dijo Lucie—. Debería ser capaz de hablar los idiomas que mi *parabatai* habla, ¿no es así?

James había comenzado recientemente a llamar a su madre y su padre Ma y Pa en lugar de mamá y papá, ya que sonaba más maduro. Lucie lo había copiado al instante en ese aspecto. A Matthew le gustaba oír el tono galés en sus voces cuando llamaban a sus padres, sus voces suaves como canciones y siempre amorosas.

—Ciertamente —dijo Matthew, tosiendo y tomando la resolución privada de volver a sus lecciones galesas.

No había dudas de que Lucie debiera asistir a la Academia de Cazadores de Sombras. Ella nunca había demostrado ninguna habilidad como la de James, pero el mundo era lo suficientemente cruel como para mujeres que incluso se sospechaba que eran un poco diferentes.

—Lucie Herondale es una niña dulce, pero con sus desventajas, ¿quién querría casarse con ella? —Lavinia Whitelaw le había preguntado a la madre de Matthew una vez tomando el té.

—Yo sería feliz si alguno de mis hijos lo deseara —dijo Charlotte, de la manera más Cónsul.

Matthew pensaba que James tenía mucha suerte de tener a Lucie. Él siempre había querido una hermanita.

No es que quisiera que Lucie fuera su hermana.

—¿Estás escribiendo tu libro, Luce? —preguntó Matthew tentativamente.

—No, una carta a Cordelia —respondió Lucie, destrozando la frágil trama de Matthew —. Espero que Cordelia venga de visita, muy pronto —agregó con ferviente entusiasmo —. Te gustará mucho, Matthew. Sé que lo hará.

—Hmm —dijo Matthew.

Matthew tenía sus dudas sobre Cordelia Carstairs. Lucie iba a ser *parabatai* de Cordelia un día, cuando la Clave decidiera que eran damas adultas que tomaban sus propias decisiones. Lucie y James conocían a Cordelia de aventuras infantiles de las que Matthew no había formado parte y de las que Matthew se sentía un poco celoso. Cordelia

debía tener algunas cualidades liberadoras, o Lucie no la querría como *parabatai*, pero era la hermana de Alastair Gusano Reacio Carstairs, por lo que sería extraño que ella fuera completamente amistosa.

—Me envió una foto de ella en su última carta. Esta es Cordelia —continuó Lucie con tono orgulloso—. ¿No es la chica más bonita que has visto nunca?

—Oh, bueno —dijo Matthew—. Quizás.

Internamente, estaba sorprendido por la imagen. Hubiera pensado que la hermana de Alastair podría compartir el desagradable aspecto de Alastair, como si estuviera comiendo limones que despreciaba. Ella no. En cambio, Matthew recordó una línea en un poema que James le había leído una vez, sobre un amor no correspondido. «Ese hijo de la lluvia y el rayo» describía exactamente la vívida cara riéndose de él desde el marco.

—Todo lo que sé es que —continuó Matthew—, *tienes* a todas las chicas de Londres miserablemente derrotadas.

Lucie se puso de un débil color rosa.

—Siempre bromeas, Matthew.

—¿Cordelia te pidió que fueran *parabatai*? —dijo Matthew casualmente—, ¿o tú se le preguntaste a ella?

Lucie y Cordelia habían querido ser *parabatai* antes de que se separasen, pero se les advirtió que a veces te arrepientes de un vínculo hecho tan joven, y que a veces uno de los miembros de la pareja cambiaba de parecer. En particular, había comentado Laurence Ashdown, ya que las damas podían ser tan frívolas.

Lucie no era frívola. Ella y Cordelia se escribían fielmente, todos los días. Lucie incluso le había dicho a Matthew que estaba escribiendo una larga historia para mantener a Cordelia entretenida ya que Cordelia siempre estaba muy lejos. Matthew realmente no se preguntaba por qué a alguien como Lucie le resultaba difícil tomar en serio a alguien como él.

—Se lo pregunté yo a *ella*, por supuesto —dijo Lucie rápidamente—. No quería perder mi oportunidad.

Matthew asintió, confirmado en su nueva creencia de que Cordelia Carstairs debía tener algo especial.

Estaba seguro de que si no le hubiera pedido a James que fuera *parabatai*, él nunca habría pensado en preguntárselo.

James regresó a la habitación.

—¿Satisfecho? —preguntó.

—Esa es una palabra fuerte, Jamie —dijo Matthew—. Considera la ira de mi chaleco algo apaciguada.

James todavía tenía su libro bajo el brazo, pero Matthew sabía que no debía pelear batallas perdidas. Le contó a Matthew sobre el libro mientras caminaban por las calles de Londres. Matthew disfrutaba de lo moderno y humorístico, como las obras de Oscar Wilde o la música de Gilbert y Sullivan, pero la historia griega no era tan mala cuando Jamie se la contaba. Matthew se había acostumbrado a leer más y más literatura antigua, historias de amor condenado y batallas nobles. No podía encontrarse en ellas, pero sí veía a James, y eso era suficiente.

Caminaron sin glamour, ya que Matthew siempre insistía en que hacerlo en su búsqueda para hacer que Jamie se sintiera menos cohibido después de los desastres de la Academia. Una joven dama, detenida por la estructura ósea de Jamie, se detuvo en el camino de un ómnibus. Matthew la agarró por la cintura y la llevó a un lugar seguro, inclinando su sombrero y una sonrisa.

Jamie parecía haber ignorado todo el incidente, porque estaba concentrado en algo debajo del puño de su camisa.

Había multitudes protestando sobre una guerra mundana a las afuera de la Casa del Parlamento.

—¿La Guerra de los Bollos? —dijo Matthew—. Eso no puede estar bien.

—La Guerra de los Bóeres[3] —dijo James—. *B-ó-e-r-e-s*. En serio, Matthew.

—Eso tiene más sentido —admitió Matthew.

Una mujer con un sombrero sin forma se agarró a la manga de Matthew.

—¿Puedo serle de alguna ayuda, madam? —preguntó Matthew.

—Están cometiendo atrocidades indescriptibles —dijo la señora—. Tienen niños encerrados en campos. Piensa en los niños.

James colocó su mano en la manga de Matthew y se lo llevó, con una inclinación de sombrero de disculpa a la dama. Matthew miró por encima del hombro.

---

[3] N.T. Fueron dos conflictos armados que tuvieron lugar en Sudáfrica entre el Imperio británico y los colonos de origen neerlandés.

—Espero que los asuntos vayan bien para los niños —exclamó.

James parecía pensativo mientras avanzaban. Matthew sabía que James deseaba que los cazadores de sombras pudieran resolver problemas como la guerra mundana, aunque Matthew sintió que estaban demasiado sobrecargados como lo estaban con todos los demonios.

Para animar a Jamie, le robó su sombrero. Jamie estalló en una risa sobresaltada y persiguió a Matthew, ambos corriendo y saltando lo suficiente como para sorprender a los mundanos, bajo la sombra de la Torre de San Esteban. El perrito de Matthew se volvió loco, olvidó su entrenamiento y se lanzó bajo sus pies, ladrando con la pura alegría de estar vivo. Sus pasos apresurados superaron el ritmo constante del Gran Reloj, bajo el cual estaba escrito en el amado latín de James, *Oh Señor, mantén a salvo a nuestra Reina Victoria la Primera*, y sus risas se mezclaban con el repique alegre y el rugir de las campanas.

Más tarde, Matthew volvería a mirar atrás y lo recordaría como su último día feliz.

* * *

—¿Estoy durmiendo, soñando, o estoy viendo visiones? —preguntó Matthew—. ¿Por qué la tía Sophie y *las dos hermanas de Thomas* toman el té en el mismo establecimiento que es nuestra sala de club privada y exclusiva?

—Me siguieron —dijo Thomas en tono atormentado—. Mamá fue comprensiva, o nos habrían seguido directamente hasta la sala del club.

La tía Sophie era muy agradable, pero eso no hizo que Matthew se sintiera menos inquieto por el advenimiento de las hermanas de Thomas. No eran espíritus afines, y era probable que consideraran todas las actividades de su hermano menor, y sus asuntos, muy tontos.

Matthew amaba la habitación de su club y no toleraría ninguna interferencia. Él mismo había elegido los materiales para las cortinas, se aseguró de que James pusiera las obras de Oscar Wilde en su extensa colección de libros y reforzó la esquina que era el laboratorio de Christopher con láminas de acero en las paredes.

Lo que llevó a Matthew a otra queja. Miró a Christopher con una mirada de acero.

—¿Dormiste con esa ropa, Christopher? Sé que la tía Cecily, el tío Gabriel y la prima Anna nunca te dejarían infligir estos horrores a la población. ¿Qué son esas peculiares manchas de lavanda en la pechera de tu camisa? ¿Te prendiste las mangas?

Christopher observó sus mandas como si nunca las hubiera visto antes.

—Un poco —dijo culpablemente.

—Ah, bueno—dijo Matthew— Al menos las manchas moradas coinciden con tus ojos.

Christopher parpadeó con sus ojos soltando una afirmación, la improbable sombra de violetas en verano, y su sonrisa floreció lentamente. Él claramente no entendía las objeciones de Matthew, pero estaba vagamente satisfecho de que hubieran sido superadas.

No era como con James, que actualmente presentaba una apariencia muy fina hacia el mundo. Christopher era incorregible. Él podría arruinar botas de cuero.

Él ciertamente podría prender fuego a cualquier cosa. Matthew no había tenido la intención de que le pidieran a Christopher que abandonara la Academia de Cazadores de Sombras, pero al salir, no le permitieron permanecer en la escuela al haber explotado una parte de ella. Además, el profesor Fell había amenazado con abandonar la Academia para siempre si Christopher se quedaba.

Thomas se había quedado fuera todo el año, no encontró ninguna razón para regresar con sus amigos expulsados y Alastair Dios-Nos-Ayude Carstairs graduado.

Entonces, por suerte, la cercanía entre sus familias y una actitud irresponsable hacia los materiales inflamables, la mayoría de las veces los mejore amigos de Matthew podían vivir juntos en Londres. Se entrenaron en el Instituto de Londres y tomaron clases juntos en varias aulas, y Lavinia Whitelaw se refirió a ellos como «ese grupo notorio de muchachos gamberros». Matthew y James se llamaron a sí mismos los Cazadores Gamberros[4] durante un tiempo después de ese comentario. Habían decidido que ya era hora de tener una habitación propia, inviolable por los padres —por bien intencionados que fueran—, y preservada de sus hermanos; aunque la prima Anna y Luce siempre era bienvenidas, por ser espíritus afines. Así que habían alquilado una habitación al propietario de la Taberna del Diablo, que le debía a los Herondale algún tipo de favor. Pagaban una tarifa mensual y lo tenían todo para ellos solos.

Matthew miró su habitación con profunda satisfacción. Se veía muy bien, pensó, y aún mejor con los cuatro sentados en ella. En honor al Apolo Club de Ben Jonson, que una

---

[4] N.T. Shadowhooligans: Juego de las palabras sombras y gamberros.

vez había celebrado sus reuniones en esta misma taberna, un busto del dios colgaba sobre la chimenea con palabras cortadas en el mármol debajo de la cabeza y los hombros:

Bienvenidos todos, que lideren o sigan,
Para el Oráculo de Apolo.
Todas sus respuestas son divinas,
La verdad misma fluye en el vino.

Había, por supuesto, un asiento junto a la ventana para Jamie, y Jamie ya estaba instalado con su libro sobre su regazo. Christopher se sentó en su laboratorio, agregando un líquido naranja alarmante a otro púrpura burbujeante, su rostro una imagen de satisfacción. Thomas estaba sentado con las piernas cruzadas sobre el sofá y practicaba con seriedad con una de sus cuchillas. Thomas era muy concienzudo y le preocupaba no ser un cazador de sombras suficientemente bueno debido a su altura insuficiente.

Las hermanas de Thomas eran mucho más altas que él. También lo eran todos. La tía Sophie, la mamá de Tom, dijo que Thomas crecería algún día. Ella dijo que creía que uno de sus abuelos había sido un herrero y un hombre gigante, pero pequeño como un guisante hasta que tuvo diecisiete años.

La tía Sophie era una dama amable, muy hermosa y muy interesante con sus historias de mundanas. Matthew no sabía cómo el señor Gideon Lightwood podía vivir consigo mismo.

Matthew le dio la vuelta al frasco de poción de verdad en el chaleco.

—Amigos, ahora que todos estamos reunidos, ¿deberíamos compartir secretos?

Jamie jugueteó con el puño de su camisa otra vez, lo que siempre hacía en ciertas ocasiones, y fingía no escuchar. Matthew sospechaba que tenía un amor secreto. A veces se preguntaba si James habría confiado en él si hubiera sido un tipo diferente de persona, más serio y digno de confianza.

Matthew se rió.

Entonces, por suerte, la cercanía entre sus familias y una actitud irresponsable hacia los materiales inflamables, la mayoría de las veces los mejore amigos de Matthew podían vivir juntos en Londres. Se entrenaron en el Instituto de Londres y tomaron clases juntos en varias aulas, y Lavinia Whitelaw se refirió a ellos como «ese grupo notorio de muchachos gamberros». Matthew y James se llamaron a sí mismos los Cazadores Gamberros[5] durante un tiempo después de ese comentario. Habían decidido que ya era

5

hora de tener una habitación propia, inviolable por los padres —por bien intencionados que fueran—, y preservada de sus hermanos; aunque la prima Anna y Luce siempre era bienvenidas, por ser espíritus afines. Así que habían alquilado una habitación al propietario de la Taberna del Diablo, que le debía a los Herondale algún tipo de favor. Pagaban una tarifa mensual y lo tenían todo para ellos solos.

Matthew miró su habitación con profunda satisfacción. Se veía muy bien, pensó, y aún mejor con los cuatro sentados en ella. En honor al Apolo Club de Ben Jonson, que una vez había celebrado sus reuniones en esta misma taberna, un busto del dios colgaba sobre la chimenea con palabras cortadas en el mármol debajo de la cabeza y los hombros:

Bienvenidos todos, que lideren o sigan,
Para el Oráculo de Apolo.
Todas sus respuestas son divinas,
La verdad misma fluye en el vino.

Había, por supuesto, un asiento junto a la ventana para Jamie, y Jamie ya estaba instalado con su libro sobre su regazo. Christopher se sentó en su laboratorio, agregando un líquido naranja alarmante a otro púrpura burbujeante, su rostro una imagen de satisfacción. Thomas estaba sentado con las piernas cruzadas sobre el sofá y practicaba con seriedad con una de sus cuchillas. Thomas era muy concienzudo y le preocupaba no ser un cazador de sombras suficientemente bueno debido a su altura insuficiente.

Las hermanas de Thomas eran mucho más altas que él. También lo eran todos. La tía Sophie, la mamá de Tom, dijo que Thomas crecería algún día. Ella dijo que creía que uno de sus abuelos había sido un herrero y un hombre gigante, pero pequeño como un guisante hasta que tuvo diecisiete años.

La tía Sophie era una dama amable, muy hermosa y muy interesante con sus historias de mundanas. Matthew no sabía cómo el señor Gideon Lightwood podía vivir consigo mismo.

Matthew le dio la vuelta al frasco de poción de verdad en el chaleco.

—Amigos, ahora que todos estamos reunidos, ¿deberíamos compartir secretos?

Jamie jugueteó con el puño de su camisa otra vez, lo que siempre hacía en ciertas ocasiones, y fingía no escuchar. Matthew sospechaba que tenía un amor secreto. A veces se preguntaba si James habría confiado en él si hubiera sido un tipo diferente de persona, más serio y digno de confianza.

Matthew se rió.

—Vamos. ¿Algún odio mortal que alberguen en su pecho? ¿Alguna mujer en su corazón?

Thomas se sonrojó y dejó caer su cuchillo.

—No.

Oscar se acercó a buscar el cuchillo para Thomas, y Thomas le acarició las orejas.

Matthew se acercó a la esquina del laboratorio, aunque sabía que era precipitado.

—¿Hay alguien que te haya robado el aliento? —le preguntó a Christopher.

Christopher miró a Matthew alarmado. Matthew suspiró e intentó explicar lo que había dicho.

—¿Hay alguna dama en la que te encuentres pensando más a menudo que en otras damas? —preguntó Matthew—. ¿O un compañero? —añadió tentativamente.

La cara de Christopher se aclaró.

—¡Oh! Oh sí, ya veo. Sí, hay una dama.

—¡Christopher! —exclamó Matthew, encantado—. ¡Eres un perro astuto! ¿La conozco?

—No, no lo creo —dijo Christopher—. Es mundana.

—Christopher, chico enigmático —dijo Matthew—. ¿Cuál es su nombre?

—La señora…

—¡Una mujer casada! —dijo Matthew, abrumado—. No, no. Te ruego que me disculpes. Continúa por favor.

—La señora Marie Curie —dijo Christopher—. Creo que ella es una de las científicas más destacadas de la época. Si lees sus ensayos, Matthew, creo que estarías muy interesado…

—¿Has conocido a esta dama en algún momento? —dijo Matthew en tono peligroso.

—¿No? —dijo Christopher, sin hacer caso del peligro, ya que a menudo estaba rodeado de maestros iracundos y llamas liberadas.

Christopher tuvo la audacia de parecer sorprendido cuando Matthew comenzó a hablar repentinamente de manera grosera.

—¡Mira los tubos de prueba! —exclamó Thomas—. Hay un agujero en el suelo de la Academia que el profesor Fell llama el Abismo de Christopher Lightwood.

—Supongo que odio a algunas personas —le ofreció James—. Augustus Pounceby. Lavinia Whitelaw. Alastair Carstairs.

Matthew miró a su propio *parabatai* con profunda aprobación.

—Esta es la razón por la que fuimos elegidos compañeros de batalla, porque compartimos un vínculo de simpatía tan perfecto. Ven a mí, Jamie, para que podamos compartir un abrazo varonil.

Hizo una invasión súbita del espacio personal de Jamie. James lo golpeó en la cabeza con su libro. Era un gran libro.

—Traicionado —dijo Matthew, retorciéndose boca abajo en el suelo—. ¿Por eso insistes en llevar enormes tomos a donde sea que vayas, para que puedas descargar la violencia sobre personas inocentes? Enviado a la muerte por mi mejor amigo, el hermano de mi corazón, mi querido *parabatai*…

Enganchó a James por la cintura y lo hizo caer al suelo por segunda vez ese día. James golpeó a Matthew con el libro otra vez, luego se calmó, apoyando su hombro contra el de Matthew. Ambos estaban completamente revueltos, pero a Matthew no le molestaba ensuciarse por una buena causa.

Matthew empujó a James, muy agradecido de haber traído a mención a Alastair y darle a Matthew una oportunidad de contar su secreto.

—Alastair no es tan malo —dijo inesperadamente Thomas desde el sofá.

Todos lo miraron, y Tom se acurrucó como una tijereta bajo su escrutinio pero persistió.

—Sé que lo que Alastair le hizo a James estuvo mal —dijo Thomas—. Alastair también lo sabe muy bien. Por eso se pone susceptible cada vez que se lo mencionaba.

—¿En qué se diferencia eso de su espantoso comportamiento habitual? —exigió Matthew—. Además de ser particularmente nocivo el día en que los padres de todos llegaron a la Academia.

Hizo una pausa para considerar cómo decirles, pero eso le dio a Thomas la oportunidad de hablar.

—Sí, exactamente. Los padres de todos fueron menos el de Alastair —dijo Thomas en voz baja—. Alastair estaba celoso. El señor Herondale corrió en defensa de Jamie, y nadie acudió a la Alastair.

—¿Se puede realmente culpar al hombre? —preguntó Matthew—. Si yo tuviera un sapo tan insufrible como hijo, y tuviera la bendición de enviarlo a la escuela, no estoy seguro de poder convencerme de arruinar mi vista con su rostro hasta que las malditas vacaciones me lo devolviesen de nuevo.

Thomas no pareció convencido por el argumento de Matthew. Matthew tomó una respiración profunda.

—No sabes lo que me dijo el día que fuimos expulsados.

Tom se encogió de hombros.

—Alguna cosa sin sentido, supongo. Él siempre dice las tonterías más impactantes cuando está sobrecargado. No deberías escucharlo.

James tenía el hombro tenso contra el de Matthew. James había sido el principal objetivo de la malicia de Alastair. Thomas tenía la clara intención de defender a Alastair con firmeza. Esta línea de argumento estaba destinada a molestar a James o Thomas. Matthew no iba a calmar sus propios sentimientos a expensas de los de Jamie o Tom.

Matthew se rindió.

—No puedo imaginar por qué alguien lo escucharía.

—Oh bueno —dijo Tom—. Me gustan sus tonterías. —Parecía melancólico—. Creo que Alastair enmascara su dolor con frases astutas.

—Qué absoluta tontería —dijo Matthew.

Thomas era demasiado agradable, ese era su problema. Realmente, la gente te dejaría salirte con la tuya siendo el peor tipo de sinvergüenza si simplemente tuvieras un dolor secreto o no te llevaras muy bien con tu padre.

Definitivamente era algo que habría que mirar.

Su padre era el mejor padre del mundo, por lo que Matthew no tuvo la oportunidad de ser cruelmente oprimido o tristemente descuidado. Tal vez Matthew debería pasar su tiempo meditando sobre una pasión prohibida como lo estaba haciendo James.

Matthew decidió intentar un amor no correspondido. Miró por la ventana con toda la fuerza pensativa que pudo reunir. Estaba preparándose para pasar una mano por su frente

febril y murmurar «¡Ay, mi amor perdido!» o alguna otra putrefacción cuando fue golpeado bruscamente en la cabeza con un libro.

Para ser honestos, Jamie era letal con esa cosa.

—¿Estás bien, Matthew? —preguntó Jamie—. Tu cara sugiere que estás sufriendo de un ataque de ira.

Matthew asintió, pero agachó la cabeza contra el abrigo de Jamie y se quedó allí un momento. A Matthew nunca se le había ocurrido que Alastair podría estar celoso del padre de James. No podía imaginarse estando celoso del papá de nadie.

Teniendo el mejor padre del mundo, Matthew podría estar perfectamente satisfecho consigo mismo.

Ojalá pudiera tener la certeza de que Henry *era* su padre.

* * *

Por la mañana temprano, Matthew destapó el frasco del hada y derramó una gota entre los arándanos para los bollos de su madre. Los bollos salieron del horno regordetes, dorados y con un olor delicioso.

—Eres el mejor chico en Londres —dijo Cocinera, dándole un beso a Matthew.

—Soy totalmente egoísta —declaró Matthew—. Porque te amo, Cook. ¿Cuándo nos casaremos?

—Compórtate —dijo Cocinera, agitando su cuchara de madera de una manera amenazadora.

Cuando Jamie era un niño pequeño, tenía su propia cuchara amada y especial. La familia siempre lo rememoraba. Eso avergonzaba a Jamie hasta la muerte, especialmente cuando el tío Gabriel le daba una cuchara en las reuniones familiares. Los padres pensaban que todo ese tipo de bromas lamentables eran buena idea.

Jamie conservaba las cucharas que el tío Gabriel le daba. Cuando le preguntaban por qué, él decía que lo hacía porque amaba a su tío Gabriel. James era capaz de decir tales cosas con una sinceridad que avergonzaría a cualquier otro.

Después de que James dijera eso, el tío Will preguntó en voz alta cuál era el punto siquiera de tener un hijo, pero el tío Gabriel se vio conmovido. El tío Gabriel amaba a

Anna y a Christopher, pero Matthew no estaba seguro de que entendiera totalmente a sus hijos. James se parecía mucho a su tía Cecily, y trabajaba muy duro para ser un cazador de sombras, mientras que Christopher podía no estar consciente de que todos ellos *eran* cazadores de sombras. El tío Gabriel era especialmente afectuoso con James. Pero claro, ¿quién no lo sería?

Matthew robó la cuchara de la cocinera para dársela a James.

—Supongo que eso es para una broma absurda —dijo Charles Buford cuando vio la cuchara en el desayuno—. Desearía que maduraras, Matthew.

Matthew lo consideró, luego le sacó la lengua a Charles. Su perrito no estaba permitido en el salón del desayuno, porque Charles Buford decía que Oscar no era higiénico.

—Si simplemente hicieras un esfuerzo por ser sensato —dijo Charles.

—No lo haré —dijo Matthew—. Podría soportar una tensión de la que nunca me recuperaría.

Su madre no sonrío a sus dramatismos. Estaba mirando hacia su taza de té, aparentemente perdida en sus pensamientos. Su padre la estaba mirando.

—¿El señor Gideon Lightwood vendrá para llevarte a Idris esta mañana? —preguntó Matthew, y empujó el plato de los bollos hacia su madre.

Mamá tomó un bollo, lo llenó de mantequilla deliberadamente, y le dio un mordisco.

—Sí —contestó ella—. Agradecería que fueras civilizado con él esta vez. No tienes ni idea, Matthew, de lo mucho que yo…

Mamá paró de hablar. Su pequeña mano se dirigió a su boca. Ella saltó sobre sus pies como si tratara de entrar en acción en una emergencia en la manera en la que siempre lo hacía. Bajo la mirada horrorizada de Matthew, lágrimas brillaban en sus ojos y abruptamente se derramaron dos largos y brillantes trazos en su cara. En la luz matutina, Matthew discernió un débil matiz violeta en sus lágrimas.

Entonces ella colapsó, su cabello cayendo fuera de su moño ordenado, sus faldas grises, un repentino alboroto en el suelo.

—¡Charlotte! —chilló Padre.

Henry Fairchild usaba todo tipo de artilugios para desplazarse, pero en los desayunos familiares él sólo tenía una silla ordinaria. No es que importara. Él simplemente se lanzó desde la silla en su apuro por llegar hasta Charlotte, y cayó pesadamente en el suelo.

Difícilmente notó que había caído. En su lugar gateó con sus codos hacia el montón inerte que era Mamá, arrastrando su cuerpo dolorosamente a través de la alfombra mientras Matthew miraba, congelado por el horror.

Alcanzó a Mamá y la palmeó en los brazos. Siempre había sido tan pequeña, pero ahora lucía tan pequeña como una niña. Su cara estaba inmóvil y blanca como la cara de los bustos de mármol en las tumbas mundanas.

—Charlotte —murmuró Papá, como si estuviera rezando—. Querida. Por favor.

—Mamá —susurró Matthew—. Papá. ¡Charlie!

Se volvió hacia su hermano de la manera en que lo hacía cuando era pequeño, cuando había seguido a Charlie a todos lados y creía que su hermano podía hacer cualquier cosa en el mundo.

Charles había saltado de su silla y estaba gritando por ayuda. Se dio la vuelta en la puerta, mirando a sus padres con una expresión desdichada que era poco usual en él.

—Sabía cómo sería, ir y venir de Londres a Idris en portal para que Matthew pudiera estar cerca de su precioso *parabatai*…

— ¿Qué? —preguntó Matthew—. No lo sabía. Juro que no lo sabía…

Cocinera había aparecido en la entrada en respuesta a los gritos de Charles. Ella jadeó.

—¡Señora Fairchild!

La voz de Matthew se agitó.

—Necesitamos al Hermano Zachariah…

El Hermano Zachariah sabría qué le había dado a Mamá, y qué hacer. Matthew comenzó a explicar la cosa malvada que había hecho, pero entonces hubo un sonido de Charlotte, y la habitación se quedó en silencio.

—Oh, sí —trastabilló mamá, su voz aterradoramente débil—. Oh, por favor. Traed a Jem.

Charles y Cocinera corrieron de la habitación. Matthew no se atrevió a acercarse a su madre y a su padre. Finalmente, después de un largo y terrible tiempo, el Hermano Zachariah llegó, con un manto color pergamino remolineando a su alrededor como si las túnicas de una presencia caída hubieran venido a entregar juicio y castigo.

Matthew sabía que los ojos cerrados de Zachariah aún veían. Podía ver a Matthew, a través de su alma pecaminosa.

El Hermano Zachariah se inclinó y cogió a la madre de Matthew en sus brazos. La llevó lejos.

Todo el día Matthew oyó los sonidos de idas y venidas. Vio el carruaje del Instituto de Londres acercarse a la puerta y la tía Tessa emergió con una canasta de medicina. Ella había aprendido algo de magia de los brujos.

Matthew entendía que necesitaban a un Hermano Silencioso *y* a una bruja, y aún así podrían no salvar a su madre.

Charles no regresó. Matthew había ayudado a su padre a regresar a su silla. Se sentaron juntos en el salón de desayuno mientras la luz se convertía en el resplandor de la mañana al brillo del día y luego se desvanecía en las sombras del anochecer.

La cara de Papá parecía tallada en roca vieja. Cuando al fin habló, sonó como si estuviera muriendo por dentro.

—Deberías saber, Matthew —dijo—. Tu madre y yo, estábamos…

Separándonos. Terminando nuestro matrimonio. Ella ama a otro. Matthew se preparó a sí mismo para el horror, pero cuando llegó, fue más grande que nada de lo que podría haber imaginado.

—Estábamos a la espera de… de un evento feliz —dijo Papá, su voz atrapada en su garganta.

Matthew lo miró con vacía incomprensión. Él simplemente no podía entender. Le dolería muchísimo.

—Tu madre y yo tuvimos que esperar un tiempo por Charles Buford, y por ti, y pensamos que ambos valieron la espera —dijo Padre, en incluso en medio del horror trató de sonreír por Matthew—. Esta vez Charlotte estaba esperando una… una hija.

Matthew se atragantó en su horror. Pensó que nunca podía hablar otra palabra o comer otra mordida. Se estaría atragantando por años.

Pensamos. Estábamos a la espera. Era totalmente claro que Padre estaba seguro, y tenía una razón para creerlo, sus hijos eran *sus* hijos.

—Estábamos preocupados ya que tú y Charles son algo mayores —dijo Henry—. Gideon, nuestro buen amigo, ha estado haciendo todo lo que Charlotte le pide durante las reuniones de la Clave. Siempre ha sido el amigo de tu madre, le ha brindado el apellido Lightwood y la ayudaba cada vez que necesitaba apoyo, y la aconsejaba cuando ella deseaba un buen consejo. Me temo que nunca he entendido realmente el funcionamiento de un Instituto, y mucho menos de la Clave. Tu mamá es una maravilla.

Gideon había estado ayudando a su madre. Matthew era el único que la había atacado.

—Había pensado que la podríamos llamar Matilda —dijo Padre en un lenta y triste voz —. Tenía una tía-abuela llamada Matilda. Era muy vieja cuando yo todavía era joven, y los otros chicos solían burlarse de mí. Ella me daba libros y me decía que yo era más inteligente que cualquiera de ellos. Ella tenía un espléndido cabello ondulado de color blanco y amarillo mantequilla, pero era dorado cuando era niña. Cuando naciste, ya tenías sus queridos rizos rubios. La llamaba tía Matty. Nunca te dije porque pensé que quizá no te gustaría ser llamado como una mujer. Ya tienes una gran carga soportando a tu tonto padre, y aquellos que protestan por tu madre y tu *parabatai*. Lo soportas todo muy gallardamente.

El padre de Matthew tocó su cabello con una mano tierna y amorosa. Matthew deseó que recogiera una cuchilla y le cortara la garganta a Matthew.

—Desearía que pudieras haber conocido a tu tatara tatara tía. Ella era muy parecida a ti. Era la mujer más dulce que Dios ha hecho —dijo Padre—. Salvo tu madre.

El Hermano Zachariah se deslizó hacia allí, una sombra en medio de todas las otras sombras que se amontonaban en esa habitación, para convocar al padre de Matthew a la cabecera de su madre.

Matthew se quedó a solas.

Miró hacia la oscuridad alrededor de la silla volcada de su madre, el bollo tirado y su rastro de migajas yendo a la nada, los restos grasientos del desayuno sobre de mesa revuelta. Él, Matthew, siempre estaba arrastrando a sus amigos y a su familia a galerías de arte, siempre ansioso de bailar a través de la vida, siempre parloteando de la verdad y la belleza como un tonto. Había corrido de bruces a un Mercado de Sombras y alegremente había confiado en un subterráneo, porque los subterráneos se veían emocionantes, porque ella había llamado a los cazadores de sombras brutales y Matthew había estado de acuerdo, creyendo que lo sabía mejor que ellos. La culpa no era de la mujer hada, ni de Alastair, o culpa de cualquier otra alma. Él era el único que había escogido desconfiar en su madre. Él le había dado veneno a su madre con sus propias manos. Él no era un tonto. Era un villano.

Matthew inclinó la cabeza rubia que había heredado a través de su padre, del pariente más amado de su padre. Se sentó en la oscura habitación y sollozó.

* * *

El Hermano Zachariah descendió las escaleras después de una gran batalla con la muerte, para decirle a Matthew Fairchild que su madre viviría.

James y Lucie habían venido con Tessa y habían esperado en el pasillo todo este largo día.

Las manos de Lucie estaban heladas cuando ella se aferró a él.

—La tía Charlotte, ¿está a salvo? —preguntó ella.

Sí, queridos, dijo Jem. *Sí.*

—Gracias al Ángel —exhaló James—. El corazón de Matthew se rompería. Todos nuestros corazones lo harían.

El Hermano Zachariah no tan estaba seguro del corazón de Matthew, después de la travesura que Matthew había hecho, pero quería ofrecerle a James y a Lucie el consuelo que podía.

Vayan a la biblioteca. Hay un fuego encendido. Les enviaré a Matthew.

Cuando fue a la habitación del desayuno, encontró a Matthew, quien había sido todo oro y risas, encogido en su silla como si no pudiera soportar lo que estaba por venir.

—Mi madre —susurró en seguida, su voz frágil y seca como los huesos viejos.

Ella vivirá, dijo Jem, y se suavizó viendo el dolor del chico.

James conocía el corazón de su *parabatai* mejor que Jem. Había habido un tiempo en el que Will era un chico del que todo el mundo asumía lo peor, con buena razón, excepto Jem. Él no quería aprender del juicio severo de los Hermanos Silenciosos, o de un corazón menos indulgente.

Matthew inclinó su cabeza para encarar al Hermano Zachariah. Sus ojos mostraban agonía, pero mantuvo su voz firme.

— ¿Y el bebé?

El bebé no vivió, dijo el Hermano Zachariah.

Las manos de Matthew se cerraron en el borde de su silla. Sus nudillos estaban blancos. Se veía más mayor de lo que se veía hacía dos noches.

Matthew, dijo el Hermano Zachariah, y protegió sus pensamientos de sus hermanos lo mejor que pudo.

—¿Sí?

Confía en un Hermano Silencioso por el silencio, dijo Jem. *No le diré a nadie acerca del Mercado de Sombras, o cualquiera de los tratos que hayas hecho ahí.*

Matthew tragó. Jem pensó que estaba a punto de agradecerle, pero Jem no había hecho esto por agradecimientos.

No le diré a nadie, dijo él. *Pero tú deberías. Un secreto guardado por tanto tiempo puede matar a un alma por muy poco. Una vez vi cómo un secreto casi destruye a un hombre, el mejor hombre jamás hecho. Un secreto así es como guardar un tesoro en una tumba. Poco a poco, el veneno devora el oro. Para cuando la puerta es abierta, puede que no quede nada más que polvo.*

El Hermano Zachariah miró a la joven cara que había sido tan brillante. Esperaba y confiaba en ver esa cara encendida de nuevo.

—Todo eso acerca del Mercado de Sombras —Matthew vaciló.

¿Sí? dijo Jem.

El chico echó hacia atrás su dorada cabeza.

—Lo siento —dijo Matthew fríamente—. No sé de lo que estás hablando.

El corazón de Zachariah se derrumbó.

Que así sea, dijo él. *James y Lucie están esperando por ti en la biblioteca. Deja que te den el consuelo que puedan.*

Matthew se levantó de su silla, moviéndose como si se hubiera vuelto más viejo en el transcurso del día. A veces la distancia que los Hermanos Silenciosos poseían los movía a una observación desapasionada, y demasiado lejos de la pena.

Pasaría un largo tiempo, el Hermano Zachariah lo sabía, antes de que hubiera algún consuelo para Matthew Fairchild.

* * *

La biblioteca de la casa de Matthew era mucho más pequeña, menos querida y habitada que la biblioteca del Instituto de Londres, pero esta noche había un fuego encendido y con los Herondale esperando dentro. Matthew entró a trompicones en la habitación como

si estuviera caminando desde el frío del solsticio de invierno, con las extremidades demasiado frías para moverse.

Como si fueran uno, como si solo hubieran estado esperando su llegada, James y Lucie lo miraron. Estaban presionados juntos en un sofá en el hogar. A la luz del fuego, los ojos de Lucie eran tan inquietantes como los de James, sus ojos más pálidos y más ardientemente azules que los de su padre. Era como si el oro de James fuera la corona de una llama y el azul de Lucie su corazón ardiente.

Eran una extraña pareja, esos dos Herondale, espinosas plantas misteriosas en el invernadero de los nefilim. Matthew no podría haber amado a ninguno de los dos más cariñosamente.

Lucie se puso en pie de un salto y corrió hacia él con las manos extendidas. Matthew se estremeció. Se dio cuenta, con un dolor sordo, que no se sentía digno de ser tocado por ella.

Lucie lo miró con intensidad, luego asintió. Ella siempre veía mucho, su Luce.

—Los dejaré a los dos juntos —dijo con decisión—. Tómate todo el tiempo que necesites.

Extendió su mano para tocar la suya, y Matthew se apartó de ella otra vez. Esta vez vio que dolía, pero Lucie solo murmuró su nombre y se retiró.

No podía decirle esto a Lucie, y ver su asco hacia él, pero él y James estaban atados. Quizás James intentaría entender.

Matthew avanzó, cada paso un esfuerzo terrible, hacia el fuego. Una vez que estuvo lo suficientemente cerca, James extendió la mano y apretó la muñeca de Matthew, acercando a Matthew al sofá. Puso la mano de Matthew sobre el corazón de James y la cubrió con la suya. Matthew miró los ojos dorados de James.

—*Mathew* —dijo Jamie, pronunciando su nombre al estilo galés y con el acento galés que le hizo saber a Matthew que lo decía con ternura—. Lo siento mucho. ¿Que puedo hacer?

Sintió que no podría vivir con esta enorme piedra de un secreto aplastando su pecho. Si alguna vez iba a decírselo a alguien, debería decírselo a su *parabatai*.

—Escúchame —dijo—. Estaba hablando de Alastair Carstairs ayer. Lo que quería decirte es que insultó a mi madre. Él dijo…

—Lo entiendo —dijo James—. No tienes que decírmelo.

Matthew soltó un pequeño suspiro tembloroso. Se preguntó si James realmente podría entender.

—Sé el tipo de cosas que dicen sobre la tía Charlotte —dijo James con ferocidad silenciosa—. Dicen cosas similares sobre mi madre. ¿Recuerdas a ese hombre, Augustus Pounceby, el año pasado? Esperó hasta que estuvimos solos para lanzar insultos sobre el buen nombre de mi madre. —Una pequeña sonrisa sombría curvó la boca de James—. Así que lo tiré al río.

La tía Tessa había estado tan contenta de tener un visitante cazador de sombras, recordó Matthew aturdido. Ella mostraba los escudos de armas de las familias de cazadores de sombras de las paredes para dar la bienvenida a cualquier viajero al Instituto de Londres.

—Nunca me lo dijiste —dijo Matthew.

Jamie se lo estaba diciendo ahora. Tom le había dicho que lo que fuera que Alastair dijera era una tontería. Si Matthew le hubiera preguntado a su padre sobre lo que había dicho Alastair, su padre podría haberle contado sobre la tía abuela Matty, e incluso se hubieran reído de lo absurdo que era pensar que algún niño estúpido y malicioso pudiera hacerles dudar de su familia.

Jamie frunció la boca un poco.

—Oh, bueno. Sé que tienes que escuchar mucho sobre mí y mis desafortunados antecedentes. No quiero que pienses que soy una molestia insoportable y que hiciste una mala elección con tu *parabatai*.

—Jamie —dijo Matthew con un aliento herido, como si lo hubieran golpeado.

—Sé que debes sentirse mal por recordar algo hiriente que el gusano Carstairs dijo sobre tu madre —continuó James precipitadamente—. Especialmente cuando ella está… está enferma. La próxima vez que lo veamos, lo golpearemos en la cabeza. ¿Qué dices a eso, Mathew? Hagámoslo juntos.

El padre de Matthew, su madre, su hermano y su *parabatai* habían estado tratando de no agobiarlo, mientras Matthew se pavoneaba al pensar que no tenía motivos para ser un buen tipo y trataba notablemente consigo mismo. James no habría hecho lo que Matthew hizo. Tampoco Christopher o Thomas. Ellos eran leales. Eran honorables. Cuando alguien había insultado a la madre de Jamie, él lo había lanzado al río.

Matthew presionó su palma contra la camisa de lino de James, encima del firme latido de su devoto corazón. Entonces, Matthew cerró la mano en un puño.

No podía decírselo. Nunca podría hacerlo.

—Está bien, viejo amigo —dijo Matthew—. Lo haremos juntos. ¿Pero crees que podría tener un momento a solas?

James vaciló, luego retrocedió.

—¿Es eso lo que quieres?

—Lo es —dijo Matthew, que nunca había querido estar solo en su vida, y nunca quiso estar solo menos en este momento.

James dudó nuevamente, pero respetó los deseos de Matthew. Inclinó la cabeza y salió. Matthew asumió que se reuniría con su hermana. Ambos eran buenos y puros. Deberían estar juntos y consolarse mutuamente. Merecían el alivio tanto como él no.

Después de que James se fuera, Matthew no pudo mantenerse de pie. Cayó sobre sus manos y rodillas frente al fuego.

Había una estatua sobre el fuego que mostraba a Jonathan Cazador de Sombras, el primer cazador de sombras, orando para que el mundo fuera lavado del mal. Detrás de él estaba el Ángel Raziel volando para obsequiarle con fuerza para derrotar a las fuerzas de la oscuridad. El primer cazador de sombras no podía verlo todavía, pero se mantenía firme, porque tenía fe.

Matthew giró su rostro lejos de la luz. Se arrastró, como su padre se había arrastrado por otro suelo al comienzo de este interminable día, hasta que estuvo en la esquina más oscura y más lejana de la habitación. Él no había creído. Apoyó la mejilla en el frío suelo y se negó a permitirse llorar de nuevo. Sabía que no podía ser perdonado.

* * *

Ya era tiempo de que el Hermano Zachariah regresara a la Ciudad de Hueso. Tessa estaba con él en el pasillo, y le tocó la mano antes de irse.

La mujer más dulce que Dios ha hecho, había oído a Henry decir anteriormente. Jem amaba a Charlotte, pero tenía su propia imagen de lo más dulce que este mundo podía ofrecer. Ella siempre fue su ancla en los mares fríos, su mano cálida, sus ojos firmes, y fue como si una llama saltara entre ellos y fuera una loca esperanza. Por un momento Jem fue como había sido antes. Parecía posible estar juntos en la tristeza, unidos como lo estaban la familia y los amigos, dormir bajo el techo del Instituto y bajar por la mañana a

desayunar, triste pero seguro en la calidez de un corazón compartido y corazones humanos.

Sí, pídeme que me quede, pensó.

Él no podía. Ambos sabían que no podía.

Adiós, Tessa, dijo.

Ella tragó, sus largas pestañas cubriendo el brillo de sus ojos. Tessa siempre era valiente. Ella no le permitía llevar el recuerdo de sus lágrimas a la Ciudad Silenciosa, pero le llamó por el nombre que siempre tenía cuidado de no mencionar cuando alguien más podía oírlo.

—Adiós, Jem.

El Hermano Zachariah inclinó la cabeza, se cubrió la cara con la capucha y salió al frío invierno de Londres.

Finalmente te vas, dijo el hermano Enoch en su mente.

Todos los Hermanos Silenciosos callaron cuando el Hermano Zachariah estaba con Tessa, como pequeños animales en los árboles escuchando el acercamiento de aquello que no entendían. En cierto modo, todos estaban enamorados de ella, y algunos se sentían ofendidos por eso. El hermano Enoch había dejado en claro que estaba cansado de los dos nombres repitiéndose sin cesar en sus mentes.

El Hermano Zachariah estaba a mitad de camino en la calle donde vivían los Fairchild cuando una sombra alta se atravesó con la suya cruzando las pálidas calles.

Levantó la vista de las sombras y vio a Will Herondale, director del Instituto de Londres. Llevaba un bastón que alguna vez había sido de Zachariah, antes de que Zachariah tomara un báculo en sus manos.

Charlotte vivirá, dijo el Hermano Zachariah. *La niña nunca tuvo la oportunidad de hacerlo.*

—Lo sé —dijo Will—. Ya lo sabía. No he venido en tu busca por esas noticias.

El Hermano Zachariah realmente debería haberlo aprendido mejor a estas alturas. Por supuesto que Tessa habría enviado un mensaje a Will, y aunque a menudo Will usaba la posición del Hermano Zachariah como Hermano Silencioso para pedir sus servicios y por lo tanto su presencia, muy rara vez hablaba con Zachariah de sus deberes como Hermano Silencioso, como si pudiera hacer que Zachariah no fuera lo que era con pura fuerza pura determinación.

Si alguien podía haberlo hecho, Will habría sido esa persona.

Will le arrojó el bastón, que debió haber robado de la habitación de James, y confiscó el báculo del Hermano Zachariah. Jem les había pedido que le dieran a James su habitación en el Instituto, que la llenaran con la brillante presencia de su hijo y no la mantuvieran como un santuario lúgubre. Él no estaba muerto. Había sentido cuando lo convirtieron en un Hermano Silencioso, como si lo hubieran abierto, y todas las cosas dentro de él se desgarraron.

Solo que había algo que no podían quitar.

—Llévalo un rato —dijo Will—. Ilumina mi corazón verte con eso. Todos podríamos necesitar corazones más ligeros esta noche.

Trazó una talla sobre el bastón, el anillo de Herondale parpadeando a la luz de la luna.

¿A dónde lo llevaré?

—A donde quieras. Pensaba caminar un poco contigo, mi *parabatai*.

¿Cuán lejos? preguntó Jem.

Will sonrió.

—¿Necesitas preguntar? Iré contigo lo más lejos que sea posible.

Jem le devolvió la sonrisa. Tal vez había más esperanza y menos dolor reservado para Matthew Fairchild de lo que temía. Nadie sabía mejor que Jem que alguien podía no ser completamente conocido y aún así ser completamente amado. Perdido en todos sus pecados y querido en la oscuridad. James no permitiría que su *parabatai* anduviera solo por caminos oscuros. Sin importar la catástrofe, Jem creía que el hijo tenía un corazón tan grande como el de su padre.

Las nuevas farolas mostraban las siluetas de Will y Jem, caminando juntas por su ciudad, como lo habían hecho en la antigüedad. Aunque ambos sabían que debían separarse.

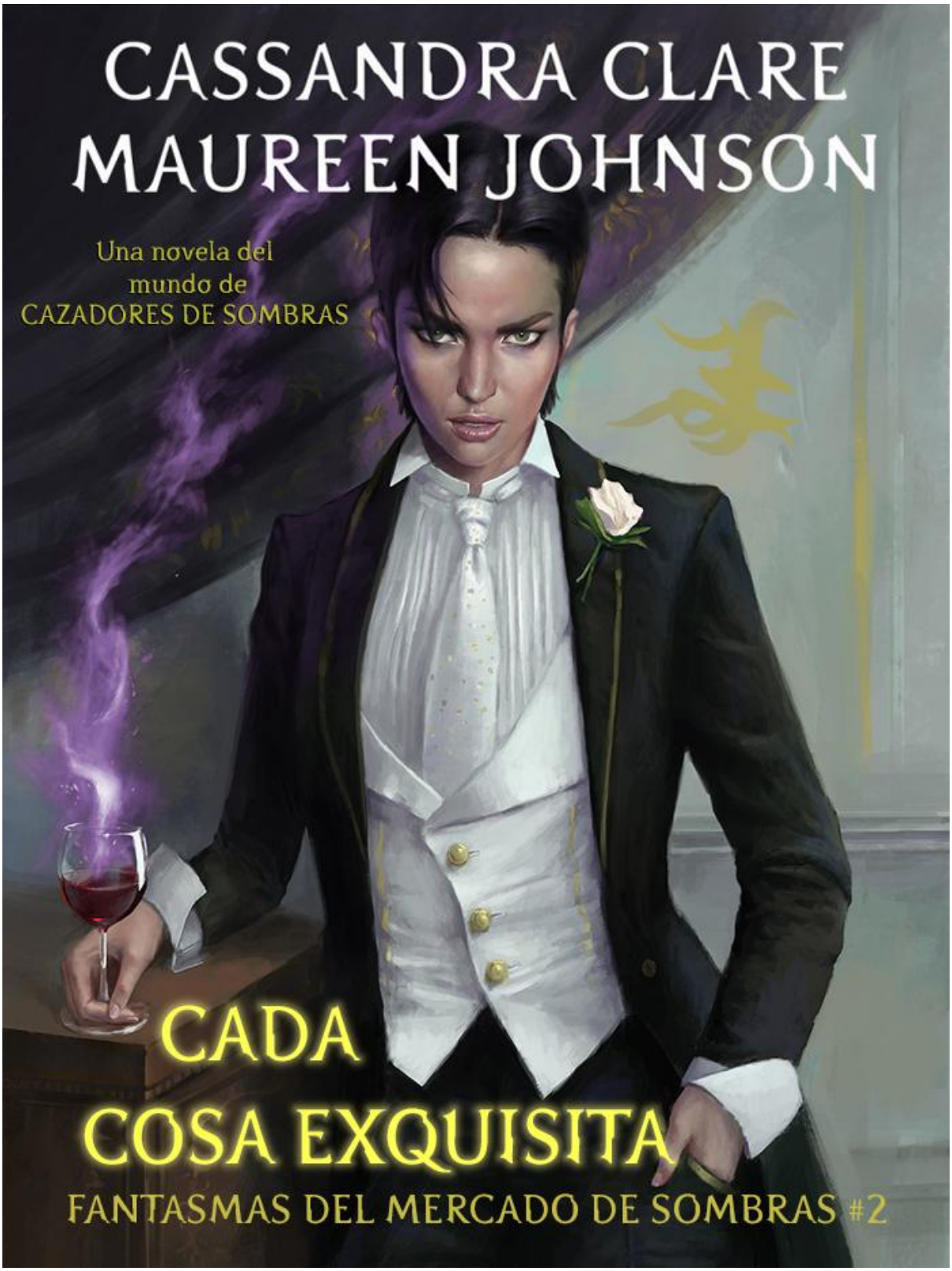
Al otro lado de Londres, las campanas sonaron todas juntas en un repentino clamor aterrador. Los pájaros asustados en un vuelo enloquecido lanzaban sombras más profundas a través de la ciudad por la noche, y Jem sabía que la Reina estaba muerta[6].

---

[6] N.T. La reina Victoria murió el 22 de enero de 1901.

Una nueva era estaba comenzando[7].

[7] N.T. El fallecimiento de la reina y la sucesión de su hijo Eduardo, marcaron el final de la época victoriana, así como el inicio de un nuevo siglo y de la época eduardiana, que es justamente en dónde comienza The Last Hours de acuerdo a previas declaraciones de Cassandra Clare.


CASSANDRA CLARE
MAUREEN JOHNSON
Una novela del
mundo de
CAZADORES DE SOMBRAS
CADA
COSA EXQUISITA
FANTASMAS DEL MERCADO DE SOMBRAS #2

Fantasmas del Mercado de Sombras

Libro 2

Cada Cosa Exquisita

de

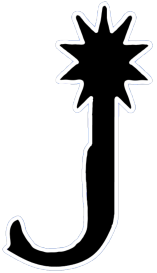
Cassandra Clare

y

Maureen Johnson

Sinopsis

Anna Lightwood, la hija mayor de Gabriel y Cecily, está loca, es mala y peligrosamente apuesta. Sin embargo, cada sinvergüenza tiene una historia de origen: ahora, bajo la mirada del hermano Zachariah, se desarrolla la condenada historia de amor de Anna.



Londres, 1901

Ésta estaba manchada con algo violeta.

Ésta tenía un agujero en la manga.

Ésta había perdido… la espalda. La *espalda* entera. Era solo la parte delantera de una camisa y dos mangas que se aferraban a la vida.

—Christopher —dijo Anna, girando la prenda en sus manos—. ¿Cómo haces estas cosas?

Todos tenían su pequeño país de las maravillas. Para su hermano Christopher y el tío Henry, era el laboratorio. Para el primo James y el tío Will, la biblioteca. Para Lucie, su escritorio donde escribía sus largas aventuras para Cordelia Carstairs. Para Matthew Fairchild, era cualquier rincón problemático de Londres.

Para Anna Lightwood, era el armario de su hermano.

En muchos sentidos, era muy bueno tener un hermano que en gran medida no tenía memoria de su ropa. Anna podría haber quitado el abrigo de Christopher de su espalda y él apenas lo habría notado. El único inconveniente era que las prendas de Christopher habían sufrido destinos que ninguna ropa debía sufrir. Habían sido sumergidas en ácidos, rozadas por el fuego, pinchadas con objetos afilados, dejadas fuera bajo la lluvia… Su guardarropa era como un museo de experimentos y desastres, hechos jirones, manchados, carbonizados y apestando a azufre.

Para Anna, sin embargo, la ropa todavía era preciosa.

Christopher estaba visitando el Instituto y al tío Henry, así que estaría fuera por horas. Su madre y su padre estaban en el parque con su hermanito, Alexander. Esta era su hora

dorada, y no había tiempo que perder. Christopher era más alto que ella ahora y crecía todo el tiempo. Esto significaba que sus pantalones viejos se ajustaban a su figura. Eligió un par, encontró la camisa menos dañada y un chaleco pasable de rayas grises. Buscó entre la pila de corbatas, pañuelos, bufandas, puños y cuellos que yacían en el fondo del armario de Christopher y seleccionó los objetos más decentes. En su tocador encontró un sombrero que tenía un sándwich dentro. Anna notó que era de jamón cuando lo giró y espolvoreó las migajas. Una vez que tuvo todo lo que necesitaba, lo envolvió todo bajo el brazo y salió al pasillo, cerrando la puerta silenciosamente.

La habitación de Anna era muy diferente a la de su hermano. Sus paredes estaban empapeladas en una rosa polvoriento. Había una colcha de encaje blanco, un jarrón rosa con lilas al lado de su cama. Su prima Lucie pensaba que su habitación era encantadora. Anna tenía gustos diferentes. Si fuera de su elección, el papel sería de un intenso y profundo color verde, su decoración en negro y dorado. Tendría un sofá tumbón profundo en el que podría leer y fumar.

Aun así, tenía un espejo largo, y justo ahora eso era todo lo que importaba. (El espejo de Christopher había encontrado su destino en un experimento en el que intentó magnificar el efecto de los *glamours*. No había sido reemplazado). Ella corrió las cortinas contra el cálido sol de verano y se comenzó a cambiar. Anna llevaba tiempo sin usar corsé —no tenía ningún interés en exprimir sus órganos internos en un bulto o empujar su pequeño busto—. Se quitó su vestido del té[8], dejándolo caer al suelo. Lo pateó lejos. Se quitó las medias, dejó caer su pelo. Los pantalones estaban metidos en la zona del tobillo para ajustar la altura. Unos pocos ajustes del chaleco ocultaron el daño de la camisa. Ella se puso uno de sus fulares negros alrededor de su esbelto cuello y lo ató con destreza. Luego, tomó el bombín que había sido anfitrión del sándwich de jamón y se lo colocó sobre la cabeza, metiendo cuidadosamente su pelo negro debajo de él y acomodándolo hasta que pareció que su cabello era corto.

Anna se paró frente al espejo, examinando el efecto. El chaleco aplanaba su pecho un poco. Tiró de él y lo ajustó hasta que la forma fue correcta. Arremangó las perneras de los pantalones y se colocó el sombrero sobre el ojo.

Ahí. Incluso en esa ropa —con manchas y sándwiches de jamón y todo— su confianza se hinchó. Ya no era una niña desgarbada que parecía incómoda con cintas y volantes. En cambio, se veía elegante, su cuerpo delgado se complementaba con la más severa sastrería, el chaleco se ajustaba a su delgada cintura y favorecía sus estrechas caderas.

¡Imagina lo que podría hacer con el guardarropa de Matthew Fairchild! Él era un verdadero pavo real, con sus coloridos chalecos y corbatas, y los hermosos trajes. Caminó

---

8 N.T. Nombrado de esta manera porque se viste para comodidad o entretenimiento del día. Era usado sin corsé.

un poco hacia adelante y hacia atrás, inclinando su sombrero hacia las damas imaginarias. Hizo una reverencia, fingiendo tomar la mano de una doncella rubia, manteniendo los ojos hacia arriba. Siempre mantén la vista en la doncella cuando presiones tus labios en su mano.

—Encantada —le dijo a su dama imaginaria—. ¿Te gustaría bailar?

La dama estaría encantada de bailar.

Anna pasó su brazo alrededor de la cintura de su belleza fantasma; había bailado con ella muchas veces. Aunque Anna no podía ver su rostro, juró que podía sentir la tela del vestido de su amante, el suave sonido sibilante que hacía al rozar el suelo. El corazón de la dama revoloteaba cuando Anna le apretaba la mano. Su dama usaría un aroma delicado. Azahar, tal vez. Anna presionaría su rostro más cerca de la oreja de la dama y le susurraría.

—Eres la chica más hermosa aquí —diría Anna.

La dama se sonrojaría y se acercaría más.

—¿Cómo es que te ves más adorable con cada luz? —continuaría Anna—. La forma en que el terciopelo de tu vestido se aplasta contra tu piel. La forma en que tu…

—¡Anna!

Dejó caer a su imaginaria compañera al suelo por la sorpresa.

—¡Anna! —llamó su madre otra vez—. ¿Dónde estás?

Anna corrió hacia su puerta y la abrió solo un poco.

—¡Aquí! —dijo en pánico.

—¿Puedes bajar, por favor?

—Por supuesto —respondió Anna, ya tirando del fular alrededor de su cuello—. ¡Ya voy!

Por la prisa, Anna tuvo que atravesar a su caída compañera de baile. Voló el chaleco, los pantalones. Todo voló, voló, voló. Metió la ropa en el fondo de su armario. Se volvió a poner el vestido apresuradamente y sus dedos buscaron los botones. Todo en la ropa de chicas era exigente y complicado.

Varios minutos después, se apresuró a bajar las escaleras, tratando de parecer serena. Su madre, Cecily Lightwood, estaba hojeando una pila de cartas en su escritorio en la sala de estar.

—Nos encontramos con el Inquisidor Bridgestock mientras estábamos caminando —dijo—. Los Bridgestock acaban de llegar de Idris. Nos han pedido que cenemos con ellos esta noche.

—Cenar con el Inquisidor —dijo Anna—. Qué emocionante manera de pasar una noche.

—Es necesario —dijo simplemente su madre—. Debemos ir. ¿Puedes mantener un ojo en Christopher mientras estamos hablando? Asegúrate de que no le prenda fuego a nada. O a nadie.

—Sí —dijo automáticamente Anna—, claro.

Sería un acontecimiento terrible. Negocios de la Clave acompañados de carne demasiado cocida. Había muchas otras cosas que podría estar haciendo en una buena noche de verano en Londres. ¿Qué pasaría si pudiera caminar por las calles, bien vestida, con una hermosa chica del brazo?

Algún día, la dama no sería imaginaria. La ropa no sería prestada y mal ajustada. Algún día caminaría por la calle y las mujeres se pondrían a sus pies (sin dejar de notar sus zapatos brocados perfectamente pulidos) y los hombres inclinarían sus sombreros ante una seductora más perfecta que ellos.

Solo que no esa noche.

* * *

Todavía estaba soleado cuando la familia Lightwood subió a su carruaje esa noche. Había fruteros ambulantes, y vendedores de flores, y limpiabotas... y tantas chicas encantadoras, caminando en sus ligeros vestidos de verano. ¿Sabían lo bonitas que eran? ¿Miraban ellas a Anna y veían la forma en que las miraba?

Su hermano Christopher chocó suavemente contra ella mientras viajaban.

—Esto parece una ruta larga al Instituto —señaló.

—No vamos al Instituto —dijo Anna—. ¿Verdad?

—Vamos a cenar con el Inquisidor —dijo su padre.

—Oh —dijo Christopher. Y con eso, estaba en sus propios pensamientos, como siempre: inventando algo en su mente, resolviendo un cálculo—. En eso, Anna se sentía

cercana a su hermano. Ambos estaban en algún otro lugar de sus mentes en todo momento.

Los Bridgestock vivían en Fitzrovia, justo al lado de la Plaza Cavendish. La suya era una bonita casa de tres pisos. La pintura en la brillante puerta negra parecía que aún podía estar húmeda, y había luces eléctricas afuera. Un sirviente los condujo a una sala de recepción oscura y cerrada donde el Inquisidor y su esposa los saludaron. Prestaron poca atención a Anna, excepto para decir que era una joven encantadora. Ella y Christopher se sentaron cortésmente en sillas rígidas y agregaron un elemento decorativo a una triste ocasión.

El gong de la cena finalmente sonó, y todos arrastraron los pies hacia el comedor. Anna y Christopher estaban sentados al otro extremo de la mesa, y había un lugar vacío frente a ella. Anna comió su sopa de espárragos y miró una pintura de un barco en la pared. El barco estaba en medio de una tormenta, los mástiles en llamas y a punto de desintegrarse en el mar.

—¿Han oído que están construyendo un Portal en el Gard? —preguntó el Inquisidor a los padres de Anna.

—Oh querido —dijo la señora Bridgestock, sacudiendo la cabeza—, ¿es una buena idea? ¿Qué pasaría si dejara pasar a los demonios?

Anna envidió el barco de la pintura y a todos los que se hundían en él.

—Por supuesto —insistió el Inquisidor—, también está la cuestión del dinero. El Cónsul ha rechazado la propuesta de crear una moneda oficial de Idris. Una sabia decisión. Muy sabia. Como estaba diciendo antes...

—Lamento mucho mi tardanza —dijo una voz.

En la entrada del comedor había una chica, probablemente de la edad de Anna, con un vestido azul medianoche. Su cabello era negro azabache, como el de Anna, pero más pleno, más lujoso, profundo como el cielo nocturno contra su suave piel morena. Pero lo que capturó a Anna fueron sus ojos: ojos del color del topacio, las gruesas pestañas.

—Ah —dijo el Inquisidor—. Esta es nuestra hija, Ariadne. Estos son los Lightwood.

—Estaba conociendo a mi tutor —dijo Ariadne mientras un sirviente sacaba su silla—. Nos retrasamos. Me disculpo. Parece que entré justo cuando debatían sobre la nueva moneda. Los cazadores de sombras son un grupo internacional. Debemos combinar a la perfección muchas economías internacionales. Tener nuestra propia moneda sería un desastre.

En eso, ella arrancó su servilleta y se volvió hacia Anna y Christopher y sonrió.

—No nos han presentado —dijo.

Anna tuvo que obligarse a tragar, luego a respirar. Ariadne era algo más allá del reino de la humanidad o del cazador de sombras. El mismo Ángel debía haberla creado.

—Anna Lightwood —dijo Anna. Christopher estaba empujando guisantes en el dorso de su tenedor, sin saber que una diosa se había sentado frente a él—. Y este es mi hermano Christopher. Puede ser un poco distraído.

Ella le dio un empujoncito.

—Oh —dijo, notando a Ariadne—. Soy Christopher.

Incluso Christopher, ahora que había visto a Ariadne, no pudo evitar sentirse hipnotizado por ella. Parpadeó, asimilando la vista.

—Tú no eres… no eres inglesa, ¿verdad?

Anna murió varias veces en su interior, pero Ariadne simplemente se rió.

—Nací en Bombay —dijo—. Mis padres dirigieron el Instituto de Bombay hasta que fueron asesinados. Fui adoptada por los Bridgestock en Idris.

Ella habló muy claramente, en el tono de alguien que había aceptado desde hacía mucho tiempo una serie de hechos.

—Nací en Bombay —dijo—. Mis padres dirigieron el Instituto de Bombay hasta que fueron asesinados. Fui adoptada por los Bridgestock en Idris.

Ella habló muy claramente, en el tono de alguien que había aceptado desde hacía mucho tiempo una serie de hechos.

—¿Qué mató a tus padres? —preguntó Christopher deseando conversar.

—Un grupo de demonios Vetis —dijo Ariadne.

—¡Oh! ¡Conocí a alguien en la Academia que fue asesinado por un demonio Vetis[9]!

—*Christopher* —dijo Anna.

—¿Vas a la Academia? —preguntó Ariadne.

---

[9] N.T. Referencia a Clive Cartwright, hechos sucedidos en la cuarta historia de *«Cuentos de la Academia de Cazadores de Sombras: Nada Más que Sombras.»*

—Ya no. Hice que una de las alas explotara. —Christopher tomó un panecillo de un plato y felizmente comenzó a untarlo con mantequilla.

Anna miró la pintura del barco de nuevo, tratando de llevarse a sí misma a la cubierta y luego a las aguas negras e inmisericordes. La chica más adorable del mundo acababa de entrar en su vida y en treinta segundos su querido hermano había logrado mencionar la muerte de su familia, una muerte en la escuela y el hecho de que había volado una parte de la Academia.

Pero Ariadne no estaba mirando a Christopher, incluso cuando inadvertidamente colocó su codo en el plato de mantequilla.

—¿*Tú* has causado alguna explosión? —le preguntó a Anna.

—Todavía no —respondió Anna—. Pero la noche es joven.

Ariadne se rio y el alma de Anna cantó. Alargó la mano y levantó el codo de su hermano de la mantequilla, sin apartar la mirada de Ariadne. ¿Sabía lo hermosa que era? ¿Sabía que sus ojos eran del color del oro líquido, y las canciones que podrían ser escritas acerca de la forma en que giró la muñeca para alcanzar su copa?

Anna había visto chicas hermosas antes. Incluso había visto algunas chicas hermosas que la miraban de la misma forma en que ella las miraba. Pero eso fue siempre de paso. Iban por la calle, o su mirada se demoraba un poco en una tienda. Anna había practicado el arte de la mirada prolongada, una que les decía: *Ven. Cuéntame de ti. Eres encantadora*.

Había algo en la forma en que Ariadne miraba a Anna que sugería…

No. Anna tenía que estar imaginándolo. Ariadne estaba siendo cortés y atenta. Ella no estaba mirando a Anna románticamente sobre la mesa de la cena, sobre las papas asadas y el pato. La perfección de Ariadne había causado que Anna alucinara.

Ariadne continuó contribuyendo a la conversación en el otro extremo de la mesa. Anna nunca había estado tan interesada en las políticas económicas de Idris. Las estudiaría noche y día si pudiera unirse a Ariadne para hablar de ellas.

De vez en cuando, Ariadne se volvía hacia Anna y la miraba a sabiendas, su boca se torcía en una sonrisa arqueada. Y cada vez que esto ocurría, Anna se preguntaba nuevamente qué estaba sucediendo, y por qué esa mirada particular hacía que la habitación girara. Quizás estaba enferma. Tal vez le había dado fiebre al mirar a Ariadne.

El pudín llegó y se fue, y Anna recordaba vagamente haberlo comido. Cuando se despejaron los platos y las mujeres se levantaron para dejar la mesa, Ariadne se acercó y enganchó su brazo con el de Anna.

—Tenemos una biblioteca bastante buena —le dijo a Anna—. ¿Quizá podría enseñártela?

Anna, con un espectáculo de supremo autocontrol, no cayó de inmediato al suelo. Se las arregló para decir que sí, la biblioteca, sí, a ella le encantaría verla, sí, la biblioteca, sí, sí…

Se dijo a sí misma que dejara de decir que quería ver la biblioteca y miró a su madre. Cecily sonrió.

—Adelante Anna. Christopher, ¿te importaría acompañarnos al invernadero? La señora Bridgestock tiene una colección de plantas venenosas que creo que disfrutarás bastante.

Anna miró a Cecily con gratitud cuando Ariadne la sacó de la habitación. Tenía la cabeza llena del perfume de azahar de Ariadne y la forma en que su cabello oscuro estaba recogido con una peineta dorada.

—Es por aquí —dijo Ariadne, llevando a Anna hacia un juego de puertas dobles en la parte trasera de la casa. La biblioteca estaba oscura y daba escalofríos. Ariadne soltó el brazo de Anna e iluminó una de las luces eléctricas.

—¿Usas electricidad? —dijo Anna. Tenía que decir algo, y eso era algo tan válido como cualquier otra cosa.

—Convencí a padre —dijo Ariadne—. Soy moderna y poseo todo tipo de nociones avanzadas.

—Aún estamos acomodándonos aquí —dijo Ariadne, sentándose de una forma preciosa (no tenía otra opción) en una silla de color rojo intenso. Anna estaba demasiado nerviosa para sentarse, y se paseó por el lado opuesto de la habitación. Era casi demasiado mirar a Ariadne aquí en ese privado y oscuro lugar—. Tengo entendido que tu familia tiene una historia muy interesante.

Anna tenía que hablar. Tenía que encontrar una manera de *estar* cerca de Ariadne. En su mente, se puso su ropa de verdad: los pantalones, la camisa (la mental no tenía manchas), el chaleco ajustado. Deslizó sus brazos por las mangas. Así vestida, se sintió segura. Se las arregló para sentarse frente a Ariadne y mirarla a los ojos.

—Mi abuelo era un gusano, si eso es a lo que te refieres —dijo Anna.

Ariadne se rió en voz alta.

—¿No te agradaba?

—No lo conocí —dijo Anna—. Era, literalmente, un gusano.

Claramente, Ariadne no sabía mucho sobre los Lightwood. Por lo general, cuando un pariente amante de los demonios desarrolla un caso grave de viruela demoníaca y se convierte en un gusano gigante con enormes dientes, corre la voz. La gente habla.

—Sí —dijo Anna, ahora examinando el borde dorado de un escritorio—. Se comió a uno de mis tíos.

—*Eres* graciosa —le dijo Ariadne a Anna.

—Me alegra que pienses así —respondió Anna.

—Los ojos de tu hermano son bastante extraordinarios —señaló Ariadne.

Anna escuchaba esto bastantes veces. Los ojos de Christopher eran de color lavanda.

—Sí —dijo Anna—. Es el guapo de la familia.

—¡No estoy de acuerdo! —exclamó Ariadne, luciendo sorprendida—. Los caballeros deben alabarte todo el tiempo por el tono de tus ojos.

Ella se sonrojó y miró hacia abajo, y el corazón de Anna dio un vuelco. No era posible, se dijo a sí misma. Simplemente no había ninguna posibilidad de que la hermosa hija del Inquisidor fuera… como ella. Que mirara los ojos de otra chica y notara su color tan precioso en lugar de simplemente preguntarle qué telas usaba para resaltar mejor su tono.

—Me temo que estoy bastante retrasada en mi entrenamiento —dijo Ariadne—. Quizás podríamos… ¿entrenar juntas?

—Sí —dijo Anna, tal vez demasiado rápido—. Sí… Por supuesto. Si tú…

—Puedes encontrarme torpe. —Ariadne juntó sus manos.

—Estoy segura de que no lo haré —dijo Anna—. Pero ese es el motivo del entrenamiento, en cualquier caso. Es una cosa delicada, el entrenamiento, a pesar de la evidente violencia, por supuesto.

—Tendrás que ser delicada conmigo, entonces —dijo Ariadne, muy suavemente.

Justo cuando Anna pensó que podría desmayarse, las puertas se abrieron y entró el inquisidor Bridgestock, con Cecily, Gabriel y Christopher a cuestas. Los Lightwood parecía vagamente agotados. Anna era consciente de los ojos de su madre sobre ella —una mirada aguda y pensativa—.

—… y tenemos nuestra colección de mapas… ah. Ariadne. Todavía aquí, por supuesto. Ariadne es una lectora diabólica.

—Absolutamente *diabólica*. —Ariadne sonrió—. Anna y yo estábamos discutiendo sobre mi entrenamiento. Pensé que sería acertado asociarme con otra chica.

—Muy cierto —dijo Bridgestock—. Sí. Una muy buena idea. Deberían ser compañeras. De todos modos, Lightwood, veremos los mapas en algún momento. Ahora, Ariadne, ven al salón. Me gustaría que toques el piano para nuestros invitados.

Ariadne miró a Anna.

—Compañeras —dijo ella.

—Compañeras —respondió Anna.

Fue solo en el camino a casa cuando Anna se dio cuenta de que Ariadne le había pedido que fueran a la biblioteca y no le había enseñado un solo libro.

* * *

—¿Te agrada la joven Ariadne Bridgestock? —dijo Cecily, mientras el carruaje de los Lightwood volvía hacia su casa a través de las oscuras calles de la ciudad.

—Creo que es muy amable —dijo Anna, mirando por la ventana a Londres, el cual estaba brillando en la extensa noche. Anhelaba estar allí entre las estrellas terrestres, caminando por las calles de Soho, viviendo una vida de música y aventuras y bailes—. También es muy bonita.

Cecily colocó un mechón del cabello detrás de la oreja de su hija. Sorprendida, Anna miró a su madre por un momento —había un poco de tristeza en los ojos de Cecily, aunque no podría haber adivinado por qué—. Tal vez estaba un poco cansada después de aburrirse por culpa del Inquisidor toda la noche. Padre, por ejemplo, estaba bastante dormido en una esquina del carruaje y Christopher estaba inclinado contra él, parpadeando soñolientamente.

—Ella no es ni de cerca tan bonita como tú.

—*Madre* —dijo Anna con exasperación y se volvió hacia la ventana del carruaje.

* * *

Debajo de los arcos del viaducto ferroviario, cerca del extremo sur del Puente de Londres, una gran manifestación estaba tomando lugar.

Era pleno verano, por lo que el sol se ponía en Londres cerca de las diez en punto. Eso significaba que el tiempo para vender en el Mercado de Sombras estaba reducido, y todo el lugar tenía un poco de aire frenético. Había vapor y humo y sedas revoloteando. Manos extendidas, moviendo mercancías debajo de las narices de los compradores —joyas, baratijas, libros, pendientes, polvos, aceites, juegos y juguetes para niños subterráneos y artículos sin clasificar—. Había un zumbido de olores. El olor del río y el humo de los trenes encima mezclado con los restos de los productos diarios del mercado mundano—productos aplastados, pedazos de carne, un olor flotante proveniente de barriles de ostras —. Vendedores quemando incienso, el cual se enredaba con especias y perfumes. El miasma podría ser abrumador.

El Hermano Zachariah se movía a través de la multitud de puestos, inmune a los olores y al amontonamiento. Muchos subterráneos retrocedían al acercarse el Hermano Silencioso. Había estado viniendo aquí durante semanas para reunirse con Ragnor Fell. Esta noche también miraba a su alrededor para ver si localizaba a la vendedora que había visto en una de sus visitas previas. El puesto que estaba buscando se movía por su cuenta; tenía pies como un pollo. La mujer detrás de éste era un hada anciana con una gran cantidad de pelo salvaje. Vendía pociones coloridas, y Matthew Fairchild había adquirido una y se la había dado a su madre. Traer a Charlotte de regreso de la muerte había requerido todos los esfuerzos de Jem. Ella no había sido la misma desde entonces, ni tampoco Matthew.

El puesto no estaba presente esa noche, ni estaba, al parecer, Ragnor. Estaba a punto de dar una vuelta final por el mercado antes de partir cuando vio a alguien que conocía inclinado sobre un puesto de libros. El hombre tenía un chocante pelo blanco y unos llamativos ojos color púrpura. Era Malcolm Fade.

—¿Eres tú, James Carstairs? —dijo él.

¿Cómo estás, amigo mío?

Malcolm simplemente sonrió. Siempre había algo triste con Malcolm: Jem había oído habladurías sobre una trágica historia de amor con una cazadora de sombras que había elegido ser una Hermana de Hierro en lugar de estar con quien ella amaba. Jem sabía que para algunos la Ley es más importante que el amor. Incluso siendo como era ahora, no podía comprenderlo. Habría dado cualquier cosa por estar con la persona a la que amaba.

Cualquier cosa excepto aquello que era más sagrado que la propia vida de Jem: la vida de Tessa o la de Will.

—¿Cómo va tu misión? —dijo Malcolm—. ¿Ha encontrado Ragnor alguna información para ti sobre cierto demonio que has estado buscando?

Jem le dirigió una mirada sofocada; prefería que no mucha gente supiera de la búsqueda que había emprendido.

—¡Malcolm! ¡Tengo el libro que querías! —Una bruja que llevaba un libro encuadernado en terciopelo amarillo se acercó con grandes zancadas a Malcolm.

—Gracias, Leopolda —dijo Malcolm.

La mujer miró la cara de Jem. Él estaba acostumbrado a eso. Aunque era un Hermano Silencioso, sus labios y ojos no estaban cosidos. No veía ni hablaba como los humanos lo hacían, pero el hecho de que sin runas podría haberlo hecho parecía angustiar a algunas personas más que la visión de un Hermano Silencioso que se había ligado a sí mismo sin rechistar a la tranquila oscuridad.

No nos hemos conocido.

—No —respondió la mujer—. No lo hemos hecho. Mi nombre es Leopolda Stain. Estoy de visita desde Viena.

Ella tenía un acento alemán y una suave y ronroneante voz.

—Él es el Hermano Zachariah —dijo Malcolm.

Ella asintió. No extendió la mano, pero continuó mirando.

—Tienes que perdonarme —dijo ella—. No vemos Hermanos Silenciosos muy a menudo en nuestro Mercado. Londres es un lugar muy extraño para mí. El Mercado de Viena no es tan bullicioso. Está en los Bosques de Viena, bajo los árboles. Aquí, estáis bajo las vías férreas. Es una experiencia bastante diferente.

—Zachariah no es como los otros Hermanos Silenciosos —dijo Malcolm.

Leopolda pareció concluir el estudio que estaba haciendo del rostro de Jem y sonrió.

—Debo desearte una buena noche —dijo ella—. Es bueno verte, Malcolm. Ha pasado mucho tiempo, *mein Liebling*[10]. Mucho. Y ha sido muy interesante conocerte, James Carstairs. *Auf Wiedersehen*[11].

Se deslizó a través de la multitud. Jem la vio marcharse. Ella había decidido llamarlo James Carstairs, no Hermano Zachariah, y la elección parecía deliberada. Ciertamente había muchos habitantes del submundo que sabían su nombre de cazador de sombras —no era un secreto— pero de pronto Jem se sintió como una mariposa debajo de un alfiler, atrapada en la mirada de un coleccionista de lepidópteros.

¿Puedes hablarme de ella?, le preguntó a Malcolm, quien había vuelto a examinar el libro en sus manos.

—Leopolda es un poco extraña —dijo Malcolm—. La conocí mientras estaba de viaje en Viena. No creo que deje la ciudad a menudo. Parece que sale con algunos mundanos famosos. Está…

¿Sí?

—… más conectada, supongo, a su lado demoníaco que a su lado humano que la mayoría de nosotros. Más que yo, ciertamente. Me hace sentir inquieto. Me alegra que hayas venido. Estaba buscando una manera de escaparme amablemente.

Jem miró hacia la dirección por la que Leopolda se había ido. Alguien más conectado a su lado demoníaco…

Era alguien con quien podría necesitar hablar. U observar.

* * *

Anna yacía en su cama, con los ojos cerrados, tratando de inducirse el sueño. En su mente, estaba bailando de nuevo. Vestía su mejor traje de noche imaginario… un traje de un gris profundo, un chaleco amarillo como el sol y guantes a juego. En su brazo estaba Ariadne, como había estado esta noche, portando el vestido azul.

---

[10] N.T «Querido mío», en alemán.

[11] N.T «¡Hasta la vista!» en alemán.

El sueño no llegaba. Se levantó de la cama y fue hacia la ventana. La noche era cálida y cerrada. Tenía que arreglarse. Las prendas de su hermano aún estaban en su guardarropa. Las sacó y las puso en su cama. Tenía planeado devolverlas, pero…

¿Quién los extrañaría? Christopher no. Su lavandera podría, pero nadie cuestionaría que Christopher podría simplemente perder sus pantalones, posiblemente en el medio de una pista de baile abarrotada. Y la ropa más vieja, él no la necesitaría, no al ritmo que él estaba creciendo. Los pantalones eran demasiado largos, pero se les podría hacer un dobladillo. La camisa podría ser plegada en la parte posterior. Unas simples puntadas eran todo lo que tomaría.

Anna no era una costurera natural, pero como todos los cazadores de sombras, ella poseía las habilidades básicas para reparar el traje de combate. No podría haber hecho un corte o una confección precisa, pero podría hacer este trabajo. Puso alfileres en la parte posterior de su camisa y su chaleco para que le quedaran y favoreciera su torso. La chaqueta era un poco más compleja, requería pliegues en la parte posterior y lateral. Los hombros estaban un poco mal, y el efecto era un poco triangular, pero en general era un esfuerzo aceptable. Practicó su caminata en los pantalones ajustados ahora que ya no se arrastraban en el suelo.

Ella siempre había amado el traje de combate cuando era niña, su fácil maniobrabilidad, la forma en que le permitía moverse sin restricciones. Ella siempre se había sorprendido de que las otras chicas, a diferencia de ella, no se molestaban en volver a ponerse los vestidos y las faldas cuando el entrenamiento había terminado. No les molestaba la pérdida de libertad.

Pero era más que la comodidad de la ropa. En sedas y rizos Anna se sentía tonta, como si fingiera ser alguien que no era. Cuando ella llevaba vestidos en la calle, era ignorada como una chica desgarbada, o era observada por los hombres de una manera que no le gustaba. Solo había usado la ropa de su hermano dos veces, ambas veces bien entrada la noche… pero oh, las mujeres la miraban entonces, mujeres sonrientes, mujeres conspirativas, mujeres que sabían que, al ponerse ropa de hombres, Anna caminaba en su poder y su privilegio. Miraban sus labios suaves, sus largas pestañas, sus ojos azules; miraban sus caderas en pantalones ajustados, la curva de sus senos debajo de la camisa de algodón de hombre, y sus ojos le hablaban en el lenguaje secreto de las mujeres: *Has tomado su poder para ti. Has robado el fuego de los dioses. Ahora ven y hazme el amor, como Zeus hizo el amor con Dánae, en una lluvia de oro.*

En su imaginación, Anna se inclinó para tomar la mano de Ariadne en la de ella, y la mano parecía ser real.

—Estás tan hermosa esta noche —le dijo a Ariadne—. Eres la chica más hermosa que he visto.

—Y tú —respondió Ariadne en su mente—, eres la persona más guapa que he conocido.

Al día siguiente, Anna pasó dos horas escribiendo una nota para Ariadne que terminó diciendo:

Querida Ariadne,
Fue muy agradable conocerte. Espero que podamos entrenar juntas alguna vez.
Por favor visítame.
Saludos,
Anna Lightwood.

Dos horas enteras para eso, y una pila de borradores. El tiempo ya no tenía significado, y puede que nunca tuviera significado de nuevo.

Por la tarde, tenía planes de reunirse con sus primos, James, Lucie y Thomas, junto con Matthew Fairchild. James, Matthew, Thomas y Christopher eran inseparables, y siempre se encontraban en una casa o un escondite. Hoy estaban invadiendo la casa de la tía Sophie y el tío Gideon. Anna solo asistía a sus pequeñas reuniones en ocasiones, al igual que Lucie, las chicas tenían muchas ocupaciones para entretenerse; hoy, ella necesitaba desesperadamente algo que hacer, algo para mantener su mente concentrada, para evitar que se la pasara luchando y paseando por su habitación.

Caminó con Christopher, que estaba hablando con entusiasmo de algún tipo de dispositivo que volaría por el aire por medio de cuatro cuchillas giratorias. Eso sonaba como si estuviera describiendo un insecto mecánico. Anna hizo ruidos que indicaban que estaba escuchando, aunque ciertamente no lo estaba.

No estaba lejos de la casa de sus primos. Sus primas Barbara y Eugenia estaban en la sala matinal. Barbara estaba tendida en un sofá, mientras Eugenia estaba trabajando furiosamente en un bordado como si realmente lo odiara y la única forma en que podía expresar su odio era apuñalando la tela con la aguja vigorosamente.

Anna y Christopher subieron a las habitaciones que habían sido pedidas para el grupo. James estaba allí, sentado en el asiento de su ventana, leyendo. Lucie estaba sentada en el escritorio, garabateando. Tom estaba arrojando un cuchillo en la pared opuesta.

Christopher saludó a todos e inmediatamente fue a la esquina que estaba reservada para su trabajo. Anna se dejó caer al lado de Lucie.

—¿Cómo está Cordelia? —preguntó Anna.

—¡Oh, está de maravilla! Le estaba escribiendo rápidamente antes de que Thomas me ayudara a repasar mi lección de persa.

Lucie siempre le escribía a su futura *parabatai*, Cordelia Carstairs. Lucie siempre estaba escribiendo. Lucie podría escribir en una habitación llena de gente hablando, gritando, cantando. Anna estaba segura de que Lucie probablemente podría escribir en medio de una batalla. Anna aprobaba esto altamente… era muy bueno ver a dos chicas tan entregadas, incluso platónicamente. Las mujeres deberían valorar a otras mujeres, incluso si la sociedad a menudo no lo hacía.

Ariadne de nuevo apareció en su mente.

—¿Qué pasa, Anna? —dijo James.

Él la miraba con curiosidad. Anna amaba a todos sus primos, pero tenía una debilidad por James. Había sido un chico un tanto extraño, amable, tranquilo y amante de los libros. Se había convertido en un joven que Anna podía reconocer como uno extraordinariamente guapo, como su padre. Él tenía el cabello negro de los Herondale; de su madre, él había heredado sus rasgos demoníacos… sus inhumanos ojos dorados. Anna siempre había pensado que eran más bien bonitos, aunque Christopher le había dicho que gracias a ellos James había sido molestado incansablemente en la Academia. Eso fue lo que incitó a Matthew a obtener los explosivos y a Christopher a organizar la explosión de una de las alas.

Es honorable defender a tus amigos, a tu *parabatai*. Anna estaba orgullosa de ellos por hacerlo. Ella habría hecho lo mismo. James había sido un chico tan tímido y encantador que Anna se enfurecía solo de pensar que lo habían molestado. Ahora él era mayor, dado un poco más a meditar y mirar fijamente a la distancia, pero aún amable debajo de todo aquello.

—Nada —dijo ella—. Solo… necesito un nuevo libro para leer.

—Una petición muy sensata —dijo James, balanceando sus largas piernas de su posición de lectura—. ¿Qué tipo de libro? ¿Aventuras? ¿Historia? ¿Romance? ¿Poesía?

Todos los chicos del grupo eran amantes de los libros. Anna lo atribuía a la influencia del tío Will y la tía Tessa. Rara vez dejaban que uno se fuera del Instituto sin un libro, sentían que uno simplemente debía leer.

Ahora que estaban hablando de esto, quizás sería útil para hablar con Ariadne. Ella era una lectora diabólica, después de todo.

—Estoy entrenando con alguien nuevo —dijo Anna—. Su nombre es Ariadne. Ella lee bastante, entonces…

—¡Ah! Ariadne. Ese es un nombre proveniente de la mitología. Podrías emepzar con un curso de eso. ¿Te gustaría comenzar con *La rama dorada*, de Frazer? Hay una nueva edición de tres volúmenes. A menos que quieras comenzar con lo esencial. Siempre está *Bibliotheca Classica* de Lemprière…

James se lanzó con gracia a través de los libros en la pared. Él era un luchador consumado y excelente bailarín. Tal vez fueron estos rasgos combinados con el hecho de que estaba cambiando de aspecto, eso explicaba por qué parecía ser repentinamente tan popular entre las chicas. No podía caminar a través de una habitación sin que ellas soltaran suspiros y risitas. Anna supuso que estaba complacida por él, o lo estaría si alguna vez él notara que estaba sucediendo.

Pronto había sacado una docena de libros del estante, pasándolo uno a Christopher casi como una ocurrencia tardía. Un brazalete de plata brilló en su muñeca cuando subió su brazo… ¿un regalo de amor?, supuso Anna. Quizás una de las chicas que suspiraba y soltaban risitas había captado su interés después de todo. Anna supuso que debería ser más caritativa con ellos… ella se sentía a punto de suspirar y reír tontamente por Ariadne en cualquier momento.

La puerta se abrió, y Matthew Fairchild entró a la habitación y se dejó caer dramáticamente sobre el respaldo de una silla.

—Buenas tardes, maravillosa bola de villanos. James, ¿por qué estás limpiando los estantes?

—Anna me pidió algo para leer —dijo James, examinando un índice cuidadosamente. Dejó el libro a un lado.

—¿Anna? ¿Leyendo? ¿Qué clase de magia oscura es esta?

—Difícilmente se me podría llamar analfabeta —dijo Anna, arrojándole una manzana. Él lo atrapó fácilmente y sonrió. Matthew era normalmente muy quisquilloso. Él y Anna a menudo hablaban de la moda de los caballeros juntos, pero hoy Anna notó que su cabello estaba un poco salvaje, y uno de los botones en su chaleco estaba deshecho. Esas eran cosas pequeñas, sin duda, pero en Matthew, hablaban de algo mucho más grande.

—¿Cuál es tu interés? —preguntó Matthew.

—¿Es un crimen querer aprender más?

—En absoluto —dijo Matthew—. Me encanta la literatura. De hecho, he encontrado un lugar maravilloso. Es un salón, lleno de escritores y poetas. Pero tiene un poco… de mala fama.

Anna ladeó la cabeza con interés.

—Aquí vamos —dijo James, trayendo más de una docena de libros y poniéndolos en la mesa con un fuerte golpe—. ¿Alguno de estos te atrae? Ven y echa un vistazo. Por supuesto, puedo recomendarte otros. Espera. No. Estos no. Estos no.

Recogió los libros y volvió a los estantes. James estaba claramente absorto en su tarea. Christopher estaba leyendo su libro felizmente, que tenía un título horriblemente científico. Lucie y Thomas estaban en el escritorio, Thomas ayudando a Lucie a leer algunas frases: Lucie estaba aprendiendo solo por Cordelia, y a Tom le gustaban los idiomas, ya que hablaba español con el tío Gideon y galés con sus primos. Que el Ángel bendiga a sus dulces almas estudiosas, ninguno de ellos parecía escuchar a Anna y Matthew tramando un oscuro plan.

Sin embargo, Matthew habló con voz muy baja.

—¿Por qué no vengo a buscarte a medianoche? —dijo Matthew—. Podemos ir juntos. Me gustaria una compañía que sepa cómo divertirse un poco. Aunque tú podrías necesitar un disfraz. Ninguna joven respetable camina por las calles de Londres a medianoche.

—Oh —dijo Anna—. Creo que puedo soportar eso

* * *

Justo antes de la medianoche, como fue prometido, Anna escuchó un ligero golpeteo en la ventana de su habitación. Matthew Fairchild estaba ahí, balanceándose sobre el borde. Anna la abrió.

—¡Vaya, vaya! —dijo de forma aprobatoria—. ¿Esas son de Christopher?

Anna se había vestido con las prendas de su hermano. La costura había ayudado demasiado.

—Es un disfraz —dijo simplemente.

Él rió, dando vueltas descuidadamente en el umbral. Ella podía ver que había estado bebiendo: sus reflejos eran lentos y se había sostenido solo medio segundo antes de que cayera al suelo.

—Te quedan mejor de lo que le quedan a él, pero aún así… necesitamos conseguirte algo más bonito que eso. Ten.

Se quitó el pañuelo de su cuello y se lo tendió a ella.

—Insisto —dijo—. Nunca permitiría que una dama saliera con ropa de hombre inferior a otra.

Anna se sintió exhalar lentamente y sonreír mientras se ponía el pañuelo. Ambos saltaron de su ventana, aterrizando en el patio frente a su casa en silencio.

—¿Dónde está este lugar? —dijo Anna.

—En una indigna esquina de Soho —dijo con una sonrisa.

—¡Soho! —Anna estaba maravillada—. ¿Como supiste de ella?

—Oh, solamente con mis caminatas.

—Haces muchas de esas.

—Tengo un alma perifrástica.

Matthew estaba más ebrio de lo que parecía al principio. Dio vuelta sobre sus talones y giró alrededor de los ocasionales postes de luz mientras caminaban. Había estado así demasiadas veces en las últimas semanas… lo que fue divertido y brillante hasta que Matthew se agarró de un borde. En algún momento, sintió un poco de preocupación alzarse. Pero ese era Matthew y él no hacía bien las cosas bajo confinamiento. Tal vez la noche de verano sólo había hecho que sus espíritus se elevaran particularmente alto.

La casa donde Matthew llevó a Anna estaba en lo profundo del barrio de Soho, fuera de la calle Brewer. Estaba pintada de negro, con una puerta verde.

—Te gustará el lugar —dijo Matthew sonriéndole a Anna.

La puerta fue abierta por un alto y pálido hombre en una levita marrón.

—Fairchild —dijo mirando a Matthew—. Y…

—La buena amiga de Fairchild —respondió Matthew.

Anna podía sentir la inteligencia de la mirada del vampiro, mientras la veía por un largo rato. Se veía intrigado, por ella y Matthew, aunque su expresión era ilegible.

Al final se hizo a un lado y los dejó entrar.

—¿Lo ves? —dijo Matthew—. Nadie se puede resistir a tu compañía.

El vestíbulo estaba completamente oscuro: el montante de abanico había sido cubierto con una cortina de terciopelo. La única luz venía de las velas. La casa estaba decorada en un estilo que Anna aprobaba absolutamente: tapiz verde y dorado, cortinas de terciopelo y muebles. Olía a cigarrillos y de extraños y diminutos cigarrillos color rosa y ginebra. La habitación estaba llena de gente con una mezcla de subterráneos y mundanos, todos elaboradamente vestidos.

Anna notó a varias personas viéndola en sus ropas de hombre y asintiendo respetuosamente. Los hombres se veían satisfechos o asombrados, las mujeres de igual forma sorprendidas… o interesadas. Unos pocos veían a Anna con valentía en sus ojos, sus miradas se adherían al cuerpo femenino revelado por sus ropas ajustadas. Era como si al deshacerse de los vestidos se hubiera deshecho de la expectativa de la sociedad de la modestia de una mujer y se pudiera permitir ser admirada, deseada. Su alma se llenó con una nueva confianza: se sentía como una maravillosa criatura, no un caballero ni una dama. Un damallero, pensó y le guiñó el ojo a la única de esas personas que reconoció: el hombre lobo Woolsey Scott, el líder del Praetor Lupus. Usaba una sombreada chaqueta verde botella y estaba fumando de una pipa mientras llamaba la atención de un grupo de mundanos fascinados.

—Por supuesto —Anna lo escuchó decir—, han tenido un momento difícil al tratar de meter mi bañera en una de las casas del árbol, pero difícilmente la dejaría atrás. Uno siempre debe llevar su propia bañera.

—Por ahí hay un tipo de un tipo de Yeats —dijo Matthew, señalando a un alto hombre con gafas—. Leyó un nuevo escrito la última vez que estuve aquí.

—Y estuvo increíble —dijo una voz. Venía de una mujer sentada cerca de donde Matthew y Anna estaban parados. Era una maravillosa bruja con la piel escamada de una serpiente, de color plateado, casi opalescente. Su largo cabello verde caía sobre sus hombros y estaba ensartado en una fina malla de oro. Usaba un vestido rojo que se aferraba a su cuerpo. Alzó su cabeza elegantemente hacia Matthew y Anna.

—¿Acaso todos los cazadores de sombras de Londres son tan guapos como ustedes? —preguntó. Tenía un acento alemán.

—No —dijo Anna simplemente.

—Definitivamente no —concordó Matthew.

La bruja sonrió.

—Vosotros, los cazadores de sombras de Londres, sois más interesantes que los nuestros —dijo—. Los nuestros son muy latosos. Los vuestros son hermosos y divertidos.

Alguien hizo una queja ante esto, pero el resto del grupo se rió apreciativamente.

—Tomen asiento y únanse a nosotros —dijo la mujer—. Soy Leopolda Stain.

La mayoría de la gente alrededor de Leopolda parecían ser mundanos aduladores, como el grupo que estaba alrededor de Woolsey Scott. Un hombre usaba una túnica negra cubierta en símbolos que Anna no reconoció. Matthew y Anna se sentaron en la alfombra, contra una pila de almohadas de bola que servían como sofá. Junto a ellos estaba una mujer que usaba un pañuelo de turbante con un zafiro.

—¿Ambos son de los Elegidos? —le preguntó a Matthew y Anna.

—Sin duda alguna —dijo Matthew.

—Ah. Lo noté por la forma en que Leopolda reaccionó a ustedes. Es bastante maravillosa, ¿no es así? Es de Viena y simplemente los conoce a *todos*… Freud, Mahler, Klimt, Schiele…

—Maravilloso —dijo Matthew. Probablemente en verdad pensaba que era maravilloso, Matthew adoraba el arte y a los artistas.

—Ella nos van a ayudar —dijo la mujer—. Obviamente, hemos tenido muchos problemas aquí. ¡Debido a que Crowley ni siquiera fue reconocido aquí en Londres! Tuvo que ir al Templo de Ahathoor en París para ser iniciado al nivel del Adeptus Minor, lo cual estoy segura que han escuchado.

—En el momento en que sucedió —mintió Matthew.

Anna mordió su labio y miró hacia abajo para evitar reírse. Siempre era divertido conocer mundanos que tenían fantásticas nociones de cómo funcionaba la magia. Leopolda, se dio cuenta, estaba sonriendo complacientemente al grupo entero, como si fueran adorables pero también unos niños tontos.

—Bueno —continuó la mujer—, era una Experta del templo de Isis-Urania y puedo asegurarles que era reacia a…

Fue interrumpida por un hombre parado en medio de la habitación y que levantaba una copa con algo verde.

—¡Mis amigos! —dijo—. Les exijo que recordemos a Oscar. ¡Deben levantar sus copas!

Hubo un estruendo generico en acuerdo y las copas se elevaron. El hombre empezó a recitar «La Balada de la Cárcel de Reading» de Oscar Wilde. Anna fue golpeada por una de las estrofas:

Unos aman muy poco, otros demasiado,
Unos compran y otros venden;
Unos hacen la escritura entre el llanto:
Cada hombre mata lo que ama,
Más no todos pagan por ello.

No sabía lo que significaba del todo, pero el espíritu de ello la atormentaba. Parecía que había tenido un efecto incluso más mordaz en Matthew, quien se desplomó.

—Es un mundo corrompido el que ha permitido que un hombre como Wilde muera —dijo Matthew. Había una dureza en su voz que era nueva y un poco alarmante.

—Estás sonando un poco horrendo —dijo Anna.

—Es cierto —respondió—. Nuestro más grande poeta y murió en pobreza y oscuridad, no hace mucho. Lo arrojaron a la cárcel porque amaba a otro hombre. No pienso que el amor pueda ser incorrecto.

—No —dijo Anna. Siempre había sabido que amaba a las mujeres de la forma que se esperaba que amara a los hombres. Que veía a las mujeres hermosas y deseables, mientras que los hombres eran buenos amigos, compañeros en armas, pero nada más. Nunca había pretendido ser de otra manera y sus amigos más cercanos parecían aceptar esto de ella como un hecho conocido.

Pero era cierto que aunque Matthew y los otros a menudo bromeaban con ella acerca de destrozar los corazones de las chicas lindas, no era algo que ella y su madre habían hablado alguna vez. Recordó a su madre tocando su cabello con cariño en el carruaje. ¿Qué pensaría Cecily en verdad sobre su singular hija?

Ahora no, se dijo a sí misma. Se giró hacia la mujer del turbante, quien había estado tratando de llamar su atención.

—¿Sí?

—Mi cielo —dijo la mujer—. Debes asegurarte de estar aquí en el plazo de una semana. Los leales serán recompensados, te lo prometo. Los antiguos, ocultos de nosotros por tanto tiempo, serán revelados.

—Por supuesto —dijo Anna, parpadeando—. Sí. No me lo perdería por nada del mundo.

Aunque simplemente estaba haciendo conversación, Anna descubrió que le gustaría regresar a este lugar. Había venido aquí vestida como era y solo había recibido aprobación. De hecho, estaba segura que una de las vampiresas la estaba inspeccionando con una mirada que no era enteramente apropiada. Y Leopolda, la hermosa bruja, no había quitado sus ojos de Anna. Si el alma y mente de Anna no hubieran estado llenas de Ariadne…

Bueno, eso solo se podía dejar a la imaginación.

* * *

Mientras Matthew y Anna dejaban la casa esa noche, no notaron una figura cruzando la calle, parada en las sombras.

Jem reconoció a Matthew en seguida, pero confundió al principio a la persona que estaba con él. Esa persona se parecía a su *parabatai*, Will Herondale —no el Will que era ahora, sino Will a los diecisiete, con su confiada arrogancia y su mentón vuelto hacia arriba—. Pero eso no podía ser. Y la persona obviamente no era James, el hijo de Will.

Le tomó varios minutos darse cuenta que el joven no era un joven en absoluto. Era Anna Lightwood, la sobrina de Will. Había heredado el cabello negro y el perfil del lado de la familia Herondale y claramente, había heredado la arrogancia de su tío. Por un instante, Jem sintió una angustia en su corazón. Era como ver a su amigo como un joven otra vez, como ambos habían sido cuando vivían en el Instituto juntos y luchaban mano a mano, como habían sido cuando Tessa Gray llegó por primera vez a su puerta.

¿En verdad había sido hace tanto tiempo?

Jem alejó el pensamiento a la deriva y se enfocó en el presente. Anna estaba en un tipo de disfraz, y ella y Matthew habían estado en una reunión de subterráneos con un brujo que había venido a observar. No tenía idea de qué estaban haciendo allí.

* * *

Una semana entera pasó. Una semana entera con Anna corriendo al poste, mirando desde la ventana, caminando parcialmente a la plaza Cavendish antes de regresar. Toda una vida. Era una agonía y justo cuando lo comenzaba a aceptar, llamaron a Anna abajo en una temprana mañana del viernes para encontrar a Ariadne esperando por ella en un vestido amarillo y un sombrero blanco.

—Buenos días —dijo Ariadne—. ¿Por qué no estás lista?

—¿Lista? —dijo Anna, su garganta se secó ante la repentina aparición de Ariadne.

—¡Para entrenar!

—Yo…

—¡Buenos días, Ariadne! —dijo Cecily Lightwood entrando con Alexander.

—¡Oh! —los ojos de Ariadne se iluminaron cuando vio al bebé—. Oh, tengo que cargarlo… realmente adoro a los bebés.

La aparición de Alexander le compró el tiempo suficiente para que Anna se escabullera al piso de arriba, tomara un respiro, salpicara agua en su rostro y recogiera su equipo. Cinco minutos después, Anna estaba sentada junto a Ariadne en el carruaje de los Bridgestock, retumbando hacia el Instituto. Ahora estaban solas, cercanas en el cálido carruaje. El olor del perfume de azahar de Ariadne se elevó y se envolvió alrededor de Anna.

—¿Te molesté? —dijo Ariadne—. Simplemente esperaba… que estuvieras libre para entrenar conmigo… —Se veía preocupada—. Espero no haber hecho suposiciones. ¿Estás enfadada?

—No —respondió Anna—. Nunca podría enfadarme contigo.

Anna trató que sonara descuidado, pero sonó un tono ronco de veracidad.

—Bien. —Anna se veía radiantemente satisfecha ante esto y cruzó sus manos en su regazo—. Odiaría disgustarte.

Cuando llegaron al Instituto, Anna se cambió mucho más rápido que Ariadne. Esperó en la habitación de entrenamiento, paseándose nerviosamente, tomando cuchillos de las paredes y lanzándolos para calmar sus nervios.

Solo a entrenar. Simplemente entrenar.

—Tienes un buen brazo —dijo Ariadne.

Ariadne se veía estupenda en sus vestidos; pero el traje revelaba algo más. Aún era femenina, con su largo cabello y curvas exuberantes, pero sin comprometerse por el peso de las telas, se movía con gracia y rapidez.

—¿Cómo te gustaría empezar? —dijo Anna—. ¿Tienes un arma preferida? ¿O deberíamos hacer algo de escalamiento? ¿Trabajar en la viga?

—Lo que creas que sea mejor —respondió Ariadne.

—¿Deberíamos empezar con las espadas? —dijo Anna, tomando una de la pared.

Cualquier cosa que Ariadne hubiera estado haciendo en Idris no involucraba mucho entrenamiento. Había sido precisa en ello. Cuando lanzaba, su brazo era débil. Anna se acercó y la guió, forzándose a mantener la compostura mientras ponía la mano de Ariadne en la suya y guiaba el lanzamiento. Era sorprendentemente buena para escalar, pero una vez en la viga del techo, tuvo una mala caída. Anna saltó hacia abajo y la atrapó pulcramente.

—¡Oh, muy impresionante! —dijo Ariadne, sonriendo.

Anna se quedó allí por un momento, Ariadne en sus brazos, insegura de qué hacer. Había algo en la mirada de Ariadne, en la forma en que miraba a Anna... como si estuviera hipnotizada...

¿Cómo preguntar? ¿Cómo sucedió esto con alguien como Ariadne?

Era demasiado.

—Un muy buen intento —dijo Anna, dejando suavemente a Ariadne de pie—. Solo… cuida tu equilibrio.

—Creo que he tenido suficiente de eso por hoy —dijo Ariadne—. ¿Cómo se divierte uno en Londres?

Oh, de muchísimas formas

—Bueno —dijo Anna—. Está el teatro y el zoológico...

—No —Ariadne agarró uno de los pilares y giró suavemente alrededor de él—. *Diversión*. Sin duda, conoces un lugar.

—Bueno —dijo Anna—, conozco un lugar lleno de escritores y poetas. Es bastante raro. Está en Soho y comienza después de la medianoche.

—Entonces supongo que me llevarás —dijo Ariadne, con los ojos brillantes—. Te esperaré junto a mi ventana a medianoche.

* * *

La espera esa noche fue enloquecedora.

Anna picaba su cena y veía el reloj que estaba al otro lado de la habitación. Christopher estaba juntando sus zanahorias en forma de pirámide y pensando en algo. Su madre alimentaba a Alexander. Anna contaba los latidos de su corazón. Tenía que intentar no parecer sospechosa. Pasó un tiempo en el cuarto familiar con su pequeño hermano; tomó un libro y le echo un ojo sin prestar atención a las páginas. A las nueve fue capaz de levantarse, decir que iba a ducharse y retirarse.

De vuelta en su habitación, Anna esperó hasta escuchar al resto de las personas del hogar irse a la cama antes de cambiarse de ropa. Se había tomado la tarea de limpiar su atuendo y arreglarlo de la mejor manera posible.

Cuando se vistió, lucia apuesta y peligrosa. Había decidido que así se vestiría para escaparse en aventuras, incluso para encontrarse con Ariadne.

Se escabullo por su ventana a las once, deslizándose por una soga que lanzó desde adentro. Podría haber saltado, pero había tardado en arreglarse el cabello bajo el sombrero correctamente. Camino a Belgravia y esta vez no se molestó en evitar las luces de la calle. Quería ser vista. Alargo sus pasos y enderezó su espalda. Mientras mas caminaba, mas sentía como entraba en la marcha y la actitud. Le inclinó el sombrero a una dama que pasó en carruaje, quien sonrió y miró a otro lado con timidez.

Anna supo que nunca volvería a usar vestidos. Siempre había amado el teatro y la idea de una interpretación. La primera vez que uso las prendas de su hermano fue una interpretación, pero cada vez que lo repetía se convertía más en su realidad. No era un hombre ni quería serlo, pero, ¿por qué deberían ser los hombres los únicos en tener las mejores partes de la masculinidad sólo por un accidente de nacimiento? ¿Por qué no debería ella, Anna, usar su ropa, su poder y su confianza también?

Has robado el fuego a los dioses.

El pavoneo de Anna se apagó levemente mientras cruzaba la esquina a Cavendish Square. ¿Podría Ariadne aceptarla así? Se había sentido tan bien hacía tan solo un momento, pero ahora…

Casi se dió la vuelta, pero luego se obligó a continuar.

La casa Bridgestock estaba oscura. Anna subió la mirada, temiendo que Ariadne se hubiese burlado de ella. Pero entonces vio como las cortinas fueron apartadas y la ventana abría. Ariadne la miró.

Y ella sonrió.

Una soga salió de la ventana y Ariadne se deslizó por ella, con más gracia que la que ella tenía en entrenamiento. Vestía un vestido azul claro, que aleteaba mientras bajaba.

—Oh, vaya —dijo, aproximándose a Anna—. Luces… Bastante devastadora.

Anna no habría cambiado la manera en la que Ariadne la había visto en aquel momento, ni siquiera por mil libras.

Tomaron un carruaje a Soho. Aunque ambas se habían puesto un glamour para ocultar sus marcas de los mundanos, Anna disfrutó la mirada que le dedicó el conductor cuando se dio cuenta de que el apuesto caballero en la cabina era una apuesta joven. Se quitó el sombrero mientras ella y Ariadne bajaban del carruaje, murmurando algo sobre «los jóvenes de hoy en día».

Llegaron a la casa, pero esta vez, cuando Anna tocó la puerta, la persona que las atendió fue menos servicial. Miró a Anna y luego a Ariadne.

—No se admiten cazadores de sombras —dijo.

—Esa no era tu política antes —dijo Anna. Notó como las ventanas ahora estaban cubiertas con pesadas cortinas de terciopelo.

—Váyanse a casa, cazadoras de sombras —dijo—. Creo que se los he dejado claro.

La puerta fue cerrada en sus narices.

—Ahora tengo curiosidad —dijo Ariadne—. Deberíamos entrar, ¿no crees?

Ariadne sí que tenía un rasgo malvado que complementaba su espumante alegría, un amor por las cosas que eran solo un poco… traviesas. Anna sentía que debía animar este impulso.

No había un punto claro de acceso en la fachada de la casa, así que fueron al final de la calle y encontraron un estrecho callejón detrás de las casas. Ladrillos hasta el tercer piso. Había, sin embargo, una tubería de desagüe. Anna la usó para trepar. No podía alcanzar las ventanas del tercer piso desde allí, pero podía llegar al techo. Miró abajo para ver a Ariadne trepar tras ella, demostrando una vez más habilidades superiores a las que demostraba al entrenar. Consiguieron abrir una ventana del ático. Desde allí, bajaron una

escalera de caracol, Anna por delante, con Ariadne justo detrás. Ariadne mantenía una mano en la cintura de Anna, quizás para guiarse al caminar, o…

Anna no pensaría en eso.

Se estaban quemando grandes cantidades de incienso en la casa esa noche. Humeaba por el pasillo y en las escaleras, casi provocándole tos a Anna. No era un aroma placentero, era agrio y fuerte. Anna distinguió ajenjo, artemisa y algo más, algo metálico, como sangre. El grupo estaba inusualmente callado. Solo había una voz, hablando bajo. Una voz femenina con acento alemán. Escuchó los encantamientos.

Anna distinguía una invocación cuando la escuchaba. Se volvió hacia Ariadne, quien lucía preocupada.

Alcanzó su cuchillo serafín y le dijo a Ariadne que iba a mirar y a seguir adelante. Ariadne asintió con la cabeza. Anna se arrastró hasta el final de los escalones, y luego por el pasillo. Ella abrió un poco la cortina de terciopelo que cerraba la sala de estar principal. Todo el mundo allí se volvió hacia el centro de la habitación, por lo que en su mayoría vio espaldas y el tenue parpadeo de la luz de las velas.

Anna pudo apreciar la forma de un círculo dibujado en el suelo. La mujer del turbante estaba justo en el borde de éste, su rostro inclinado en éxtasis. Llevaba una larga túnica negra y sostenía un libro con un pentagrama sobre su cabeza. El libro estaba encuadernado en algo extraño. Parecía piel.

Imponente sobre todo era la bruja Leopolda, sus ojos cerrados, y sus brazos levantados. Ella tenía una daga curva en sus manos. Cantaba en un lenguaje demoníaco. Luego miró a la mujer con el turbante y asintió con la cabeza. La mujer dio un paso largo en el círculo. La llama verde brilló por todos lados, haciendo que los mundanos murmuraran y se alejaran. No había, Anna notó, muchos subterráneos presentes.

—¡Manifiéstate! —exclamó la mujer—. Manifiéstate, hermosa muerte. ¡Manifiéstate, criatura, para que te adoremos! ¡Manifiéstate!

Había un olor terrible, y la habitación estaba llena de oscuridad. Anna sabía que ya no podía estar quieta.

—¡Fuera! —gritó Anna, empujando su camino hacia la habitación—. ¡Todos ustedes!

El grupo no tuvo tiempo para sorprenderse. Una horda de demonios rapiñadores brotó de la oscuridad. La mujer del turbante se puso de rodillas delante de ella.

—Mi Señor —dijo—. Mi oscuro...

El rapiñador azotaba su cola alrededor y fácilmente cortaba la cabeza de la mujer con turbante. Los allí reunidos dejaron un grito colectivo, y se precipitaron hacia la puerta. Anna tuvo que luchar para llegar hasta el demonio. El rapiñador estaba haciendo un desastre con los restos de la mujer. Leopolda

Leopolda Stain simplemente miraba la escena con diversión apacible.

Era difícil luchar contra un demonio en un lugar así de cerrado sin matar a toda la gente también. Anna empujó a un lado varios mundanos y se lanzó al demonio, su cuchillo serafín alzado. El demonio hizo un ruido chillón de enojo. Eso pasó porque algo acababa de golpear a uno de sus ojos. Ariadne estaba junto a ella, sosteniendo un látigo de electrum y sonriendo.

—Muy buena puntería —dijo Anna mientras el demonio enojado giraba. Dio un salto y atravesó una de las ventanas delanteras. Anna y Ariadne fueron justo después de él, Anna saltando fácilmente con su ropa nueva. Ariadne atravesó la puerta, pero sus pies fueron rápidos, chasqueando su látigo en el aire. Entre ellas, rápidamente se deshicieron de la bestia.

Hubo un ruido extraño y crepitante. Se volvieron sólo para ver que el demonio no había venido solo… un grupo de cuervos más pequeños vertidos a través de la ventana rota, sus mandíbulas goteando líquido verde. Anna y Ariadne se volvieron para enfrentarse a ellos, las armas alzadas. Un pequeño rapiñador saltó hacia adelante primero. Ariadne la cortó con su látigo. Otro saltó, pero tan pronto como apareció, un báculo giró en el aire junto a Anna, golpeando la cabeza del demonio. Se dio la vuelta cuando desapareció el demonio, sólo para encontrarse a sí misma mirando al Hermano Zachariah. Ella estaba bien familiarizada con el ex*parabatai* de su tío, aunque ella no tenía idea de lo que estaba haciendo aquí.

¿Cuántos?, preguntó.

—No sé —dijo mientras otro demonio salía de la casa—. Están viniendo de un círculo dentro de la casa. Hay gente herida.

Él asintió con la cabeza e indicó que él procedería adentro mientras que Anna y Ariadne luchaban afuera. Una de las criaturas estaba a punto de descender sobre uno de los mundanos que huían. Anna saltó sobre su espalda, esquivando su cola furiosamente balanceada, y hundió su cuchillo serafín en su nuca. El mundano aturdido se arrastró hacia atrás a medida que el cuervo caía muerto al suelo. Se volvió para buscar a Ariadne, quien estaba deshaciéndose de uno de los rapiñadores, rebanando el aire con su látigo de electrum y luego a la derecha a través de las piernas del demonio. Anna se sorprendió… el único látigo eléctrico que había visto en su vida era propiedad de la Cónsul, Charlotte Fairchild.

Ariadne y Anna se pusieron de espaldas, luchando como parabatai, sus movimientos en sincronía. Aunque ciertamente no eran *parabatai*. Sería muy incorrecto sentir por un parabatai lo que Anna sentía por Ariadne. No había duda de ello, pensó Anna, aunque era extraño tener una revelación así en medio de una batalla con demonios.

Definitivamente estaba enamorada de Ariadne Bridgestock.

* * *

Jem entró a la casa a través de la puerta abierta, con su báculo extendido. La habitación parecía estar vacía y callada. Había una cantidad enorme de sangre en el suelo, y los restos de un ser humano hechos jirones.

—¡*Herein*![12] —dijo una voz—. Estaba esperando que vinieras.

Jem se giró. Leopolda Stain estaba sentada en la sala sobre una gran silla brocada, con la cabeza de una mujer en su regazo. Jem alzó su báculo.

Has asesinado mundanos inocentes, dijo Jem.

—Fue su culpa que murieran —respondió Leopolda—. Estaban jugando con fuego. Así que se quemaron. Ya sabes cómo son esas criaturas. Piensan que comprenden la magia. Pero deben de entender su verdadera naturaleza. Yo les he hecho un favor. Ya no volverán a invocar otro demonio. Si quisiera enseñarles una lección, ¿donde estaría el daño? Hay fuego infernal en mí, pero sé que no soy tu asunto de mayor importancia.

Jem estaba dividido. Su instinto le decía que necesitaba matarla por lo que había hecho, pero…

—Estás dudando, James Carstairs —dijo ella con una sonrisa.

Mi nombre es Hermano Zachariah.

—Alguna vez fuiste James Carstairs, un cazador de sombras que era adicto al *yin fen*. Conociste a Axel Mortmain, al que llamaban el Magister, ¿verdad?

Al sonido del nombre de Mortmain, Jem bajó su bastón.

—Ah —Leopolda volvió a sonreír—. Así que recuerdas al querido Axel.

---

[12] N.T. «*Aquí dentro*» en alemán.

¿Lo conocías?

—Bastante bien —respondió ella—. Sé muchas cosas. Sé que una bruja ayuda a manejar el Instituto, ¿cierto? Su nombre es Tessa Herondale. Ella es una cazadora de sombras, y no puede llevar runas. Está casada con tu *parabatai*.

¿Porque estarías preguntando sobre Tessa? preguntó Jem.

Era como si unos dedos gélidos estuvieran tocando su espalda. No le gustaba nada esta bruja. No le gustaba el interés que tenía en Tessa y Will.

—Porque has estado en el Mercado de Sombras, haciendo demasiadas preguntas sobre ella. Sobre su padre. Su padre *demoníaco*.

Dejó rodar la cabeza de su regazo.

—Como dije, conocí a Mortmain —dijo ella—. Desde que empezaste a investigar sobre él y de cómo Tessa fue creada, las noticias han llegado hasta mí… una de sus amigos restantes. Creo que tienes curiosidad sobre cómo Mortmain creo a Tessa. Buscas al demonio que fue invocado para ser su padre. Si bajas tu arma, tal vez podamos tener una conversación.

Jem no bajó su báculo.

—Tal vez antes no tuviera curiosidad sobre su progenitor demoníaco… —Leopolda comenzó a jugar con la red dorada en su cabello—, pero ahora que tiene *hijos*... y esos niños muestran señales de su herencia demoníaca… Las cosas son muy… diferentes, ¿no es así?

Jem estaba completamente paralizado. Era como si ella hubiera entrado en su mente y tocado sus memorias. Estando de pie en el Puente Blackfriars con Tessa un frío día de enero dos años atrás. El miedo en el rostro de ella.

No quiero preocupar a Will pero tengo que pensar en Jamie y Lucie . . . James sufre debido a sus ojos, los llama portales hacia el Infierno, como si odiara su propio rostro, su ascendencia. Pero si supiera quien es mi padre demoníaco, tal vez podría usar ese conocimiento para prepararlos y prepararme... y a Will.

Jem había temido que se tratara de un encargo peligroso, que el conocimiento solo trajera más preocupaciones y dudas. Pero era algo que Tessa quería para Will y sus hijos, y él los amaba tanto que sería imposible decir que no.

—La búsqueda de tu amigo Ragnor han dado frutos —dijo Leopolda—. Sé quien es el padre de Tessa. —Entrecerró los ojos—. A cambio solo pido algo pequeño. Solo una pequeña cantidad de sangre de un cazador de sombras vivo. Ni siquiera te darás cuenta.

Estaba por tomarla de la chica, la que se viste como chico. Me agrada mucho. Quisiera que fuera de ella, si me das la oportunidad.

Te mantendrás lejos de ella.

—Claro que lo haré —respondió Leopolda—. Pero también quiero ayudarte. Solo un poco de sangre y te diré el nombre del verdadero padre de Tessa Herondale.

—¡Hermano Zachariah! —escuchó gritar a Anna.

Jem se distrajo por un momento, y Leopolda se lanzó hacia el. Él alzó su báculo, lanzandola hacia atrás.

Ella soltó un siseo y corrió más rápido de lo que parecía posible, desenfundado un cuchillo curvo.

—No juegues conmigo, James Carstairs. ¿No quieres saber sobre tu Tessa?

Hubo otro grito que provenía de fuera. Jem no tuvo otra opción. Corrió en la dirección de la voz de Anna.

Afuera, Anna y otra chica estaban luchando ferozmente contra seis rapiñadores. Estaban acorraladas contra la pared, luchando espalda con espalda. Jem osciló su báculo y golpeó con fuerza el lomo del que estaba más cerca. Siguió balanceándose hasta que Anna y su compañera pudieran recuperar algo de terreno. Jem acabó con otro, mientras que Anna terminó rápidamente con dos demonios al mismo tiempo con un giro de su cuchillo. Ahora solo quedaba un Rapiñador. Extendió su cola con púas y apuntó hacia el pecho de la otra chica. En un segundo, Anna estaba lanzándose en el aire, empujando a su compañera lejos del demonio. Rodaron juntas, los brazos de Anna alrededor de la chica, protegiéndola. Jem atacó este último demonio, dando un golpe final en su cabeza.

La calle se quedó en silencio. Anna estaba en los brazos de la chica, muy quieta.

Anna. Jem corrió hacia ellas. La cazadora de sombras estaba rasgando la camisa de Anna para poder llegar a la herida. Anna siseó cuando el veneno comenzó a quemar su piel.

Detrás de ellos, Leopolda salió de la casa y simplemente empezó a alejarse caminando.

—Estoy bien —dijo Anna—. Ve a alcanzarla, Ariadne.

La otra chica, Ariadne, exhaló y se sentó.

—El veneno no entro a tu sistema. Pero si está afectando tu piel. Debemos de lavar el sitio con hierbas, inmediatamente. Y además tienes cortes profundos. Vas a necesitar varios *iratzes*.

La chica miró a Jem.

—Yo cuidaré de ella, estoy bien entrenada en curación. Fui entrenada por Hermanos Silenciosos mientras viví en Idris. Ve por la bruja.

¿Estás segura de eso? Anna necesitará un amissio*, una runa para reemplazar sangre.*

—Estoy segura —dijo la chica, ayudando a Anna a ponerse de pie—. Créeme que Anna preferiría perder un poco de sangre antes de que sus padres se enteren de donde estuvo hoy por la noche.

—Hazle caso —dijo Anna aprobando el plan.

Cuídala, dijo Jem.

—Eso haré —Ariadne hablaba con confianza en su voz, y por la manera en que manejaba la herida, parecía que hablaba con la verdad.

—Ven —Ariadne le dijo a Anna—. Mi casa no está muy lejos. ¿Puedes caminar?

—Contigo —dijo Anna—, puedo ir a donde sea.

Dándose cuenta que la situación estaba controlada, Jem fue en búsqueda de Leopolda Stain.

*** * ***

Fueron de regreso a casa de Ariadne, con Anna ocasionalmente apoyándose en su amiga para sostenerse. El veneno en su piel estaba comenzando a hacer efecto, el cual era como tomar mucho vino demasiado rápido. Trató de mantenerse de pie por sí misma. Estaban cubiertas por un glamour, caminando sin ser vistas por la calle.

Cuando llegaron, Ariadne la dejó entrar en silencio por la puerta principal. Subieron las escaleras con cuidado, para no despertar a nadie. Por suerte, la habitación de Ariadne estaban del lado opuesto de la casa de donde estaba la de sus padres. Ariadne hizo que Anna entrara primero y cerró la puerta.

Su cuarto reflejaba a la persona que la habitaba… perfumada, perfecta, delicada. Había cortinas de encaje en los ventanales. Las paredes estaban cubiertas de papel tapiz plateado y rosado, y tenía lilas y rosas recién cortadas en varios jarrones por toda la habitación.

—Ven —dijo Ariadne, acercando a Anna a su buró, donde estaba un cuenco con agua. Ariadne le quitó a Anna su chaqueta y le subió la manga. Después de mezclar algunas hierbas en el cuenco, vacío la mezcla sobre la herida, lo que hizo que ardiera un poco.

—Es una herida desagradable —dijo—, pero me considero una buena enfermera.

Humedeció un paño y limpió cuidadosamente la herida con suaves movimientos, teniendo cuidado de remover todo el veneno que había salpicado la piel de Anna. Luego tomó su estela y dibujó una runa *amissio* para acelerar la regeneración de sangre y un *iratze* para ayudar en la curación. La herida comenzó a cerrarse.

Mientras hacía todo esto, Anna estaba en silencio, sin aliento. No sentía dolor. Solo sentía las manos delicadas de Ariadne sobre ella.

—Gracias —finalmente le dijo.

Ariadne dejó su estela a un lado.

—No es nada. Te heriste mientras me protegías. Te pusiste frente a mí. Me protegiste.

—Yo siempre te protegeré —respondió Anna.

Ariadne la miró por un largo rato. La única luz entraba a través del patrón en el encaje.

—Mi vestido —dijo Ariadne suavemente—. Creo que se ha arruinado. Me veo horrible.

—Tonterías —contestó Anna. Después, pasado un latido, añadió—. Nunca te habías visto más bella.

—Tiene sangre sobre la tela, e icor también. Ayudame a quitarlo, por favor.

Con dedos temblorosos, Anna desabrochó los muchos botones en la parte delantera del vestido, y se deslizó hasta el suelo en una pila. Ariadne se giró para que Anna pudiera deshacer las correas de su corsé. Ariadne llevaba una camisa de algodón debajo, adornada con delicados encajes. Su camisón y sus bombachos eran de un blanco absoluto contra su piel morena. Sus ojos brillaron.

—Debes descansar un poco, Anna —dijo Ariadne—. No puedes irte ahora. Ven.

Le tomo la mano y la llevó a su cama. Anna de repente se dio cuenta de lo cansada que estaba de la batalla, y de cómo nunca se había sentido más despierta y viva que ahora.

—Recuéstate —le pidió Ariadne, acariciando el cabello de Anna.

Anna puso su cabeza en la almohada. Sus botas ya no estaban. Su cabello estaba suelto y se lo acomodo con impaciencia.

—Me gustaría besarte —dijo Ariadne. Su voz vibraba con un miedo que Anna conocía demasiado bien. Ariadne tenía miedo de que Anna fuera a apartarla, rechazarla, y salir corriendo y gritando. ¿Pero como Ariadne no había notado cómo se sentía ella?—. Por favor, Anna, ¿puedo darte un beso?

Incapaz de hablar, Anna asintió.

Ariadne se inclinó hacia delante y apretó sus labios sobre los de Anna.

Había vivido este momento un centenar de veces en su cabeza. Pero no tenía idea de que su cuerpo se volvería tan cálido, que Ariadne tuviera un sabor tan dulce. Regresó el beso, y luego besó a Ariadne a lo largo de su mejilla, después hacia su mentón y luego bajó a su cuello. Ariadne hizo un sonido de deleite. Volvió a acercar sus labios a los de Anna, y juntas cayeron sobre las almohadas. Estaban enredadas, juntas, riendo y cálidas; existiendo solo la una para la otra. El dolor ya se había ido, reemplazado por éxtasis.

* * *

Durante el día, las calles y los callejones de Soho pueden ser difíciles de navegar. En la noche, se volvían una madriguera confusa y peligrosa. Jem mantuvo su báculo en alto. A esta hora tan tardía, las únicas personas que había eran borrachos y mujeres de la noche. Los callejones olían a desperdicios, y había vidrios rotos y restos variados de un día de Londres.

Jem se dirigió a una tienda en la calle Wardour. Tocó la puerta, y ésta fue abierta por dos licántropos jóvenes, ninguno de los cuales parecía sorprendido de verlo.

Woolsey Scott me espera.

Ellos asintieron y lo guiaron a través de una oscura y vacía tienda que vendía botones y listones y a través de una puerta. En el otro lado había una habitación débilmente iluminada, pero amueblada con buen gusto. Woolsey Scott estaba reclinado en un diván

bajo. Sentado frente a él estaba Leopolda Stain, rodeada por media docena más de hombres lobo. Parecía calmada y serena, e incluso tomaba de una taza de té.

—Ah, Carstairs —dijo Scott—. Al fin. Pensé que estaríamos aquí toda la noche.

Gracias, dijo Jem, *por cuidarla por mí.*

—No hay problema —dijo Scott. Apuntó con su barbilla hacia Leopolda—. Como ya sabes, esta persona llegó hace un par de semanas. Hemos estado echándole el ojo desde entonces. No pensé que iría tan lejos como lo hizo esta noche. No puedo tenerla incitando a los mundanos idiotas a invocar demonios. Es el tipo de cosa que inspira el sentimiento anti-subterráneos.

Leopolda parecía no ofenderse por la forma en que hablaba.

Woolsey se puso de pie.

—Dijiste que querías hablar con ella —dijo él—. ¿Debo dejar el asunto contigo?

Sí, dijo Jem.

—Bien. Tengo una cita con una botella de vino tinto bastante asombrosa. Estoy seguro de que ella no causara más alborotos, ¿verdad, Leopolda?

—Por supuesto que no —dijo Leopolda.

Scott asintió y los hombres lobo dejaron la habitación como uno solo. Leopolda miró a Jem y sonrió.

Me dirás lo que sabes de Tessa.

Leopolda alcanzó una tetera que estaba en una mesa baja y relleno su taza.

—Estas bestias terribles —dijo ella, asintiendo a la puerta—. Me agarraron con bastante brusquedad. Me gustaría irme de este lugar ahora.

No te irás de aquí hasta que me digas lo que quiero saber.

—Oh, lo haré. Tu Tessa… ella era tuya, ¿no es así? Puede que no sea capaz de ver tus ojos, pero puedo verlo en tu cara.

Jem se puso rígido. No era más ese chico, el joven que había planeado casarse con Tessa, quien la había amado tanto como su corazón pudo soportar. Todavía la amaba, pero sobrevivió al haber apartado a ese joven, al dejar de lado sus amores humanos al igual que había desistido del violín. Instrumentos para otra ocasión, otra vida.

Aun así, no había alegría en ser tan cruelmente recordado.

—Imagino que sus poderes son estupendos —dijo Leopolda, agitando su té—. La envidio. Axel estaba… tan orgulloso.

No hubo nada más que el sonido de la cuchara golpeando los lados de la taza china. En las profundidades de su mente, Jem escuchó el murmullo de los otros Hermanos Silenciosos. Lo ignoró. Esta era su misión.

Háblame del padre de Tessa.

—La sangre —dijo ella—. Me darás la sangre primero. Solo es una pequeña cantidad.

Eso nunca va a pasar.

—¿No? —dijo ella—. Sabes, solo soy una simple y humilde hija de un demonio Vetis, pero tu Tessa…

Esperó a ver el efecto que tendría sobre Jem.

—Sí —dijo ella—. Lo sé todo. Pondrás tu brazo. Tomaré la sangre, te diré lo que deseas saber y me iré. Los dos estaremos satisfechos. Te aseguro que lo que te daré es mucho más de lo que yo pido. Es un trato de primer nivel.

No tienes las ventajas que crees tener, Leopolda Stain. Sabía que estabas aquí desde que pusiste pie en estos lares. Sabía que eras una amiga de Mortmain. Sé que quieres la sangre para continuar su trabajo, y nunca permitiré eso.

Sus labios se curvaron.

—Pero eres amable —dijo ella—. Eres famoso por ello. No me harás daño.

Jem tomó su báculo, lo hizo girar en sus manos y lo balanceó ligeramente entre él y Leopolda. Él sabía un montón de formas para poder matarla con el báculo. Podría romper su cuello.

Ese era yo como cazador de sombras, dijo él. *He matado con este báculo, aunque prefiero no hacerlo. O me dices lo que quiero saber o te mueres. Es tu elección.*

Pudo ver, por la mirada en los ojos de ella, que Leopolda le creía.

Dime lo que quiero saber, y te dejaré ir con vida.

Leopolda tragó.

—Primero, jura por tu Ángel que me dejarás ir esta noche.

Lo juro por el Ángel.

Leopolda sonrió una gran sonrisa vulpina.

—El ritual que creó a tu Tessa fue magnífico —dijo ella—. Vaya gloria. Nunca pensé que se pudiera hacer tal cosa, emparejar un cazador de sombras con un demonio…

No lo evadas. Dime.

—El padre de su Tessa fue el mayor de los demonios Eidolon. La criatura más hermosa en cualquier infierno, porque él tiene mil formas.

¿Un Príncipe del Infierno?

Jem lo había temido. No era de extrañar que James se pudiera transformar en humo y la misma Tessa en cualquier forma, incluso en la de un ángel. Un linaje de Nefilim y Demonios Mayores. No había ninguna historia de tales seres imposibles. Incluso ahora, no podía pensar en ellos como una nueva y extraña creación con poderes increíbles. Ellos eran simplemente Tessa y James. Gente que él amaba más allá de lo posible.

¿Estás diciendo que el padre de Tessa era un Príncipe del Infierno?

La Clave no podría saberlo nunca. No podía decirles. Su corazón dio una sacudida. ¿Podría decirle a Tessa? ¿Sería mejor que ella supiera o no?

—Claro que es un príncipe —dijo Leopolda—, hermano de Asmodeus y Sammael. Que honor nacer de él. Tarde o temprano, Jem Carstairs, la sangre saldrá a la luz, y ese poder tan hermoso resplandecerá en esta ciudad.

Ella se puso de pie.

¿El mayor de los Eidolon? Necesito más que eso. ¿Cuál era su nombre?

Ella meneó su cabeza.

—El precio por el nombre es la sangre, James Carstairs, y si tú no vas a pagarlo, otro lo hará.

Ella sacó su mano de detrás de su espalda y arrojó un puñado de polvo a Jem. Si sus ojos no hubieran estado protegidos por la magia, probablemente lo hubiera cegado. Tal como estaban las cosas, él se tambaleó hacia atrás el tiempo suficiente para que pasara corriendo hacia la puerta.

Ella lo alcanzó en segundos y lo abrió. Al otro lado de ésta estaban dos enormes hombres lobo, flanqueando a Woolsey Scott.

Ella lo alcanzó en segundos y lo abrió. Al otro lado de ésta estaban dos enormes hombres lobo, flanqueando a Woolsey Scott.

—Como esperábamos —dijo Woolsey, mirando a Leopolda con desprecio—. Mátenla, chicos. Dejen que sea un ejemplo para aquellos que derramarán sangre libremente en nuestra ciudad.

Leopolda gritó y giró para mirar a Jem, con los ojos abiertos.

—¡Dijiste que me dejarías ir! ¡Lo juraste!

Jem se sintió hastiado.

No soy yo quien te está deteniendo.

Ella gritó mientras los hombres lobo, ya medio transformados, volaron hacia ella. Jem se alejó mientras el sonido de chillidos y carne desgarrándose llenaban la habitación.

* * *

El amanecer de verano llegó temprano. Ariadne estaba durmiendo plácidamente, y Anna escuchó a la criada en la parte de abajo. Anna todavía no había dormido, incluso después de que Ariadne se hubiera caído. Anna no quería moverse de este lugar cálido. Jugaba con los bordes de encaje de la almohada y miraba las pestañas de Ariadne parpadear como si estuviera en lo más profundo de un sueño.

Pero el cielo estaba pasando de negro al suave color melocotón del amanecer. Pronto habría una criada en la puerta con una bandeja. Pronto, la vida se interrumpiría.

Sólo lastimaría a Ariadne si la encontraran aquí. Era su deber dejar este lugar.

Ella besó a Ariadne suavemente, para no despertarla. Luego se vistió y se deslizó por el marco de la ventana. La oscuridad no la oscureció ahora mientras caminaba por la brumosa mañana de Londres en su ropa de hombre. Algunas personas se volvieron para echarle un segundo vistazo, y ella estaba bastante segura de que algunas de esas miradas eran de admiración, incluso aunque le faltaba una de las mangas y había perdido su sombrero. Decidió tomar el camino más largo a casa, a través de Hyde Park. Los colores eran suaves en el amanecer, las aguas del Serpentine, tranquilas. Se sintió amistosa hacia los patos y las palomas. Ella sonrió a los extraños.

Esto era lo que significaba el amor. Era total. La unía a todo. A Anna apenas le importaba llegar a casa antes de que alguien notara su desaparición. Quería sentirse así para siempre… exactamente así, en esta mañana suave, fragante y amistosa, con la sensación de Ariadne todavía en su piel. Su futuro, tan confundido antes, era claro. Ella estaría con Ariadne para siempre. Viajarían por el mundo, lucharían codo con codo.

Eventualmente, ella tuvo que caminar hacia su casa, donde subió a su ventana con facilidad. Se quitó la ropa de su hermano y se deslizó en la cama. En cuestión de segundos, se dejó caer en el fácil abrazo del sueño y se sintió de nuevo en los brazos de Ariadne.

* * *

Se despertó antes del mediodía. Alguien le había traído una bandeja de té y la dejó junto a su cama. Bebió el ahora té frío. Tomó un fresco baño y examinó la herida en su brazo. Las runas de curación que Ariadne había dibujado habían hecho su trabajo. El área aún estaba roja e inflamada, pero podía cubrirla con un chal. Se vistió con su vestido más claro y de corte más severo —ahora era divertido, vestirse como una chica— y ponerse un chal de seda sobre sus hombros, envolviendolo con cuidado sobre el brazo herido. Bajó las escaleras. Su madre se sentó en una esquina soleada en la sala de estar, con el pequeño Alexander en su regazo.

—Ahí estás —dijo su madre—. ¿Estás enferma?

—No —dijo Anna—. Fui una tonta. Me quedé leyendo un libro hasta tarde.

—Ahora sé que estás enferma —dijo su madre con una sonrisa, la cual Anna le devolvió.

—Necesito tomar un paseo en el sol. Es un día precioso. Debería ir a ver a Lucie y James, supongo, y discutir mi libro con ellos.

Su madre le dio una mirada curiosa, pero estuvo de acuerdo.

Anna no caminó a la casa de los Herondale. En su lugar regresó hacia Belgravia, deteniéndose para comprar un ramo de violetas a una mujer anciana que las vendía en la calle. Sus pasos eran ligeros. El mundo estaba perfectamente organizado y todas las cosas y seres en él valían para ser amados. Anna pudo haber hecho cualquier cosa en ese momento: luchar contra cientos de demonios a la vez, levantar un carruaje sobre su

cabeza, bailar en un cable. Pasó por las aceras en las que había estado unas horas antes, de regreso con su amor.

Fuera de la casa de la plaza de Cavendish, Anna tocó una vez, luego se paró con nerviosismo en el camino, mirando hacia arriba. ¿Ariadne estaba en su habitación? ¿Miraría hacia abajo?

La puerta fue abierta por el serio sirviente de los Bridgestock.

—La familia está recibiendo invitados en este momento, señorita Lightwood. Tal vez le gustaría esperar en el…

En ese momento, la puerta de la recepción se abrió y el Inquisidor salió con un joven que tenía rasgos familiares y cabello rojizo… Charles Fairchild, el hermano de Matthew. Anna rara vez veía a Charles. Siempre estaba en alguna parte, usualmente Idris. Él y el Inquisidor estaban a mitad de una conversación.

—Oh —dijo el Inquisidor Bridgestock al ver a Anna—. Señorita Lightwood. Que oportuna. ¿Conoce a Charles Fairchild?

—¡Anna! —dijo Charles con una cálida sonrisa—. Sí, por supuesto.

—Charles será el encargado provisional del Instituto de París —dijo el Inquisidor.

—Oh —dijo Anna—. Felicidades. Matthew no me lo dijo.

Charles rodó sus ojos.

—Me imagino que piensa que tales cosas como las aspiraciones políticas son estúpidas y burguesas. ¿Qué estás haciendo aquí de todas formas?

—Anna y Ariadne han estado entrenando juntas —explicó el Inquisidor.

—Ah —dijo Charles—. Excelente. Deberías visitarnos en París algún día, Anna.

—Oh —dijo Anna sin saber de qué hablaba Charles con lo de *visitarnos*—. Sí. Gracias. Lo haré.

Ariadne salió de la sala tempranera. Usaba un vestido rosa y su cabello estaba enroscado en su cabeza. Al ver a Anna, sus mejillas se sonrojaron. Charles Fairchild dio un paso adelante con el Inquisidor Bridgestock y Ariadne se paró frente a ella.

—No esperaba verte tan pronto —le dijo a Anna en voz baja.

—¿Cómo podría alejarme? —respondió Anna. Ariadne estaba usando su perfume otra vez y éste flotó ligeramente por el aire. Ahora, el azahar era la esencia favorita de Anna.

—Tal vez podamos vernos más tarde —dijo Ariadne—. Nosotros…

—Estaré de vuelta en un año —dijo Charles, concluyendo cualquier conversación que estuviera teniendo con el Inquisidor Bridegestock. Se volvió a ellas, inclinándose, tomó la mano de Ariadne y la besó con formalidad.

—Espero ver mas de ti cuando regrese —dijo—. No debería ser más de un año.

—Sí —respondió Ariadne—. Eso me gustaría muchísimo.

—¡Anna! —dijo la señora Bridgestock—. Tenemos un loro. Tienes que verlo. Vamos.

De repente, Anna se dio cuenta que la señora Bridgestock la había enganchado por el brazo y la estaba guiando gentilmente a una de sus otras habitaciones, donde había un gran loro multicolor en una inmensa jaula dorada. El ave graznó fuertemente al verlos acercarse.

—Es un ave muy bonita —dijo Anna, confundida mientras la señora Bridgestock cerraba la puerta detrás de ellos.

—Me disculpo, Anna —dijo—. Solo necesitaba darle a ambos la oportunidad de que dijeran sus despedidas propiamente. Estas cosas pueden ser muy delicadas. Estoy segura que lo entiendes.

Anna no lo entendía, pero había un deslizante adormecimiento que se empezaba a deslizar sobre ella.

—Es nuestra esperanza que puedan casarse en unos cuantos años —continuó la señora Bridgestock—. Nada se ha arreglado, pero es una buena unión.

El loro graznó y la señora Bridgestock siguió hablando, pero Anna solo escuchó un zumbido en sus oídos. Aún podía saborear el beso de Ariadne en sus labios; vio el oscuro cabello de Ariadne extenderse en la almohada. Esas cosas habían sucedido solo unas horas antes y aún así era como si hubieran pasado cientos de años y el mundo se hubiera congelado y vuelto incierto.

La puerta se abrió de nuevo y una silenciosa Ariadne se les unió.

—¿Madre te ha presentado a Winston? —le dijo, mirando al loro—. Lo adora. ¿Acaso no eres una bestia desagradable, Winston? —dijo cálidamente y Winston el loro bailó a lo largo de su barandilla y le extendió una pata a Ariadne.

—¿Tuvieron una charla fructífera? —preguntó su madre.

—¡Madre! —protestó Ariadne. Estaba algo pálida pero su madre parecía no notarlo—. Por favor, ¿podría hablar con Anna?

—Sí, por supuesto —dijo la señora Bridgestock—. Que tengan una buena charla, chicas. Haré que la cocinera haga un poco de esa grandiosa limonada de fresa y algunos bizcochos.

Cuando se fue, Anna miró a Ariadne con inexpresividad.

—¿Te vas a casar? —dijo, su voz se volvió árida—. No puedes *casarte con él.*

—Charles es un buen partido —dijo Ariadne como si estuviera discutiendo la calidad de una prenda—. Nada ha sido establecido, pero debemos llegar a un acuerdo muy pronto. Pero ven, Anna. Siéntate.

Ariadne tomó la mano de Anna y la guió hacia uno de los sofás.

—Eso no sucederá hasta dentro de un año o más —dijo Ariadne—. Ya escuchaste a Charles. Es un año antes de que incluso lo vuelva a ver otra vez. Todo ese tiempo, lo pasaré contigo.

Dibujó un pequeño círculo en la parte trasera de la mano de Anna con su dedo, un gentil movimiento que hizo que la respiración de Anna se detuviera. Ariadne era tan hermosa, tan cálida. Anna se sintió como si estuviera siendo desgarrada en pedazos.

—Claro que no deseas casarte con Charles —dijo Anna—. No hay nada mal con él pero es… ¿tú lo *amas*?

—No —dijo Ariadne apretando más fuerte la mano de Anna—. No lo amo de esa forma, o a cualquier hombre de esa forma. Toda mi vida, he visto a las mujeres y he sabido que solo ellas podrían atravesar mi corazón. Como tú lo has atravesado, Anna.

—¿Entonces por qué? —dijo Anna—. ¿Por qué te casas con él? ¿Es por tus padres?

—Porque así es como el mundo *es* —dijo Ariadne, su voz temblando, de la forma en que había temblado cuando le había preguntado a Anna si podía besarla—. Si fuera a contarles a mis padres la verdad sobre mí, si fuera a revelar quién realmente soy, me despreciarían. Me quedaría sin amigos, aislada, sola.

Anna sacudió su cabeza.

—No lo harían —dijo—. Ellos te amarían. Eres su hija.

Ariadne apartó su mano de la de Anna.

—Soy adoptada, Anna. Mi padre es el Inquisidor. No tengo padres que sean tan comprensibles como los tuyos deben ser.

—Pero el amor es lo que importa —dijo Anna—. No tendré a nadie más que a ti. Tú lo eres todo para mí, Ariadne. Yo no me casaré con un hombre. Solo te quiero a ti.

—Y yo quiero hijos —dijo Ariadne, bajando la voz en caso de que su madre estuviera regresando—. Anna, siempre he querido ser madre, más que nada en el mundo. Si tengo que soportar las caricias de Charles, valdrán la pena por ello. —Se encogió de hombros —. Nunca, nunca lo amaré como te amo. Pensé que entenderías… que esto sería un poco de felicidad que podríamos arrebatarle al mundo antes de que nos obliguen a separarnos. Podemos amarnos por el resto del año siguiente, antes de que Charles regrese… podremos tener ese tiempo y siempre recordarlo, sostenerlo cerca de nosotras…

—Pero cuando Charles regrese, se acabará —dijo Anna fríamente—. Te reclamará. Eso es lo que estás diciendo.

—No le seré infiel, no —dijo Ariadne silenciosamente—. No soy una mentirosa.

Anna se levantó.

—Creo que te estás mintiendo a ti misma.

Ariadne levantó su encantador rostro. Lágrimas se derramaban por sus mejillas; las secó con sus manos temblorosas.

—Oh, Anna, ¿no me besarás? —dijo—. Oh, por favor, Anna. No me dejes. Por favor bésame.

Miró a Anna suplicante. Las respiraciones de Anna eran cortas y el latido de su corazón un lamentable retroceso en su pecho. El mundo perfecto con el que había soñado se estaba derrumbando en millones de pedazos, convirtiéndose en polvo y alejándose. Lo que lo reemplazó fue algo extraño y cruel. No había suficiente aire para respirar. Lágrimas calientes llenaron sus ojos.

—Adiós, Ariadne —gestionó y se tambaleó fuera de la habitación.

* * *

Anna se sentó al borde de su cama y lloró por un largo rato. Lloró hasta que no salieron más lágrimas y su cuerpo se agotó como consecuencia.

Hubo un suave golpeteo en su puerta y su hermano asomó su cabeza.

—¿Anna? —dijo, parpadeando con sus ojos color lavanda—. ¿Estás bien? Creí escuchar algo.

Oh, Christopher. Dulce Christopher. Anna limpió su rostro bruscamente.

—Estoy bien, Christopher —dijo aclarando su garganta.

—¿Estás segura? —preguntó Christopher—. ¿No hay nada que pueda hacer para ayudarte? Podría realizar un atenuante acto de ciencia.

—Christopher, sal de aquí. —Era la madre de Anna, apareciendo silenciosamente como un gato en el corredor detrás de su hijo—. Vete y haz algo más. Algo sin explosivos —agregó, mandando a su segundo hijo a otra parte al final del pasillo.

Anna se limpió precipitadamente los últimos rastros de lágrimas de sus ojos mientras su madre entraba a su habitación, cargando una grande caja decorada con muchos listones. Se sentó en la cama y miró a su hija plácidamente.

Como siempre, Cecily estaba perfectamente vestida y perfectamente calmada, su cabello negro colgaba de un suave moño detrás de su cuello, su vestido de un favorecedor azul. Anna no podía más que pensar en lo horrible que debía de verse en su camisón con su rostro abochornado y rojo.

—¿Sabes por qué te llamé Anna? —dijo Cecily.

Anna negó con la cabeza, perpleja.

—Estuve terriblemente enferma durante mi embarazo —dijo Cecily. Anna parpadeó, ella no sabía eso—. Todo el tiempo me preocupaba que no vivieras, o que nacieras enferma y débil. Y luego naciste y fuiste la más hermosa, saludable y perfecta niña —Sonrió—. Anna significa «favorecer», como «Dios me ha favorecido». Pensé que el Ángel me había favorecido contigo y yo me haría cargo de que siempre fueras feliz. —Se inclinó para tocar gentilmente la mejilla de Anna—. Rompió tu corazón, ¿no es así? ¿Ariadne?

Anna se quedó sin palabras. Así que su madre sí sabía. Siempre había pensado que su madre sabía que a ella le gustaban las mujeres y que su padre también lo sabía… pero nunca habían hablado de ello hasta ahora.

—Lo lamento tanto. —Cecily besó la frente de Anna—. Mi querida encantadora. Sé que no ayuda que te lo diga, pero vendrá alguien más y ella tratará tu corazón como el precioso obsequio que es.

—Mamá —dijo—. ¿No te importa… que tal vez no me case, o tenga hijos?

—Hay muchos niños cazadores de sombras huérfanos, como Ariadne lo era, buscando hogares amorosos y no veo una razón por la que no tengas uno algún día. Y por el matrimonio… —Cecily se encogió de hombros—. Dijeron que tu tío Will no podría estar con tu tía Tessa, que tu tía Sophie y tu tío Gideon no podrían estar juntos. Y aún así, creo que descubrirás que estuvieron equivocados y habrían estado equivocados incluso si el matrimonio les hubiera sido prohibido. Incluso donde las leyes son injustas, los corazones pueden encontrar la forma de estar juntos. Si amas a alguien, no tengo duda de que encontrarás una forma de pasar tu vida con ellos, Anna. Eres la niña más determinada que conozco.

—No soy una niña —dijo Anna, pero sonrió, con algo de asombro. Ariadne pudo haberla decepcionado, pero su madre la estaba sorprendiendo de la forma opuesta.

—Aún así —dijo su madre—. No puedes seguir usando la ropa de tu hermano.

El corazón de Anna se derrumbó. Allí estaba. El entendimiento de su madre solo podía ir un poco lejos.

—Pensé que no lo sabías —dijo con una pequeña voz.

—Claro que lo sabía. Soy tu madre —dijo Cecily como si estuviera anunciando que ella era la Reina de Inglaterra. Golpeteó la grande caja con muchos listones—. Aquí hay un nuevo atuendo para ti. Ojalá lo encuentres adecuado para acompañar a tu familia al parque este día.

Antes de que Anna pudiera protestar, un fuerte y demandante lloriqueo sonó a través de la casa.

Exclamando: «¡Alexander!» Cecily salió por la puerta, dándole órdenes a Anna de que se encontrara con ella abajo en la sala de estar cuando se vistiera.

Malhumorada, Anna desató los listones sosteniendo la caja cerca de ella. Había recibido muchos vestidos de parte de su madre en el pasado. ¿Otro pastel de seda? ¿Otro vestido astutamente fabricado, destinado a hacer destacar la mayoría de sus pequeñas curvas?

Los listones y el papel cayeron, y Anna jadeó.

Dentro de la caja estaba el traje más maravilloso que hubiera visto. De lana color carbón con delgadas rayas azules, la chaqueta estaba justo a la medida. Un espléndido chaleco de seda en radiantes sombras azules complementaban una sedosa camisa blanca. Zapatos, tirantes… nada había sido olvidado.

Aturdida, Anna se vistió y se miró en el espejo. Las ropas encajaban perfectamente, su madre debió de haberle dado sus medidas al sastre. Y aún así había una cosa que todavía no estaba bien.

Apretó su mandíbula, luego cruzó la habitación para conseguir un par de tijeras. Parada frente al espejo, sostuvo un grueso puñado de cabello.

Vaciló por un momento, la suave voz de Ariadne en sus oídos.

Creí que entendías… que esto sería un poco de felicidad que podríamos robar antes de que el mundo nos obligara a separarnos.

El cabello hizo un crujido satisfactorio mientras lo cortaba. Cayó en la alfombra. Tomó otro puñado, luego otro, hasta que su cabello estaba hasta su barbilla. El corte transformó sus facciones en un marcado alivio. Cortó un poco más del frente, de la parte trasera, hasta que quedó lo suficiente para poder barrerlo hacia atrás en una onda de caballero.

Y ahora era perfecto. Su reflejo le devolvió la mirada, los labios curvados en una sonrisa incrédula. El chaleco hacía resaltar sus ojos; los pantalones, la delgadez de sus piernas. Se sintió como si pudiera respirar, incluso con el dolor de la pérdida de Ariadne en su pecho: tal vez había perdido a la chica, pero se había ganado a sí misma. Una nueva Anna, confiada, apuesta y poderosa.

Cada día se rompían corazones por todo Londres. Tal vez Anna podría romper uno o dos corazones por su cuenta. Habrían otras… adorables chicas que vendrían y se irían, y ella mantendría un control sobre su corazón. Nunca sería destrozada de esa forma otra vez.

Era una cazadora de sombras. Ella tendría que tomar el golpe. Se endurecerá a sí misma y se reirá en la cara del dolor.

Anna descendió por las escaleras poco después. Ya era tarde, aunque el sol aún seguía brillando a través de las ventanas. Este día duraría para siempre.

Su madre estaba en la sala de estar con una bandeja de té, el bebé Alex estaba en una canasta a su lado. Su padre estaba sentado en el lado opuesto, comprometido a leer el periódico.

Anna entró en la habitación.

Ambos padres miraron hacia arriba. La vieron con sus nuevas prendas, al igual que con su corto cabello. Se paró en la entrada, preparándose a sí misma por la reacción que debía venir.

Un largo momento pasó.

—Te dije que el chaleco azul era el indicado —le dijo Gabriel a Cecily—. Resalta sus ojos.

—No estuve en desacuerdo —dijo Cecily, balanceando al bebé—. Solo dije que también se vería muy bien en el rojo.

Anna comenzó a sonreír.

—Mucho mejor que la ropa de tu hermano —dijo Gabriel—. Les hace horripilantes cosas con sulfuro y ácido.

Cecily examinó los mechones cortados de Anna.

—Muy sensato —dijo—. El cabello puede ser incómodo cuando peleas. Me gusta mucho. —Se puso de pie—. Ven a sentarte —agregó—. Quédate con tu hermano y tu padre un momento. Hay algo que quería traerte.

Mientras su madre abandonaba la habitación, Anna sintió como sus extremidades hormigueaban cuando se sentó en el sofá. Levantó a Alex. Apenas se había levantado y estaba mirando toda la habitación, absorbiendo todas las maravillas de nuevo en la forma en que los bebés lo hacen cuando despiertan y se dan cuenta que el mundo sigue allí, para ser entendido en todas sus innumerables complejidades.

—Entiendo como te sientes —le dijo a su hermano.

Él le dio una sonrisa sin dientes y alzó una mano regordeta. Extendió la suya y él agarró su dedo.

Su madre regresó unos pocos minutos más tarde con una pequeña caja azul.

—Sabes —dijo Cecily sentándose y rellenando su taza de té—, mis padres no querían que fuera una cazadora de sombras. Habían huído de la Clave. Y tu tío Will…

—Lo sé —dijo Anna. Gabriel miró afectuosamente a su esposa.

—Pero fui una cazadora de sombras. Lo sabía entonces, cuando tenía quince. Sabía que estaba en mi sangre. La gente ignorante dice muchas cosas. Pero nosotros sabemos quienes somos, en el interior.

Puso la caja azul en la mesa y la empujó hacia Anna.

—Si lo aceptas —dijo su madre.

Dentro de la caja había un collar con una brillante gema roja. Palabras en latín estaban grabadas en la parte posterior.

—Para tu protección —dijo—. Ya sabes qué es lo que hace.

—Percibe demonios —dijo Anna, atónita. Su madre lo usó casi todas las veces que iba a pelear, aunque ahora era menos frecuente ya que Alexander había llegado.

—No puede proteger tu corazón, pero puede proteger el resto de ti —dijo Cecily—. Es una reliquia familiar. Debe ser tuyo.

Anna luchó para contener las lágrimas que pedían inundar sus ojos.

Tomó el collar y lo abrochó en su garganta. Se levantó y se miró en el espejo sobre la chimenea. Un hermoso reflejo le devolvió la mirada. El collar se sentía bien, justo como su corto cabello lo hacía.

No tengo que ser una sola cosa, pensó Anna. *Puedo elegir lo que me queda cuando me quede. Los pantalones y la chaqueta no me hacen un hombre y el collar no me hace una mujer. Son solo lo que me hacen sentir hermosa y poderosa en este momento. Soy exactamente lo que escoja ser. Soy una cazadora de sombras que usa maravillosos trajes y un legendario pendiente.*

Miró al reflejo de su madre en el espejo

—Tenías razón —dijo—. El rojo sí me queda.

Gabriel rió suavemente pero Cecily solo sonrió.

—Siempre te he conocido, mi amor —dijo Cecily—. Eres la gema de mi corazón. Mi primera hija. Mi Anna.

Anna pensó en el dolor del día de nuevo: la herida que le había abierto el pecho y expuso su corazón. Pero ahora era como si su madre hubiera dibujado una runa sobre él y lo hubiera cerrado. La cicatriz seguía ahí, pero ella estaba entera.

Era como ser Marcada otra vez, definiendo quién era. Esta era Anna Lightwood.

FANTASMAS DEL MERCADO DE SOMBRAS #3
APRENDER SOBRE LA PÉRDIDA
CASSANDRA CLARE
KELLY LINK
Una novela del mundo de CAZADORES DE SOMBRAS

Fantasmas del Mercado de Sombras

Libro 3

Aprender Sobre La Pérdida

de

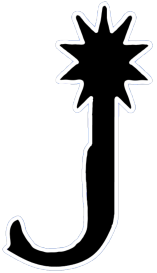
Cassandra Clare

y

Kelly Link

Sinopsis

En un pequeño pueblo perdido por la desesperación, aparece un oscuro carnaval de un mercado. Hadas y brujos que conocemos convergen, y el destino que un día producirá a Kit Herondale está sellado.



Chattanooga, 1936

En la mañana del 23 de octubre, los habitantes de Chattanooga, Tennessee, se despertaron para descubrir carteles clavados a las paredes de los edificios en cada calle. SOLO POR TIEMPO LIMITADO declaraba el cartel MAGIA, MÚSICA, Y EL BAZAR DE LOS MÁS MISTERIOSOS MERCADERES. PAGA SOLO LO QUE TE PUEDES PERMITIR Y ENTRA A FAIRYLAND. VE LO QUE MÁS DESEES. TODOS SON BIENVENIDOS.

Algunos hombres y mujeres pasaron por los carteles, sacudiendo sus cabezas. Era el peso de la Gran Depresión, e incluso si el presidente, Franklin Delano Roosevelt, había prometido más trabajo en proyectos como el túnel, senderos y campamentos en marcha en el Parque Nacional de las Grandes Montañas Humeantes, los trabajos eran escasos y los tiempos difíciles y la mayoría de la gente no tenía dinero para gastar en cosas lujosas o diversión. ¿Y quién quería recorrer todo el camino hasta Lookout Mountain para ser rechazado porque lo que podía pagar no era nada? Además, nadie nunca te daba algo a cambio de nada.

Pero muchos otros habitantes de Chattanooga vieron los carteles y pensaron que tal vez los mejores tiempos realmente estaban a la vuelta de la esquina. Ahí había un nuevo trato, y tal vez allí habría nueva diversión también, y no había un solo niño que viera los carteles y no anhelara con todo su corazón lo prometido por los carteles. El veintitrés de octubre fue un viernes. El sábado, al menos la mitad de la ciudad de Chattanooga se preparó para el carnaval. Algunos de ellos empacaron sábanas o lonas para dormir debajo. Si hubiera música y festividad, tal vez se quedarían más de un día. Las iglesias de Chattanooga fueron mal atendidas el domingo por la mañana. Pero el carnaval en el barrio de Fairyland en Lookout Mountain estaba más concurrido que una colmena.

Arriba, en la cima de la montaña Lookout, un pueblerino llamado Garnet Carter había establecido recientemente la comunidad de Fairyland, el cual incluía Tom Thumb Golf, el

primer campo de golf en miniatura en los Estados Unidos. Ahí estaba el espeluznante paisaje natural de Rock City, donde su esposa, Freida Carter, había trazado senderos entre imponentes formaciones rocosas cubiertas de musgo, plantado flores silvestres e importado estatuas alemanas para que los caminos fueran vigilados por gnomos y personajes de cuentos de hadas como «Caperucita Roja» y «Los Tres Cerditos».

Los ricos venían de vacaciones y montaban en el funicular, que también era el ferrocarril de pasajeros más empinado del mundo, a un kilómetro desde Chattanooga hasta el Hotel Lookout Mountain. El hotel también era conocido como el Castillo Sobre las Nubes, y si se llenaban todas las habitaciones, bueno, también estaba el Hotel Fairyland. Para los ricos, había golf, bailes de salón y caza. Para la mentalidad cívica, estaba el sitio de la Batalla Entre las Nubes, donde el Ejército de la Unión, en memoria de todos, había echado a un alto costo a los confederados.

Aún podrías encontrar balas minié y otras huellas de los muertos por las laderas de la montaña, junto con puntas de flecha de pedernal utilizadas por los Cherokee. Pero todos los Cherokee habían sido expulsados, y la Guerra Civil había terminado también. Había una gran guerra en las memorias de los habitantes, y muchas familias en Chattanooga habían perdido hijos o padres. Los seres humanos se hacían cosas terribles el uno al otro, y las huellas de esas cosas terribles estaban en todas partes si observabas.

Si tu gusto iba más al whisky de maíz que a la historia, bueno, también había mucha luz de luna en Lookout Mountain. ¿Y quién sabe qué otras delicias ilegales o inmorales se pueden encontrar en el Bazar Misterioso de Mercaderes?

Había hombres y mujeres de dinero y gusto en el carnaval ese primer sábado, frotándose junto a los niños de cara delgada y las esposas de los granjeros. Los paseos fueron gratis para todos. Había juegos con premios, y un zoológico de mascotas con un perro de tres cabezas y una serpiente alada tan grande que era capaz de tragarse un buey todos los días al mediodía. Había violinistas que paseaban y tocaban canciones tan melancólicas y adorables en sus instrumentos que las lágrimas llegaban a los ojos de todos los que las escuchaban. Había una mujer que dijo que podía hablar con los muertos y no pedía ninguna moneda.

También había un mago, Roland el Asombroso, que hacía crecer un árbol de cornejo de una semilla en su escenario y luego la hacía florecer, soltar sus hojas, y después volvía a estar desnudo, como si todas las estaciones pasaran en un abrir y cerrar de ojos. Era un hombre apuesto de unos sesenta años, con brillantes ojos azules, un exuberante bigote blanco y cabello blanco como la nieve con una raya negra que lo atravesaba como si un diablo lo hubiera tocado con una mano llena de hollín.

También había cosas deliciosas para comer a un precio muy bajo, o se daban como muestra gratis, hasta que todos los niños estuvieran llenos. Como estaba prometido, el Bazar estaba a rebosar de objetos increíbles, exhibidos por gente aún más maravillosa. Algunos de sus clientes también atraían las miradas curiosas. ¿Acaso había alguna tierra lejana donde la gente tuviera colas o flamas en sus pupilas? Uno de los puestos más populares tenía en oferta un producto local: un potente licor cristalino que se rumoraba daba sueños vívidos de un bosque a la luz de la luna lleno de lobos salvajes a quien lo bebiera. Los hombres que atendían el local se veían taciturnos y no sonreían muy a menudo. Pero cuando sí lo hacían, sus dientes eran de un blanco poco natural. Vivían en las montañas y no les gustaba ser molestados, pero aquí en el Bazar parecían estar en casa.

Una tienda era manejada por enfermeras tan amables que no era una molestia dejar que te sacaran la sangre. Tomaron un frasco o dos «para propósitos investigativos», decían ellas. Y aquellos que la donaban recibían fichas que podían ser usadas como dinero en el resto del bazar.

Más allá de las tiendas del Bazar estaba un cartel que llevaba al Laberinto de los Espejos. Decía: MÍRALO CON TUS PROPIOS OJOS. EL VERDADERO MUNDO Y LA MENTIRA YACEN UNO AL LADO DEL OTRO. Aquellos que pasaban por el Laberinto de los Espejos salían luciendo aturdidos. Algunos llegaban al centro, donde una entidad que todos describían de una manera diferente les hacía una propuesta. Para algunos, la persona en la habitación aparecía como un pequeño niño, o una anciana con un elegante vestido o incluso en la forma de un ser querido que había fallecido.

La persona en la habitación tenía una máscara, y si tú le confesabas una cosa que desearas, la máscara era puesta sobre ti y, bueno, realmente deberías ir y verlo con tus propios ojos. Eso, claro, si podías atravesar el laberinto y llegar al lugar donde la persona y la máscara esperaban.

Al culminar el primer fin de semana, la mayor parte de Chattanooga había ido a ver los extraños encantos del carnaval. Y muchos regresaron el segundo fin de semana, aunque para entonces los rumores de que los que regresaban se comportaban de manera preocupante empezaban a esparcirse. Una mujer alegaba que su marido era un impostor que había matado a su esposo real: Hubiese sido más fácil ignorar lo que dijo de no ser porque un cuerpo había sido descubierto en el río, y era en todas las formas posibles, un doble del hombre con el que estaba casada. Un joven se había levantado en una iglesia y dijo que sabía y había visto los secretos de toda la congregación solo con mirarlos. Cuando empezó a decir esos secretos, el pastor intentó callarlo hasta que el hombre empezó a revelar cosas que sabía sobre el pastor. Con esto, el pastor se quedó en silencio, dejó la iglesia y volvió a casa, donde se quitó la vida cortándose el cuello.

Otro hombre ganó una y otra vez en un juego semanal de póker, hasta que, ebrio, confesó asombrado que podía ver las cartas de los demás como si las tuviese en sus manos. Demostró lo que decía nombrando las cartas en orden, y luego fue golpeado y dejado inconsciente y sangrando en la calle por hombres que eran sus amigos desde la infancia.

Un chico de diecisiete, recién comprometido para casarse, volvió a casa del carnaval y esa noche despertó a todos con sus gritos. Se había quitado los ojos con carbones ardientes, pero se negaba a decir porqué. De hecho, nunca habló de nuevo, y su pobre prometida rompió el compromiso y se fue a vivir con su tía en Baltimore.

Una hermosa chica llego al Hotel Fairyland un atardecer, alegando ser la señora Dalgrey, cuando los empleados del hotel sabían muy bien que la señora Dalgrey era una viuda de la nobleza que tenía casi 80 años. Se quedaba en el hotel cada otoño y nunca daba propinas sin importar que tan bueno fuera el servicio.

Otros incidentes terribles se reportaban en los vecindarios de Chattanooga, y a la mitad de la semana siguiente a la apertura del carnaval, las noticias de los sucesos habían llegado a aquellos cuyo trabajo era prevenir que el mundo humano fuese molestado y atormentado por las malas intenciones de los subterráneos y los demonios.

Era de esperarse que cierta cantidad de problemas llegaran con el carnaval. Los placeres y problemas eran hermanos y hermanas. Pero había indicios de que este carnaval en particular era más de lo que aparentaba. Para empezar, el Bazar de lo Extraño era más que baratijas y basura llamativa. El bazar era un Mercado de Sombras que se hallaba donde nunca había estado uno, y los humanos estaban vagando por sus pasillos y manejando libremente la mercancía. También había indicios de que había un artefacto hecho de *adamas* en las manos de alguien que no debía. Por esta razón, el jueves veintinueve de octubre, un Portal se abrió en Lookout Point y de él salieron dos individuos que recién se habían conocido, sin ser notados por los humanos asistentes.

Uno de los individuos era una mujer joven, aún no convertida totalmente en una Hermana de Hierro, aunque sus manos ya mostraban las cicatrices y callos de alguien que trabajaba con *adamas*. Su nombre era Emilia y esta era la última tarea que sus hermanas le habían dado antes de que se uniera a su compañía: Recuperar el *adamas* y llevarlo de vuelta a la Ciudadela Infracta. Tenía una cara sonriente y vigilante, como si le gustara el mundo, pero no confiara en que éste estuviera comportándose bien.

Su acompañante era un Hermano Silencioso que llevaba las runas en su cara, pero sus ojos y su boca no estaban cosidos. En su lugar, se mantenían simplemente cerrados, como si voluntariamente hubiera elegido retirarse dentro de la ciudadela de su propio ser. Era lo suficientemente atractivo que si alguna mujer de Lookout Point hubiera visto su cara

habría pensado en esos cuentos de hadas donde un beso es suficiente para despertar a quien está en un encantamiento.

La Hermana Emilia, que podía ver al Hermano Zachariah sin problema alguno, pensaba que era uno de los hombres más atractivos que jamás había visto. Ciertamente era uno de los primeros hombres que había visto desde hacía un buen tiempo. Y si tenían éxito en su misión y volvían a la Ciudadela Infracta con el *adamas*, bueno, no sería lo peor si el hermoso Hermano Zachariah fuera el último hombre que viera. No hacía daño apreciar la belleza cuando se tenía la oportunidad de verla.

—Hermosa vista, ¿no? —dijo, porque desde donde estaban parados podía verse Georgia, Tennessee, Alabama, Carolina del Norte y Sur, y en el horizonte, Virginia y Kentucky también, todas dispersas en un enorme tapete de verde y azul, con detalles de rojo y dorado, y naranja, donde en algunos lugares los árboles empezaban a cambiar su color.

Es extraordinario. Aunque, confieso que imaginaba que América luciría un poco diferente, dijo el Hermano Zachariah en su cabeza. *Alguien que... conocí... me habló de la ciudad de Nueva York. Allí fue donde creció. Hablamos un día de ir juntos a ver las cosas y lugares que a ella le gustaban. Pero hablábamos de muchas cosas que yo sabía, incluso en aquel momento, que eran poco probables de suceder. Y este es un país muy grande.*

La Hermana Emilia no estaba segura de que le gustara tener a alguien hablando dentro de su cabeza. Había tenido encuentros con Hermanos Silenciosos en el pasado, pero era la primera vez que uno hablaba directamente dentro de su mente. Era como tener compañía cuando no tenías ganas de limpiar los platos y tu cuarto. ¿Qué tal si veían todos los sucios pensamientos que a veces solo escondes bajo la alfombra?

Su mentora, la Hermana Lora, le aseguraba que, aunque los Hermanos Silenciosos podían leer las mentes de aquellos a su alrededor, la Hermandad de Hierro estaba exenta. Por otro lado, ¿Y si todo era parte de la prueba que se le había impuesto? ¿Y si el Hermano Zachariah tenía la tarea de mirar dentro de su cerebro y comprobar que era una candidata merecedora?

¡Disculpa! ¿Puedes escucharme cuando pienso?, pensó, tan fuerte como pudo.

—¿Entonces es tu primera vez en Estados Unidos? —dijo aliviada cuando el Hermano Zachariah no respondió.

Sí, dijo el Hermano Zachariah. Luego, como si intentara ser educado, agregó: *¿Y tú?*

—Nacida y criada en California —dijo la Hermana Emilia—. Crecí en el Cónclave de San Francisco.

¿Se parece San Francisco a este lugar?, dijo el Hermano Zachariah.

Ella casi se atragantó.

—De hecho —dijo—, no. Ni siquiera los árboles son iguales. Y el suelo allí te agita de vez en cuando. A veces lo suficiente para mover tu cama algunos centímetros cuando tratas de dormir. Otras veces derriba edificios enteros sin avisar. Oh, pero las frutas de los árboles son las mejores que probarás. Y el sol brilla cada día.

Su hermano mayor había sido un bebé en brazos de su madre durante el terremoto de 1906. La mitad de la ciudad había ardido y el padre de Emilia había dicho que hasta los demonios se habían mantenido alejados durante la destrucción. Su madre, que estaba embarazada, sufrió un aborto espontáneo. Si ese bebé hubiera sobrevivido Emilia habría tenido siete hermanos. En su primera noche en la Ciudadela Infracta, se despertó cada hora porque todo era demasiado tranquilo y silencioso.

Suena como si lo extrañaras, dijo el Hermano Zachariah.

—Lo extraño, pero nunca fue mi hogar —dijo la Hermana Emilia—. Creo que el carnaval está por allí, y estamos aquí conversando cuando tenemos trabajo que hacer.

* * *

Aunque sus ojos, oídos y boca habían sido cerrados por la magia de la Ciudad Silenciosa, Jem todavía podía oler y oír el carnaval mucho mejor que cualquier mortal… ahí estaba el aroma del azúcar y el metal caliente y, sí, también de la sangre, y los sonidos de anunciantes y la música calliope y chillidos de emoción. Muy pronto él podría verlo también.

El carnaval se encontraba en un terreno mayormente llano donde una vez debió haber una gran batalla. Jem podía sentir la presencia de humanos muertos. Ahora sus restos olvidados yacían enterrados bajo un campo de hierba donde se había erigido una especie de valla de empalizada alrededor de todo tipo de tiendas de colores brillantes y estructuras fantásticas. Sobre ellos había una rueda de la fortuna, carruajes colgando de la rueda central, llenos de gente risueña. Dos grandes puertas estaban abiertas de par en par, con una amplia avenida entre ellas dando la bienvenida a todos los que se acercaban.

Los enamorados con sus ropas de domingo paseaban por las puertas, con los brazos alrededor de la cintura del otro. Dos muchachos pasaron a la carrera, uno con el cabello revuelto y negro. Parecían más o menos de la edad que Will y Jem habían tenido, mucho

tiempo atrás, cuando se conocieron. Pero el cabello de Will ahora era blanco, y Jem ya no era Jem. Él era el Hermano Zachariah. Unas noches atrás, se había sentado al lado de la cama de Will Herondale y había visto a su viejo amigo esforzarse por respirar. La mano de Jem sobre la colcha era todavía la mano de un joven, y Tessa, por supuesto, nunca envejecería. ¿Cómo debía ser para Will, quien los amó a los dos, que debía seguir adelante sin ellos? Pero entonces, Jem había dejado a Will primero, y Will había tenido que dejarlo ir. Solo sería justo cuando, pronto, Jem fuera el que se quedara atrás.

Será duro. Pero podrás soportarlo, te ayudaremos a hacerlo, dijo el Hermano Enoch en su cabeza.

Lo soportaré porque debo hacerlo, contestó el Hermano Zachariah.

La Hermana Emilia se había detenido y él la alcanzó. Estaba entrando en el carnaval, con las manos en las caderas.

—¡Qué cosa! —dijo ella—. ¿Alguna vez leíste *Pinocho*?

—No lo creo —le dijo el Hermano Zachariah. Aunque pensó que una vez, cuando había estado en el Instituto de Londres, podría haber escuchado a Tessa leyéndole eso a un joven James.

—Una marioneta de madera anhela ser un verdadero niño —dijo la Hermana Emilia —. Y en cuanto un hada le da su deseo, más o menos, y se mete en todo tipo de problemas en un lugar el cual siempre pensé que se vería así.

¿Y lo hace?, dijo el Hermano Zachariah casi en contra de su voluntad.

—¿Hace qué? —dijo la Hermana Emilia.

¿Se vuelve real?

—Bueno, por supuesto —dijo la Hermana Emilia. Luego, con sagacidad—: ¿Qué clase de historia sería si solo llegara a ser un títere? Su padre lo ama, y así es como comienza a volverse real, supongo. Siempre me gustaron esas historias, aquellas en las que las personas pueden hacer cosas o tallar cosas y hacerlas cobrar vida. Como Pigmalión.

Ella es bastante animada, para ser una Hermana de Hierro, dijo el Hermano Enoch en su cabeza. No sonó exactamente desaprobador, pero tampoco fue un cumplido.

—Pero claro —dijo la Hermana Emilia—, tú mismo tienes algo de historia, Hermano Zachariah.

¿Qué sabes de mí?, preguntó el Hermano Zachariah.

—Que luchaste contra Mortmain —dijo ella, perversamente— . Que una vez tuviste un *parabatai* y se convirtió en el director del Instituto de Londres. Que su esposa, la bruja Tessa Gray, usa un colgante que le diste. Pero sé algo de ti que tal vez no conozcas de ti mismo.

Eso parece poco probable, contestó el Hermano Zachariah. *Pero sigue. Dime lo que no sé de mí mismo.*

—Dame tu báculo —dijo la Hermana Emilia.

Él se lo dio, y ella lo examinó con cuidado.

—Sí —afirmó ella—. Ya me lo imaginaba. Esto fue hecho por la Hermana Dayo, cuyas armas eran tan exquisitamente forjadas que se rumoreaba que un ángel había tocado su forja. Mira. Su marca.

Me ha servido bastante bien, dijo el Hermano Zachariah. *Tal vez algún día tú también encuentres renombre por las cosas que hagas.*

—Un día —dijo la Hermana Emilia. Ella le devolvió el báculo—. Quizás. —Hubo un brillo formidable en sus ojos. El Hermano Zachariah pensó que la hacía parecer muy joven. El mundo era su propio tipo de crisol, y en él todos los sueños eran templados y probados. Muchos se desmoronaban por completo, y luego continuabas sin ellos. En su cabeza, sus Hermanos murmuraron en acuerdo. Después de casi setenta años, el Hermano Zachariah estaba casi acostumbrado a esto. En lugar de música, tenía este severo coro fraternal. Una vez, hacía tiempo, se había imaginado a cada uno de los Hermanos Silenciosos como un instrumento musical. El Hermano Enoch, había pensado, sería un fagot[13] escuchado a través de la ventana de un faro desolado, las olas rompiendo en la base.

Sí, sí, había dicho el Hermano Enoch. *Muy poético*. *¿Y tú qué eres, Hermano Zachariah?*

El Hermano Zachariah había tratado de no pensar en su violín. Pero no puedes guardar secretos a tus hermanos. Y ese violín había permanecido en silencio y olvidado durante mucho tiempo.

¿Puedes decirme si sabes algo de Annabel Blackthorn?, dijo, intentando pensar en otras cosas mientras caminaban. *¿Una Hermana de Hierro? Ella y un amigo mío, el brujo Malcolm Fade, se enamoraron e hicieron planes para huir juntos, pero cuando su*

[13] N.T. Instrumento de viento similar al oboe.

familia descubrió esto, la forzaron a unirse a la Hermandad de Hierro. Aliviaría su mente saber algo de lo que ha sido su vida en la Ciudadela Infracta.

—¡Está claro que sabes muy poco sobre las Hermanas de Hierro! —dijo la Hermana Emilia—. Nadie se ve obligado a unirse en contra de su voluntad. De hecho, es un gran honor, y muchas de las que intentan el camino son rechazadas. Si está Annabel se convirtió en una Hermana de Hierro, ella eligió eso por sí misma. No sé nada de ella, aunque es cierto que la mayoría de nosotras cambiamos nuestros nombres cuando somos consagradas.

Si llegas a saber algo de ella, mi amigo estaría muy agradecido, dijo Jem. *Él no habla mucho de ella, pero creo que siempre está en sus pensamientos.*

* * *

Cuando el Hermano Zachariah y la Hermana Emilia pasaron a través de las puertas del carnaval, la primera cosa extraña que vieron fue un hombre lobo comiendo algodón de azúcar de un cono de papel. Pegajosos filamentos rosas estaban en su barba.

—Hay luna llena esta noche —dijo la Hermana Emilia—. El Praetor Lupus ha enviado algunas personas, pero se dice que los hombres lobo aquí son una ley para ellos mismos. Están a cargo del alcohol ilegal y cabalgan en las montañas. Estos chicos deberían mantenerse alejados de los mundanos en estos tiempos del mes, no estar comiendo algodón de azúcar y vendiendo veneno para ratas.

El hombre lobo les sacó la lengua y se alejó.

—¡Insolente! —dijo la Hermana Emilia, y habría perseguido al hombre lobo.

Espera, dijo el Hermano Zachariah. *Aquí hay peores cosas que subterráneos con malos modales y dientes llenos de dulce. ¿Puedes oler eso?*

La Hermana Emilia arrugó la nariz.

—Demonio —dijo ella.

Siguieron el olor a través de los sinuosos callejones del carnaval, a través de la iteración más extraña del Mercado de Sombras que el Hermano Zachariah había visto alguna vez. El Mercado era, por supuesto, mucho más grande de lo que uno hubiera esperado que abarcara un carnaval, incluso uno de ese tamaño. Reconoció a algunos de los vendedores. Algunos miraron cautelosamente mientras el Hermano Zachariah y la

Hermana Emilia pasaban. Uno o dos, con miradas de resignación, comenzaron a empacar sus mercancías. Las reglas por las cuales los Mercados de Sombras existían eran más las reglas de una larga costumbre que aquellas escritas y codificadas, pero todo en ese Mercado de Sombras le parecía mal al Hermano Zachariah, y los Hermanos Silenciosos en su cabeza estaban debatiendo cómo pudo haber llegado a eso. Incluso si un Mercado de Sombras hubiera estado en un lugar correcto y apropiado, no debería haber habido mundanos curioseando y hablando sobre los extraños productos que se ofrecían. Ahí estaba un hombre, luciendo pálido y con ojos de cansancio, con sangre goteando desde dos perforaciones perfectas en su cuello.

—En realidad nunca he estado en una Mercado de Sombras —dijo la Hermana Emilia, reduciendo la velocidad—. Mi madre siempre dijo que no era un lugar para los cazadores de sombras e insistió en que mis hermanos y yo nos mantuviéramos alejados de lugares como éste. —Parecía particularmente interesada en un puesto que vendía cuchillos y armas.

Los souvenirs después, dijo el Hermano Zachariah, apurándola. *Los asuntos pendientes primero.*

De pronto estaban fuera del Mercado de Sombras y en frente de un escenario en donde un mago estaba contando chistes mientras transformaba a un pequeño perro lanudo en un melón verde y luego cortaba el melón a la mitad con un naipe. Dentro de éste había una esfera de fuego que se alzó y se suspendió en el aire como si fuera un sol en miniatura. El mago (el anuncio encima de su cabeza lo proclamaba como Roland el Asombroso) le vertió agua desde su sombrero, y la esfera se convirtió en un ratón y corrió del escenario hacia la audiencia que jadeó, chilló y luego aplaudió.

La Hermana Emilia se había parado para observar y Jem también paró.

—¿Magia real? —dijo.

Ilusiones reales al menos, dijo el Hermano Zachariah. Hizo un gesto a la mujer que estaba de pie al lado del escenario observando al mago realizar sus trucos.

El mago parecía estar en sus sesenta, pero su compañera podría tener cualquier edad en realidad. Claramente era de un alto linaje de hadas y había un bebé en sus brazos. La manera en la que ella miraba al mago en el escenario hizo que el pecho del Hermano Zachariah se encogiera. Había visto a Tessa mirar a Will de la misma manera, con esa absorta atención y el amor mezclado con el conocimiento del dolor futuro que, algún día, deberá ser soportado.

Cuando el día llegue, lo resistiremos contigo, volvió a decir el Hermano Enoch.

Un pensamiento le vino al Hermano Zachariah como una flecha, que cuando el día llegara y Will dejara el mundo, él no desearía compartir su dolor con sus hermanos. Que otros estarían ahí con él cuando Will no estuviera. Y también estaría Tessa. ¿Quién se quedaría para ayudarla a sobrellevarlo cuando el Hermano Zachariah tomara el cuerpo que Will había dejado y lo llevara a la Ciudad Silenciosa?

La mujer hada miró hacia la multitud y de pronto desapareció detrás de una cortina de terciopelo. Cuando el Hermano Zachariah trató de ver lo que ella había visto, vio a un duende encaramado en una bandera sobre la cima de una tienda cercana. Éste parecía estar olfateando el viento como si éste oliera a algo particularmente delicioso. En su mayoría lo que el Hermano Zachariah olía ahora era un demonio.

—¡Otra hada! —dijo la Hermana Emilia estirando su cuello para ver lo que Jem estaba mirando—. Es bueno estar en el mundo otra vez. Tendré un montón de lo que escribir en mi diario cuando esté de regreso en la Ciudadela Infracta.

¿Las Hermanas de Hierro tienen diarios? preguntó el Hermano Zachariah cortésmente.

—Era una broma —dijo la Hermana Emilia. En realidad parecía decepcionada de él—. ¿Los Hermanos Silenciosos tienen alguna clase de sentido del humor, o también lo consideran inadecuado?

Coleccionamos chistes de toc-toc, dijo el Hermano Zachariah.

Ella se volvió a animar.

—¿En serio? ¿Tienes algún favorito?

No, dijo el Hermano Zachariah. *Era una broma.* Y sonrió. La Hermana Emilia era tan humana que descubrió que estaba despertando algo de la humanidad que él había dejado de lado hacía tanto tiempo. Esa, también, debía haber sido la razón por la que él pensaba en Will y Tessa y la persona que había sido antes. Su corazón dolería ligeramente menos, estaba seguro, una vez que ellos hubieran completado su misión y la Hermana Emilia y él hubieran sido enviados de regreso a los lugares a los que pertenecían. Ella tenía algo de la misma chispa que Will había tenido antes, cuando él y Jem habían decidido ser *parabatai*. Jem había sido atraído por ese fuego en Will, y el Hermano Zachariah pensó que él y la Hermana Emilia podrían haber sido amigos también, en otras circunstancias.

Él estaba pensando en eso cuando un niño pequeño tiró de su manga.

—¿Eres parte del carnaval? —dijo el niño—. ¿Es por eso que estás disfrazado así? ¿Es por eso que tu rostro luce así?

El Hermano Zachariah miró al niño y luego a las runas en sus brazos para asegurarse de que de alguna manera no se hubieran borrado.

—¿Puedes vernos? —le dijo la Hermana Emilia al niño.

—Claro que puedo —dijo el niño—. No hay nada malo con mis ojos. Aunque creo que debía haber algo mal con ellos antes. Porque ahora veo todo tipo de cosas que antes no solía ver.

¿Cómo?, dijo el Hermano Zachariah, agachándose para mirar dentro de los ojos del niño. *¿Cómo te llamas? ¿Cuándo comenzaste a ver cosas que no solías ver?*

—Mi nombre es Bill —dijo el niño—. Tengo ocho años. ¿Por qué tus ojos están cerrados así? ¿Y cómo puedes hablar si tu boca no está abierta?

—Es un hombre de talentos especiales —dijo la Hermana Emilia—. Deberías probar su pastel de pollo. ¿Dónde está tu gente, Bill?

—Vivo en St. Elmo —dijo el niño—, y vine aquí en el Ferrocarril Inclinado con mi madre y hoy comí una bolsa entera de caramelos salados y no tuve que compartir ni uno solo con nadie más.

—Tal vez los caramelos tenían propiedades mágicas —le dijo la Hermana Emilia suavemente al Hermano Zachariah.

—Mi madre dijo que no me alejara —dijo el niño—, pero nunca le presto atención a menos que le salga humo por los oídos. Fui al Laberinto de los Espejos por mi cuenta y llegué hasta en medio en donde estaba la dama elegante, y dijo que como premio podía pedirle lo que fuera.

¿Y qué fue lo que le pediste?, dijo Jem.

—Pensé en pedirle una batalla con caballeros y caballos reales y espadas reales, como en El Rey Arturo, pero la dama dijo que si lo que quería eran aventuras, entonces debería pedir ver el mundo como en realidad es, y fue lo que hice. Y después me puso una máscara, y ahora todo es extraño y además ella no era una dama en absoluto. Era algo con lo que ya no quería estar, así que escapé. He visto todo tipo de gente extraña, pero no he visto a mi madre. ¿La han visto? Es pequeña, pero feroz. Es pelirroja como yo, y tiene un horrible temperamento cuando está preocupada.

—Lo sé todo sobre ese tipo de madre —dijo la Hermana Emilia—. Debe estar buscándote por doquier.

—Soy una prueba constante para ella. O eso dice —dijo Bill.

Ahí, dijo el Hermano Zachariah. *¿Es ella?*

Una pequeña mujer parada en una tienda que anunciaba: MISTERIOS DEL GUSANO DEMOSTRADOS TRES VECES AL DÍA estaba mirando en su dirección.

—¡Bill Doyle! —dijo, avanzando—. ¡Estás en un montón de problemas, mi hombrecito!

—Veo que mi destino está sobre mí —dijo Bill en tono grave—. Deben huir antes de que se conviertan en víctimas de la batalla.

—No te preocupes por nosotros, Bill —dijo la Hermana Emilia—. Tu madre no puede vernos. Y no le mencionaría nada sobre nosotros. Pensaría que te lo estás inventando todo.

—Parece que me he metido en un problema —dijo Bill—. Afortunadamente, soy tan bueno para salir de los puntos difíciles como para entrar en ellos. He tenido mucha práctica. Un placer haberlos conocido a ambos.

Entonces la señora Doyle estaba sobre él. Agarró el brazo de su hijo y comenzó a tirar de él hacia la salida del carnaval, regañándolo mientras avanzaban.

El Hermano Zachariah y la Hermana Emilia se voltearon para verlos ir en silencio.

—El Laberinto de los Espejos, pues —dijo finalmente la Hermana Emilia.

E incluso si no se hubieran encontrado al joven Bill Doyle, ellos habrían sabido que habían encontrado el lugar que estaban buscando cuando finalmente llegaran al Laberinto de los Espejos. Era una estructura puntiaguda, pintada por todas partes en brillantes franjas negras y grietas rojas corrían a través de la pintura negra, y la pintura roja parecía tan fresca y húmeda que el edificio parecía derramar sangre. A través de la entrada, los espejos y las luces deslumbraban. EL MUNDO VERDADERO Y EL FALSO, decía el letrero. SABRÁS INCLUSO CÓMO ERES CONOCIDO. LOS QUE ME BUSCAN SE ENCONTRARÁN.

El hedor de la malignidad demoníaca aquí era tan fuerte que incluso el Hermano Zachariah y la Hermana Emilia, usando runas para no ser derribados por la fetidez, se estremecieron.

Ten cuidado, advirtieron las voces en la cabeza del Hermano Zachariah. *Este no es un demonio Eidolon ordinario.*

La Hermana Emilia había desenvainado su espada.

Deberíamos tener cuidado. dijo el Hermano Zachariah. *Aquí puede haber peligros para los que no estamos preparados.*

—Creo que podemos ser tan valientes como el pequeño Bill Doyle, enfrentando peligro —dijo la Hermana Emilia.

Él no sabía que estaba lidiando con un demonio, dijo el Hermano Zachariah.

—Me refería a su madre —dijo la Hermana Emilia—. Vamos.

Y entonces Jem la siguió al Laberinto de los Espejos.

* * *

Se encontraron en un brillante pasillo alargado con varios acompañantes. Ahí estaba otra Hermana Emilia y otro Hermano Zachariah, monstruosamente delgados y ondulados. Ahí estaban de nuevo, aplastados y espantosos. Ahí estaban, los reflejos de sus espaldas. En un espejo, estaban recostados en las costas de un mar morado poco profundo, muertos e hinchados y aún así, se veían absolutamente contentos de estar así, como si hubieran muerto por alguna increíble felicidad. En otro, empezaron a envejecer velozmente y luego se desmoronaron en simples huesos.

La Hermana Emilia nunca había sido aficionada a los espejos. Pero tenía un interés artesanal en estos. Cuando un espejo se hace, debe ser cubierto en un tipo de metal reflejante. La plata se podía usar, aunque los vampiros no son aficionados de eso. Los espejos del Laberinto de los Espejos, pensó, debían haber sido tratados con algún tipo de metal demoníaco. Podías olerlo. Cada respiración que tomaba cubría su boca, lengua y garganta en una clase de residuo grasoso de desesperación y horror.

Caminó lentamente hacia delante, su espada retenida frente a ella y rebotó contra un espejo donde ella había pensado que había un espacio abierto.

Con cuidado, dijo el Hermano Zachariah.

—No vienes a un carnaval para tener cuidado —le dijo. Eso era alardear y tal vez él lo sabía. Pero alardear también es un tipo de armadura, al igual que cuidar de alguien. La Hermana Emilia le tenía aprecio a ambos.

—Si es un laberinto, ¿entonces cómo sabremos en qué dirección ir? —dijo ella—. Podría romper los espejos con mi espada. Si los quiebro todos, encontraremos el centro.

Guarda tu espada, le dijo el Hermano Zachariah.

Se había detenido en frente de un espejo en donde la Hermana Emilia no estaba presente. En su lugar, había un esbelto chico de cabello blanco sosteniendo la mano de una mujer alta con un rostro solemnemente hermoso. Estaban en una avenida de una ciudad.

—Es Nueva York —dijo la Hermana Emilia—. Pensé que no habías estado ahí.

El Hermano Zachariah avanzó a través del espejo, el cual le permitió el paso como si nunca hubiera habido absolutamente nada. La imagen se desvaneció como un estallido de una burbuja de jabón.

Ve a través de los reflejos que te muestren lo que sea que más desees ver, le dijo el Hermano Zachariah. *Pero que sabes que es imposible.*

—Oh —dijo la Hermana Emilia involuntariamente—. ¡Por ahí!

Por ahí estaba un espejo con una Hermana muy parecida a ella, pero con el cabello plateado, sosteniendo una espada resplandeciente con unas tenazas. La sumergió en una bañera de agua fría y un disparo de vapor salió en la forma de un dragón contorsionado y espléndido. Todos sus Hermanos también estaban ahí, observando con admiración.

Ellos también pasaron a través del espejo. Hicieron su camino a través de un espejo tras otro y la Hermana Emilia sintió su pecho estrujarse con anhelo. Sus mejillas también ardían en rojo, el Hermano Zachariah podía ver el anhelo más vano y frívolo de su corazón. Pero ella también vio las cosas que él anhelaba. Un hombre y una mujer que ella pensaba que debían ser sus padres, escuchando a su hijo tocar su violín en una gran sala de conciertos. Un hombre de cabello negro con ojos azules y líneas de expresión alrededor de su boca, construyendo una fogata mientras la majestuosa chica, ahora sonriente, se posaba en el regazo del Hermano Zachariah, que ya no era un Hermano, sino un esposo y un *parabatai* en compañía de aquellos que más amaba.

Llegaron a un espejo donde el hombre de cabello negro, ahora viejo y frágil, estaba tumbado en una cama. La chica se sentaba acurrucada junto a él, acariciando su frente. De repente, el Hermano Zachariah entraba a la habitación, pero cuando echaba hacia atrás su capucha, tenía sus ojos claros y abiertos y una boca sonriente. Ante esa visión, el anciano en la cama se sentaba y comenzaba a rejuvenecer y a rejuvenecer, como si la alegría hubiera renovado su juventud. Saltaba fuera de la cama y abrazaba a su *parabatai*.

—Es horrible —dijo la Hermana Emilia—. ¡No deberíamos de ver dentro de los corazones de cada uno así!

Pasaron a través de ese espejo y luego, llegó cara a cara con uno que mostraba a la madre de la Hermana Emilia, sentándose frente a una ventana, sosteniendo una carta de su hija. Tenía la mirada más desolada en sus ojos, pero entonces, la madre en su reflejo lentamente comenzaba a hacer un mensaje de fuego para su hija. *Estoy tan orgullosa de ti, mi cielo. Estoy tan feliz de que hayas encontrado el trabajo de tu vida.*

No veo nada vergonzoso sobre ti, dijo el Hermano Zachariah con su tranquila voz. Levantó su mano y después de un momento, la Hermana Emilia apartó la mirada del reflejo de su madre escribiendo todas las cosas que nunca pudo decir. Ella tomó la mano tendida, agradecida.

—Es vergonzoso ser vulnerable —admitió—. O es lo que siempre he pensado.

Pasaron a través de un espejo y alguien dijo:

—Y eso es exactamente lo que un fabricante de armas y armaduras *pensaría*. ¿No estás de acuerdo?

Habían encontrado su camino al corazón del laberinto y un demonio estaba ahí con ellos: un hombre apuesto en un traje hecho a medida que era la peor cosa que la Hermana Emilia había visto alguna vez.

Belial, dijo el Hermano Zachariah.

—¡Viejo amigo! —dijo Belial—. En verdad estaba esperando que fueras tú a quien enviaran para ir tras de mí.

Ese era el primer encuentro de la Hermana Emilia con un demonio mayor. Sostuvo la espada que había forjado ella misma en una mano y la cálida mano del Hermano Zachariah en la otra. Si no hubiera sido por esas dos cosas, ella sabía que se habría vuelto y huído.

—¿Esa es piel humana? —preguntó, su voz flaqueando.

De lo que fuera que estuviera hecho el traje, tenía la apariencia, ligeramente agrietada de cuero mal curtido. Tenía una apariencia rosado ampollado. Y sí, ahora podía ver que lo que había pensado que era una extraña flor saliendo del ojal, realmente era una boca fruncida en agonía y un bulto cartilaginoso de nariz se hundía sobre ella.

Belial miró hacia abajo a la cadena manchada que salía de la manga. Él la sacudió.

—Tienes buen ojo, mi cielo —dijo él.

—¿De quién es la piel? —dijo la Hermana Emilia. Su voz era más firme y encontró un gran alivio en ella. No era que ella quisiera saber las respuestas, ya que había descubierto

de forma muy temprana en su entrenamiento en la Ciudadela Infracta que hacer preguntas era una forma de disciplina que llegas a temer. Tomar nueva información significaba que tenías algo en que enfocarte aparte de lo aterrador que eran tus profesores o tus alrededores.

—Un sastre que contraté —dijo Belial—. Era un sastre terrible, como ves, pero al final él terminó siendo un muy buen traje a pesar de todo. —Le mostró a ella y al Hermano Zachariah la sonrisa más encantadora. Pero en todos los espejos alrededor de ellos, su reflejo rechinaba sus dientes y rugía.

El Hermano Zachariah daba una apariencia de calma, pero la Hermana Emilia podía sentir lo fuerte que se había vuelto su agarre.

—¿Eres amigo suyo? —dijo ella.

Tuvimos un encuentro anteriormente, dijo el Hermano Zachariah. *Los Hermanos Silenciosos no eligen la compañía que tienen. Aunque, tengo que confesar que encuentro la tuya más a mi gusto que la de él.*

—¡Hiriente! —dijo Belial con la mirada maliciosa—. Y, me temo que, honesto. Y solo disfruto una de esas cosas.

¿Qué negocios tienes aquí?, Dijo el Hermano Zachariah.

—No hay negocio en absoluto —dijo Belial—. Es puramente diversión. Verás, apareció *adamas* en las cavernas debajo de las Cataratas Rubí. Una pequeña vena en la piedra caliza. ¿Saben que la gente viene de todo el país para mirar boquiabiertos las Cataratas Rubí? ¡Unas cascadas subterráneas! Nunca lo había visto por mi cuenta, pero escuché que es espectacular. Aunque sí jugué unas cuantas rondas del golf de Tom Thumb. Y luego me atiborré hasta hartarme del famoso caramelo salado. Después, me tuve que comer al vendedor de caramelo para quitarme el sabor de mi boca. Creo que aún hay un poco pegado en mis dientes. ¡Chattanooga, Tennessee! El slogan debería ser «Ven por el *Adamas,* ¡Quédate por el Caramelo Salado!» Podrían pintarlo en los graneros.

»¿Sabían que hay una ciudad entera debajo de la ciudad de Chattanooga? Tuvieron terribles inundaciones a lo largo del último siglo que finalmente, construyeron sobre las construcciones originales. Las antiguas construcciones siguen allí, bajo tierra, huecas como dientes podridos. Y claro, ahora todo está en terreno más alto, pero las inundaciones aún llegan. Se lleva toda la piedra caliza, ¿y qué sucede eventualmente? Los cimientos se derrumbarán y todo será destruido en una inundación. Hay una metáfora por ahí en algún lugar, pequeños cazadores de sombras. Construyes y luchas y peleas, pero la oscuridad y el abismo vendrán un día en una gran marea y se llevará todo lo que aman.

No tuvimos tiempo para turistear por Chattanooga, dijo el Hermano Zachariah. *Estamos aquí por el* adamas.

—¡El *adamas*! ¡Por supuesto! —dijo Belial—. Tu gente mantiene un control muy firme sobre el material.

—¿Tú lo tienes? —dijo la Hermana Emilia—. Pensé que el simple toque era mortal para los demonios.

—Los demonios ordinarios simplemente explotarían, sí —dijo Belial—. Pero soy un Príncipe del Infierno. Hecho de materiales más duros.

Los demonios mayores pueden soportar el adamas, dijo el Hermano Zachariah. *Aunque tengo entendido que es agonizante para ellos.*

—Son caras de la misma moneda —dijo Belial. Sus reflejos en los diferentes espejos lloraban lágrimas de sangre—. ¿Saben qué es lo que nos causa dolor? Quien nos hizo nos ha dado la espalda. No se nos permite estar delante del trono. Pero el *adamas*, eso es una cosa angelical. Cuando la tocamos, el dolor de nuestra ausencia de lo divino es indescriptible. Y a pesar de ello, es lo más cercano que tendremos a estar en su presencia. Así que tocamos *adamas* y sentimos la ausencia de nuestro creador y en esa ausencia sentimos la más mínima chispa de lo que una vez fuimos. Oh, ese dolor, es la cosa más maravillosa que pueden imaginar.

Y Dios dijo, no retendré a Belial dentro de mi corazón, dijo el Hermano Zachariah.

Una disimulada mirada herida apareció en el rostro de Belial.

—Claro que, tú también has sido alejado de aquellos que amas, mi querido Hermano Zachariah. Nos entendemos el uno al otro. —Y luego dijo algo en un lenguaje que la Hermana Emilia no reconoció, casi escupiendo las horribles y siseantes sílabas.

—¿Qué está diciendo? —preguntó ella. Pensó que la habitación parecía estar calentándose. Los espejos estaban resplandeciendo brillantemente.

Está hablando Abisal, dijo el Hermano Zachariah con calma. *Nada interesante.*

—Está haciendo algo —siseó la Hermana Emilia—. Tenemos que detenerlo. Algo está sucediendo.

En todos los espejos, Belial se estaba haciendo más grande, el traje de piel explotando como el pellejo de una salchicha. Las versiones de la Hermana Emilia y el Hermano Zachariah estaban desapareciendo, encogiéndose y ennegreciendo como si fueran chamuscados por el calor de Belial.

Toc-toc, dijo el Hermano Zachariah.

—¿Qué? —dijo la Hermana Emilia.

No le prestes atención a Belial, dijo otra vez. *Se aprovecha de ello. No es real. Son ilusiones. Nada más. Los demonios no matarán a aquellos a quienes les deben. Toc-toc.*

—¿Quién es? —respondió.

Dime.

La garganta de la Hermana Emilia estaba tan seca que apenas podía hablar. El pomo de su espada increíblemente caliente, como si tuviera su mano en el corazón de una forja.

—¿Dime quién?

Si insistes, dijo el Hermano Zachariah. *QUIÉN.*

Y cuando la Hermana Emilia entendió el chiste, fue tan ridículo que se rió a pesar de todo.

—¡Eso fue terrible! —le dijo.

El Hermano Zachariah la miró sin expresión alguna, con el rostro sellado.

No me preguntaste si los Hermanos Silenciosos tenían buen sentido del humor.

Belial había parado de hablar Abisal. Se veía increíblemente decepcionado por ambos.

—Esto no es divertido —dijo.

¿Qué hiciste con el adamas*?,* dijo el Hermano Zachariah.

Belial llevó su mano al cuello de su camisa y sacó una cadena. Colgando al final de ella había una media máscara hecha de *adamas*. La Hermana Emilia podía ver su piel ir de rojo y luego cambiar de forma cruda y supurante y amarilla con pus donde la máscara lo había tocado. Y donde él tocaba la máscara, el metal resplandecía en chispeantes ondas turquesa, escarlata, viridiano. Pero la expresión de Belial, de orgullosa indiferencia, nunca cambió.

—Lo he estado usando para aprovecharme de sus queridos mundanos —dijo—. Fortalece mi poder tanto como fortalece el suyo. Algunos de ellos quieren ser otras personas en vez de ellos mismos, así que les doy la ilusión de lo que quieren. Lo suficientemente fuerte que pueden engañar a otros. Otras personas quieren ver algo que ellos quieren, o que han perdido, o lo que no pueden tener, y también puedo hacer eso. Había un joven el otro día (un chico, en realidad). Iba a casarse. Pero tenía miedo. Quería

saber las peores cosas que podrían sucederle a él y a la chica que amaba, para que pudiera estar preparado e ir hacia ellas con valentía. Escuché que no fue tan valiente después de todo.

—Se sacó los ojos —dijo la Hermana Emilia—. ¿Y qué hay de Billy Doyle?

—Ese, yo creo que tendrá una vida extraordinaria —dijo Belial—. O acabará en un manicomio. ¿Cuál de las dos crees que sea más probable?

No debería de haber un Mercado de Sombras aquí, dijo el Hermano Zachariah.

—Hay muchas cosas que no deberían existir, pero aún así lo hacen —Belial contestó —. Y muchas cosas que no son, todavía podrán ser, solo si las quieres con la fuerza suficiente. Tendré que admitir, que esperaba que el Mercado de Sombras proporcionaría una mejor cobertura. O al menos una advertencia hacia mí, cuando tu especie apareciera para arruinar mi diversión. Pero no te distrajiste para nada.

La Hermana Emilia tomará el adamas, dijo el Hermano Zachariah. *Y una vez que se lo hayas dado, te llevarás lejos el Mercado porque te lo estoy pidiendo.*

—Si lo hago, ¿eso cancelará el favor que te debo? —dijo Belial.

—¿Te debe un favor? —dijo la Hermana Emilia. «No es de extrañar que cosan las bocas de los Hermanos Silenciosos. Tienen demasiados secretos», pensó.

No lo hará, le dijo el Hermano Zachariah a Belial. A Emilia, le dijo: *Sí y esa es la razón por la que no debes temerle. Un demonio no puede matar con quien esté en deuda.*

—Aunque, todavía podría matarla —dijo Belial. Dio un paso hacia la Hermana Emilia y ella levantó su espada, determinada a hacer que su muerte valiera la pena.

Pero no lo harás, dijo el Hermano Zachariah con calma.

Belial alzó una ceja.

—¿No lo haré? ¿Por qué no?

Porque la encuentras interesante. Yo ciertamente lo hago, dijo el Hermano Zachariah.

Belial quedó en silencio. Luego asintió.

—Toma —le tiró la máscara a la Hermana Emilia, quien soltó la mano del Hermano Zachariah para atraparlo. Era más ligero de lo que ella esperaba—. Aunque, imagino que no te dejarán trabajar con él. Demasiado preocupados de que tal vez lo haya corrompido de alguna manera. ¿Y quién dirá que no lo he hecho?

Hemos terminado, dijo el Hermano Zachariah. *Vete de aquí y no regreses.*

—¡Absolutamente! —dijo Belial—. Sólo que, acerca de ese favor. Me duele mucho estar en deuda contigo cuando podría ser de alguna ayuda. Me pregunto si no hay una cosa que pudiera ofrecerte. Por ejemplo, el *yin fen* en tu sangre. ¿Los Hermanos Silenciosos siguen sin saber cuál podría ser la cura?

El Hermano Zachariah no dijo nada, pero la Hermana Emilia pudo ver como los nudillos del puño que apretaba se volvían blancos.

Continúa, dijo finalmente.

—Puede que conozca una cura —dijo Belial—. Sí, creo que conozco una cura segura. Podrías ser quien una vez fuiste. Podrías ser Jem otra vez. O...

¿O?, dijo el Hermano Zachariah.

Belial sacó su lengua, como si estuviera saboreando el aire y lo encontrara delicioso.

—O podría decirte una cosa que no sabes. Que hay Herondales, no aquellos que conoces, sino de la misma línea de sangre que la de tu *parabatai.* Están en gran peligro, sus vidas penden de un hilo y están más cerca de nosotros que estamos aquí, de lo que puedas imaginar. Puedo decirte algo de ellos y enviarte al camino para encontrarlos si eso es lo que escoges. Pero debes elegir. Ayudarlos o ser quien una vez fuiste. Ser una vez más aquel que dejó atrás a aquellos que más le amaban. Aquel que ellos todavía anhelan. Podrías ser él otra vez si eso es lo que eliges. Escoge, Hermano Zachariah.

El Hermano Zachariah dudó durante un largo momento.

En los espejos a su alrededor, Emilia vio las visiones de lo que Belial estaba prometiendo, lo que su cura significaría. La mujer que el Hermano Zachariah adoraba no estaría sola. Él estaría con ella, capaz de compartir enteramente su dolor y amor con ella una vez más. Podría correr al lado de su amigo que tanto amaba, ver los ojos azules de su amigo brillar como estrellas en una noche de verano mientras contemplaba la transformación del Hermano Zachariah. Podrían estrechar sus manos sin sombra de aflicción o dolor sobre ellos, solo una vez. Habían estado esperando todas sus vidas por ese momento y temían que nunca llegaría.

En cientos de reflejos, los ojos del Hermano Zachariah se abrían, ciegos y plateados en agonía. Su rostro retorcido como si estuviera soportando el más terrible dolor, o peor, obligado a rechazar la dicha más perfecta.

Los verdaderos ojos del Hermano Zachariah se mantuvieron cerrados. Su rostro se mantuvo sereno.

Los Carstairs tenemos una deuda de vida con los Herondale, dijo finalmente. *Esa es mi elección.*

—Entonces esto es lo que te diré acerca de estos Herondale perdidos —dijo Belial—. Hay poder en su sangre y también un gran peligro. Están escondidos de un enemigo que no es mortal ni demonio. Estos perseguidores son ingeniosos y tienen ventaja, los matarán si los encuentran.

—¿Pero dónde están? —dijo la Hermana Emilia.

—La deuda no es tan grande, mi cielo. Y ahora está pagada —dijo Belial.

La Hermana Emilia miró al Hermano Zachariah, quien negó con la cabeza.

Belial es lo que es, dijo. *Un fornicador, avaro y contaminador de santuarios. Un creador de ilusiones. Si hubiera hecho la otra elección, ¿en verdad piensas que estaría mejor?*

—¡Que bien nos conocemos el uno al otro! —dijo Belial—. Todos jugamos un rol y creo que te sorprendería saber lo servicial que estoy siendo. Crees que solo te he ofrecido trucos y desaires, pero en verdad he extendido la mano de la amistad. ¿O piensas que simplemente puedo sacar a estos Herondale fuera de un sombrero como los conejos? En cuanto a ti, Hermana Emilia, no te debo nada, pero podría darte un buen consejo. A comparación de nuestro conocido de aquí, tú has escogido el camino en el que estás.

—Lo hice —dijo la Hermana Emilia. Todo lo que ella siempre había querido era hacer cosas. Darle forma a los cuchillos serafín y ser reconocida como una maestra de la forja. Los cazadores de sombras, le parecían ser, glorificados en la destrucción. Lo que anhelaba era que se le permitiera crear.

—Podría hacerlo para que así fueras la más grandiosa creadora de *adamas* que la Ciudadela Infracta haya presenciado. Tu nombre sería mencionado por generaciones.

En los espejos, la Hermana Emilia vio las espadas que podría hacer. Vió cómo serían usadas en batalla, cómo aquellos que las empuñaban, agradecerían a quién las había hecho. Bendecirían el nombre de la Hermana Emilia y acólitos vendrían a estudiar con ella, y ellos también bendecirían su nombre.

—¡No! —le dijo la Hermana Emilia a sus reflejos—. Seré la mejor creadora de *adamas* que la Ciudadela Infracta haya presenciado alguna vez, pero no será porque acepté tu ayuda. Será por el trabajo que he hecho con la ayuda de mis Hermanas.

—¡Tonterías! —dijo Belial—. Ni siquiera sé por qué me molesto.

¡Roland el Asombroso! dijo el Hermano Zachariah.

Y antes de que la Hermana Emilia pudiera preguntarle qué quería decir con eso, él estaba corriendo fuera del laberinto. Lo podía escuchar tocando espejo tras espejo con su báculo, con demasiada prisa para encontrar la salida como habían encontrado la forma de entrar. O tal vez él sabía que la magia estaba hecha para hacer que el centro fuera difícil de encontrar y que romper cosas en su salida funcionaría bien.

—Esa atracción de ahí va un poco lenta —le dijo Belial a la Hermana Emilia—. De cualquier forma, debería marcharme. Nos vemos, jovencita.

—¡Espera! —dijo la Hermana Emilia—. Tengo una propuesta que hacerte.

Porque no podía dejar de pensar en lo que había visto en los espejos del Hermano Zachariah. Cuánto anhelaba estar con su *parabatai* y con la chica que debía ser la bruja Tessa Gray.

—Adelante —dijo Belial—. Estoy escuchando.

—Sé que las cosas que nos ofreces no son reales —dijo la Hermana Emilia—. Pero tal vez la ilusión de una cosa que no podemos tener es mejor que absolutamente nada. Quiero que le des al Hermano Zachariah una visión. Unas cuantas horas con aquel que extraña más.

—Ama a la bruja —dijo Belial—. Puedo darle a ella.

—¡No! —dijo la Hermana Emilia—. Las brujas perduran. Y creo que un día tendrá sus horas con Tessa Gray, incluso si él no se atreve a esperarlo. Pero su *parabatai,* Will Herondale, es viejo y frágil y está a un paso de la muerte. Quiero que les des a ambos un lapso de tiempo. Ambos, en un tiempo y lugar donde puedan ser jóvenes y felices juntos.

—¿Y qué me darás a cambio? —dijo Belial.

—Si hubiera aceptado tu anterior propuesta —dijo la Hermana Emilia—, creo que mi nombre habría vivido en la infamia. E incluso si un día fuera celebrada por mi trabajo, aún así cada espada que hiciera habría sido manchada con la idea de que tú habías tenido algo que ver en mi éxito. Cada victoria habría sido contaminada.

—No eres tan estúpida como la mayoría de los cazadores de sombras —dijo Belial.

—¡Oh, deja de tratar de halagarme! —dijo la Hermana Emilia—. Estás usando un traje hecho de piel humana. Nadie en su sano juicio debería importarle lo que tengas que decir. Pero debería importarte demasiado lo que yo te diré a ti. Y eso es todo. Te prometo que si no le das al Hermano Zachariah y a Will Herondale lo que te estoy pidiendo para ellos, mi trabajo de vida será forjar una espada que sea capaz de matarte. Y seguiré haciendo

espadas hasta que un día logre mi meta. Y te advierto, no solo soy talentosa, soy muy concentrada. Siéntete libre de preguntarle a mi madre si no me crees.

Belial le dio un vistazo. Parpadeó dos veces y luego apartó su mirada. La Hermana Emilia, ahora podía ver la forma en que él la vio reflejada en los espejos restantes y por primera vez, le gustó un poco cómo se veía.

—Eres interesante —dijo él—. Justo como el Hermano Zachariah dijo. Pero tal vez, también peligrosa. Eres demasiado pequeña para hacer de traje. Pero de sombrero. Harías un grandioso sombrero tirolés. Y quizá un par de botines. ¿Por qué no debería matarte ahora?

La Hermana Emilia levantó su mentón.

—Porque estás aburrido. Estás curioso de si sería buena en mi trabajo o no. Y si mis espadas fallaran a aquellos que las empuñen, lo encontrarás como un buen entretenimiento.

—Es cierto. Lo haré —dijo Belial.

—Entonces, ¿tenemos un trato? —dijo Emilia.

—Hecho —dijo Belial. Y desapareció, dejando a la Hermana Emilia en una habitación tapizada con espejos, sosteniendo la mascarilla de *adamas* en una mano y en la otra una espada que era algo extraordinaria y aún así, de ninguna forma equivalente a las espadas que ella haría un día.

Cuando salió a la vía pública del carnaval, varias tiendas ya se habían ido o simplemente habían sido abandonadas. Había pocas personas alrededor y aquellos que vio, se veían mareados y somnolientos, como si apenas se estuvieran levantando. El Bazar de lo Bizarro se había ido completamente y no había un solo rastro de hombres lobo a la vista, aunque la máquina de algodón de azúcar seguía girando lentamente, filamentos de azúcar flotaban en el aire.

El Hermano Zachariah estaba parado en frente de un escenario vacío donde habían visto al mago y a su esposa hada.

Todos jugamos un rol y creo que te asombraría saber lo servicial que estoy siendo, dijo él.

Se dio cuenta que estaba citando a Belial.

—No tengo idea de lo que eso significa —dijo.

Movió su mano hacia el anuncio en el escenario. ROLAND EL ASOMBROSO.

—Sigue el rol[14] y… —dijo ella lentamente—. Te sorprenderán.

Trucos y desaires. Me ofreció la mano de la amistad. Un juego de manos. Trucos de magia. Debí de saberlo antes. Pensé que el mago tenía la mirada de mi amigo Will. Pero él y su esposa se han ido.

—Los volverás a ver —dijo la Hermana Emilia—. Estoy casi segura.

Son Herondale y están en problemas, dijo el Hermano Zachariah. *Así que debo encontrarlos, porque es mi deber. Y Belial dijo algo que ha dado algo de interés a mis Hermanos.*

—Continúa —dijo la Hermana Emilia.

Soy quien soy, dijo el Hermano Zachariah, *un Hermano Silencioso pero no enteramente de la Hermandad, porque por mucho tiempo fui en contra de mi voluntad dependiente al* yin fen*. Y ahora soy, no con todo el corazón, un Hermano Silencioso, para poder seguir vivo a pesar del* yin fen *en mi sangre que debería haberme matado hace años. El Hermano Enoch y los otros han buscado una cura durante mucho tiempo y no han encontrado nada. Hemos comenzado a pensar que quizás no hay una cura. Pero el Hermano Enoch estaba sumamente interesado en la elección que Belial me ofreció. Dijo que ya está investigando curas demoníacas asociadas con Belial.*

—Entonces si fueras curado —dijo la Hermana Emilia—, ¿elegirías no ser lo que eres?

Sin dudarlo, dijo el Hermano Zachariah. *Aunque no sin agradecerle a mis Hermanos en la Ciudad Silenciosa por lo que han hecho por mí. ¿Y tú? ¿Te arrepientes de escoger una vida en la Ciudadela Infracta?*

—¿Cómo puedo saber eso? —dijo la Hermana Emilia—. Pero no. Me están dando la oportunidad de convertirme en lo que siempre he sabido que estaba destinada a ser. Vamos. Hemos hecho lo que nos han mandado a hacer.

No del todo, dijo el Hermano Zachariah. *Hoy hay luna llena y no sabemos si los hombres lobo regresarán o no a las montañas. Mientras hayan mundanos aquí, debemos esperar y observar. Los Hermanos Silenciosos han enviado mensajes al Praetor Lupus. Han tomado una postura prohibicionista de forma dura, sin mencionar que tomaron medidas enérgicas sobre comer mundanos.*

—Parece un poco duro —dijo la Hermana Emilia—. La postura prohibicionista. Entiendo que comerse a la gente está mal, generalmente.

---

[14] N.T. Juego de palabras: Roland: *Rol* y *And*, en inglés significa rol, papel u oficio

Los hombres lobo viven de códigos severos, dijo el Hermano Zachariah. Ella no podía saber por la mirada en su rostro si estaba bromeando o no. Pero estaba bastante segura de que lo estaba.

Aunque ahora que has pasado tu prueba, sé que debes estar ansiosa por volver a la Ciudadela Infracta. Lamento retenerte aquí.

No estaba equivocado. Ella extrañaba con todo su corazón regresar al único sitio en el que se sentía como en casa. Pero también sabía que, una parte del Hermano Zachariah odiaba tener que regresar a la Ciudad Silenciosa. Había visto lo suficiente en los espejos para saber donde estaba su corazón y su hogar.

—No me importaría estar un rato más a tu lado, Hermano Zachariah —dijo ella—. Y no me arrepiento de haberte conocido. Si nunca nos volvemos a encontrar, deseo que un día un arma hecha por mi mano te sea útil de alguna forma. —Entonces bostezó. Las Hermanas de Hierro, a diferencia de los Hermanos Silenciosos, necesitaban de cosas como sueño y alimento.

El Hermano Zachariah se alzó en el borde del escenario y le dio palmadas al espacio a su lado.

Me mantendré vigilante. Si estas cansada, duerme. Nadie te hará daño mientras este cuidándote.

—¿Hermano Zachariah? —dijo la Hermana Emilia—. Si algo extraño pasa esta noche. Si debes ver algo que pensabas que no verías de nuevo, no te alarmes. No hará daño.

¿A qué te refieres?, dijo el Hermano Zachariah. *¿Que discutieron Belial y tú en mi ausencia?*

En su cabeza, sus Hermanos murmuraban*: Ten cuidado, ten cuidado, ten cuidado. Oh, ten cuidado.*

—Nada de gran importancia. Pero creo que me tiene un poco de miedo ahora, y debería tenerlo. Me ofreció algo para que no me convirtiera en su némesis.

Dime a qué te refieres, dijo el Hermano Zachariah.

—Te lo diré luego —dijo la Hermana Emilia firmemente—. Ahora mismo estoy tan cansada que apenas puedo hablar.

La Hermana Emilia estaba hambrienta y también cansada, pero tan cansada que no iba a molestarse en comer. Dormiría primero. Subió al escenario a un lado del Hermano

Zachariah y se quitó la capa para usarla como almohada. La tarde aún era cálida, y si luego le daba frío se despertaría para vigilar junto al Hermano Zachariah.

Esperaba que sus Hermanos, todos adultos, fueran tan amables y de corazón valiente como este hombre. Se quedó dormida recordando como ella y ellos jugaban a pelear antes de tener la edad para entrenar, riendo, cayendo y jurando ser grandes héroes. Sus sueños eran muy dulces, aunque no los recordó en la mañana cuando despertó.

* * *

Los Hermanos Silenciosos no duermen como lo hacen los mortales, sin embargo, mientras el Hermano Zachariah observaba y escuchaba sentado el carnaval desierto, sintió al transcurrir la noche que estaba en un sueño. Los Hermanos Silenciosos no sueñan, y aun así, las voces del Hermano Enoch y las otras en su cabeza se disiparon y desaparecieron, siendo reemplazadas por música. No era música de carnaval, era el sonido de un qinqin[15]. No debería haber un qinqin en ningun lado de la montaña de Chattanooga, pero estaba oyéndolo. Al escucharlo, descubrió que ya no era el Hermano Zachariah. Solo era Jem. No estaba sentado en un escenario. Estaba arriba de un tejado, y lo que podía ver y oler a su alrededor eran cosas familiares. No era la Ciudad Silenciosa. No era Londres. Era Jem de nuevo y estaba su ciudad natal, Shanghái.

—¿Jem? ¿Estoy soñando? —dijo alguien.

Incluso antes de girar la cabeza, Jem sabía quién estaría sentado junto a él.

—¿Will? —dijo él.

Era Will. No el Will viejo, cansado y demacrado que Jem había visto la última vez, y no el Will que fue cuando conocieron a Tessa Gray. No, este era el Will de los primeros años que pasaron juntos viviendo y entrenando en el Instituto de Londres. El que había recitado el juramento y se había convertido en su *parabatai*. Pensando en esto, Jem miró a su hombro, donde la runa de *parabatai* había sido marcada. La piel no tenía marca. Notó que Will hacía lo mismo, buscando bajo su cuello la runa en su pecho.

—¿Cómo es esto posible? —dijo Jem.

---

[15] N.T. El qinqin es un laúd chino generalmente tocado con un dedo o con plumilla. Originalmente fue fabricado con un cuerpo de madera, un cuello delgado y tres cuerdas.

—Este es el momento entre nuestra promesa de convertirnos en *parabatai* y nuestro ritual —dijo Will—. Mira. ¿Ves esta cicatriz? —Le enseñó a Jem una distintiva marca sobre su muñeca.

—Un demonio Iblis te hizo eso —dijo Jem—. Lo recuerdo. Fue dos noches después de nuestra decisión. Fue la primera pelea que tuvimos después de ello.

—Así que, allí es *cuándo* estamos —dijo Will—. Lo que no se es en *qué lugar* estamos. O cómo está sucediendo.

—Creo que una amiga ha hecho un trato por mí —dijo Jem—. Creo que estamos aquí porque el demonio Belial le teme, y ella pidió esto para mí. Porque no lo pediría yo mismo.

—¡Belial! —dijo Will—. Pues si le teme a esta amiga tuya espero nunca conocerla.

—Desearía que pudieras —afirmó Jem—. Pero no desperdiciemos el tiempo que tenemos hablando de personas en las que no estás interesado. Quizá no sepas dónde estamos, pero yo sí lo sé. Y temo que el tiempo que nos queda juntos no sea largo.

—Ese siempre ha sido el caso con nosotros —dijo Will—. Pero seamos agradecidos con tu terrorífica amiga, porque sin importar que tanto tiempo tengamos, aquí estamos juntos y no veo rastro de *yin fen* en ti, y sabemos que nunca tuve una maldición. No hay una sombra sobre nosotros.

—No hay una sombra —concordó Jem—. Y estamos en un lugar que hace tiempo deseaba visitar contigo. Esto es Shanghái, donde nací. ¿Recuerdas cómo hablábamos de viajar aquí juntos? Habían tantos lugares que quería mostrarte.

—Recuerdo que tenías muy buenos pensamientos sobre un templo o dos — dijo Will —. Me prometiste jardines, aunque por qué piensas que me interesan los jardines, no lo sé. También había algunas vistas o formaciones rocosas famosas y otras cosas.

—Olvida las formaciones rocosas —dijo Jem—. Hay un local de dumplings en la calle y no he comido como un humano en casi un siglo. Vamos a ver quién come más dumplings en el menor tiempo posible. ¡Y pato! ¡Debes probar el pato prensado! Es una delicia.

Jem miró a Will, conteniendo una sonrisa. Su amigo le devolvió la mirada, pero al final ninguno pudo contener la risa.

—Nada tan dulce como festejar sobre los huesos de mis enemigos. Especialmente contigo —dijo Will.

Había una ligereza en el pecho de Jem que, finalmente se dio cuenta, era alegría. Vio esa alegría reflejada en el rostro de su *parabatai*. La cara de la persona que amas es el mejor espejo de todos. Te muestra tu propia felicidad y tu propio dolor, y te ayuda a soportar ambos, porque soportar cualquiera de los dos solo es ser abrumado por el diluvio.

Jem se levantó y le tendió la mano a Will. Sin darse cuenta, aguantó la respiración. Quizás era un sueño después de todo, y cuando Jem tocara a Will este desaparecería una vez más. Pero la mano de Will era cálida, sólida y fuerte, y Jem lo levantó fácilmente. Juntos empezaron a correr por el tejado.

La noche era muy hermosa y cálida, y ambos eran jóvenes.

FANTASMAS DEL MERCADO DE SOMBRAS #4
UN AMOR MÁS PROFUNDO
CASSANDRA CLARE
MAUREEN JOHNSON
Una novela del mundo de CAZADORES DE SOMBRAS

Fantasmas del Mercado de Sombras

Libro 4

Un Amor Más Profundo

de

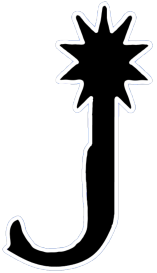
Cassandra Clare

y

Maureen Johnson

Sinopsis

Han pasado solo tres años desde que Tessa Gray perdió a su amado esposo William Herondale, y está en busca de una razón para vivir, tratando de encontrar la forma de ser una bruja con la guía de su amiga Catarina Loss. La Segunda Guerra Mundial trae destrucción en su mundo, y Tessa y Catarina se convierten en enfermeras que hacen negocios en el Mercado de Sombras para ayudar a los mundanos. Pero, ¿puede el Hermano Zachariah permitirse ver a la mujer que ama arriesgar su vida? ¿O debe considerar romper sus juramentos sagrados para salvarla de su soledad?



Londres, 29 de Diciembre, 1940

—Primero pensé —dijo Catarina—, tarta de limón. Oh, limones. Creo que es lo que más extraño.

Catarina Loss y Tessa Gray estaban caminando por Ludgate Hill, cerca de Old Bailey. Este era un juego en el que a veces participaban: ¿Qué será lo primero que comerías cuando esta guerra acabe? De todas las cosas terribles que estaban ocurriendo, las más ordinarias eran las que más te afectaban. La comida estaba racionada, y las raciones eran diminutas: un gramo de queso, cuatro tiras delgadas de tocino y un huevo a la semana. Todo venía en pequeñas cantidades. Algunas cosas simplemente desaparecieron, como los limones. En ocasiones había naranjas —Tessa las había visto en el mercado de frutas y verduras— pero solo para los niños, que podían comer una cada uno. Las enfermeras comían en el hospital, pero también las porciones eran pequeñas, y nunca lo suficiente para ayudarles a soportar el trabajo que hacían. Tessa era afortunada de contar con la fuerza que tenía. No era la fuerza física de un cazador de sombras, pero un poco de aguante angelical estaba dentro de ella y le ayudaba a sostenerse; no tenía idea de cómo las enfermeras mundanas podían hacerlo.

—O una banana —dijo Catarina—. Nunca me han gustado, pero ahora que ya no se consiguen, me he encontrado teniendo antojo de ellas. Eso siempre pasa, ¿verdad?

A Catarina Loss no le preocupaba la comida. Apenas se alimentaba en absoluto. Pero estaba haciendo conversación mientras caminaban por la calle. Esto es lo que hacías… actuabas como si la vida fuera normal, a pesar de que la muerte llovía desde arriba. Este era el espíritu de Londres. Tratabas de mantener tus rutinas tanto como podías, incluso si dormías en alguna estación del metro por la noche para tener refugio[16], o cuando regresabas a casa y te dabas cuenta de que la casa del vecino o la tuya ya no estaban allí.

[16] N.T. El sistema del metro de Londres real es tan profundo (cerca de 50m de profundidad) que las bombas alemanas no lo afectaron y gracias a eso muchos londinenses pudieron sobrevivir a la guerra.

Los negocios buscaban la manera de mantenerse abiertos, sin importar que las ventanas ya no tuvieran vidrios o que una bomba atravesará el techo. Algunos incluso colgaban letreros que decían, MÁS ABIERTOS QUE DE COSTUMBRE.

Lo soportabas y seguías. Hablabas de plátanos y limones.

En este punto de diciembre, Londres estaba en su momento más oscuro. El sol se ocultaba poco después de las tres de la tarde. Y debido a los ataques aéreos, Londres tenía órdenes de apagón por las noches. Cortinas gruesas ocultaban la luz de cada ventana. Los faroles públicos se apagaban. Los autos tenían las luces al mínimo. La gente usaba linternas para encontrar su camino en la oscuridad. Todo Londres estaba hecho de sombras, esquinas y nichos, todo callejón oscuro, toda pared un oscuro vacío. Esto hacía que la ciudad fuera misteriosa y triste.

Para Tessa, era como si Londres estuviera de luto por Will, como si sintiera su pérdida y por eso apagaba toda luz.

Tessa Gray no había disfrutado mucho la Navidad ese año. Era difícil disfrutar de las cosas cuando los alemanes estaban lanzando bombas desde arriba cada vez que les daba la gana. El Blitz, como lo habían llamado, estaba hecho para provocar terror en Londres, para forzar a una ciudad a ponerse de rodillas. Había bombas asesinas que podían acabar con una casa, dejando una montaña de escombros llenos de humo, donde antes los niños dormían y las familias reían juntas. En las mañanas, podías ver que algunos muros faltaban, mostrando el interior de las casas, comos si fuera una casa de muñecas, con pedazos de ropa agitándose contra el ladrillo roto, juguetes y libros esparcidos entre pilas de escombros.

En más de una ocasión ella alcanzó a ver una tina de baño colgando de un lado de lo que quedaba de una casa. Cosas extraordinarias pasaban de vez en cuando, como la casa donde la chimenea colapsó y cayó sobre la mesa de la cocina donde la familia estaba cenando, rompiendo el mueble pero sin lastimar a nadie. Los camiones podrían ser volcados de un momento a otro. Escombros caían desde algún otro piso y mataban al instante a un miembro de la familia, mientras los otros se quedaban sorprendidos, pero sin un rasguño. Era cuestión de suerte, de unos centímetros.

No había nada peor que quedarse solo, ver cómo la persona que amabas es arrebatada de tu lado.

—¿Tuviste una buena visita esta tarde? —preguntó Catarina.

—La generación más joven todavía está tratando de convencerme para que me vaya —respondió Tessa, dando un paso alrededor de un hoyo en un acera que había sido volada en una parte—. Creen que debería ir a Nueva York.

—Son tus hijos —dijo Catarina gentilmente—. Quieren lo que es mejor para ti. No lo entienden.

Cuando Will murió, Tessa supo que no podría haber lugar para ella entre los cazadores de sombras. Durante un tiempo pareció como si no hubiera lugar para ella en todo el mundo, con tanto de su corazón en el suelo frío. Entonces Magnus Bane había llevado a Tessa a su casa cuando estaba casi enloquecida por el dolor, y cuando Tessa emergió lentamente, los amigos de Magnus, Catarina Loss y Ragnor Fell la apoyaron.

Nadie entendía el dolor de ser inmortal más que otro inmortal. Estaba completamente agradecida de que la hubieran aceptado.

Fue Catarina quien introdujo a Tessa en el mundo de la enfermería cuando la guerra estalló. Catarina siempre había sido una sanadora: de nefilim, de subterráneos, de humanos. Siempre que se le necesitaba, allí estaba. Había sido enfermera durante la última Gran Guerra[17], apenas veinte años atrás, la guerra que supuestamente no pasaría de nuevo. Ellas dos tenían un departamento en la calle Farrington, cerca del Instituto de Londres y el Hospital St. Bart. No era tan lujosa como sus casas anteriores: un lugar pequeño, en un segundo piso y un baño compartido al final del pasillo. Era más fácil de esta manera, y también más acogible. Tessa y Catarina dormían en la misma habitación, con una sábana colgada entre ellas para poder tener algo de privacidad. Usualmente trabajaban de noche y dormían de día. Al menos los bombardeos eran solo por las noches… no más sirenas y aviones y bombas y armas anti-aviones a medio día.

La guerra había causado un incremento en la actividad demoníaca —como todas las guerras hacían, los demonios aprovechaban el caos de la batalla—, por lo que los cazadores de sombras estaban abrumados. A pesar de que era un terrible pensamiento, Tessa consideraba la guerra como una bendición personal. Ahí, ella podía ser útil. Una de las cosas buenas de ser enfermera era que siempre había algo que hacer. Siempre. La actividad constante mantenía el duelo a raya porque no había tiempo para pensar. Ir a Nueva York y sentirse a salvo, sería infernal. No habría nada más que hacer que pensar en su familia. Ella no sabía cómo hacerlo, cómo continuar sin edad mientras que sus descendientes se hacían más mayores que ella.

Miró hacia la gran cúpula de la Catedral de St. Paul, dominando la ciudad exactamente como lo había hecho durante cientos de años. ¿Qué se sentiría, ver a la ciudad a sus pies, su desordenada hija, siendo volada en pedazos?

—¿Tessa? —dijo Catarina.

---

[17] N.T. Se refiere a la Primera Guerra Mundial, fue llamada Gran Guerra ya que fue el primer conflicto a escala mundial y todavía no existía un término para la Segunda.

—Estoy bien —replicó Tessa.

En ese momento, un grito estalló en toda la ciudad… la sirena del ataque aéreo. Momentos después llegó el zumbido. Parecía el acercamiento de un ejército de abejas enojadas. La Luftwaffe[18] estaba encima de ellas. Las bombas caerían pronto.

—Pensé que nos dejarían en paz por unos días más —dijo Catarina con gravedad—. Fue muy agradable tener solo dos ataques aéreos esta semana. Supongo que incluso la Luftwaffe quiere celebrar las vacaciones.

Las dos aceleraron sus pasos. Luego vino… ese sonido extraño. Cuando las bombas caían, silbaban. Tessa y Catarina se detuvieron. El silbido estaba justo encima de ellas, por todos lados. El silbido no era el problema, el problema era cuando se detenía. El silencio significaba que las bombas estaban a menos de treinta metros de altura. Ahí era cuando esperabas. ¿Serías el próximo? ¿A dónde podías ir cuando la muerte era silenciosa y venía del cielo?

Hubo un ruido metálico y un siseo al frente, y la calle se iluminó de repente con luz fosforescente que parecía ser escupida.

—Incendiarias —dijo Catarina.

Tessa y Catarina se apresuraron a avanzar. Las bombas incendiarias eran contenedores cilíndricos que se veían lo suficientemente indefensos de cerca, similares a grandes matraces térmicos. Cuando tocaban el suelo, se liberaban. Estaban siendo dispersadas por las calles de arriba a abajo por los aviones, iluminando el camino y soltando llamas en los edificios. Los bomberos comenzaron a correr de todas direcciones, disminuyendo los incendios tan rápido como fuera posible. Catarina se inclinó sobre uno. Tessa vio el brillo azul; entonces la bomba se apagó. Tessa corrió hacia otro y pisoteó los destellos hasta que un bombero vertió una cubeta de agua sobre él. Pero ahora habían cientos de ellos sobre el camino.

—Debemos continuar —dijo Catarina—. Parece que va a ser una larga noche.

Peatones londinenses alzaban sus sombreros. Ellos veían lo que Tessa y Catarina querían que vieran, solo dos jóvenes y valientes enfermeras dirigiéndose al hospital, no dos seres inmortales tratando de detener una marea interminable de sufrimiento.

* * *

[18] N.T. Fuerza aérea de la Alemania Nazi durante la Segunda Guerra Mundial.

Al otro lado del Támesis, una figura estaba haciendo su camino a través de la oscuridad debajo del viaducto, pasando donde normalmente el próspero barrio mercantil estaba puesto en el día. Usualmente, este lugar estaba lleno de actividad y de las sobras después de un día de mercado.

Esta noche, todo estaba en silencio y el suelo estaba casi completamente limpio. Cada col vieja y pedazo de fruta había sido tomado por la gente hambrienta. Las cortinas gruesas para bloquear la luz, la falta de postes de luz y la ausencia de mundanos caminando, hacían de esta zona de Londres tenebrosa. Pero la figura encapuchada caminaba sin titubear, incluso con las sirenas aéreas chillando en la noche. Su destino estaba a la vuelta de la esquina.

Incluso con la guerra, el Mercado de las Sombras seguía funcionando, aunque solo en parte. Como los mundanos y sus vales de racionamiento, sus pequeños suministros de comida, ropa o agua; las cosas aquí también escaseaban. Los puestos de libros viejos habían sido abandonados, y en lugar de cientos de pociones y polvos solo había una docena decorando las mesas de los comerciantes.

Las chispas y los fuegos no tenían comparación con las flamas que rugían en el otro lado del río o las máquinas que liberaban muerte desde el cielo, por lo que no había espectáculos de luces para atraer a los clientes. Aún así los niños corrían por allí: los jóvenes licántropos, los niños de la calle y huérfanos Convertidos en los callejones oscuros durante los apagones deambulando en busca de alimento y una figura paterna.

Un pequeño vampiro, Convertido en una edad demasiado joven, seguía al Hermano Zachariah, jalando su capa por diversión. Zachariah no quiso molestarlo. El niño se veía solitario y sucio, y si le traía felicidad caminar junto a un Hermano Silencioso, entonces Zachariah le dejaría.

—¿Qué eres? —preguntó el pequeño.

Una clase de cazador de sombras, el Hermano Zachariah le respondió.

—¿Viniste a matarnos? He oído que eso es lo que hacen.

No. Eso no es lo que hacemos. ¿Podrías decirme dónde está tu familia?

—Se fueron —le dijo el pequeño—. Una bomba cayó sobre nosotros, y mi amo vino y fui con el.

Era demasiado fácil tomar a niños pequeños de los escombros de su casa, llevarlos de la mano hasta un callejón oscuro y Convertirlos. La actividad demoníaca, también estaba

al máximo. Después de todo, ¿quién podía darse cuenta si un brazo o una pierna desgarrados fueron causados por el impacto de una bomba o un demonio lo arranco con los dientes? ¿Había realmente una diferencia? Los mundanos tenían, en cierta manera, sus medios demoníacos.

Un grupo de niños vampiro corrió cerca y el pequeño se fue con ellos. El cielo rugió, lleno del sonido de los aviones. El Hermano Zachariah oía el ruido del bombardeo con oído de músico. Las bombas silbaban cuando eran lanzadas, pero quedaban en silencio en el momento que se acercaban a tierra. Los silencios en la música son tan importantes como los sonidos. En este caso, los silencios contaban mucho de la historia por venir.

Esta noche, las bombas estaban cayendo del otro lado del río como si fuera lluvia… una imponente sinfonía con demasiadas notas. Esas bombas estarían cayendo cerca del Instituto, cerca del Hospital St. Bart donde Tessa trabajaba. El temor por ella corría por las venas de Zachariah, frío como el río que serpenteaba por la ciudad. En esos días vacíos desde la muerte de Will, las emociones eran un raro evento para él, pero cuando pensaba en Tessa, estas sensaciones estaban a flor de piel.

—Esta es una mala noche —dijo una hada de piel plateada con escamas, que vendía sapos de juguete encantados. Saltaban en su mesa, sacando lenguas doradas—. ¿Quieres un sapo?

Señaló uno de sus sapos de juguete. Se volvió azul, luego rojo, luego verde, dió una vuelta hacia atrás, antes de volverse de piedra. Después saltó hacia delante mientras cambiaba de nuevo a su forma de sapo y luego el ciclo siguió.

No, gracias, le respondió Zachariah.

Se dió la vuelta para seguir su camino, pero la mujer volvió a hablar.

—Él está esperándote —dijo ella.

¿Quién es él*?*

—Con el qué has venido a hablar.

Durante meses, había estado siguiendo a una serie de contactos en el mundo de las hadas, tratando de encontrar a los Herondale perdidos de los que se había se había enterado en el Mercado de las Sombras y el carnaval de Tennessee. No había venido para reunirse con nadie en particular esta noche… se encontraba con sus contactos solo cuando tenían información. Pero alguien estaba aquí para reunirse con él.

Gracias, dijo educadamente. *¿Dónde es que nos encontraremos?*

—El Patio del Rey —dijo sonriendo ampliamente. Su dientes eran pequeños y puntiagudos.

El Hermano Zachariah asintió. El Patio del Rey era un callejón en forma de herradura que acababa en la calle Borough High. Se entraba a través de un arco entre los edificios. Mientras se iba acercando, escuchó el sonido de los aviones por encima de su cabeza y después el silbido de un cargamento explosivo siendo liberado.

No había nada que hacer más que continuar. Zachariah pasó debajo del arco y se detuvo.

Estoy aquí, le dijo a la oscuridad.

—Cazador de sombras —dijo una voz.

Desde la esquina del final del patio, una silueta apareció. Era un hada y claramente una de las Cortes. Era extremadamente alto, casi de apariencia humana excepto por sus alas, las cuales eran café y blanco y se abrían ampliamente, casi tocando las paredes opuestas.

Entiendo que deseas hablar conmigo, dijo el Hermano Zachariah cortésmente.

El hada se acercó y Zachariah pudo ver una máscara de cobre con la forma de un halcón cubriendo la parte superior de su rostro.

—Has estado interfiriendo —dijo el hada.

¿En qué, precisamente?, preguntó Zachariah. Él no se movió, pero el agarre en su báculo se hizo más fuerte.

—En cosas que no te conciernen.

He estado investigando sobre una familia de cazadores de sombras perdida. Eso debe ser algo que realmente me concierne.

—Vas con mis hermanos. Le preguntas a videntes.

Era cierto. Desde su encuentro con Belial en el carnaval en Tennessee, el Hermano Zachariah había estado siguiendo varias pistas en Feéra. Después de todo, había visto un descendiente Herondale con un hada de esposa y un hijo. Habían huído tan pronto como los reconoció, pero no había sido él a quien le temían. Cualquiera que fuera el peligro que amenazaba a los Herondale perdidos, Zachariah había averiguado que provenía de Feéra.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó el hada, parándose frente a él.

Te sugeriría que no te acercaras más.

—No tienes idea de lo peligroso que es lo que estás buscando. Este es un asunto de Feéra. Deja de entrometerte en lo que afecta a nuestras tierras y deja a nuestras tierras en paz.

Te repito, dijo Zachariah tranquilamente, aunque ahora su agarre en el báculo era firme. *Yo pregunto por cazadores de sombras. Eso es algo que me concierne.*

—Entonces hazlo bajo tu propio riesgo.

Una espada brilló en la mano del hada. La blandió hacia Zachariah, quien se movió en seguida, cayendo al suelo y levantándose junto al hada, golpeando su brazo y dejando caer la espada.

El silbido de las bombas se había detenido. Eso significaba que estaban justo por encima.

Entonces, cayeron. Tres de ellas aterrizaron con un sonido metálico y seco sobre las piedras al inicio del patio y comenzaron a soltar sus llamas fosforescentes. Esto distrajo al hada por solo un momento y Zachariah tomó la oportunidad para correr al otro lado de la curva y salir al exterior. Él no tenía deseos de continuar esta pelea, o causar problemas entre los Hermanos Silenciosos y las hadas. Zachariah no tenía idea de por qué las hadas se habían vuelto tan violentas. Con suerte, él sólo regresaría de donde había venido. Zachariah se deslizó por la calle Borough High, esquivando los cilindros que caían. Pero apenas había comenzado su huída cuando el hada estuvo detrás de él. Zachariah se dio vuelta, su báculo preparado.

No tengo que pelear contigo. Vayámonos por caminos separados.

Debajo de la máscara de halcón, los dientes del hada estaban apretados. Él atacó con su espada, rasgando el aire frente al Hermano Zachariah, cortando su capa. Zachariah saltó y giró, su báculo dando vueltas a través del aire para golpear contra la espada. Mientras luchaban, los contenedores aterrizaban cada vez más cerca, tosiendo fuego. Ninguno de los dos retrocedió.

El Hermano Zachariah tuvo cuidado de no herir al hada, solo de bloquear sus ataques. Su propósito debía mantenerse en secreto, pero el hada estaba atacando con creciente fuerza. Atacó con su espada con movimiento hacia arriba, queriendo cortarle la garganta a Zachariah… y Zachariah la apartó con sus manos, haciendo que volara pasando el camino.

Terminemos con esto. Llámalo el fin de una pelea justa. Vete de aquí.

El hada estaba sin aliento. Sangre chorreaba de una herida en su sien.

—Como desees —dijo—. Pero toma en cuenta mi advertencia.

Se giró para irse. El Hermano Zachariah perdió el agarre en su báculo por un momento. El hada se dio vuelta, con una pequeña daga en su mano, la blandió hacia el corazón de Zachariah. Con la velocidad de un Hermano Silencioso se apartó, pero no pudo moverse lo suficientemente rápido. La daga se hundió en lo profundo de su hombro y salió del otro lado.

El dolor. La herida comenzó a arder inmediatamente como si fuera ácido disolviéndose en la piel de Zachariah. Dolor y entumecimiento corrieron por su brazo, causando que soltara su báculo. Retrocedió y el hada sacó su espada y avanzó hacia él.

—Has interferido con las hadas por última vez, Gregori[19] —dijo—. Nuestra gente es nuestra gente y nuestros enemigos, son nuestros enemigos. ¡Ellos nunca serán tuyos!

Las incendiarias ahora aterrizaron alrededor de ellos, golpeando fuertemente contra el pavimento y el guijarro, destellando luz y absorbiendo en llamas a los edificios. Zachariah trató de alejarse, pero su fuerza se estaba desvaneciendo. No podía correr… solo podía tambalearse como si estuviera ebrio. Esta no era una herida normal. Había veneno inundando su cuerpo. El hada había venido a él y él no saldría de ésta.

No. No sin ver a Tessa una vez más.

Miró hacia abajo y vio una de las incendiarias que había caído del cielo. Esa no había detonado.

El Hermano Zachariah usó lo último de su fuerza para girar, balanceándose con el contenedor. Pequeñas bombas aún estaban cayendo. Algunas más aterrizaron cerca. El contenedor voló por el aire y aterrizó en el pecho del hada. Se hizo pedazos y el hada gritó mientras el hierro que contenía era liberado. Zachariah cayó de rodillas mientras las llamas de hierro se quemaban.

* * *

El hospital estaba retumbando.

En St. Bart, los pisos superiores del hospital eran considerados demasiado inseguros para ser usados. Toda la actividad estaba en la planta baja y en el sótano, donde los doctores y las enfermeras corrían a atender a los heridos y enfermos. A los bomberos los

[19] N.T. Gregori o Grigori significa Observador o Vigilante en algunas lenguas.

llevaban adentro, su piel cubierta de hollín, respirando con dificultad. Habían heridas de los ataques: las quemaduras, los derrumbes, las personas cortadas por las explosiones de los cristales o golpeados por los escombros. Además, todos los negocios normales de Londres continuaron: la gente continuaba teniendo bebés y se enfermaban y tenían accidentes normales. Pero la guerra multiplicó los incidentes. La gente se desplomaba o chocaba en la negrura. Había paros cardíacos cuando las bombas caían. Había tantas personas que necesitaban ayuda.

Desde el momento en que llegaron, Catarina y Tessa corrieron desde un extremo del hospital al otro, atendiendo a los heridos mientras entraban, buscando provisiones, llevando cuencos de agua ensangrentados, envolviendo y quitando vendas. Siendo una cazadora de sombras, Tessa podía hacer frente fácilmente a algunos de los aspectos más espeluznantes del trabajo, como el hecho de que no importaba cuánto habías tratado de mantener limpio tu delantal, pues estarías cubierto de sangre y mugre en cuestión de minutos. Y nunca se quitaría por más que lo laves. Tan pronto como limpiabas tus brazos, otro paciente venía y tu piel se cubría nuevamente. A pesar de todo, las enfermeras se esforzaban por mantener un aire de tranquila competencia. Te movías rápidamente, pero nunca apresuradamente. Hablabas en voz alta cuando necesitabas asistencia, pero nunca gritabas.

Tessa estaba posicionada junto a la puerta, dirigiendo a los asistentes mientras traían a una docena de nuevos pacientes. Estaban trayendo grupos de bomberos ahora, algunos caminando heridos, otros en camillas.

—Por allí —dijo Tessa mientras los asistentes cargaban a víctimas de quemaduras—. Con la Hermana Loss.

—Tengo uno que necesita tu ayuda, hermana —dijo el asistente, colocando una camilla con una figura envuelta en una manta gris.

—Voy —dijo Tessa. Corrió a la camilla y se inclinó. La manta fue tirada parcialmente sobre la cara del hombre.

—Estás bien —dijo Tessa, tirando de la manta—. Estás bien ahora. Estás en el hospital. Estás aquí en St. Bart…

Tardó un momento en darse cuenta de lo que estaba viendo. Las marcas en su piel no eran todas heridas. Y su rostro, aunque cubierto de hollín y cubierto de sangre, le resultaba más familiar que el suyo.

Tessa, dijo Jem, el eco en lo más profundo de su cabeza como el recuerdo de una campana sonando.

Luego se quedó sin fuerzas.

—¡Jem! —No podía ser. Ella agarró su mano, esperando que estuviera soñando… que la guerra había alterado por completo su sentido de la realidad. Pero la delgada y cicatrizada mano en la de ella le era familiar, incluso flácida y sin fuerza. Este era Jem, su Jem, vestido con la túnica de color hueso de un Hermano Silencioso, las marcas en su cuello palpitaban tanto como su corazón bombeaba furiosamente. Su piel ardía bajo sus dedos.

—Está mal —dijo el asistente—. Iré a buscar al doctor.

—No —dijo Tessa rápidamente—. Déjalo conmigo.

Jem traía un glamour, pero no podía ser examinado. Ningún médico mundano podría hacer algo con sus heridas, y se sorprenderían de sus runas, sus cicatrices, incluso su sangre.

Ella arrancó la túnica de pergamino. Tardó solo un momento en encontrar la fuente del trauma, una herida masiva que entraba limpiamente en su hombro. La herida era negra con un borde plateado, y su túnica estaba saturada de sangre hasta la cintura. Tessa escaneó el pasillo. Había tanta gente que no pudo ver a Catarina de inmediato. No podía gritar.

—Jem —le dijo al oído—. Estoy aquí. Traeré ayuda.

Se puso de pie, con toda la calma que pudo y rápidamente se abrió paso entre el caos de la sala, con el corazón latiendo tan rápido que parecía que podría llegar a su garganta y después por la boca. Encontró a Catarina trabajando en el hombre quemado, sus manos sobre sus heridas. Solo Tessa podía ver el resplandor blanco como la nieve que emanaba de atrás de la manta mientras trabajaba.

—Hermana Loss —dijo, intentando controlar su voz—. Te necesito de inmediato.

—Solo un momento —dijo Catarina.

—Esto no puede esperar.

Catarina miró sobre su hombro. Entonces el resplandor se detuvo.

—Deberías sentirte mejor en un momento —le dijo al hombre—. Una de las otras hermanas habrá terminado muy pronto.

—Ya me siento mucho mejor —dijo el hombre, sintiendo su brazo de maravilla.

Tessa apresuró a Catarina hacia Jem. Catarina, viendo la tensa expresión de Tessa, no hizo ninguna pregunta; solo se inclinó y desdobló la manta.

Miró a Tessa.

—¿Un cazador de sombras? —dijo Catarina en voz baja—. ¿Aquí?

—Rápido —dijo Tessa—. Ayúdame a moverlo.

Tessa tomó la esquina de la camilla y Catarina el otro lado, y movieron a Jem hacia el pasillo. Hubo otra explosión, más cercana. El edificio vibró por el impacto. Las luces se balancearon y se apagaron por un segundo, causando llantos de miedo y confusión. Tessa se congeló en su lugar, asegurándose de que el techo no estaba a punto de caerse e iba a enterrarlos a todos. Después de un momento, las luces regresaron y el movimiento continuó.

—Vamos —dijo Tessa.

Había una pequeña habitación al final del pasillo que era usado para las pausas de té y descansos de las enfermeras, o cuando no podían regresar a casa por los bombardeos. Llevaron la camilla de Jem con gentileza al catre vacío del lado de la habitación. Jem estaba silenciosamente recostado, sus rasgos impasibles, su respiración entrecortada. El color se estaba drenando de su piel.

—Sostén la luz —dijo Catarina—. Necesito examinar esto.

Tassa sacó una luz mágica de su bolsillo. Era más segura y más confiable, pero solo podía usarla en privado. Catarina tomó un par de tijeras y cortó la ropa alrededor de la túnica para exponer la herida. Las venas del pecho de Jem y su brazo se habían tornado negras.

—¿Qué es eso? —dijo Tessa, su voz temblando—. Se ve muy mal.

—No había visto esto en mucho tiempo —dijo Catarina—. Creo que es cataplasma.

—¿Qué es eso?

—Nada bueno —dijo Catarina—. Sé paciente.

Debe estar loca, pensó Tessa. ¿Ser paciente? ¿Cómo podría ser paciente? Este era Jem, no un paciente sin nombre debajo de una sábana gris.

Pero cada paciente sin nombre era preciado para alguien. Se forzó a sí misma a respirar más profundo.

—Toma su mano —dijo Catarina—. Funcionará mejor si tú lo haces. Piensa en él, quién es él para ti. Dale tu fuerza.

Tessa había practicado con una poca cantidad de magia de brujos antes, aunque no era una experta. Mientras Catarina observaba, Tessa tomó la esbelta mano de Jem entre la suya. Dobló sus dedos alrededor de los suyos, sus dedos de violinista, recordando el cuidado que tenía cuando tocaba. El tiempo en que él había compuesto para ella. Su voz resonó en su corazón.

La gente todavía usa la expresión «zhi yin» *para referirse a «amigos cercanos» o «almas gemelas», pero lo que realmente significa es «entender la música». Cuando tocaba, veías lo que yo veía. Tú entiendes mi música.*

Tessa olió azúcar quemada. Sintió los labios calientes de Jem contra los de ella, la alfombra debajo de ellos, sus brazos sosteniéndola contra su corazón.

Oh, mi Jem.

Su cuerpo se estrelló contra la camilla, arqueando la espalda. Él jadeó y el sonido envió un choque a través de Tessa. Jem había estado en silencio mucho tiempo.

—¿Puedes oírnos? —preguntó Catarina.

Yo… puedo, vino la respuesta vacilante en la mente de Tessa.

—Necesitas a los Hermanos Silenciosos —dijo Catarina.

No puedo ir con mis Hermanos así.

—Si no vas con ellos, morirás —dijo Catarina.

Las palabras llegaron a Tessa como un golpe.

No me es posible ir a la Ciudad de Hueso de esta manera. Vine aquí esperando me que pudieras ayudar.

—Este no es momento para el orgullo —dijo Catarina con severidad.

No es orgullo, dijo Jem. Tessa sabía que esta era la verdad; él era la persona menos orgullosa que había conocido.

—¡Jem! —suplicó Tessa—. ¡Tienes que ir!

—¿Este es James Carstairs? —preguntó Catarina.

Por supuesto, Catarina sabía el nombre del *parabatai* de Will Herondale, aunque nunca lo había conocido. Ella no entendía todo lo que había pasado entre Tessa y Jem. Ella no sabía que habían estado comprometidos. Que antes de que hubiera un Tessa y Will, hubo un Tessa y Jem. Tessa no hablaba de estas cosas debido a Will, y luego debido a la ausencia de Will.

He venido aquí porque es el único lugar donde puedo ir, dijo Jem. *Decir la verdad a los Hermanos sería poner en peligro otra vida además de la mía. Y no lo haré.*

Tessa miró a Catarina con desesperación.

—Lo dice en serio —dijo ella—. Nunca buscará ayuda si eso significa que alguien más será herido. Catarina… no puede morir. Él *no puede morir*.

Catarina inhaló profundamente y abrió un poco la puerta para mirar hacia el pasillo.

—Tendremos que llevarlo de vuelta al apartamento —dijo—. No puedo trabajar en él aquí. No tengo lo que necesito. Trae nuestras capas. Tendremos que movernos rápidamente.

Tessa agarró la camilla de Jem. Ella entendía las complicaciones involucradas. Eran enfermeras a cargo de muchas personas enfermas que acudirían durante el ataque. La ciudad estaba siendo bombardeada. Estaba en llamas. Llegar a casa no era un asunto sencillo.

Pero era lo que iban a hacer.

* * *

La ciudad en la que se adentraron no era la misma que había sido tan solo una hora antes. El aire era tan caliente que respirarlo quemaba los pulmones. Un alto muro anaranjado saltaba por encima de los edificios a su alrededor y la silueta de St. Paul destacaba con intenso alivio. La escena era terrorífica y casi hermosa al mismo tiempo, como la imagen de un sueño de Blake, un poeta que su hijo James siempre había amado.

¿Con qué alas osó elevarse? ¿Y qué mano osó tomar ese fuego?[20]

[20] N.T. Poema El Tigre, William Blake

Pero no había tiempo para pensar en cosas como Londres quemándose. Había dos ambulancias justo afuera en la calle. Junto a una, un conductor estaba fumando un cigarro y hablando con un bombero.

—¡Charlie! —lo llamó Catarina.

El hombre tiró el cigarrillo a un lado y vino corriendo.

—Necesitamos tu ayuda —dijo—. Este hombre tiene una infección. No podemos mantenerlo aquí en la sala.

—¿Necesita que lo lleve a St. Thomas, hermana? El camino será duro. Tenemos incendios en casi todas las calles.

—No podemos llegar tan lejos —dijo Catarina—. Tendremos que moverlo rápido. Nuestro departamento está en la calle Farrington. Eso servirá por ahora.

—Esta bien, hermana. Llevémoslo a la ambulancia.

Abrió la parte trasera y las ayudó a meter a Jem.

—Volveré en un momento —les dijo Catarina—. Solo necesito traer unos cuantos suministros.

Corrió de vuelta al hospital. Tessa trepó en la parte trasera con Jem y Charlie entró en el asiento del conductor.

—Usualmente no llevo pacientes a los departamentos de las enfermeras —dijo Charlie —, pero las necesidades son primero cuando el diablo conduce. La hermana Loss siempre cuida de ellos. Cuando mi Mabel estaba teniendo a nuestro segundo hijo, tuvo una terrible racha. Pensé que perderíamos a ambos. La hermana Loss, bendita sea. Salvó a ambos. No habría tenido a Mabel o a mi Eddie sin ella. Cualquier cosa que ella necesite.

Tessa había escuchado muchas historias como esa. Catarina era una bruja y una enfermera mundana con cientos de años de experiencia al mismo tiempo. Había servido en la última Gran Guerra. Antiguos soldados siempre venían a ella y decían que era «la viva imagen de aquella enfermera que me salvó la última vez». Pero claro, eso no podía ser. Eso fue veinte años atrás y Cataria seguía siendo muy joven. Catarina destacaba por su piel oscura. No veían a una mujer de piel azul con cabello blanco, veían a una enfermera del este de las Indias. Había enfrentado considerables prejuicios, pero era claro que no solo Catarina era una buena enfermera, era la *mejor* enfermera de todo Londres. Cualquiera que tenía a Catarina como su enfermera era considerado afortunado. Incluso el entusiasta más miserable deseaba vivir y Catarina cuidaba de todos los que venían a ella con imparcialidad. No podía salvarlos a todos, pero siempre había unos pocos, al

menos uno por día, quienes sobrevivían de algo de lo que podían fallecer porque la hermana Loss era quien estuvo a su lado. Algunos la llamaban el Ángel de St. Bart.

Jem se movió y ligeramente soltó un quejido.

—No te preocupes, amigo —le dijo Charlie—. Las mejores enfermeras en la ciudad están en este lote. No podrías estar en mejores manos.

Jem trató de sonreír, pero tosió en su lugar, una terrible y burbujeante tos que vino con un goteo de sangre del lado de su boca. Tessa lo limpió de inmediato con la esquina de su capa y se acercó a él.

—Resiste, James Carstairs —dijo, tratando de sonar valiente. Ella tomó la mano de él entre las suyas. Había olvidado lo maravilloso que era sostener la mano de Jem, sus grandes y gentiles manos, aquellas que podían producir música tan hermosa de un violín.

—Jem —susurró, inclinándose—. Debes resistir. Debes hacerlo. Will te necesita. Yo te necesito.

La mano de Jem se cerró con fuerza entre la suya.

Catarina vino corriendo del hospital cargando una pequeña bolsa de lona. Brincó dentro de la parte trasera de la ambulancia, cerrando las puertas detrás de ella y haciendo que Tessa volviera al presente.

—Vamos, Charlie —dijo ella.

Charlie dio marcha con la ambulancia y comenzaron a avanzar.

Por encima de ellos, el zumbido del Luftwaffe regresó, como el zumbido de un ejército de abejas. Catarina se movió inmediatamente junto a Jem y le pasó a Tessa unas vendas para desenvolver.

La ambulancia vibró y Jem se sacudió en su camilla. Tessa se inclinó encima de él para mantenerlo en su lugar.

—Catarina —dijo Tessa—, dijiste que esto era cataplasma. ¿Qué significa?

—Es un raro concentrado de belladona con veneno demoníaco agregado —dijo Catarina en voz baja—. Hasta que obtenga el antídoto necesitamos evitar que se desangre, o al menos reducirla. Vamos a atar algunos torniquetes, hay que empezar a detener el flujo de sangre.

Eso sonaba increíblemente peligroso. Si ataban los miembros, podían arriesgarse a perderlos. Pero Catarina sabía lo que estaba haciendo.

—Esto no será cómodo —dijo Catarina, desenvolviendo un vendaje—, pero ayudará. Sosténlo.

Tessa presionó su cuerpo un poco más contra el de Jem mientras Catarina envolvía el vendaje alrededor del brazo y hombro herido. Hizo un nudo, luego tomó las esquinas del vendaje y las unió. Jem se arqueó contra el pecho de Tessa.

—Estás bien, Jem —dijo—. Estás bien. Estamos aquí. Estoy aquí. Soy yo. Tessa. Soy yo.

Tessa, dijo él. La palabra vino como una pregunta. Se retorció cuando Catarina envolvió la herida con fuerza alrededor del hombro y brazo. Un mundano no hubiera sido capaz de resistirlo; Jem apenas era capaz. Sudor cubrió todo su rostro.

—Va a ser difícil, hermanas —les dijo Charlie—. Los bastardos están tratando de quemar St. Paul. Voy a tener que ir por el camino largo. Hay incendios por todas partes.

Charlie no exageraba. Frente a ellos había una sólida vista anaranjada contra siluetas negras de edificios quemándose. Los incendios eran demasiado altos que era como si hubiera un sol levantándose sobre la tierra, arrancando el día del suelo. Mientras conducían, era como si fueran estampados en un sólido muro de calor. El viento había aumentado y ahora el fuego se estaba enfrentando al fuego, creando paredes en lugar de huecos. El aire resplandeció y se consumió. Varias veces giraron por calles que ya no parecían estar ahí.

—Este camino tampoco es bueno —dijo Charlie, girando la ambulancia otra vez—. Tendré que tratar por otro camino.

Luego vinieron los agudos zumbidos en el aire. Esta vez, el tono era diferente. Esas no eran bombas incendiarias… esos eran grandes explosivos. Después de los incendios, la idea era matar. Charlie detuvo la ambulancia y alzó su cabeza para mirar dónde era posible que la bomba fuera a aterrizar. Todos se congelaron, escuchando el zumbido ir apagándose. El silencio significaba que la bomba estaba a menos de treinta metros sobre ti y venía con rapidez.

Fue un largo momento. Luego llegó. El impacto fue al final del otro lado de la calle, enviando la ola del impacto por el camino y una lluvia de escombros por el aire. Charlie siguió avanzando.

—Bastardos —dijo por debajo—. Malditos bastardos. ¿Están bien, hermanas?

—Estamos bien —dijo Catarina. Tenía ambas manos en el hombro de Jem y había un leve destello azul rodeando los vendajes. Estaba reteniendo, lo que fuera que estuviera pasando por el cuerpo de Jem.

Habían logrado dar otro giro cuando hubo otro zumbido y otro silencio. Se detuvieron otra vez. Esta vez el impacto fue a su derecha, abajo en la esquina. La ambulancia se sacudió cuando la esquina de un edificio estalló. El suelo tembló. Charlie giró la ambulancia lejos de él.

—No pasaremos por este camino —dijo—. Trataré por Shoe Lane.

La ambulancia giró una vez más. En la camilla, Jem había dejado de moverse. Tessa no podía decir si el pulsante calor venía del aire o del cuerpo de Jem. Había fuego en ambos lados de la calle, pero el camino se veía casi despejado para atravesarlo. Habían dos bomberos en el camino, lanzando agua hacia un almacén en llamas. De repente, hubo un crujiente sonido. El fuego comenzó a arquearse sobre el camino.

—¡Maldita sea! —dijo Charlie—. Sosténganse con fuerza, hermanas.

La ambulancia marchó en reversa y comenzó a acelerar hacia atrás hacia el callejón. Tessa escuchó el crujiente chillante sonido —extraño, casi alegre—, de un gran campaneo. Entonces, de repente, los ladrillos del edificio explotaron y el edificio se derrumbó en una masa de fuego y escombros, las llamas estallaron en un poderoso rugido. Los hombres con la manguera se desvanecieron.

—Dios santísimo —dijo Charlie, haciendo rechinar la ambulancia hasta detenerse. Salió del asiento del conductor y comenzó a correr hacia los hombres, dos de los cuales tropezaron lejos de las llamas. Catarina miró hacia afuera por el parabrisas.

—Esos hombres —dijo ella—. El edificio se derrumbó en ellos.

Debes ayudarlos, dijo Jem.

Catarina miró entre Jem y Tessa por un momento. Tessa se sintió llena de una insoportable ansiedad. Tenía que llevar a Jem a salvo, y aún así, en frente de ellas, hombres estaban siendo consumidos por las llamas.

—Seré rápida —dijo Catarina y Tessa asintió.

Solos en la ambulancia, Tessa miró hacia Jem.

Si te necesitan, entonces debes ir, dijo Jem.

—Necesitan a Catarina —dijo Tessa—. Tú me necesitas y yo te necesito. No te dejaré. No importa lo que suceda, no te dejaré.

La ambulancia se estaba calentando como un horno, atrapada como estaba entre múltiples incendios. No había agua para refrescar la frente de Jem, así que Tessa la limpió y abanicó con su mano.

Después de un minuto, Catarina abrió la parte trasera de la ambulancia. Estaba cubierta de agua y hollín.

—Hice lo que pude —dijo—. Por ahora vivirán, mientras lleguen al hospital. Charlie tendrá que llevarse la ambulancia.

Sus ojos reflejaron su dolor.

Sí, dijo Jem. De alguna forma había encontrado la suficiente fuerza para levantarse sobre sus codos. *Deben llevarlos a un lugar seguro. Soy un cazador de sombras. Soy más fuerte que esos hombres.*

Él siempre había sido fuerte. No era porque fuera un cazador de sombras. Era porque tenía una voluntad tan feroz como la luz de las estrellas, quemándose en la oscuridad y negándose a extinguirse.

Charlie trajo a los bomberos heridos, cargando a uno sobre su hombro.

—¿Estarán bien, hermanas? —dijo él—. ¿Pueden volver conmigo?

—No —dijo Catarina, trepando dentro para ayudar a Tessa a poner a Jem sobre sus pies.

Tessa se posicionó debajo del hombro herido de Jem. Él se contrajo por el movimiento. Era claro que Jem en realidad no podía caminar pero había decidido que lo haría de todas formas. Puso su cuerpo en una posición de pie por pura voluntad. Catarina se apresuró a apoyarse de un lado y Tessa tomó el otro, dando su entera fuerza para aguantarlo completamente. Era extraño, sentir el cuerpo de Jem contra el de ella después de tanto tiempo. Salieron del camino y volvieron a la calle.

Hermosa noche para dar un paseo, dijo Jem, claramente tratando de animarla. Estaba sudando por completo y ya no podía sostener su cabeza. Sus piernas se habían vuelto flácidas. Era como una marioneta con las cuerdas sueltas.

Todos los edificios a su alrededor también estaban incendiándose, pero el fuego aún se contenía dentro. Tessa estaba cubierta de sudor y la temperatura los estaba cocinando. El aire estaba lleno de calor y cada bocanada de aire escocía por su garganta. Se sentía como cuando aprendió a cambiar por primera vez: el exquisito y extraño dolor.

La calle se estaba reduciendo al punto donde apenas podían caminar los tres al lado del otro. Los lados de Catarina y Tessa raspaban con lo caliente de las paredes. Los pies de Jem ahora se arrastraban en el suelo, ya sin ser capaces de dar otro paso. Cuando salieron por la calle Fleet, Tessa inhaló el aire relativamente fresco. El sudor en su rostro se enfrió por un momento.

—Vamos —dijo Catarina, guiandolos a un banco—. Dejémoslo descansar por un momento.

Recostaron a Jem en el banco vacío cuidadosamente. Su piel estaba resbaladiza por el sudor. La herida había empapado a través de su túnica. Catarina abrió la camisa para exponer su pecho y enfriarlo, y Tessa pudo ver las runas de los Hermanos Silenciosos en su piel y sus venas palpitando en su garganta.

—No sé qué tan lejos podremos llegar con él en ese estado —dijo Catarina—. El esfuerzo es demasiado.

Una vez en el banco, las extremidades de Jem comenzaron a tirar y contraerse como si el veneno se moviera a través de su cuerpo una vez más. Catarina se puso a trabajar en él de nuevo, poniendo sus manos en la herida. Tessa escudriño la carretera. Divisó una larga sombra viniendo en su dirección, con dos luces tenues como ojos con los párpados pesados.

Un autobús. Un gran autobús rojo londinense de dos pisos estaba haciendo su camino a través de la noche, porque nada detenía a los autobuses londinenses, ni siquiera una guerra. No estaban en una parada, pero Tessa saltó a la carretera y le hizo señas. El conductor abrió la puerta y habló.

—¿Están bien, hermanas? —dijo—. Su amigo, él no se ve muy bien.

—Está herido —dijo Catarina.

—Entonces deben entrar, hermanas —dijo el conductor, cerrando la puerta, después de entrar arrastrando a Jem entre ellas—. Tienen la mejor ambulancia privada de Londres a su servicio. ¿Quieren ir a St. Bart?

—Venimos de ahí. Está lleno. Lo estamos llevando a casa para cuidar de él y necesitamos hacerlo rápido.

—Entonces denme la dirección y allí es a donde iremos.

Catarina gritó la dirección por encima del sonido de otra explosión ligeramente más lejana y llevaron a Jem a un asiento. Fue instantáneamente claro que él no sería capaz de sostenerse por sí solo para sentarse, ya que estaba demasiado cansado por el esfuerzo de tratar de caminar. Lo acostaron en el amplio suelo del autobús y se sentaron junto a él a cada lado.

Solo en Londres, dijo Jem, sonriendo débilmente, *un autobús seguiría haciendo sus rondas durante un bombardeo masivo.*

—Mantén la calma y sigamos avanzando[21] —dijo Catarina, sintiendo el pulso de Jem —. Ahí está. Llegaremos al departamento en un instante.

Tessa podía decir por la forma en que Catarina estaba poniendo más y más alegría en el tono de su voz, que las cosas se estaban poniendo peor con rapidez.

El autobús no podía ir a tan rápida velocidad, seguía siendo un autobús londinense en la oscura noche durante un ataque aéreo, pero iba más rápido que cualquier bus con el que ella se hubiera tropezado. Tessa no tenía ilusiones sobre la seguridad del autobús. Había visto uno de estos volteados completamente después de un choque, recostados en la carretera como un elefante sobre su espalda. Pero se estaban moviendo y Jem estaba acostado en el suelo, sus ojos cerrados. Tessa miró los anuncios en las paredes, imágenes felices de gente usando salsa Bisto junto a pósters diciéndole a la gente que sacara a sus hijos de Londres por seguridad.

Londres no se rendiría y Tessa tampoco lo haría.

* * *

Tuvieron otro momento de buena suerte de regreso en el piso. Tessa y Catarina vivían arriba de una casa pequeña. Parecía que sus vecinos se habían trasladado a los refugios, por lo que no había nadie en la casa para verlas llevando un hombre ensangrentado por las escaleras.

—El baño —dijo Catarina mientras posaban a Jem en el oscuro pasillo—. Llena la tina de agua. Bastante. Fría. Buscaré mis cosas.

Tessa corrió al baño en el salón, rogando que el agua no hubiese sido interrumpida por el bombardeo. Se alivió cuando el agua fluyó de la llave. Solo se les permitía llenar quince centímetros de agua en el baño, impuestas por una línea dentro de la tina. Tessa ignoró esto. Abrió la ventana. Llegaba aire frío desde la dirección contraria al fuego. Se apresuró al salón. Catarina le había quitado la túnica a Jem, dejando desnudo su pecho. Había quitado sus vendas y la herida estaba expuesta, con las negras marcas siguiendo a lo largo de sus venas nuevamente.

---

[21] N.T En el original *Keep Calm and Carry On,* es un póster producido por el gobierno del Reino Unido en 1939, al inicio de la Segunda Guerra Mundial, con el objetivo de subir la moral de los ciudadanos bajo amenaza de una invasión inminente. Afortunadamente nunca fue usado de manera pública.

—Sostenlo por el otro lado —dijo Catarina. Juntas levantaron a Jem. Era peso muerto mientras lo llevaban por el salón y cuidadosamente lo introdujeron en la tina. Catarina lo posicionó de tal manera que su brazo y hombro heridos colgaban hacia un lado, entonces buscó en el bolsillo de su delantal dos viales. Vació el contenido de uno en el agua, tiñendola de un claro azul. Tessa sabía que no debía preguntar si él sobreviviría. Él lo lograría, porque ellas iban a asegurarse de ello. Y tampoco se hace esa clase de preguntas cuando se está preocupado de la respuesta.

—Sigue pasándole la esponja —dijo Catarina—. Necesitamos mantenerlo frío.

Tessa se arrodilló y mojó la esponja, para pasar el agua azulada por la cabeza y el pecho de Jem. Emanaba un olor que era como una extraña combinación entre azufre y jazmín, y parecía bajarle la temperatura. Catarina frotó el contenido del otro vial en sus manos y empezó a tratar la herida, su brazo y su pecho, masajeando la negrura que se esparcía de regreso a la apertura. La cabeza de Jem colgaba hacia atrás y su respiración era desigual. Tessa limpió su frente mientras lo tranquilizaba.

Hicieron esto por una hora. Tessa pronto olvidó el sonido de las bombas en el exterior, el humo y los ardientes escombros que entraron. Todo era el movimiento del agua y la esponja, la piel de Jem, su rostro retorciéndose de dolor para luego quedarse quieto y flojo. Catarina y Tessa estaban empapadas, y el agua se acumulaba en el piso a su alrededor.

Will, dijo Jem y la voz en la cabeza de Tessa estaba perdida pero también buscando. *Will, ¿eres tú?*

Tessa luchó contra el tumulto en su garganta cuando Jem le sonrió a la nada. Si él veía a Will, debía dejarlo ver a Will. Tal vez Will estaba aquí, después de todo, vino a ayudar a su *parabatai*.

Will, pensó Tessa, *si estás aquí, debes ayudar. No puedo perderlo a él también, Will. Juntos lo salvaremos.*

Quizás lo imaginó, pero Tessa sintió algo guiando su brazo mientras trabajaba. Era más fuerte ahora.

Jem se tambaleó de repente en el agua y se salió a medias de la tina, con su espalda arqueada en una forma que no debería ser posible y llevando su cabeza hacia abajo.

—Sostenlo —dijo Catarina—. ¡No dejes que se haga daño! ¡Esta es la peor parte!

Juntas, y con aquella fuerza que ayudaba a Tessa, sostuvieron a Jem mientras se retorcía. Estaba mojado, así que rodearon sus extremidades para evitar que se golpeara o impactara su cabeza contra las baldosas. Hizo que Catarina perdiera el equilibro, y cayó

al piso, golpeando su cabeza contra la pared, pero volvió y envolvió con sus brazos el pecho de Jem nuevamente. Los gritos de Jem se mezclaron con el caos de la noche, el agua salpicó y el humo entró. Jem rogó por *yin fen*. Pateó tan fuerte que Tessa fue arrojada contra el lavabo.

Entonces, de repente, dejó de moverse completamente y se derrumbó en la tina. Se veía sin vida. Tessa gateó a través del piso mojado y lo sostuvo.

—¿Jem? Catarina…

—Está vivo —dijo Catarina, su pecho elevándose mientras contenía el aliento. Tenía sus dedos en su muñeca—. Hemos hecho todo lo que pudimos. Llevémoslo a la cama. Lo sabremos pronto.

* * *

La alarma «Todo libre» [22] timbró sobre todo Londres poco después de las once, pero no había nada seguro o sin daños. La Luftwaffe tal vez había regresado a casa, y las bombas habían dejado de caer por unas horas, pero los fuegos solo estaban creciendo. El viento les daba más fuerza y los esparcía por la ciudad. El aire apestaba a hollín y a escombros quemándose, haciendo que Londres brillara.

Habían pasado a Jem a la habitación pequeña. Y habían tenido que quitarle el resto de su ropa mojada. Tessa había vestido y desvestido a un sin número de hombres en su trabajo, y Jem era un Hermano Silencioso, para quien la intimidad era imposible. Tal vez podría haberlo hecho con una calma profesional, pero le era imposible actuar de enfermera para Jem.

Se había imaginado en una ocasión, que ambos se verían uno al otro, desnudos en su noche de bodas. Esto era demasiado íntimo y extraño… no era como Jem quería que Tessa lo viera, no por primera vez, en el estado en el que se encontraba. Por lo que dejo que Catarina, la enfermera, quien se encargó de eso rápidamente y lo secó. Lo pusieron en la cama y lo cubrieron con todas las sábanas que había en el departamento. Su ropa se secó con facilidad: colgaban de una de las ventanas meciéndose con el viento caliente de los incendios. Después Catarina se fue a la sala de estar, dejando a Tessa para que estuviera con Jem y le sostuviera la mano. Era muy extraño estar de nuevo en esta

---

[22] N.T En el original, *All clear alarm,* era el sonido que la red de bocinas en las grandes ciudades de Gran Bretaña hacía sonar cuando era seguro salir después de un ataque aéreo en la Segunda Guerra Mundial.

posición, junto a la cama del hombre que amaba, esperando. Jem era… Jem. Exactamente como había sido hace tantos años, excepto por las runas de los Hermanos Silenciosos. Él era Jem, el chico del violín. Su Jem. La edad no lo había consumido, como había hecho con su Will, pero de todos modos podría ser arrancado de ella.

Tessa puso su mano sobre el pendiente de jade, escondido debajo de su uniforme. Se sentó, esperando y escuchando el rugido y los lamentos en la calle mientras tomaba su mano.

Estoy contigo, James, dijo en su mente. *Estoy aquí, y siempre lo estaré para ti.*

Tessa soltaba la mano de Jem ocasionalmente para poder ver por la ventana y asegurarse de que los incendios no se acercaran mucho. Había un halo anaranjado alrededor de ellos. Los fuegos estaban solo a unas calles de distancia. Tenía una belleza peculiar, esta terrible llamarada. La ciudad estaba en llamas; cientos de años de historia, viejas estructuras y antiguos libros quemándose.

—Querían quemarnos por completo, esta vez —dijo Catarina, llegando por atrás de su amiga. Tessa no había oído su entrada—. Este anillo de fuego, rodeando a St. Paul. Querían que se quemara la catedral hasta los cimientos. Querían romper nuestros espíritus.

—Bueno —le respondió Tessa, cerrando la cortina—, no lo lograrán.

—¿Por qué no lo dejamos y vamos a hacer unas tazas de té? —dijo Catarina—. Se ve que dormirá por un rato.

—No. Tengo que estar aquí cuando despierte.

Catarina miró la cara de su amiga.

—Él significa mucho para ti —dijo.

—Jem… el Hermano Zachariah, y yo siempre hemos sido cercanos.

—Lo amas —comentó Catarina. Y esta vez no era una pregunta.

Tessa apretó la cortina en su puño. Se quedaron en silencio por un momento. Catarina frotó con cariño el brazo de su amiga.

—Yo haré el té —le dijo—. Incluso dejaré que te acabes las últimas galletas de la lata.

¿Galletas?

Tessa se giró. Jem estaba sentado. Ella y Catarina corrieron hacia él. Catarina comenzó a revisarle el pulso, su piel. Tessa miró su rostro, su cara tan familiar y querida como siempre. Jem estaba de vuelta; él estaba aquí.

Su Jem.

—Está sanando —dijo Catarina—. Tendrás que descansar, pero estoy segura de que vivirás. No olvides que por poco te perdemos.

Exactamente por eso es que busque a las mejores enfermeras de Londres, respondió Jem.

—¿Podrías explicarnos la herida con la que llegaste? —preguntó Catarina—. Sé de dónde vino. ¿Por qué fuiste atacado con un arma de las hadas?

Estaba buscando información, dijo Jem, acomodándose dolorosamente para estar mejor sentado. *Mi curiosidad no fue apreciada.*

—Eso está claro, porque usaron un cataplasma para atacarte. Está hecho para matar, no para herir. En la mayoría de los casos no es posible sobrevivir. Tus runas de Hermano Silencioso te ofrecieron cierta protección, pero…

Catarina sintió su pulso de nuevo.

¿Pero?, Jem preguntó con curiosidad.

—No imaginé que fueras a sobrevivir toda la noche —dijo.

Tessa parpadeó. Sabía que era un caso serio, pero la forma en que Catarina lo dijo le dolió físicamente.

—Tal vez deberías dejar tus investigaciones —dijo Catarina, poniendo la sábana sobre Jem—. Ahora iré a hacer el té.

Dejó la habitación en silencio, cerrando la puerta detrás de sí, dejando a Tessa y Jem juntos en la oscuridad.

El ataque de ayer parecía más agresivo que cualquier otro, dijo Jem finalmente. *A veces pienso que los mundanos se hacen mucho más daño los unos a los otros que cualquier demonio puede llegar a provocarles.*

Tessa sintió una ola de emociones pasar a través de ella… todo lo que tenía atrapado durante la noche subió hasta la superficie, entonces enterró su cabeza al lado de la cama de Jem y lloró. Jem se movió un poco y la acercó, para que dejara su cabeza sobre su pecho, ahora cálido, su corazón latiendo con fuerza.

—Podrías haber muerto — dijo Tessa—. Pensé que te perdería a ti también.

Tessa, dijo él, *Tessa, soy yo. Aquí estoy. No me he ido.*

—Jem —respondió—. ¿Donde has estado? Ha pasado demasiado desde…

Se sentó y trató de limpiar las lágrimas de sus mejillas. No podía decir las palabras «desde que Will murió». Ese día se había sentado en su cama y vio cómo se fue quedando dormido con tranquilidad hasta que no despertó de nuevo. Jem había estado allí también, obviamente, pero en los últimos tres años lo había visto cada vez menos. Se encontraban en el Puente Blackfriars cada año, pero aparte de eso había permanecido alejado.

Pensé que sería mejor estar lejos de ti. Soy un Hermano Silencioso, dijo él, y la voz en su cabeza se quedó callada. *No te sirvo para nada*.

—¿De qué hablas? —Tessa preguntó confundida—. Siempre es mejor cuando estoy a tu lado.

Siendo lo que soy, ¿cómo puedo darte consuelo?, le preguntó Jem.

—Si tú no puedes —respondió Tessa—, no existe nadie en el mundo que pueda hacerlo.

Eso lo tenía claro. Magnus y Catarina habían tratado de hablarle con tacto sobre las vidas inmortales y otros amores, pero si ella vivía hasta que el Sol se apagara, no tendría a nadie más que Will y Jem, esas dos almas gemelas, las únicas almas que había amado.

No sé qué clase de consuelo puede traer una criatura como yo, dijo Jem. *Si pudiera morir para traerlo de vuelta, lo haría, pero se ha ido, y con su pérdida el mundo me parece un lugar sin rumbo. Peleo por cada gota de emoción que tengo, pero al mismo tiempo, Tessa, no puedo soportar verte sola y no desear estar junto a ti. No soy lo que era. No quiero causarte más sufrimiento.*

—Todo el mundo se ha vuelto loco —dijo ella, con lágrimas ardiendo en sus ojos—. Will se ha ido, y tú también, o eso es lo que he pensado por mucho tiempo. Y sin embargo esta noche me di cuenta… de que podría perderte por completo. Perdería la esperanza, la delgada esperanza en la posibilidad de que algún día…

Las palabras flotaron en el aire. Palabras que nunca se habían dicho en voz alta uno al otro, no antes de que Will muriera y tampoco después. Ella había tomado la parte de su corazón que amaba a Jem y de una manera violenta y salvaje puesto bajo llave: había amado a Will, y Jem había sido su mejor amigo, y nunca jamás habían hablado de qué pasaría si dejara de ser un Hermano Silencioso. Si de alguna manera se levantara la

maldición de este destino gélido. Si este silencio se fuera, y volviera a ser humano, capaz de vivir y respirar y sentir de nuevo. ¿Y luego qué? ¿Qué harían juntos?

Sé lo que estás pensando. Su voz en su cabeza era suave La piel debajo de sus manos era tan cálida. Sabía que era por la fiebre, pero se decía a sí misma que no era así. Ella levantó su rostro y lo miró, las crueles runas cerrando para siempre sus amados ojos, dejando su cara sin alterar. *También pienso en ello. ¿Qué tal si esto acabara? ¿Y si todo eso fuera posible para nosotros? ¿Un futuro? ¿Qué haríamos con eso?*

—Tomaría ese futuro en mis manos —dijo ella—. Iría contigo a donde fuera. Incluso si el mundo estuviera en llamas, si los Hermanos Silenciosos nos persiguieran al fin del mundo, sería feliz si estuviera a tu lado.

No podía exactamente oírlo en su cabeza, pero podía sentirlo: el borde de una maraña de emociones, su deseo tan desesperado como cuando habían caído juntos en la alfombra del cuarto de música, la noche que ella le había suplicado a él para que se casaran lo más pronto posible.

Él la tomó en sus brazos. Era un Hermano Silencioso, un Grigori, un Vigilante, apenas humano. Y sin embargo, se sentía suficientemente humano —su firme pecho cálido en contacto con la piel de su rostro mientras levantaba la cabeza—. Sus labios se encontraron con los de ella, tan suaves y dulces que dolían. Habían pasado tantos, tantísimos años, pero seguía siendo lo mismo.

Casi lo mismo.

No soy lo que era.

Sintiendo el fuego de noches perdidas, el sonido de su apasionada música en sus oídos. Ella puso sus brazos sobre sus delicados hombros y lo abrazó con fuerza Amaría por los dos si era necesario. Cualquier fragmento de Jem era mejor que tener la totalidad de cualquier hombre vivo.

Sus manos de músico se movieron sobre su rostro, por su cabello, a través de sus hombros, en un intento de capturar una última vez las memorias de algo que no podría tocar de nuevo. Incluso mientras ella lo besaba e insistía desesperadamente que era posible, estaba claro que el destino estaba en su contra.

Tessa, dijo él. *Incluso cuando no te veo, sé que eres hermosa.*

Entonces tomó los hombros de Tessa en sus delicadas manos y la empujó suavemente lejos de él.

Lo siento tanto, mi amada, le dijo a ella. *Esto no es justo de mi parte, y no debería de ser así. Cuando estoy contigo quiero olvidar lo que soy, pero no puedo cambiarlo. Un Hermano Silencioso no puede tener esposa, no puede amar.*

El corazón de Tessa estaba golpeando con fuerza, su piel ardiendo como los fuegos sobre Londres. No había experimentado un deseo como este desde Will. Sabía que no podría sentir algo así con nadie más; solo Will o Jem.

—No te vayas lejos de mí —le susurró—. No dejes de hablar conmigo. No te alejes en el silencio. ¿Me dirás cómo fue que te lastimaste? —le preguntó, tomando su mano. La llevó hacia su corazón. Podía sentir como latía debajo de su pecho—. Por favor. Jem, ¿qué estabas haciendo?

Jem suspiró.

Estaba buscando a los Herondale perdidos, le dijo.

—¿Los Herondale perdidos?

Esta vez fue Catarina, quien estaba de pie en el umbral de la puerta, cargando una bandeja con dos tazas de té. La bandeja se sacudía en sus manos, tanto como Tessa se sentía por dentro. No había pensado que Catarina estaba presente en la habitación.

Catarina trato de tranquilizar su agarre y rápidamente dejó la bandeja sobre la mesita. La ceja de Jem se levantó.

Sí, Jem dijo. *¿Sabes algo sobre ellos?*

Catarina estaba claramente nerviosa. No le respondió inmediatamente.

—¿Catarina? —Tessa preguntó.

—Has escuchado de Tobias Herondale —dijo.

Por supuesto, respondió Jem. *Su historia es infame. Escapó de una batalla y sus compañeros cazadores de sombras fueron asesinados.*

—Esa es la historia —dijo Catarina—. La verdad es que Tobias estaba bajo un hechizo, que lo hizo creer que su esposa y su hijo no nacido estaban en peligro. Corrió a ayudarlos. Su temor era por su seguridad, sin embargo, rompió la Ley. Cuando no pudo ser encontrado, la Clave castigó a la esposa de Tobias en su lugar. La mataron, pero no antes de que yo la ayudara a dar a luz a su hijo. La encanté para que aún pareciera embarazada durante su ejecución. En realidad, había tenido un hijo. Su nombre era Ephraim.

Suspiró y se recostó en la pared, tomando sus manos.

—Llevé a Ephraim a América y lo crié allí. Nunca supo lo que era, o quién era. Era un niño feliz, un buen muchacho. Era *mi* muchacho.

—¿Tenías un hijo? —preguntó Tessa.

—Nunca te lo dije —respondió Catarina, mirando hacia abajo—. Debí hacerlo. Es solo que… fue hace tanto tiempo. Pero fue un maravilloso periodo de mi vida. Por un tiempo, no hubo caos. No hubo pelea. Éramos una familia. Hice solo una cosa para conectarlo a su antiguo patrimonio. Le dí un collar con una garza[23] grabada. No podía permitir que su linaje de cazadores de sombras fuese borrado por completo. Pero, desde luego, creció. Tuvo su propia familia. Y su familia tuvo sus propias familias. Yo me mantuve igual y poco a poco me desvanecí de sus vidas. Es lo que los inmortales debemos hacer. Uno de sus descendientes fue un muchacho llamado Roland. Se convirtió en un mago, y era famoso en el submundo. Traté de advertirle sobre el uso de la magia, pero no me escuchó. Tuvimos una pelea terrible y nos separamos en malos términos. Traté de encontrarlo, pero ya no estaba. Nunca he podido encontrar rastro de él. Lo alejé cuando intentaba salvarlo.

No, dijo Jem. *Esa no es la razón por la que huyó. Se casó con una mujer que era fugitiva. Roland se ocultaba para protegerla.*

Catarina lo miró.

—¿Qué? —dijo ella.

Estuve en América hace poco tiempo con una Hermana de Hierro, dijo, *para recuperar un poco de* adamas. *Allí encontramos un Mercado de Sombras conectado a un carnaval. Era dirigido por un demonio. Lo enfrentamos, y nos dijo que habían Herondale perdidos en el mundo y que estaban en peligro y que se encontraban muy cerca. Dijo que se ocultaban de un enemigo que no era ni mortal ni demonio. También en ese mercado, vi una mujer hada con un mortal. Tenían un hijo. El hombre se llamaba Roland.*

Tessa estaba anonadada por la oleada de información que venía de todos lados, pero le llamaba la atención pensar en un hombre que había desecho toda su vida para escapar con la mujer que amaba, dando todo lo que tenía para protegerla y contándolo como nada. Sonaba como un Herondale.

—¿Estaba con vida? —dijo Catarina—. ¿Roland? ¿En un carnaval?

Cuando me di cuenta de lo que pasaba, traté de rastrearlo, pero no pude encontrarlo. Debes saber que no eras tu de lo que huía. El Demonio Mayor me dijo que estaban

---

[23] N.T. En inglés «Heron», hace referencia al símbolo de los Herondale.

siendo perseguidos y que estaban en un gran peligro. Ahora sé que es verdad. El hada que vino a mí esta noche… tenía pensado matarme. Las fuerzas en busca de los Herondale no son demonios ni mortales… son hadas, y las hadas tratan de ocultar algo.

—Entonces… ¿no fui yo quien lo alejó? —dijo Catarina—. Todo este tiempo… Roland…

Catarina trató de controlarse y recuperó la compostura. Tomó de nuevo la bandeja de té y la llevó a la cama, dejándola en la orilla.

—Bebe tu té —le ordenó—. Use nuestra última ración de leche y galletas.

Sabes que los Hermanos Silenciosos no podemos beber, Jem respondió.

Catarina la dedicó una sonrisa triste.

—Pensé que encontrarías agradable tener una taza caliente en tus manos.

Se limpió las lágrimas disimuladamente y salió del cuarto.

¿No tenías idea de eso?, dijo Jem.

—Nunca lo mencionó —respondió Tessa—. Tantos problemas son causados por secretos innecesarios.

Jem miró hacia otro lado y pasó su dedo por el borde de la taza. Tessa tomó su mano. Si esto era todo lo que tendría, se aferraría a ello.

—¿Por qué te alejaste? —le preguntó Tessa—. Ambos hemos estado de luto por Will. ¿Por qué hacerlo por separado?

Soy un Hermano Silencioso, y los Hermanos Silenciosos no pueden…

Jem dejó de hablar. Tessa apretó su mano hasta el punto en que podría haberse la roto.

—Tú eres Jem… mi Jem. Siempre mi Jem.

Soy el Hermano Zachariah, Jem replicó.

—¡Que así sea! —dijo Tessa—. Eres el Hermano Zachariah, y mi Jem. Eres un Hermano Silencioso. Eso no significa que no seas tan querido para mí como siempre lo fuiste y siempre lo serás. ¿Piensas que algo así podría separarnos? ¿Alguno de nosotros es así de débil? ¿Después de todo lo que hemos visto y hecho? Paso cada día agradecida de que existas y que estés en este mundo. Y mientras estés vivo, mantendremos a Will vivo.

Pudo ver el impacto que estas palabras tenían en Jem. Ser un Hermano Silencioso significaba destruir algunas partes que te hacían humano, quemarlas, pero Jem seguía allí dentro.

—Tenemos tanto tiempo a la mano, Jem. Debes prometerme que no lo usaremos estando separados. No te alejes de mí. Hazme parte de esta búsqueda. Puedo ayudarte. Porque deberías de ser más cuidadoso.

No quiero ponerte en peligro, dijo él.

En este punto, Tessa se rió… una verdadera y musical risa.

—¿Peligro? —dijo ella—. Jem, soy inmortal. Y mira afuera. Mira esta ciudad quemándose. Lo único que me da miedo es estar sin las personas que amo.

Por fin, pudo sentir la presión de los dedos de Jem, apretando su mano con cuidado.

Afuera, Londres estaba en llamas. Dentro, en este momento, todo estaba bien.

* * *

La mañana llegó, fría y gris, con el aroma del fuego aún ardiente en el aire. Londres despertó, se sacudió, tomó sus escobas y baldes, y empezó la tarea diaria de reparación. Las cortinas opacas se abrieron al aire matutino. La gente fue a trabajar. Los buses corrieron, las teteras hirvieron, las tiendas abrieron. El miedo no había ganado.

Tessa se había quedado dormida alrededor del amanecer, sentada al lado de Jem, tomando su mano, con su cabeza recostada en la pared. Cuando se estiró al despertar, descubrió que la cama estaba vacía. La cobija había sido arreglada pulcramente y la ropa no estaba en el umbral.

—Jem —dijo Tessa frenéticamente.

Catarina dormía en la pequeña sala de estar, su cabeza estaba apoyada en sus brazos, descansando sobre la mesa de la cocina.

—Se ha ido —dijo Tessa— ¿Lo has visto irse?

—No —dijo Catarina, frotando sus ojos.

Tessa volvió a la habitación y miró a su alrededor. ¿Había sido todo un sueño? ¿Había enloquecido por la guerra? Al darse la vuelta, vio una nota doblada en la cómoda que decía *TESSA*. La abrió:

Mi Tessa,
No habrá separación entre nosotros. Donde tú estás, yo estoy.
Donde estemos, estará Will.
Sin importar lo que pueda ser, yo siempre seré,
Tu Jem.

* * *

El Hermano Zachariah caminó por Londres. La ciudad estaba gris por la noche, sus edificios reducidos a pedazos rotos de lo que habían sido, hasta que la ciudad parecía estar hecha de ceniza y hueso. Tal vez todas las ciudades se volverían Ciudades Silenciosas, con el paso del tiempo.

Era capaz de esconder algunas cosas de sus Hermanos, a pesar de que tenían acceso inmediato a su mente. No conocían todos sus secretos, pero sabían lo suficiente. Esta noche todas las voces en su mente, estaban silenciadas, abrumadas por lo que sentía y por lo que había estado a punto de hacer.

Estaba amargamente arrepentido de lo que había dicho esta noche. Tessa seguía llorando a Will. Compartían ese dolor, y se amaban uno al otro. Ella lo seguía amando. Él creía eso. Pero ella no podría sentir lo mismo que había sentido por él años atrás. Ella no había, gracias al Ángel, vivido como él había vivido, en huesos y silencio y en memorias de amor. Ella había tenido a Will, y amado por tanto tiempo, y ahora Will se había perdido. Se preocupó de haberse aprovechado de su miseria. Era normal que buscara aferrarse a lo que le era familiar en un mundo que se había vuelto loco y extraño.

Pero ella era tan valiente, su Tessa, creando una nueva vida ahora que la vieja vida se había acabado. Ya había hecho algo así antes, cuando era una joven que había venido de América. Lo había sentido como un lazo desde hace mucho, de que ambos hubieran cruzado los mares para encontrar un nuevo hogar. Había creído que podrían encontrar un nuevo hogar el uno con el otro.

Ahora se daba cuenta que ese había sido un sueño, pero lo que eran sueños para él podían volverse reales para Tessa. Ella era inmortal y valiente. Podría volver a vivir otra vez en este nuevo mundo, y construir una vida nueva. Tal vez amaría de nuevo, si es que

encontrara un hombre a la altura de Will, a pesar de que en casi un siglo Zachariah no había conocido a nadie que se le acercara. Tessa merecía la vida más grandiosa y el más grande amor que se pueda imaginar.

Tessa merecía más que un ser que nunca podría ser un hombre verdadero, alguien que pudiera amarla con todo su corazón. A pesar de que él la amaba con los trozos rotos de su corazón que le quedaban, no era suficiente. Ella debía tener más de lo que él podía ofrecer.

Él no podría hacerlo.

Y sin embargo, era una felicidad única, una calidez que podía llevarse a la gélida y oscura Ciudad de Hueso. Ella lo había besado a él y lo había abrazado a él. Por una centelleante noche, él había podido tenerla en sus brazos una vez más.

Tessa, Tessa, Tessa, pensó. Ella nunca podía ser de él otra vez, pero él podría ser de ella para siempre. Era suficiente para seguir vivo.

* * *

Esa tarde, Catarina y Tessa caminaron en dirección a St. Bart.

—Un sándwich de tocino —dijo Catarina—. Apilado tan alto que apenas y puedes sostenerlo. Y lleno de tanta mantequilla que el tocino se resbala por las orillas del pan. Eso será lo primero que coma después de la guerra. ¿Y tú?

Tessa sonrió y apuntó su linterna sobre el pavimento, caminando encima de un trozo de escombro. Alrededor de ellas estaban las cáscaras de los edificios. Todo a su alrededor estaba reducido a ladrillos quemados y cenizas. Pero Londres ya estaba levantándose y limpiando las ruinas. La oscuridad era una clase de cobijo. Todo Londres estaba bajo una manta, apoyándose los unos a los otros.

—Un helado —dijo Tessa—. Con fresas. Montones y montones de fresas.

—Oh, me gusta tu idea —respondió Catarina—. Tendré que cambiar la mía.

Un hombre caminó hacia ellas e inclinó su sombrero.

—Buenas tardes, hermanas —dijo él—. ¿Han visto eso?

Señaló hacia la Catedral de St. Paul, el grandioso edificio que había sido guardian de Londres por cientos de años.

—Querían acabar con nosotros ayer por la noche, pero no pudieron, ¿verdad? —El hombre sonrió—. No señor. No pueden rompernos. Tengan una buena tarde, hermanas. Cuídense.

El hombre siguió su camino, y Tessa miró hacia la catedral. Todo a su alrededor se había ido, pero también había sido salvado… de una manera imposible e improbable de miles de bombas. Londres no se dejaría morir, y continuaría viviendo.

Tessa tocó el collar de jade que descansaba alrededor de su cuello.

LOS
MALVADOS
CASSANDRA CLARE
ROBIN WASSERMAN
FANTASMAS DEL MERCADO DE SOMBRAS #5
Una novela del mundo de CAZADORES DE SOMBRAS

Fantasmas del Mercado de Sombras

Libro 5

Los Malvados

de

Cassandra Clare

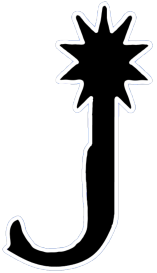
y

Robin Wasserman

Sinopsis

Céline Montclaire va al Mercado de Sombras para escapar. Ella iría a cualquier lado en París, o el mundo entero, para escapar del sufrimiento que experimenta a manos de su familia. Ella no esperaba conocer a Valentine Morgenstern, o que él le prometiera libertad y el corazón del hombre al cual secretamente amaba.

Con una condición, por supuesto. En el Mercado de Sombras, nada es gratis.



París, 1989

Se decía entre cazadores de sombras que uno no podía conocer la belleza verdadera hasta que hubiera visto las brillantes torres de Alicante. Se decía que ninguna ciudad sobre la Tierra podría retar sus maravillas. Se decía que ningún cazador de sombras podía sentirse realmente en casa en otro lugar.

Si alguien le hubiera preguntado a Céline Montclaire su opinión al respecto, ella habría dicho:

—Obviamente esos cazadores de sombras nunca han estado en París.

Habría hablado con entusiasmo sobre las agujas góticas que atravesaban las nubes, las calles empedradas que brillaban con la lluvia, la luz del sol bailando sobre el Sena y, bueno, las infinitas variedades de queso. Ella habría señalado que París había sido el hogar de Baudelaire y Rimbaud, Monet y Gauguin, Descartes y Voltaire, que esta era la ciudad que había dado a luz una nueva forma de hablar, ver, pensar, ser… incluso atraer a los mundanos más mundanos un poco más cerca de los ángeles.

En todos los sentidos, París era *la ville de la lumière*. La Ciudad de la Luz.

Si me preguntas, habría dicho Céline, *nada podría ser más hermoso que esto.*

Pero nadie preguntaba nunca. Como regla general, nadie preguntaba la opinión de Céline Montclaire sobre nada.

Hasta ahora.

—¿Estás segura de que no hay algún tipo de runa para mantener alejadas a estas asquerosas bestias? —dijo Stephen Herondale mientras un estruendoso aleteo de alas descendía. Se agachó, golpeó ciegamente a su enemigo emplumado.

La bandada de palomas pasó rápidamente, sin dar ningún golpe mortal. Céline despidió a un par de rezagados y Stephen exhaló un suspiro de alivio.

—Mi héroe —dijo él.

Céline sintió que sus mejillas se calentaban alarmantemente. Ella tenía un terrible problema de rubor. Especialmente cuando estaba en presencia de Stephen Herondale.

—¿El gran guerrero Herondale le teme a las palomas? —bromeó, esperando que él no escuchara el temblor en su voz.

—No es miedo. Simplemente exhibe una cautela prudente frente a una criatura potencialmente demoníaca.

—¿Palomas demoníacas?

—Las vigilo con cuidado —dijo Stephen con toda la dignidad que un *palomafóbico* podría reunir. Tocó la espada larga que colgaba de su cadera—. Y este gran guerrero está listo para hacer lo que hay que hacer.

Mientras hablaba, otra bandada de palomas huyó de los adoquines, y por un momento todo eran alas y plumas y el chillido bastante agudo de Stephen.

Céline se rió.

—Sí, puedo ver que no le temes al rostro del peligro. Pero si a su pico.

Stephen la miró ferozmente. Su pulso se aceleró. ¿Se había pasado? Entonces él guiñó un ojo.

A veces lo deseaba tanto que sentía que su corazón podría explotar.

—¿Estás segura de que todavía estamos yendo en la dirección correcta? —dijo—. Siento que estamos caminando en círculos.

—Confía en mí —dijo ella.

Stephen se llevó una mano al corazón.

—*Bien sûr,* mademoiselle.

A menos que contaras el papel de protagonista que interpretaba en sus ensoñaciones, Céline no había visto a Stephen desde que se había graduado en la Academia cuatro años atrás. En aquel entonces, él apenas se había fijado en ella. Estaba demasiado ocupado con su entrenamiento, su novia, sus amigos en el Círculo para pensar mucho en el desliz de una niña cuyos ojos rastreaban cada uno de sus movimientos. Pero ahora, pensó Céline, con las mejillas ardiendo de nuevo, eran prácticamente iguales. Sí, ella tenía diecisiete

años, todavía era estudiante, mientras que él tenía 22 años, no solo era un adulto de pleno derecho, sino también el lugarteniente de mayor confianza de Valentine Morgenstern en el Círculo, el grupo élite de jóvenes cazadores de sombras dedicados a reformar la Clave y devolverla a su estado puro y antigua gloria. Pero Céline era finalmente un miembro del Círculo también, elegida personalmente por Valentine.

Valentine había sido un estudiante en la Academia junto con Stephen y los otros miembros fundadores del Círculo, pero a diferencia del resto, nunca había parecido muy joven. La mayoría de los estudiantes y profesores de la Academia habían pensado que la multitud de Valentine no era más que una camarilla inofensiva, extraños en el aspecto de que preferían los debates de política nocturna que la fiestas. Incluso entonces, Céline entendió que así era exactamente como Valentine quería aparentar ser: inofensivo. Aquellos que prestaban atención lo sabían también. Era un guerrero feroz, con una mente aún más feroz, una vez que fijaba su negra mirada en una meta, nada le impediría lograrlo. Había formado su Círculo con jóvenes cazadores de sombras que él sabía que eran tan capaces como leales. Solo el mejor de ellos, le había dicho aquel día en que se le había acercado en una conferencia particularmente aburrida sobre la historia del submundo.

—Cada miembro del Círculo es *excepcional* —había dicho él—. Incluyéndote a ti, si aceptas mi oferta. —Nadie la había llamado excepcional antes.

Desde entonces, ella se había sentido diferente. Fuerte. *Especial.* Y debía haber sido cierto, porque a pesar de que todavía le quedaba un año más en la Academia, aquí estaba ella, pasando sus vacaciones de verano en una misión oficial con Stephen Herondale. Stephen era uno de los mejores luchadores de su generación, y ahora —debido a la desafortunada situación del hombre lobo Lucian Graymark—, el lugarteniente de mayor confianza de Valentine. Pero Céline era quien conocía París, sus calles y sus secretos. Fue el momento perfecto para mostrarle a Stephen que ella había cambiado, que ella era excepcional. Que él no podría hacer esto sin ella.

Esas, de hecho, fueron sus palabras exactas.

No podría hacer esto sin ti, Céline.

Le encantaba la forma en que su nombre sonaba en su lengua. Ella amaba cada detalle de él: los ojos azules que brillaban como el de la *Côte d'Azur*. El cabello rubio claro que brillaba como la rotonda dorada del Palais Garnier. La curva de su cuello, la tensión de sus músculos, las líneas suaves de su cuerpo como algo tallado por Rodin, un modelo de perfección humana. De alguna manera se había vuelto aún más guapo desde que lo vio por última vez.

Él también se había casado.

Ella trataba de no pensar en eso.

—¿Podemos acelerar el ritmo? —se quejó Robert Lightwood—. Cuanto antes lo hagamos, antes podremos volver a la civilización. Y al aire acondicionado.

Robert era algo más en lo que ella intentaba no pensar. Su presencia gruñona hacía que fuera mucho más difícil fingir que ella y Stephen daban un romántico paseo bajo la luz de la luna.

—Mientras más rápido vayamos, más sudarás —señaló Stephen—. Y creánme, nadie quiere eso.

París en agosto era aproximadamente diez grados más caliente que el infierno. Incluso después del anochecer, el aire parecía una manta empapada en sopa caliente. Por el bien de la discreción, cambiaron su equipo de cazadores de sombras por moda mundana, eligiendo mangas largas para cubrir sus runas. La camiseta blanca que Céline había seleccionado para Stephen ya estaba empapada. Eso no era exactamente desafortunado.

Robert solo gruñó. Era diferente de lo que Céline recordaba de la Academia. En aquel entonces, había sido un poco rígido y cortante, pero nunca deliberadamente cruel. Ahora, sin embargo, había algo en sus ojos que no le gustaba. Algo helado. Que le recordaba demasiado a su padre.

Según Stephen, Robert había tenido algún tipo de pelea con su *parabatai* y estaba comprensiblemente irritable.

Es solo Robert siendo Robert, había dicho Stephen. *Gran luchador, pero también una reina del drama. Nada de qué preocuparse.*

Céline siempre se preocupada.

Avanzaron penosamente por la colina final de la Rue Mouffetard. Durante el día, esta era una de las calles comerciales más bulliciosas de París, repleta de productos frescos, bufandas coloridas, vendedores de falafel y puestos de gelato, y turistas desagradables. Por la noche, sus escaparates estaban cerrados y silenciosos. París era una ciudad de mercado, pero todos sus mercados se iban a dormir después del anochecer… excepto uno.

Céline los apuró a la vuelta de una esquina, por otro camino estrecho y sinuoso.

—Ya casi llegamos. —Trató de ocultar la expectación en su voz. Robert y Stephen habían dejado muy claro que el Círculo no aprobaba los Mercados de Sombras. ¿Subterráneos mezclados con mundanos, bienes ilícitos cambiando de manos, secretos intercambiados y vendidos? Según Valentine, todo eso era la consecuencia indecorosa de

la laxitud y la corrupción de la Clave. Cuando el Círculo tomara el poder, le había asegurado Stephen con entusiasmo, los Mercados de Sombras se cerrarían para siempre.

Céline solo había estado en el Círculo por unos meses, pero ya había aprendido esta lección: si Valentine odiaba algo, era su deber odiarlo también.

Ella estaba haciendo todo lo posible por hacerlo.

* * *

No había ninguna ley que estableciera que un Mercado de Sombras tuviera que estar ubicado en un sitio rico en energía oscura, marinado en la sangre de un pasado violento… pero eso ayudaba.

París no tenía escasez de posibilidades. Era una ciudad de fantasmas, la mayoría de ellos enojados. Revolución tras revolución, barricadas salpicadas de sangre y cabezas rodando desde la guillotina, las masacres de septiembre, la Semana Sangrienta, la quema de las Tullerías, el Terror… Cuando era una niña, Céline había pasado muchas noches sin dormir vagando por la ciudad, convocando visiones de sus mayores crueldades. Le gustaba imaginar que podía escuchar gritos que resonaban a través de los siglos. La hacían sentirse menos sola.

Sabía que eso no era un normal hobby infantil.

Céline no había tenido una infancia normal. Lo descubrió cuando llegó a la Academia, donde por primera vez se había encontrado con cazadores de sombras de su misma edad. Ese primer día, los otros estudiantes habían parloteado sobre su vida idílica en Idris, caballos galopando a través de la llanura de Brocelind; sus vidas idílicas en Londres, Nueva York, Tokio, entrenando bajo el ojo amable de padres amorosos y tutores del Instituto; sus idílicas vidas en cualquier lugar y en todas partes. Después de un rato Céline dejó de escuchar, salió sin ser notada, demasiado celosa como para quedarse. Demasiado avergonzada por la posibilidad de que alguien la hiciera contar su propia historia. Después de todo, ella había crecido en la finca de Provenza de sus padres, rodeada de huertos de manzanos, viñedos, campos ondulantes de lavanda: por todos los aspectos, *la belle epoque*.

Céline sabía que sus padres la amaban, porque se lo decían repetidamente.

Solo hacemos esto porque te amamos, le diría su madre antes de encerrarla en el sótano.

Solo hacemos esto porque te amamos, diría su padre antes de azotarla con el látigo.

Solo hacemos esto porque te amamos, antes de liberar a un demonio Dragonidae en contra de ella; cuando la dejaron a pasar la noche, con ocho años y sin armas, en un bosque plagado de hombres lobo; cuando le enseñaron las sangrientas consecuencias de la debilidad, la torpeza o el miedo.

La primera vez que escapó a París, tenía ocho años. Lo suficientemente joven como para pensar que podría escapar para siempre. Había encontrado el camino hacia Arènes de Lutèce, los restos de un anfiteatro romano del siglo I D.C. Era, tal vez, la ruina más vieja y manchada de sangre de la ciudad. Dos mil años antes, los gladiadores habían luchado hasta la muerte ante una multitud vociferante y sedienta de sangre, hasta que la arena —y su multitud—, fueron alcanzados por una horda bárbara igualmente sanguinaria.

Por un tiempo, había sido un cementerio; ahora era una trampa para turistas, otro montón de piedras para ignorar a los escolares aburridos. De día, al menos. Bajo la luna de medianoche, cobraba vida con subterráneos, una orgía de frutas y vinos de hadas, gárgolas encantadas con magia de brujos, hombres lobo que bailaban un vals, vampiros con boinas pintando retratos con sangre, un acordeonista ifrit que podría hacerte llorar hasta la muerte. Era el Mercado de Sombras de París, y desde el momento en que Céline lo vio por primera vez, se sintió finalmente en casa.

En ese primer viaje, había pasado dos noches allí, rondando por las casetas, haciéndose amiga de un tímido cachorro de hombre lobo, saboreando ansiosamente y con hambre la crepa de nutella que un Hermano Silencioso le había comprado, sin hacer preguntas. Había dormido bajo el mantel de un puesto de joyería de vampiros; había danzado con niños con cuernos en una fiesta de hadas improvisada; finalmente había descubierto lo que significaba ser feliz. En la tercera noche, los cazadores de sombras del Instituto de París la rastrearon y la devolvieron a su casa.

Fue entonces cuando supo, no por última vez, las consecuencias de huir.

Te amamos demasiado para perderte.

Esa noche, Céline se había acurrucado en un rincón del sótano, todavía sangrando, y pensó, así es como se siente ser amado demasiado.

* * *

Su misión era sencilla. Primero, rastrear el puesto de la bruja Dominique du Froid en el Mercado de Sombras de París. Segundo, encontrar alguna evidencia de sus negocios turbios con dos pícaros cazadores de sombras.

—Tengo razones para creer que han estado intercambiando sangre y partes de subterráneos a cambio de servicios ilegales —les había dicho Valentine. Él necesitaba una prueba. Dependía de Céline, Stephen y Robert encontrar alguna.

—*Sin hacer ruido* —Valentine había advertido—. No quiero que le avise a sus socios. —Valentine hizo que la palabra «socios» sonara como una vulgaridad. Para él, lo era: los subterráneos eran suficientemente malos, ¿pero los cazadores de sombras que se dejaban corromper por un subterráneo? Eso era imperdonable.

El primer paso resultó simple. Dominique du Froid fue fácil de encontrar. Ella había conjurado su nombre en luces de neón, de la nada. Literalmente, las letras brillaban intensamente, a un metro de su cabina, con una flecha de neón apuntando hacia abajo. DOMINIQUE DU FROID, LES SOLDES, TOUJOURS!

—Justo como un brujo —dijo Robert amargamente—. Siempre vendiéndose.

—Siempre *vendiendo* —corrigió Céline, demasiado en bajo para que él la oyera.

El puesto resultó ser una carpa elaborada con mesas de exhibición y un área con cortinas en la parte posterior. Estaba abarrotada de joyas horteras y pociones coloridas, ninguna tan hortera o tan colorida como la propia Dominique. Tenía el pelo teñido de rubio platino y rayas rosadas, la mitad recogido en una coleta lateral. La otra mitad estaba rizada y el pelo brillante debido al aerosol para peinar. Llevaba una camisa de encaje desgarrado, una minifalda de cuero negro, guantes morados sin dedos, y lo que parecía una parte importante de su inventario de joyas en el cuello. Su marca de bruja, una larga cola rosa con plumas, colgaba de sus hombros como una boa.

—Es como si un demonio Eidolon hubiera intentado convertirse en Cyndi Lauper y accidentalmente se hubiera quedado atascado en el medio —bromeó Céline.

—¿Eh? —dijo Robert—. ¿Esa es otra bruja?

Stephen sonrió.

—Sí, Robert. Otra bruja. La Clave la ejecutó porque solo quería divertirse[24].

---

[24] N.T. Se refiere a la famosa canción pop *Girls Just Want To Have Fun,* popularizada por la cantante Cyndi Lauper en 1983.

Céline y Stephen se rieron juntos, y la evidente furia de Robert al notar que se burlaban de él solo los hizo reír más fuerte. Como la mayoría de los cazadores de sombras, Céline había crecido completamente ignorante de la cultura pop mundana. Pero Stephen apareció en la Academia lleno de conocimientos arcanos sobre bandas, libros, canciones, películas de las que nadie había oído hablar. Una vez que se había unido al Círculo, había abandonado su amor por los Sex Pistols con la misma rapidez con la que cambió su chaqueta de cuero y su mezclilla deshilachada por el monótono uniforme negro que Valentine prefería. Aun así, Céline había pasado los últimos años estudiando la televisión mundana, por si acaso.

Puedo ser lo que quieras que sea, pensó, deseando tener el valor de decirlo.

Céline conocía a Amatis, la esposa de Stephen. Al menos, ella sabía lo suficiente. Amatis tenía una lengua filosa y engreída. Ella era obstinada, discutidora, terca, y ni siquiera era tan bonita. También había rumores de que todavía se asociaba con su hermano hombre lobo secretamente. A Céline no le importaba mucho eso —no tenía nada en contra de los subterráneos—. Pero tenía muchas cosas contra Amatis, quien obviamente no apreciaba lo que tenía. Stephen necesitaba a alguien que lo admirara, que estuviera de acuerdo con él, que lo apoyara. Alguien como Céline. Si tan solo ella pudiera hacerle ver eso por sí mismo.

Vigilaron a la bruja durante un par de horas. Dominique du Froid estaba constantemente dejando su puesto desatendido, corriendo a cotillear o comerciar con otros vendedores. Era casi como si quisiera que alguien revisara sus pertenencias.

Stephen bostezó teatralmente.

—Esperaba un poco más de desafío. Pero terminemos con esto y salgamos de aquí. Este lugar apesta a subterráneos. Ya siento que necesito una ducha.

—*Ouai, c'est terrible*[25] —mintió Céline.

La siguiente vez que Dominique dejó su puesto, Stephen la siguió. Robert se deslizó dentro del área con cortinas de la carpa para buscar evidencia de tratos sucios. A Céline le tocaba ser la vigía, dando un vistazo al puesto al lado del de Dominique, donde podía señalar a Robert si Dominique regresaba inesperadamente.

Por supuesto, le habían asignado el trabajo más aburrido, el que no requería nada más que comprar joyas. Pensaban que ella era inútil.

---

[25] N.T. En francés: Sí, hueles terrible.

Céline hizo lo que le dijeron, fingiendo interés en la repugnante exhibición de anillos encantados, gruesas cadenas de oro, pulseras de dijes tintineando con Demonios Mayores tallados en latón y peltre. Entonces vio algo que realmente le interesaba: un Hermano Silencioso, que se deslizaba hacia el puesto de la manera desconcertantemente inhumana que todos tenían para moverse. Ella miró por el rabillo del ojo mientras el cazador de sombras con túnica estudiaba la exhibición de joyas con gran cuidado. ¿Qué podría alguien como él estar buscando en un lugar como este?

El desaliñado hombre lobo preadolescente que atendía el puesto apenas había reconocido la presencia de Céline. Pero corrió hacia el Hermano Silencioso, con los ojos muy abiertos por el miedo.

—No puedes estar hurgando por aquí —dijo—. A mi jefe no le gusta hacer negocios con los de tu clase.

¿No eres un poco joven para tener un jefe?

Las palabras resonaron en la mente de Céline, y se preguntó por un momento si el Hermano Silencioso quería que ella oyera. Pero eso parecía poco probable: estaba parada a varios metros de distancia, y no había ninguna razón para que él la hubiera notado.

—Mis padres me echaron cuando me mordieron, así que es trabajar o pasar hambre —dijo el niño. Se encogió de hombros—. Y me gusta la comida. Por eso tienes que salir de aquí antes de que el jefe regrese y crea que le estoy vendiendo a un cazador de sombras.

Estoy en busca de una joya.

—Mira, hombre, no hay nada aquí que no puedas conseguir en otro lugar, mejor y más barato. Estas cosas son todo basura.

Sí, eso lo puedo ver. Pero estoy buscando algo en particular, algo que me han dicho que solo puedo encontrar aquí. Un collar de plata, con un colgante en forma de garza.

La palabra «garza» hormigueó en la oreja de Céline. Fue una petición tan específica. Y era algo tan adecuado para un Herondale[26].

—Eh, sí, no sé cómo te enteraste de eso, pero es posible que tengamos uno de esos aquí. Te lo dije, sin embargo, no puedo venderle a…

¿Qué tal si duplico el precio?

—Ni siquiera sabes cuál es el precio.

---

[26] N.T. *Heron* en inglés significa «Garza».

No, no lo sé. Y me imagino que no obtendrás una mejor oferta, dado que el collar no está en exhibición para los clientes.

—Sí, lo señalé yo mismo, pero… —Se inclinó hacia adelante y bajó la voz. Céline trató de no aparentar tan obviamente que estaba esforzándose por escuchar—. El jefe no quiere que su esposa sepa que lo está vendiendo. Dijo que solo necesita hacer correr la voz y que un comprador nos encontrará.

Y ahora tiene un comprador. Imagínate lo satisfecho que estará tu jefe cuando le digas que lo has vendido por más de lo que pedía.

—Supongo que nunca va a saber quién lo compró...

Él no lo sabrá por mí.

El chico lo consideró por un momento, luego se agachó por debajo del mostrador por un momento y reapareció balanceando un collar de plata. Céline reprimió un jadeo. Era una garza delicadamente tallada, brillando a la luz de la luna, el regalo perfecto para un joven Herondale orgulloso de su herencia. Cerró los ojos y se dejó llevar por una realidad alternativa, una en la que se le permitía obsequiar a Stephen. Imaginando cerrar el colgante alrededor de su cuello, acariciando su suave piel, respirándola. Imaginando que él decía, *me encanta. Casi tanto como te amo.*

Es hermoso, ¿verdad?

Céline se encogió ante la voz del Hermano Silencioso en su cabeza. Por supuesto, no podía saber lo que ella había estado pensando. Pero, no obstante, sus mejillas ardieron de vergüenza. El niño se había retirado a la parte posterior de la cabina para contar su dinero. El Hermano Silencioso había fijado su ciega mirada sobre ella.

Era diferente de los otros Hermanos Silenciosos que ella había visto, su rostro era joven… incluso guapo. Su cabello negro azabache estaba enhebrado con vetas de plata, y sus ojos y boca estaban sellados, pero no cosidos. Runas cortaban brutalmente a través de cada mejilla. A Céline le recordó lo envidiosa que había estado una vez de la Hermandad Silenciosa. Tenían cicatrices como ella tenía cicatrices; soportaban un gran dolor como ella soportaba un gran dolor. Pero sus cicatrices les dieron poder; su dolor no se sentía como nada, porque no tenían ningún sentimiento. No podrías ser un Hermano Silencioso si eras una niña. Esto nunca le había parecido muy justo a Céline. Sin embargo, a las mujeres se les permitía unirse a las Hermanas de Hierro. A Céline le había gustado la idea cuando era más joven, pero ahora no sentía ningún deseo de vivir enclaustrada en una llanura volcánica, sin nada que hacer más que fabricar armas de *adamas*. La sola idea de eso la hizo claustrofóbica.

Lamento sorprenderte. Pero noté su interés en el colgante.

—Es. . . es simplemente, me recordó a alguien.

Alguien que te importa mucho, lo puedo sentir.

—Sí. Supongo.

¿Ese alguien es, tal vez, un Herondale?

—Sí, y él es maravilloso. —Las palabras salieron accidentalmente, pero hubo una alegría inesperada al decirlas en voz alta. Nunca se había permitido hacerlo antes… no delante de otra persona. Ni siquiera sola.

Esa era la cosa con los Hermanos Silenciosos. Estar con ellos no era como estar con otra persona o estar solo. Confiar en un Hermano Silencioso era como no confiar en nadie, pensó ella, porque ¿a quién iba a contarle?

—Stephen Herondale —dijo, suave pero firmemente—. Estoy enamorada de Stephen Herondale.

Hubo una sacudida de poder al decir las palabras, casi como si expresar su afirmación en voz alta lo hiciera un poco más real.

El amor de un Herondale puede ser un gran regalo.

—Sí, es increíble —dijo con amargura suficiente que incluso el Hermano Silencioso notó su tono.

Te he molestado.

—No, es solo. . . dije que *yo* lo *amo*. Él apenas sabe que existo.

Ah.

Era estúpido, esperar la simpatía de un Hermano Silencioso. Como esperar la simpatía de una roca. Su rostro permaneció completamente impasible. Pero la voz que habló en su cabeza fue gentil. Se permitió creer que era incluso un poco amable.

Eso debe ser difícil.

Si Céline hubiera sido otro tipo de chica, del tipo con amigos, o hermanas, o una madre que le hablaba con algo menos que frío desdén, tal vez le hubiera contado a alguien más sobre Stephen. Podría haber pasado horas diseccionando su tono, la forma en que a veces parecía flirtear con ella, la forma en que la había tocado una vez en el hombro en gratitud cuando ella le prestó una daga. Tal vez hablar de eso hubiera

mitigado el dolor de amarlo; tal vez ella incluso habría hablado de *no* amarlo. Hablar de Stephen podría haberse convertido en un lugar común, como hablar sobre el clima. Un ruido de fondo.

Pero Céline no tenía a nadie con quien hablar. Todo lo que tenía eran sus secretos, y cuanto más los guardaba, más dolían.

—Nunca me va a amar —dijo ella—. Todo lo que siempre quise fue estar cerca de él, pero ahora él está aquí, y no puedo tenerlo, y de alguna manera eso es aún peor. Sólo soy… Yo solo… duele mucho.

A veces pienso que no hay nada más doloroso que el amor negado. Amar a alguien que no puedes tener, estar al lado del deseo de tu corazón y ser incapaz de tomarlo en tus brazos. Un amor que no puede ser retribuido. No puedo pensar en nada más doloroso que eso.

Era imposible que un Hermano Silencioso pudiera entender cómo se sentía. Y sin embargo…

Sonaba como si entendiera exactamente cómo se sentía.

—Desearía poder ser más como tú —admitió.

¿En qué sentido?

—Ya sabes, simplemente, ¿cerrar mis sentimientos? No sentir nada. Por nadie.

Hubo una pausa larga, y ella se preguntó si ella lo había ofendido. ¿Eso era siquiera posible? Finalmente, su voz fría y firme habló de nuevo.

Este es un deseo que debes prescindir. El sentimiento es lo que nos hace humanos. Incluso los sentimientos más difíciles. Quizás especialmente esos. Amor, pérdida, anhelo: esto es lo que significa estar realmente vivo.

—Pero… eres un Hermano Silencioso. Se supone que no debes sentir ninguna de esas cosas, ¿verdad?

Yo… Hubo otra pausa larga. *Recuerdo haberlos sentido Eso es a veces lo más cerca que puedo llegar a estar.*

—Y todavía estás vivo, por lo que puedo ver.

A veces eso, también, es difícil de recordar.

Si lo conociera mejor, pensaría que había suspirado.

El Hermano Silencioso que conoció en su primer viaje al Mercado de las Sombras había sido así de amable. Cuando le compró la crepa, no le había preguntado dónde estaban sus padres o por qué estaba vagando sola por la multitud, o por qué tenía los ojos enrojecidos por el llanto. Él solo se arrodilló y cubrió sus ojos ciegos con los de ella.

El mundo es algo difícil de enfrentar solo, dijo dentro de su mente. *Tú no tienes que hacerlo*.

Luego hizo lo que los Hermanos Silenciosos hacen mejor y guardó silencio. Ella sabía, incluso de niña, que él estaba esperando que ella le dijera lo que necesitaba. Que si ella pedía ayuda, incluso podría ofrecerla.

Nadie podría ayudarla. Incluso de niña, ella también lo sabía. Los Montclaire eran una respetada y poderosa familia de cazadores de sombras. Sus padres tenían el oído del cónsul. Si ella le decía al Hermano quién era, él solo la llevaría a casa. Si ella le dijera qué era lo que la esperaba allí, cómo eran realmente sus padres, probablemente no la creería. Incluso podría decirle a sus padres que estaba difundiendo mentiras sobre ellos. Y habría consecuencias.

Le había agradecido la crepa y se había escabullido.

Ella había soportado tantos años desde entonces. Después de este verano, volvería a la Academia para su último año y se graduaría; nunca tendría que vivir en la casa de sus padres otra vez. Era casi libre. No necesitaba la ayuda de nadie.

Pero el mundo todavía era algo difícil de enfrentar solo.

Y ella estaba tan, tan sola.

—Tal vez el dolor de amar a alguien es un hecho de la vida y todo eso, pero ¿de verdad crees que, todo el dolor es igual? ¿No crees que sería mejor si pudieras dejar de hacerte daño?

¿Hay algo que te duela?

—Yo… —Convocó su valor. Ella podría hacerlo. Casi se lo creyó. Podía contarle a ese extraño acerca de la casa fría. Sobre los padres que solo parecían notarla cuando hacía algo mal. Sobre las consecuencias, cuando ella lo hacía—. La cosa es…

Se interrumpió abruptamente cuando el Hermano Silencioso se dio vuelta. Sus ojos ciegos parecían estar siguiendo a un hombre con una gabardina negra que corría hacia él. El hombre se detuvo en seco cuando vio al Hermano Silencioso. Su cara drenó bruscamente el color. Luego giró sobre sus talones y se alejó a toda prisa. En estos días,

la mayoría de los subterráneos les asustaban los cazadores de sombras, las noticias sobre las hazañas del Círculo habían tenido lugar. Pero esto parecía casi personal.

—¿*Conoces* a ese tipo?

Me disculpo, debo atender esto.

Los Hermanos Silenciosos no mostraban emoción, y, por lo que Céline sabía, no sentían. Pero si no lo supiera mejor, diría que este Hermano Silencioso estaba sintiendo algo muy profundamente. Miedo, tal vez, o emoción, o esa extraña combinación de los dos que descendieron justo antes de una pelea.

—Está bien, yo solo…

Pero el Hermano Silencioso ya se había ido. Estaba sola de nuevo. Y gracias al Ángel por eso, pensó. Había sido descuidado, incluso andar jugando con la idea de sacar sus oscuras verdades a la luz. Qué tonta, qué débil, queriendo ser escuchada. Queriendo ser realmente *vista* por cualquiera, incluso por un hombre con los ojos cerrados. Sus padres siempre decían que era estúpida y débil. Quizás tenían razón.

* * *

El Hermano Zachariah se movió a través del abarrotado Mercado de Sombras, con cuidado de mantener unos pocos pies de distancia entre él y su objetivo. Era un juego extraño que estaban jugando. El hombre, que se llamaba Jack Crow, sin duda sabía que Zachariah lo estaba siguiendo. Y el Hermano Zachariah podría haber tomado su velocidad y superar al hombre en cualquier momento. Pero por alguna razón, Crow no quería parar, y el Hermano Zachariah no quería hacerlo. Así que Crow cruzó la arena y se adentró en el denso laberinto de calles más allá de sus puertas.

El Hermano Zachariah lo siguió.

Lamentó haber dejado a la chica tan abruptamente. Sintió cierta afinidad hacia ella. Ambos habían entregado un pedazo de sus corazones a un Herondale. Y ambos amaron a alguien que no podrían tener.

Por supuesto, el amor del Hermano Zachariah era una pálida imitación de lo real, cruda, humana. Amaba a través de una malla, y cada año era más difícil recordar lo que había más allá. Recordar cómo se había sentido *anhelar* a Tessa de la forma en que un ser humano que vivía y respiraba ansiaba. Cómo se sintió *necesitarla*. En realidad, Zachariah ya no necesitaba nada. Ni comida, ni sueño, ni siquiera, tanto como a veces intentaba

invocarlo en sí mismo, Tessa. Su amor persistió, pero estaba desgastado. El amor de la niña tenía un borde irregular, y hablar con ella lo había ayudado a recordar.

Ella también había querido su ayuda, podía decirlo. La parte más humana de él estuvo tentada de quedarse a su lado. Parecía tan frágil… y tan determinada a parecer lo contrario. Tocó su corazón. Pero el corazón del Hermano Zachariah estaba cubierto de piedra.

Trató de decirse lo contrario. Después de todo, el solo hecho de su presencia aquí era evidencia de su corazón todavía humano. Había estado cazando durante décadas: por Will, por Tessa, porque una parte de él seguía siendo Jem, el chico cazador de sombras que los había amado a ambos.

Todavía los ama a ambos, se recordó el Hermano Zachariah. Tiempo presente.

El colgante de garza había confirmado sus sospechas. Este era definitivamente el hombre que había estado buscando. Zachariah no pudo dejarlo escapar.

Crow se metió en un estrecho callejón adoquinado. El Hermano Zachariah lo siguió, tenso y alerta. Sintió que su persecución a cámara lenta estaba llegando a su fin. Y, de hecho, el callejón era un callejón sin salida. Crow se giró para enfrentar a Zachariah, con un cuchillo en la mano. Todavía era joven, apenas en sus veinte, con una cara orgullosa y una mata de pelo rubio.

El Hermano Zachariah tenía un arma y era bastante bueno usándola. Pero no hizo ningún movimiento para sacar su bastón. Este hombre nunca podría ser una amenaza para él.

—Está bien, cazador de sombras, me querías, me atrapaste —dijo Crow, con los pies preparados y el cuchillo listo, esperando claramente un ataque.

El Hermano Zachariah estudió su rostro, buscando algo familiar. Pero no había nada. Nada más que el pretexto de coraje impetuoso. Con sus ojos ciegos, Zachariah podía ver debajo de tales fachadas. Podía ver el miedo.

Hubo un crujido detrás de él. Y luego la voz de una mujer.

—Sabes lo que dicen, cazador de sombras. Ten cuidado con lo que deseas.

El Hermano Zachariah se volvió lentamente. Aquí hubo una sorpresa. Una mujer joven, incluso más joven que Crow, estaba de pie en la boca del callejón. Era casi etéreamente hermosa, con el pelo rubio brillante y el tipo de labios rubí y ojos de cobalto que habían inspirado milenios de mala poesía. Estaba sonriendo dulcemente. Apuntaba una ballesta directamente al corazón del Hermano Zachariah.

Sintió una sacudida de miedo. No por el cuchillo o la ballesta; él no tenía nada que temer de estos dos. Preferiría no luchar en absoluto, pero si fuera necesario, podría desarmarlos inofensivamente. No estaban equipados para protegerse. Ese era el problema.

El temor vino de la comprensión de que había logrado su objetivo. Esta búsqueda era lo único que lo ataba a Tessa, a Will, a su ser anterior. ¿Qué pasaría si hoy él perdiera su único lazo restante con Jem Carstairs? ¿Qué pasaría si esto, el día de hoy, fuera su último acto verdaderamente humano?

—Vamos, cazador de sombras —dijo la mujer—. Escúpelo. Si tienes mucha suerte, quizás te dejemos vivir.

No quiero pelear con ustedes. Por su reacción, podía decir que no habían esperado la voz en su cabeza. Esos dos sabían lo suficiente como para reconocer a un cazador de sombras, pero aparentemente no sabían tanto como creían. *Te he estado buscando, Jack Crow.*

—Sí, lo escuché. Alguien debería haberte advertido, la gente que viene a buscarme tiende a arrepentirse.

Quiero decir que no quiero hacer daño. Solo quiero entregar un mensaje. Se trata de quién eres y de dónde vienes. Puedes encontrar esto difícil de creer, pero…

—Sí, sí, también soy un cazador de sombras. —Crow se encogió de hombros—. Ahora dime algo que no sepa.

* * *

—¿Vienes a comprar o hurtar?

Céline soltó la poción. Se hizo pedazos al tocar el suelo, liberando una explosión de un nocivo humo azul.

Después de que el Hermano Silencioso se deshiciera de ella por el sexy chico de gabardina, el niño lobo había cerrado el puesto. Miró a Céline hasta que aceptó que era momento de continuar. Así que estuvo vagando hasta el puesto de Dominique du Froid, tratando de parecer inofensiva. Lo cual funcionó, hasta que la propia bruja apareció, aparentemente de la nada.

—¿O solo estás aquí para causar estragos? —dijo Dominique en francés.

Céline maldijo, silenciosamente. Tenía *un* trabajo, un humillante y fácil trabajo y aún así, se las arregló para echarlo a perder. Stephen no estaba por ningún lado y Robert aún estaba hurgando por la tienda de la bruja.

—Estaba esperando a que volvieras —dijo Céline en voz alta y en inglés, para que Robert la escuchara con seguridad—. Gracias a Dios que finalmente lo hiciste. *Me estoy derritiendo con este calor* —dijo la última parte con mucha más fuerza. Era una señal que establecieron, solo por si acaso. Lo que significaba: Sal de ahí, *ahora.* Con suerte, podía mantener a la bruja distraída el tiempo suficiente para que pudiera deslizarse fuera sin que lo vieran.

¿Dónde estaba Stephen?

—*Bien sûr.*[27] —La bruja tenía un terrible acento francés del tipo del Sur de California. Céline se preguntó si los brujos podían surfear—. ¿Y qué es lo que está buscando, mademoiselle?

—Una poción de amor. —Fue la primera cosa que apareció en su mente. Tal vez porque había divisado a Stephen, corriendo hacia ellos, aunque intentaba parecer como si no estuviera corriendo. Céline se preguntó cómo es que Dominique se las había arreglado para escabullirse de él en primer lugar y si lo había hecho apropósito.

—Una poción de amor, ¿eh? —La bruja siguió su mirada e hizo un sonido aprobatorio —. No está mal, aunque es algo fornido para mi gusto. Siempre he pensado que mientras mejor sea el cuerpo, peor será la mente. Pero tal vez tú los prefieras tontos y bonitos. *Chacun à son goût*[28]*,* ¿no?

—Em, *oui*, tontos y bonitos, claro. Así que… —¿En cualquier caso, qué estaba *haciendo* Robert ahí adentro? Céline esperaba que se las arreglara para salir sin que ella lo viera, pero no podía arriesgarse—. ¿Puedes ayudarme?

—El amor está más allá de lo que puedo ofrecerte, *chérie.* Y cualquiera que esté aquí alrededor y te diga lo contrario está mintiendo. Pero puedo ofrecerte…

Guardó silencio cuando Stephen llegó, viéndose ligeramente atosigado.

—¿Todo está bien?

Le lanzó a Céline una mirada preocupada. Su corazón revoloteó; él estaba preocupado por ella.

---

[27] N.T. En francés: Por supuesto.

[28] N.T. En francés: Lo que le guste a cada uno.

Asintió.

—Totalmente bien. Solo estábamos…

—Tu amiga aquí presente, quería que le vendiera una poción para hacer que te enamoraras de ella —dijo la bruja. Céline creyó que podría caer muerta en ese instante —. Estaba a punto de decirle que solo podía ofrecerle algo mejor.

Sacó lo que parecía ser una lata para el cabello detrás del puesto y lo roció en el rostro de Stephen. Su expresión se relajó.

—¿Qué hiciste? —chilló Céline—. ¿Y por qué *dijiste* eso?

—Oh, relájate. Confía en mí, en este estado no le va a importar lo que alguien diga. Observa.

Stephen estaba mirando a Céline como si nunca la hubiera visto antes. Levantó una mano y tocó su mejilla gentilmente, su expresión ensoñadora. La veía como si estuviera pensando: ¿*Podrías ser* real?

—Resulta que tu pequeña amiguita rubia aquí presente, tiene un asqueroso caso de viruela demoníaca —le dijo Dominique a Stephen.

Céline decidió con certeza, que no iba a morirse en ese instante; iba a asesinar a una bruja.

—La viruela demoníaca es tan sexy —dijo Stephen—. ¿Tendrás verrugas? —Batió sus ojos hacia Céline—. Te verías hermosa con verrugas.

—¿Ves? —dijo la bruja—. Lo arreglé para ti.

—¿Qué *hiciste*?

—¿No es obvio? Hice lo que me pediste. Bueno, es una aproximación barata de lo que pediste, ¿pero para qué más sirve el Mercado de Sombras?

Céline no supo qué decir. Estaba furiosa por el comportamiento de Stephen.

Por su parte, se sentía… de forma diferente. De una forma en la que no debería estar sintiéndose.

—¿Alguna vez alguien te ha dicho que te vez hermosa cuando estás confundida? —dijo Stephen apresuradamente. Le sonrió distraídamente—. Claro que, también eres hermosa cuando te enojas, y cuando estás triste, y cuando estás feliz, y cuando te estás riendo, y cuando me…

—¿Qué?

—Cuando me estás besando —dijo—. Pero esa solo es una teoría. ¿Quieres comprobarla?

—Stephen, no estoy segura de que sepas realmente...

Entonces él la estaba besando.

Stephen Herondale la estaba besando.

Los labios de Stephen Herondale estaban sobre sus labios, sus manos estaban en su cintura, acariciando su espalda, ahuecando sus mejillas. Los dedos de Stephen Herondale se enredaban en su cabello.

Stephen Herondale la estaba sosteniendo con fuerza, con mucha fuerza, como si quisiera más de lo que podía tener, como si quisiera todo de ella.

Ella trató de mantenerse a distancia. Esto no era real, se recordó. Este no era él. Pero se sentía real. Se sentía como Stephen Herondale, cálido en sus brazos, deseándola y su resistencia se desvaneció.

Por un eterno momento, estuvo perdida en la felicidad.

—Disfrútalo mientras dure. El efecto se irá en una hora más o menos.

La voz de Dominique du Froid la regresó a la realidad… la realidad en donde Stephen estaba casado con alguien más. Céline se forzó a alejarse. Él soltó un pequeño gemido y pareció que iba a llorar.

—La primera prueba es gratis. Lo quieres hacer permanente, tendrás que pagar —dijo la bruja—. Pero supongo que puedo darte el descuento de cazadora de sombras.

Céline se congeló.

—¿Cómo supiste que era una cazadora de sombras?

—Con tu gracia y belleza, ¿cómo podrías ser algo más? —dijo Stephen. Céline lo ignoró. Algo estaba mal. Sus runas estaban cubiertas; su ropa era definitivamente mundana; sus armas estaban escondidas. No había nada que mostrara su verdadera identidad.

—O tal vez te gustaría comprar dos dosis —dijo la bruja—. Una para este idiota y otra para el idiota detrás de la cortina. Claro que no es tan guapo como este, pero esos tensos miembros pueden darte mucha diversión una vez que se relajan…

La mano de Céline se deslizó hacia su daga escondida.

—Te ves sorprendida, Céline —dijo la bruja—. ¿Realmente pensaste que no sabía que tres títeres me estaban mirando? ¿Pensabas que me iría de mi puesto sin un sistema de seguridad? Supongo que el chico amante no es el único tonto, pero lindo de por aquí.

—¿Cómo sabes mi nombre?

La bruja echó la cabeza hacia atrás y se rió. Sus muelas brillaban con oro.

—Todos los subterráneos de París conocen a la pobre Céline Montclaire, vagando por la ciudad como una pequeña y asesina Éponine. Todos sentimos un poco de pena por ti.

Céline vivía con una ira constante y secreta, pero ahora la sentía hervir.

—Quiero decir, no puedo permitir que los cazadores de sombras hurguen en mi negocio, así que todavía tendré que ocuparme de ti, pero sentiré pena por ti cuando mueras.

Céline sacó su daga justo cuando una bandada de demonios Halphas explotaba desde la tienda. Las bestias aladas se abalanzaron hacia ella y Stephen, con garras afiladas como navajas, se abrió para desatar un chillido sobrenatural.

—¡Palomas demoníacas! —gritó Stephen con disgusto, con su larga espada en la mano. La hoja brilló plateada a la luz de las estrellas mientras rebanaba y cortaba las alas gruesas y escamosas.

Céline bailó y esquivó a dos demonios parecidos a pájaros, rechazándolos con su daga mientras sacaba dos hojas serafines con su mano libre.

—*Zuphlas* —susurró—. *Jophiel*.

Cuando las cuchillas comenzaron a brillar, las arrojó en direcciones opuestas. Cada uno voló exacto, directo a la garganta de un demonio. Ambos demonios Halphas explotaron en una nube de plumas sangrientas e icor. Céline ya estaba en movimiento, saltando a través de la cortina del bruj.

—¡Robert! —gritó.

Estaba encerrado dentro de lo que parecía una gigantesca jaula de pájaros antigua, con el suelo cubierto de plumas de Halphas… igual que él. Se veía ileso. Y *muy* enfadado.

Céline abrió la cerradura rompiéndola lo más rápido que pudo, y los dos se reunieron con Stephen, quien había logrado despachar a varios de los demonios, aunque un puñado de ellos se alejaron del suelo para salvarse, dando vueltas y zambulléndose en el cielo

nocturno. Dominique había abierto un Portal y estaba a punto de saltar a través de él. Robert la agarró por el cuello, luego golpeó con el contundente extremo de su espada sobre su cabeza con un ruido sordo. Ella cayó al suelo, fuera de combate.

—Con mucha cautela —dijo él.

—¡Céline, estás herida! —dijo Stephen, sonando horrorizado.

Céline se dio cuenta de que un pico demoníaco le había arrancado un trozo de la pantorrilla. La sangre se filtraba a través de sus vaqueros. Apenas lo había sentido, pero a medida que la adrenalina de la batalla se desvanecía, un dolor agudo y punzante ocupó su lugar.

Stephen ya tenía su estela en la mano, ansioso por aplicar un *iratze*.

—Eres aún más hermosa cuando estás sangrando —le dijo.

Céline negó con la cabeza y retrocedió.

—Puedo hacerlo yo sola.

—Pero sería un honor curar tu perfecta piel —protestó Stephen.

—¿Lo golpearon en la cabeza? —preguntó Robert.

Céline estaba demasiado avergonzada para explicarlo. Afortunadamente, el graznido de los demonios de Halphas se hizo eco en la distancia, seguido del grito de una mujer.

—Vosotros dos vigilad a la bruja —dijo ella—. Voy a encargarme del resto de los demonios antes de que se coman a alguien.

Se fue antes de que Robert pudiera hacer más preguntas.

—¡Te extrañaré! —Stephen gritó detrás de ella—. ¡Eres tan linda cuando tienes sed de sangre!

* * *

Casi doscientos años antes, el cazador de sombras Tobias Herondale había sido condenado por cobardía. Un crimen punible con la muerte. La Ley, en aquellos días, no era solo difícil, era despiadada. Tobias enloqueció y huyó antes de que pudiera ser

ejecutado, por lo que en su ausencia, la Clave impuso su castigo a su esposa, Eva. Muerte para ella. Muerte al niño Herondale que ella llevaba.

Al menos esa era la historia.

Muchas, muchas décadas atrás, Zachariah había aprendido la verdad detrás de ese cuento. Se había encontrado con la bruja que salvó al hijo de Eva… y luego, después de la muerte de la madre, crió a ese niño como propio.

Ese niño había engendrado un hijo, que había engendrado un hijo, y así sucesivamente: una línea secreta de Herondales, perdida del mundo de Cazadores de Sombras. Hasta ahora.

El miembro sobreviviente de esta línea estaba en grave peligro. Durante mucho tiempo, eso fue todo lo que el Hermano Zachariah supo. Por Tessa, por Will, se había dedicado a aprender más. Había seguido migas de pan, corrido de cabeza hacia callejones sin salida, casi había muerto a manos de un hada que quería que el Herondale perdido se quedara así. O peor, temía Zachariah.

El descendiente perdido de Tobias Herondale se había enamorado de un hada. Su hijo —y todos los hijos de sus hijos—, eran parte cazador de sombras, parte hada.

Lo que significaba que Zachariah no era el único que buscaba. Sin embargo, tenía la fuerte sospecha de que era el único buscador que no quería hacer daño. Si un emisario de las hadas estaba dispuesto a atacar no solo a un cazador de sombras, sino a un Hermano Silencioso —dispuesto a romper los Acuerdos de la manera más atroz—, simplemente para detener su búsqueda, entonces seguramente la búsqueda era imperativa. Seguramente el peligro era mortal.

Décadas de silenciosas investigaciones habían llevado aquí, al Mercado de Sombras de París, al hombre del que se rumoreaba tenía en su poder un precioso colgante en forma de garza, una herencia de Herondale. El hombre llamado Crow, del que se asumía que era mundano con la Visión, conocido como inteligente pero indigno de confianza, un hombre demasiado satisfecho con la vida en las sombras.

Zachariah había sabido primero del colgante, fue una bruja parisina quien había oído hablar de su búsqueda y se había puesto en contacto con él para confirmarlo. Ella le dijo que sus sospechas eran correctas: el dueño del colgante, como quiera que se llamara a sí mismo, era un Herondale.

Lo cual, al parecer, era una noticia antigua para todos, excepto para el mismo Zachariah.

¿Has sabido de tu herencia todo este tiempo? Y sin embargo, nunca te has revelado?

—Cariño, creo que puedes dejar la ballesta —le dijo Crow a la mujer—. El monje psíquico no parece querer hacernos ningún daño.

Ella bajó el arma, aunque no parecía muy feliz al respecto.

Gracias.

—Y tal vez deberías dejarnos solos para hablar —agregó Crow.

—No creo que sea una buena idea…

—Rosemary, créeme. Lo tengo.

La mujer, quién debía haber sido su esposa, suspiró. Era el sonido de alguien que entendía terquedad y hacía mucho que había dejado de intentar luchar contra ella.

—Bien. Pero tú… —Presionó el pecho del Hermano Zachariah con la ballesta, lo suficientemente fuerte como para sentirlo a través de sus gruesas túnicas—. Si cualquier cosa le sucede a él, te buscaré y te haré pagar.

No tengo intención de dejar que les pase nada a ninguno de ustedes. Es por eso que he venido.

—Sí, como sea —cogió a Crow en sus brazos. Los dos se abrazaron por un largo momento. Zachariah había escuchado a menudo la expresión «aferrándose a la vida», pero rara vez lo había visto actuar. La pareja se aferró el uno al otro como si fuera la única forma de sobrevivir.

Recordó haber amado a alguien así. Recordó la imposibilidad de decir adiós. La mujer le susurró algo a Crow, luego izó su ballesta y desapareció en la noche de París.

—Estamos recién casados, y ella es un poco sobreprotectora —dijo Crow—. Tú sabes cómo es.

Me temo que no lo sé.

Crow lo miró de arriba abajo, y el Hermano Zachariah se preguntó qué vería este hombre. Fuera lo que fuera, no parecía impresionado.

—Sí, supongo que no.

Te he estado buscando por mucho tiempo, más de lo que te puedes imaginar.

—Mire, lamento que haya perdido su tiempo, pero no quiero tener nada que ver con usted.

Me temo que no te das cuenta del peligro en el que estás. No soy el único que te busca…

—Pero tú eres el único que puede protegerme, ¿verdad? «Ven conmigo si quieres vivir», ¿y todo eso? Sí, he visto esa película. No estoy interesado en vivirla.

Estaba seguro de sí mismo, pensó el Hermano Zachariah, y sintió el extraño impulso de sonreír. Tal vez sí había un rastro familiar aquí después de todo.

—Un hombre como yo, hace su parte justa de enemigos. He estado cuidando de mí toda mi vida, y no veo ninguna razón por la que...

Lo que fuera que dijo después fue ahogado por un chillido profano. Un demonio gigante parecido a un pájaro se abalanzó, atravesó la gabardina de Crow con su pico afilado como una navaja y lo levantó en el aire.

El Hermano Zachariah se apoderó de una de las hojas serafines que había traído, por si acaso. *Mebahiah*, lo nombró, y lo arrojó al demonio parecido a un pájaro. La hoja incrustada en el esternón emplumado, y el demonio estalló en el aire. Crow cayó varios metros directo al suelo, aterrizando en un ruidoso montón de plumas e icor. Zachariah se apresuró a ayudar al hombre a levantarse, pero estos esfuerzos fueron rechazados.

Crow examinó el agujero grande y desigual de su gabardina con disgusto.

—¡Esto era completamente nuevo!

De hecho, es una gabardina muy bonita. O… lo era. Zachariah se abstuvo de señalar la buena fortuna de que el demonio Halphas no había abierto un agujero en algo más valioso. Como su caja torácica.

—Entonces, ¿es ese el peligro del que viniste para advertirme? ¿Salvar mi nueva gabardina de una gaviota demoníaca?

Me pareció más una paloma demoníaca.

Crow se sacudió el polvo. Dirigió varias miradas sospechosas al cielo, como si esperara otro ataque.

—Escuche, señor…

Hermano. Hermano Zachariah.

—Bien, está bien, bro, puedo ver que un tipo como tú podría ser útil en una pelea. Y si estás tan decidido a protegerme de un peligro grande y atemorizante, supongo que no voy a pelear contigo.

El Hermano Zachariah se sorprendió por el repentino cambio de opinión. Tal vez casi ser picado por una paloma demoníaca a veces tiene ese efecto en las personas.

Me gustaría llevarte a un lugar seguro.

—Por supuesto. Bien. Dame unas horas para atar algunos cabos sueltos, y Rosemary y yo nos encontraremos en el Pont des Arts al amanecer. Haremos lo que quieras. Lo prometo.

Puedo acompañarte, mientras que atas estos cabos.

—Escucha, *hermano*, a la clase de cabos de los que estoy hablando, no toman muy a la ligera que los cazadores de sombras esten hurgando en sus asuntos. Si sabes a qué me refiero.

Eso suena un poco criminal.

—¿Quieres hacer un arresto ciudadano?

Solo me preocupa tu seguridad.

—Logré vivir veintidós años sin tu ayuda. Creo que puedo hacerlo otras seis horas, ¿no crees?

El Hermano Zachariah había invertido décadas en esta búsqueda. Parecía descabellado dejar que este hombre se escapara, con la única promesa de que regresaría. Especialmente teniendo en cuenta lo que había aprendido sobre la reputación del hombre. No inspiraba exactamente confianza en su palabra.

—Mira, sé lo que estás pensando, y sé que no puedo evitar que me sigas. Así que te estoy preguntando a toda máquina: ¿quieres que confíe en ti? Entonces intenta confiar en mí. Y juro, para lo que sea que me necesites, que tu precioso cazador de sombras perdido estará en ese puente esperando por ti al amanecer.

Contra su mejor juicio, el Hermano Zachariah asintió.

Ve.

* * *

Céline no tenía gusto por la tortura. No es que así fuera como lo llamaban, hicieran lo que le hicieran a la bruja para que ella hablara. Valentine le había enseñado a su Círculo a

tener cuidado con sus palabras. Robert y Stephen «interrogarían» a Dominique du Froid, utilizando los métodos que consideraran necesarios. Cuando obtuvieran las respuestas que necesitaban —nombres de sus contactos de cazadores de sombras, detalles de crímenes cometidos—, la entregarían a ella y a un inventario de sus pecados a Valentine.

La bruja estaba atada a una silla plegable en el piso barato que usaban como base de operaciones.

La bruja estaba inconsciente, la sangre goteaba por la herida superficial de su frente.

Así era como Robert y Stephen se referían a ella, no por su nombre, sino como «la bruja», como si ella fuera más una cosa que una persona.

Valentine quería que llevaran a cabo esta investigación sin alertar a la bruja de su presencia. Era solo medianoche en su primer día en París, y ya lo habían jodido todo.

—Si le traemos algunas respuestas, no puede estar demasiado enfadado —dijo Stephen.

Parecía más un deseo que una predicción.

Stephen había dejado de comentar sobre la belleza gamine de las piernas de Céline y las cualidades adictivas de su piel de porcelana. Reivindicó no recordar los efectos de la poción del hechicero, pero su mirada se desviaba hacia Céline cada vez que pensaba que ella no estaba mirando. No pudo evitar preguntárselo.

¿Y si él lo recordaba?

¿Y si, finalmente tocándola, abrazándola, besándola, había descubierto un nuevo deseo en sí mismo?

Todavía estaba casado con Amatis, por supuesto; incluso si deseara a Céline, tal vez incluso, si amara un poco a Céline, no había nada que hacer al respecto.

¿Pero que si…?

—¿Quién tiene hambre? —dijo Céline.

—¿Alguna vez no tengo hambre? —dijo Stephen. Él abofeteó a la bruja bruscamente. Ella se movió pero no se despertó.

Céline retrocedió hacia la puerta.

—¿Por qué no voy a buscar algo para comer, mientras estáis… cuidando de esto?

Robert tiró del pelo de la bruja hacia atrás, con fuerza. Ella gritó, y sus ojos se abrieron de golpe.

—No debería tomar mucho tiempo.

—Genial. —Céline esperaba que no supieran cuán desesperada estaba por salir del apartamento. Ella no tenía el estómago para este tipo de cosas, pero no podía hacer que le informaran eso a Valentine. Había trabajado demasiado duro para ganarse su respeto.

—Oye, estás cojeando —dijo Stephen—. ¿Necesitas otro *iratze*?

Él estaba preocupado por ella. Se dijo a sí misma que no interpretara nada de eso.

—Ya ni siquiera duele —mintió—. Estoy bien.

Se había aplicado la runa de curación con poco entusiasmo, y no había cerrado por completo su herida. Prefería, a veces, sentir el dolor.

Cuando era niña, sus padres a menudo la habían rechazado después de las sesiones de entrenamiento, especialmente cuando sus lesiones eran causadas por sus propios errores.

Deja que el dolor te recuerde hacerlo mejor la próxima vez, le decían. Todos estos años más tarde, ella todavía estaba cometiendo tantos errores.

Céline estaba a medio camino de la precaria escalera cuando se dio cuenta de que había olvidado su billetera. Con dolorosa pesadez regresó hacia arriba, luego vaciló fuera de la puerta, deteniéndose por el sonido de su nombre.

—¿Céline y yo? —oyó decir a Stephen.

Sintiéndose un poco ridícula, Céline retiró su estela y dibujó una cuidadosa runa en la puerta. Sus voces amplificadas llegaron fuerte y claro.

Stephen se rió.

—Tienes que estar bromeando.

—Parecía un beso bastante bueno…

—¡Estaba bajo un hechizo!

—Aún así. Ella es bonita, ¿no lo crees?

Hubo una insoportable pausa.

—No lo sé, nunca he pensado en ello.

—Te das cuenta de que el matrimonio no significa que nunca se te permita *mirar* a otra mujer, ¿verdad?

—No es eso —dijo Stephen—. Es…

—¿Por la forma en que te sigue como un perrito faldero?

—Eso no ayuda —reconoció Stephen—. Es solo una *niña*. Es decir, no importa la edad que tenga, siempre necesitará que alguien le diga qué hacer.

—Eso te lo concedo —dijo Robert—. Pero Valentine parece convencido de que hay algo más en ella.

—No todos tienen la razón todo el tiempo —dijo Stephen, y ahora ambos se estaban riendo—. Ni siquiera él.

—¡No dejes que te escuche decir eso!

Céline no se dio cuenta de que estaba en movimiento hasta que sintió la lluvia en su rostro. Colapsó contra la fría piedra de la fachada del edificio, deseando poder fundirse con ella. Para convertirse en piedra; para apagar sus nervios, sus sentidos, su corazón; no sentir *nada*… si tan solo así fuera.

Su risa hizo eco en sus oídos.

Ella era una broma.

Era patética.

Ella era alguien de quien Stephen nunca había pensado, nunca le había importado, nunca había deseado. A quien nunca querría, bajo ninguna circunstancia.

Era una criatura patética. Una niña. Un error.

Las aceras estaban vacías. Las calles brillaban con la lluvia. El faro del reflector encima de la Torre Eiffel se había ido a dormir, junto con el resto de la ciudad. Céline se sintió completamente sola. Le palpitaba la pierna. Sus lágrimas no se detendrían. Su corazón gritó. No tenía a dónde ir, pero no podía subir las escaleras, regresar a esa habitación, a esa risa. Partió a ciegas a la noche de París.

* * *

Céline estaba en casa en la oscuridad, en las calles adormecidas. Ella deambuló por horas. A través del Marais y más allá del descomunal Pompidou, cruzando desde la orilla derecha hacia la izquierda y de regreso. Visitó a las gárgolas de Notre Dame, esos espantosos demonios de piedra que se aferran a las agujas góticas, esperando su oportunidad de devorar a los fieles. Parecía injusto que la ciudad estuviera tan llena de criaturas de piedra que no pudieran sentir nada, y allí estaba ella, sintiendo insoportablemente tanto.

Estaba en las Tullerías —los fantasmas más sangrientos, más criaturas talladas en piedra— cuando divisó el rastro de icor. Ella todavía era una cazadora de sombras, y ella era una cazadora de sombras que necesitaba una desesperada distracción, así que lo siguió. Alcanzó al demonio Shax en el distrito de la Ópera, pero se quedó en las sombras, queriendo ver lo que tramaba. Los demonios Shax eran rastreadores, utilizados para cazar personas que no querían ser encontradas. Y este demonio definitivamente estaba rastreando algo.

Céline lo rastreó, a su vez.

Lo rastreó a través de los patios dormidos del Louvre. Rezumaba icor de una herida, pero no se movía como una criatura escabulléndose para cuidar sus heridas. Sus tenazas gigantes se deslizaban sobre los adoquines mientras titubeaba en las esquinas, decidiendo qué camino tomar. Este era un depredador, rastreando a su presa.

El demonio se detuvo en el arco del Louvre, al pie del Pont des Arts. El pequeño puente peatonal se extendía a lo largo del Sena, con sus rejas abarrotadas de candados de amantes. Se dijo que si una pareja cerraba un candado al Pont des Arts, su amor duraría para siempre. El puente estaba casi desierto a esta hora, a excepción de una joven pareja, encerrada en un abrazo. Completamente ajenos al demonio Shax deslizándose fuera de las sombras, tensando las pinzas con ansiosa anticipación.

Céline siempre llevaba una cuchilla de misericordia. Su punto estrecho era exactamente lo que necesitaba para penetrar el caparazón del demonio insectoide.

Eso esperaba.

—*Gadreel* —susurró Céline, nombrando un cuchillo serafín. Ella se arrastró detrás del demonio Shax, tan constante y silenciosa como era. Ella también podría ser un depredador. Con un movimiento suave y seguro, apuñaló la misericordia directamente a través del caparazón, luego deslizó la hoja serafín en la herida que había abierto.

El demonio se disolvió.

Todo había sucedido tan rápido, tan silenciosamente, que la pareja en el puente ni siquiera se separó de su abrazo. Estaban demasiado concentrados el uno en el otro para darse cuenta de lo cerca que habían llegado a ser la merienda nocturna de un demonio. Céline se demoró, tratando de imaginarlo: de pie en el puente con alguien que la amaba, un hombre que la miraba tan fijamente que no se habría dado cuenta de que el mundo se estaba acabando.

Pero la imaginación de Céline se rindió. La realidad la había enjaulado. Mientras creyera que Stephen no la había notado, podría fantasear sobre lo que podría pasar si alguna vez lo hiciera.

Ahora ella lo sabía. No podía ignorarlo.

Céline limpió y envainó su espada, luego se arrastró más cerca de la pareja, lo suficientemente cerca para escuchar lo que estaban diciendo. Ella estaba encantada, después de todo, así que no había peligro al hacer un poco de escucha. ¿Qué le decía un hombre a la mujer que amaba cuando creía que nadie más podía oír? Puede que nunca lo descubriera, si esperaba que alguien se lo dijera.

—Odio decir que te lo dije —dijo la mujer—, pero…

—¿Quién sabía que él estaría tan dispuesto a confiar en una bruja?

—¿Quién sabía que alguien creería que *tú* eras el descendiente perdido de hace mucho tiempo de alguna noble línea de cazadores de sombras? —dijo, y luego se rió—. Oh espera, yo sabía. Admítelo, en el fondo, sabías que funcionaría. Simplemente no querías que fuera así.

—Por supuesto que no quería que lo hiciera. —Le tocó la mejilla, imposiblemente suave—. Odio esto. Odio dejarte aquí. —Céline se dio cuenta ligeramente sorprendida que lo reconocía. Era el hombre que el Hermano Silencioso había perseguido en el Mercado.

—No es por mucho tiempo. Y es lo mejor, Jack, lo prometo.

—¿Vendrás a buscarme a Los Ángeles tan pronto como se haya solucionado? ¿Lo juras?

—En el Mercado de Sombras. En nuestro viejo lugar. Lo juro. Tan pronto como pueda estar seguro de que el rastro se ha enfriado. —Ella lo besó, larga y duramente. Cuando ella le puso la mano en la mejilla, Céline vio el brillo de una alianza de bodas.

—Rosemary…

—No te quiero cerca de esta gente. No es seguro.

—¿Pero es seguro para ti?

—Sabes que estoy bien —dijo ella.

El hombre bajó la cabeza y metió las manos en los bolsillos de su chaqueta. Parecía cara, excepto por el enorme agujero abierto por el lado izquierdo.

—Sí.

—¿Estás listo?

Él asintió, y ella sacó una botella pequeña de su bolso.

—Más vale que esto funcione de la forma que se supone que debe. —Se la entregó a su esposo, quien destapó la botella, se tragó su contenido y la arrojó al río.

Un momento después, se llevó las manos a la cara y comenzó a gritar.

Céline entró en pánico. No era su lugar para interferir, pero no podía quedarse allí y mirar cómo esta mujer lo asesinaba ...

—Jack, Jack, está bien, estás bien.

Ella se aferró a él mientras el hombre gemía y se estremecía, y, finalmente, se desplomó en sus brazos.

—Creo que funcionó —dijo él.

Cuando retrocedieron el uno al otro, Céline se quedó sin aliento. Incluso a la tenue luz de las farolas, podía ver que su rostro se había transformado. Había sido un rubio con brillantes ojos verdes y rasgos afilados, cincelados, alrededor de la edad de Stephen y casi tan guapo. Ahora parecía tener diez años más, su cara labrada con líneas de preocupación, su cabello de color barro, su sonrisa torcida.

—Horrible —dijo la mujer llamada Rosemary con aprobación. Luego lo besó nuevamente, tan desesperadamente como antes, como si nada hubiera cambiado—. Ahora ve.

—¿Estás segura?

—Tan segura como el saber que te amo.

El hombre huyó a la noche, su abrigo se derritió en la oscuridad.

—¡Y deja de usar gabardinas! —gritó Rosemary detrás de él—. ¡Es demasiado obvio!

—¡Nunca! —le gritó, y luego se fue.

Rosemary se hundió contra el puente y hundió la cara en sus manos. Así que no vio a la gárgola detrás de ella parpadear y girar el hocico de piedra en su dirección.

Céline recordó de pronto: el Pont des Arts *no tenía* gárgolas. Este era un demonio Acaieral de carne y hueso, y parecía hambriento.

Con un rugido furioso, la sombra monstruosa se despegó del puente y desplegó un conjunto de enormes alas parecidas a murciélagos que borraron la noche. Abrió su mandíbula y mostró los dientes afilados, luego se lanzó directamente hacia la garganta de Rosemary. Con sorprendente velocidad, Rosemary levantó una espada y lo atacó. El demonio chilló de dolor, rascando sus garras contra la hoja de metal con la fuerza suficiente para derribarla de las manos de la mujer. Rosemary cayó al suelo, y el demonio aprovechó su momento. Saltó sobre su pecho, inmovilizándola bajo sus enormes alas, y siseó. Los dientes se acercaron a la carne.

—*Sariel* —susurró Céline, y apuñaló su cuchillo serafín a través del cuello del demonio. Aulló de dolor y giró hacia ella, sus entrañas estallaron a través de su piel incluso cuando intentó, en sus últimos momentos restantes, atacar.

Rosemary agitó su espada y cortó la cabeza de la criatura, segundos antes de que la cabeza y el torso explotaran en una nube de polvo. Satisfecha, colapsó hacia atrás, la herida en su hombro sangrando libremente.

Céline podía decir cuánto le dolía, y cuán determinada estaba la mujer para no revelar dolor. Ella se arrodilló a su lado. Rosemary se estremeció.

—Déjame ver… puedo ayudar.

—Nunca pediría ayuda a una cazadora de sombras —dijo la mujer amargamente.

—No preguntaste exactamente. Y eres bienvenida a hacerlo.

La mujer suspiró y luego examinó su sangrienta herida. Ella la tocó con cuidado e hizo una mueca.

—Mientras estés aquí, ¿quieres ponerme un *iratze*?

Era obvio que la mujer no era mundana. Incluso un mundano con Visión no podría haber luchado como lo había hecho ella. Pero eso no significaba que ella pudiera soportar un *iratze*. Nadie más que un cazador de sombras podría.

—Mira, realmente no tengo tiempo para explicarlo, y no puedo ir al hospital exactamente y decirles que un demonio me mordió, ¿o sí?

—Si sabes sobre *iratzes*, sabes que solo un cazador de sombras puede soportar una runa —dijo Céline.

—Lo sé. —Rosemary se encontró con su mirada fijamente.

Ella no llevaba la runa de visión. Pero la forma en que se había movido, la forma en que había luchado…

—¿Has llevado una runa antes? —preguntó Céline vacilante.

Rosemary sonrió.

—¿Tú qué crees?

—¿Quién *eres* tú?

—Nadie de quien debas preocuparte, ¿vas a ayudarme o no?

Céline retiró su estela. Aplicar una runa a cualquiera que no fuera un cazador de sombras significaba muerte probable, cierta agonía. Ella respiró hondo, luego cuidadosamente aplicó la estela en la piel.

Rosemary dejó escapar un suspiro de alivio.

—¿Vas a decirme quién envió un demonio Shax detrás de ti? —dijo Céline—. ¿Y si fue la misma persona quien se aseguró de que un demonio Acaieral estuviera aquí para terminar el trabajo?

—No. ¿Vas a decirme por qué estás deambulando en medio de la noche como si alguien acabara de ahogar tu roca favorita en el Sena?

—No.

—Entonces está bien. Y gracias.

—Ese tipo que estuvo aquí contigo antes…

—¿Te refieres a la que no viste y sobre el que no dirás nada, si sabes lo que es bueno para ti?

—Lo amas, y él te ama, ¿verdad? —preguntó Céline.

—Supongo que debe hacerlo, porque hay algunas personas peligrosas por ahí buscándome —dijo Rosemary—. Y él ha hecho todo lo posible para asegurarse de que crean que lo están buscando a él.

—No entiendo.

—Y no es necesario. Pero sí. El me ama. Yo lo amo. ¿Por qué?

—Es solo… —Ella quería preguntar cómo era eso, cómo se sentía. También quería extender la conversación. Temía estar sola de nuevo, varada en este puente entre el interminable negro del río y el cielo—. Solo quiero asegurarme de que tengas a alguien que te cuide.

—Nosotros cuidamos el uno del otro. Así es como funciona. Hablando de eso… —Miró a Céline con mirada apreciativa—. Estoy en deuda ahora, por ayudarme con el demonio. Y por mantener mi secreto.

—No dije que lo haría…

—Lo harás. Y no creo en las deudas, así que déjame hacerte un favor.

—No necesito nada —dijo Céline, lo que significaba: *No necesito nada que nadie pueda darme.*

—Mantengo mis ojos abiertos, y veo lo que está sucediendo en el mundo de los cazadores de sombras. Necesitas más de lo que crees. Por encima de todo, necesitas mantenerte alejada de Valentine Morgenstern.

Céline se puso rígida.

—¿Qué sabes sobre Valentine?

—Sé que eres su tipo, joven e impresionable, y sé que no se puede confiar en él. Presto atención. Tú también deberías. Él no te está diciendo todo. Lo sé. —Miró por encima del hombro de Céline, y sus ojos se agrandaron—. Alguien viene. Deberías salir de aquí.

Céline se dio la vuelta. Un Hermano Silencioso se deslizaba por la orilla izquierda, cerca del borde del puente. No había manera de saber si era el mismo que había conocido en el Mercado de Sombras, pero no podía correr el riesgo de toparse con él de nuevo. No después de lo que ella le había dicho. Fue muy humillante.

—Recuerda —dijo Rosemary—. No se debe confiar en Valentine.

—¿Y por qué debería confiar en *ti*?

—Por ninguna razón —dijo Rosemary. Sin decir una palabra más, ella caminó por el puente hacia el Hermano Silencioso.

El cielo se estaba tornando de un color rosa. La noche interminable finalmente había dado paso al amanecer.

* * *

Esperaba encontrar a tu esposo en este puente. Pero incluso mientras formaba las palabras, el Hermano Zachariah sintió su falsedad.

Había confiado en un hombre que sabía que no podía confiar. Había dejado que simpatizara con la descendencia Herondale, su deseo de creer que seguía habiendo algún vínculo entre Carstairs y Herondale —a pesar de que este hombre era apenas un Herondale y Zachariah apenas era un Carstairs—, había nublado su juicio. Y ahora era Jack Crow quien podría soportar las consecuencias.

—Él no vendrá. Y nunca volverás a verlo, cazador de sombras, así que te sugiero que no te molestes en buscar.

Entiendo que los cazadores de sombras le han dado a su familia todas las razones para no confiar en nosotros, pero…

—No lo tomes como algo personal. No confío en nadie —dijo—. Es cómo he logrado mantenerme con vida.

Ella era obstinada y grosera, y el Hermano Zachariah no pudo evitar sentir simpatía por ella.

—Quiero decir, si *iba* a confiar en alguien, no sería en un culto a los fundamentalistas violentos que se divierten ejecutando a los suyos… pero como dije, no confío en nadie.

Excepto en Jack Crow.

—Ese ya no es su nombre.

Cualquiera que sea el nombre que elija, siempre será un Herondale.

Ella rió, y cuando lo hizo, su rostro adquirió un aspecto extrañamente familiar. Familiar en la forma en que Jack Crow nunca había sido.

—No sabes tanto como crees, cazador de sombras.

El hermano Zachariah metió la mano en su túnica y sacó el collar de garza que había comprado en el mercado de las sombras. El collar, recordó, que Crow había vendido sin el permiso o el conocimiento de su esposa. Como un hombre podría hacer si no fuera realmente suyo. El colgante brillaba en la luz del amanecer. Zachariah notó su sorpresa, y ofreció la cadena.

Ella abrió su palma y le permitió colocar el colgante suavemente en su poder. Algo profundo en ella pareció asentarse cuando su mano se envolvió en el amuleto de la garza, como si hubiera perdido una parte esencial de su alma, y ahora se le hubiera sido devuelta.

—¿Una paloma? —Ella alzó sus cejas.

Una garza. ¿Tal vez lo reconoces?

—¿Por qué tendría que hacerlo?

Porque se lo compré a tu marido.

Sus labios estaban apretados en una línea delgada y estrecha. Su mano formó un puño alrededor de la cadena. Estaba claro que el niño en el puesto le había dicho la verdad: no sabía que el colgante había estado a la venta.

—¿Entonces por qué me lo das?

Ella podía fingir falta de interés, pero Zachariah se preguntó qué diría si se lo pedía de vuelta. Sospechaba que tendría una pelea en sus manos.

Porque tengo la sensación de que te pertenece a ti… y a tu familia.

Ella se tensó y el Hermano Zachariah notó el diminuto movimiento de su mano, como si instintivamente buscara un arma. Tenía instintos agudos, pero también autocontrol, arrogancia, gracia y lealtad, y la capacidad de gran amor y una risa que podía iluminar el cielo.

Había venido a París en busca del perdido Herondale.

Y él la había encontrado.

—No sé de lo que estás hablando.

Eres el Herondale. No es tu esposo. Eres tú. La heredera perdida de una noble línea de guerreros.

—No soy nadie —espetó ella—. Nadie de tu interés, al menos.

Podría entrar a tu mente y confirmar la verdad.

Ella se estremeció. Zachariah no tuvo que leer su mente para entender su pánico, o su creciente duda sobre sí misma mientras se apresuraba a descubrir cómo había visto a través del ardid.

Pero no entraría en tus secretos. Solo quiero ayudarte.

—Mis padres me dijeron todo lo que necesito saber sobre los cazadores de sombras —dijo, y el Hermano Zachariah entendió que esto era lo más cercano a una admisión que iba a recibir—. Tu preciosísima Clave. Tu *Ley.* —Escupió esa última palabra como si fuera veneno.

No estoy aquí como representante de la Clave. No tienen idea de que he venido a ti, o incluso de que existes. Tengo mis propios motivos para encontrarte, para querer protegerte.

—¿Y esos son?

No traspasaré tus secretos, y te pediría que no traspases los míos. Solo sé que debo una gran deuda a tu familia. Los lazos que me mantienen con los Herondale son más profundos que la sangre.

—Bueno, es amable de su parte y de todos, pero nadie le pidió que pague ninguna deuda —dijo Rosemary—. Jack y yo estamos bien, cuidándonos el uno al otro, y eso es lo que seguiremos haciendo.

Fue inteligente por tu parte hacer que pareciera que tu marido era a quien buscaba, pero…

—Fue inteligente de *Jack*. La gente lo subestima. Y pagan por ello.

… pero, si yo he podido penetrar en su estratagema, también podrían hacerlo los otros que te buscan. Y son más peligrosos de lo que crees.

—Esos «otros» de los que hablas mataron a mis padres. —El rostro de Rosemary no delató ninguna expresión—. Jack y yo hemos estado huyendo durante años. Créeme, sé exactamente lo peligroso que es esto. Y sé exactamente lo peligroso que es confiar en un extraño, incluso un extraño con poderes psíquicos ninja y un sentido de la moda profundamente extraño.

Una de las cosas que el Hermano Zacarías había aprendido en la Hermandad Silenciosa era el poder de la aceptación. A veces era más fuerte reconocer una lucha imposible de ganar y aceptar la derrota, lo mejor para comenzar a sentar las bases para la próxima batalla.

Aunque esto no era una batalla, se recordó a sí mismo. No podrías luchar por la confianza de una persona; solo podías ganarla.

Tu collar de garza ahora tiene un encantamento. Si te encuentras en problemas que no puedes enfrentar por ti misma, solo necesitas llamarme, y yo iré.

—Si crees que puedes rastrearnos a través de esta cosa…

Tu esposo sugirió que la única forma de ganar confianza es ofreciéndola. No intentaré encontrarte si prefieres no ser encontrada. Pero con este colgante, siempre puedes encontrarme. Confío en que me llamarás para pedir ayuda, siempre y cuando la necesites. Por favor, confía en que siempre responderé.

—¿Y quién eres, exactamente?

Puedes llamarme Hermano Zachariah.

—Podría, pero si termino en esta situación hipotética donde necesito que un monje sediento de sangre salve mi vida, prefiero saber tu nombre real.

Una vez fui… Había pasado tanto tiempo. Casi no se sintió con derecho al nombre. Pero había un placer profundo, casi humano, al permitirse reclamarlo. *Una vez fui conocido como James Carstairs. Jem.*

—Entonces, ¿a quién convocarás *tú* cuando encuentres problemas que no puedas enfrentar por tu cuenta, Jem? —Se abrochó el colgante alrededor de su cuello, y Zachariah sintió un poco de alivio. Al menos había ganado eso.

No anticipo que eso pase.

—Entonces no estás prestando atención.

Y luego ella lo tocó en el hombro inesperadamente, y con inesperada gentileza.

—Gracias por intentar —dijo ella—. Es un comienzo.

Y luego la vio alejarse.

El Hermano Zachariah observó la corriente de agua debajo del puente. Pensó en ese otro puente, en otra ciudad, donde una vez al año volvía a recordar al hombre que había sido una vez y los sueños que alguna vez tuvo ese hombre.

En el otro extremo del Pont des Arts, un joven músico callejero abrió un maletín con un violín y se llevó el instrumento a la barbilla. Por un momento, Zachariah pensó que lo estaba imaginando… que había evocado una fantasía de su yo anterior. Pero a medida que se acercaba —porque no podía mantenerse alejado—, se dio cuenta de que el músico era una niña. Era joven, no tenía más de catorce o quince años, llevaba el pelo recogido debajo de una gorra de vendedor de periódicos, una corbata de moño anticuada en el cuello de su blusa blanca.

Ella inclinó las cuerdas y comenzó a tocar una melodía inquietante. El Hermano Zachariah lo reconoció: un concierto de violín de Bartók que había sido escrito mucho después de que Jem Carstairs dejara el violín.

Los Hermanos Silenciosos no tocaban música. Tampoco escuchaban música, no de la manera ordinaria. Pero incluso con sus sentidos sellados a los placeres mortales, todavía escuchaban.

Jem escuchó.

Usaba un glamour; la músico debía haber supuesto que estaba sola. No hubo audiencia para su música, ninguna posibilidad de pago. Ella no estaba jugando para cambiar nada, sino para su propio placer. Ella enfrentó el agua, el cielo. Esta fue una canción para dar la bienvenida al sol.

A lo lejos, recordó la suave presión del mentón. Recordaba las puntas de sus dedos capeando a través de las cuerdas. Recordó el baile del arco.

Recordó cómo, a veces, había sentido que la música lo estaba interpretando.

No había música en la Ciudad Silenciosa; no había sol, ni amanecer. Solo había oscuridad. Solo había silencio.

París era una ciudad que disfrutaba de los sentidos —comida, vino, arte, romance—. En todas partes era un recordatorio de lo que había perdido, los placeres de un mundo que ya no era el suyo. Él había aprendido a vivir con la pérdida. Fue más difícil cuando se sumergió en el mundo así, pero era soportable.

Sin embargo, esto era algo más.

Lo único que sintió, mientras escuchaba la melodía, vio la proa bailando por las cuerdas, el gran hueco que se abría en su interior, haciendo eco solo del pasado. Eso lo hizo sentir completamente y desalmadamente inhumano.

El anhelo que sentía, el realmente escuchar, querer, *¿sentir?* Eso lo hizo sentir casi vivo.

Ven a casa, susurraron los Hermanos en su mente. *Es hora.*

Con los años, a medida que ganaba más control, el Hermano Zachariah había aprendido a aislarse de las voces de sus Hermanos cuando era necesario. Era algo extraño, la Hermandad. La mayoría suponía que era una vida solitaria y solitaria… y de hecho era solitaria. Pero nunca estuvo verdaderamente solo. La Hermandad siempre estaba allí, en el límite de su conciencia, observando, esperando. El Hermano Zachariah solo necesitaba extender una mano, y la Hermandad lo reclamaría.

Pronto, él les prometió. *Pero no todavía. Tengo más negocios aquí.*

Él era más Hermano Silencioso que nada. Pero él era aún menos Hermano Silencioso que los demás. Era un espacio liminal extraño, que le permitía un mínimo de privacidad… y un deseo que sus Hermanos habían abandonado hacía tiempo. Zachariah se encerró por un momento. Sintió un profundo pesar por su fracaso aquí, pero era bueno, era *humano*, sentir remordimiento, y quería saborearlo, todo por su cuenta.

O tal vez no todo por su cuenta.

De hecho había una actividad más antes de poder regresar a la Ciudad Silenciosa. Tenía que explicarse a sí mismo a la única persona que se preocupaba tanto por los Herondale como él.

Él necesitaba a Tessa.

* * *

Céline no fue al apartamento de Valentine con la intención de entrar. Eso habría sido una locura. Y de todos modos, después de una noche y un día de vagar ciegamente por la ciudad, también estaba privada de sueño para formar intenciones claras de cualquier cosa. Así que simplemente siguió un capricho. Quería la certeza que se apoderaba de ella en presencia de Valentine, el poder que él tenía para hacerle creer. No solo en él, sino en ella misma.

Después de su extraño encuentro en el puente, había considerado regresar al apartamento en el Marais. Sabía que Stephen y Robert debían estar al tanto de la actividad demoníaca inesperada, la posibilidad de que un rebelde cazador de sombras causara problemas y difundiera sospechas sobre el Círculo.

Ella no podría enfrentarlos. Que se preocuparan por ella y por lo que le había sucedido. O que no se preocuparan. Ya no le importaba.

Al menos, estaba tratando con todas sus fuerzas que no le importase.

Había pasado el día en el Louvre, en una galería inquietante que ninguno de los turistas quería ver, viejas máscaras etruscas y monedas de Mesopotamia. Había pasado horas allí cuando era más joven, mezclándose con las hordas de escolares. Cuando eras pequeño, era fácil pasar desapercibido.

Ahora entendía Céline que el desafío era ser vista… y una vez vista, soportar el juicio.

No podía dejar de pensar en la pareja en el puente, la forma en que se miraban el uno al otro. La forma en que se habían tocado, con tanto cuidado y tanta necesidad. Tampoco podía dejar de pensar en la advertencia de la mujer sobre Valentine. Céline estaba segura que podía confiar su vida a Valentine.

Pero si ella había estado tan equivocada acerca de Stephen, ¿cómo podía saber con certeza que tenía razón sobre cualquier cosa?

Valentine se alojaba en opulentos barrios del sexto distrito, en la misma calle que un famoso chocolatero y una *mercería* donde los sombreros personalizados cuestan más de lo que la mayoría de la gente gasta en alquileres. Golpeó la puerta ruidosamente. Cuando nadie respondió, fue bastante fácil abrir la cerradura.

Estoy entrando en el apartamento de Valentine Morgenstern, pensó, desconcertada por su acto. No parecía muy real.

El apartamento era elegante, casi regio, paredes cubiertas con flores de lis de oro, muebles cubiertos de terciopelo. Alfombras de felpa salpicaban los relucientes pisos de madera. Las pesadas cortinas doradas amortiguaban la luz. El único anacronismo de la sala era una gran caja de cristal en el centro, dentro de la cual yacía Dominique du Froid, atada, golpeada e inconsciente.

Antes de que ella pudiera decidir qué hacer, se escuchó el sonido de una llave que traqueteaba en la cerradura. El pomo de la puerta giró. Sin pensar, Céline se zambulló detrás de las gruesas cortinas. Se mantuvo muy, muy quieta.

Desde su escondite, no podía ver a Valentine caminando de un lado a otro por la sala de estar. Pero podía escuchar todo lo que necesitaba.

—Despierta —espetó.

Hubo una pausa, un crujido, y luego el grito de dolor de una mujer.

—¿Demonios Halphas? —dijo él, sonando parte divertido y enfurecido—. ¿En serio?

—Me dijiste que hiciera que pareciera real —gimió Dominique.

—Sí, te dije que lo hicieras *parecer* real… no ponerlos en peligro.

—También me dijiste que pagarías, pero aquí estoy, en una especie de jaula. Con una billetera vacía. Y un par de bultos indecorosos en mi cabeza.

Valentine suspiró pesadamente, como si esto fuera una irritante imposición en su tiempo.

—Les dijiste exactamente lo que acordamos, ¿no? ¿Y firmaste la confesión?

—¿No es eso lo que los pequeños mocosos te dijeron cuando me dejaron aquí? Entonces, ¿qué tal si me pagas por mis servicios y podemos olvidar que esto sucedió alguna vez?

—Con gusto.

Hubo un sonido extraño, uno que Céline no pudo ubicar. Luego un olor, uno que ella sí conocía: carne quemada.

Valentine se aclaró la garganta.

—Puedes salir ahora, Céline.

Ella se congeló. Retuvo la respiración al igual que perdió la habilidad de respirar.

—No somos muy buenos en ocultar cosas, ¿verdad? Vamos, muéstrate. —Juntó las manos bruscamente, como si convocara a una mascota—. No más juegos.

Céline salió de detrás de las cortinas, sintiéndose como una tonta.

—¿Sabías que estaba aquí? ¿Todo el tiempo?

—Te sorprendería todo lo que sé, Céline. —Valentine sonrió fríamente. Como siempre, estaba vestido de negro, lo que hizo que su cabello rubio parecía brillar con un fuego pálido. Céline supuso que para los estándares objetivos, Valentine era tan guapo como Stephen, pero era imposible pensar en él de esa manera. Era guapo como una estatua era hermosa: perfectamente esculpida, inflexible como la piedra. A veces en la Academia, Céline lo observaría con Jocelyn, preguntándose porqué un solo toque de ella podría derretir su hielo. Una vez, Céline los descubrió en un abrazo y había observado desde las sombras cómo se perdían el uno en el otro. Cuando rompieron el beso, Valentine levantó una mano hacia la mejilla de Jocelyn en un toque increíblemente tierno, y su expresión, mientras miraba su primer y único amor, era casi humana.

No había rastros de eso en él ahora. Abrió los brazos, como dándole la bienvenida a ella para que se sintiera como en casa en la opulenta sala de estar. La jaula en el centro estaba vacía, a excepción de una pila humeante de encaje negro y cuero. Dominique du Froid ya no estaba.

Valentine siguió su mirada.

—Era una delincuente —dijo—. Simplemente agilicé la inevitable sentencia.

Hubo rumores sobre Valentine, sobre el cambio que se había producido en él cuando su padre fue asesinado. Susurros oscuros sobre las crueldades que cometía no sólo infringiendo a los subterráneos, sino también a cualquiera que se hubiera cruzado con él. Cualquiera que lo hubiera cuestionado.

—Pareces preocupada, Céline. Incluso… asustada.

—No —dijo ella rápidamente.

—Es casi como si pensaras que irrumpir en mi apartamento para espiarme podría generar algún tipo de desagradable consecuencia.

—No estaba espiando, solo estaba…

La favoreció con una sonrisa entonces, tan cálida, tan soleada, que se sintió ridícula por haber tenido tanto miedo.

—¿Te quedarías para el té? Y tal vez algunos bizcochos. Parece que no has comido en un año.

Puso un banquete: no solo té y galletas, sino una barra de pan en rodajas, queso fresco y una pequeña olla de miel, un cuenco de arándanos que sabía como si hubieran sido arrancados de la rama. Céline no sabía que tenía hambre hasta que el sabor de la miel le golpeó la lengua. Ella se dio cuenta de que estaba hambrienta.

Dieron una pequeña charla educada parisina: sus cafés favoritos, sus lugares de picnic preferidos, el mejor puesto de crepas, los méritos relativos de Orsay y Pompidou. Entonces Valentine tomó un bocado abundante de baguette untado de queso y dijo, casi alegremente:

—Ya sabes, por supuesto, que los demás piensan que eres débil y no particularmente brillante.

Céline casi se atraganta con un arándano.

—Si fuera por la mayoría del Círculo, no estarías en él. Afortunadamente, esto no es una democracia. Creen que te conocen, Céline, pero no saben ni la mitad, ¿verdad?

Lentamente, ella negó con la cabeza. Nadie la conocía, no realmente.

—*Yo*, por otro lado, creía en ti. Confiaba en ti ¿Y pagas esta confianza con sospecha?

—Realmente no lo hice…

—Por supuesto, no tenías sospechas. Creías que prestarías un servicio social. Detrás de mis cortinas. Mientras estaba afuera.

—Bueno. *Oui*. Lo sospechaba.

—¿Ves? Eres inteligente. —Esa sonrisa otra vez, cálida y aprobatoria, como si ella hubiera cumplido sus intenciones—. ¿Y qué has descubierto de mí con tu intrépida investigación?

No tenía sentido fingir. Y Céline estaba casi tan curiosa como aterrorizada. Entonces dijo la verdad, lo que ella había supuesto.

—Dominique du Froid no estaba en el negocio con dos cazadores de sombras. Ella tenía negocios contigo. Estás tratando de encontrar a alguien, y nos estás usando para hacerlo.

—¿Nos?

—A mí. Robert. Stephen.

—Robert y Stephen, sí. De hecho, los estoy usando. ¿Pero tu? Estás aquí, ¿cierto? Estás obteniendo la historia completa.

—¿La estoy?

—Si la quieres…

Céline no había tenido el tipo de padres que leen sus cuentos de hadas. Pero ella había leído suficiente de ellos para conocer la regla principal de estas historias: ten cuidado con lo que deseas.

Y como todos los cazadores de sombras, ella lo sabía: todas las historias son ciertas.

—Quiero saber —dijo ella.

Le dijo que ella tenía razón. Estaba inculpando a dos cazadores de sombras, inocentes de estos crímenes pero culpables de uno mucho más grande… que estaba interponiéndose entre el Círculo.

—Están empantanados en la tradición, están en deuda con la corrupción de Clave. Y están empeñados en destruirme. Así que actué primero. —Había usado a la bruja para plantar pruebas, admitió. Ahora utilizaría a Stephen y Robert como testigos de su confesión—. Dado que ella, lamentablemente, ya no puede testificar.

—¿Qué hay de la Espada Mortal? —preguntó Céline—. ¿No te preocupa lo que sucederá cuando los cazadores de sombras acusados sean interrogados?

Valentine chasqueó la lengua, como si estuviera decepcionado de que ella no hubiera llegado a la conclusión correcta.

—Es muy desafortunado, nunca llegarán tan lejos. Sé que esos dos cazadores de sombras intentarán escapar durante su transporte a la Ciudad Silenciosa. Serán asesinados en el caos subsiguiente. Trágico.

Las palabras se sentaron pesadas entre ellos. Céline intentó procesarlo. Valentine no solo estaba acusando a dos cazadores de sombras, dos cazadores de sombras *inocentes*. Él planeaba asesinarlos a sangre fría. Este fue un crimen impensable, por el cual la Ley exigiría la muerte.

—¿Por qué me estás contando esto? —dijo, tratando de evitar que su voz temblara—. ¿Qué te hace pensar que no te entregaré? A no ser que…

A menos que no tuviera intención de dejarla salir de este apartamento con vida.

Un hombre que podría matar a dos cazadores de sombras a sangre fría podría matar presuntamente a un tercero. Todo en ella decía que debería levantarse de un salto, sacar su arma, luchar para salir de allí, correr directamente al Instituto de París, contarles todo. Detener esto —detenerlo a *él*—, antes de que fuera más lejos. Valentine la observó con calma, con las palmas en la mesa, como para decir: *Es tu turno*.

Ella no se movió.

La familia Verlac, que dirigía el Instituto de París, era amiga de sus padres. Más de una vez, los Verlac habían buscado su escondite y la habían dejado en su casa. Esa primera vez, ella había pedido asilo en el Instituto, donde supuestamente todos los cazadores de sombras tenían garantizado un hogar seguro. A Céline le dijeron que era demasiado joven para hacer tales pedidos, demasiado joven para saber qué significaba seguridad. Le dijeron que sus padres la amaban y que debería dejar de causarles tantos problemas.

Ella no le debía nada a esta gente.

Valentine, por otro lado, la había distinguido. Le había dado una misión, una familia. Ella le debía todo.

Se inclinó hacia ella, extendió su mano. Se obligó a sí misma a no estremecerse. Tocó su cuello ligeramente, donde el demonio Acaieral la había arañado.

—Estás herida.

—No es nada —dijo ella.

—Y estabas cojeando.

—Estoy bien.

—Si necesitas otro *iratze*…

—Estoy *bien*.

Él asintió, como si ella hubiera confirmado una sospecha.

—Sí. Lo prefieres de esta manera, ¿verdad?

—¿De qué manera?

—Con dolor.

Ahora Céline se estremeció.

—No —insistió ella—. Eso sería enfermizo.

—¿Pero sabes *por qué* lo prefieres? ¿Por qué persigues el dolor?

Ella nunca había entendido esto sobre sí misma. Solo lo sabía, muy dentro de sí, sin necesidad de palabras, conocía su verdad más esencial.

Había algo en el dolor que la hacía sentir más sólida, más real. Más en control. Algunas veces el dolor se sentía como lo único que *podía* controlar.

—Codicias el dolor, porque sabes que te hace fuerte —dijo Valentine. Se sentía como si hubiera dado nombre a su alma sin nombre—. ¿Sabes porqué te entiendo mejor que el resto de ellos? Porque somos lo mismo. Aprendimos muy pronto, ¿verdad? Crueldad, dureza, dolor: nadie nos protegió de las realidades de la vida y eso nos fortaleció. La mayoría de las personas están gobernadas por el miedo. Huyen del espectro del dolor y eso los debilita. Tú y yo, Céline, sabemos que el único camino a seguir es *enfrentando* el dolor. Invitar a la crueldad del mundo… y dominarla.

Céline nunca había pensado en sí misma de esta manera, dura y fuerte. Desde luego, nunca se había atrevido a pensar en sí misma como algo parecido a Valentine.

—Es por eso que te quería en el Círculo. Robert, Stephen, ¿los otros? Todavía son solo niños. Niños jugando en juegos para adultos. Todavía no han sido probados… lo serán, pero todavía no. Tú y yo, ¿sin embargo? Somos especiales No hemos sido niños desde hace mucho tiempo.

Nadie la había llamado fuerte. Nadie la había llamado especial.

—Las cosas se están acelerando —dijo Valentine—. Necesito saber quién está conmigo y quién no. Así que puedes ver porqué te dije la verdad sobre esta... —señaló al chamuscado montón de ropa de la bruja—, situación.

—Es una prueba —adivinó—. Una prueba de lealtad.

—Es una oportunidad —la corrigió—. Para darte mi confianza y recompensarte por la tuya. Mi propuesta: no hables sobre lo que has aprendido aquí y permite que los eventos continúen como propongo que pasen, y te entregaré a Stephen Herondale en bandeja de plata.

—¿Qué? Yo… yo no… yo…

—Te lo dije, Céline. Yo sé cosas Te conozco. Y puedo darte lo que quieres, si realmente lo quieres.

Ten cuidado con lo que deseas, pensó de nuevo. Pero oh, deseaba por Stephen. Incluso sabiendo lo que pensaba de ella, incluso con su risa burlona en sus oídos, incluso creyendo lo que Valentine dijo, que era fuerte y Stephen era débil, incluso sabiendo lo que sabía que era verdad, que Stephen no la amaba y nunca lo haría, ella lo deseaba. Siempre y para siempre.

—O puedes salir de este apartamento, correr hacia la Clave y contarles la historia que quieras. Salva a estos dos «inocentes» cazadores de sombras y pierde a la única familia que realmente se preocupó por ti —dijo Valentine—. La decisión es tuya.

* * *

Tessa Grey respiró en la ciudad que una vez, breve pero indeleblemente, había sido su hogar. Cuántas noches había permanecido en el mismo puente, contemplando la imponente sombra de Notre Dame, las ondeantes aguas del Sena, el orgulloso andamio de la Torre Eiffel… todo, la desgarradora belleza de París, borrosa por sus lágrimas incesantes. Cuántas noches había buscado en el río su reflejo intemporal, imaginando los segundos, días, años, siglos en que podría vivir, y cada uno de ellos en un mundo sin Will.

No, no imaginarlo.

Porque había sido inimaginable.

Inimaginable, pero aquí estaba, más de cincuenta años después, todavía viva. Todavía sin él. Con el corazón roto para siempre pero que sigue latiendo, aún fuerte.

Aún capaz de amar.

Ella había huido a París después de su muerte, permaneció hasta que fue lo suficientemente fuerte como para enfrentar su futuro, y no había vuelto desde entonces. A primera vista, la ciudad no había cambiado. Pero luego, en vista de las cosas, tampoco ella. No puedes confiar en que las cosas te muestren su verdad. No tienes que ser un cambiaformas para saber eso.

Lo siento mucho, *Tessa*. *La tuve, y la dejé ir.*

Incluso después de todos estos años, ella no estaba acostumbrada, esta versión fría de la voz de Jem hablando dentro de su mente, a la vez tan íntima y tan lejana. Su mano descansaba en la barandilla a escasos centímetros de la de ella. Ella podría haberlo tocado. Él no se apartaría, no de ella. Pero su piel estaría tan fría, tan seca, como la piedra.

Todo en él era como la piedra.

—La encontraste, eso es lo que nos propusimos hacer, ¿verdad? Esto nunca se trató de devolver al Herondale perdido al mundo de los cazadores de sombras o de elegir un camino para ella.

Había consuelo en el peso familiar del colgante de jade alrededor de su cuello, cálido contra su pecho. Todavía lo usaba todos los días, como lo había hecho desde el día en que Jem se lo regaló, más de un siglo atrás. Él no lo sabía.

Lo que dices es verdad, pero aún así. . . no parece correcto que un Herondale esté en peligro mientras no hace nada. Me temo que te fallé, Tessa. Que le he fallado a él.

Entre ella y Jem, solo había un *él.*

—La encontramos, por Will. Y sabes que Will querría que ella elija por sí misma. Justo como él lo hizo.

Si todavía hubiera sido totalmente Jem, ella lo habría abrazado. Ella lo habría dejado sentir, en su abrazo, su aliento, el latido de su corazón, cuán imposible era para él fallarle a ella o a Will.

Pero él era tanto Jem como no Jem. Él mismo e inconmensurablemente otro, y ella solo podía estar a su lado, asegurarle con palabras inútiles que ya había hecho suficiente.

Una vez le había advertido lo que sucedería, ya que se había vuelto menos él mismo, más Hermano silencioso, le había prometido que la transformación nunca sería completa.

Cuando ya no vea el mundo con mis ojos humanos, todavía seré una parte del Jem que conociste, había dicho. *Te veré con los ojos de mi corazón.*

Cuando ella lo miraba ahora, sus ojos y labios sellados, su cara fría, cuando respiraba su olor inhumano, como el papel, como la piedra, como nada que haya vivido o amado, ella trató de recordar esto. Trató de creer que una parte de él todavía estaba allí, viéndola, y deseando que lo vieran.

Se hacía más difícil cada año. Hubo momentos, a lo largo de las décadas, cuando el Jem que ella recordaba realmente se abría paso. Una vez, durante una de las innumerables guerras del mundo mundano, incluso le habían robado un beso… y casi algo más. Jem la había alejado antes de que las cosas fueran demasiado lejos. Después de eso, se había mantenido más alejado de Tessa, casi como si temiera lo que podría pasar si se acercaba al límite. Ese abrazo, en el que ella pensó casi todos los días, fue hace más de cuarenta años… y cada año, se parecía un poco menos a Jem, un poco menos humano. Temía que se olvidara a sí mismo, pieza por pieza.

Ella no podía perderlo. No a él también.

Ella estaría en su memoria.

Conocí a una chica aquí, dijo él, *enamorada de un Herondale.*

Ella imaginó que podía escuchar una leve sonrisa en su voz.

—¿Te recordó a alguien? —bromeó Tessa.

Su amor parecía causarle un gran dolor. Me hubiera gustado ayudarla.

Era una de las cosas que amaba de él, su permanente deseo de ayudar a cualquier persona necesitada. Esto era algo que la Hermandad Silenciosa no podía quitarle.

—Solía venir a este puente todo el tiempo, ya sabes, cuando vivía en París. Después de Will.

Es muy pacífico. Y muy hermoso.

Ella quería decirle que no era eso. No había venido por la paz o la belleza; había venido porque este puente le recordaba el puente Blackfriars, el puente que le pertenecía a ella y a Jem. Había venido porque estaba parada allí, suspendida entre la tierra y el agua, con las manos apretadas en la barandilla de hierro, la cara alzada hacia el cielo, le recordaba a Jem. El puente le recordó que todavía había alguien en el mundo que amaba. Que incluso si la mitad de su corazón se había ido para siempre, la otra mitad todavía estaba allí. Inalcanzable, tal vez, pero *aquí*.

Ella quería decirle, pero no podía. No sería justo. Sería pedirle algo a Jem que él no podía cumplir, y el mundo ya le había pedido demasiado.

—Él lo hubiera odiado, la idea de un Herondale por ahí que piense que no puede confiar en los cazadores de sombras. Uno que cree que somos los villanos.

Él podría haberlo entendido.

Eso era cierto. El mismo Will había sido educado para desconfiar de los cazadores de sombras. Sabía, mejor que la mayoría, cuán duramente trataba la Clave a aquellos que le daban la espalda. Se habría enfurecido al conocer esta rama perdida de su familia, al pensar en la Clave que intentaba ejecutar a una madre y un hijo por los pecados de un padre. Tessa temía por la seguridad de la Herondale perdida, pero deseaba persuadirla de que se podía confiar en algunos cazadores de sombras. Quería hacer entender a esta joven mujer que no todos eran duros e insensibles: que algunos de ellos eran como Will.

—A veces me enfado tanto con ellos, con los cazadores de sombras que nos precedieron, con los errores que cometieron. Piensa cuántas vidas han sido arruinadas por las elecciones de una generación anterior. —Pensaba en Tobias Herondale, pero también en Axel Mortmain, cuyos padres habían sido asesinados frente a él, y en Aloysius Starkweather, que había pagado por ese pecado con la vida de su nieta. Estaba pensando, incluso, en su propio hermano, cuya madre se había negado a reclamarlo como suyo. Quien podría haber encontrado el camino para ser un mejor hombre si hubiera sido más amado.

Sería injusto culpar al pasado por las elecciones hechas en el presente. Tampoco podemos justificar las elecciones presentes invocando los pecados del pasado. Tú y yo lo sabemos, mejor que la mayoría.

Jem también había visto cómo asesinaban a sus padres frente a él. Jem había soportado una vida de dolor, pero nunca se había dejado deformar por ello… nunca había pedido venganza o se convirtió en alguien vengativo. Y Tessa había sido concebida como una herramienta demoníaca, literalmente. Ella podría haber elegido aceptar este destino; ella podría haber elegido huir del mundo de las sombras por completo, regresar a la vida mundana que una vez había conocido y pretender que no veía la oscuridad. O podría haber reclamado esa oscuridad como propia.

Ella había elegido un camino diferente. Ambos lo hicieron.

Siempre tenemos otra opción, dijo Jem, y por una vez, la voz en su mente sonaba como él, cálida y cercana. *No siempre es la elección que desearíamos, pero de todos modos es una elección. El pasado nos pasa a nosotros. Pero elegimos nuestro futuro. Solo podemos esperar que nuestra Herondale perdida finalmente elija salvarse a sí misma.*

—Esa es la mejor esperanza para cualquiera de nosotros, supongo.

Jem deslizó su mano sobre la barandilla y la apoyó sobre la de ella. Era, como ella sabía que sería, frío. Inhumano.

Pero también era Jem: carne y hueso, innegablemente vivo. Y donde había vida, había esperanza. Tal vez no ahora, todavía no, pero algún día, todavía podrían tener su futuro. Ella eligió creerlo.

* * *

La iglesia de Saint-Germain-des-Prés fue fundada en 558 d.C.. La abadía original fue construida sobre las ruinas de un antiguo templo romano, y luego fue destruida dos siglos después en un asedio normande. Reconstruida en el siglo X d.C., la iglesia ahora ha perdurado, de una forma u otra, durante un milenio. Los reyes merovingios están enterrados en sus tumbas, al igual que el corazón arrancado de John II Casimir Vasa y el cuerpo decapitado de René Descartes.

Casi todas las mañanas, la abadía veía un constante goteo de turistas y lugareños observadores que deambulaban por su ábside, encendiendo velas, inclinando la cabeza, susurrando oraciones a cualquiera que estuviera escuchando. Pero esta mañana particularmente lluviosa de agosto, un letrero en la puerta indicaba que la iglesia estaba cerrada al público. Dentro, el Cónclave de París se había reunido. Los cazadores de sombras de toda Francia escuchaban solemnemente los cargos presentados contra dos de los suyos.

Jules y Lisette Montclaire se quedaron en silencio, con la cabeza gacha, mientras Robert Lightwood y Stephen Herondale testificaban de sus crímenes.

Su hija, Céline Montclaire, no fue llamada para hablar. Ella, por supuesto, no había estado presente para la revelación de la bruja de los crímenes de sus padres.

La escena se desarrolló como si Valentine la hubiera escrito él mismo, y como todos los demás presentes, Céline hizo exactamente lo que Valentine pretendía: nada.

Dentro, ella estaba en guerra consigo misma. Furiosa con Valentine por hacerla cómplice de la destrucción de sus padres; furiosa consigo misma por sentarse en silencio mientras sus destinos estaban sellados; más furiosa por su instinto de piedad. Después de todo, sus padres nunca le habían mostrado ninguna. Sus padres habían hecho todo lo posible para enseñarle que la misericordia era debilidad, y la crueldad era la fuerza. Entonces ella se armó de valor para ser fuerte. Se dijo que esto no era personal; esto fue

sobre proteger el Círculo. Si Valentine creía que este era el camino justo hacia adelante, entonces este era el único camino a seguir.

Vio a sus padres temblar de miedo bajo el ojo de acero del Inquisidor, y recordó que los dos se apartaban de ella, ignorando sus llantos, encerrándola en la oscuridad, y ella no dijo nada. Se sentó muy quieta, bajó la cabeza y aguantó. Ellos también le habían enseñado eso.

Los cazadores de sombras de Francia conocían a Céline, o pensaron que lo hacían: esa dulce y obediente hija del campo provenzal. Sabían lo devota que era con sus padres. Una hija tan obediente. Ella, por supuesto, heredaría su patrimonio.

Céline aguantó el peso de las miradas con dignidad. Ella no reconoció la mirada de compasión. Mantuvo la vista en el suelo cuando se emitió la sentencia y por eso no vio el horror en las caras de sus padres. Ella no los vio puestos bajo la custodia de los Hermanos Silenciosos, para ser transportados a la Ciudad Silenciosa. No esperaba que sobrevivieran el tiempo suficiente para enfrentarse a la Espada Mortal.

No habló con Robert o Stephen, y les dejó creer que era porque acababan de entregar a sus padres a la muerte.

Valentine se encontró con Céline justo afuera de la iglesia. Él le ofreció una crepa de nutella.

—Del puesto frente a Les Deux Magots —dijo—. Tus favoritas, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros, pero tomó lo que tenía para ofrecer. La primera mordida —avellana de chocolate y pasteles dulces—, era tan perfecta como siempre, y la hacía sentir como una niña otra vez.

A veces era difícil creer que alguna vez fue joven.

—Podrías habérmelo dicho —dijo ella.

—¿Y arruinar la sorpresa?

—Esos son mis padres.

—En efecto.

—Y tú los has matado.

—Todavía estaban vivos, la última vez que lo revisé —dijo Valentine—. Probablemente podrían quedarse así, con una palabra tuya. Pero no la escuché.

—Corriste un gran riesgo, no contándome toda la historia. Esperando que te deje… que los deje ir.

—¿Lo hice? —dijo él—. ¿O simplemente te conocía lo suficientemente bien como para saber exactamente qué elegirías? Saber que te estaba haciendo un favor.

Él la miró a los ojos. Ella no podía mirar hacia otro lado. Por primera vez, no quería hacerlo.

—No tienes que admitirlo, Céline. Solo entiende que lo sé. No estás sola en eso.

Él la *veía*; él entendía. Fue como si un músculo que había estado apretando toda su vida finalmente se liberara.

—Sin embargo, un trato es un trato —dijo—. Incluso si obtuviste más de lo que esperabas. Stephen es todo tuyo… ¿suponiendo que todavía sea lo que quieres?

—¿Cómo harías que eso sucediera exactamente? —preguntó ella, ahora era claro lo que Valentine era capaz—. No lo harías. . . no le harás daño, ¿verdad?

Valentine pareció decepcionado de ella.

—Stephen es mi amigo más cercano, mi teniente de más confianza. El hecho de que incluso puedas preguntar eso me hace cuestionar tu lealtad, Céline. ¿Quieres que cuestione tu lealtad?

Ella negó con la cabeza.

Entonces esa sonrisa cálida y blanda volvió a aparecer en su rostro. Ella no podía decir si este era el verdadero Valentine dejándose ver, o la máscara cayendo sobre su rostro.

—Por otro lado, sería una tontería por tu parte no preguntar. Y como hemos discutido, no hay nada tonto en ti. No importa lo que la gente pueda pensar. Entonces, a tu respuesta: no. Te lo juro, sobre el Ángel, no haré daño a Stephen en la promulgación de este acuerdo.

—¿Y no hay amenaza de sufrir daños?

—¿Piensas tan poco de ti misma que asumes que un hombre debería ser amenazado con sufrir daños antes de poder amarte?

Ella no respondió. No necesitaba hacerlo: seguramente podría leerlo en toda su cara.

—Stephen está con la mujer equivocada —le dijo Valentine, casi suavemente—. En el fondo, él sabe eso. Simplemente le dejaré esto tan claro como a nosotros, y el resto será tan fácil como caerse por un precipicio. Solo necesitas relajarte y dejar que la gravedad

haga su trabajo. No tengas miedo de alcanzar las cosas que realmente quieres, Céline. Está por debajo de ti.

Lo que ella realmente quería…

No era demasiado tarde para hablar, para salvar a sus padres.

O podría cumplir su palabra y mantener su secreto. Ella podía dejar que sus padres pagaran por lo que le habían hecho. Por el enrejado de cicatrices en su piel y su corazón. Por el hielo en su sangre. Si ella era la clase de hija que podía mandar a sus padres a la muerte, entonces no tenían a nadie a quien culpar sino a sí mismos.

Pero eso no significaba que tuviera que aceptar todo el trato. Incluso si ella permanecía en silencio, podía alejarse: lejos de Valentine, ahora que sabía de lo que era capaz. Lejos de Stephen, ahora que ella sabía lo que él pensaba de ella. Ella podría cerrar la puerta al pasado, comenzar de nuevo. Ella podría elegir una vida sin dolor, sin sufrimiento ni miedo.

¿Pero quién sería ella, sin dolor?

¿Qué era la fuerza, si no la resistencia del sufrimiento?

No hay nada más doloroso que el amor no correspondido, le había dicho el extraño Hermano Silencioso. *Un amor que no puede ser retribuido. No puedo pensar en nada más doloroso que eso.*

Si Valentine dijo que podría darle a Stephen Herondale, lo decía en serio. Céline no dudaba de esto. Él podía hacer cualquier cosa, y eso incluía encontrar una manera de forzar a Stephen Herondale a entrar en su vida y en sus brazos. Pero incluso Valentine no podía hacer que Stephen la amara.

Tener a Stephen significaría *no* tenerlo… significaría saber en cada momento, en cada abrazo, que él quería a alguien más. Significaría toda una vida de añoranza por una cosa que ella no podría tener. El Hermano Silencioso era sabio y dijo la verdad. No podía haber mayor dolor que eso.

—Tómate tu tiempo —dijo Valentine—. Es una gran elección.

—No necesito tiempo —le dijo a Valentine—. Lo quiero. Quiero a Stephen.

No se sentía como una elección, porque era la única opción que tenía.

FANTASMAS DEL MERCADO DE SOMBRAS #6
HIJO DEL ALBA
CASSANDRA CLARE
SARAH REES BRENNAN
Una novela del mundo de CAZADORES DE SOMBRAS

Fantasmas del Mercado de Sombras

Libro 6

Hijo Del Alba

de

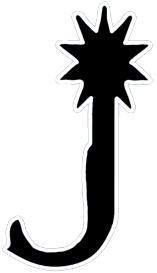
Cassandra Clare

y

Sarah Rees Brennan

Sinopsis

Los Lightwood, los cazadores de sombras que dirigían el Instituto de Nueva York, estaban esperando a la nueva incorporación a la familia: el hijo huérfano de un amigo de sus padres, Jace Wayland. Alec e Isabelle no están del todo seguros de querer un nuevo hermano, y sus padres no calman sus miedos, demasiado ocupados con las oscuras noticias que Raphael Santiago, el segundo al mando del clan de vampiros de Nueva York, ha traído del Mercado de las Sombras.



Ciudad de Nueva York, 2000

Todo mundo contiene otros mundos dentro. Las personas deambulan a través de todos los mundos que pueden encontrar, en busca de sus hogares.

Algunos humanos pensaban que su mundo era el único que existía. Pocos de ellos sabían de otros mundos tan cercanos a ellos como una habitación, o de los demonios intentando encontrar puertas a través de ellos, ni de los cazadores de sombras que cierran esas puertas. Menos aún conocían el submundo, la comunidad de criaturas mágicas con quienes compartían su mundo y creaban su propio espacio en él.

Cada comunidad necesita un corazón. Tenía que haber un área común donde todas pudieran reunirse, comerciar por bienes y secretos, encontrar el amor y la riqueza. Había Mercados de Sombras, donde se encontraban subterráneos y aquellos con la Visión, en todo el mundo. Por lo general estaban afuera.

Incluso la magia era un poco diferente en Nueva York.

El teatro abandonado en Canal Street se había mantenido desde la década de los *20s*, testigo silencioso del fulgor de la actividad de la ciudad, pero sin ser parte de ella. Los humanos que no tenían la Visión pasaban por su fachada de terracota con prisa en sus propios asuntos. Si le prestaban atención al teatro, pensaban que estaba tan oscuro e inmóvil como siempre.

No podían ver la bruma de la luz de las hadas que convertía el abatido anfiteatro y los desnudos salones de hormigón en dorados. Pero el Hermano Zachariah podía.

Caminó, una criatura de silencio y oscuridad, a través de salas con azulejos de color amarillo sol, paneles de oro y rojo brillando en el techo sobre él. Había bustos mugrientos por el pasar de los años establecidos en alcobas a lo largo de las paredes, pero esta noche las hadas habían persuadido flores y hiedra para enredarlas. Los hombres lobo habían

puesto pequeños amuletos centelleantes que representaban la luna y las estrellas en las ventanas tapadas, dando brillo a las deterioradas cortinas rojas que aún colgaban en los marcos arqueados. Había lámparas con marcos que al Hermano Zachariah le recordaron viejos tiempos, cuando él y todo el mundo habían sido diferentes. En una gran sala de teatro resonante colgaba un candelabro que no había funcionado en años, pero esta noche la magia de los brujos había encendido cada bombilla con una llama de diferente color. Como joyas ardientes, amatista y rubí, zafiro y ópalo, su luz creó un mundo privado que parecía nuevo y antiguo, y restauró el teatro a toda su gloria anterior. Algunos mundos solo duraban una noche.

Si el Mercado tuviera el poder de brindarle calor e iluminación solo por una noche, el Hermano Zachariah lo habría tomado.

Una persistente mujer hada había tratado de venderle un amuleto de amor cuatro veces. Zachariah deseó que tal encanto le funcionara. Criaturas tan inhumanas como él no dormían, pero a veces él se recostaba y descansaba, esperando algo como la paz. Pero nunca llegaba. Pasaba sus largas noches sintiendo el amor deslizarse entre sus dedos, ahora más un recuerdo que un sentimiento.

El Hermano Zachariah no pertenecía al submundo. Era un cazador de sombras, y no solo un cazador de sombras, sino uno de la Hermandad resguardada y encubierta dedicada a los secretos arcanos y los muertos, juramentada y dirigida al silencio y la retirada de cualquier mundo. Incluso los de su propia clase a menudo temían a los Hermanos Silenciosos, y los subterráneos normalmente evitaban a cualquier cazador de sombras, pero los subterráneos ya estaban acostumbrados a la presencia de este cazador de sombras en los Mercados.

El Hermano Zachariah había estado viniendo a los Mercados de Sombras durante cien años, en una larga búsqueda que incluso él había empezado a creer que sería infructuosa. Sin embargo, continuaba buscando. El Hermano Zachariah tenía muy poco, pero lo único que más tenía era tiempo, y siempre había tratado de ser paciente.

Esta noche, sin embargo, ya había quedado decepcionado. El brujo Ragnor Fell no tenía palabras para él. Ninguno de sus pocos contactos, minuciosamente reunidos a lo largo de las décadas, había asistido a este mercado. No se demoraba porque disfrutara de este Mercado de Sombras, sino porque recordaba haber disfrutado de los Mercados en el pasado.

Se habían sentido como un escape, pero el Hermano Zachariah apenas recordaba el deseo de escapar de la Ciudad de Hueso, a donde pertenecía. Siempre en el fondo de su mente, frías como una marea esperando a llevarse todas las demás cosas, estaban las voces de sus Hermanos.

Lo estaban instando a volver a casa.

El Hermano Zachariah se volvió bajo el brillo de las ventanas con paneles de diamantes. Estaba saliendo del Mercado, abriéndose camino entre la multitud que reía y reía, cuando escuchó la voz de una mujer que decía su nombre.

—Dime otra vez porqué queremos a este Hermano Zachariah. Los nefilim normales son lo suficientemente malos. Ángel en las venas, un dolor en el trasero, y apuesto a que los Hermanos Silenciosos son el paquete completo. Definitivamente no podemos sacarlo para el karaoke.

La mujer hablaba en inglés, pero la voz de un chico le respondió en español.

—Silencio. Lo veo.

Eran un par de vampiros, y cuando se volvió, el chico levantó una mano para atraer la atención de Zachariah. El vampiro con la mano en alto parecía tener quince años como mucho, y la otra lucía como una mujer joven de unos diecinueve años, pero eso no le decía nada a Zachariah. Zachariah seguía pareciendo joven también.

Era poco común que un subterráneo desconocido quisiera su atención.

—¿Hermano Zachariah? —preguntó el chico—. Vine a conocerte.

La mujer silbó.

—Ahora veo porqué podríamos quererlo. Holaaaa, Hermano Mackariah[29].

¿Sí? El Hermano Zachariah le preguntó al niño. Sintió lo que una vez hubiera sido sorpresa, y ahora al menos era intriga. *¿Puedo serles de alguna utilidad?*

—Ciertamente espero que sí —dijo el vampiro—. Soy Raphael Santiago, segundo al mando del clan de Nueva York, y no me gustan las personas inútiles.

La mujer agitó su mano.

—Soy Lily Chen. Él siempre se comporta así.

El Hermano Zachariah estudio a la pareja con nuevo interés. La chica tenía el cabello con mechones de amarillo neon y vestía un *qipao*[30] escarlata que le quedaba muy bien, y

---

[29] N.T. Apodo que Lily le da a Zachariah. «Mack» hace referencia a un hombre que siempre está coqueteando con mujeres.

[30] N.T. De origen chino, vestimenta larga normalmente de seda, adornado con cordones en las mangas y en el cuello, siendo usada casi siempre por mujeres.

a pesar de sus comentarios sonreía ante las palabras de su compañero. El cabello del chico era rizado, con un rostro dulce, y un aire de desdén. Tenía una pequeña cicatriz de quemadura en la base de su garganta, donde podría haber habido una cruz[31].

Creo que tenemos un amigo en común, dijo el Hermano Zachariah.

—No lo creo—dijo Raphael Santiago—. Yo no tengo amigos.

—Oh, muchas gracias —dijo la mujer a su lado.

—Tú, Lily —dijo Raphael fríamente—, eres mi subordinada. —Entonces se volvió a mirar al Hermano Zachariah—. Asumo que te refieres al brujo Magnus Bane. Él es un colega que tiene más asuntos con los cazadores de sombras de los que apruebo.

Zachariah se preguntó si Lily hablaba mandarín. Los Hermanos Silenciosos, hablando mente a mente no tenían necesidad de usar algún lenguaje, pero a veces Zachariah lo echaba de menos. Hubo noches —en la Ciudad Silenciosa siempre era de noche—, en las que no podía recordar su propio nombre, pero podía recordar el sonido de su madre, de su padre o su prometida hablando mandarín. Su prometida había aprendido algo del idioma sólo por él, en el momento en que había pensado que viviría para casarse con ella. No le habría importado hablar con Lily más tiempo, pero no le gustaba particularmente la actitud de su compañero.

Ya que parece que no te importan los cazadores de sombras, y tienes poco interés por nuestra conexión mutua, resaltó el Hermano Zachariah, *¿porque acercarte a mi?*

—Quería hablar con un cazador de sombras —contestó Raphael.

¿Por qué no ir a tu Instituto?

Los labios de Raphael se apartaron de sus colmillos en un gesto de desprecio. Nadie hacía gestos de desprecio como un vampiro, y este era particularmente adepto.

—Mi Instituto, como lo llamas, pertenece a personas que son… cómo puedo decirlo con tacto… Intolerantes y asesinos.

Un hada vendiendo cintas envueltas en glamour pasó por allí, arrastrando estandartes de color azul y morado.

La manera en la que lo has dicho no ha sido con mucho tacto, se vio obligado a señalar el Hermano Zachariah.

---

[31] N.T. El origen de esta cicatriz es revelado en «*Salvar a Raphael Santiago*», sexta historia de las Crónicas de Magnus Bane.

—No —dijo Raphael pensativo—. No es lo mío. Nueva York siempre ha sido un lugar de gran actividad de Subterráneos. Las luces de esta ciudad funcionan en las personas como si todos fuéramos hombres lobo aullando por una luna eléctrica. Una vez, antes de mi tiempo, un brujo intentó destruir el mundo[32]. La líder de mi clan hizo un desastroso experimento con drogas, en contra de lo que le aconsejé, e hizo de la ciudad su parque de matanza[33]. Las fatales luchas de los hombres lobo por el liderazgo son mucho más frecuentes en Nueva York que en cualquier otro lado. Los Whitelaw del Instituto de Nueva York nos entendían, y nosotros a ellos. Los Whitelaw murieron defendiendo a los Subterráneos de las personas que hoy ocupan su Instituto[34]. Por supuesto, la Clave no nos consultó cuando nos castigaron con los Lightwood. Ahora no tenemos ningún trato con el Instituto de Nueva York.

La voz de Raphael era intransigente, y el Hermano Zachariah pensó que debería estar preocupado. Había luchado en el Levantamiento cuando un grupo de jóvenes renegados se enfrentaron a sus propios líderes, y en contra de la paz con el Submundo. Él había oído hablar de la historia de la cacería de licántropos en Nueva York por parte del Círculo de Valentine y de los Whitelaw entrometiéndose, dando lugar a una tragedia que incluso ese grupo de furiosos jóvenes que odiaban a los subterráneos no planeaban. No había aprobado que los Lightwood y Hodge Starkweather fueran desterrados al Instituto de Nueva York, pero se decía que los Lightwood se habían establecido con sus tres hijos y sentían verdadero remordimiento por sus acciones pasadas.

El dolor y las luchas por el poder del mundo parecían muy lejanas en la Ciudad Silenciosa.

Zachariah no había pensado que los subterráneos tendrían tanto resentimiento hacia los Lightwood que incluso rechazarían su ayuda cuando de verdad necesitaran asistencia de los cazadores de sombras. Quizás debió pensarlo.

Los cazadores de sombras y los subterráneos tienen una larga y complicada historia llena de dolor, y gran parte de este dolor ha sido a causa de los nefilim, admitió el Hermano Zachariah. *Sin embargo, a través de las eras, han encontrado la manera de trabajar juntos. Sé que cuando seguían a Valentine Morgenstern, los Lightwood hicieron cosas terribles, pero si de verdad están arrepentidos, ¿no podrías perdonarlos?*

---

[32] N. T. Eventos provocados por Aldous Nix en «*El Levantamiento del hotel Dumort*», quinta historia de «Las Crónicas de Magnus Bane».

[33] N.T. Hechos ocurridos en Nueva York el 13 de julio de 1977 en «*La caída del hotel Dumort*» séptima historia de «Las Crónicas de Magnus Bane».

[34] N.T. Sucesos ocurridos en «*La última batalla del Instituto de Nueva York*», novena historia de «Las Crónicas de Magnus Bane».

—Siendo un alma maldita, no tengo objeción moral hacia los Lightwood —dijo Raphael en un profundo tono moralista—. Pero tengo fuertes objeciones a ser decapitado. Si se les da la mínima excusa, los Lightwood acabarían con mi clan.

La única mujer que Zachariah había amado era una bruja. La había visto sollozar debido al Círculo y sus efectos. El Hermano Zachariah no tenía razones para apoyar a los Lightwood, pero todos merecían una segunda oportunidad si la querían lo suficiente.

Y uno de los ancestros de Robert Lightwood había sido una mujer llamada Cecily Herondale.

Digamos que no lo harían, sugirió el Hermano Zachariah. *¿No sería preferible restablecer las relaciones con el Instituto en lugar de esperar a un Hermano Silencioso en el Mercado de Sombras?*

—Por supuesto que lo sería —dijo Raphael—. Reconozco que esta no es una situación ideal. No es la primera estratagema que me he visto forzado a emplear cuando requiero hablar con cazadores de sombras. Hace cinco años tomé un café con un Ashdown que estaba de visita.

Él y su compañera compartieron un estremecimiento de disgusto.

—Odio completamente a los Ashdown —comentó Lily—. Son muy tediosos. Creo que si me alimentara de uno de ellos me quedaría dormida a la mitad.

Raphael le lanzó una mirada de advertencia.

—No es que alguna vez haya soñado con beber la sangre de un cazador de sombras sin consentimiento, ¡porque eso sería violar los Acuerdos! —le dijo Lily al Hermano Zachariah con voz alta—. Los Acuerdos son profundamente importantes para mí.

Raphael cerró los ojos y una breve expresión de dolor pasó por su rostro, pero tras un instante los abrió y asintió.

—Entonces, ¿qué?, Hermano Bésamemackariah, ¿nos ayudarás? —preguntó Lily con entusiasmo.

Un frío peso de desaprobación se dio a conocer por parte de los integrantes de la Hermandad, como piedras que se presionaban contra su mente. A Zachariah se le permitía una gran libertad para ser un Hermano Silencioso, pero sus frecuentes visitas a los Mercados de las Sombras y su reunión anual con una dama en el Puente de Blackfriars ya estaban rozando los límites de lo que se podía permitir.

Si comenzaba a relacionarse con subterráneos en asuntos que podían ser perfectamente manejados por un Instituto, los privilegios del Hermano Zachariah correrían el peligro de ser suspendidos.

No podía arriesgarse a perder esa reunión. Todo menos eso.

Los Hermanos Silenciosos tienen prohibido interferir con los asuntos del mundo exterior. Sea cuál sea el problema que tengas, dijo el Hermano Zachariah, *te recomiendo encarecidamente que lo consultes con tu Instituto*.

Inclinó la cabeza y comenzó a alejarse.

—Mi problema es que los hombres lobo trafican *yin fen* en Nueva York —exclamó Raphael—. ¿Has oído hablar del *yin fen*?

Las campanas y las canciones del Mercado de Sombras parecieron quedarse en silencio.

El Hermano Zachariah se volvió bruscamente hacia los dos vampiros. Raphael Santiago lo miró fijamente con los ojos brillantes, lo que dejó al Hermano Zachariah sin dudas de que Raphael sabía mucho de la historia de los Hermanos Silenciosos.

—Ah —dijo el vampiro—. Veo que sí.

Zachariah solía intentar conservar los recuerdos de su vida mortal, pero ahora tenía que hacer un esfuerzo para desterrar el intrusivo horror de despertar como un niño con todo lo que amaba muerto, y el fuego de plata ardiendo en sus venas.

¿En dónde has oído hablar del yin fen*?*

—No tengo la intención de decírtelo—dijo Raphael—. Tampoco pretendo que eso esté disponible libremente en mi ciudad. Una gran cantidad de *yin fen* está de camino a la ciudad, a bordo de un barco que transporta carga de Shanghái, Ho Chi Minh, Viena e Idris. El barco descarga en la Terminal de Pasajeros de Nueva York. ¿Me ayudarás o no?

Raphael ya había mencionado que la líder de su clan había realizado peligrosos experimentos con drogas. Zachariah supuso que muchos clientes potenciales del submundo estaban hablando sobre el envío de *yin fen* en el Mercado. Que un subterráneo con un punto de vista conservador hubiera oído hablar de él era pura suerte.

Te ayudaré, dijo el Hermano Zachariah. *Pero debemos consultar con el Instituto de Nueva York. Si quieres, puedo ir contigo al Instituto y explicar las cosas. Los Lightwood apreciarán la información y a ti, por ofrecerla. Es una oportunidad para mejorar las relaciones entre el Instituto y todos los subterráneos de Nueva York.*

Raphael no parecía convencido, pero después de un momento asintió.

—¿Irás conmigo? —preguntó—. ¿No me fallarás? No escucharían a un vampiro, pero supongo que es posible que escuchen a un Hermano Silencioso.

Haré todo lo que pueda, dijo el Hermano Zachariah.

La astucia se deslizó en la voz de Raphael.

—Y si no me ayudan. Si ellos o incluso la Clave se niegan a creerme, ¿qué harás?

Incluso entonces te ayudaré, dijo el Hermano Zachariah, haciendo caso omiso del frío aullido de sus hermanos en su mente y pensando en los ojos claros de Tessa.

Temía que le prohibieran reunirse con Tessa este año, pero cuando se encontrara con ella, quería verla sin que algo le preocupara. No podía permitir que ningún niño sufriera lo que él había sufrido, no si podía evitarlo.

Zachariah no podía sentir todo lo que había sentido cuando era mortal, pero Tessa todavía podía sentir. No podía decepcionarla. Ella era la última estrella que tenía para guiarse.

—Iré al Instituto contigo —se ofreció Lily.

—No harás tal cosa —estalló Raphael—. No es seguro. Recuerda, el Círculo atacó a Magnus Bane.

El frío de la voz de Raphael podría haber dejado toda la ciudad de Nueva York bajo hielo durante una semana en pleno verano. Miró al hermano Zachariah con desaprobación.

—Magnus inventó vuestros portales, y no es que reciba ningún crédito por parte de los cazadores de sombras. Él es uno de los brujos más poderosos del mundo, y tan blando de corazón que corre en ayuda de asesinos maliciosos. Él es lo mejor que el submundo tiene para ofrecer. Si el Círculo lo tenía como objetivo, entonces podrían deshacerse de cualquiera de nosotros.

—Habría sido una maldita pena —confirmó Lily—. Magnus hace unas fiestas increíbles.

—No lo sabría —dijo Raphael, lanzando una mirada de disgusto a los alegres disturbios del Mercado—. No me gusta la gente. O las reuniones.

Un hombre lobo con una cabeza encantada de luna llena hecha de papel maché empujó a Raphael, gritando «¡Auuuu!». Raphael se volvió para mirarlo, y el hombre lobo se echó hacia atrás con las manos en alto, murmurando.

—Uy, perdón. Mi error.

A pesar de la ligera sensación de compañerismo con el hombre lobo, el Hermano Zachariah se relajó un poco ante esa evidencia de que el vampiro no era del todo horrible.

Entiendo que valoras mucho a Magnus. Yo también. Una vez él ayudó a alguien muy querido para…

—¡No, no lo entiendo! —le interrumpió Raphael—. Y no me importa tu historia. No le digas que he dicho nada de esto. Puedo opinar sobre mis colegas. Eso no significa que tenga sentimientos personales hacia ellos.

—Ey, hombre, es bueno verte —dijo Ragnor Fell, que pasaba por allí.

Raphael hizo una pausa para chocar puños con el brujo verde antes de que Ragnor desapareciera entre los puestos, los sonidos y las luces de muchos colores del Mercado. Lily y el Hermano Zachariah lo miraron.

—¡Él es otro colega! —protestó Raphael.

Me agrada Ragnor, dijo el Hermano Zachariah.

—Bien por ti —gruñó—. Deléitate con tu afición de confiar y simpatizar con todos. Me suena tan atractivo como tomar el sol.

Zachariah sintió que se había familiarizado con otra razón, además de la malvada exnovia vampiro de Magnus, por la que Magnus siempre parecía tener migraña cuando la gente mencionaba el clan de vampiros de Nueva York en su presencia. Él, Lily y Raphael pasearon a través del Mercado.

—¿Encantamiento de amor para el hermoso Hermano Silencioso? —preguntó la mujer hada por quinta vez mirando airadamente a través de su pelo de diente de león. A veces podría desear que el Mercado de las Sombras no se hubiera acostumbrado tanto a él.

Recordaba a esa hada, pensó, recordando vagamente que había lastimado a un niño de cabello dorado. Había sido hacía tanto tiempo. Se había preocupado mucho en ese momento.

Lily bufó.

—No creo que el Hermano Cabalga-sobre-mi-espaldariah necesite un encantamiento de amor.

Gracias, pero no, le dijo el Hermano Zachariah a la mujer hada, *me siento muy halagado, aunque el Hermano Enoch es una buena figura de hombre*.

En la mente de Zachariah, el Hermano Enoch estaba molesto por ser el objeto de un chiste.

—O quizá, tú y la dama disfrutarían de unas lágrimas de fénix para una noche de pasión ardien… —Se calló de repente, y se escabulló a través del piso de concreto con pasos rápidos por todo el puesto—. Uuups, ¡no importa! No te había visto, Raphael.

Las delgadas cejas de Raphael subieron y bajaron como una guillotina.

—Más aguafiestas que el Hermano Silencioso —murmuró Lily—. Oh, qué vergüenza.

Raphael lucía como un fanfarrón. El destello y el torbellino del Mercado de Sombras brillaba con un pálido resplandor en los ojos de Zachariah. A él no le gustaba la idea de que el *yin fen* se extendiera como pólvora plateada en otra ciudad, matando tan rápido como una llama o lentamente como un humo asfixiante. Si venía tenía que detenerlo. Este viaje al Mercado había sido útil después de todo. Si no podía sentir, podría actuar.

Quizá mañana por la noche los Lightwood se ganen tu confianza, dijo el Hermano Zachariah mientras él y los vampiros salían al mundano bullicio de Canal Street.

—No lo creo —dijo Raphael.

Siempre me ha parecido mejor esperar que desesperar, dijo suavemente el Hermano Zachariah. *Te esperaré fuera del Instituto*.

Detrás de ellos, las luces encantadas brillaban y el sonido de la música de las hadas resonó a través de los pasillos del teatro. Una mujer mundana se volvió hacia el edificio. La brillante luz azul caía en un extraño haz sobre sus ojos ciegos.

Los dos vampiros se dirigían hacia el este, pero a mitad de la calle, Raphael se volvió hacia donde se encontraba el Hermano Zachariah. En la noche, lejos de las luces del Mercado, la cicatriz del vampiro era blanca y sus ojos negros. Sus ojos habían visto demasiado.

—La esperanza es para tontos. Nos encontraremos mañana por la noche, pero recuerda esto, Hermano Silencioso —dijo—. Un odio así no se desvanece. El trabajo del Círculo aún no ha terminado. El legado Morgenstern reclamará más víctimas. No pretendo ser una de ellas.

Espera, dijo el Hermano Zachariah. *¿Sabes por qué el barco está descargando su carga en la terminal de cruceros?*

Raphael se encogió de hombros.

—Te dije que el barco estaba llevando carga de Idris. Creo que algún mocoso cazador de sombras está a bordo.

El Hermano Zachariah se alejó del Mercado solo, pensando en un niño en un barco con carga mortal, y la posibilidad de más víctimas.

* * *

Isabelle Lightwood no estaba acostumbrada a sentirse nerviosa por nada, pero cualquiera podría sentirse aprensivo ante la perspectiva de una nueva incorporación a la familia.

Esto no era como antes de que Max naciera, cuando Isabelle y Alec habían hecho apuestas sobre si sería niño o niña, y luego mamá y papá confiaron en ellos lo suficiente como para dejarlos turnarse para abrazarlo, el bulto más pequeño y tierno imaginable.

Un chico más mayor que Isabelle estaba siendo arrojado a su puerta, y se suponía que viviría con ellos. Jonathan Wayland, el hijo del *parabatai* de papá, Michael Wayland. Lejos en Idris, Michael Wayland había muerto, y Jonathan necesitaba un hogar.

Secretamente, Isabelle estaba un poco emocionada. A ella le gustaba la aventura y la compañía. Si Jonathan Wayland fuera tan divertido y buen luchador como Aline Penhallow, que a veces venía de visita con su madre, Isabelle estaría contenta de tenerlo.

Excepto que no era lo único que Isabelle debía considerar.

Sus padres habían estado peleando sobre Jonathan Wayland desde que llegó la noticia de la muerte de Michael. Isabelle se dio cuenta de que a mamá no le

agrabada Michael Wayland. Tampoco estaba segura de que a papá le gustara demasiado. Isabelle nunca había conocido a Michael Wayland. Nunca había sabido que papá tenía un *parabatai*. Ni mamá ni papá hablaban de cuando ellos eran jóvenes, excepto una vez que mamá dijo que cometieron muchos errores. Isabelle a veces se preguntaba si se habían mezclado en el mismo problema que su tutor, Hodge. Su amiga Aline dijo que Hodge era un criminal.

Independientemente de lo que sus padres hubieran hecho o dejado de hacer, Isabelle no creía que su madre quisiera que Jonathan Wayland fuera un recordatorio de sus errores en su propia casa.

Papá no parecía muy feliz cuando hablaba sobre su *parabatai*, pero parecía decidido a que Jonathan viviera con ellos. Jonathan no tenía otro lugar a donde ir, insistió papá, y debía estar con ellos. Eso era lo que significaba ser *parabatai*. Una vez, cuando los escuchó gritar a escondidas, Isabelle escuchó a papá decir:

—Se lo debo a Michael.

Mamá aceptó dejar que Jonathan estuviera durante un tiempo de prueba, pero ahora que habían dejado de gritarse, ella ya no le hablaba a papá. Isabelle estaba preocupada por ambos, y especialmente por su madre.

Isabelle también tenía que considerar a su hermano.

A Alec no le gustaba la gente nueva. Siempre que cazadores de sombras extraños llegaban de Idris, Alec desaparecía misteriosamente. En una ocasión Isabelle lo encontró escondido detrás de un gran jarrón, argumentando que se había perdido de camino a la sala de entrenamiento.

Jonathan Wayland estaba tomando un barco hacia Nueva York. Estaría en el Instituto a la mañana siguiente.

Isabelle estaba en la sala de entrenamiento, practicando con su látigo y reflexionando sobre el problema de Jonathan Wayland, cuando escuchó pasos apresurados y su hermano Alec asomó la cabeza por la puerta. Sus ojos azules brillaban.

—Isabelle —dijo—. ¡Ven rápido! Un Hermano Silencioso tiene una reunión con mamá y papá en el Santuario. ¡Y con un *vampiro*!

Isabelle corrió a su habitación para quitarse su equipo de combate y meterse en un vestido, los Hermanos Silenciosos eran una fantástica compañía, casi como si el Cónsul hubiera venido de visita.

Para el momento en el que bajaba la escaleras, Alec estaba ya en el Santuario observando la reunión, y sus padres conversaban profundamente con el Hermano Silencioso. Isabelle escuchó a su madre decirle algo al Hermano Silencioso que sonaba como: «¡Yogurt! ¡Increíble!»

Tal vez no era «yogurt». Tal vez era una palabra diferente.

—¡En el barco con el hijo de Michael! —dijo papá. No podría ser yogurt, a menos que Jonathan Wayland tuviera una seria alergia a los lácteos.

El Hermano Silencioso era mucho menos aterrador de lo que Isabelle había esperado. De hecho por lo que Isabelle podía ver bajo la capucha, el se parecía a uno de esos cantantes mundanos que había visto en pósters por toda la ciudad. Por la forma en la que Robert asentía con la cabeza hacia él y Maryse estaba inclinada hacia él en su silla, Isabelle podía ver que se llevaban bien.

El vampiro no estaba conversando con sus padres. Estaba apoyado en una de las paredes, con los brazos cruzados, y mirando al suelo. Parecía que no le interesaba llevarse bien con nadie. Parecía un niño, apenas mayor que ellos, y habría sido casi tan guapo como el Hermano Silencioso si no fuera por su expresión agria. Llevaba una chaqueta de cuero negro para completar su ceño fruncido. Isabelle deseó poder ver los colmillos.

—¿Puedo ofrecerte un café? —le dijo Maryse al vampiro en un tono frío y forzado.

—No bebo... café —dijo el vampiro.

—Qué extraño —dijo Maryse—. Escuché que tomaste un delicioso café con Catherine Ashdown.

El vampiro se encogió de hombros. Isabelle sabía que los vampiros estaban muertos y no tenían alma y todo eso, pero no entendía por qué tenían que ser groseros.

Le dio un codazo a Alec en las costillas.

—Quién se cree ese vampiro, ¿puedes creerlo?

—¡Lo sé! —susurró Alec—. ¿No es *increíble*?

—¿Qué? —dijo Isabelle, agarrando el codo de Alec.

Alec no la miró. Estaba estudiando al vampiro. Isabelle comenzó a tener la misma sensación incómoda que tenía siempre que notaba a Alec mirando los

mismos carteles de cantantes mundanos que ella había notado. Alec siempre se ponía rojo y se enojaba cuando lo veía mirar. Isabelle a veces pensaba que sería bueno hablar de los cantantes, de la forma en la que ella había escuchado a las chicas mundanas hacerlo, pero sabía que Alec no querría. Una vez mamá les había preguntado qué estaban mirando, y Alec se había asustado.

—No te acerques a él —instó Isabelle—. Creo que los vampiros son asquerosos.

Isabelle estaba acostumbrada a poder susurrarle a su hermano al oído entre la multitud. El vampiro volvió la cabeza ligeramente, e Isabelle recordó que los vampiros no tenían un patético sentido del oído como los mundanos. El vampiro definitivamente podría escucharla.

Este descubrimiento desagradable hizo que Isabelle relajara su agarre sobre Alec. Ella observó horrorizada cómo se apartaba de ella y avanzaba con nerviosa determinación hacia el vampiro. No queriendo quedarse fuera, Isabelle le siguió unos pasos por detrás.

—Hola —dijo Alec—. Es, em, un placer conocerte.

El chico vampiro le lanzó una mirada de mil metros que sugería que mil metros estaban demasiado cerca y el vampiro deseaba estar disfrutando de una feliz soledad en los lejanos confines del espacio.

—Hola.

—Soy Alexander Lightwood —dijo Alec.

—Yo soy Raphael —dijo el vampiro, haciendo una mueca como si la introducción fuera información vital que se le estaban sacando a la fuerza.

Cuando puso esa cara, Isabelle vio los colmillos. No eran tan geniales como ella había esperado.

—Básicamente tengo doce años —continuó Alec, quien obviamente tenía once —. No pareces mucho mayor que yo. Pero sé que es diferente con los vampiros. Supongo que te quedarás a la misma edad en la que te detuviste, ¿verdad? Como si tuvieras quince años, pero hubieras cumplido quince años durante cien años. ¿Cuánto tiempo has tenido quince años?

—Tengo sesenta y tres —le contestó Raphael inexpresivo.

—Oh —dijo Alec—. Oh. Oh, eso mola.

Avanzó un par de pasos hacia el vampiro. Raphael no dió un paso atrás, pero se notaba que quería hacerlo.

—Además —Alec añadió tímidamente—, tu chaqueta también mola.

—¿Por qué estás hablando con mis *hijos*? —preguntó mamá bruscamente.

Ella ya estaba levantada de su silla frente al Hermano Silencioso, y mientras hablaba se agarró a Alec e Isabelle. Sus dedos se cerraron en pinzas; estaba cogiéndolos con demasiada fuerza, y el miedo parecía transmitirse hacia Isabelle a través del contacto de su madre, a pesar de que no había estado asustada antes.

El vampiro no había estado mirándolos como si pensara que serían deliciosos en ningún momento. Tal vez así era como los atraía sin que lo notaran, Isabelle reflexionó. Tal vez Alec estaba hechizado por el encanto del vampiro. Sería bueno poder culpar al subterráneo por hacer que Isabelle se preocupara.

El Hermano Silencioso se alzó de su silla y se acercó a ellos. Isabelle oyó al vampiro susurrar al Hermano Silencioso, y estaba bastante segura de que dijo:

—Esto es mi pesadilla.

Isabelle le sacó la lengua. Los labios de Raphael se curvaron una pequeñísima fracción para mostrar sus colmillos. Entonces Alec cruzó mirada con Isabelle, para asegurarse de que no estaba asustada. Isabelle no le tenía miedo a casi nada, pero Alec siempre estaba preocupado.

Raphael vino aquí preocupado por un niño cazador de sombras, dijo el Hermano Silencioso.

—No, eso no es verdad —dijo Raphael con desprecio—. Deberías vigilar a tus hijos. Una vez maté a una pandilla de muchachos no mucho mayores que tu chico. ¿Debo tomar esto como una negación a nuestro pedido de ayuda con el cargamento? Estoy profundamente sorprendido. Bueno, lo intentamos. Es hora de irnos, Hermano Zachariah.

—Espera —dijo Robert—. Claro que les ayudaremos. Nos encontraremos en el punto de entrega de Nueva Jersey.

Naturalmente, su padre ayudaría, pensó Isabelle, indignada. Este vampiro era un idiota. Independientemente de los errores que pudieran haber cometido cuando eran muy jóvenes, sus padres dirigían este Instituto y habían matado montones y montones de demonios malvados. Cualquier sensato sabría que siempre se podía contar con su padre.

—Puedes consultarnos en otros asuntos de cazadores de sombras cuando quieras —añadió su madre, pero no soltó a Alec e Isabelle hasta que el vampiro y el Hermano Zachariah dejaron el Instituto.

Isabelle había pensado que la visita sería emocionante, pero había terminado sintiéndose fatal. Deseó que Jonathan Wayland no viniera.

Los invitados eran terribles, e Isabelle no quería ninguno más.

* * *

El plan era infiltrarse en el barco sin ser detectados, detener a los contrabandistas y deshacerse del *yin fen*. El muchacho nunca tendría que enterarse de nada.

Era casi agradable estar de nuevo en uno de los brillantes botes de los cazadores de sombras. De niño, el Hermano Zachariah había estado en los trimaranes de casco múltiple en los lagos de Idris y una vez su *parabatai* había robado uno y remaron en él por el Támesis. Ahora él, un nervioso Robert Lightwood y dos vampiros habían usado uno para navegar las negras aguas nocturnas del río Delaware desde el puerto de Camden. Lily se quejaba de que estaban prácticamente en Filadelfia, hasta que el bote se acercó al enorme carguero. Dawn Trader[35] estaba escrito en letras azul oscuro en su gris lateral. Esperaron su oportunidad y Robert lanzó un gancho.

El Hermano Zachariah, Raphael, Lily y Robert Lightwood subieron al bote y se encontraron con una cabina desierta. El viaje, corto y cauteloso, los dejó con la impresión de que no había una tripulación mundana a bordo. Escondiéndose allí, contaron las voces de los contrabandistas y se dieron cuenta que eran muchos más de los que pensaban.

—Oh no, Hermano Te-brincaré-encimariah —susurró Lily—. Creo que tendremos que luchar contra ellos.

Parecía muy animada con el prospecto. Cuando habló, guiñó el ojo y se quitó su banda con plumas del cabello con mechones amarillos.

---

[35] N.T. En español podría llamarse «Mercader del Alba».

—Es de la década de 1920, así que no quiero estropearlo —explicó y señaló a Raphael—. La he tenido más tiempo que a él. Él es de 1950. La nena del jazz y un adolescente de *Vaselina* enfadado contra el mundo.

Raphael puso los ojos en blanco.

—Desiste de los apodos, están empeorando.

Lily se rió.

—No lo haré. Una vez ves a Zachariah, no puedes dar vueltariah.

Raphael y Robert Lightwood parecían espantados, pero a Zachariah no le importaban los apodos. No escuchaba risas a menudo.

Lo que le preocupaba era el muchacho.

No podemos permitir que Jonathan se asuste o salga herido, dijo.

Robert asintió y los vampiros lucían despreocupados, cuando la voz de un chico se escuchó desde fuera de la puerta.

—No le temo a nada —dijo él.

Jonathan Wayland, supuso Zachariah.

—¿Entonces por qué preguntas sobre los Lightwood? —preguntó la voz de una mujer. Sonaba irritada—. Te acogerán. No serán crueles contigo.

—Solo tenía curiosidad —dijo Jonathan.

Claramente estaba intentando sonar aireado y distante, y no lo hacía mal. Su voz sonaba casi arrogante. El Hermano Zachariah pensó que podría convencer a la mayoría de las personas.

—Robert Lightwood tiene cierta influencia en la Clave —comentó la mujer—. Es un hombre fuerte. Estoy seguro de que está listo para ser un padre para ti.

—Yo tenía un padre —dijo Jonathan, tan frío como el viento nocturno.

La mujer estaba en silencio. A través de la cabina, la cabeza de Robert Lightwood estaba inclinada.

—Pero, la madre —dijo Jonathan con un toque tentativo—. ¿Cómo es la señora Lightwood?

—¿Maryse? Apenas la conozco —contestó la mujer—. Ya tiene tres hijos. Cuatro serán mucho trabajo.

—No soy un niño —dijo Jonathan—. No la molestaré. —Guardó silencio y observó a su alrededor—. Hay muchos hombres lobo a bordo.

—Agh, los niños criados en Idris son agotadores —dijo la mujer—. Los hombres lobo son una realidad, desafortunadamente. Las criaturas están en todos lados. Vete a la cama, Jonathan.

Escucharon como otra puerta de cabina se cerraba y la cerradura se aseguraba.

—Ahora —dijo Robert Lightwood—. Vampiros, a estribor. Hermano Zachariah y yo, a babor. Contened a los lobos como sea posible, después encontrad el *yin fen*.

Se separaron en la cubierta. Era una noche difícil, el viento empujaba la capucha de Zachariah y la cubierta se sacudía bajo sus pies. Zachariah no podía abrir los labios para probar la sal en el aire.

Nueva York era un destello en el horizonte, brillando como las luces del Mercado de Sombras en la oscuridad. No podían permitir que el *yin fen* llegará a la ciudad.

Había un par de hombres lobo en la cubierta. Uno estaba transformado y Zachariah podía ver un tinte plateado en su pelaje. El otro había perdido color de los dedos. Zachariah se preguntó si sabían que estaban muriendo. Recordó vívidamente cómo se sentía cuando el *yin fen* lo estaba matando.

A veces era bueno no tener sentimientos. A veces ser humano dolía demasiado, Zachariah no podía permitirse sentir lástima.

El hermano Zachariah golpeó con su báculo una de las cabezas y al darse vuelta, Robert Lightwood ya se había encargado del otro. Estaban quietos y preparados, escuchando el aullido del viento y las olas del mar, esperando que los otros vinieran de bajo cubierta. Entonces Zachariah escuchó los sonidos del otro lado del barco.

Quédate donde estás, le dijo a Robert. *Iré con los vampiros*.

El Hermano Zachariah tuvo que luchar para llegar a ellos. Eran más lobos de los que había pensado. A través de sus cabezas podía ver a Raphael y Lily, saltando como sombras insustanciales y sus colmillos brillaban a la luz de la luna.

Podía ver los colmillos de los lobos también. Zachariah lanzó un lobo a un lado del barco y le rompió los dientes de otro con el mismo movimiento, entonces tuvo que esquivar unas garras que casi lo alcanzaron. Había demasiados.

Con vaga sorpresa Zachariah pensó que ese podría ser el final. Debía estar más impresionado por la idea, pero todo lo que conocía era el vacío que sentía caminando a través del Mercado y el sonido de las voces de sus Hermanos, tan frías como el mar. No le importaban esos vampiros. No se importaba a sí mismo.

El rugido de un lobo sonó en sus oídos, y tras eso vino una ola rompiendo. Los brazos del Hermano Zachariah dolían de sostener el báculo. Todo debería haber terminado hacía mucho tiempo, de todas formas. Apenas podía recordar alguna razón por la cual luchaba.

En la cubierta un hombre lobo, casi completamente transformado, giró sus garras directamente hacia el corazón de Lily. Ella ya estaba ocupada con sus manos alrededor del cuello de otro hombre lobo. No tenía la oportunidad de defenderse.

Una puerta se abrió de golpe, y una cazadora de sombras corrió hacia el grupo de licántropos. No estaba preparada. Un lobo cortó su garganta, y cuando Zachariah trató de ayudarla, un hombre lobo se lanzó contra su espalda. El báculo se cayó de sus dedos cansados. Un segundo hombre lobo se subió encima de él, con garras clavadas en sus hombros, obligándolo a ponerse de rodillas. Otro más lo atacó y la cabeza de Zachariah golpeó contra la madera. La oscuridad se alzó frente a él. La voz de sus Hermanos se estaba alejando, junto con el sonido de las olas y la luz de este mundo que ya no lo tocaba.

Los ojos de la mujer fallecida miraban su rostro, un último destello vacío antes de que la oscuridad consumiera todo. Parecía como si él estuviera tan vacío como ella. ¿Por qué había estado luchando?

Entonces recordó. No podía permitirse olvidarlo.

Tessa, pensó. *Will.*

La desesperación nunca era más fuerte que al pensar en ellos. No podía traicionarlos rindiéndose.

Eran Will y Tessa, y tú eras Ke Jian Ming. Eras James Carstairs. Eras Jem.

Jem sacó una daga de su cinturón. Lucho para levantarse, empujando un lobo a través de la puerta abierta de la cabina. Miró a Lily.

Raphael estaba parado frente a ella. Movió su brazo para protegerla y su sangre cayó formando una macabra salpicadura escarlata en la cubierta. La sangre humana se veía negra de noche, pero la de vampiro siempre era roja. Lily gritó su nombre.

El Hermano Zachariah necesitaba su báculo. Estaba rodando a través de la cubierta de madera, de un color plata bajo la luz de la luna y sonando como huesos chocando. El grabado resaltaba, oscuro sobre plata, mientras el báculo llegaba hasta los pies de un chico que se acababa de acercar a este lugar de caos y sangre.

El chico que debía de ser Jonathan Wayland se quedó viendo la escena frente a él, al Hermano Zachariah, los lobos, la mujer con la garganta destripada. Una mujer lobo se estaba acercando a él. El chico era demasiado joven para llevar runas de guerrero.

El Hermano Zachariah sabía que no iba a ser lo suficientemente rápido.

El niño giró su cabeza, con el cabello dorado brillando en la luz de plata de la luna, y tomó el báculo de Zachariah. Pequeño y delgado, la más frágil de todas la barreras contra la oscuridad, corrió directo hacia los dientes amenazantes y las garras desenfundadas. Y arremetió contra ella.

Dos más intentaron atacar al chico, pero Zachariah mató a uno, y el niño cambió de dirección y golpeó a otro. Cuando saltó en el aire, Zachariah no pensó en sombras, como lo había hecho con los vampiros, si no en luz.

El chico aterrizó en la cubierta, con sus pies abiertos y el báculo girando en sus manos, y estaba riendo. Esta no era la risa dulce de un niño, pero el sonido exuberante que suena más fuerte que el mar o el cielo o el silencio. Sonaba como alguien joven, rebelde, jovial y un poco loco.

El Hermano Zachariah había pensado antes en la noche que no oía risas desde hacía mucho tiempo. Pero había pasado mucho más tiempo desde que había escuchado una risa como esa.

Acuchilló a otro hombre lobo que corría hacia el niño, y luego, impulsó su cuerpo entre el chico y el resto de lobos. Uno le superó y golpeó al chico, y Zachariah lo escuchó hacer un pequeño sonido entre sus dientes cerrados.

¿Te encuentras bien? Le preguntó

—¡Sí! —gritó el muchacho. El Hermano Zachariah podía oír cómo jadeaba a sus espaldas.

No temas, dijo el Hermano Zachariah. *Estoy luchando a tu lado.*

La sangre de Zachariah corría más fría que el mar, y su corazón golpeó con fuerza hasta que escuchó a Robert Lightwood y Lily viniendo en su ayuda.

Una vez que los hombres lobo restantes fueron sometidos, Robert se llevó a Jonathan al puente de mando. Zachariah puso su atención en los vampiros. Raphael se había quitado su chaqueta de cuero. Lily había arrancado parte de su playera y estaba cubriendo el brazo de su compañero con él. Estaba llorando.

—Raphael —dijo ella—. Raphael, no deberías haberlo hecho.

—¿Sufrir una herida que se curará en una noche antes que perder un miembro valioso del clan? —preguntó Raphael—. Actué en mi beneficio. Casi siempre lo hago.

—Podrías ser mejor que eso —murmuró Lily, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Qué hubiera hecho yo si te pasara algo?

—Algo práctico, espero —dijo Raphael—. Por favor, recupera el material de algunos de los muchos hombres lobo muertos la próxima vez. Y deja de avergonzar al clan frente a cazadores de sombras.

Lily dirigió los ojos hacia donde miraba Raphael, sobre su hombro al Hermano Zachariah. Había sangre manchada y mezclada con su borroso delineador de ojos, pero ella le dedicó una sonrisita, enseñándole sus colmillos.

—Quizá haya querido romper mi camiseta para que el Hermano Mire-mis-tetas-riah.

Raphael alzó sus ojos al cielo. Ya que él no la estaba mirando, Lily podía mirarlo. Lo hizo. El Hermano Zachariah la vio levantar una mano, las uñas de sus manos pintadas de color rojo y dorado, y casi tocó su cabello rizado. Su mano se movió como si fuera a acariciar las sombras sobre su cabeza, y luego se cerró en un puño.

Raphael hizo un gesto para alejarla y se puso de pie.

—Vayamos a buscar el *yin fen*.

No fue difícil localizarlo. Estaba en una gran caja dentro de un camarote debajo de la cubierta. Lily y el Hermano Zachariah cargaron la caja juntos, Lily estaba claramente preparada para hacer una escena si Raphael trataba de ayudar.

Incluso después de todos estos años, ver el brillo del *yin fen* bajo la luz de la luna hizo que el estómago de Zachariah se revolviera, como si la vista lo lanzara a un barco en un mar diferente, uno en el que nunca podría mantener el equilibrio.

Lily se movió para inclinar la caja hacia un lado, y dejar que las aguas hambrientas se la tragaran.

—¡No, Lily! —dijo Raphael—. No quiero tener sirenas drogadictas infestando los ríos de mi ciudad. ¿Y si terminamos con lagartos plateados[36] brillando en las alcantarillas? Nadie se sorprenderá, pero yo sabré que fue tu culpa, y me sentiré extremadamente decepcionado contigo.

—Nunca me dejas divertirme—Lily refunfuñó.

—Nunca dejo que nadie se divierta —dijo Raphael, luciendo presumido.

El Hermano Zachariah miró hacia la caja llena de polvo plateado. Una vez había significado la diferencia entre una muerte rápida y una lenta para él. Le prendió fuego usando una runa conocida sólo por los Hermanos Silenciosos, una runa destinada a quemar magia dañina. La vida y la muerte no eran nada más que cenizas en el aire.

Gracias por contarme acerca del yin fen, le dijo a Raphael.

—Desde mi perspectiva, aproveché tu debilidad sobre la sustancia —dijo Raphael—. Una vez debiste tomarla para mantenerte vivo, por lo que sé. No funcionó, por lo visto. De todas maneras, tu estado emocional no es asunto mío, y mi ciudad está a salvo. Misión cumplida.

Sacudió sus manos, brillando en sangre y plata, sobre las olas.

¿Tu líder sabe algo sobre esta misión? Zachariah le preguntó a Lily.

Ella estaba mirando a Raphael.

—Por supuesto —dijo ella—. Mi líder te contó todo sobre esto. ¿No es así?

—¡Lily! Esa es una estupidez y traición. —La voz de Raphael era fría como la brisa del mar—. Si me ordenaran ejecutarte por eso, ni lo pienses, lo haría. No dudaría.

Lily mordió su labio y trató de disimular lo claramente herida que estaba.

—Oh, pero tengo un buen presentimiento sobre el Hermano Zachafollame-como-un-pony-salvaje. Él no lo dirá.

---

[36]N.T. Raphael hace referencia a la famosa leyenda urbana de Nueva York sobre los cocodrilos albinos viviendo en las alcantarillas de la ciudad.

—¿Hay un lugar aquí para que un vampiro se oculte de forma segura del amanecer? —preguntó Raphael.

El hermano Zachariah no había considerado que la prolongada lucha con los hombres lobo significaba que el sol estaba a punto de alzarse. Raphael lo miró bruscamente cuando no respondió.

—¿Hay solo un lugar para uno? Lily necesita estar a salvo. Soy responsable de ella.

Lily giró su cabeza para que Raphael no pudiera ver su expresión, pero Zachariah la vio. Reconoció su expresión de un tiempo en dónde él había sido capaz de sentirse del mismo modo. Ella parecía enferma de amor.

Había una habitación para ambos vampiros en la bodega de carga. En su camino a examinarla, Lily casi tropezó con el cuerpo de la mujer cazadora de sombras.

—¡Oooh, Raphael! —exclamó animada—. ¡Es Catherine Ashdown!

Era como el rocío frío de agua de mar, ver qué tan absolutamente indiferente era a la vida humana. El Hermano Zachariah la vio recordar tardíamente su presencia.

—Oh no —añadió en un tono no demasiado convincente—. Qué tragedia sin sentido.

—Ve a la bodega, Lily —ordenó Raphael

¿No irán ambos? preguntó el Hermano Zachariah.

—Prefiero esperar tanto como pueda el amanecer para probarme a mí mismo —dijo Raphael

Lily suspiró.

—Es católico. Muy, muy católico.

Su mano se movía inquietamente a su lado, como si quisiera tomar y llevarse a Raphael con ella. En su lugar, la usó para hacerle un gesto con la mano a Zachariah, el mismo que hizo cuando se conocieron.

—Hermano Sixpackariah —dijo ella—. Ha sido un placer.

Para mi también, dijo el Hermano Zachariah, y la escuchó bajar a pequeños brincos las escaleras.

Al menos le había dado el nombre de la mujer. El Hermano Zachariah podía llevar el cuerpo a su familia y a la Ciudad de Hueso, donde ella podría descansar, pero él no.

Se arrodilló a un lado de la fallecida mujer y cerró sus ojos.

Ave atque vale, Catherine Ashdown, murmuró.

Se levantó y encontró a Raphael aún a su lado, pero no lo miraba a él, ni al cuerpo de la mujer. Sus ojos estaban fijos en el negro mar que tocaba la luz de la luna y el oscuro cielo que bordeaba con una delicada línea plateada.

Estoy encantado de haberlos conocido, añadio Zachariah.

—No puedo imaginar por qué —dijo Raphael—. Esos apodos que inventó Lily eran muy malos.

Las personas no bromean a menudo con los Hermanos Silenciosos.

La idea de no ser el objeto de bromas hizo que Raphael se tornara pensativo.

—Debe ser agradable ser un Hermano Silencioso. Fuera del hecho de que los cazadores de sombras son fastidiosos y patéticos. Y no sé si ella bromeaba. Yo que tú me cuidaría la próxima vez que estés en Nueva York.

Claro que estaba bromeando, dijo el Hermano Zachariah. *Ella está enamorada de ti.*

El rostro de Raphael se retorció.

—¿Por qué los cazadores de sombras siempre quieren hablar de sentimientos? ¿Por qué nadie nunca puede ser profesional? Para tu información, no tengo ningún interés en un romance de ningún tipo, y nunca lo tendré. Ahora, ¿puedes dejar este repugnante tema?

Puedo hacerlo, dijo el Hermano Zachariah. *¿Quizá quieras hablar sobre esa pandilla de muchachos que dices haber matado?*

—He matado a muchas personas —dijo Raphael distante

¿Un grupo de niños? preguntó Zachariah. *¿En tu ciudad? ¿Pasó en los 50's?*

Maryse Lightwood podría haber sido engañada. El Hermano Zachariah estaba familiarizado con cómo se veía alguien que se culpaba y se odiaba a sí mismo por lo que les pasó a aquellos que amaba.

—Había un vampiro cazando niños en las calles donde mis hermanos jugaban —dijo Raphael, aún con una voz distante—. Llevé a mi banda a su guarida para detenerlo. Ninguno de nosotros sobrevivió.

El Hermano Zachariah trató de ser amable.

Cuando un vampiro acaba de nacer no puede controlarse a sí mismo.

—Yo era el líder —dijo Raphael, su voz de acero era firme sin permitir ningún argumento—. Era el responsable. Bueno. Detuvimos al vampiro y mi familia vivió y creció.

«Excepto uno de ellos», pensó el Hermano Zachariah.

—Tiendo a lograr lo que me propongo —dijo Raphael.

Eso está bastante claro, dijo el Hermano Zachariah.

Escuchó el sonido de las olas golpeando el lateral del barco, llevándolos a la ciudad. La noche del Mercado había estado desprendido de la ciudad y todos los que allí estaban, e indudablemente no había sentido nada por un vampiro decidido a no sentir nada.

Pero entonces llegó una risa y el sonido despertó cosas dentro de él que temía que hubieran muerto. Una vez consciente del mundo, Zachariah no quería cegarse de nada de él.

Salvaste personas hoy. Los cazadores de sombras salvaron personas, aunque no te hayan salvado cuando eras un muchacho tratando de luchar contra monstruos.

Raphael hizo un movimiento brusco, como si esa explicación para su desagrado por los cazadores de sombras hubiera sido una mosca a su alrededor.

—Pocos están a salvo —dijo Raphael—. Nadie es perdonado. Alguien intentó salvarme una vez y se lo pagaré algún día. No elijo tener otra deuda, o que alguien la tenga conmigo. Todos conseguimos lo que queríamos. Los cazadores de sombras y yo hemos terminado.

Siempre puede haber otra oportunidad de ayuda o de cooperación, dijo el Hermano Zachariah. *Los Lightwood lo están intentando. Considera hacerles saber a otros subterráneos que sobreviviste después de tratar con ellos*

Raphael hizo un sonido evasivo.

Hay más tipos de amor que estrellas, dijo el Hermano Zachariah. *Si no sientes alguno, hay muchos otros. Sabes lo que es preocuparte por tu familia o tus amigos. Lo que mantenemos sagrado nos mantiene seguros. Considera que intentando alejarte de la posibilidad de ser herido, le cierras las puertas al amor y vives en la oscuridad.*

Raphael se tambaleó por la baranda y fingió estar vomitando. Entonces se irguió.

—Oh espera, soy un vampiro y nosotros no podemos marearnos —dijo—. Sentí náuseas por un segundo. No imagino por qué. Escuché que los Hermanos Silenciosos son reservados. ¡Esperaba silencio!

No soy un Hermano Silencioso común, observó Zachariah.

—Mala suerte que me tocó el Hermano Silencioso sentimental. ¿Puedo solicitar otro en el futuro?

¿Así que piensas que tu camino puede cruzarse con el de los cazadores de sombras nuevamente?

Raphael hizo un sonido de desagrado y le dio la espalda al mar. Su cara era pálida como la luz de la luna, blanca y helada como la mejilla de un niño que había muerto hacía mucho.

—Iré bajo la cubierta. ¿A menos que, por supuesto, tengas otra brillante sugerencia?

Zachariah asintió. La sombra de su capucha cayó a través de la cicatriz con forma de cruz en la garganta del vampiro.

Ten fé, Raphael. Sé que recuerdas cómo tenerla.

* * *

Con los vampiros resguardados abajo y Robert Lightwood dirigiendo el barco hacia Manhattan, el Hermano Zachariah se dedicó a la tarea de limpiar la cubierta, moviendo los cuerpos para ocultarlos. Él llamaría a la Hermandad para que lo ayudasen a asistir los cuerpos, y a los sobrevivientes, que estaban actualmente asegurados en uno de los camarotes. Enoch y los otros podrían no aprobar su decisión de ayudar a Raphael, pero aún así cumplirían su mandato de mantener el Mundo de las Sombras oculto y seguro.

Una vez el Hermano Zachariah hubo terminado, todo lo que quedaba por hacer era esperar al barco para que los llevase de nuevo a la ciudad. Entonces él tendría que regresar a su propia ciudad. Tomó asiento y esperó, disfrutando de la sensación de la luz de un nuevo día en su cara.

Había pasado mucho tiempo desde que él sintió la luz, y aún más desde que pudiera disfrutar realmente del simple placer de eso.

—¿Estás seguro de que estás bien? —dijo Robert.

—Sí —dijo Jonathan.

—No te pareces mucho a Michael —añadió Robert vergonzosamente.

—No —dijo Jonathan—. Siempre deseé hacerlo.

La delgada espalda del chico estaba preparada para ser una decepción.

—Estoy seguro de que eres un buen chico —dijo Robert.

Jonathan no parecía seguro. Robert evitó la incomodidad examinando visiblemente los controles.

El chico dejó el puente de mando, con gracia, a pesar de la sacudida del barco y de lo cansado que debía estar. Zachariah estaba sorprendido cuando el joven Jonathan avanzó a través de la cubierta en dónde Zachariah estaba sentado.

El Hermano Zachariah se puso la capucha alrededor de su rostro. Algunos cazadores de sombras se inquietaban al ver que un Hermano Silencioso no se veía exactamente como el resto, aunque los Hermanos Silenciosos lucían lo suficientemente atemorizantes. Él no quería angustiar al chico de todas formas.

Jonathan llevó el báculo del Hermano Zachariah a su dueño, balanceándose ligeramente como una cuerda alrededor de sus palmas, y colocó el cayado con una reverencia respetuosa en las rodillas de Zachariah. El chico se movió con disciplina militar, inusual en alguien tan joven, incluso entre los cazadores de sombras. El Hermano Zachariah no había conocido a Michael Wayland, pero suponía que debió haber sido un hombre severo.

—¿Hermano Enoch? —aventuró el chico.

No, dijo el Hermano Zachariah. Él conocía los pensamientos de Enoch como los suyos. Enoch había examinado al chico, aunque su memoria estaba gris y con falta de interés. El Hermano Zachariah deseó brevemente haber podido ser el Hermano Silencioso a la mano para este niño.

—No —el chico repitió lentamente—. Debería haberlo sabido. Te mueves diferente. Pensé que podrías serlo, ya que me diste el báculo.

Él inclinó su cabeza. A Zachariah le pareció algo lamentable que el niño no habría esperado ni la más mínima misericordia de un extraño.

—Gracias por dejarme usarlo —agregó Jonathan.

Me alegra que te fuera útil contestó el Hermano Zachariah.

La mirada del muchacho hacia su cara era impactante, la llamarada de soles gemelos en lo que aún era casi noche. No eran los ojos de un soldado, sino de un guerrero. El Hermano Zachariah había conocido a ambos, y sabía la diferencia.

El chico dio un paso atrás, nervioso y ágil, pero paró con la barbilla en alto. Aparentemente él tenía una pregunta.

Zachariah no estaba esperando la que le preguntó.

—¿Qué significan las iniciales? En tu bastón. ¿Todos los Hermanos Silenciosos los tienen?

Miraron juntos al báculo. Las letras estaban desgastadas por el tiempo como por la propia carne de Zachariah, pero habían sido grabadas profundamente en la madera en los lugares precisos donde Zachariah pondría sus manos cuando peleara. Entonces, de alguna manera, siempre estarían peleando juntos.

Las letras eran *W* y *H*.

No, dijo el hermano Zachariah. *Soy el único. Las tallé en el bastón en mi primera noche en la Ciudad de Hueso.*

—¿Eran tus iniciales? —preguntó el chico, su voz baja y un poco tímida—. ¿Antes, cuando eras un cazador de sombras, como yo?

El Hermano Zachariah todavía se consideraba un cazador de sombras, pero Jonathan claramente no quería ofenderle.

No, dijo Jem, porque siempre era James Carstairs cuando hablaba de lo más querido para él. *No las mías. Las de mi* parabatai.

W y H. William Herondale. Will.

El chico parecía sorprendido y cauteloso al mismo tiempo. Había cierta cautela en él, como si sospechara de lo que Zachariah pudiera decir antes de tener siquiera la oportunidad de decirlo.

—Mi padre dice… —dijo él—, que un *parabatai* puede ser una gran debilidad.

Jonathan dijo la palabra debilidad con horror. Zachariah se preguntó qué podría haber considerado debilidad un hombre que había enseñado a un niño a pelear así.

El Hermano Zachariah eligió no insultar al padre muerto de un niño huérfano, por lo que organizó sus pensamientos cuidadosamente. Este chico estaba tan solo. Recordó lo precioso que podía ser ese nuevo enlace, especialmente cuando no tenías otro. Podía ser el último puente que conectaba a una vida perdida.

Recordó haber viajado a través del mar, habiendo perdido a su familia, sin saber que iría con su mejor amigo.

Supongo que pueden ser una debilidad, respondió. *Depende de quién sea tu* parabatai. *Tallé sus iniciales aquí porque siempre luché mejor con él.*

Jonathan Wayland, el niño que luchó como un ángel guerrero, parecía intrigado.

—Creo... que mi padre lamentaba tener un *parabatai* —dijo—. Ahora tengo que irme a vivir con el hombre del que mi padre se avergonzaba. No quiero ser débil, y no quiero sentir pena. Quiero ser el mejor.

Si finges no sentir nada, la apariencia puede volverse cierta, dijo Jem. *Eso sería una lástima.*

Su *parabatai* había intentado no sentir nada, por un tiempo. Excepto lo que sintió por Jem. Casi lo había destruido. Y todos los días, Jem fingía sentir algo, ser amable, arreglar lo que estaba roto, recordar nombres y voces casi olvidados, y esperar que eso se convirtiera en verdad.

El chico frunció el ceño.

—¿Por qué sería una pena?

Luchamos con más fuerza cuando está en juego lo que nos es más querido que nuestras propias vidas, dijo Jem. *Un* parabatai *es a la vez espada y escudo. Ambos se pertenecen el uno al otro, no porque sean lo mismo, sino porque sus diferentes formas encajan juntas para ser un todo mayor, un guerrero mayor para un propósito superior. Siempre creí que no estábamos simplemente en nuestro mejor momento juntos, sino que más allá de lo mejor cualquiera de nosotros podríamos estar separados*.

Una lenta sonrisa apareció en la cara del niño, como el amanecer estallando como una brillante sorpresa sobre el agua.

—Me gustaría eso —dijo Jonathan Wayland, agregando rápidamente—. Ser un gran guerrero.

De pronto él echó la cabeza hacia atrás, en suposición precipitada de arrogancia, como si él y Jem pudieran haberse imaginado que se refería a que le gustaría pertenecer a alguien.

Este chico, empeñado en pelear en lugar de buscar una familia. Los Lightwood protegiéndose contra un vampiro, cuando podrían haber dado algo de confianza. El vampiro, manteniendo a raya a cada amigo. Todos ellos tenían sus heridas, pero el Hermano Zachariah no pudo evitar sentir resentimiento hacia ellos, incluso por el privilegio de sentirse heridos.

Toda esta gente peleaba por no sentir, tratando de congelar sus corazones dentro de sus pechos hasta que el frío los fracturara y los rompiera. Mientras que Jem habría dado cada fría mañana que tenía por un día más con un corazón cálido, amar a quien amó alguna vez.

Excepto que Jonathan era un niño, aún tratando de hacer que un padre distante se sintiera orgulloso incluso cuando la muerte había hecho imposible la distancia entre ellos. Jem debería ser amable.

Jem pensó en la velocidad del chico, su estocada sin miedo con un arma que no le era familiar en una extraña y sangrienta noche.

Estoy seguro de que serás un gran guerrero dijo Jem.

Jonathan Wayland agachó su dorada cabeza enmarañada para esconder el pálido color en sus mejillas.

La desesperanza del chico hizo a Jem recordar muy vívidamente la noche en que había tallado esas iniciales en el cayado, en una larga, y fría noche con toda la gélida extrañeza de los Hermanos Silenciosos en su cabeza. No había querido morir, pero él habría escogido morir en lugar de la espantosa separación del amor y la calidez. Ojalá hubiera tenido una muerte en los brazos de Tessa, tomando la mano de Will. Le habían arrebatado su muerte.

Parecía imposible permanecer como un humano entre los huesos y la infinita oscuridad.

Cuando la cacofonía alienígena de los Hermanos Silenciosos amenazó con arrasar con lo que él había sido, Jem se aferró a sus líneas de vida. No había habido nada más fuerte que eso, y sólo una cosa tan fuerte. El nombre de su *parabatai* había sido gritado en el abismo, un llanto que siempre recibió una respuesta.

Incluso en la Ciudad Silenciosa, incluso con el silencioso aullido insistiendo que la vida de Jem ya no era suya, sino una vida compartida. Ya no son mis pensamientos, sino nuestros pensamientos. Ya no más mi voluntad, sino nuestra voluntad[37].

No aceptaría esa ruptura.

Mi Will. Esas palabras significaban algo diferente para Jem que para alguien más, significaban: mi desafío contra la oscuridad invasora. Mi rebelión. Mío, para siempre.

Jonathan arrastró su zapato contra la cubierta y miró hacia arriba, hacia Jem, y Jem se dio cuenta de que trataba de ver la cara del Hermano Zachariah a través de la capucha. Jem bajó más la capucha y las sombras. A pesar de que había sido temido, Jonathan Wayland le ofreció una pequeña sonrisa.

Jem no había visto ninguna amabilidad en ese niño herido. Eso hizo que el Hermano Zachariah pensara que Jonathan Wayland podía crecer para ser algo más que un gran guerrero.

Quizá Jonathan tuviera un *parabatai* algún día, para enseñarle el tipo de hombre que quería ser.

Este vínculo es más fuerte que cualquier magia, se había dicho Jem esa noche, cuchillo en mano, cortando profundamente. *Este es el enlace que elijo.*

Él había hecho esa marca. Él había elegido el nombre de Zachariah, que significaba «recordar».

Acuérdate de él, se obligó Jem. *Recuérdalos. Recuerda porqué. Recuerda la única respuesta a la única pregunta. No olvides.*

Cuando volvió a mirar, Jonathan Wayland se había ido. Deseó darle las gracias al niño, por ayudarle a recordar.

* * *

Isabelle nunca antes había estado en la Terminal de Cruceros de Nueva York. No estaba muy impresionada. La terminal era como una serpiente de vidrio y metal, y

---

[37] N.T. En inglés voluntad significa *Will.* Cassandra hace un juego de palabras con voluntad y el nombre de Will, el *parabatai* de Jem.

tuvieron que sentarse en su vientre y esperar. Los barcos eran como almacenes en el agua, cuando Isabelle había estado retratando un bote de Idris como si fuera un barco pirata.

Había estado oscuro cuando despertaron, y ahora apenas estaba amaneciendo, y helaba. Alec estaba cubierto con su suéter contra el viento que soplaba del agua azul, y Max estaba fastidiando a su madre, estaba gruñón por estar despierto tan temprano. Básicamente sus dos hermanos estaban gruñones, e Isabelle no sabía qué esperar.

Vio a su padre caminar por la escalerilla con un chico a su lado. El alba dibujó una fina línea dorada sobre el agua. El viento hacía pequeños velos blancos por cada ola en el río y jugaba con los mechones dorados del cabello del chico. La espalda del chico estaba recta y delgada como un florete. Él estaba vistiendo negro, ropa pegada que se parecía al traje de combate. Y había sangre en la ropa. Realmente había sido parte de la pelea. ¡Papá y mamá no la habían dejado ni a ella ni a Alec luchar aún ni contra un demonio pequeño!

Isabelle se volvió hacia Alec, confiando que él compartiría su sentido de profunda traición ante esta injusticia, y lo encontró mirando al recién llegado con ojos abiertos como si estuviera contemplando una revelación con la mañana.

—Guau —jadeó Alec.

—¿Qué hay sobre el vampiro?—demandó Isabelle, indignada.

—¿Qué vampiro? —dijo Alec.

Mamá los hizo callar.

Jonathan Wayland tenía cabello dorado y ojos dorados, y esos ojos no tenían profundidades sino solo una superficie reflectante brillante, mostrando tan poco como si fueran puertas de metal azotadas en un templo. Ni siquiera sonrió cuando se detuvo frente a ellos.

Traigan de vuelta al Hermano Silencioso, era el instinto de Isabelle.

Ella miró a su madre, pero ésta estaba mirando a este nuevo chico con una expresión extraña en su cara.

El chico le devolvía la mirada.

—Soy Jonathan —le dijo, atentamente.

—Hola, Jonathan —dijo la madre de Isabelle—. Yo soy Maryse. Es un placer conocerte.

Ella se acercó y tocó el cabello del chico. Jonathan se estremeció pero se mantuvo quieto, y Maryse alisó las brillantes olas doradas que el viento había agitado.

—Creo que necesitas un corte de pelo—dijo mamá.

Decir eso era una cosa tan de mamá que hizo sonreír a Isabelle al mismo tiempo que la hizo voltear sus ojos. En realidad, el tal Jonathan sí necesitaba un corte de pelo. Las puntas de su cabello estaban desparramadas sobre su cuello, desaliñado, como si quien lo hubiera cortado anteriormente —mucho tiempo atrás—, no se hubiera preocupado lo suficiente para hacer un buen trabajo. Él tenía el tenue aire de un animal extraviado, pelaje áspero y a un suspiro de un gruñido, aunque eso no tenía sentido para un niño.

Mamá guiñó un ojo.

—Entonces estarás incluso más guapo.

—¿Es eso posible?—preguntó Jonathan inexpresivo.

Alec rió. Jonathan pareció sorprendido, como si no hubiera notado a Alec antes. Isabelle no creía que él hubiera prestado atención a ninguno de ellos, excepto a su madre.

—Decidle hola a Jonathan, niños —dijo el padre de Isabelle.

Max miró a Jonathan con asombro. Dejó caer su conejo de peluche en el piso de cemento, avanzó arrastrando los pies y abrazó la pierna de Jonathan. Jonathan se estremeció de nuevo, aunque esta vez fue más instintivo, hasta que el genio descubrió que no estaba siendo atacado por un niño de dos años.

—Hola, Jonathin —dijo Max, amortiguado en el material de los pantalones de Jonathan.

Jonathan le dio unas palmaditas a Max en la espalda, muy tentativamente.

Los hermanos de Isabelle no estaban mostrando solidaridad entre hermanos respecto al tema de Jonathan Wayland. Fue peor cuando llegaron a casa e hicieron una pequeña charla incómoda a pesar de que todos realmente querían volver a la cama.

—Jonathan puede dormir en mi habitación porque nos amamos —propuso Max.

—Jonathan tiene su propia habitación. Di «duerme bien, Jonathan» —dijo Maryse—. Puedes ver a Jonathan después de que todos hayamos descansado un poco más.

Isabelle fue a su habitación, pero todavía estaba emocionada y no podía dormir. Se estaba pintando las uñas de los pies cuando escuchó el crujido de una puerta al final del pasillo.

Isabelle se levantó de un salto, con las uñas de los pies pintadas de negro brillante y el otro pie todavía envuelto en un calcetín rosa borroso, y corrió hacia la puerta. La abrió un poco, asomó la cabeza y descubrió a Alec haciendo lo mismo desde su habitación. Ambos vieron la silueta de Jonathan Wayland arrastrándose por el pasillo. Isabelle hizo una complicada serie de gestos para determinar si Alec quería que le siguieran juntos.

Alec la miró con total desconcierto. Isabelle amaba a su hermano mayor, pero a veces se desesperaba por sus futuros intentos de cazar demonios. Era tan malo recordando sus frías señales de estilo militar.

Se dio por vencida y ambos se apresuraron a seguir a Jonathan, que no conocía el diseño del Instituto y que solo podía volver sobre sus pasos a la cocina.

Que fue donde lo encontraron.

Jonathan se había levantado la camisa, y se estaba pasando un trapo de cocina mojado a lo largo del corte rojo que le subía por el costado.

—Por el Ángel —dijo Alec—. Estás herido. ¿Por qué no dijiste?

Isabelle golpeó a Alec en el brazo por no ser cauteloso.

Jonathan los miró, con la culpa escrita en su rostro como si hubiera estado robando del tarro de galletas en lugar de herido.

—No se lo digan a sus padres —dijo.

Alec se alejó de Isabelle y corrió hacia Jonathan. Examinó el corte y luego condujo a Jonathan hacia un taburete, haciéndolo sentarse. Isabelle no estaba sorprendida. Alec siempre se preocupaba cuando ella o Max se caían.

—Es superficial —dijo Alec después de un momento—, pero nuestros padres realmente querrían saberlo. Mamá podría ponerte una *iratze*... o algo...

—¡No! Es mejor para tus padres no saber nada de lo que sucedió. Solo fue mala suerte que uno de ellos me atrapara. Soy un buen luchador —Jace protestó tajante.

Era tan vehemente que casi era alarmante. Si no tuviera once años, Isabelle habría pensado que estaba preocupado de que pudieran enviarlo lejos por ser un soldado inadecuado.

—Obviamente eres genial —dijo Alec—. Solo necesitas que alguien te cuide las espaldas.

Puso su mano ligeramente en el hombro de Jonathan mientras hablaba. Fue un pequeño gesto que Isabelle ni siquiera hubiera notado, excepto por el hecho de que nunca había visto a Alec acercarse así a alguien que no fuera de la familia, y que Jonathan Wayland se quedó perfectamente inmóvil al tacto, como si temiera que el más pequeño movimiento asustaría a Alec.

—¿Duele mucho? —agregó Alec simpáticamente.

—No —susurró Jonathan Wayland.

Isabelle pensó que estaba claro que Jonathan Wayland diría que no le dolía incluso si tuviera la pierna cortada, pero Alec era un alma honesta.

—De acuerdo —dijo su hermano—. Déjame tomar algunas cosas de la enfermería. Ocupémonos de esto juntos.

Alec asintió de una forma alentadora y fue a buscar suministros de la enfermería, dejando a Isabelle y a este extraño y sangrante chico juntos a solas.

—Así que, tú y tu hermano parecen… realmente cercanos —dijo Jace.

Isabelle parpadeó.

—Seguro.

Vaya concepto, ser cercano con tu familia. Isabelle se contuvo de ser sarcástica ya que Jonathan no estaba bien y además era un invitado.

—Entonces… supongo que van a ser *parabatai* —aventuró Jace.

—Oh, no, no lo creo —dijo Isabelle—. Ser *parabatai* está un poco pasado de moda, ¿no? Además, no me gusta la idea de renunciar a mi independencia. Antes de ser la hija de mis padres o la hermana de mis hermanos, soy mía. Ya soy muchas cosas para mucha gente. No necesito ser nada de nadie más, no por mucho tiempo. ¿No crees?

Jonathan sonrió. Tenía un diente astillado. Isabelle se preguntó cómo había sucedido eso, y esperó que se lo hubiera roto en una pelea asombrosa.

—No lo sé. Realmente no soy nada de nadie.

Isabelle se mordió el labio. Nunca se había dado cuenta antes de que se sentía segura por costumbre.

Jonathan había mirado a Isabelle mientras hablaba, pero inmediatamente después volvió a mirar la puerta por donde Alec había desaparecido.

Isabelle no pudo evitar observar que Jonathan Wayland había vivido en su casa durante menos de tres horas y ya estaba intentado encontrar un *parabatai*.

Luego se inclinó más en su silla, reanudando su actitud demasiado fría para el Instituto, y se olvidó de la idea, molesta de que Jonathan fuera tan presumido. Ella, Isabelle, era la única presumida que este Instituto necesitaba.

Ella y Jonathan se miraron el uno al otro hasta que Alec regresó.

—Oh… ¿prefieres que te ponga las vendas o quieres hacerlo tú mismo?

El rostro de Jonathan era imposible de leer.

—Puedo hacerlo solo. No necesito nada.

—Oh —dijo Alec con tristeza.

Isabelle no podía decir si el rostro inexpresivo de Jonathan era para alejarlos o protegerse, pero estaba herido. Alec todavía era tímido con extraños, y Jonathan era un ser humano cerrado, por lo que iban a estar incómodos a pesar de que Isabelle podía decir que ambos realmente se agradaban el uno al otro. Isabelle suspiró. Los chicos estaban desesperados, y ella tenía que hacerse cargo de esta situación.

—Quédate quieto, idiota —le ordenó a Jonathan, tomó el ungüento de las manos de Alec, y comenzó a untarlo sobre el corte de Jonathan—. Voy a ser un ángel cuidador.

—Em —dijo Alec—. Eso es mucha pomada.

Se parecía un poco a cuando se apretaba demasiado el centro del tubo de pasta de dientes, pero Isabelle sintió que no obtendría resultados sin estar dispuesta a hacer un desastre.

—Está bien —dijo Jonathan rápidamente—. Es genial. Gracias, Isabelle.

Isabelle levantó la vista y le sonrió. Alec desenrolló eficientemente un vendaje. Habiendo comenzado, Isabelle dio un paso atrás. Sus padres se opondrían si accidentalmente convertían a su invitado en una momia.

—¿Qué está pasando? —dijo la voz de Robert Lightwood desde la puerta—. ¡Jonathan! Dijiste que no estabas herido.

Cuando Isabelle miró, vio a su madre y su padre de pie en el umbral de la cocina, con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados. Imaginó que tendrían discusiones hacia ella y Alec por jugar a los médicos con el niño nuevo. Fuertes discusiones.

—Solo estábamos poniéndole una venda a Jonathan —anunció Alec ansiosamente, colocándose frente al taburete de Jonathan—. No es gran cosa.

—Fue mi culpa salir herido —dijo Jonathan—. Sé que las excusas son para incompetentes. No volverá a suceder.

—¿No? —preguntó su madre—. Todos los guerreros se hieren a veces. ¿Estás planeando huir y convertirte en un Hermano Silencioso?

Jonathan Wayland se encogió de hombros.

—Solicité entrar a las Hermanas de Hierro, pero me enviaron una negativa dolorosa y sexista.

Todos rieron. Jonathan pareció brevemente sorprendido otra vez, luego satisfecho, antes de que él cerrara sus expresiones como si golpeara una tapa sobre un cofre del tesoro. La madre de Isabelle fue la que atendió la herida de Jonathan con un *iratze*, mientras que su padre se quedó junto a la puerta.

—¿Jonathan? —señaló Maryse—. ¿Alguien alguna vez te ha llamado de alguna otra forma?

—No —dijo Jonathan Wayland—. Mi padre solía bromear acerca de tener a otro Jonathan, si yo no era lo suficientemente bueno.

Isabelle no pensó que fuera una broma.

—Siempre pienso que nombrar a uno de nuestros hijos Jonathan es como los mundanos llamando a los niños Jebediah —dijo la madre de Isabelle.

—John —dijo su padre—. Los mundanos suelen llamar a sus hijos John.

—¿En serio? —preguntó Maryse, y se encogió de hombros—. Podría haber jurado que era Jebediah.

—Mi segundo nombre es Christopher —dijo Jonathan—. Pueden... pueden llamarme Christopher si quieren.

Maryse e Isabelle intercambiaron una mirada significativa. Ella y su madre siempre habían sido capaces de comunicarse así. Isabelle pensó que era porque eran las únicas chicas, y eran especiales la una para la otra. No podía imaginar a su madre diciéndole algo que no quisiera escuchar.

—No vamos a *renombrarte* —dijo mamá en voz baja.

Isabelle no estaba segura de si su madre estaba triste porque Jonathan pensaba que lo harían, que le darían un nombre diferente como si fuera una mascota, o triste porque él los habría dejado hacerlo.

—Tal vez un apodo —propuso Maryse—. ¿Qué te parecería Jace?

Guardó silencio por un momento, observando cuidadosamente a la madre de Isabelle por el rabillo del ojo. Al final, le ofreció una sonrisa, débil y fresca como la luz de la mañana, pero cada vez más cálida con esperanza.

—Creo que Jace funcionará —Jonathan Wayland.

* * *

Mientras que un niño era presentado a una familia, y los vampiros dormían fríos pero acurrucados juntos en la bodega de un barco, el Hermano Zachariah caminó por una ciudad que no era la suya. La gente que pasaba apresuradamente no podía verlo, pero él vio la luz en sus ojos como si hubiera sido renovada. El estruendo de las bocinas de los automóviles y el chirrido de los neumáticos de las cabinas amarillas y el parloteo de muchas voces en muchas lenguas formaron una larga y viva canción. El Hermano Zachariah no podía cantar la canción, pero podía escucharla.

Esta no era la primera vez que esto le había sucedido, al ver un rastro de lo que había sido en lo que era. El color fue completamente diferente. El chico realmente no tenía nada que ver con Will. Jem lo sabía. Jem —porque en los momentos en que recordaba a Will, siempre era Jem—, estaba acostumbrado a ver a su cazador de sombras perdido y querido en mil rostros y gestos de otros, el giro de una

cabeza o el tono de una voz. Nunca la cabeza amada, nunca la voz larga y silenciosa, pero a veces, cada vez más raramente, algo cercano.

La mano de Jem estaba firmemente unida alrededor de su bastón. No le había prestado atención al tallado bajo su palma durante muchos días largos y fríos.

Este es un recordatorio de mi fe. Si hay alguna parte de él que pueda estar conmigo, y creo que existe, entonces él está cerca. Nada puede separarnos. Se permitió dar una sonrisa. Su boca no se podía abrir, pero aún podía sonreír. Todavía podía hablar con Will, aunque ya no podía escuchar ninguna respuesta.

La vida no es un bote, llevándonos lejos en una marea cruel e implacable de todo lo que amamos. Para mí no estás perdido para siempre en alguna costa lejana. La vida es una rueda.

Desde el río, podía oír a las sirenas. Todas las chispas de la ciudad por la mañana estaban encendiendo un nuevo fuego. Un nuevo día estaba naciendo.

Si la vida es una rueda, te devolverá a mí. Todo lo que debo hacer es mantener la fe.

Incluso cuando se tiene un corazón que parece difícil de soportar, es mejor que la alternativa. Incluso cuando el hermano Zachariah sentía que estaba perdiendo la lucha, perdiendo todo lo que había sido, había esperanza.

A veces pareces muy lejos de mí, mi parabatai.

La luz sobre el agua no había rivalizado con la ardiente contradicción del chico de una sonrisa, de alguna manera indomable y demasiado fácil de herir. Él era un niño que iba a un nuevo hogar, como Will y el niño Zachariah que habían viajado una vez en soledad al lugar donde se encontrarían. Jem esperaba que encontrara la felicidad.

Jem le devolvió la sonrisa a un chico que se había ido hacía mucho.

A veces, Will, dijo. *Pareces estar muy cerca*.

FANTASMAS DEL MERCADO DE SOMBRAS #7
LA TIERRA QUE PERDÍ
CASSANDRA CLARE
SARAH REES BRENNAN
Una novela del mundo de CAZADORES DE SOMBRAS

Fantasmas del Mercado de Sombras

Libro 7

La Tierra Que Perdí

de

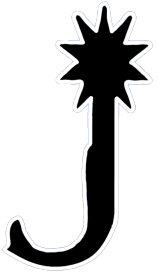
Cassandra Clare

y

Sarah Rees Brennan

Sinopsis

Alexander Lightwood, pareja del gran brujo de Brooklyn y padre de un niño brujo, es enviado a Buenos Aires para restablecer a los cazadores de sombras en medio de las ruinas dejadas por la Guerra Oscura. Cuando llega, no es bienvenido por los cazadores de sombras de ahí. Él cree que es por su compañera Lily, la líder del clan de vampiros en Nueva York, hasta que un huérfano cazador de sombras le confía un oscuro secreto clandestino del Mercado de Sombras.



Nueva York, 2012

El cielo era de un gris suave con la tarde, las estrellas aún no habían salido. Alec Lightwood estaba durmiendo la siesta porque él y su *parabatai* habían estado luchando contra demonios croucher toda la noche, y Jace Herondale, afamado entre los nefilim como maestro estratega, pensaba que aparentemente «alrededor de una docena de demonios» era una estimación justa para «definitivamente treinta y siete demonios». Alec había ido contándolos por despecho.

—Date un descanso, deberías estar durmiendo, belleza —le había dicho Magnus—. Necesito hacer una poción, y Max está programado para su tentación vespertina.

Alec se despertó en un nido de sábanas de seda lavanda y verde. Bajo la puerta de la habitación jugaban misteriosas luces plateadas. Había un olor a azufre y el silbido de un demonio, y el sonido de voces amadas. Alec sonrió contra su almohada.

Justo cuando estaba apunto de salir de la cama, letras de fuego aparecieron en la pared.

> *Alec, necesitamos tu ayuda. Durante años hemos buscado una familia en peligro, y la verdad detrás de por qué están en peligro. Creemos que hemos encontrado una pista en el Mercado de Sombras de Buenos Aires.*
>
> *Pero hay disturbios entre los cazadores de sombras y los subterráneos de esta ciudad. Este Mercado de Sombras está custodiado como una sala del trono, dirigido por una mujer lobo conocida como la Reina del Mercado. Ella dice que sus puertas están cerradas para todas las almas asociadas a los nefilim. Toda alma, excepto la de Alexander Lightwood, a quien ella dice necesitar. Necesitamos entrar en el Mercado de Sombras. Hay vidas en juego.*
>
> *¿Nos abrirías las puertas? ¿Vendrías?*
>
> *—Jem y Tessa.*

Alec miró el mensaje por un largo rato. Luego suspiró, tomó un suéter del suelo y salió de su habitación, todavía medio dormido.

En la habitación principal, Magnus estaba de pie con un codo apoyado casualmente contra la repisa, decantando un frasco de líquido turquesa en un frasco de polvo negro. Sus ojos verdes y dorados se estrecharon con concentración. Las oscuras tablas del suelo desgastado y la alfombra de seda tejida a juego estaban llenas de juguetes de su hijo Max. El mismo Max estaba sentado en la alfombra, vestido con un traje de marinero con elaboradas cintas de color azul marino que hacían juego con su cabello, abrazando con fuerza a Presidente Miau.

—Eres mi miaumigo —le dijo al Presidente solemnemente, apretándolo.

—Miau —protestó el presidente Miau. Él había vivido una vida de tormento desde que Max aprendió a caminar.

El pentagrama se había dibujado a una distancia segura de la alfombra. La luz plateada y la niebla se alzaban desde el pentagrama, envolviendo a su habitante en una niebla resplandeciente. La sombra larga y retorcida del demonio se oscureció contra su papel de pared verde y las fotografías familiares.

Magnus alzó una ceja.

—Tranquilízate —le sugirió al pentagrama—. Es como si alguien le hubiera prestado una máquina de hielo seco a niños demasiado entusiastas para su producción de *Demon Oklahoma!* de la secundaria aquí.

Alec sonrió. La neblina plateada se disipó lo suficiente como para ver al demonio Elyaas[38] en el pentagrama, sus tentáculos cayendo de una manera malhumorada.

—Niño —le susurró a Max—. No sabes de qué oscuro linaje vienes. Estás naturalmente inclinado al mal. Ven a mis fiestas, pequeño infernal…

—Mi bapa[39] es Ultra Magnus —anunció Max con orgullo—. Y papi es un cazador de sombras.

Alec pensó que Max había sacado el nombre de Ultra Magnus de uno de sus juguetes. A Magnus parecía gustarle.

---

[38] N.T. El mismo demonio que aparece en la octava historia de Las Crónicas de Magnus Bane.

[39] N.T. En indonesio significa padre.

—No me interrumpas cuando te prometo oscuras delicias demoníacas —dijo el demonio Elyaas con inquietud—. ¿Por qué siempre me interrumpes?

Max se alegró ante la palabra «demoníacas».

—Tío Jace dice que mataremos a todos los deminios —informó con alegría—. ¡A todos los deminios!

—Bueno, ¿has considerado que tú tío Jace es una persona hiriente? —dijo el demonio —. Siempre apuñalado bruscamente a todos, y es sarcástico.

Max frunció el ceño.

—Amo tío Jace. Odio deminios.

Con su mano libre, Magnus tomó un marcador y dibujó otro arándano en la pizarra para mostrar que Max se había resistido con éxito a las artimañas demoníacas de hoy. Diez arándanos, y Max ganaría una recompensa de su elección.

Alec cruzó la habitación hacia donde Magnus estaba de pie considerando la pizarra. Con cuidado, ya que Magnus todavía sostenía un frasco burbujeante, Alec deslizó sus brazos alrededor de la cintura de Magnus, uniendo sus manos sobre la hebilla con relieve del cinturón de Magnus. La camiseta que llevaba Magnus tenía un escote dramático, por lo que Alec puso su cara boca abajo en la suave y desnuda extensión de la piel y respiró el olor a sándalo y a ingredientes de hechizos.

—Hola —murmuró.

Magnus que se estiró hacia atrás con su mano libre, y Alec sintió el ligero y dulce tirón de anillos en su cabello.

—Hola a ti también. ¿No podías dormir?

—Dormí —protestó Alec—. Escucha, tengo algunas noticias.

Informó a Magnus sobre el mensaje que Jem Carstairs y Tessa Gray le habían enviado: la familia que buscaban, el Mercado de Sombras al que no podían entrar sin su ayuda. Mientras Alec hablaba, Magnus dio un pequeño suspiro y se apoyó contra él, uno de los pequeños gestos inconscientes que significaban todo para Alec. Eso le recordó el primer día que había tocado a Magnus, el día en el que se había acercado y besado a otro hombre, alguien incluso más alto que él, su cuerpo delgado y ágil, y justo contra el de Alec. En ese momento, pensó que se sentía mareado de alivio y alegría porque finalmente estaba tocando a alguien que quería que lo tocasen, cuando pensó que nunca podría tener eso. Ahora pensaba que se había sentido así porque era Magnus: que incluso entonces, él lo sabía. Ahora el gesto hablaba de todos los días desde el primero.

Cuando sentía que Magnus se relajaba contra él, sentía que también podía relajarse.

Cualquiera que fuera la extraña tarea para la que Jem y Tessa lo necesitaban, podía hacerlo. Entonces él volvería a casa.

Cuando Alec se quedó en silencio, presidente Miau hizo una pausa para liberarse del amoroso dominio de Max, cruzando el suelo a través de la puerta que Alec había dejado abierta, al dormitorio de Alec y Magnus, donde Alec sospechaba que se escondería debajo de la cama durante el resto de la noche. Max miró tristemente al gato, luego levantó la vista y sonrió, sus dientes eran pequeñas perlas. Se lanzó a Alec como si no lo hubiera visto durante varias semanas. Alec siempre recibía el mismo saludo entusiasta, ya sea que hubiera regresado de un viaje, de una patrulla o que simplemente hubiera estado en la otra habitación durante cinco minutos.

—¡Hola, papi!

Alec se hincó y abrió los brazos para recoger a Max.

—Hola, mi bebé.

Estaba de pie con Max acurrucado contra su pecho, un bulto cálido y suave de cintas y miembros redondos, la risa de Max en sus oídos. Cuando Max era pequeño, Alec solía maravillarse de cómo su pequeño cuerpo encajaba perfectamente en la curva del brazo de Alec. Apenas había podido imaginar a Max haciéndose más grande. Alec no debería haberse preocupado. Fuera cual fuera el tamaño de su hijo, siempre sería perfecto para Alec.

Alec tiró de la parte delantera del traje de marinero de Max.

—Esto son un montón de cintas, amiguito.

Max asintió tristemente.

—Demasiadas cintas.

—¿Qué le pasó a tu suéter?

—Esa es una buena pregunta, Alexander. Permíteme que te revele la historia. Max enterró su suéter en la arena para gatos —relató Magnus—. Para poder «parecerse a papi». Por lo tanto, debe usar el traje de marinero de la vergüenza. Yo no hago las reglas. Oh, espera, sí, las hago.

Agitó un dedo de reproche a Max, quien se rió de nuevo e intentó agarrar el brillo de los anillos.

—Es realmente inspirador ver que ustedes chiquillos lo están haciendo funcionar —chilló Elyaas, el demonio de los tentáculos—. No tengo mucha suerte con el romance. Todos los que conozco son traicioneros y despiadados. Bueno, somos demonios. Viene con el paquete incluído.

Magnus había insistido en que los brujos necesitaban saber qué implicaban las invocaciones de demonios. Dijo que cuanto más cómodo estuviera Max con ellos, menos probable era que lo engañaran o aterrorizaran cuando invocara a su primer demonio. De ahí las lecciones de la tentación. Elyaas no era tan malo como eran los demonios, lo que significaba que todavía era terrible. Cuando Max había pasado el pentagrama, Alec había visto la curva de plata malvada de un tentáculo moviéndose hambrientamente cerca del borde para que Max no hiciera un movimiento en falso.

Alec miró a Elyaas con los ojos entrecerrados.

—No imagines que alguna vez olvido lo que eres —dijo Alec gravemente—. Te estoy vigilando.

Elyaas levantó todos sus tentáculos en señal de rendición, deslizándose hacia el otro lado del pentagrama.

—¡Fue un reflejo! No pretendía hacer nada.

—Deminios —dijo Max, oscuramente.

Magnus desterró a Elyaas con un chasquido de sus dedos y un murmullo, entonces se volvió hacia Alec.

—Entonces, te requieren en Buenos Aires —dijo Magnus.

—Sí —dijo Alec—. No sé porqué alguien en el Mercado me quiere específicamente a mí antes que a cualquier otro cazador de sombras.

Magnus rió.

—Puedo ver por qué alguien podría.

—Está bien, aparte de eso. —Alec sonrió—. No hablo español.

Magnus hablaba español. Alec deseaba que Magnus pudiera ir con él, pero uno de ellos siempre intentaba quedarse en casa con Max. Una vez, cuando Max aún era un bebé, hubo un momento terrible en el que ambos se vieron obligados a dejarlo. Ninguno de ellos quería repetirlo.

Alec estaba tratando de aprender español, así como varios otros idiomas. La runa para hablar en diversas lenguas no duraba, y parecía hacer trampa. Los subterráneos de todo el mundo venían a Nueva York a consultar con ellos en estos días, y Alec quería poder hablar con ellos correctamente. El primero en la lista de idiomas que estaba tratando de aprender era el indonesio, por Magnus.

Desafortunadamente, Alec no era bueno en los idiomas. Era capaz de leerlos, pero cuando estaba hablando, encontraba palabras difíciles, sin importar la lengua. Max había aprendido más palabras en varios idiomas que Alec.

—Está bien —había comentado Magnus una vez—. Nunca conocí a ningún Lightwood excepto a uno que era bueno con los idiomas.

—¿Quién fue? —había preguntado Alec.

—Su nombre era Thomas —dijo Magnus—. Alto como un árbol. Muy tímido.

—¿No era un monstruo de ojos verdes como los otros Lightwood que has mencionado?

—Oh —dijo Magnus—. Había un poco del monstruo en él.

Magnus le había dado un codazo y se había reído. Alec recordó el tiempo en que Magnus nunca hablaba del pasado, cuando Alec pensaba que eso significaba que estaba haciendo algo mal, o que a Magnus no le importaba. Ahora entendía que solo era que Magnus había sido herido antes, y temía que Alec también lo lastimara.

—Pensé que podría llevar a Lily —le dijo a Magnus—. Ella puede hablar español. Y pensé que podría animarla. A ella le *agrada* Jem.

Nadie en ningún Mercado cuestionaría la presencia de Lily. Todos ya habían oído hablar de la Alianza de cazadores de sombras y subterráneos, y se sabía que los miembros de la Alianza se ayudaban mutuamente.

Magnus arqueó las cejas.

—Oh, sé que a Lily le gusta Jem. He oído los apodos.

Max miró de un lado a otro hacia sus expresiones, su rostro brillante.

—¿Traer hemano ona hemana? —dijo Max esperanzado.

Habían hablado con Max sobre la idea de otro niño, igual que habían hablado entre ellos. Ninguno de los dos había esperado que Max aceptara tanto la idea. Max preguntaba

por un hermano o una hermana cada vez que uno de ellos salía de la casa; el martes pasado, Magnus se había adelantado a la pregunta gritando:

—No voy por un bebé, voy a Sephora. ¡No hay bebés en Sephora!

Un día en el parque, Max había agarrado un cochecito con un bebé mundano en él. Afortunadamente, en ese momento había estado oculto con un glamour, y la madre mundana pensó que era una ráfaga de viento en lugar del pequeño pícaro de Alec.

Sería bueno para Max que tuviera a alguien con quien crecer. Sería bueno tener otro bebé, con Magnus. Aún así, Alec recordaba cuando había abrazado a Max por primera vez, cómo el mundo y el corazón de Alec se habían quedado tranquilos y seguros. Alec estaba esperando para estar seguro otra vez.

La pausa de Alec dejó a Max, obviamente, pensando que había espacio para la negociación ahí.

—¿Traer hemano yna hemana yna dinosaurio? —preguntó Max. Alec culpó la actitud de Max a su tía Isabelle, quien seguía diciéndole que su hora de dormir no existía.

Fueron salvados por la señal de Jace, un avioncito de hojas de hada que golpeó el vidrio de la ventana.

Alec le dio un pequeño beso a Max, en medio de sus rizos pero evitando sus cuernos.

—No, me voy a una misión.

—Voy contigo —propuso Max—. Soy un cazador de sombras.

Max decía mucho eso, por lo que Alec culpaba a su tío, Jace. Alec miró de forma suplicante a Magnus por encima de la cabeza de Max.

—Ven con papá, botellita azul —dijo Magnus, y Max se dirigió a sus brazos abiertos sin sospechar.

—Ve por Lily —dijo Magnus—. Tendré un Portal preparado para ti.

Max se retorció con indignación.

—¡Abajo!

Magnus lo bajó suavemente. Alec se detuvo en la puerta para echar un último vistazo a ellos. Magnus lo miró, tocó su propio corazón con su mano llena de anillos y la movió en un pequeño gesto. Alec sonrió y abrió su propia mano para ver la pequeña chispa azul de la magia ardiendo brevemente allí.

—Te odio, papi —dijo Max enfurruñado.

—Eso es una pena —dijo Alec—. Los amo a los dos —agregó rápidamente, y cerró la puerta con vergüenza.

Las palabras rara vez eran fáciles para él, pero él trataba de decirlas cada vez que iba a una misión. Por si acaso fueran las últimas palabras.

Jace lo estaba esperando en la acera, apoyado en un árbol de la ciudad de aspecto triste, tirando un cuchillo de una mano a otra.

Cuando Alec llegó a la acera, se oyó un ruido desde arriba. Alec levantó la vista para ver a Magnus, pero en cambio vio la cara redonda de Max. Alec asumió que Max quería ver a su magnífico tío Jace. Entonces vio que Max lo estaba mirando, grandes ojos azules tristes. Puso su mano en la parte delantera de su traje de marinero, luego hizo un gesto a Alec de la misma forma que Magnus, como si Max ya pudiera hacer magia.

Alec fingió ver una chispa mágica en su mano y puso el beso mágico en su bolsillo. Luego le dio a Max una última despedida mientras él y Jace se dirigían calle abajo.

—¿Qué fue eso? —preguntó Jace.

—Quería venir a patrullar.

La cara de Jace se suavizó.

—¡Mi buen chico! Él debería…

—¡No! —dijo Alec—. Y nadie te dejará tener tu propio hijo hasta que dejes de poner a los niños de otras personas en bolsas hechas para cargar hachas y trates de sacarlos de contrabando de patrulla.

—Casi me salí con la mía, debido a mi velocidad sobrenatural y mi astucia incomparable —afirmó Jace.

—No, no lo hiciste —dijo Alec—. Esa bolsa se estaba moviendo.

Jace se encogió de hombros, filosóficamente.

—¿Listo para otra ronda de defensa heroica del mundo del mal? ¿O para gastarle bromas a Simon en caso de que sea una noche aburrida?

—En realidad, no puedo —dijo Alec, y explicó el mensaje de Jem y Tessa.

—Iré contigo —se ofreció Jace al instante.

—¿Y dejar a Clary que dirija sola el Instituto? —preguntó Alec—. ¿Una semana antes de su exhibición?

Jace se vio sorprendido por la fuerza de ese argumento.

—No vas a dejar sola a Clary. Lily y yo podemos lidiar con lo que esté pasando —dijo Alec—. Además, no es que Jem y Tessa no puedan manejarse solos. Seremos un equipo.

—Bien —dijo Jace a regañadientes—. Supongo que otros tres luchadores son un sustituto aceptable para mí.

Alec lo golpeó rápidamente en el hombro con un puño y Jace sonrió.

—Bueno —dijo—. Al Hotel Dumort.

* * *

Desde el exterior, la fachada del hotel estaba sucia, con el rótulo grafiteado de marrón oscuro de la sangre vieja.

Desde que Lily Chen se había convertido en la líder del clan de vampiros en Nueva York, lo había decorado por dentro. Alec y Jace abrieron puertas dobles astilladas de un salón brillante. El tramo de escaleras y el balcón sobre ellos tenían una barandilla reluciente, una cala de hierro pintada de dorado que representaba serpientes y rosas. A Lily le gustaba que las cosas se parecieran a la década de 1920, y decía que era la mejor década. La decoración no era lo único que había cambiado; ahora había hipsters a la redonda, y aunque Alec no entendía el encanto por sí mismo, había una lista de espera para ser una víctima de la fiesta.

Un par de piernas sobresalían por debajo de la curva de las escaleras. Alec se acercó a zancadas y miró por el hueco sombrío, al ver a un hombre vestido con tirantes, una camisa manchada de sangre y una sonrisa.

—Hola —dijo Alec—. Simple revisión. ¿Es esta una situación voluntaria?

El hombre parpadeó.

—Oh sí. ¡Firmé el formulario de consentimiento!

—¿Ahora hay un formulario de consentimiento? —murmuró Jace.

—Les dije que no tenían que hacer eso —murmuró Alec de vuelta.

—Mi fabulosa amiga con colmillos dijo que debería firmarlo, de lo contrario, la Clave se pondría severa con ella. ¿*Tú* eres la Clave?

—No —dijo Alec.

—Pero Hetty dijo que si no firmaba el formulario de consentimiento, la Clave la miraría con esos ojos azules decepcionados. Tus ojos son muy azules.

—Y muy decepcionados —dijo Alec con severidad.

—¿Estás molestando a Alec? —exigió una chica vampiro, corriendo por las puertas dobles que conducían a la sala—. No molestes a Alec.

—Oh, querida —dijo el hombre, en tono encantado—. ¿Está mi alma mortal condenada? ¿Estás a punto de vertir tu ira no muerta sobre mí?

Hetty gruñó y se lanzó bajo las escaleras con una risita. Alec desvió sus ojos y se dirigió a la sala, Jace detrás de él. Jace dejaba que Alec tomara el mando cuando se trataba de los vampiros. Como director del Instituto de Nueva York, si Jace reprendiera a un vampiro podría sonar como una amenaza. Jace y Alec habían hablado sobre cómo hacer que la ciudad diera la bienvenida a todos los subterráneos, ahora que Nueva York era un refugio en los tiempos de la Paz Fría.

A través de las puertas de la sala se escuchaba el sonido de la música: no el jazz habitual de Lily, sino una mezcla que sonaba comoa rap y jazz combinados. Dentro de la sala había sillas hiladas, un piano reluciente y un conjunto elaborado de giradiscos y cables. Bat Velasquez, el hombre lobo DJ, estaba sentado con las piernas cruzadas en un lujoso sofá de terciopelo, jugando con los discos.

En otras ciudades, los vampiros y hombres lobo no se llevaban bien. Las cosas eran diferentes en Nueva York.

Elliott, el segundo al mando del clan de vampiros, bailaba solo en un círculo feliz. Sus brazos y rastas se agitaban al ritmo como plantas bajo el agua.

—¿Está Lily arriba? —preguntó Alec.

Elliott de repente pareció atormentado.

—Aún no. Tuvimos que madrugar un poco ayer. Hubo un incidente. Bueno, más, un desastre.

—¿Qué causó este desastre?

—Bueno —dijo Elliott—. Yo, como siempre. ¡Pero esta vez realmente no fue mi culpa! Fue un accidente total y completo que podría haberle ocurrido a cualquiera. Verás, los miércoles normalmente hago *booty call*[40] con selkies.

Los selkies eran hadas de agua que mudaban sus pieles de foca para asumir forma humana. Eran bastante raras.

Alec lo sometió a una mirada crítica.

—Entonces, este desastre podría haberle ocurrido a cualquiera que tenga sexo casual con una selkie.

—Sí, exactamente —dijo Elliott—. O, también si tienes sexo casual con dos selkies diferentes. Una de ellas encontró la piel de foca de la otra en mi armario. Hubo una escena. Ya sabes como son.

Alec, Jace y Bat sacudieron la cabeza.

—Sólo se derrumbó una pequeña pared, pero ahora Lily está completamente molesta.

Lily había hecho de Elliott su segundo al mando porque eran amigos, no porque Elliott tuviera alguna aptitud para el liderazgo. A veces Alec se preocupaba por el clan de vampiros de Nueva York.

—Este chico. ¿Por qué tienes que sugerir tríos a todo el mundo? ¿Por qué los vampiros son así? —dijo Bat.

Elliott se encogió de hombros.

—A los vampiros les encantan los tríos. Vida larga, se hace decadente. No somos todos iguales, por supuesto. —Su rostro se iluminó con un recuerdo agradable—. El jefe solía enfadarse mucho con la decadencia. Pero realmente, estoy listo para asentarme, creo que tú y yo y Maia…

—A mi *abuela*[41] no le gustarías —dijo Bat con firmeza—. Mi *abuela* ama a Maia. Maia está aprendiendo español por ella.

La voz ligeramente rasposa de Bat disminuía y se volvía cálida cada vez que hablaba de Maia, la líder de los licántropos y su novia. Alec no podía culparlo. Alec nunca se preocupaba por los licántropos. Maia siempre parecía tener todo bajo control.

---

[40] N.T. Término que se usa para referirse a la realización de llamadas, mensajes de texto, etc., con el propósito de tener relaciones sexuales con una persona con la que no se mantiene una relación.

[41] N.T. En español original.

—Hablando de español —dijo Alec—, voy a ir a Buenos Aires y voy a pedirle a Lily que venga conmigo ya que lo habla con fluidez. Para cuando Lily regrese, ya se habrá calmado.

Elliott asintió.

—Un viaje será bueno para ella —dijo, su voz inusualmente seria—. No ha estado bien últimamente. Extraña al jefe. Bueno, todos lo extrañamos, pero es diferente para Lily. A veces eso nos sucede. —Miró a Alec y explicó—: Inmortales. Nos acostumbramos a vernos los unos a los otros al pasar de los siglos. Los años pasan y luego alguien regresa y es como si las cosas fueran como antes. Porque seguimos siendo los mismos, aunque el mundo ya no lo sea. Cuando alguien muere, nos toma un tiempo procesarlo. Comienzas a pensar: Me pregunto cuándo lo volveré a ver. Y luego recuerdas y cada vez que sucede, es una fuerte conmoción. Tienes que seguir recordandolo hasta que lo crees: Nunca lo volveré a ver otra vez.

Había una triste y dolorosa nota en la voz de Elliott. Alec asintió. Él sabía cómo sería, algún día, cuando Magnus tuviera que pensar en él con un: «nunca volveré».

Sabía lo fuerte que uno tenía que ser, para resistir la soledad de la inmortalidad.

—Además, realmente creo que Lily podría necesitar algo de ayuda con el clan.

—Tú podrías ayudarla —dijo Alec—. Si solo fueras un poco más responsable…

Elliott negó con la cabeza.

—No va a suceder. Oye, señor Director del Instituto, ¡tú eres un líder! ¿Qué tal esto? Te convierto en un vampiro, ayudas a la líder del clan y te mantienes atractivo para siempre.

—Ese sería un regalo para generaciones futuras —comentó Jace pensativamente—. Pero no.

—¡Elliott! —soltó Alec—. ¡Deja de ofrecerle inmortalidad a la gente! ¡Ya hemos hablado de esto!

Elliott asintió, viéndose avergonzado pero sonriendo levemente. Desde afuera y por arriba, una voz sonó.

—¡Escuché a alguien mandando a otras personas! ¿Alec?

Una de las cosas más preocupantes sobre el clan de los vampiros era que hablar razonablemente con ellos nunca servía, pero a ellos les encantaba que se lo dijeran. Raphael Santiago en verdad había dejado una marca en estas personas.

Alec caminó hacia delante y miró hacia afuera de las puertas abiertas. Lily estaba sentada en el balcón, usando una arrugada pijama rosa con dibujos de serpientes y las palabras ARRIBA Y ATACA en ella. Se veía cansada.

—Sí —dijo él—. Oye. Jem me pidió que fuera a Buenos Aires y que le ayudara. ¿Quieres venir?

Lily se entusiasmó.

—¿Que si quiero ir a un viaje de camaradas contigo, corriendo al llamado de la encantadora damisela en apuros, Jem le-brinco-encima Carstairs?

—Bueno, sí.

La sonrisa de Lily era tan amplia que mostraba sus colmillos.

—Diablos, sí.

Se alejó del balcón. Alec observó la puerta por la que ella había pasado y subió las escaleras. Esperó un momento, recargándose contra la barandilla y luego golpeó la puerta.

—¡Entra!

No entró, pero abrió la puerta. La habitación estaba tan estrecha con una celda, con tablones sacados del suelo y muros desnudos excepto por una cruz en un garfio. Ésta era la única habitación en el Hotel Dumort que Lily no había decorado. Lily estaba durmiendo otra vez en el cuarto de Raphael.

Lily estaba usando una chaqueta de cuero que también le había pertenecido a Raphael. Alec la observó mientras cepillaba su cabello con mechones pintados de rosa, luego besó la cruz para tener suerte y salió. Los vampiros cristianos se quemaban con una cruz, pero Lily era budista. La cruz no significaba nada para ella, excepto porque había sido de Raphael.

—Quieres… —Alec tosió—. ¿Quieres hablar?

Lily volteó su cabeza hacia atrás para verlo por completo.

—¿Acerca de sentimientos? ¿Hacemos eso?

—Preferiblemente no —dijo Alec, lo cual la hizo sonreír—. Pero podríamos.

—Nah —respondió Lily—. ¡Mejor vamos a un viaje y veamos a linduras! ¿Dónde está ese idiota de Elliott?

Corrió ligeramente por las escaleras al salón y Alec la siguió.

—¡Elliott, te voy a dejar a cargo del clan! —dijo Lily—. ¡Bat, voy a robarte a tu novia!

Bat negó con la cabeza.

—¿Por qué los vampiros son así? —murmuró otra vez.

Lily sonrió.

—Por propósitos administrativos. Maia estará dirigiendo la Alianza con los cazadores de sombras y los subterráneos hasta que regresemos.

—No quiero estar a cargo del clan —gimió Elliott—. ¡Por favor sé un vampiro y lidéranos, Jace! ¡Por favor!

—Yo solía venir aquí y tenía que luchar por mi vida mientras el lugar se derrumbaba a mi alrededor —reflexionó Jace—. Ahora todo son cojines de terciopelo e insistentes ofertas de belleza inmortal.

—Es solo una pequeña mordida —Elliott trató de convencerlo—. Te gustará.

—A nadie le gusta que le drenen la sangre, Elliot —dijo Alec severamente.

Ambos vampiros en la habitación sonrieron por lo que se les estaba negando y luego parecieron decepcionados por lo que él les estaba diciendo.

—Solo piensas eso porque Simon lo hizo mal —replicó Lily—. He mencionado tantas veces cómo arruinó todo para nosotros.

—Simon lo hizo bien —murmuró Jace.

—No me agradaba —dijo Alec—. No voy a hablar de esto de nuevo. Vámonos.

—Ah, sí —Lily se alegró—. Tengo curiosidad de saber cómo está el cazador de sombras más sexy del mundo.

—Estoy genial —dijo Jace.

Lily golpeó su pie.

—Nadie está hablando de ti, Jason. ¿Has escuchado la frase «alto, pelinegro y guapo»?

—Suena como un dicho pasado de moda —dijo Jace—. Suena como algo que la gente solía decir antes de que yo naciera.

Le sonrió a Lily, quien le sonrió de vuelta. Jace no solo hacía que perdieran los estribos las personas de las que se había enamorado. Él hacía que todo el mundo que le agradaba perdiera los estribos. Eso era algo que Simon todavía no había descubierto a lo largo de los años.

—Hay muchos cazadores de sombras ardientes —dijo Elliott—. Ese es el punto de serlo, ¿no?

—No —dijo Alec—. Luchamos contra demonios.

—Oh —dijo Elliott—. Cierto.

—No lo digo por presumir, solo digo que si se hiciera un libro de cazadores de sombras ardientes mi ilustración estaría en cada página —dijo Jace con serenidad.

—Nop —replicó Lily—. Estaría lleno de fotos de la familia Carstairs.

—¿Estás hablando de Emma? —preguntó Alec.

Lily frunció el ceño.

—¿Quién es Emma?

—Emma Carstairs —dijo Jace amablemente—. Ella es la amiga por correspondencia de Clary que vive en Los Ángeles. A veces escribo posdatas en las cartas de Clary y le cuento a Emma trucos útiles. Emma es muy buena.

Emma era una resuelta fuerza de destrucción, cosa que, por supuesto, le gustaba a Jace. Jace sacó su teléfono y le mostró a Lily una foto reciente de Emma que ella le había enviado a Clary. Emma estaba sujetando su espada en la playa y riendo.

Lily jadeó.

—Cortana.

Alec la miró bruscamente,

—No conozco a Emma —dijo Lily—. Pero me gustaría hacerlo. Normalmente no voy por rubios, pero ella es sexy. Bendita familia Checa-y-Admira. Nunca me fallan. En ese sentido, voy a disfrutar de las vistas en Buenos Aires.

—Jem está *casado*, ya lo sabes —dijo Alec.

—¡No me dejes a cargo! —rogó Elliott—. ¡No puedes confiar en mí! ¡Es un terrible error!

Lily los ignoró a ambos, pero atrapó a Alec estudiándola mientras salían del hotel.

—No parezcas tan preocupado —dijo ella—. Probablemente Elliott no queme la ciudad. Cuando vuelva, todos estarán tan agradecidos que harán todo lo que yo diga. Dejar al mando a ese tonto es parte de mi estrategia de liderazgo.

Alec asintió y no dijo que estaba preocupado por ella.

Hubo un tiempo en que Alec estuvo inquieto por los vampiros, pero Lily siempre había necesitado a alguien con tanta claridad, y Alec había querido estar ahí para ella. Habían sido compañeros de equipo al frente de la Alianza con Maia durante el tiempo suficiente que ahora sentía a Lily como Aline Penhallow, una amiga lo suficientemente cercana como para ser familia.

El pensamiento de Aline envió una punzada familiar a través de Alec. Aline había sido exiliada a la isla Wrangel para estar con su esposa, Helen. Habían vivido en ese desierto pedregoso durante años, solo porque Helen tenía sangre de hada.

Cada vez que Alec pensaba en Helen y Aline quería cambiar todo sobre la forma en que trabajaba la Clave y llevarlas a casa. No sólo eran Aline y Helen. Se sentía de esa manera con respecto a todos los brujos, vampiros, hombres lobo y hadas que viajaban a Nueva York para hablar con la Alianza porque no podían ir a sus Institutos. Todos los días, sentía la misma necesidad que había sentido en su primera misión, cuando vio a Jace e Isabelle atacar en una pelea. *Protégelos*, había pensado desesperadamente, y se abalanzó hacia su arco.

Alec cuadró sus hombros. Preocuparse no ayudaría a nadie. No podía salvar a todos, pero podía ayudar a la gente, y ahora tenía la intención de ayudar a Jem y Tessa.

* * *

El Hermano Zachariah caminaba por la Ciudad Silenciosa, por pasillos alineados con huesos. El suelo estaba marcado con el implacable paso de los pies de los Hermanos Silenciosos, de sus propios pies, moviéndose en su camino acostumbrado día tras día de silencio, año tras año de oscuridad eterna. No podía salir. Pronto olvidaría cómo había sido vivir y amar en la luz. Cada cráneo que le sonreía desde la pared era algo más humano que él.

Hasta la oscuridad que había creído ineludible era destruida por el consumo de fuego. El fuego de plata del *yin fen* había ardido en él una vez, lo peor que el mundo tenía que

ofrecer, pero ese fuego dorado era implacable como el cielo. Se sentía como si lo estuvieran destrozando, cada átomo ardiente de él pesaba en la balanza por un dios cruel y todas las piezas que se encontraban faltaban.

Incluso en medio de la agonía, hubo un pequeño alivio. Este es el final, se dijo desesperadamente, y estaba desesperadamente agradecido. Al fin, este es el fin, después de toda esa miseria y oscuridad. Moriría antes de que su humanidad fuera completamente aplastada. Finalmente podría descansar. Podría ver a su *parabatai* de nuevo.

Excepto que con el pensamiento de Will vino el pensamiento de alguien más. Pensó en el aire fresco y suave que fluía del río, y su rostro dulce y serio, inmutable como su propio corazón. Pensando en Will, él sabía lo que Will diría. Podía oírlo, como si incluso el velo de la muerte ardiera entre ellos y Will gritaba en su oído.

Jem, Jem. James Carstairs. No puedes dejar a Tessa sola. Te conozco mejor que de lo que te conoces a ti mismo. Siempre lo hice. Sé que nunca te rendirías. Jem, aguanta.

Él no deshonraría el amor dejándolo ir. Al final, optó por soportar cualquier dolor en lugar de hacerlo. A través del fuego, y a través de la oscuridad, él se mantuvo.

E imposiblemente, a través del fuego y la oscuridad y el tiempo, sobrevivió.

Jem se despertó jadeando. Estaba en una cama caliente, con su esposa en sus brazos.

Tessa seguía durmiendo, sobre sábanas blancas en la pequeña habitación encalada que alquilaban en la pequeña casa de huéspedes. Ella murmuró mientras Jem la observaba, una suave cadena de palabras incomprensibles. Ella hablaba en sueños, y cada sonido era un consuelo. Hacía más de un siglo, se había preguntado cómo sería despertar con Tessa. Lo había soñado.

Ahora lo sabía.

Jem escuchó sus dulces murmullos soñolientos, y observó la subida y la caída de la sábana blanca con su respiración, y su cuerpo se relajó.

Las rizadas pestañas de Tessa se agitaron en sus mejillas.

—¿Jem? —preguntó ella, y su mano encontró su brazo, con la palma deslizándose por su piel.

—Lo siento —dijo Jem—. No quise molestarte.

—No lo sientas —Tessa sonrió adormilada.

Jem se inclinó hacia la almohada junto a la suya y besó los ojos de su esposa para cerrarlos, luego los observó abrirse de nuevo, claro y fresco como el agua del río. Él le besó la mejilla, la curva elocuente de su boca, su barbilla, y recorrió su boca abierta con avidez por la línea de su garganta.

—Tessa, Tessa —murmuró—. *Wǒ yào nǐ.*

Te quiero.

—Sí —dijo Tessa.

Jem levantó la sábana y besó la línea de su clavícula, amando el sabor de su suave piel de sueño cálido, amando cada átomo de ella. Puso un rastro de besos para seguir todo el camino por su cuerpo. Cuando él bajó la boca por la tierna piel de su estómago, sus manos se deslizaron por su cabello y se apretaron con fuerza allí, anclándolo, alentándolo. Su voz, que ya no era suave, hacía que las paredes resonaran con su nombre.

Ella estaba a su alrededor. Todo el horror y el dolor fueron alejados.

Jem y Tessa se acostaron uno frente al otro en la cama, con las manos entrelazadas y las voces silenciadas. Podían susurrar y reírse toda la noche juntos, y con frecuencia lo hacían: era una de las grandes alegrías de Jem, simplemente acostarse con Tessa y hablar durante horas.

Pero eso requería tranquilidad y paz, que no iban a tener esta noche. La luz explotó a través de su habitación oscura, y Jem se incorporó, protegiendo a Tessa de cualquier posible amenaza.

Palabras de reluciente azul y plata habían aparecido en la pared. Tessa se sentó, metiendo la sábana a su alrededor.

—Mensaje de Magnus —dijo ella, retorciéndose el pelo en un nudo en la parte posterior de la cabeza.

El mensaje decía que Alec y Lily Chen estaban en camino a ayudar. Una vez que hubieran guardado sus pertenencias en el Instituto de Buenos Aires, se encontrarían con Tessa y Jem fuera de los muros del Mercado de Sombras.

Jem se encontró con la mirada de Tessa y leyó su propia alarma en sus ojos.

—Oh no —dijo Tessa. Jem ya estaba saliendo de la cama, buscando su ropa—. Tenemos que encontrarlos. Tenemos que detenerlos. No *pueden* ir al Instituto.

* * *

El Instituto de Buenos Aires estaba ubicado en el pueblo de San Andrés de Giles. Para los ojos de los mundanos, el Instituto parecía una gran cripta en un cementerio abandonado, entre una abundancia de blanquecinas flores silvestres.

Para los ojos de Alec, se veía peor. Era un alto edificio pintado en un oxidado color pálido, en un ala del edificio había ruinas carbonizadas. Alec sabía que el Instituto fue dañado durante la Guerra Oscura, pero había pensado que ya había sido reparado hace tiempo.

Lily olfateó el aire.

—Mezclaron sangre en la pintura.

El Instituto se veía abandonado, excepto por el hecho de que había un guardia en el puerta. Incluso eso hizo que los ojos de Alec se estrecharan. Los cazadores de sombras no solían mantener vigilancia sobre sus propios Institutos, a menos que fuera tiempo de guerra.

Le dio un asentimiento a Lily y comenzaron a caminar para encontrarse con los cazadores de sombras de Buenos Aires. El guardia de la puerta se veía unos años menor que Alec. Su rostro era duro, sus oscuras cejas se contrajeron entre sí bruscamente y los miró de soslayo sospechosamente

—Em —dijo Alec—. *Bonjour?* Espera, eso es francés.

Lily le dio una sonrisa al guardia que mostraba sus colmillos.

—Deja que me encargue de esto.

—Puedo hablar inglés —le dijo el guardia a Alec sin inmutarse.

—Genial —dijo Alec—. Soy del Instituto de Nueva York. Mi nombre es…

Los oscuros ojos del guardia se ampliaron.

—¡Eres Alexander lightwood!

Alec parpadeó.

—Ese soy yo.

—Estuve en la oficina del Inquisidor una vez —admitió el guardia tímidamente—. Tiene un tapiz de ti colgado en la pared.

—Sí —dijo Alec—. Lo sé.

—Es por eso que sé cómo te ves. Estoy emocionado por conocerte. Quiero decir, es un honor. Oh, no, ¿qué estoy haciendo? Soy Joaquín Acosta Romero. Es un placer.

Joaquín alzó su mano para que Alec la estrechara. Cuando Alec sacudió su mano, sintió cómo el joven se estremecía levemente por la emoción. Le lanzó una mirada llena de pánico a Lily, quien sonrió y articuló: «Lindo», refiriéndose a él.

—Esta es Lily, quien no está ayudando —dijo Alec.

—Oh sí, oh, encantado de conocerte a ti también —dijo Joaquín—. Guau, pasen.

Lily sonrió dulcemente, mostrando sus colmillos.

—No puedo.

—¡Oh, cierto! Lo lamento. Les mostraré el exterior hacia la puerta de atrás. Hay una puerta al Santuario por ahí.

Magnus había hechizado el Instituto de Nueva York para que los subterráneos pudieran entrar en ciertos lugares ahí adentro, pero la mayoría de los Institutos todavía los mantenían afuera excepto por los Santuarios. A Alec le complació ver a Joaquín darle una leve sonrisa a Lily que parecía genuina y agradable.

—Gracias —dijo Alec—. Nos vamos a encontrar con unos amigos en una misión, pero esperaba que pudiéramos dejar nuestras maletas ahora para que podamos volver a dormir más tarde. Podemos utilizar catres en el Santuario.

Joaquín los guió a un oscuro callejón cubierto de telarañas. Alec pensó en el ala con escombros. Probablemente el Instituto no tendría catres.

—Em, ¿tu amiga va… va a necesitar un ataúd? —preguntó Joaquín—. No creo que tengamos ataúdes. Quiero decir, ¡estoy seguro que podría encontrar uno en algún lugar! El líder del Instituto es, emm, muy cuidadoso con nuestros visitantes, pero estoy seguro de que no podrá oponerse a una invitada que viene con Alec Lightwood.

—No necesito un ataúd —dijo Lily—. Solo una habitación sin ventanas. No es ningún problema.

—Puedes dirigirte a ella cuando estás hablando sobre ella —dijo Alec suavemente.

Joaquín le lanzó una mirada ansiosa a Alec, luego una mirada más ansiosa a Lily.

—¡Claro! Lo lamento. No tengo mucha experiencia hablando con…

—¿Vampiros? —preguntó Lily dulcemente.

—Mujeres —dijo Joaquín.

—Es cierto, soy una fabulosa mujer de metro cincuenta y dos —comentó Lily.

Joaquín tosió.

—Bueno, tampoco conozco a ningún vampiro. Mi madre murió en la Guerra Oscura. Muchos de nosotros morimos. Y después de eso, la mayoría de las mujeres se fueron. El señor Breakspear dice que las mujeres no encajan en el rigor de un severo Instituto en funcionamiento.

Miró con ansiedad a Alec, como si buscara la opinión de Alec en el asunto.

—Clary Fairchild es una de las líderes de mi Instituto —dijo Alec brevemente—. Jia Penhallow es la líder de todos los cazadores de sombras. Cualquiera que diga que las mujeres son débiles está asustado de que sean demasiado fuertes.

Joaquín asintió varias veces y en rápidas series, aunque Alec no estaba seguro si era en acuerdo o de puros nervios.

—No he estado en ningún otro Instituto. Nací en el Instituto cuando estaba ubicado en la ciudad de Buenos Aires, cerca de Casa Rosada.

—Me estaba preguntando porqué el Instituto de Buenos Aires está aquí, y no el la ciudad —dijo Alec.

—Nuestro antiguo Instituto fue destruído en la Guerra Oscura —explicó Joaquín—. No muchos de nosotros lograron salir, y nos refugiamos en los restos más cercanos del Instituto. Juntos, fuimos capaces de defender este lugar, aunque pueden ver que el edificio fue dañado por los Oscurecidos. Aún recuerdo el antiguo Instituto, sus techos curvados y rojos contra el cielo azul, lo hermoso que era, cuando mis padres seguían con vida y el mundo era diferente. Ahora esto es lo único que el Instituto de Buenos Aires tiene.Solíamos hablar de regresar, pero… ya no más. El director de nuestro Instituto dice que no estamos listos y la corrupción está por todas partes, pero aún así quiero intentarlo. Cuando cumplí dieciocho, estaba esperando que pudiera ir a mi viaje de un año y ver cómo funcionaban otros Institutos, tal vez incluso conocer a una chica, pero el líder de nuestro Instituto dijo que no podíamos ser divididos. No cuando los subterráneos en nuestro Mercado de Sombras son tan peligrosos.

Joaquín inclinó su cabeza. Alec estaba tratando de crear una pregunta que no sorprendiera al chico todavía más, acerca de por qué esa era una dura declaración. Acerca

de qué era lo que estaba pasando con el Instituto de Buenos Aires exactamente. Antes de que pudiera hacerlo, llegaron al final del callejón y a la magullada puerta del Santuario del Instituto. Se veía como el interior de una iglesia que había sufrido una explosión, las grandes ventanas estaban entabladas, el piso ennegrecido.

Había un hombre en el centro del suelo carbonizado, parándose frente a un grupo de silenciosos cazadores de sombras. Se veía de cuarenta, su cabello rubio ya se estaba volviendo plateado y era el único en la habitación usando un traje que no estaba parchado o deteriorado.

—Ese es Clive Breakspear, el líder de nuestro Instituto —dijo Joaquín—. Señor, tenemos a un visitante. Es Alexander Lightwood.

Dijo algo en español, que juzgando por la repetición del nombre de Alec, Alec supuso que era sobre el mismo tema, luego miró a su alrededor como si esperara una respuesta entusiasta. No la consiguió. Varios de los hombres en el círculo parecieron desconfiados inmediatamente.

Clive Breakspear no parecía desconfiado en absoluto.

—Así que tú eres Alec Lightwood —dijo el líder del Instituto de Buenos Aires lentamente—. Entonces ésta debe ser tu puta subterránea.

Hubo un terrible silencio.

Fue roto por Lily, quien parpadeó y dijo:

—¿Disculpa? ¿Has estado viviendo en un hoyo? ¿Qué no sabes que Alec está saliendo con el famoso brujo Magnus Bane y no está interesado en las chicas de ningún tipo?

Hubo un tumulto de susurros. Alec no pensó que todos estuvieran sorprendidos por esta información. Les sorprendía que Lily lo dijera, como si ellos esperaran que él estuviera avergonzado.

—Seamos claros en este asunto. Esta es mi amiga Lily, la líder del clan de vampiros de Nueva York. —Alec puso su mano en su cuchillo de serafín y los susurros callaron—. Piensen con mucho cuidado —dijo Alec—, lo que quieren decir de ella. O de Magnus Bane.

Casi dijo «mi prometido», pero era una extraña palabra. Una vez había dicho «mi pretendiente» y se sintió un completo idiota. A veces anhelaba, con un dolor casi físico, simplemente decir «mi esposo» y que fuera cierto.

—Estoy aquí por una misión —continuó Alec—. Pensé que podía confiar en la hospitalidad del Instituto y mis colegas cazadores de sombras. Veo que estaba equivocado.

Lanzó una mirada alrededor de la habitación. Varios de los hombres no podían mirarlo a los ojos.

—¿Qué misión? —demandó Clive Breakspear.

—Una que requiere discreción.

Alec lo observó fijamente, hasta que Clive Breakspear se sonrojó y apartó la mirada.

—Puedes quedarte aquí —aceptó con resentimiento—. La subterránea no.

—Como si quisiera —se burló Lily—. No me quedo en lugares en donde la decoración no es diez de diez y este lugar es un menos catorce mil. Está bien, Alec, hagamos un plan para ver dónde nos encontraremos después de que encuentre un buen hotel sin ventanas. ¿Quieres…?

—¿De qué estás hablando? —reclamó Alec—. Si ellos no te aceptan, no me quedaré aquí. Al diablo con este lugar. Me voy contigo.

El rostro de Lily se suavizó, por un lapso de tiempo que tomaba parpadear.

—Claro que lo harás —dijo palmeando su brazo.

Olfateó desdeñosamente y giró sobre sus tacones. Clive Breakspear se inclinó hacia ella.

—Tengo unas preguntas para ti, subterránea.

Alec atrapó su brazo y se paró frente a Lily.

—¿Estás seguro de eso?

Los superaban en número, pero Alec era el hijo del Inquisidor y el *parabatai* de Jace Herondale. Estaba protegido de una forma en la que otros no lo estaban. Eso significaba que tenía que usar lo que tuviera, para proteger a aquellos que no podían hacerlo.

Después de un largo rato, Breakspear retrocedió.

Alec deseó poder haber pensado en una frase realmente mordaz de despedida, pero esa no era realmente su especialidad. Él y Lily solo se fueron, Joaquín persiguiéndolos.

—Por el Ángel —dijo Joaquín—. No esperaba que… No pensé… Lo lamento tanto.

—No es el primer Instituto en el que no he sido bienvenido —dijo Alec.

Especialmente si estaba con Magnus. No sucedía a menudo, pero unos cuantos Institutos de vez en cuando habían tratado de separarlos o hacerles entender que no deberían estar juntos. Alec siempre les dejó claro lo que pensaba sobre eso.

—Lo lamento tanto —repitió Joaquín indefenso.

Alec le asintió, luego Alec y Lily se adentraron en la noche. Alec se detuvo con el edificio en ruinas detrás de él y dio un respiro, un largo y profundo respiro.

—Los cazadores de sombras son basura —declaró Lily.

Alec le lanzó una mirada.

—A excepción de la compañía presente. Y Jem —dijo Lily—. Estoy teniendo un terrible momento en Buenos Aires y aunque no como, estoy de humor para un delicioso tazón de Jembalaya.

—¡Está casado! —advirtió Alec una vez más.

—Por favor deja de recordármelo. Ella huele a libros. Puede que sea inmortal, pero la vida es demasiado corta para pasarla leyendo. —Lily se detuvo por un instante y luego añadió silenciosamente—: A Raphael le agradaba. Ella, Ragnor Fell y Raphael solían tener pequeñas reuniones y se contaban secretos entre ellos.

Alec ahora entendía la tensión en su voz. Lily era ligeramente cuidadosa sobre Magnus también, de cualquiera que no estuviera en su clan a quien creía que Raphael Santiago hubiera amado.

—Le dije a Jem que los encontraríamos afuera del Mercado de Sombras —dijo Alec, distrayendo a Lily con éxito—. Podemos cargar nuestras maletas hasta que encontremos un lugar para quedarnos. Por ahora, veamos este lugar que está asustando al Instituto de Buenos Aires, donde solo yo puedo entrar.

* * *

Alec iba al Mercado de Sombras de Nueva York en Canal Street con Magnus y Max a menudo, pero la primera vez en un nuevo Mercado de Sombras como cazador de sombras podría ser complicado.

El Mercado de Sombras de Buenos Aires parecía más que complicado. El alambre de púas estaba colgado en cada tabla. La madera lisa decolorada por el sol y los bucles enredados de alambre de púas eran un tramo impenetrable de plata. Frente a ellos había una gran puerta de metal, más adecuada para una prisión que para un mercado, y los ojos de un hombre lobo brillaban detrás de una reja metálica. Él les gritó algo.

—Ha dicho «cazadores de sombras no» —Lily interpretó animosamente.

Había una fila de subterráneos detrás de ellos, mirando y murmurando. Alec sentía una sombra de vieja incomodidad al ser el centro de atención y una duda repentina sobre de la información que Jem le había dado.

—Soy Alec Lightwood —dijo—. Oí que se me permite entrar.

Hubo una conmoción a sus espaldas, luego un breve silencio, y después una oleada de murmullos y diferentes sonidos, como escuchar un cambio de marea.

—Podrías solo ser otro nefilim mentiroso —el hombre lobo se rió, cambiando a inglés —. ¿Puedes *probar* que eres Alec Lightwood?

—Puedo hacerlo —dijo Alec.

Sacó las manos de sus bolsillos y alzó su mano derecha hacia la reja para que el hombre lobo la pudiera ver plenamente: piel cicatrizada, callos provocados por su arco, las líneas negras de su runa de Visión, y los rayos de luna reflejándose en la banda brillante de su anillo con un patrón de llamas grabado en este.

Otro par de ojos apareció en la reja, estos eran de un hada, sin pupilas y verdes como lagos profundos del bosque. Ella dijo algo suave en español.

—Dice que la magia en tu anillo es muy fuerte —dijo Lily en su hombro—. Muy fuerte. Dice que es la clase de poder que viene desde el mismo corazón del infierno.

Alec sabía que era cierto. No había solo un encantamiento en ese anillo, había un hechizo tras otro hechizo: magia de protección y desviación, magia para guiar sus flechas y espadas, todo el poder de las órdenes de Magnus vertido en el metal. Tenía todo en lo que Magnus había sido capaz de pensar, para actuar como la armadura de Alec, y asegurar que Alec regresara a salvo a casa con él. Lo más importante fue la expresión del rostro de Magnus cuando le dio el anillo encantado a Alec y dijo que creía que algún día se casarían.

—Sé de dónde viene esta clase de poder. —Alec alzó su voz para que toda la multitud bulliciosa pudiera escucharlo—. Soy Alec Lightwood. Magnus Bane hizo este anillo para mí.

El guardia licántropo abrió la puerta hacia el Mercado de Sombras.

Alec y Lily caminaron hacía el túnel de alambre de púas. Alec podía oír los sonidos y avistar las luces de un Mercado, pero el túnel se dividía en dos direcciones. El guardia los llevó hacia la izquierda, lejos de la luz y el sonido, hacia un cobertizo cubierto de protecciones y metal. Armas rotas estaban fijadas a las paredes, y había una plataforma circular toscamente tallada en el centro de la habitación, y en esa plataforma una silla enorme. Había hachas cruzadas en el respaldo de esa silla, y una fila de picos brillantes corrían por la parte superior. Una delgada chica hada, con cabello ralo y una cara melancólica, estaba sentada con las piernas cruzadas al pie del trono.

Sobre el trono estaba una joven mujer que lucía de la edad de Alec. Estaba usando jeans y una camisa de franela, sus piernas colgaban descuidadamente sobre el reposabrazos del trono, la fila picos resplandeciendo sobre su iluminado cabello. Esta debía ser la mujer de la que Jem había escrito, la mujer loba Reina del Mercado.

Ella vio a Alec y su cara se quedó en blanco. Luego comenzó a sonreír.

—¡Alec! Realmente eres tú. ¡No puedo creerlo! —dijo en inglés, pero con un distintivo acento francés.

Esto era muy incómodo.

—Lo siento —dijo Alec—. ¿Nos conocemos?

La mujer loba osciló sus pies hacía el piso, inclinándose hacia adelante.

—Soy Juliette.

—Yo no soy Romeo —dijo Lily—. Pero eres linda, así que dime más acerca de ti en tu sexy acento.

—Em, ¿quién eres? —preguntó Juliette.

—Lily Chen —dijo Lily.

—Líder del clan de vampiros de Nueva York —añadió Alec.

—Oh, claro —dijo Juliette—. ¡De la Alianza! Gracias por venir con Alec a ayudarnos. Es un verdadero privilegio conocerte.

Lily rebosó de alegría.

—¡Lo sé!

Los ojos de Juliette volvieron a Alec. La forma en que lo miraba, con los ojos desorbitados y sobresaltados, hizo sonar una débil campana.

—Y esta es mi hija Rose —dijo Juliette, sus manos firmes en los hombros de la joven hada.

Alec no reconocía a la mujer, pero reconoció ese tono en su voz. Sabía cómo era reclamar lo que amabas, cada vez más insistente porque la gente dudaba del amor que te pertenecía. Alec no estaba seguro de qué decir, así que hizo una de sus cosas favoritas. Tomó su teléfono y buscó una foto muy buena, caminó hacia el estrado y se la enseñó a ambas.

—Este es mi hijo, Max.

Juliette y Rose se inclinaron hacia adelante. Alec vio que los ojos de la mujer loba brillaron, viendo el momento en el que Juliette captó que Max era un brujo.

—Oh. —La voz de Juliette fue suave—. Es hermoso.

—Eso creo —dijo Alec tímidamente, y les mostró unas cuantas fotos más. Alec encontraba difícil seleccionar las mejores imágenes. Muchísimas de ellas eran muy buenas. Era difícil tomar una mala foto de Max.

Juliette le dio al hada adolescente un empujón en el borde los hombros.

—Ve a traer a tu hermano y hermana —insistió—. Rápido.

Rose se levantó de un salto, con luz de hada, lanzó una última mirada tímida a Alec y salió corriendo.

—Me conoces —dijo Alec—. ¿Cómo?

—Salvaste mi vida —dijo Juliette—. Hace cinco años, cuando los demonios atacaron el Orient Express.

—Oh —dijo Alec.

Las primeras vacaciones de Magnus y él. Intentó no pensar en los aspectos menos placenteros de ese viaje, pero recordaba el tren, el agua caliente cayendo y el brillo de los ojos del demonio, el grito del viento y el abismo debajo. Había estado aterrado por Magnus esa noche.

—¿Peleaste contra demonios en el Orient Express? —preguntó Lily con interés.

—Peleo contra demonios en muchos lugares —dijo Alec—. Todo fue bastante normal.

—Nunca había visto nada como eso en mi vida —le dijo Juliette a Lily con entusiasmo —. ¡Había muchos demonios! Rompieron las ventanas. Pensé que estaba a punto de ser asesinada. Entonces Alec se deshizo de cada demonio que veía. Estaba empapado y no llevaba camisa[42].

Alec no veía cómo eso era relevante.

—Bastante normal —repitió Alec—. Excepto que normalmente llevo una camisa.

Los ojos de Lily danzaban con alegría.

—Qué momentos tan salvajes pareces tener en vacaciones, Alec.

—Tuve un tiempo totalmente estándar y aburrido —le dijo Alec.

—Eso parece.

—Y estuve en esa fiesta en Venecia —continuó Juliette—. Cuando la mansión colapsó.

—¡También estuve ahí! —dijo Lily—. Raphael estaba súper triste de estar en una fiesta; fue gracioso. Me enrollé con tantas personas, fue mi récord personal. ¡Creo que una de esas personas era alguien rubio y sexy! ¿Eras tú?

Juliette pestañeó.

—Eh, no. En realidad, yo no… me meto con chicas.

Lily se encogió de hombros.

—Lamento que estés desperdiciando tu vida.

—Yo tampoco lo hago —comentó Alec cálidamente.

Juliette asintió.

—Recuerdo a Magnus en la fiesta. Estaba tratando de ayudar.

Alec escuchó que su propia voz se volvía baja y tierna, completamente fuera de su control.

—Siempre lo hace.

---

[42] N.T. Sucesos ocurridos en el primer libro de la trilogía «Las Maldiciones Más Antiguas» de Magnus y Alec: «Los Pergaminos Rojos de la Magia». Puedes leer nuestra traducción del libro aquí: https://drive.google.com/open?id=1hdR1AWTFxmhRHzpGmc78oQAvAioIGUsR

Hubo un repiqueteo de pies detrás de ellos. Rose, la chica hada, había regresado. Ahora había dos niños más con ella, otra niña hada con la robusta constitución de un goblin, y un brujo de piel oscura con una cola de zorro. Corrieron hasta la silla y se agruparon en torno a Juliette. La niña tenía unos diez años y el niño no más de seis.

—Niños —dijo Juliette—, este es Alec Lightwood, de quién ya les había hablado. Alec, estos son mis hijos.

—Hola —dijo Alec.

Los chicos lo miraron fijamente.

—Cuando me salvaste en el Oriente Express —dijo Juliette—, te pregunté cómo podía pagarte y tú dijiste que habías visto una niña hada abandonada en el Mercado de Sombras de París. Me pediste si podía cuidar de ella. Nunca había hablado con un cazador de sombras antes. No pensé que serían como tú. Estaba… sorprendida de que me pidieras eso. Así que cuando volví a París, fui a buscarla. Mi Rosey y yo hemos estado juntas desde entonces.

Acarició el tenue cabello de Rose alrededor de los cuernos de su coronilla. Rose se sonrojó en un color verde.

—*Maman.* ¡No me avergüences frente a Alec Lightwood!

El Mercado de Sombras de París que Alec y Magnus habían visitado en sus primeras vacaciones juntos había sido el primer Mercado de Alec. Los subterráneos no se habían acostumbrado a él en ese entonces y él no se había acostumbrado a ellos. Claro que recordaba a la niña hada que había visto allí: lo delgada que había estado y lo apenado que se había sentido por ella.

Había tenido la misma edad que su hermanito, por quien su hijo Max fue nombrado. Aunque, a diferencia de su hermano, ella había sobrevivido para crecer.

—Rose —dijo Alec—. Has crecido muchísimo.

Rose sonrió con alegría.

—Éramos felices viviendo en París, tú y yo, ¿no es cierto, *ma petite*? —Juliette le preguntó a Rose, sonando anhelante—. Pensé que el final de la guerra con Valentine sería el fin de todas las guerras. Pero luego hubo otra guerra y muchos cazadores de sombras murieron y muchas hadas también. Y la Paz Fría comenzó.

Fijó sus ojos en Alec. La luz encima del trono atrapó sus ojos, como los faros que atrapaban los ojos de un lobo.

—Escuché sobre la Alianza con los subterráneos y cazadores de sombras que Magnus y tú crearon. Ambos están ayudando a la gente. Yo quería hacer lo mismo. Escuché sobre personas cazando hadas en Bélgica y saqué a mi hija menor de ahí.

Las manos de Rose se cerraron en los hombros de la niña goblin. Alec también reconoció ese gesto: la constante preocupación del mayor de la familia, el conocimiento de que tú eres el responsable de cuidar a los más jóvenes.

—Entonces escuché sobre Buenos Aires —dijo Juliette—. Aquí el Instituto fue destruído por la Guerra Oscura. Los subterráneos que llegaban a Europa contaban oscuras historias de lo que se había levantado de las ruinas. Vine para ver si había algo que pudiera hacer. En ese entonces, creí que podíamos trabajar con los cazadores de sombras para reconstruir el Instituto en la ciudad de Buenos Aires, y estar segura que el Mercado de Sombras podía volver a funcionar sin preocupaciones. No funcionó. Perdí todas las esperanzas de los cazadores de sombras de este Instituto.

El niño pequeño alzó sus manos hacia ella y Juliette lo levantó, abrazándolo sobre su rodilla. El chico miró a Alec, lamiendo atentamente la punta de su cola de zorro.

—Hubo demasiados niños huérfanos en la guerra —dijo Juliette—. El Mercado de Sombras de aquí se convirtió en un refugio para los niños que no querían. Un tipo de orfanato repentino, entre puestos, luces y magia. El Mercado se convirtió en una comunidad, porque necesitábamos una, un Mercado que nunca se detenía. Las personas viven dentro de estos muros. A mi bebé lo abandonaron aquí, porque manifestó su marca de brujo demasiado joven.

—También sucedió con Max —dijo Alec.

—Hay demasiados niños. —Juliette cerró sus ojos.

—¿Qué sucede con este Instituto? —preguntó Alec—. ¿Por qué nadie ha llamado a la Clave?

—Lo hicimos —respondió Juliette—. Fue inútil. Breakspear tiene amigos poderosos. Se hizo cargo de que el mensaje llegara directamente a un hombre llamado Horace Dearborn. ¿Lo conoces?

Los ojos de Alec se estrecharon.

—Lo conozco.

Los efectos secundarias de tantas guerras y la constante presión de la Paz Fría les brindó oportunidades a cierto tipo de personas. Horace Dearborn era de los que prosperaba en miedo y conflictos.

—Después de que el Instituto fuera destruído por los Oscurecidos —dijo Juliette—, Clive Breakspear llegó con un hombre con el apellido Dearborn detrás de él, como un buitre saciándose de las sobras. Su palabra es ley, sus cazadores de sombras aceptan misiones por dinero. Es decir… si alguien quisiera a un enemigo muerto, los cazadores de sombras de Breakspear se encargarían de ello. No cazan demonios. No cazan a subterráneos que rompen la Ley. Nos cazan a todos.

El estómago de Alec se contrajo.

—Son mercenarios.

—Los dignos cazadores de sombras se fueron, cuando no pudieron hacer ningún cambio en la forma en que las cosas se hacían —dijo Juliette—. No creo que hayan dicho algo. Supongo que estaban avergonzados. Este Mercado, con todos los niños dentro de él… el Mercado no era seguro. Parecía que estaban matando a los líderes uno a uno y así las personas estarían más vulnerables. Ellos no trataron de matarme. Tengo amigos en París y en Bruselas que alzarían sus voces si yo desapareciera. Así que ordené que pusieran protecciones y cercas. Permití que la gente me llamara reina. Traté de parecer lo más fuerte que pude, para que ellos no vinieran por nosotros. Pero las cosas están empeorando, no mejoran. Mujeres licántropo están desapareciendo.

—¿Asesinadas? —preguntó Alec.

—No lo sé —dijo Juliette—. Al principio creímos que estaban huyendo, pero son demasiadas. Madres que nunca habrían dejado a sus familias. Chicas tan jóvenes como mi Rosey. Algunas personas dicen que han visto a un extraño brujo merodeando por aquí. No tengo idea de lo que está sucediendo a esas mujeres, pero sé que no podía confiar en nadie de ese Instituto para que lo averiguara. No me arriesgaría en confiar en ningún cazador de sombras. Excepto por ti. Avisé que te quería a ti. No estaba segura de que vendrías, pero aquí estás.

Levantó su rostro suplicante hacia el de Alec. En ese momento, la reina del Mercado de Sombras se veía igual de joven que los niños que se agrupaban a su alrededor.

—¿Me ayudarás? ¿Una vez más?

—Todas las veces que me necesites —dijo Alec—. Encontraré a esas mujeres. Descubriré quién está haciendo esto. Y los detendré. Tienes mi palabra.

Dudó, recordando la misión de Jem y Tessa.

—Tengo unos amigos aquí, aparte de Lily. Una bruja y un hombre que solía ser un Hermano Silencioso, con un mechón plateado en su cabello. ¿Pueden entrar al Mercado? Te prometo que son de confianza.

—Creo que sé de quién estás hablando —dijo Juliette—. Estaban pidiendo entrar unas noches atrás, ¿no es así? Escuché que el hombre es guapo.

—Amiga, escuchaste bien —dijo Lily.

La sonrisa de Juliette se extendió.

—Hay nefilim muy atractivos por todas partes.

—Eh, supongo —dijo Alec—. En realidad no pienso en Jem de esa manera.

—¿Cómo puedes ser bueno en arquería, si eres tan ciego? —exigió Lily.

Alec rodó sus ojos.

—Gracias, Juliette. Te haré saber tan pronto descubra algo.

—Me alegra que estés aquí —dijo Juliette suavemente.

—No me iré hasta que te haya ayudado —dijo Alec, luego miró a los niños que todavía lo estaban viendo—. Em. Adiós, niños. Fue un gusto conocerlos.

Les dio un incómodo asentimiento y luego volvió a la música y a las luces del Mercado.

—Bien —le dijo a Lily mientras caminaban—. Echemos un rápido vistazo al Mercado, hagamos unas preguntas antes de que nos encontremos con Jem y Tessa.

—¡Pasemos al puesto del hada que tiene fruta de ginebra! —sugirió Lily.

—No —dijo Alec.

—No podemos encargarnos de los negocios todo el tiempo —dijo Lily, quien rara vez se encargaba de sus asuntos por cinco minutos—. Así que, ¿quién piensas que es ardiente? —Cuando Alec la miró, dijo—: ¡Estamos en un viaje de camaradas! Se supone que compartamos secretos. Dijiste que Jem no lo es. ¿Así que, quién lo es?

Alec negó con la cabeza hacia un hada que trataba de venderles unos brazaletes encantados y realmente atractivos. Cuando Alec le preguntó sobre las desapariciones, los ojos del hada se abrieron ampliamente pero no dijo mucho más que Juliette.

—Magnus es ardiente —dijo Alec finalmente, mientras seguían caminando.

Lily rodó sus ojos.

—Guau, tú y Monogamia[43] Bane me agotan. Él es incluso más tonto que tú.

—Él no es tonto.

—¿Un inmortal que entrega su suave corazón a una sola persona? —Lily mordió su labio, los colmillos presionando demasiado fuerte—. Eso es tonto.

—Lily —dijo Alec, pero Lily estaba negando con la cabeza y prosiguió, su voz firme y ligera.

—Dejando a un lado a tu destinado cordero de miel y eso, sé que estaba Jace. ¿Entonces solo son los chicos con los ojos dorados? —preguntó Lily—. Ese es un gusto muy peculiar el que tienes ahí, amigo. En verdad reduce el campo de juego. ¿Así que no hubo ningún otro enamoramiento aparte de Jace? ¿Ni siquiera uno pequeñito cuando eras joven?

—¿Por qué me miras como si supieras algo que yo no? —preguntó Alec con cautela.

Lily soltó una risita.

Había demasiado ruido viniendo detrás de uno de los puestos. Alec giró su cabeza hacia él automáticamente, pero también lo hizo porque no sabía cómo explicar que sus enamoramientos no habían sido el problema. De alguna forma, había sido un alivio pretender incluso para sí que enamorarse de Jace era el objeto de su miseria.

Incluso cuando era un niño, veía cómo su atención se retenía en pósters de hombres mundanos en las calles de Nueva York, o se veía atraído a chicos que visitaban el Instituto, escuchando sus historias de cacerías de demonios detrás de los jarrones mientras pensaba en lo genial que eran. Había tenido sueños infantiles sin importancia, creaba nublosas y brillantes tierras de ensueño con chicos en ellas y luego perdió el sueño junto con su infancia. Había sido demasiado joven para entender lo que quería y luego ya no lo había sido.

Escuchaba la forma en que los cazadores de sombras visitantes se burlaban, cómo su padre tocaba el tema como si fuera demasiado horrible incluso para hablarlo abiertamente, cuando decir las cosas abiertamente era la única forma en que Alec sabía decirlas. Alec se sentía culpable cada vez que tenía que apartar su mirada de otro chico, incluso si solo era una mirada curiosa, y luego llegó Magnus y fue incapaz de apartar la mirada de él por completo.

El ruido detrás de los puestos estaba aumentando.

---

[43] N.T. Juego de palabras, Monogamia: exclusividad afectiva y sexual entre una pareja durante un tiempo indeterminado.

Demasiado ruido, muy cerca del suelo.

Los huérfanos del Mercado de Sombras de Buenos Aires salieron detrás de un puesto donde un licántropo estaba vendiendo estofado. Habían niños por todas partes, subterráneos de todo tipo y todos ellos parecían querer atraer su atención, gritando nombres, pedidos, bromas. El lenguaje principal era el español, pero Alec escuchó unos cuantos más y de inmediato se sintió confundido de cuáles palabras pertenecían a qué lenguaje. Luces multicolor oscilaron en docenas de rostros. Giró su cabeza, abrumado, incapaz de reconocer ninguna voz o rostro en el caos.

—Oigan —dijo, deteniéndose entre los niños y sacando comida de su mochila—. Oigan, ¿alguno tiene hambre? Tomen esto.

—Que asco, ¿esas son barras energéticas? —reclamó Lily—. ¡Qué forma de acumularle miseria a los huérfanos!

Alec sacó su billetera y comenzó a darle dinero a los niños. Magnus siempre hacía aparecer dinero mágicamente en ella, en caso de emergencias. Alec no lo gastaría para sí.

Lily se estaba riendo. A ella le gustaban los niños, aunque a veces pretendía que no era así. Entonces se congeló. Por un momento sus brillantes ojos oscuros se volvieron lisos y muertos. Alec se quedó quieto.

—Tú, niño. —La voz de Lily estaba temblando—. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

Negó con la cabeza y repitió la pregunta en español. Alec siguió el punto donde fijaba su vista hacia un niño en particular entre la multitud.

Los otros niños se estaban empujando los unos a los otros, apretándose entre ellos y los puestos, pero había un pequeño círculo de espacio alrededor de este chico. Ahora tenían su atención, él no estaba gritando. Su cabello ondulado estaba vuelto hacia atrás para que pudiera verlos y lo estaba haciendo con sus estrechos y muy oscuros ojos. Su excepcional aire crítico tenía que ser imaginación de Alec. El niño parecía tener seis años.

—Rafael —le respondió el chico a Lily, su voz tranquila.

—Rafael —susurró Lily—. Claro.

La cara de Rafael era de las más jóvenes en aquella multitud de rostros tan angustiosos, aunque había un escalofriante aire de serenidad sobre él. Avanzó y Alec no se sorprendió de que los otros niños se movieran de su camino. Él mantuvo su distancia.

Los ojos de Alec se contrajeron. No supo decir qué tipo de subterráneo sería este chico, pero había algo en la forma en que se movía.

Rafael dijo algo en español. El arrogante ladeo al final del enunciado, debía ser una pregunta o una exigencia. Alec miró a Lily incapaz de entender. Ella asintió, componiendo su compostura visiblemente.

—El chico dijo… —Se aclaró la garganta–. Dice «¿Eres un cazador de sombras? No como los del Instituto. ¿Eres un cazador de sombras *de verdad*?»

Alec parpadeó. Los ojos de Rafael estaban fijos en su rostro.

Alec se arrodilló en el suelo en la mitad del resplandeciente bullicio del Mercado de Sombras para poder mirar esos profundos ojos oscuros.

—Sí —dijo Alec—. Soy un cazador de sombras. Dime cómo puedo ayudarte.

Lily lo tradujo. Rafael negó con su rizada cabeza, su expresión incluso más helada que antes, como si Alec hubiera fallado algún tipo de prueba. Él dijo unas cuantas líneas más en español.

—Dice que no quiere ayuda —dijo Lily—. Dice que escuchó que andabas preguntando por el Mercado de Sombras sobre las mujeres que desaparecieron.

—¿Así que el niño puede entender algo de inglés? —preguntó Alec esperanzado.

Rafael rodó los ojos y dijo algo más en español.

Lily sonrió.

—Dice que no, para nada. Tiene información, pero no quiere hablar aquí.

Alec frunció el ceño.

—*Boludo* —repitió—. Él dijo eso. ¿Qué significa?

Lily sonrió.

—¡Significa que piensa que eres un hombre genial!

No había sonado bonito. Alec le dio un vistazo a Rafael. Rafael le dio una gélida mirada de vuelta.

—Muy bien —dijo Alec lentamente—. ¿Quién cuida de ti? Vamos con ellos y podemos hablar todos reunidos.

La noche era oscura, especialmente debajo del toldo del puesto, pero Alec estaba totalmente seguro de que Rafael había puesto los ojos en blanco. Movió su atención a Alec, a quien claramente veía como alguien insufrible y miró a Lily.

—Dice que él cuida de sí mismo —dijo ella.

—¡Pero tiene seis años! —dijo Alec.

—Dice que tiene cinco —dijo Lily, frunció el ceño mientras escuchaba y traducía lentamente—. Sus padres murieron en la Guerra Oscura, cuando el Instituto cayó y entonces llegó una mujer loba que cuidó de un par de niños. Pero ahora se ha ido. Dice que nadie más lo quiere.

Ella debía ser una de las mujeres que habían desaparecido, pensó Alec sombríamente. Ese pensamiento se perdió en el repentino horror cuando se dio cuenta de lo que Lily estaba diciendo.

—¿Sus padres murieron cuando el Instituto cayó? —repitió Alec. Cada célula de su cuerpo resplandeció por la conmoción—. *¿Este niño es un cazador de sombras?*

—¿Sería tan horrible encontrar a un niño cazador de sombras así? —preguntó Lily, su voz gélida.

—*Sí* —ladró Alec de vuelta—. No porque los niños subterráneos merezcan esto tampoco. Mi hijo es un subterráneo. Ningún niño merece esto. Pero ya escuchaste a Juliette. Todos hacen lo mejor que pueden. Los cazadores de sombras mueren en batalla todos los días y hay hogares para los huérfanos. Hay un sistema establecido para los niños que son cazadores de sombras. Los cazadores de sombras deberían estar haciendo algo mejor que esto. La Ley está hecha para proteger a los más indefensos de los nuestros. ¿Qué *diablos* sucede con este Instituto?

—Como veo que estás usando tu voz severa, supongo que vamos a averiguarlo —observó Lily sonando animada de nuevo.

Alec aún seguía mirando a Rafael con una consternación tan profunda que casi se sentía como desesperación. Ahora veía que Rafael estaba muy sucio y mucho menos cuidado que los otros chicos de la multitud. Alec había aprendido la Ley por enseñanza de su madre y su padre, por su tutor y cada libro en la biblioteca del Instituto y hogar. Había tenido sentido para él cuando era joven, cuando cada mínimo detalle tenía sentido. Desde siempre, el sagrado deber de los cazadores de sombras era: seguir firmes y ocultos contra la oscuridad y defender a toda costa.

Ahora que era mayor y sabía lo complicado que podía ser el mundo. Todavía dolía como un inesperado golpe cuando veía un resplandeciente sueño desplomarse. Si él estuviera a cargo de todo…

Pero ellos no vivían en ese mundo.

—Ven conmigo por ahora —le dijo Alec al niño nefilim—. Yo cuidaré de ti.

Si Rafael estaba realmente solo, Alec podría llevarse a Rafael al Instituto de Nueva York o a Alicante. No iba a dejarlo aquí donde estaba abandonado y parecía no tener amigos. Intentó alcanzarlo, con sus brazos abiertos, listo para tomar a Rafael y llevárselo cargando.

Rafael retrocedió con la velocidad de un animal salvaje. Le lanzó a Alec una oscura mirada, como si fuera a morder a Alec si trataba de hacer eso de nuevo.

Alec retiró sus brazos y levantó sus manos en un gesto de rendición.

—Está bien —dijo—. Lo siento. ¿Pero vendrás con nosotros? Queremos escuchar la información que tienes. Queremos ayudar.

Lily lo tradujo. Rafael asintió, seguía mirando a Alec con cautela.

Alec se levantó y le ofreció una mano a Rafael. Rafael miró su mano con desconfianza, negó con la cabeza y murmuró algo. Alec estaba casi seguro de que era esa palabra otra vez. Examinó a Rafael. Las ropas del niño estaban manchadas y rasgadas, estaba bastante delgado e iba descalzo. Habían oscuros círculos de cansancio debajo de sus ojos. Alec ni siquiera sabía dónde iban a dormir.

—Bien —dijo finalmente—. Tenemos que comprarle unos zapatos.

Caminaron lejos de la multitud de niños, con Lily a su lado y Rafael rotando a su lado como una desconfiada luna.

—Tal vez yo pueda ayudarte, cazador de sombras —dijo un hada con cabello de diente de león desde un puesto.

Alec dio un paso adelante y luego se detuvo. Lily había tomado su brazo en un agarre de acero.

—No te acerques a esa mujer —susurró—. Te lo explicaré después.

Alec asintió y siguió caminando, a pesar del llamado del hada, invitándolo a comprar. Juliette había tenido razón: ese Mercado era una comunidad, con chozas y vagones rodeando los puestos. Era el Mercado más grande que Alec había visto.

Alec encontró un zapatero hada, que se veía lo suficientemente agradable, aunque el par de botas más pequeño que tenía eran demasiado grandes. Alec las compró de todas formas. Le preguntó al zapatero, que hablaba inglés, si alguien estaba cuidando de Rafael. Obviamente no importaba lo que el niño hubiera dicho, uno siempre debía tener cuidado.

Después de un momento, el zapatero negó con la cabeza.

—Cuando la mujer lobo que cuidaba a los huérfanos desapareció, a los otros niños se les dio un hogar por parte de mi gente. Y no es para ofenderte, pero las hadas no cuidarán de un cazador de sombras.

No con la Paz Fría esparciendo odio entre las hadas y los cazadores de sombras. Las leyes estaban mal y los niños estaban pagando el precio.

—También es porque ese niño odia a todo el mundo —dijo el zapatero hada—. Tengan cuidado. Muerde.

Casi estaban al final del túnel que llevaba a la salida del Mercado de Sombras. Esto era lo más lejano al centro del Mercado donde habían muros caídos, más señales de un lugar destruido por la guerra y dejado para desmoronarse.

—Oye —le dijo Alec a Rafael—. Ven aquí un segundo. *Mach dir keine...*

—Le estás diciendo que no se preocupe en alemán —comentó Lily alegremente.

Alec suspiró y se arrodilló en el polvo grisáceo, entre los escombros, haciéndole un gesto a Rafael para que se sentara en un pedazo de pared derrumbada. El niño miró a Alec y a las botas en sus manos con un aura de extrema desconfianza. Luego se dejó caer pesadamente y Alec deslizó su pies en las enormes botas.

Los pies del niño eran pequeños y las plantas estaban muy sucias. Alec tragó saliva y ató los cordones de las botas de Rafael lo más fuerte que pudo, para que se quedaran en su lugar y Rafael pudiera caminar correctamente.

Rafael se levantó tan pronto como Alec terminó de atar sus agujetas. Alec también se levantó.

—Vamos —dijo.

La observadora mirada oscura de Rafael estaba puesta en Alec otra vez. Él se paró totalmente recto por un largo rato.

Luego levantó ambos brazos en un gesto demandante. Alec estaba tan acostumbrado a ese gesto por Max que se movió sin siquiera pensarlo y recogió a Rafael en sus brazos.

No era nada parecido a cargar a Max, pequeño y regordete, siempre riendo y acurrucándose. Rafael era alto para su edad y demasiado, demasiado delgado. Alec podía sentir los grumosos huesos de su espalda. Rafael se quedó muy tieso, como si estuviera pasando por una experiencia nada placentera. Era como sostener una pequeña estatua,

como si sintieras terrible tristeza por una estatua y no estuvieras seguro de qué hacer con ella.

—Cargarte significa que las botas son inútiles —murmuró Alec—. Pero está bien. Me alegra que vengas con nosotros. Ahora estás a salvo. Te tengo.

—*No te entiendo* —dijo Rafael con una voz ligera y clara en su oído, y después de una pensativa pausa añadió—: *Boludo.*

Alec estaba seguro de dos cosas: esa no era una palabra bonita y a ese niño no le agradaba Alec en absoluto.

* * *

Jem y Tessa estaban parados ante las puertas del Mercado de Sombras cuando lo divisaron. Habían esperado encontrar a Alec y Lily antes de que llegaran al Instituto de Buenos Aires. Y al no hallar una señal de ellos, se habían preocupado de que Breakspear los hubiera detenido, pero un brujo conocido de Tessa les había enviado una carta diciendo que a un cazador de sombras se le había permitido la entrada al Mercado.

Ahora se preocuparon de que la Reina del Mercado los hubiera detenido. Jem lo estaba hablando con Tessa cuando las puertas se abrieron. Contra el alambre de púas y la luz de las estrellas vieron a un hombre alto, su oscura cabeza estaba inclinada y sus afectuosos ojos azules estaban fijos en un niño que tenía en brazos.

Will, pensó Jem y tomó la mano de Tessa con fuerza. Lo que fuera que él sintiera, era peor para ella.

Alec alzó la mirada.

—Tessa —dijo, sonando aliviado.

—Qué precioso final para una larga noche —dijo Lily encantada—. Si no es el Ex-Hermano Snackariah.

—¡Lily! —exclamó Alec.

Pero Tessa, aún sosteniendo la mano de Jem, le dio una mirada bastante divertida y le sonrió gradualmente, una hermosa sonrisa.

—Eres la Lily de Raphael —dijo—. Que agradable es conocerte. Perdóname, siento que te conozco mejor de lo que debería. Él me hablaba frecuentemente de ti.

La sonrisa de Lily se fracturó como si alguien hubiera dejado caer un espejo.

—¿Qué decía de mí? —preguntó con una delicada voz.

—Decía que eras más eficiente e inteligente que la mayoría del clan, quienes eran unos idiotas.

Sonaba demasiado indiferente para Jem, pero ese había sido el estilo de Raphael. La sonrisa de Lily volvió, cálida como una llama que se sostenía entre dos manos acunadas. Le recordó a la forma en que la había visto cuando se conocieron por primera vez. En ese entonces no había sabido que Tessa había enviado a Raphael para ayudarlo. Él había hecho su mayor esfuerzo entonces y ahora Lily era su amiga.

—Gracias a ambos por venir a ayudarnos —dijo Jem—. ¿Quién es el niño?

Alec explicó los sucesos de la noche: ser rechazados del Instituto de Buenos Aires, haber aprendido sobre las desapariciones y descubrir a Rafael, el niño que el Instituto había abandonado.

—Lamento demasiado que hayáis ido al Instituto —dijo Jem—. Debimos advertirles, pero no he sido cazador de sombras desde hace mucho tiempo. No me di cuenta que su primer instinto sería ir allí. La casa donde nos alojamos tiene habitaciones disponibles y al menos una de ellas no tiene ventanas. Vengan con nosotros.

Alec cargó al niño con facilidad gracias a un hábito temporal. Una mano se mantenía libre para tomar un arma y caminaba con facilidad por las calles con el pequeño y preciado peso. Jem, que ya había perdido la práctica, no habría sido capaz de hacerlo. Él había cargado a los hijos de Tessa, James y Lucie, cuando eran muy pequeños, pero eso había sido hace más de un siglo atrás. Mucha gente no quería que un Hermano Silencioso se acercara a sus hijos, a menos que ese niño estuviera al borde de la muerte.

Caminaron por las calles, pasando por casas pintadas de extravagantes tonalidades, flameante escarlata, azul marino, verde cocodrilo, las calles cubiertas de jacarandas y olivos. Por último llegaron a donde se alojaban, un edificio de un color ligeramente blanco convertido en azul por las primeras señales del amanecer. Jem abrió la circular puerta rojiza y le solicitó más habitaciones a la dueña, una de ellas sin ventanas.

Jem y Tessa ya habían asegurado el uso del pequeño patio en el centro del alojamiento, un grupo de pequeños pilares de piedra se abrían hacia el cielo, circulando con el suave violeta y azul de las bugambilias. Se reunieron allí, Alec bajó a Rafael con cuidado en el banco de piedra junto a él. Rafael se alejó al otro lado del asiento. Bajó la cabeza y se quedó callado cuando Tessa le habló en un suave español, preguntándole por alguna información sobre las mujeres desaparecidas.

Jem no había escuchado sobre ellas, pero ahora que sabía, era obvio que tenían que ayudar. Rosemary Herondale podría estar en peligro, pero también lo estaban estas mujeres. Jem quería hacer lo que fuera que pudiera por ellas.

Volver a hablar había sido raro para Jem, pero Tessa había aprendido tantos lenguajes y le enseñó todo lo que pudo. Jem también trató de preguntarle a Rafael, pero Rafael negó con la cabeza malhumorado.

Lily estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo, con un codo recargado en la rodilla de Alec, para estar cerca del niño. Ladeó su cabeza hacia Rafael y le preguntó si podía comenzar con el relato porque el sol estaba saliendo y ella tenía que irse a la cama muy pronto.

Rafael levantó una mano y tocó un brillante mechón del cabello rosa de Lily.

—*Bonita* —dijo, su rostro inexpresivo.

El pobre chico no sonreía demasiado, pensó Jem. Claro que, tampoco lo hacía Alec, quien se veía miserable y determinado por encontrar a las mujeres desaparecidas.

Lily, quien sonreía con facilidad, realizó la misma acción.

—Ay, que tierno bebé —dijo en español—. ¿Quieres llamarme tía Lily?

Rafael negó con la cabeza. Lily se vio intrépida.

—Tengo un truco —ofreció y sacó sus colmillos dirigiéndolos hacia Rafael.

Rafael se veía absolutamente aterrado.

—¿De qué están hablando, chicos? —preguntó Alec preocupado—. ¿Por qué se ve así? ¿Qué le hiciste?

—¡Max adora cuando hago eso! —dijo Lily y luego añadió en español—: No pretendía asustarte.

—No me asusté —respondió Rafael en español—. Eso fue estúpido.

—¿Qué fue lo que dijo? —preguntó Alec.

—Dijo que fue un truco asombroso y que en verdad le gustó —reportó Lily.

Alec levantó una ceja en su dirección, escéptico. Rafael se acercó más a Alec. Tessa se sentó junto a Lily en el suelo. Tessa le habló a Rafael con gentileza, mientras que Lily lo molestaba y juntas obtuvieron la historia completa, Lily la tradujo para Alec mientras él

seguía hablando. El rostro de Alec se volvió más y más severo mientras escuchaba la historia.

—Rafael sabe que es un cazador de sombras y está tratando de aprender…

Rafael, quien Jem pensaba que entendía el inglés mejor de lo que aparentaba, se detuvo para corregir a Lily.

—Disculpa —dijo Lily—. Está tratando de entrenar. Espía a otros cazadores de sombras, así que sabe qué hacer. Es pequeño y se encarga de que ellos no lo vean. Mientras los estaba espiando, vio a un cazador de sombras yendo por una vereda. Se encontró con un brujo frente a la puerta de una casa grande. Él se acercó lo más que pudo y escuchó mujeres dentro.

—¿Puedes describir al cazador de sombras que viste? —preguntó Alec y Jem se lo tradujo.

—Creo que puedes hacerlo —añadió Jem, animando al niño—. Eres un buen observador.

Rafael le lanzó una oscura mirada, como si odiara los elogios. Se pasó otro rato en un enfadado pensamiento, pateando sus botas enormes sobre el borde del banco de piedra, luego metió una mano en su bolsillo de sus andrajosos pantalones y puso una delgada billetera en las manos de Alec.

—Oh —Alec estaba sorprendido—. ¿Robaste esto del cazador de sombras que viste?

Rafael asintió.

—Es genial. Quiero decir… —Alec vaciló—. Es bueno que nos estés ayudando, pero generalmente, robar billeteras es malo. No lo vuelvas a hacer.

—*No te entiendo* —declaró Rafael firmemente.

Él decía que no entendía a Alec y su tono indicaba que no planeaba entenderlo muy pronto.

—No digas la otra palabra —dijo Alec rápidamente.

—¿Qué otra palabra? —preguntó Jem.

—No preguntes —dijo Alec y abrió la billetera.

Los cazadores de sombras no cargaban ninguna forma de identificación mundana como pasaportes o carné de identificación, aunque llevaban otras cosas. Alec sacó una solicitud de armas sellada con el símbolo de la familia Breakspear.

—Clive Breakspear —dijo Alec lentamente—. El líder del Instituto. Juliette dijo que estos cazadores de sombras actuaban como mercenarios. ¿Que tal si este brujo los contrató?

—Tenemos que descubrir lo que está sucediendo —dijo Jem—. Y detenerlo.

Alec apretó la mandíbula.

—Rafael nos puede mostrar la casa después de que descanse. Mañana por la noche volveremos al Mercado de Sombras. Trataremos de encontrar la información que están buscando y le diremos a la Reina del Mercado lo que hemos descubierto, si sirve de algo.

Rafael asintió y después alzó su mano para que le devolvieran la billetera. Alec negó con la cabeza.

—¿De qué se va ese secreto que tanto quieren saber? —le preguntó Lily a Jem.

—Lily, es un secreto —dijo Alec en tono desaprobador.

Habían grillos chirriando una extraña y hermosa melodía a las afueras de las paredes.

—Confío en ambos —dijo Jem lentamente—. Habéis venido a ayudarnos. Confío en que esto no irá más lejos. Estoy buscando a alguien que necesita mi ayuda. Hay una línea escondida de cazadores de sombras que supe de su existencia en la década de 1930.

Lily negó con la cabeza.

—Los 30's fueron años decepcionantes. Cada año, insistía en no ser los 20's.

Will había muerto en los años de 1930 y Tessa había estado agonizando. A Jem tampoco le habían gustado mucho los 30's.

—A esta familia la han estado cazando desde hace décadas —dijo Jem—. No sé por qué. Supe cómo se alejaron de los nefilim, pero aún no sé porqué las hadas los están cazando. Conocí a uno de ellos pero ella rechazó mi ayuda y huyó. Desde entonces, los he estado buscando y amigos en quien confío han preguntado por ellos discretamente en los alrededores del Mercado de Sombras. El año en que te conocí, Lily, estaba buscando a Ragnor Fell, para descubrir qué podía decirme. Quiero saber porqué los están cazando, para que así pueda ayudarlos. Quienes sean sus enemigos, también son míos.

Porque los Carstairs tienen una deuda con los Herondale.

—Yo también pregunté en el Laberinto Espiral —dijo Tessa—. Nunca hubo respuesta. Hasta que repentinamente escuchamos de alguien que contaba cuentos a niños de este

Mercado, cuentos de amor y venganza y misterio. Escuchamos un susurro del apellido Herondale.

Dijo el apellido que alguna vez había sido suyo con extrema suavidad. Alec se sobresaltó como si alguien le hubiera gritado en su oído.

Ni Jem o Tessa mencionaron a Catarina Loss, quien había cuidado del primer niño Herondale perdido y lo crió sobre los océanos en costas desconocidas. Ese no era su secreto. Jem confiaba en Alec, pero seguía siendo un cazador de sombras y su padre era el Inquisidor. Jem y Tessa estaban bien al tanto de la sentencia que la Ley le daría a Catarina por su acto de amor y misericordia.

—Le preguntaré a Juliette —dijo Alec—. Averiguaré todo lo que pueda. No me iré hasta que los haya ayudado.

—Gracias —dijo Jem.

—Ahora Rafael se tiene que ir a la cama —dijo Alec.

—Tenemos una pequeña y linda habitación para ti —le dijo Tessa en español, su voz suave y alentadora.

Rafael negó con la cabeza.

—¿No quieres estar solo? —preguntó Tessa—. Eso está bien. Puedes dormir conmigo y con Jem.

Cuando Tessa acercó sus manos, Rafael giró su cabeza enterrándola en el bicep de Alec y gritó. Tessa se alejó ante el rebelde aullido. Alec rodeó al niño con su brazo automáticamente.

—Lily es vulnerable durante el día —dijo Alec—. Preferiría quedarme con ella. ¿Estarás bien en una habitación sin ventanas, Rafael?

Lily lo tradujo. Rafael asintió empáticamente.

Jem les enseñó el camino. En la puerta, tomó el brazo de Alec antes de que pudiera seguir a Lily y Rafael.

—Aprecio esto —dijo Jem—. En verdad lo hago. Por favor no se lo digas a Jace todavía.

Jem todavía pensaba en Jace, ese feroz niño indefenso que había conocido en un oscuro océano y el joven quemándose con el fuego celestial. Se había imaginado cientos de escenarios donde se esforzaba más por Jace. Si hubiera sido el Hermano Silencioso

que se preocupaba por Jace después de que su padre lo dejara, si hubiera pasado más tiempo con Jace, si Jace hubiera sido un poco más adulto, de la edad que Will había sido cuando Jem lo conoció por primera vez… tal vez Jem lo hubiera sabido.

¿Pero qué habría hecho por Jace, incluso si hubiera sabido?

—No quiero que Jace piense que tiene una familia donde probablemente no la tenga —dijo Jem—. La sangre no es amor, pero te ofrece una oportunidad para amar. Él nunca tuvo la oportunidad de conocer a Céline Montclaire o a Stephen Herondale. No quiero que sienta que está perdiendo otra oportunidad.

Jace era feliz en Nueva York, aunque Jem no lo había ayudado para que lo fuera. Tenía a su amada, a su *parabatai* y su Instituto. Si Jem no pudo ayudarlo, al menos no quería lastimarlo.

Jem todavía pensaba en Céline Montclaire. Si no hubiera sido un Hermano Silencioso, con su corazón convirtiéndose en piedra en su pecho, tal vez habría entendido los problemas que estaba pasando. Tal vez habría encontrado la forma de ayudarla.

No se refería a Céline como la madre de Jace porque Jem había visto cómo Jace miraba a Maryse Ligthwood. Maryse era la madre de Jace.

Varios años atrás, cuando Jem aún era un niño, su tío Elias había ido al Instituto de Londres y le había ofrecido llevárselo.

—Después de todo —dijo él—, somos familia.

—Deberías irte —había dicho Will bruscamente—. No me importa.

Will había azotado la puerta al salir, avisando que se iba a una salvaje aventura. Después de que Elias se marchara, Jem había encontrado a Will sentado en la oscuridad en la sala de música, mirando el violín de Jem. Se había sentado en el suelo junto a Will.

—Ruégame que no te deje, idiota —había dicho Jem y Will había recargado su cabeza en el hombro de Jem. Jem había sentido a Will temblar esforzándose por no reírse o llorar, y supo que Will quería hacer ambos.

La sangre no era amor.

Pero Jem no olvidaba que Céline nunca tuvo la oportunidad de ser la madre de Jace. La vida estaba repleta de corazones rotos y oportunidades perdidas, aunque Jem podría tratar de remediar algunos de los errores que Céline realizó por el mundo. Podía hacer su mayor esfuerzo por Jace.

Alec estaba estudiando a Jem atentamente.

—No se lo diré a Jace —dijo—. No todavía. No si tú se lo dices pronto.

—Espero hacerlo —dijo Jem.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Alec abruptamente—. El Instituto de Buenos Aires está corrompido y la Paz Fría está destrozando nuestros lazos con los subterráneos. Podrías hacer demasiado bien, si estuvieras con nosotros. ¿Por qué dejaste de ser un cazador de sombras?

—Estoy contigo —dijo Jem—. ¿Tengo que ser un cazador de sombras para hacer eso?

—No —dijo Alec—. Pero no entiendo… por qué ya no quieres ser uno.

—¿No lo entiendes? —preguntó Jem—. Tú tienes un *parabatai*. Una vez, yo también lo tuve. ¿Puedes imaginarte luchando sin él?

Alec estaba sosteniendo el marco de la puerta y mientras Jem lo observaba, sus nudillos se pusieron blancos.

—Tengo a Tessa, así que tengo más alegría cada día de lo que alguien podrá tener en su vida entera. Mucha más de la que merezco. He visto el mundo con mi esposa a mi lado y tenemos nuestras misiones para que nuestras vidas valgan la pena. Ambos tenemos diferentes formas de ayudar. Ella tiene secretos del Laberinto Espiral y yo de los Hermanos Silenciosos y hemos combinado nuestro conocimiento y salvado vidas que creo que no podrían haber sido salvadas por otros medios. Quiero ayudar y lo haré. Pero no como un cazador de sombras. Jamás seré uno otra vez.

Jem miró a Alec, aquellos profundos ojos azules apenados. Se parecía a Will, pero no era Will, no más de lo que Jace se parecía. Ninguno de ellos podría ser jamás Will.

—Cuando peleas debes pelear con todo tu corazón —dijo Jem suavemente—. No tengo el corazón para vivir entre los nefilim, al menos no para ese tipo de peleas. La mayor parte de mi corazón está en una tumba.

—Lo lamento –dijo Alec torpemente—. Lo entiendo.

—No hay nada que debas lamentar —le dijo Jem.

Volvió a su habitación, donde Tessa lo estaba esperando, un libro abierto en su regazo. Miró hacia arriba cuando entró y le sonrió. No había sonrisa que se comparara a la suya en el mundo.

—¿Todo está bien? —preguntó.

Él la miró.

—Sí —le dijo.

Tessa cerró su libro y alzó una mano en su dirección. Estaba arrodillada en la cama y él estaba de pie junto a ella, y el mundo estaba repleto de oportunidades perdidas y corazones rotos, pero luego estaba Tessa.

Tessa lo besó y él sintió su sonrisa contra su boca.

—Hermano Snackariah —murmuró—. Ven aquí.

* * *

El cuarto podría no tener ventanas, pero tenía un jarrón marrón con flores rojas en la mesa y dos camas blanquecinas individuales. Lily había arrojado su chaqueta de cuero en la cama más cercana a la pared.

Rafael estaba sentado en la otra cama, girando un objeto metálico pensativamente entre sus manos. Alec entendió en ese momento por qué había aceptado que lo cargaran.

—¿Qué es lo que tienes ahí, cariño? —preguntó Lily mientras Alec se acercaba.

—Lo que tiene es mi teléfono —dijo Alec—. El cual *robó*.

En las manos de Rafael, el teléfono de Alec vibró. Alec extendió su mano para tomarlo, pero Rafael lo movió de imprevisto, fuera de su alcance. No se veía terriblemente preocupado de que Alec se lo quitara. Él estaba mirando el teléfono.

Alec extendió su mano para tomar el teléfono y luego se detuvo. Mientras Rafael estudiaba el teléfono, la taciturna línea de su boca se contrajo y entonces se curvó lentamente en una sonrisa. La sonrisa, lenta, cálida y dulce, cambió su rostro completamente.

La mano de Alec se desplomó. Rafael volvió su rostro repentinamente resplandeciente hacia él y pronunció una pregunta. Incluso su voz sonaba diferente cuando estaba feliz.

—No te entiendo —dijo Alec abatido.

Rafael agitó el teléfono frente al rostro de Alec para aclarar su punto. Alec miró a la pantalla y siguió mirando. Había estado sintiendo una enfermiza sensación en su pecho desde el momento en que supo lo que los cazadores de sombras estaban haciendo aquí, pero el mundo volvió a sentirse estable otra vez.

Magnus le había enviado una foto con una leyenda que decía:

PAJARITO AZUL Y YO VOLVIENDO A CASA DESPUÉS DE UNA SALVAJE Y PELIGROSA MISIÓN CON UN COLUMPIO.

Magnus se estaba recargando en su puerta de entrada. Max se estaba riendo, con todo y sus hoyuelos, de la forma en que lo hacía cada vez que Magnus usaba magia para entretenerlo. Habían luces azules y doradas lloviendo a su alrededor y enormes e iridiscentes burbujas que también parecían estar hechas de luz. Magnus estaba sonriendo con una pequeña y cariñosa sonrisa y las oscuras puntas de su cabello estaban adornadas con brillantes lazos de magia.

Alec le había pedido a Magnus que le enviara fotos cuando estuviera lejos, después de su primera misión cuando Max era un bebé. Para recordarle a Alec por lo que estaba luchando.

Lily se aclaró su garganta.

—El chico preguntó: «¿Quién es ese hombre tan asombroso?»

—Oh —dijo Alec, arrodillándose a lado de la cama—. Oh, ese es… ese es Magnus. Su nombre es Magnus Bane. Es mi… soy su… él y yo nos vamos a casar.

Un día, lo harían.

Alec no estaba seguro de por qué sentía que era importante decírselo a ese niño.

Lily lo tradujo. Rafael miró del teléfono al rostro de Alec y luego lo hizo otra vez, frunció el ceño obviamente sorprendido. Alec esperó. Había escuchado a los niños decir cosas terribles anteriormente. Los adultos vertían veneno en sus mentes y luego salía de sus bocas.

Lily río.

—Él dijo —informó Lily con irreverente alegría—: «¿Qué está haciendo ese asombroso hombre contigo?»

—Rafael, devuélveme mi teléfono —dijo Alec.

—Deja que lo tenga por un rato hasta que se duerma —dijo Lily, quien era una de las razones por las que Max era mimado.

Alec miró hacia arriba y notó que Lily tenía una extraña mirada seria.

—Ven conmigo un minuto —dijo Lily—. Te prometí contarte por qué no quería que te acercaras a esa hada en el Mercado de Sombras. Tengo una historia que quiero que escuches, que creo que puede ayudar a Jem. No quiero contársela a nadie más que a ti.

Alec dejó que Rafael se quedara con el teléfono. Devolviéndole el gesto, Rafael dejó que Alec lo arropara en la cama. Alec tomó la silla de la puerta y la puso junto a la cama de Lily. Esperaron hasta que los ojos de Rafael se cerraron, con el teléfono de Alec en la almohada junto a él.

Lily estudió la almohada rayada en su cama como si fuera fascinante.

—¿Tienes hambre? —preguntó Alec finalmente—. Si… necesitas sangre, puedes tomar la mía.

Lily miró hacia arriba, su rostro sorprendido.

—No. No quiero eso. No te necesito para eso.

Alec trató de no mostrar lo aliviado que estaba. Lily miró de vuelta a la almohada y tensó sus hombros.

—¿Recuerdas cuando me preguntaste si era una nena del jazz y te dije que me llamaras *la* nena del jazz?

—Seguiré sin hacer eso.

—Todavía pienso que deberías hacerlo —discutió Lily—. Pero eso… no es a lo que me refería. Los años de 1920 fueron mi década favorita, pero… tal vez haya mentido sobre mi edad —sonrió—. Es el privilegio de una dama.

—Está bien —dijo Alec, sin estar seguro de adónde se dirigía esto—. Así que… ¿entonces, qué edad tienes?

—Nací en 1885 —dijo Lily—. Creo. Mi madre era una chica de campo japonesa y ella fue… vendida a mi padre, un rico comerciante chino.

—¡Vendida! —dijo Alec—. Eso no es…

—No era legal —dijo Lily en una tensa voz—. Pero sucedió. Vivieron juntos por unos cuantos años, en Hong Kong donde él trabajaba. Ahí fue donde nací. Mi madre pensó que mi padre nos llevaría de vuelta a casa con él. Ella me enseñó a hablar en la forma que él lo quería, como una dama de China. Ella lo amaba. Él se cansó de ella. La dejó y antes de que se fuera, nos vendió. Crecí en un lugar llamado la Casa de la Perla Eterna.

Apartó su mirada de la almohada.

—No tengo que decirte lo que era, ¿o sí? —preguntó—. ¿Qué tipo de lugar era, las mujeres que vendían y los hombres que iban y venían?

—Lily —exclamó Alec horrorizado.

Lily negó con su cabeza oscura y rosa desafiante.

—La llamaban la Casa de la Perla Eterna porque… algunos hombres querían que las mujeres fueran jóvenes y hermosas para siempre. Las perlas son creadas del corazón de la suciedad que no puede quitarse. En una bodega sin ventanas, en el corazón de una casa, habían mujeres encadenadas. Esas mujeres serían frías y hermosas por siempre. Nunca llegarían a envejecer y harían lo que fuera por sangre. Ellas eran para los hombres más ricos, se vendían a los precios más altos y tenían que ser alimentadas. Mi madre había crecido bastante, así que se la dieron como alimento a los vampiros.

»Y esa noche, me escabullí e hice un trato con una de ellas. Prometiéndole que si me convertía, las liberaría a todas. Ella mantuvo su parte del trato, pero yo no lo hice. —Lily mantuvo su mirada en la punta de sus botas—. Desperté y maté a mucha gente. No me refiero a que bebí de alguien, aunque también hice eso. Sino que quemé el lugar hasta sus cimientos. Nadie logró salir, ni los hombres, ni las mujeres. Nadie más que yo. No me preocupé por nadie más que yo.

Alec movió su silla más cerca de ella, pero Lily subió sus piernas en la cama, haciéndose lo más pequeña posible.

—Nadie más sabe esto —dijo—. Muy pocos conocen una pequeña parte. Magnus sabe que no nací en los 20's, pero sabía que no podía contárselo. Nunca preguntó por ninguno de mis secretos.

—No —dijo Alec—. No lo haría.

Magnus conocía dolorosos secretos. Alec lo había aprendido.

—Raphael sobornó a alguien para averiguarlo —dijo Lily—. No sé quién fue o cuánto pagó. Me pudo haber preguntado, pero él no era así. Solo sé que él sabía porque fue amable conmigo por unas cuantas noches. A su manera. Nunca hablamos de ello. Nunca se lo he contado a nadie. A nadie excepto a ti.

—No se lo diré a nadie —prometió Alec.

La esquina de la boca de Lily se alzó.

—Sé que no lo harás, Alec.

Algo de la tensión se esfumó de sus delgados hombros.

—Te lo conté para que entiendas lo que sucedió después —dijo—. No podía quedarme en Hong Kong. Fui a Londres, creo que fue en 1903 y conocí a los cazadores de sombras por primera vez.

—¡Cazadores de sombras! —dijo Alec.

Sabía porqué los subterráneros se referían a ellos de esa forma algunas veces. Ya no podía soportar lo que le había sucedido a Lily. No quería escuchar sobre cazadores de sombras haciéndole cosas peores a su amiga.

Pero ahora Lily estaba sonriendo, solo un poco.

—Noté a una en particular, una chica con el cabello del color de la sangre en las sombras. Apenas sabía lo que eran los cazadores de sombras, pero ella era valiente y dulce. Protegía a las personas. Su nombre era Cordelia Carstairs. Preguntando por ahí sobre los cazadores de sombras. Escuché sobre un hada que despreciaba a todos los cazadores de sombras, particularmente a una familia. La vimos en el Mercado de Sombras esta noche. Dile a Jem que le pregunte a la mujer con el cabello de diente de león sobre los Herondale. Ella sabe algo.

Lily guardó silencio. Alec sabía que tenía que decir algo, pero no sabía cómo hacerlo.

—Gracias, Lily —dijo finalmente—. No por la información. Gracias por contármelo.

Lily sonrió, como si no pensara que lo que había dicho Alec era tonto.

—Después de Londres, viajé y conocí a Camille Belcourt en Rusia. Camille era divertida. Era brillante y sin corazón y sabía lastimar. Yo quería ser como ella. Cuando Camille viajó a Nueva York y se convirtió en la líder del clan de vampiros, me fui con ella.

Lily bajó la cabeza. Después de una larga pausa inundada de recuerdos, volvió a alzar la mirada.

—¿Quieres saber algo tonto? Cuando Camille y yo llegamos a Nueva York después de la Primera Guerra Mundial —dijo alegremente—. Busqué a los cazadores de sombras. ¿No es eso estúpido? La mayoría de los cazadores de sombras no son como tú, o como Jem, o Cordelia. Tropecé con cazadores de sombras que dejaron en claro que los guerreros angelicales no eran enviados para proteger a una criatura como yo. Nada me importaba y nadie se preocupaba por mí y así fueron las cosas, por décadas y décadas. Fue realmente divertido.

—¿En serio? —preguntó Alec.

Mantuvo su voz inexpresiva. Ella sonó demasiado frágil.

—Los 20's en Nueva York fueron los tiempos más resplandecientes para ambos, cuando el mundo entero parecía tan frenético como nosotros. Décadas después, Camille todavía trataba de replicarlos y yo también, pero incluso yo llegué a pensar que Camille se excedía algunas veces. Había un vacío en ella que siempre trataba de llenar. permitió que sus vampiros hicieran lo que quisieran. Una vez, en los años de 1950, dejó que un vampiro muy antiguo llamado Louis Karnstein se quedara en el hotel. Él se alimentaba de niños. Pensé que era asqueroso, pero no me importaba demasiado. Era muy buena en que no me importaran las cosas, en ese entonces.

Lily se encogió de hombros y rió. El sonido no fue convincente.

—Tal vez esperaba que los cazadores de sombras vinieran, pero no lo hicieron. Alguien más vino en su lugar. Unos cuantos chicos mundanos desaliñados, que querían defender sus calles del monstruo. Todos murieron, excepto uno. Él siempre logró lo que se disponía hacer. Mató al monstruo. Era mi Raphael.

Lily acarició la chaqueta de cuero que yacía sobre su cama.

—Antes de que matara al monstruo, Raphael se convirtió en un vampiro. Tu Magnus vino para ayudar a Raphael, pero yo no lo hice. Raphael pudo haber muerto en ese instante y yo nunca lo habría sabido. Conocí a Raphael tiempo después. Se encontró con un grupo nuestro que se alimentaba en un callejón y nos dio un terrible sermón. Era bastante imponente, creía que era divertido. No lo tomaba en serio en absoluto. Pero cuando llegó a vivir al hotel, me puse contenta. Porque oye, parecía ser más diversión. ¿Quién no quiere más diversión? No había nada más en el mundo.

Magnus le había contado a Alec esta historia, aunque Magnus nunca se había descrito a sí mismo como un salvador. Era extraño escucharlo de Lily y mucho más extraño escucharlo sabiendo cómo terminaba la historia.

—Raphael pidió mejor seguridad en el hotel en su segundo día de vivir allí. Había dicho que un grupo de chicos mundanos habían sido capaces de entrar y matar a uno de los nuestros. Camille se burló de él. Y luego fuimos atacados por una bribona banda de licántropos y las medidas solicitadas de Raphael se instalaron. Se pusieron guardias y Raphael siempre tomaba su lugar vigilando en el hotel, incluso una vez que fue segundo al mando y no tenía que hacerlo. Tomó la primera guardia en la primera noche. Recuerdo como me enseñó los planos que tenía del hotel, cada punto débil, las formas en que descubriría cómo defendernos de la mejor forma. Tenía todo planeado, aunque había estado menos de una semana con nosotros. Se fue para tomar su posición y mientras se iba dijo: «Duerme, Lily. Yo vigilaré las entradas». No había dormido tan pacíficamente antes de esa noche. No sabía cómo descansar y confiar en que estaba segura. Ese día dormí como nunca antes lo había hecho.

Lily miró la base de las flores, brillante rojo como la sangre de un vampiro. Alec no creyó que ella lo estuviera viendo.

—Tiempo después resultó que Raphael había contratado a los licántropos para atacarnos para que implementáramos las salvaguardas que quería —añadió Lily en un tono pragmático—. Era extremadamente firme en hacerlo a su manera. Y claro, era un completo imbécil.

—Eso está claro para mí —dijo Alec.

Lily volvió a reír. Se levantó de la cama, recargándose en el hombro de Alec por un segundo mientras se movía, luego comenzó a pasearse por la pequeña habitación como si fuera una jaula.

—Raphael siempre estuvo ahí, a partir de entonces. Camille lo degradaba por ser el segundo al mando de vez en cuando, solo para molestarlo. Y no importó. Nunca dudó, no importaba lo que los demás hicieran. Pensé que estaría ahí para siempre. Y luego se lo llevaron. Me dije a mí misma que no podía derrumbarme, por la alianza con los licántropos, debía sostener el límite contra la locura. Solo hasta que Raphael volviera. Solo que Raphael nunca volvió.

Lily posó una mano sobre sus ojos. Se puso junto a la cama de Rafael, pasando su mano cubierta de lágrimas ligeramente sobre su cabello rizado.

—Bueno —dijo—. Fui feliz por cincuenta y cuatro años. Eso es más de lo que la mayoría de la gente obtiene. Ahora hay un clan que tengo que cuidar, como Raphael lo hubiera querido. La noche que supe que se había ido y cada noche desde entonces, he cuidado a mis vampiros en el hogar que él protegió. Vi a los mundanos en las calles que amaba. Cada uno de ellos se veía como un niño que debía ayudar, una posibilidad por un futuro que no era capaz de imaginarme. Cada uno de ellos parecía precioso, alguien que valía la pena ser defendido, que valía el mundo. Cada uno de ellos es Raphael.

El niño se removió, como si estuviera siendo llamado. Lily apartó su mano.

Era de día, después de una larga noche.

Alec se levantó y la guió a la cama con una mano temblando en su hombro. Puso una sábana sobre ella como si fuera Rafael. Luego puso la silla entre Lily, Rafael y la entrada y tomó asiento.

—Duerme, Lily —dijo Alec gentilmente—. Yo vigilaré las entradas.

* * *

Alec no durmió bien. Su mente seguía dando vueltas pensando en la historia de Lily, la corrupción del Instituto de Buenos Aires, los Herondale perdidos y licántropos, y la misión de Jem y Tessa.

Estaba acostumbrado a levantarse entre oscuras sábanas de seda y fuertes brazos. Extrañaba su hogar.

Rafael durmió, sin moverse hasta la tarde. Alec sospechó que los huérfanos del Mercado de Sombras habían desarrollado tendencias nocturnas. Cuando Rafael despertó, Alec lo llevó al patio, donde se sentó en el banco de piedra comiendo una barrita energética malhumorado. Alec pensó que estaba enfadado porque le había quitado su teléfono.

—¿Alguien te ha dado un apodo? —le preguntó a Rafael—. ¿Alguna vez te llamaron Rafe?

Rafael le dio una mirada inexpresiva. Alec se preocupó de que no hubiera entendido el mensaje.

—Rafa —dijo Rafael finalmente.

Terminó con la barra energética y alzó la mano pidiendo otra. Alec se la entregó.

—¿Rafa? —intentó Alec—. ¿Quieres que te llame así? ¿Entiendes lo que te digo? Lamento no saber español.

Rafael hizo una mueca, como si dijera lo que pensaba de ser llamado Rafa.

—Está bien —dijo Alec—. No te llamaré así. ¿Entonces, solo Rafael?

El chico le dio una imponente mirada de aburrimiento.

Aquí viene este idiota otra vez, parecía decir su rostro, *hablándome cuando no puedo entenderlo.*

Jem y Tessa se les unieron en el patio, listos para que Rafael los guiara a la casa que había visto.

—Me quedaré a cuidar a Lily —dijo Tessa, leyendo la mente de Alec—. No te preocupes por ella. Puse protecciones e incluso si alguien viniera, lo tengo cubierto.

Hizo un pequeño movimiento. Brillante magia gris, como el brillo de una luz en el agua de un río o el resplandor de las perlas en las sombras, se enredó en sus dedos. Alec

sonrió su gratitud a Tessa. Hasta que estuviera seguro de lo que estaba sucediendo con este brujo y los cazadores de sombras, no quería a nadie indefenso.

—Tampoco te preocupes por mí —le dijo Tessa a Jem, apoyando sus brillantes dedos mágicos en su cabello oscuro y plateado, inclinándolo para darle un beso de despedida.

—No lo haré —le dijo Jem—. Sé que mi esposa puede cuidarse por sí sola.

Mi esposa, dijo Jem, su voz sonando casual y maravillada al mismo tiempo: el contrato hecho entre ellos a los ojos de aquellos que amaban.

Alec había escuchado un poema que se leía en las bodas:

Mi verdadero amor tiene mi corazón y yo tengo el suyo. Nunca hubo un trato más justo realizado.

El amor que era permanente ante los ojos de todo el mundo, demandando respeto, gritándole a los cuatro vientos el verdadero conocimiento que Alec tenía cada vez que se levantaba cada mañana. No hay nadie más para mí, hasta el día que muera: que todo el mundo lo supiera. Jem y Tessa lo tenían, al igual que Helen y Aline. Pero un cazador de sombras no podía casarse de dorado con un subterráneo. A un cazador de sombras se le prohibía usar la runa de matrimonio con un subterráneo y no insultaría a Magnus con una ceremonia que los nefilim veían como algo menor. Él y Magnus habían aceptado esperar, hasta que la Ley cambiara.

Alec no pudo evitar sentir un pinchazo de celos.

Su teléfono vibró en su bolsillo y Rafael se animó. Magnus le había mandado a Alec una foto de Max durmiendo, usando a Presidente Miau como su almohada. Rafael lo miró, claramente decepcionado de que Magnus no estuviera en la foto.

Alec también estaba ligeramente decepcionado por lo mismo.

La tarde era calurosa, las calles mayormente desiertas. La casa donde vivía el brujo estaba bajo unas calles inclinadas, algunas adoquinadas y otras con basura. La mayoría de las casas en las calles curvadas eran pequeñas, pintadas de un brillante amarillo o de rojo ladrillo o de un blanco de invierno, pero la casa del brujo que Rafael señaló era un enorme edificio gris al final de la calle. Una figura se estaba acercando a la puerta, un cazador de sombras. Alec y Jem intercambiaron una severa mirada. Alec lo reconoció como uno de los hombres de Breakspear del Instituto. Dirigió a Jem y a Rafael a un callejón.

—Quédate con Jem un minuto —le dijo a Rafael y arrojó un gancho al techo de la casa vecina.

Alec trepó y cruzó por la pendiente de azulejos de terracota hasta pasar al edificio gris. Habían barrotes en las ventanas y el encantamiento que Magnus había puesto en su anillo le permitía distinguir las salvaguardas con bastante exactitud. El lugar estaba increíblemente asegurado. Alec se agachó detrás de una chimenea y dibujó rápidamente las runas de claridad y conciencia en sus brazos.

Con habilidades incrementadas, podía escuchar ruidos detrás de esas paredes. Había muchas personas en esa casa. Pies moviéndose, conversaciones amortiguadas. Alec fue capaz de comprender unas cuantas palabras.

—… la siguiente entrega de Breakspear será esta noche a medianoche…

Escuchó otro ruido, mucho más cercano y se giró para ver a Rafael y Jem viniendo hacia él cruzando el techo.

Jem le dio una pequeña y arrepentida sonrisa.

—Se escabulló de mí y trepó por un tubo de desagüe.

Jem permanecía inmóvil detrás de Rafael, bastante nervioso ante la idea de tocarlo. Alec notó cómo era que Rafael se las había arreglado para escapar.

—¿Puedes sentir esas salvaguardas? —preguntó Alec y Jem asintió. Alec sabía que Tessa le había enseñado las formas de usar y sentir la magia, aunque Jem ya no tenía el poder absoluto de un Hermano Silencioso o de un cazador de sombras—. ¿Tessa se podrá encargar de ellas?

—Tessa puede con todo —dijo Jem, orgulloso.

—Te dije que te quedaras abajo con Jem —Alec le dijo a Rafael.

Rafael le dio una mirada que era incomprensión e insultante al mismo tiempo, y luego sus enormes botas se deslizaron sobre los adoquines de terracota. Jem lo atrapó antes de que se golpeara con el azulejo y lo volvió a levantar. Si Rafael seguía caminando así, se iba a raspar las rodillas.

—Necesitas caminar de forma distinta en los techos —le dijo Alec. Tomó las manos de Rafael en las suyas, enseñándole cómo debía hacerlo—. Tiene que ser así porque está inclinado. Hazlo como yo.

Era extrañamente agradable, enseñarle a un niño éstas cosas. Había tenido todo tipo de planes para enseñarle a su hermano menor, cuando fuera mayor, pero su hermanito no había vivido para ser mayor.

—¿Cuándo le darás a tus padres un verdadero nieto? —había escuchado que Irina Cartwright le había dicho a Isabelle después de una reunión de la Clave.

—Por el Ángel —dijo Isabelle—. ¿Acaso Max es imaginario?

Irina se quedó callada y luego rió.

—Un niño cazador de sombras, para enseñarle nuestras formas. Nadie más le dará a esas personas un niño cazador de sombras. ¡Imagínate a un brujo alrededor de nuestros pequeños! Y teniendo ese tipo de comportamiento. Los niños son tan susceptibles. No sería correcto.

Isabelle tomó su látigo. Alec alejó a su hermana.

—Ustedes niños Lightwood están fuera de control y completamente chiflados —murmuró Irina.

Jace había aparecido junto a Alec e Isabelle y le dio a Irina una radiante sonrisa.

—Sí, lo estamos.

Alec se había dicho que todo estaba bien. A veces era reconfortante cuando estaba más preocupado por sus amigos que pensar que Magnus y Max eran brujos. Ellos no tenían que luchar contra demonios.

Rafael imitó la forma en que Alec estaba caminando con cuidadosa precisión. Algún día sería asombroso, pensó Alec. Quien fuera que lo criara estaría orgulloso.

—Bien hecho, Rafe —dijo. No había pretendido decir el sobrenombre. Solo había sucedido, pero Rafael lo miró y sonrió. Se mantuvieron en silencio, agachándose cuando el cazador de sombras salió de la casa del brujo. Jem levantó ambas cejas hacia Alec, quien negó con la cabeza.

Una vez que el hombre se fue, ayudaron a Rafe a bajar del techo.

—Me pregunto qué tan lejos llega la corrupción en este Instituto —dijo Jem discretamente.

—Lo sabremos muy pronto —dijo Alec—. Escuché que ese mercenario dijo que la siguiente entrega de Breakspear sería esta noche a medianoche. Si está entregando mujeres, necesitamos salvarlas y detener a los cazadores de sombras al igual que al brujo. Necesitamos atraparlos al mismo tiempo y hay muchas personas dentro. No sabemos cuántas son prisioneras y cuántos son guardias. Necesitamos refuerzos y hay alguien con quien puedo hablar sobre ello antes de que regresemos con Tessa y Lily. Tengo que creer que no todos los cazadores de sombras en esta ciudad son traidores.

Jem asintió. Mientras abandonaban el callejón, Alec describió al hada que Lily y él habían visto, su rostro marchito con la forma de una manzana y el cabello de diente de león.

—Lily dijo que ella podría tener información sobre la familia que estás buscando.

El rostro de Jem se ensombreció.

—Me la he encontrado anteriormente. Sabré quién es cuando la vea en el Mercado. Y me aseguraré de que hable. —Su rostro se heló severamente por un momento. Y luego miró a Alec—. ¿Cómo está Lily?

—Em. —Alec trató de averiguar si había dejado escapar algo que no debería.

—Estás preocupado por tu amiga —dijo Jem—. Tal vez estás más preocupado por ella, por la forma en que se siente, te hace pensar en cómo se sentirá Magnus, algún día. —Los ojos de Jem era tan oscuros y tristes como la Ciudad Silenciosa—. Lo sé.

Alec no habría sido capaz de colocar nada de eso en sus propias palabras. Algunas veces, solo estaba la sombra sin nombre en el rostro de Magnus, el eco de la soledad y el anhelante deseo de Alec de protegerlo por siempre y el conocimiento de que no podría hacerlo.

—Tú casi fuiste inmortal. ¿Hay alguna forma en que pueda ser… más fácil?

—Viví por mucho tiempo —dijo Jem—, pero viví en una jaula de huesos y silencio, sintiendo cómo mi corazón se convertía en cenizas. No puedo explicar cómo se siente.

Alec pensó en crecer dentro del Instituto, aplastado bajo el peso de las expectativas de su padre como si fueran rocas, tratando de enseñarse a no mirar, no hablar, no atreverse a intentar y ser feliz.

—Puede que lo sepa —dijo—. No… completamente. Y tampoco por cientos de años, obviamente. Pero… tal vez un poco.

Se preocupó de que estuviera alardeando, pero Jem sonrió como si lo entendiera.

—Es diferente, para mi Tessa y tu Magnus. Ambos nacieron siendo lo que son y los amamos por ello. Ellos vivirán por siempre en un mundo de perpetuo cambio y aún así, tienen el valor de encontrarlo hermoso. Todos queremos proteger a nuestros amados de cualquier peligro o tristeza que se acerque —dijo—. Pero también tenemos que confiar en ellos. Tenemos que creer que ellos tendrán la fuerza para seguir viviendo y que volverán a sonreír. Tememos por ellos, pero debemos creer que lograrán superar ese miedo.

Alec inclinó su cabeza.

—Lo creo —dijo.

A una calle del Instituto de Buenos Aires, el teléfono de Alec volvió a vibrar. Clary le había enviado un mensaje.

Unos meses atrás, habían dejado a Max con Maryse y habían salido a la ciudad. La vieja banda de Simon estaba tocando en el Pandemonuim y Simon había aceptado sustituir el puesto del tocador de bajo a falta de un suplente, como ocasionalmente lo hacía. Alec, Magnus, Jace, Clary e Isabelle habían ido a escucharlos. El amigo de Simon, Eric, había escrito una canción titulada «Mi Corazón Es Un Melón Maduro Rebosante De Ti» y la canción fue de lo peor.

Alec no quería bailar, a menos que fuera con Magnus. E incluso así, prefería que la música no fuera terrible. Magnus, Jace e Isabelle se fueron a bailar, eran los puntos más brillantes entre el gentío. Alec disfrutó ver bailar a Magnus por un rato, su barbilla recargada en sus manos. Luego se hartó del retumbe en sus oídos. Atrapó la mirada de Clary. Estaba sentada bien firme en su silla, parpadeando solo de vez en cuando.

—Esto está bien —le dijo Clary, asintiendo osadamente.

—Esto es terrible —dijo Alec—. Vamos por unos tacos.

Simon apenas había salido de los bastidores en el momento en que regresaron y estaba bebiendo una botella de agua mientras les preguntaba a todos qué habían pensado del grupo.

—Te veías muy sexy ahí arriba —estaba diciendo Isabelle, alabando a Simon cuando Alec y Clary volvieron.

Simon mostró una sonrisa ladeada.

—¿En serio?

—No —dijo Jace.

—¡Estuvieron geniales! —exclamó Clary, corriendo hacia Simon—. Guau, no conozco otra palabra que pueda existir para decirlo. La banda estuvo genial.

Clary era una verdadera y noble *parabatai*, pero Simon era un chico astuto y la conocía desde hace mucho tiempo. Sus ojos viajaron del rostro culpable de Clary al de Alec.

—¿*Otra vez* fueron por tacos? —se lamentó Simon.

Alec sonrió.

—Estuvieron geniales.

Fue hacia Magnus, deslizando un brazo alrededor de su cintura. Ya que iban a un club, Magnus se había puesto diamantina plateada bajo sus ojos dorados y se veía como una estrella brillante y la luz de la luna.

—Sé que estabas bailando —dijo Alec en su oído—. Pero esa banda era terrible, ¿verdad?

—Puedo bailar con lo que sea —murmuró Magnus de regreso—, personalmente he escuchado tocar a Mozart. También a Sex Pistols en sus mejores días. Puedo asegurarte que la banda de Simon está más allá de ser terrible.

Todos los amigos y familia de Alec estaban reunidos a su alrededor, y fue uno de esos momentos cuando recordaba la desesperante soledad de cuando era joven, indefenso y estropeado entre el miedo de lo que podría no tener jamás y lo que podría perder. Alec aseguró su agarre en la cintura de Magnus y sintió una pequeña explosión de incrédula felicidad en su pecho: ahora que podía tenerlo todo.

—¿Tacos para la próxima? —le había susurrado Alec mientras se iban y Clary asintió a espaldas de Simon.

Así fue como Alec había llegado a quererla, después de tenerle tanto resentimiento al principio: en las más grandes o pequeñas formas, Clary nunca fallaba.

Ella no le había fallado ahora. Le había enviado una foto diciendo:

¡HEMOS SIDO APRESADOS POR EL ATERRADOR PIRATA MAX!

Alec sospechó que ese era un chiste que no había entendido.

Clary estaba en un extraño ángulo tomando una selfie, pero podía ver a Magnus y a Max bastante bien. Magnus se había delineado el cabello de un color azul brillante en la parte frontal. Max estaba sosteniendo los puntiagudos mechones azules de Magnus y los rizos rojizos de Clary, uno en cada mano y se veía increíblemente satisfecho. Magnus se estaba riendo.

—Oh, mira —dijo Alec suavemente y le enseñó a Rafael la foto.

Rafael le arrebató el teléfono y se alejó para contemplar la foto lejos de él.

Alec lo dejó tenerlo. Él y Jem se detuvieron en la puerta del Instituto de Buenos Aires. Como Alec lo había esperado, Joaquín estaba vigilando la puerta de nuevo. Saludó a Alec con entusiasmo y luego vio la cicatriz en el rostro de Jem y lo miró sobresaltado.

—¿Es el Hermano Silencioso que el fuego celestial convirtió? —preguntó ansiosamente—. El que…

—Huyó y se casó con una bruja, sí —dijo Jem. En algún lugar en su silenciosa voz y sonrisa, había un borde de brillante desafío.

—Estoy seguro de que ella es muy agradable —dijo Joaquín apresuradamente.

—Lo es —confirmó Alec.

—No conozco a muchos subterráneos —dijo Joaquín disculpándose—. ¡Aunque ayer conocí a la amiga de Alec! Ella también parece ser… agradable. ¡Estoy seguro de que hay muchos subterráneos agradables! Solo que no en nuestra ciudad. Dicen que la Reina del Mercado de Sombras es una aterradora tirana.

Alec pensó en Juliette con sus hijos a su alrededor.

—No lo creo.

Joaquín lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—Pero apuesto a que no le tienes miedo a nada.

—A algunas cosas —dijo Alec—. Fracasar. Sabes que algo malo está pasando con tu Instituto, ¿cierto? Quiero creer que no eres parte de ello, pero tienes que saber que algo muy malo está pasando.

Joaquín evitó la mirada de Alec y al hacerlo, divisó a Rafael por primera vez. Rafael estaba detrás, apretando el teléfono de Alec.

—Ese es el pequeño Rafael —dijo Joaquín.

Rafael parpadeó y lo corrigió con su pequeña y severa voz:

—Rafe.

—¿Lo conoces? —preguntó Alec—. Entonces sabías que había un niño cazador de sombras viviendo en el Mercado de Sombras. Es el deber de los nefilim cuidar de los huérfanos de la guerra.

—Yo… —Joaquín titubeó—. Lo intenté. Pero no dejaba que nadie se le acercara. Era como si no quisiera que lo ayudaran.

—Todos quieren ser ayudados —dijo Alec.

Joaquín ya se estaba arrodillando, ofreciéndole a Rafael un dulce envuelto en un brillante papel. Rafael lo observó, luego se acercó con cuidado, arrebató el dulce y regresó detrás de las piernas de Alec.

Alec entendió lo que era ser joven y asustadizo, pero vendría un momento donde tendría que elegir entre también ser valiente.

—Aquí tienes una dirección —dijo, ofreciéndole un pedazo de papel—. Si quieres descubrir lo que en verdad está pasando en tu Instituto, encuéntrame aquí esta noche. Trae refuerzos, solo las personas en las que confíes.

Joaquín no vio a Alec a los ojos, pero aceptó el pedazo de papel. Alec se alejó, con Jem y Rafael, cada uno de su lado.

—¿Crees que vendrá? —preguntó Jem.

—Eso espero —dijo Alec—. Tenemos que confiar en las personas, ¿cierto? Como estabas diciendo. No solo en las personas que amamos. Tenemos que creer en las personas y tenemos que defenderlas. Toda la gente que sea posible, para que podamos ser más fuertes. —Tragó saliva—. Tengo que confesar algo. Estoy… estoy celoso de ti.

El rostro de Jem estaba genuinamente sorprendido. Luego sonrió.

—Yo también estoy un poco celoso de ti.

—¿De mí? —preguntó Alec, sorprendido.

Jem asintió hacia Rafael y la foto de Magnus y Max en las manos de Rafael.

—Tengo a Tessa, así que tengo el mundo. Y he amado viajar por todo el mundo con ella. Pero hay momentos en los que pienso… sobre un lugar donde pueda estar en casa. Con mi *parabatai*. Con un niño.

Todas las cosas que Alec tenía. Alec se sintió como se había sentido la noche anterior, mientras le ponía las botas a Rafael sobre sus pies descalzos: afligido, pero sabiendo que ese no era su dolor.

Vaciló.

—¿Tessa y tú no pueden tener un hijo?

—Nunca podría pedírselo —dijo Jem—. Ella tuvo hijos una vez. Eran hermosos y se han ido. Los niños no fueron creados para ser parte de nuestra inmortalidad, ¿pero qué sucede si tu vives para siempre y tus hijos no? Tuve que ver cómo se obligó a alejarse de ellos. Vi lo que le costó. No le pediré que pase por ese sufrimiento otra vez.

Rafe levantó sus brazos para que lo cargaran. Alec lo levantó en sus brazos. Los corazones de los brujos latían diferente y Alec estaba acostumbrado a escuchar el sonido de los corazones de Magnus y Max, infinitamente estables y tranquilizantes. Era extraño, sostener a un niño con latidos mortales, pero Alec estaba comenzando a acostumbrarse al nuevo ritmo.

El sol del atardecer abrazaba los muros blanquecinos de la calle en la que se encontraban. Sus sombras crecían detrás de ellos, pero la ciudad aún brillaba y Alec vio por primera vez, que podría ser encantadora lo suficientemente rápido. Él no era inmortal y no quería serlo, pero había veces en las que le atemorizaba no vivir lo suficiente, que nunca tendría la oportunidad de tomar las manos de Magnus en frente de todos los que amaba y hacer la promesa sagrada.

En esos momentos, había una imagen a la que Alec se aferraba contra el cansancio o la derrota, un recordatorio de siempre seguir luchando.

Cuando él ya no estuviera aquí, cuando fuera polvo y cenizas, Magnus aún seguiría caminando por este mundo. Si el mundo cambiaba para mejorar, entonces ese futuro incierto sería mejor para Magnus. Alec podía imaginarse que en un día tan abrazador y caluroso como este en una extraña avenida y en una extraña tierra como ésta, Magnus podría ver algo bueno que le recordara a Alec, porque de alguna manera el mundo cambió porque Alec había vivido. Alec no podía imaginar cómo sería el mundo en ese momento.

Pero en un futuro muy lejano, podía imaginar el rostro de la persona a quien más amaba.

* * *

Jem le contó todo a Tessa; lo que habían visto y a quién estaban buscando en el Mercado de Sombras.

Lily se encontró con la mirada de Jem mientras explicaba todo.

—¿Qué estás mirando, deliciosa galleta de Jemgibre?

Tessa resopló una carcajada detrás de Jem.

—Tengo más nombres —le dijo Lily animada—. Simplemente vienen a mí. ¿Quieren escucharlos?

—No realmente —dijo Jem.

—¡Definitivamente no! —soltó Alec.

—Sí —dijo Tessa—. Sí, en verdad quiero escucharlos.

Lily le brindó muchos más nombres de camino al Mercado de Sombras. La risa de Tessa era como una canción para Jem, pero agradeció cuando llegaron al Mercado de Sombras, aunque el lugar estaba cercado con alambres de púas y les habían azotado la puerta frente a sus caras la última vez.

La puerta no fue azotada contra sus caras esta vez.

Para este momento, Jem ya se había acostumbrado a los Mercados de Sombras, después de años de pasar por ellos en busca de respuestas sobre demonios y los Herondale. También estaba acostumbrado a sobresalir sobre la gente del Mercado.

Aunque esta noche, todos estaban mirando a Alec y a Lily. La Reina del Mercado de Sombras, una chica realmente encantadora y majestuosa, salió de los puestos para recibirlos personalmente. Alec habló con ella en privado para decirle los planes que tenían para el anochecer y para pedirle su ayuda. La Reina sonrió y aceptó.

—Vienen de parte de la *Alianza* —escuchó susurrar a un joven licántropo a otro en tono de admiración.

Alec inclinó su cabeza y cargó a Rafe. Parecía que Alec estaba ligeramente incómodo por toda la atención.

Jem encontró la mirada de Tessa y sonrió. Había visto a generaciones pasar, resplandeciendo brillantemente y esperanzados, pero Alec era algo nuevo.

Alec se detuvo para hablar con una joven hada.

—Rose, ¿has visto a un hada con el cabello de diente de león en el Mercado esta noche?

—Debes referirte a la Madre Hawthorn —dijo Rose—. Ella siempre está aquí. Le cuenta historias a los niños. Ama a los niños. Y odia todos los demás. Si la estás buscando, júntate con los niños. Es seguro que vendrá.

Así que se dirigieron hacia la fogata donde la mayoría de los niños estaban congregados. Un hada estaba tocando el acordeón en la hoguera. Jem sonrió al escuchar la música.

Rafael se aferró a la camisa de Alec y miró celosamente a su alrededor. Los otros niños lo miraron intimidados por sus gruñidos.

Una joven bruja estaba haciendo trucos de magia, creando marionetas hechas de sombras en el humo del fuego. Incluso Rafe se rió, todo el resentimiento se esfumó de su rostro. Solo era un niño, apoyándose en el regazo de Alec, aprendiendo a ser feliz.

—Él dice que ella es muy buena —tradujo Lily para Alec—. Le gusta la magia, pero los brujos más poderosos se fueron hace años. Quiere saber si el hombre asombroso puede hacer eso.

Alec sacó su teléfono para enseñarle a Rafael un video de Magnus y una piedra de luz mágica.

—Mira, se vuelve roja —dijo Alec y Rafe le arrebató el teléfono súbitamente—. No, ¡no quitamos las cosas! Dejamos de robar. Tengo que mensajearme con Magnus de vez en cuando y no puedo hacerlo si sigues robando mi teléfono.

Alec miró a Jem a través de las iridiscentes llamas.

—En realidad me estaba preguntando si podrías darme un consejo —le dijo—. Quiero decir, hace rato estabas diciendo todas esas cosas. Bueno… del estilo romántico. Siempre sabes qué decir.

—¿Yo? —Jem lo miró sorprendido—. No, nunca he creído ser bueno con las palabras. Me gusta la música. Es más fácil expresar lo que sientes con música.

—Alec tiene razón —dijo Tessa.

Jem parpadeó.

—¿La tiene?

—En los peores y más oscuros momentos de mi vida, tú siempre has sabido qué decir para consolarme —dijo Tessa—. Tuve uno de mis peores momentos cuando éramos jóvenes y solo nos habíamos conocido desde hacía poco. Viniste a mí y dijiste unas palabras que llevo conmigo como una luz. Ese fue uno de los instantes que hicieron que me enamorara de ti.

Levantó una mano hacia su rostro, sus dedos trazando las cicatrices que tenía. Jem le dio un beso en su muñeca.

—Si mis palabras te consolaron, estamos iguales —dijo—. Tu voz es la música que más amo en el mundo entero.

—Lo ves —le murmuró Alec sombríamente a Lily.

—En verdad amamos a un elocuente nene.

Tessa se acercó a Jem y le susurró en el lenguaje que había aprendido por él:

—*Wǒ ài nǐ.*

Y en ese momento, mirándola a los ojos, Jem divisó un repentino movimiento y después, la tensión en la oscuridad. El hada con el cabello de diente de león había venido por los niños, empujando su pequeña carreta llena de venenos. Ella se detuvo cuando vio a Jem. Lo reconoció al igual que él la reconoció a ella.

—Madre Hawthorn —dijo la joven bruja con la que Tessa había hablado—. ¿Ha venido a contarnos una historia?

—Sí —dijo Jem. Se levantó y avanzó hacia ella—. Queremos escuchar una historia. Queremos saber por qué odia a los Herondale.

Los ojos de Madre Hawthorn se ampliaron. Sus ojos no tenían color y no tenían pupilas, como si sus cavidades de los ojos estuvieran llenas de agua. Por un instante, Jem pensó que huiría y se tensó listo para saltar detrás de ella. Tessa y Alec también estaban listos para perseguirla. Jem había esperado demasiado para tener que esperar otro instante más.

Entonces Madre Hawthorn miró a su alrededor hacia los niños y se encogió de hombros.

—Oh, bueno —dijo—. He esperado más de un siglo para alardear al respecto. Supongo que ahora ya no importa. Dejen que les cuente la historia de la Primer Heredera.

* * *

Encontraron una solitaria fogata, sin ningún niño que pudiera escuchar el oscuro cuento a excepción de Rafael, con su rostro solemne y silencioso entre la protectora curva del brazo de Alec. Jem se sentó con sus amigos y su amada para comenzar a escuchar. Luz y sombras danzaban juntas en un eterno baile y por en el inusual y hogareño lugar que era el Mercado de Sombras, una mujer anciana les contó un cuento de Feéra.

—La Corte Seelie y Unseelie siempre han estado en guerra, pero hay tiempos en la guerra donde se usa la máscara de la paz. Incluso hubo un tiempo en que el Rey de la Corte Unseelie y la Reina de la Corte Seelie hicieron una tregua en secreto y se unieron para sellarla. Juntos concibieron a un niño y acordaron que un día ese niño heredaría los dos tronos tanto Seelie como Unseelie y uniría a toda Feéra. El Rey deseó que todos sus hijos fueran criados como despiadados guerreros y creyó que su Primer Heredero sería el

mejor de todos. Ya que el niño no tendría una madre en la Corte Unseelie, él contrató mis servicios y me sentí honrada. Siempre me he sentido atraída por los niños… Hubo un tiempo en que me conocían como la gran hada partera.

»El Rey de la Corte Unseelie no había previsto tener una hija, pero cuando el niño nació, terminó siendo una hija. Fue entregada a mis brazos en la Corte Unseelie el mismo día en que vino al mundo y desde ese día hasta hoy, la luz de sus ojos es la única luz que anhelo.

»Al Rey Unseelie le desagradó tener una hija y la Reina Seelie se enfureció porque a él no le agradaba y ella no se desharía de ella. Entonces vino una profecía de nuestros videntes, que decía que el día en que la Primer Heredera alcanzara completamente su poder, toda Feéra caería bajo las sombras. El Rey estaba mortalmente furioso y la Reina estaba aterrada, y todos los fantasmas y sombras y corrientes de agua en mi tierra parecieron amenazar la vida de quien amaba. La guerra entre Seelie y Unseelie desafió a los más siniestros por el corto lapso de paz y la corte de las hadas comenzó a susurrar que la Primer Heredera estaba maldita. Así que huyó, temiendo por su vida.

»Yo no la llamaba Primer Heredera. Su nombre era Auraline y era la criatura más encantadora que alguna vez hubiera pisado la Tierra.

»Se refugió en el mundo mortal y lo encontró hermoso. Siempre estaba buscando la belleza en la vida y siempre le entristecía encontrar fealdad en su lugar. Le gustaba ir al Mercado de Sombras y mezclarse con los subterráneos y mundanos que no sabían de su profecía y nunca la llamarían maldita.

»Después de visitar el Mercado de Sombras por muchas décadas, conoció a un mago que la hizo reír.

»Se hacía llamar Roland el Asombroso, Roland el Extraordinario, Roland el Increíble, como si él fuera algo especial, cuando no había nada tan único como ella. Odié a ese insolente chico desde el momento en que posé mis ojos en él.

»Cuando no se llamaba a sí mismo con uno de esos tontos nombres de mago, se llamaba Roland Loss, pero esa era otra mentira.

—No —dijo Tessa muy suavemente—. No lo era.

Nadie más que Jem la escuchó.

—Estaba esa bruja que decía que lo amaba como si fuera su madre, pero Roland no era un brujo, ni un mundano con la Visión. Era algo más terrible que eso. Y me enteré del secreto de la bruja. Se había llevado a un niño cazador de sombras a través de los mares hasta América y lo crió, pretendiendo que no era un nefilim. Roland descendía de ese

niño: Roland se introdujo a nuestro mundo porque su sangre lo llamaba. El verdadero nombre de ese chico era Roland Herondale.

»Roland sospechaba lo suficiente de su descendencia y pagó para averiguar más sobre ella en el Mercado. Le contó a Auraline todos sus secretos. Le dijo que no podía ir con los nefilim y convertirse en uno de ellos, y poner en peligro a la bruja que había amado como su segunda madre. En su lugar, dijo que se convertiría en el mago más asombroso en el mundo.

»Auraline dejó de tener cuidado. Le contó sobre la profecía y el peligro que la ataba.

»Roland dijo que los dos eran niños perdidos y que podrían perderse juntos. Dijo que no le importaría perderse, si podía perderse con ella. Ella juró lo mismo. Él la apartó de mi lado. Le pidió que se fuera a vivir con él en el mundo mortal. La condenó y lo llamaron amor.

»Huyeron juntos y la furia del Rey fue el fuego que habría consumido el bosque. Quería que la profecía se mantuviera en secreto, lo que significaba que necesitaba a Auraline de vuelta en la palma de su mano o asesinada. Envió a sus confiables mensajeros a todas las puntas del mundo para cazarla, incluso a los sanguinarios Jinetes de Mannan. Tenía a los vigías más temibles de Feéra en su búsqueda. Yo mantuve mi vigilancia en ella y el amor hizo que mis ojos se intensificaran mucho más. La encontré una docena de veces, aunque nunca le dije al Rey dónde estaba. Nunca le perdonaré por haberle dado la espalda a ella. Fui a cada Mercado de Sombras y los vi estar juntos, mi brillante Primera Heredera y ese horrible chico. Oh, la forma en que ella lo amaba, y oh, yo lo odiaba.

»Estaba en el Mercado de Sombras no mucho después de que Roland y Auraline hubieran huído y ahí fue cuando vi a otro chico angelical, con el orgullo de Dios. Me contó sobre su alta posición entre los nefilim y supe que su *parabatai* era otro Herondale. Y le jugué una broma cruel. Espero que haya pagado por su arrogancia con sangre.

—Matthew —susurró Tessa, el nombre sonando extraño en su boca, dicho por primera vez después de tantos años.

Matthew Fairchild había sido el *parabatai* del hijo de Tessa, James Herondale. Jem había sabido que esa hada había engañado a Matthew para que hiciera algo terrible, pero había pensado que había sido solo por despecho, no por venganza.

Incluso la voz de esa hada sonaba cansada. Jem recordaba haberse sentido de esa forma, casi al final de sus días como Hermano Silencioso. Recordó estar así de vacío.

—¿Pero qué importancia tiene eso ahora? —preguntó la mujer, como si hablara para sí misma—. ¿Por qué importaba en ese entonces? Muchos años pasaron. Auraline pasó década tras década con su mago en la suciedad del mundo mundano, mi niña nacida en un trono de oro. Estuvieron juntos todos los días de su vida. Auraline compartió lo que pudo de su poder de hada con Roland y se mantuvieron jóvenes por más tiempo y vivieron más tiempo, más de lo que su asquerosa raza podía hacerlo. Ella desperdició su magia, como alguien que prolongaba la vida de una flor: solo pueden hacer que la flor dure por un poco más de tiempo, antes de que se marchite. Finalmente Roland envejeció, más y más, como lo hacen los mortales, hasta que llegó el final y Auraline encontró el final con él. Un hada puede elegir la temporada de su propia muerte. Supe que sucedería cuando contemplé su unión. Vi la muerte de ella en los risueños ojos de él.

»Mi Auraline. Cuando Roland Herondale murió, ella recostó su dorada cabellera en la almohada junto a su efímero amor y nunca volvió a levantarse. Su cría lloró por ambos y les puso flores en sus tumbas. Auraline pudo haber vivido por varios siglos, pero sería atormentada por el borde de la desesperación, así que desperdició su vida por un estúpido amor mortal.

»Su criatura lloró, pero yo nunca lo hice. Mis ojos se mantuvieron secos como el polvo y las flores muertas en su tumba. Odié a Roland desde el día que me la arrebató. Odié a todos los nefilim por *su* bienestar y en especial a todos los Herondale. Lo que fuera que los cazadores de sombras tocaran estaba condenado a la destrucción. El descendiente de Auraline también tuvo una criatura. Aún hay un Primer Heredero en el mundo. Cuando el Primer Heredero se levante, en toda la terrible gloria obtenida de la sangre de los Seelie, Unseelie y nefilim, espero que la destrucción venga para todos los cazadores de sombras y también para Feéra. Espero que el mundo desaparezca.

Jem pensó en la descendiente de Roland y Auraline, Rosemary y el hombre que ella había amado. Podría ser que ya tuvieran un hijo. La maldición que las hadas habían presagiado ya había reclamado vidas. El peligro era más grande de lo que hubiera sospechado. Jem tenía que proteger a Rosemary del Rey Unseelie y de los Jinetes que cargaban la muerte. Si había un niño, Jem tendría que salvar a ese niño. Jem ya había fallado en intentar salvar a muchos.

Jem se levantó y se alejó de Madre Hawthorn. Fue al borde cercado del Mercado, moviéndose desesperantemente rápido, como si pudiera correr de vuelta al pasado y salvar a aquellos que había perdido allí.

Cuando se detuvo, Tessa lo sostuvo. Lo tomó en sus brazos y cuando dejó de temblar, dirigió la cabeza de él hacia la suya.

—Jem, mi Jem. Está bien. Creo que fue una hermosa historia —dijo ella.

—*¿Qué?*

—No la historia de ella —dijo Tessa—. No la historia sobre su retorcida visión y decisiones terribles. Puedo ver la historia detrás de la suya. La historia de Auraline y Roland.

—Pero toda la gente que lastimó —murmuró Jem—. A los niños que amábamos.

—Mi James sabía el poder de una historia de amor, al igual que yo lo sé —dijo Tessa —. No importa lo oscuro y desesperanzado que se veía el mundo, Lucie siempre podía encontrar la belleza en una historia. Sé lo que ellos hubieran pensado.

—Lo lamento —dijo Jem súbitamente.

Él no hablaría con ella sobre niños. Había amado a los hijos de Tessa, pero no habían sido suyos. Tessa ya había perdido demasiado. No podía pedirle que perdiera más. Ella era suficiente para él: siempre lo sería.

—Auraline creció aterrorizada. Se sentía maldita. Y él estaba perdido y deambulaba. Ambos parecían destinados a la miseria. Solo que se encontraron entre ellos, Jem. Estaban juntos y felices, todos los días de sus vidas. Su historia es justo como la mía, porque yo te encontré.

La sonrisa de Tessa iluminó la noche. Siempre le traía esperanza cuando él se sentía en la desesperación, como había traído palabras cuando todo dentro de él era silencio. Jem puso sus brazos a su alrededor y la sostuvo con fuerza.

* * *

—Espero que hayan aprendido lo que necesitaban saber esta noche —le dijo Alec a Jem y Tessa cuando llegaron a sus habitaciones.

Jem se había visto molesto cuando abandonó la fogata, pero él y Tessa se habían visto diferentes cuando regresaron.

—Espero que se encuentren bien —le dijo Alec silenciosamente a Lily cuando Jem y Tessa fueron a prepararse para la visita de medianoche al hogar del brujo.

—Claro que Tessa está bien —dijo Lily—. ¿Te das cuenta que usa el Jem-nasio cada vez que quiere?

—No volveré a hablarte otra vez si esos nombres no se detienen —le dijo Alec, reuniendo sus flechas y guardando dagas y cuchillos serafín en los bolsillos de su cinturón. Se encontró pensando en la desgarradora forma en que Jem había dicho *parabatai.* Le hizo recordar a la sombra que su padre cargaba, la herida donde un *parabatai* debía estar. Le hizo pensar en Jace. Desde que tenía memoria, Alec había amado y se sentía responsable por su familia. Nunca había tenido otra opción, pero con Jace era diferente. Jace, su *parabatai*, la primer persona que alguna vez lo había elegido a él. La primera vez que Alec había decidido elegir a alguien de vuelta, para tomar otra responsabilidad. La primera elección, que abrió la puerta a otras más.

Alec tomó una profunda respiración y tecleó un *TE EXTRAÑO* en su celular.

Recibió una respuesta inmediata, *YO TAMBIÉN TE EXTRAÑO* y se permitió volver a respirar, el dolor en su pecho se estabilizó. Jace estaba allí, esperándolo en Nueva York con el resto de su familia. Hablar de sentimientos no era tan malo.

Entonces recibió otro mensaje.

ESTÁS BIEN?

En una rápida serie, Alec recibió unos cuantos mensajes más.

ESTÁS EN ALGÚN TIPO DE PELIGRO?

TE GOLPEASTE LA CABEZA!?

Y luego recibió un mensaje de Clary.

¿POR QUÉ JACE RECIBIÓ UN MENSAJE TUYO Y PARECIÓ MUY CONTENTO, PERO DESPUÉS SE PREOCUPÓ MUCHÍSIMO AL INSTANTE? ¿ALGO MALO ESTÁ SUCEDIENDO?

Hablar sobre tus sentimientos era lo peor. Una vez que lo hacías, todos querían que lo volvieras a hacer.

Alec tecleó un malhumorado *ESTOY BIEN*.

—¿Rafe? —dijo después con cautela.

Rafael saltó de su cama rápidamente.

—¿Quieres tener el teléfono de vuelta? —preguntó Alec—. Aquí lo tienes. Tómalo. No te preocupes si llegan más mensajes de texto. Solo avísame si hay alguna otra foto nueva.

No sabía decir cuánto había entendido Rafe de lo que había dicho. Sospechaba que no demasiado, pero Rafe entendió indudablemente el gesto de Alec ofreciéndole su teléfono. Levantó sus manos ansiosamente.

—Eres un buen chico, Rafe —dijo Alec—. Aleja ese teléfono de aquí.

* * *

—¿Vamos a meternos en la casa dentro de cestos de lavandería? —le preguntó Lily a Alec emocionada

Alec la miró.

—No, no vamos a hacer eso. ¿Y por qué en cestos de lavandería? Soy una persona sencilla. Voy a tocar la puerta.

Se detuvo con Lily en la calle empedrada frente a la gran casa gris. Jem y Tessa estaban esperando en el techo. Alec había usado una cuerda para atar a Rafe a la muñeca de Jem, literalmente.

—Sé que Rafe robó tu teléfono —dijo Lily—, ¿pero quién robó tu espíritu aventurero?

Alec esperó y la puerta se abrió. Un brujo parpadeó en su dirección. Se veía como si estuviera a principio de los treintas, un hombre de negocios de corto cabello rubio y sin ninguna marca visible que lo diferenciará de ser un brujo hasta que abrió su boca y Alec vio su lengua bífida.

—Oh, hola —dijo—. ¿Eres otro de los hombres de Clive Breakspear?

—Soy Alec Lightwood —dijo Alec.

El rostro del brujo se iluminó.

—¡Ya veo! He escuchado sobre ti —Le guiñó un ojo—. Aficionado a los brujos, ¿no es cierto?

—A algunos —dijo Alec.

—¿Quieres una parte para ti, supongo?

—Así es.

—No hay problema —le dijo el brujo—. Tú y tu amiga vampira deberían entrar y les explicaré lo que quiero a cambio. Creo que la vampira estará bastante impresionada. A ellos no les gustan los licántropos, ¿cierto?

—No me agrada la mayoría de la gente —dijo Lily esperanzada—. ¡Pero me encantan los homicidios!

El brujo hizo un ademán para dejarlos pasar a través de las salvaguardas y los llevó a una sala hexagonal con un techo que parecía tener la forma de un molde de gelatina. No habían señales de escombros o deterioramiento. El brujo obviamente tenía dinero.

Había varias puertas, todas pintadas de blanco, distribuídas en todas las paredes. El brujo escogió una y dejó que Alec y Lily descendieran a la oscuridad por unos escalones tallados en áspera piedra. El olor golpeó a Alec antes de que la vista lo hiciera.

Había un largo pasadizo de piedra, con antorchas llameantes en los muros y con ranuras en cada lado con suciedad y sangre. A través del pasadizo habían filas de jaulas. Ojos brillaban detrás de los barrotes, atrapando la luz de las llamas de la misma forma en que los de Juliette habían brillado en su trono en el Mercado de Sombras. Algunas jaulas estaban vacías. En otras, había sombras que se amontonaban sin moverse.

—Has estado secuestrando a mujeres lobo y los cazadores de sombras te han estado ayudando —dijo Alec.

El brujo asintió, con una juguetona sonrisa.

—¿Por qué licántropos? —preguntó Alec sombríamente.

—Bueno, los brujos y vampiros no pueden concebir niños y las hadas lo complican —dijo el brujo en un tono práctico—. Pero las mujeres lobo saben parir con facilidad y tienen una gran fuerza animal. Todos dicen que los subterráneos no pueden concebir a un hijo de un brujo, que sus cuerpos siempre los rechazan, pero pensé en ponerle un poco de magia a la mezcla. La gente rumoreaba sobre un brujo nacido de una cazadora de sombras y aunque eso fuera un mito, me dejó pensando. Imagina el poder que un brujo tendría si tuviera una madre licántropo y un padre demonio. —Se encogió de hombros—. Parecía que valía la pena intentarlo. Claro que, agotaron a las mujeres lobo a una terrible velocidad.

—¿Cuántas han muerto? —preguntó Lily de forma imprevista. Su expresión era ilegible.

—Oh, unas cuantas —admitió el brujo simpáticamente—. Siempre estoy necesitando suministros nuevos, así que estoy feliz de pagarles más a cambio de conseguirme más. Pero estos experimentos no han resultado como lo esperaba. Todavía nada ha funcionado.

Tú eres, eh, cercano a Magnus Bane, ¿no es así? Probablemente yo sea el brujo más poderoso que llegues a conocer, pero he escuchado que él también es bueno. Si puedes conseguir que venga y me asista con sus capacidades, serás recompensado. Y él también lo será. Creo que ambos estarán muy felices.

—Sí, eso espero —dijo Alec.

No era la primera vez que alguien había supuesto que Magnus estaba a la venta. No era la primera vez que alguien lo había supuesto porque Alec estuviera saliendo con Magnus, y Alec estaba harto.

Esto solía molestar a Alec. Todavía lo hacía, pero había aprendido a acostumbrarse.

El brujo le dio la espalda a Alec, estudiando las jaulas como si estuviera eligiendo un producto de un estante de un mercado.

—Entonces, ¿qué dices? —preguntó vanamente—. ¿Tenemos un trato?

—Aún no lo sé —dijo Alec—. Todavía no sabes mi precio.

El brujo rió.

—¿Cuál es?

Alec asestó un golpe a los pies del brujo y cayó de rodillas. Sacó su cuchillo serafín y lo presionó contra la garganta del hombre.

—Todas las mujeres van a ser liberadas —dijo—. Y tú estás bajo arresto.

Alec se dio cuenta de porqué el brujo usaba antorchas y no luz mágica o electricidad, cuando una antorcha voló de la pared fuera de su soporte. Tuvo que saltar fuera del sello y del fuego.

El brujo era bueno, pensó Alec, mientras el mundo se volvía de color anaranjado no solo por el fuego, sino por la magia, cruzando por los barrotes, cegando a Alec con su luminiscencia.

Entonces otra luz se deslizó a través de los anaranjados hilos mágicos, de un gris perlado, cortando a través de la oscuridad. Tessa Gray, la hija un Príncipe del Infierno, se detuvo al final de las escaleras con sus manos brillando.

La magia de Tessa lo rodeó. Alec había aprendido a sentir la magia, al pasar de los años, aprendió a moverse con ella como si fuera otra arma a su lado. Este no era el poder susurrante al que ya estaba acostumbrado, perfectamente familiar y adorado como lo era su arco, pero era amistoso. Dejó que la magia de Tessa se enredara a su alrededor,

refrescándolo y protegiéndolo, mientras atravesaba las feroces lanzas de poder volviendo hacia el brujo.

—¿El brujo más poderoso que alguna vez llegue a conocer? —gruñó Alec—. Ella rompió tus barreras como si fueran un pedazo de papel. Y mi hombre te comería como su *desayuno*.

Había cometido un error, porque se había confiado demasiado. No escuchó el sofocante sonido que Tessa hizo y no vio a la sombra moverse mientras sacaba su cuchillo en dirección al brujo.

El cuchillo serafín de Clive Breakspear chocó con el suyo. Alec se encontró con los furiosos ojos de Breakspear. Vio a Tessa luchar contra tres cazadores de sombras junto a Jem que venía a ayudarla, Lily tenía a otro cazador de sombras rodeándola, y miró hacia el brujo, que estaba haciendo que todas las antorchas se cayeran. Alec estaba acostumbrado a ver toda la lucha, peleando a distancia.

Fue demasiado tarde, vio el cuchillo en la mano libre de Clive Breakspear dirigiéndose a su corazón.

Rafael salió corriendo de las sombras y enterró sus dientes profundamente en la muñeca de Breakspear. El cuchillo cayó al suelo.

El hombre rugió y con toda la fuerza que un nefilim debía usar para proteger a aquellos que no podían hacerlo, arrojó el cuerpo de Rafael hacia los barrotes de las jaulas. Se escuchó un enfermizo crujido.

—*¡No!* —gritó Alec.

Golpeó a Clive Breakspear en la cara. El brujo lanzó una antorcha a sus pies y Alec se paró sobre las llamas y lo sujetó de la garganta, luego lo levantó sobre sí como una muñeca y estrelló el cráneo del brujo contra la frente de Breakspear. Los ojos del brujo se pusieron en blanco, pero Breakspear gritó furioso y se lanzó contra Alec. Todavía tenía un cuchillo de serafín brillando en su mano, así que Alec rompió esa mano y luego usó su agarre para forzar al cazador de sombras corrompido a arrodillarse. Alec se paró sobre él, jadeando tan fuertemente que sintió que su pecho se quebraría en dos. Quería matarlos a ambos.

Solo que Rafael estaba aquí. Magnus y Max estaban en casa, esperándolo. Tessa, Jem y Lily se habían deshecho de los cazadores de sombras que estaban atacándolos. Alec se giró hacia Tessa.

—¿Encantarías las cuerdas para sostenerlos? —preguntó—. Tienen que enfrentar la prueba.

Tessa se movió hacia adelante. Lo mismo hizo Lily. Alec supo que la situación era desesperada porque Lily no hizo ninguna broma sobre asesinarlos a todos. Alec estaba muy cerca del borde. Temía que le hubiera aceptado la oferta.

Fue hasta el lugar donde Rafael yacía, su cuerpo era una desdichada forma tirada en el suelo. Alec colocó a Rafe en sus brazos, sintiendo su garganta muy cerca. En ese momento entendió lo que había encontrado ahí en Buenos Aires. En ese momento entendió que quizá ya era muy tarde.

El sucio rostro de Rafael estaba quieto. Apenas estaba respirando. Jem fue a arrodillarse junto a ellos.

—Lo siento tanto. Se soltó de la cuerda, y fui por él, pero… pero…

—No es tu culpa —dijo Alec fríamente.

—Dámelo —dijo Jem.

Alec miró a Jem, luego arropó a Rafe con sus brazos.

—Cuida de él —dijo—. Por favor.

Jem tomó a Rafe y corrió hacia Tessa, y juntos se apresuraron a subir los escalones de piedra. Todavía había magia naranja en el aire, y las llamas habían ardido en serio. El humo estaba alzándose rápido, en una gruesa y asfixiante nube.

Una de las mujeres lobas acercó una mano delgada y agarró las barras.

—¡Ayúdenos!

Alec tomó un hacha con cabeza de electrum de su cinturón y golpeó el candado de la jaula hasta que se abrió.

—Eso es lo que vengo a hacer —hizo una pausa—. Em, Lily. ¿Hay llaves en ese brujo?

—Sip —dijo Lily—. Las acabo de agarrar. Abriré las puertas con las llaves, y tú puedes seguir haciendo tu cosa dramática con el hacha.

—Bien —dijo Alec.

La mujer loba que le había hablado se apresuró hacia la puerta tan pronto como estuvo libre. La mujer de la siguiente jaula no podía caminar. Alec caminó dentro de la jaula y se arrodilló a su lado, y fue entonces cuando escuchó los sonidos de una pelea desarrollándose en la cima de las escaleras.

Recogió a la mujer y corrió hacia las escaleras.

Tessa y Jem estaban en el vestíbulo, casi en las puertas. La casa ardiente estaba llena de cazadores de sombras. Jem no podía pelear porque estaba sosteniendo a Rafael. Tessa estaba haciendo lo mejor para abrir un camino para ellos, pero Rafael necesitaba la ayuda de Tessa también.

—¿Dónde está nuestro líder? —gritó un hombre.

—¿Llamas a *eso* un líder? —Alec gritó de vuelta. Miró a la mujer en sus brazos, luego la extendió para que los cazadores de sombras del Instituto de Buenos Aires la pudieran ver—. Él ayudó a un brujo a hacer esto. Aplastó el cuerpo de un niño contra una pared. ¿Es eso lo que quieren que los dirija? ¿Es eso lo que quieren *ser*?

Varios cazadores de sombras se giraron hacia él con total desconcierto. Lily gritó una traducción rápidamente.

Joaquín dio unos pasos hacia adelante.

—Les dijo que se retiraran —dijo Lily tranquilamente.

El hombre que había gritado pidiendo a su líder golpeó a Joaquín en la boca. Otro cazador de sombras gritó sobresaltado con furia y reveló un látigo, defendiendo a Joaquín.

Alec hizo un barrido visual sobre la multitud. Algunos de los cazadores de sombras lucían inseguros, pero otros cazadores de sombras eran soldados. Muchos de ellos tenían la intención de seguir las órdenes que se les habían dado, pelear con Joaquín y Alec y con quienquiera que se interpusiera en su camino para llegar a un líder indigno. Estaban bloqueando el camino de Jem y Tessa. Estaban impidiéndole la ayuda a Rafe.

Las puertas de la casa en llamas se abrieron. La Reina del Mercado de Sombras estaba de pie delineada por el humo

—¡Vayan con Alec! —gritó Juliette, y brotó una docena de hombres lobo y vampiros.

Juliette libró un camino. Jem y Tessa se deslizaron por la puerta. Rafe estuvo fuera de ese lugar de suciedad y humo. Alec peleó en dirección a Juliette.

—*Mon Dieu* —jadeó cuando vio a la mujer en los brazos de Alec.

Hizo un gesto y un brujo saltó para tomar a la mujer loba inconsciente y llevarla directo a la noche.

—Hay más mujeres allá abajo —dijo Alec—. Las traeré. Algunos de los cazadores de sombras están de nuestro lado.

Juliette asintió.

—¿Cuáles?

Alec giró para ver a Joaquín, peleando contra dos cazadores de sombras a la vez. El hombre del látigo que había ido a ayudarlo estaba derribado.

—Ese —dijo Alec—. Y cualquier otro que te lo diga.

Juliette apretó la mandíbula y se cruzó el suelo de cuarzos verdes hacia el lado de Joaquín. Palmeó el hombro de uno de los hombres que estaba enfrentando a Joaquín. Cuando volteó, le rajó la garganta con una garra.

—¡Quizá deberías atraparlos vivos! —dijo Alec—. No a ese tipo, obviamente.

Joaquín estaba mirando a Juliette con ojos enormes. Alec recordó que Joaquín había escuchado cuentos de horror sobre la Reina del Mercado de Sombras. Juliette, con sangre en sus manos y la luz del fuego reflejándose en su cabello enredado podría no estar haciendo mucho para disipar esa mala imagen.

—¡No la lastimes! —chilló Alec—. Está con nosotros.

—Oh, bueno —dijo Joaquín.

Juliette entrecerró los ojos mientras lo miraba sospechosamente a través del humo.

—¿No eres malvado?

—Trato de no serlo —dijo Joaquín.

—*Bien* —dijo Juliette—. Muéstrame a quien matar. Digo… capturar vivo si es posible.

Alec los dejó hacer lo suyo. Giró y se apresuró hacia las escaleras, Lily pisándole los talones. El humo era denso en el pasadizo para entonces. Alec vio que todavía había cazadores de sombras ahí, llevando a Clive Breakspear y a su brujo confederado afuera. El labio de Alec se enroscó.

—Si tu lealtad es hacia la Clave, échales un ojo. Van a enfrentar la prueba.

Él y Lily abrieron las puertas restantes. Las mujeres que se podían mover por su cuenta, lo hicieron. Muchas no podían. Alec recogió mujer tras otra y las llevó hasta afuera. Lily ayudó a las mujeres que necesitaban apoyo para caminar. Alec le tendía las mujeres a los subterráneos y cazadores de sombras cuando podía, para que así fuera

capaz de volver al sótano con más rapidez. Alec alcanzó la cima de las escaleras con otra mujer y vio que el vestíbulo estaba desierto, invadido por humo y mampostería que caía. Todos habían huido de la trampa mortal en la que este edificio se había convertido.

Alec arropó a la mujer en los brazos de Lily. Ella era tan pequeña que le era difícil, pero era lo suficientemente fuerte para soportar su peso.

—Llévala. Tengo que traer a las demás.

—¡No quiero ir! —Lily gritó encima del fuego crepitante—. ¡No quiero volver a abandonar a nadie de nuevo!

—No lo harás. Lily, vete.

Lily tropezó en la puerta, con su pesada carga, sollozando. Alec giró de vuelta. El humo había convertido el mundo entero en un infierno gris. No podía ver, o respirar.

Una mano agarró su hombro. Joaquín se paró detrás de él.

—¡No puedes volver ahí! —jadeó—. Lo siento por todas esas mujeres, pero son…

—¿Subterráneas? —dijo Alec mordazmente.

—Es demasiado peligroso. Y tú… Tú tienes mucho por lo que volver.

Magnus y Max. Si Alec cerraba sus ojos, podría verlos con absoluta claridad. Pero sabía que tenía que valer la pena volver con ellos.

Joaquín todavía estaba esperándolo. Alec se lo quitó de encima, y no muy cortésmente.

—No dejaré a una mujer allá abajo, abusada y olvidada —dijo—. *Ni una*. Ningún cazador de sombras verdadero lo haría.

Miró a Joaquín por encima de su hombro, como si fuera a descender las escaleras hacia el infierno.

—Puedes irte —dijo Alec—. Si lo haces, todavía podrás llamarte a ti mismo cazador de sombras. ¿Pero lo serás?

* * *

Rafael yacía en los adoquines de la calle mientras Jem y Tessa lo resguardaban. Jem usaba cada encantamiento silencioso que aprendió de los Hermanos Silenciosos. Tessa

susurraba cada hechizo curativo que había aprendido en el Laberinto Espiral. Jem sabía, de su larga y amarga experiencia, que su pequeño cuerpo estaba muy roto y lleno de moretones.

Había un fuego ardiendo y una furiosa batalla. Jem no podía prestarles atención, no podía darle importancia a otra cosa que no fuese el niño bajo sus manos.

—Díctamo, Jem —Tessa susurró desesperadamente—. Necesito díctamo.

Jem se levantó, buscando entre la gente. Habían muchos del Mercado de Sombras allí, seguramente alguien podía ayudarlos. Su mirada cayó en la Madre Hawthorn, con la luz de las estrellas en su cabello de diente de león.

Lo vió a los ojos e intentó correr. Jem aún era tan rápido como un cazador de sombras cuando lo necesitaba. Llegó a su lado al cabo de un momento, tomándola por la muñeca.

—¿Tienes díctamo?

—Si lo tengo —gruñó la Madre Hawthorn—, ¿por qué debería dártelo?

—Sé lo que hiciste, hace ya más de un siglo —dijo—. Lo sé mejor que tú. ¿La broma que le gastaste a un cazador de sombras, haciendo que envenenara a otro? Envenenó a una niña no nacida. ¿Acaso eso te divierte?

La boca del hada decayó.

—Esa niña murió gracias a ti —dijo Jem—. Ahora hay otro niño que necesita ayuda. Podría quitarte la hierba a ti. Lo haré si es necesario. Pero te estoy dando la oportunidad de tomar otra decisión.

—¡Es demasiado tarde! —dijo la Madre Hawthorn y Jem supo que estaba pensando en Auraline.

—Sí —dijo Jem, sin misericordia—. Es demasiado tarde para salvar a aquellos que hemos perdido. Pero este niño aún no está perdido. Esta elección aún no está perdida. Elige.

La Madre Hawthorn miró a otro lado. Su boca soltaba líneas amargas. Pero metió su mano dentro de la gastada bolsa de su cinturón y puso la hierba en su mano.

Jem la tomó y corrió de regreso a Tessa. El cuerpo de Rafael se arqueaba bajo sus manos. El díctamo se encendió vívidamente cuando ella lo tocó. Jem unió sus manos a las de Tessa y unió su voz a la suya mientras hablaban en todos los lenguajes que se habían enseñado el uno al otro. Sus palabras eran una canción, sus manos enlazadas eran magia, y juntos virtieron todo lo que sabían en el niño.

Los ojos de Rafael se abrieron. Hubo un destello de la magia perlada de Tessa en sus oscuros ojos y luego desapareció. El niño se sentó, se veía perfectamente bien y completo, y algo irritado. Vió sus caras preocupadas.

—¿Dónde está? —preguntó, en español entrecortado.

—Está allí —respondió Lily.

La estrecha y adoquinada calle estaba repleta de miembros del Mercado de Sombras ocupándose de las mujeres lobo heridas o reuniendo a cazadores de sombras, mientras que algunos de estos, que lucían profundamente nerviosos prestaban asistencia o ayudaban a apagar las llamas. Lily no hacía nada de esto. Miraba hacia la casa con sus brazos cruzados y los oscuros ojos llenos de lágrimas.

Mientras miraban, parte del techo colapsó. Rafe empezó a moverse. Tessa arremetió y lo detuvo, sosteniéndolo mientras luchaba para desprenderse. Jem se levantó.

—No, Jem —dijo Tessa—. Toma al chico. Déjame entrar.

Jem intentó tomar a Rafe, pero este luchaba con ambos. Entonces Rafe se quedó tranquilo. Jem miró a su alrededor para ver lo que el chico estaba observando.

Lo que todos estaban viendo. Sonaba un murmullo entre la gente, luego silencio. Jem no creía que el Mercado de Sombras o el Instituto olvidarían lo que había pasado esa noche.

De los remolinos de humo, fuera del edificio colapsado, venían dos cazadores de sombras con mujeres lobo en sus brazos. Caminaban pisando fuerte, con caras sombrías y la gente se apartaba para dejarlos pasar.

Las mujeres habían sido salvadas y también el chico. Jem sintió una nueva resolución naciendo en él. Tessa tenía razón. Si Rosemary podía ser salvada, él la salvaría. Si había un niño, él y Tessa estarían entre ese niño y el Rey y sus Jinetes.

Alec llevó a la licántropo que cargaba hasta Tessa, quien inmediatamente empezó a encantar el humo para que saliera de sus pulmones. Entonces se arrodilló frente a Rafe.

—Hola, mi bebé —dijo Alec—. ¿Te encuentras bien?

Quizá Rafael no haya entendido por completo el idioma, pero cualquiera podía entender el mensaje de Alec de rodillas en los escombros, el amor y la preocupación en su cara. Rafael asintió, mientras el polvo caía de su rizado cabello y caminó a los brazos abiertos de Alec. Alec lo estrechó contra su pecho.

—Gracias a ambos —le dijo Alec a Tessa y a Jem—. Son héroes.

—De nada —dijo Jem.

—Eres un idiota —dijo Lily y puso la cara entre sus manos.

Alec se levantó y le dio una incómoda palmada en la espalda, mientras sostenía a Rafe en su otro brazo. Se volvió hacia Juliette, quien había llamado a uno de los brujos a ver a la mujer lobo en los brazos de Joaquín.

—Las sacaron a todas. —Juliette les sonrió a ambos, su expresión era de curiosidad, como si fuese tan joven como Rafe y viera magia por primera vez—. Lo lograron.

—La mujer lobo que cuidaba a Rafe —dijo Alec—. ¿Está… aquí?

Juliette miró las cenizas que se movían por los adoquines. El fuego se apagaba, ahora que Tessa podía gastar su magia en enfriar las llamas, pero la casa estaba en ruinas.

—No —dijo Juliette—. Mis chicas me dicen que fue una de las primeras en morir.

—Lo siento —le dijo Alec, entonces su voz cambió mientras se dirigía a Rafe—. Rafe, debo preguntarte algo —dijo—. *Solomillo*…

—¿Filete? —Lily hizo una mueca de dolor.

—Maldición —dijo Alec—. Lo siento, Rafe. ¿Pero regresarías conmigo a Nueva York? Puedes… debo hablarlo con… si no te gusta el lugar, no tienes que…

Rafe lo veía tropezarse en sus palabras.

—No puedo entenderte, tonto —dijo dulcemente en español y puso la cabeza debajo de la barbilla de Alec, abrazándolo por el cuello.

—Está bien —dijo Alec—. Bien. Creo.

Tessa salió del edificio quemado. Jem notó con orgullo que había varios brujos entre la gente viéndola con temor. Se acercó al brujo que estaba atado y al líder del Instituto de Buenos Aires.

—¿Le pedimos a Magnus que nos abra un Portal para ellos? —preguntó ella.

—Todavía no —dijo Alec.

Hubo un cambio en su comportamiento, sus hombros enderezándose, su rostro severo. Si no fuera por el niño que tenía en brazos, podría haber sido intimidante.

—Primero quiero dar unas palabras —dijo Alec Lightwood, el líder de la Alianza.

* * *

Alec miró a su alrededor a los rostros reunidos. Su respiración se sentía como si estuviera desgarrando su garganta y sus ojos seguían ardiendo, pero estaba sosteniendo a Rafe, así que todo lo demás estaba perfectamente bien.

Excepto por el hecho de que no tenía idea de qué decir. No podía saber cómo tantos cazadores de sombras habían ayudado a capturar y torturar a esas mujeres. Sospechaba que la mayoría de ellos lo habían hecho bajo las órdenes de su líder, pero no sabía qué tan responsables los hacía eso. Si arrestaba a todos, entonces el Instituto quedaría abandonado en las ruinas. A las personas de aquí se les debía protección.

—Clive Breakspear, el líder del Instituto de Buenos Aires, rompió los Acuerdos y pagará por ello —dijo finalmente y se detuvo—. Lily, ¿puedes ser mi traductora?

—Absolutamente, sí —dijo Lily inmediatamente y comenzó a hacerlo.

Alec la escuchó hablar, vio los rostros de las personas escuchando y vio unas cuantas sonrisas. Alec escuchó con más atención y captó una palabra.

—*Boludo* —le dijo Alec a Jem—. ¿Qué es lo que significa?

Jem tosió.

—No es… una buena palabra.

—Lo sabía —dijo Alec—. ¡Lily, deja de traducir! Lo siento, Jem, ¿podrías traducir en su lugar?

Jem asintió.

—Haré lo mejor que pueda.

—El líder de su Instituto ha traído vergüenza para todos ustedes —le dijo Alec a los cazadores de sombras—. Podría llevar a todos los presentes a Alicante. Podría hacer que cada uno de ustedes pasara por la prueba de la Espada. Sé que fueron abandonados después de la guerra, para que reconstruyeran lo mejor que pudieran y en lugar de liderarlos, este hombre les trajo más miseria. Pero la Ley dice que debería hacer pagar a cada uno de ustedes.

Alec pensó en Helen y Mark Blackthorn, alejados de su familia por la Paz Fría. Pensó en la forma en que Magnus había enterrado su rostro entre sus manos, perdiendo la esperanza, cuando la Paz Fría sucedió. Alec no quería ver esa desesperación de nuevo.

Cada día desde entonces, había tratado de encontrar las maneras en que pudieran vivir todos juntos otra vez.

—Lo que sucedió en esa casa debería enfermar a cualquier cazador de sombras —dijo Alec—. Tenemos que volver a ganarnos la confianza de todos los que hemos perjudicado. Joaquín, tú sabrás los nombres de cada hombre que estuvo en el círculo de confianza de Breakspear. Ellos se irán junto con su líder para pasar por la prueba. Y el resto, es tiempo de tener a un nuevo líder y una nueva oportunidad de vivir como todo nefilim debería hacerlo.

Miró a Joaquín, que estaba secándose las lágrimas de sus ojos.

—*¿Qué?* —articuló Alec mientras fruncía el ceño.

—Oh, es s-solo la forma en que Jem está traduciendo —explicó Joaquín—. Quiero decir, tu discurso también estuvo bien, súper severo, me hizo querer hacer todo lo que dijiste. Y Jem básicamente lo está repitiendo, pero es la forma en que dice las cosas, ¿sabes? Es hermoso.

—Eh, ajá —dijo Alec.

Joaquín tomó su mano libre.

—Tú serás el nuevo líder del Instituto.

—No, no lo seré —soltó Alec.

La gente siempre estaba tratando de hacerlo líder de Institutos y eso fatigaba a Alec. No podría hacer un cambio suficiente si tomaba una posición como esa. Tenía cosas más importantes que hacer.

—No —repitió Alec, menos enfadado pero no menos firme—. No soy Clive Breakspear. Estoy aquí para ayudarlos, no para tomar poder. Cuando viste lo que estaba sucediendo, le dijiste a tus hombres que se mantuvieran firmes. Tú deberías ser el líder de tu propio Instituto hasta que el Cónsul pueda estudiar su caso.

Joaquín se quedó tieso, sorprendido. Alec le dio un asentimiento.

—Puedes trabajar con el Mercado de Sombras para reconstruirlo —dijo—. Puedo proveerles suministros.

—Yo también —dijo Juliette.

Joaquín la miró, y luego giró su cabeza hacia Alec.

—La Reina del Mercado de Sombras —dijo Alec—. ¿Crees que serás capaz de trabajar con ella?

Juliette le dio a Joaquín una mirada hostil. Había unos visibles dientes caninos en su boca. Joaquín tomó la mano de ella, como si fuera a señalar la sangre que Juliette tenía en las manos y Alec se preguntó, por un terrible momento, si el odio entre los nefilim y subterráneos en este lugar sería más profundo.

Joaquín levantó la mano de Juliette hacia sus labios y la besó.

—No sabía —suspiró—, que la Reina del Mercado de Sombras era tan hermosa.

Y entonces Alec se dio cuenta que había entendido todo mal. Juliette articuló impresionada que necesitaba varias explicaciones y otros improperios en francés, de Alec sobre la reverencia de Joaquín.

—Los cazadores de sombras son *tan intensos* —se carcajeó Lily.

—De acuerdo, está bien, me alegra que entremos al espíritu cooperativo —dijo Alec y se volvió hacia la multitud.

—Este niño nefilim ahora está bajo la protección del Instituto de Nueva York —dijo—. Digamos que esta fue una adopción común y corriente. Digamos que aunque el líder de su Instituto estaba corrompido, sobrevivieron bajo un mal liderazgo y mantuvieron su honor. Por supuesto que voy a regresar de vez en cuando para finalizar los detalles de la adopción y veré lo que va sucediendo. Quiero creer en mis compañeros cazadores de sombras. No me decepcionen.

No dudaba que Jem, haría que eso sonara mejor en español. Se volvió hacia Juliette, que había conseguido con éxito liberar su mano y estaba retrocediendo de la ensimismada mirada de Joaquín.

—¡Debería volver con mis hijos! —dijo señalando a los tres niños. Rosey saludó levemente a Alec.

—Oh —dijo Joaquín, un mundo devastado en una sílaba, y entonces pareció notar la ausencia de alguien más con los niños—. ¿Ha sido difícil gobernar el Mercado de Sombras como madre soltera? —preguntó con una repentina y transparente esperanza.

—Bueno, ¡nada de esto ha sido fácil! —dijo Juliette.

Joaquín le sonrió, victorioso.

—Es maravilloso.

—¿Qué? —dijo Juliette.

Joaquín ya se estaba acercando a los niños, con el evidente propósito de entregarse a ellos. Alec esperó que tuviera bastantes dulces.

—¿Acaso inhaló bastante humo ahí adentro? —exclamó Juliette.

—Probablemente —dijo Alec.

—Los cazadores de sombras en verdad se aferran a las cosas —dijo Lily—. Con un firme agarre. ¿Disfrutas de los intensos y serios compromisos románticos?

—No sé su nombre —señaló Juliette. Examinó a Joaquín con una insegura mirada, quien parecía haberse ganado a los niños con éxito. Tenía al niño brujo de Juliette sobre sus hombros.

—Se llama Joaquín —dijo Alec servicialmente.

Juliette sonrió.

—Supongo que sí me gustan los cazadores de sombras. Siempre es un placer, Alec Lightwood. Gracias por todo.

—No fue nada —dijo Alec.

Juliette fue con sus hijos, llamándolos para que dejaran de molestar al líder del Instituto.

Alec miró a su alrededor al humo que se elevaba hacia las estrellas y las personas en la calle que hablaban los unos con los otros sin interferencias. Sus ojos cayeron en Jem y Tessa.

—¿Es hora de irse a casa? —preguntó Tessa.

Alec mordió su labio y luego asintió.

—Le enviaré un mensaje a Magnus y le pediré que abra un Portal.

Había un protocolo oficial para adoptar a niños cazadores de sombras, Sabía que él y Rafael tendrían que volver de vez en cuando a Buenos Aires varias veces, pero este viaje a casa habría valido la pena, incluso si no duraba demasiado. Alec quería llevar a Rafael a casa tan pronto como fuera posible.

Estaba cansado y quería dormir en su propia cama.

—¿Supongo que no tienes ninguna idea de cómo debería explicarle todo esto a Magnus? —le preguntó a Jem.

—Creo que encontrarás las palabras que necesitas, Alec —dijo Jem.

—Gracias, eso fue de mucha ayuda.

Jem sonrió.

—Incluso encontraste una forma de agradarle a un chico que no quería a nadie. Gracias por tu ayuda, Alec.

Alec deseó poder ayudar más, pero sabía que al menos por ahora había hecho su parte. Todos tenían que confiar entre ellos y él confiaba en sus amigos. Si había un Herondale en peligro, no podría pedir mejor protección que la de Jem y Tessa.

—No hice mucho, pero fue bueno verlos a ambos. Buena suerte con el asunto de los Herondale.

Jem asintió.

—Gracias. Creo que la necesitamos.

El Portal se abrió, reluciente.

—Adiós, Jem —dijo Lily.

—Oh, ¿no hay sobrenombre? —Jem sonó aliviado—. Adiós Lily.

Alec estudió el rostro de Rafe.

—¿*Me* quieres? —preguntó.

Rafe sonrió alegre y negó con la cabeza, y luego envolvió sus brazos con más fuerza alrededor del cuello de Alec.

—Oh, genial, eso *sí* lo entiendes —gruñó Alec—. Vamos. Vayamos a casa.

* * *

Salieron del Portal hacia la eléctrica noche sin estrellas de Nueva York. Alec podía ver su departamento pasando la calle, el brillo de una luz mágica detrás de unas cortinas azul pálido. Revisó su reloj: ya había pasado la hora de dormir de Max. Max luchaba contra la

hora de dormir como si fuera un demonio, así que Magnus probablemente le estaba leyendo una quinta historia o cantándole la tercera canción.

Cada fachada blanca o marrón, cada árbol rodeado de cables en la acera agrietada, era preciado para él. Alec solía pensar, cuando era joven y sentía como si pudiera morir en medio de las aplastantes expectativas y los muros de piedra del Instituto, que tal vez se podría sentir mejor si pudiera vivir entre las torres de cristal de Alicante. No había sabido que su hogar estaba cruzando la ciudad, esperándolo.

Dejó a Rafe en los escalones del edificio de su departamento e hizo que saltara un peldaño y luego lo elevó hacia otro con rebosante alegría. Abrió la puerta a casa.

—Alec —bramó una voz detrás de él.

Alec se sobresaltó. Lily empujó a Rafe rápidamente detrás de la puerta de Alec y la cerró, su labio se elevó para mostrar sus afiliados y puntiagudos dientes.

Alec también se giró, muy lentamente. No estaba asustado. Conocía esa voz

—Alec —dijo Robert Lightwood—. Tenemos que hablar.

—Está bien, papá —dijo Alec—. Lily, tengo que explicarle todo a Magnus, así que, ¿podrías cuidar a Rafe por un segundo?

Lily asintió, aún mirando a Robert con sospecha en sus ojos. Hubo una pausa.

—Hola, Lily —añadió Robert bruscamente.

—¿Quién demonios eres? —preguntó Lily.

—Mi padre —dijo Alec—. El Inquisidor. La segunda persona más importante en la Clave. Alguien a quien ya has conocido al menos veintiséis veces anteriormente.

—No me suena —dijo Lily.

La incrédula mirada de Alec se reflejó en el rostro de su padre.

—Lily —dijo Robert—. Sé que me conoces.

—Nunca lo he hecho, no pienso hacerlo. —Lily cerró la puerta del departamento de Alec en la cara de su padre.

Hubo un incómodo silencio.

—Lamento eso —dijo Alec finalmente.

—A todos tus otros vampiros les agrado —murmuró Robert.

Alec parpadeó.

—¿Mis otros vampiros?

—Tu amigo Elliott me pide ayuda cada vez que Lily lo deja a cargo —explicó Robert —. Dice que siente que necesita el consejo de un Lightwood. Fui al Hotel Dumort mientras te fuiste y los vampiros hicieron una pequeña cena en mi honor y todos me contaron sobre ti. Elliott me dio su número, supongo que es para que lo llame en caso de emergencias. Elliott siempre es encantador conmigo.

Alec no sabía cómo decirle a su padre que Elliott estaba irremediablemente enamorado de él.

—Em —dijo Alec.

—¿Cómo está Magnus? ¿Está bien? ¿Vistiéndose, eh, magníficamente?

—Sigue siendo fantástico —dijo Alec desafiante—. Sí.

Su padre se veía avergonzado. Alec no se sentía cómodo hablando sobre sus sentimientos, pero no sé avergonzaba y nadie haría que se sintiera avergonzado, nunca más. No sabía por qué su padre nunca dejaba de molestarlo con la obsesiva curiosidad de un niño que le molestaba una costra.

Cuando era más joven, su padre solía bromear sin parar sobre Alec y las chicas. Era demasiado doloroso responder esos comentarios. Alec empezó a hablar menos y menos.

Recordó el día en que había salido del Instituto para encontrarse con Magnus. Se había encontrado dos veces con Magnus y no podía olvidarlo. El Instituto yacía detrás de él, su sólido contorno perforando el cielo. Se había quedado sin aliento y estaba aterrorizado por el claro pensamiento que rodeaba su mente.

¿Así es como quieres vivir por el resto de tu vida?

Y entonces fue a la casa de Magnus y le pidió una cita.

Alec no podía soportar la idea de que uno de sus hijos se sintiera apresado en su propia casa. Sabía que su padre no había pretendido hacerlo. Pero lo hizo.

—¿Cómo está mi pequeño M&M? —preguntó Robert.

El segundo nombre de Max era Michael, en honor al *parabatai* de Robert, quien falleció hace mucho tiempo.

Usualmente esa era la señal para que Alec sacara su teléfono y le mostrara a su padre todas las fotos nuevas de Max que poseía, pero hoy llevaba prisa.

—Es el mejor —dijo Alec—. ¿Hay algo que necesites, papá?

—Escuché algunos rumores sobre el Instituto de Buenos Aires —dijo Robert—. Escuché que estuviste allí.

—Es cierto —dijo Alec—. Clive Breakspear, el líder del Instituto, tenía a sus cazadores de sombras trabajando como mercenarios. Van a tener que enfrentar la prueba. Y alenté un cambio de líder. El Instituto de Buenos Aires estará bien.

—Es por eso que necesitaba hablar contigo —dijo Robert.

Alec examinó las grietas en la acera y trató de pensar en una forma de explicarle todo y que no involucrara a nadie.

—¿Sabías que, la posición de Cónsul e Inquisidor normalmente se mantienen con los mismos familiares? He estado pensado sobre lo que pasará cuando llegue el momento de retirarme.

Alec miró una hierba creciendo de una grieta en la calle.

—No creo que Jace quiera ser Inquisidor, papá.

—Alec —dijo Robert—. No estoy hablando de Jace. Estoy hablando de ti.

Alec se sobresaltó.

—*¿Qué?*

Apartó su mirada de la acera. Su padre le estaba sonriendo, como si fuera sincera.

Alec recordó sus propias palabras.

El Inquisidor. La segunda persona más importante en la Clave.

Alec se permitió soñar por un momento. Ser el Inquisidor y tener el poder de hacer la Ley a su voluntad. Ser capaz de hacer que Aline y Helen volvieran. Ser capaz de pausar la Paz Fría de alguna forma. *Ser capaz,* pensó Alec con una lenta y naciente esperanza, *de casarme*.

Su padre creía que Alec era capaz de hacerlo. Alec sabía que su padre lo amaba, pero no era lo mismo que su padre creyera en él. No había sabido eso antes.

—No estoy diciendo que será fácil —dijo Robert—. Pero varios miembros de la Clave lo han mencionado como una posibilidad. Sabes lo popular que eres con subterráneos.

—En realidad no —murmuró Alec.

—Algunas personas más en la Clave están de camino —dijo Robert—. Tengo esa idea para ti, y me aseguro de mencionar tu nombre a menudo.

—Y yo creyendo que lo decías porque me amabas.

Robert parpadeó, como si el chiste lo hubiera herido.

—Alec. Así… así es. Pero también quiero esto para ti. Eso es lo que he venido a preguntar. ¿Lo quieres para ti?

Alec pensó en el poder de cambiar la Ley de una espada que lastimaba a las personas en un escudo para defenderlas.

—Sí —dijo Alec—. Pero tienes que estar seguro de querer que lo haga, papá. La gente no estará feliz de que lo tome, y una vez que lo tenga, voy a dividir la Clave.

—¿Lo harás? —preguntó Robert, su voz débil.

—Porque tengo que hacerlo —dijo Alec—. Porque todo tiene que cambiar. Por el bien de todos. Y por Magnus, y por nuestros hijos.

Robert parpadeó.

—¿Sus qué?

—Oh, por el ángel —dijo Alec—. ¡Por favor, no me hagas ninguna pregunta! ¡Tengo que irme! Tengo que hablar con Magnus de inmediato.

—Estoy muy confundido —dijo Robert.

—Realmente me tengo que ir —dijo Alec—. Gracias, papá. Lo digo en serio. Ven a cenar pronto, ¿de acuerdo? Hablaremos más sobre el asunto del Inquisidor luego.

—Está bien —dijo Robert—. Eso me gustaría. ¿Cuando cené con ustedes tres, hace unas semanas? No recuerdo la última vez que tuve un día tan feliz.

Alec recordó lo difícil que había sido durante la visita de Robert mantener la conversación, que solo Max había estado parloteando en la rodilla de su abuelo y había roto los frecuentes silencios. Le rompió el corazón a Alec pensar que Robert había pensado en esa tensa cena incómoda como felicidad.

—Ven en cualquier momento —dijo Alec—. Max ama ver a su abuelo. Y… gracias, papá. Gracias por creer en mí. Lo siento si te causé mucho papeleo esta noche.

—Has salvado vidas esta noche, Alec —dijo Robert.

Dio un paso torpe hacia Alec, y levantó la mano, como si fuera a darle una palmada a Alec en el hombro. Entonces su mano cayó. Miró a la cara de Alec, y sus ojos estaban tan tristes.

—Eres un buen hombre, Alec —dijo al fin—. Eres un hombre mejor que yo.

Alec amaba a su padre, y nunca sería cruel con él. Así que no dijo: *Tenía que serlo*. En cambio, extendió la mano y atrajo a su padre en un incómodo abrazo, dándole una palmada en el hombro antes de dar un paso atrás.

—Hablaremos más tarde.

—Cuando quieras —dijo Robert—. Tengo todo el tiempo del mundo.

Alec despidió con la mano a su padre, luego subió los escalones de su edificio. Abrió la puerta y subió las escaleras para encontrar a Lily sola. La puerta de su desván estaba abierta un poco, la luz se filtraba, pero Lily estaba de pie en las sombras y parecía estar clavándose las uñas.

—Lily —dijo Alec peligrosamente—, ¿dónde está Rafael?

—Oh, él. —Lily se encogió de hombros—. Escuchó a Magnus cantar una canción de cuna indonesia, y salió corriendo. Nada que pudiera hacer. Cazadores de sombras. Son rápidos.

Ninguno de los dos mencionó las barreras de Magnus, que no podrían ser forzadas por ninguna magia o fuerza alguna que Alec conociera. Magnus no tenía barreras para nadie indefenso, cualquiera que pudiera necesitar su ayuda. Por supuesto que un niño podría pasar.

Alec la miró con una mirada de reproche, pero se distrajo por el profundo y encantador murmullo de la voz de Magnus a través de la puerta abierta. Su tono era cálido y divertido. Alec pensó en Jem diciéndole a Tessa.

«Tu voz es la música que más amo en todo el mundo».

—Ah, ahí está esa sonrisa —dijo Lily—. Han pasado dos días, y la extrañaba.

Alec dejó de sonreír y le hizo una mueca, pero cuando la miró adecuadamente, ella estaba jugando con la cremallera de su chaqueta de cuero. Había algo en el conjunto de su boca, como si lo hubiera establecido con determinación para que no temblara.

—Gracias por venir conmigo —dijo Alec—. También, eres lo peor.

Eso la hizo sonreír. Lily movió sus dedos en despedida.

—No lo olvides.

Ella se escabulló como una sombra, y Alec abrió la puerta y entró por fin en su apartamento. Su máquina de café estaba en el mostrador; su gato dormía en el sofá.

Había una puerta abierta a una habitación que nunca había visto antes, lo que a veces ocurría en su casa. La habitación interior tenía suelos de color marrón dorado y paredes encaladas. Magnus estaba de pie en la habitación, con Rafe a su lado. Magnus llevaba una bata de seda roja y dorada, y la cara de Rafe estaba inclinada hacia arriba para ver a Magnus mientras creaba un suave y calmante flujo de palabras en español. Era una habitación hermosa.

Alec se dio cuenta de que Magnus sabía que estaba allí porque Magnus comenzó a traducir lo que estaba diciendo al inglés rápido, cambiando de idioma con fluidez para que todos supieran lo que estaba pasando.

—Dejemos de lado la cruz por ahora, y hablemos de la religión organizada más tarde —dijo Magnus, chasqueando los dedos en el crucifijo de la pared—. Y vamos a tener una ventana, y que deje entrar la luz. ¿Te gusta esta?

Señaló fácilmente hacia la pared, y una ventana circular se abrió hacia su calle, mostrando un árbol y a la luna. Luego volvió a hacer un gesto y la ventana era de color rojo y vidrieras doradas.

—¿O esta? —Magnus señaló por tercera vez y la ventana estaba arqueada y era alta como la ventana de una iglesia—. ¿O esta?

Rafe estaba asintiendo y asintiendo, su rostro envuelto en sonrisas ansiosas.

Magnus le sonrió.

—¿Quieres que siga haciendo magia?

Rafe asintió de nuevo, incluso con más vehemencia. Magnus se echó a reír y apoyó una mano en la cabeza rizada de Rafe: Alec estaba a punto de advertirle que Rafael era tímido al principio y se alejaría, pero Rafe no lo hizo. Dejó que Magnus acariciara su cabello, los anillos en la mano de Magnus atraparon la luz a través de su nueva ventana. La sonrisa de Magnus pasó de brillar a resplandecer. Miró a Alec por encima de la cabeza de Rafe.

—He estado conociendo a Rafe —dijo Magnus—. Me dijo que así es como le gustaba que lo llamen. Hemos estado haciendo un dormitorio para él. ¿Ves?

—Lo veo —dijo Alec.

—Rafe —dijo Magnus—. Rafael. ¿Tienes apellido?

Rafe negó con la cabeza.

—Está bien. Nosotros tenemos dos. ¿Cómo te sentirías acerca de un segundo nombre? ¿Te gustaría uno?

Rafe irrumpió en una corriente de español. De todos los asentimientos con la cabeza, Alec estaba bastante seguro de que estaba de acuerdo.

—Em —dijo Alec—. Probablemente necesitamos hablar.

Magnus se rió.

—Oh, ¿eso crees? Discúlpanos por un minuto, Rafe. —Se dirigió hacia Alec, luego se detuvo en seco. Las manos de Rafe estaban fuertemente apretadas en el borde de la túnica de Magnus. Magnus se sobresaltó.

Rafe se echó a llorar. Magnus le lanzó a Alec una mirada salvaje, luego se pasó las manos distraídamente por su propio cabello. Entre sollozos torrenciales, Rafael comenzó a pronunciar palabras.

Alec no podía hablar el lenguaje de Rafael, pero de todas formas entendió.

No me dejes verte, y luego me tenga que ir a la soledad que es el mundo sin ti. Por favor, por favor, cuídame. Estaré bien, si tan solo me cuidaran.

Alec comenzó a avanzar, pero antes de que estuviera en la habitación, Magnus se arrodilló y tocó la cara del niño con las manos tiernas. Todo rastro de lágrimas desapareció con un brillo de magia.

—Silencio —dijo Magnus—. No llores. Sí, claro que lo haremos, mi amor.

Rafe apoyó la cara en el hombro de Magnus y sollozó con el corazón. Magnus le dio unas palmaditas en la espalda hasta que estuvo en silencio.

—Lo siento —dijo Magnus por fin, y meció a Rafe en la curva de un brazo de seda roja—. Realmente necesito hablar con Alec. Enseguida vuelvo. Te lo prometo.

Se puso de pie e intentó avanzar, luego lanzó una mirada triste hacia abajo. Rafe seguía aferrándose a su túnica.

—Es muy determinado —explicó Alec.

—Entonces, es completamente diferente a cualquier otro cazador de sombras que haya conocido —dijo Magnus, y se quitó la bata.

Debajo llevaba una túnica que brillaba con hilo dorado y pantalones de chándal sueltos y grises.

—¿Esos son mis pantalones deportivos?

—Sí —dijo Magnus—. Te extrañé.

—Oh —dijo Alec.

Magnus colocó la bata alrededor de los hombros de Rafe, envolviéndolo para que fuera un capullo de seda roja con una cara sorprendida en la parte superior. Luego Magnus se arrodilló junto a Rafe de nuevo y levantó las manos de Rafael entre las suyas, manteniéndolas juntas. Dentro de las palmas ahuecadas de Rafe, una pequeña fuente de brillo saltó en un bucle brillante. Rafe soltó una carcajada, llena de brillante sorpresa.

—Ahí tienes, te gusta la magia, ¿verdad? Mantén tus manos juntas y seguirá así —murmuró Magnus, luego escapó mientras Rafe observaba la fuente.

Alec tomó la mano de Magnus, sacándolo de la nueva habitación hacia el desván principal y hacia su dormitorio.

—Puedo explicarlo —dijo cerrando la puerta.

—Creo que podría entenderlo ya, Alexander —dijo Magnus—. Estuviste fuera un día y medio y adoptaste otro niño. ¿Qué pasa si te vas por una semana?

—No quise hacerlo —dijo Alec—. No iba a hacer nada sin preguntarte. Sólo que él estaba allí, y es un cazador de sombras, y nadie lo estaba cuidando, así que pensé que podía llevarlo al Instituto. O a Alicante.

Magnus había estado sonriendo, pero ahora dejó de hacerlo. Alec se sintió aún más alarmado.

—¿No lo adoptaremos? —preguntó Magnus—. Pero… ¿no podemos?

Alec parpadeó.

—Pensé que lo haríamos —dijo Magnus—. Alec, se lo prometí. ¿No quieres hacerlo?

Alec lo miró por un instante más. La cara de Magnus estaba tensa, atenta pero confundida al mismo tiempo, como si Magnus estuviera desconcertado por su propia vehemencia. De repente, Alec se estaba riendo. Había creído que estaba esperando para estar seguro, pero esto era mejor, ya que todas las buenas cosas de su vida eran mejores que cualquier sueño anterior. Alec no lo sabía, pero al ver a Magnus lo supo de inmediato. Era tan dulce y tan obvio que así era exactamente como deberían ser las cosas:

ver a Magnus experimentar el instantáneo amor instintivo que Alec tuvo con Max, mientras Alec aprendía con Rafael de la forma lenta, dulce y consciente de amor que Magnus había hecho con Max. Abriendo una nueva puerta en su familiar y querida casa, como si siempre hubiera estado allí.

—Sí —dijo Alec, sin aliento por la risa y el amor—. Sí quiero.

La sonrisa de Magnus volvió. Alec lo atrajo a sus brazos, luego se giró para que Magnus estuviera de espaldas a la pared. Alec acunó la cara de Magnus con ambas manos.

—Dame un minuto —dijo Alec—. Déjame mirarte. Dios, echaba de menos mi casa.

Los fascinantes ojos de Magnus se estrecharon un poco, mirando a Alec retroceder, y su boca sonriente se sobresaltó un poco como a menudo sucedía, aunque qué lo había sorprendido, Alec no lo sabía. Alec no podía simplemente mirarlo. Lo besó, y esa boca estaba contra la suya, el beso hizo que todos los músculos cansados en el cuerpo de Alec se convirtieran en dulzura líquida. Para Alec, el amor siempre significaba esto: su brillante ciudad de luz eterna. Se recuperó la tierra de los sueños perdidos, su primer beso y el último.

Los brazos de Magnus lo rodearon.

—Mi Alec —murmuró Magnus—. Bienvenido a casa.

Ahora cuando Alec se preguntaba a sí mismo:

¿Es así cómo quieres vivir toda tu vida? Alec podría responder que sí, y sí, y sí. Cada beso fue la respuesta, sí, y la pregunta que le haría a Magnus algún día. Se besaron contra la pared del dormitorio durante largos y brillantes momentos, luego ambos se alejaron del otro con un movimiento brusco.

—Los… —comenzó Alec.

—… niños —terminó Magnus—. Más tarde.

—Espera, ¿niños, en plural? —preguntó Alec, y se dio cuenta de lo que Magnus había oído: el sonido sigiloso de pies diminutos que salían de la habitación de Max.

—Ese mocoso infernal —murmuró Magnus—. Le leí ocho historias.

—¡Magnus!

—¿Qué? Puedo llamarlo así, eres tú quien no puede llamarlo así, porque es infernalmente insensible. —Magnus sonrió y luego miró su propia mano manchada—.

Alec, sé que realmente no te importa tu ropa, pero por lo general no vienes a casa cubierto de hollín.

—Mejor veamos a los niños —dijo Alec, escabulléndose fuera del dormitorio y de la conversación.

En la sala principal estaba Max, con su pijama de huellas de triceratops y arrastrando su peluche, mirando a Rafe con los ojos muy abiertos. Rafe se paró en la alfombra tejida frente a la chimenea, envuelta en la bata de seda roja de Magnus. Sus ojos se estrecharon ante la mirada de muerte que había asustado a los otros niños en el Mercado de Sombras.

Max, que nunca se había sentido amenazado por nada en su vida, le sonrió de forma inocente. El gruñido de Rafe vaciló.

Max se giró en la abertura de la puerta. Se dirigió rápidamente hacia Alec, y Alec se arrodilló para abrazarlo.

—¡Papi, papi! —canturreó Max—. ¿Este es hemano yna hemana?

Las cejas de Rafael se alzaron. Dijo algo rápido en español.

—No hermana —tradujo Magnus desde la puerta—. Max, este es Rafe. Di hola.

Max claramente tomó esto como confirmación. Le dio una palmadita en el hombro a Alec como para decirle: *Gran trabajo, papá, finalmente entregas la mercancía.* Luego se volvió hacia Rafe.

—¿Qué eres? ¿Hombre lobo? —Max adivinó.

Rafe miró a Magnus, quien tradujo.

—Dice que es un cazador de sombras.

Max sonrió.

—Papá es un cazador de sombras. ¡Yo soy un cazador de sombras también!

Rafe miró los cuernos de Max con despecho que sugería decir:

¿Pueden creerle a este tipo? Sacudió la cabeza con firmeza e intentó explicar la situación.

—Dice que eres un brujo —tradujo Magnus fielmente—. Y eso es algo muy bueno, porque significa que puedes hacer magia, y la magia es genial y bonita. —Magnus hizo una pausa—. Lo que es muy cierto.

La cara de Max se arrugó de rabia.

—¡Soy un cazador de sombras!

Rafe agitó una mano, su actitud era de profunda impaciencia.

—De acuerdo, mi pulpo de anillos azules. —Magnus intervino apresuradamente—. Continuemos este debate mañana, ¿de acuerdo? Todo el mundo necesita dormir. Rafe ha tenido un largo día, y tu hora de dormir se ha pasado increíblemente.

—Te leeré una historia —prometió Alec.

Max dejó caer su furia tan rápidamente como lo había asumido. Sus cejas azules tejidas. Parecía estar pensando profundamente.

—¡No cama! —argumentó—. Quedarse despierto. Estar con Rafe. —Se acercó a un Rafael de aspecto aturdido y le dio un gran abrazo—. Yo quererlo.

Rafe vaciló, luego devolvió el abrazo a Max tímidamente. La vista de ellos hizo que el pecho de Alec doliera.

Lanzó una mirada hacia atrás a Magnus, que tenía una expresión igualmente herida.

—Es una ocasión especial —señaló Alec.

—De todos modos, nunca fui muy bueno en la disciplina —dijo Magnus, y se arrojó junto a los niños en la alfombra. Rafe se acercó más y Magnus lo rodeó con un brazo. Rafe se acurrucó—. ¿Qué tal si nos cuentas un cuento a la hora de dormir sobre lo que sucedió en Buenos Aires?

—No fue tan emocionante —dijo Alec—. Aparte de que encontré a Rafe. Te extrañé. Llegué a casa. Eso es todo. Tendremos que ir y venir a Buenos Aires unas cuantas veces para finalizar la adopción, antes de que podamos hacerlo oficial y decirle a todos. Tal vez podamos ir todos juntos alguna vez.

Rafe dijo varias frases rápidas en español.

—¿En serio? —preguntó Magnus—. Qué extremadamente interesante.

—¿Qué estás diciendo? —Alec le preguntó a Rafe con ansiedad.

—No te saldrás con la tuya, Alec Lightwood. —Magnus lo señaló— No esta vez. ¡Tengo un espía!

Alec se acercó a la alfombra, se arrodilló e hizo un serio contacto visual con Rafe.

—Rafe —dijo—. Por favor no seas un espía.

Rafe le dio a Alec una mirada de firme incomprensión y estalló en un torrente de español para Magnus. Alec estaba seguro de que al menos parte de esa conversación era que Rafe prometía ser un espía en cualquier momento que Magnus quisiera.

—Parece que hiciste cosas bastante impresionantes en Buenos Aires —dijo Magnus por fin—. Mucha gente se habría rendido. ¿En qué estabas pensando?

Alec levantó a Max, lo inclinó boca abajo, luego de lado, lo devolvió a la alfombra y sonrió cuando Max soltó una carcajada.

—Todo lo que hice fue pensar en ser digno de volver a casa contigo —dijo Alec—. No fue mucho.

Hubo un silencio. Alec se volvió, un poco preocupado, para encontrar a Magnus mirándolo. Esa mirada de sorpresa estaba en su rostro otra vez, y había una suavidad que era rara para Magnus.

—¿Qué? —dijo Alec.

—Nada, sigiloso atacante romántico —dijo Magnus—. ¿Cómo es que siempre sabes qué decir?

Se inclinó hacia adelante con facilidad, manteniendo a Rafe cómodamente contra él, para darle a Alec un beso en la mandíbula. Alec sonrió.

Rafe estaba estudiando a Max, quien parecía satisfecho de que Rafe estaba tomando interés en él.

—Si quieres ser un cazador de sombras —dijo Rafael, con un inglés cuidadoso—, tienes que entrenar.

—No, Rafe —dijo Alec—. Max no necesita entrenar.

—¡Yo entreno! —dijo Max.

Alec negó con la cabeza. Su bebé era un brujo. Él entrenaría a Rafe, pero Max no necesitaba aprender nada de eso. Miró a Magnus en busca de respaldo, pero Magnus estaba dudando, su labio atrapado entre sus dientes.

—¡Magnus!

—Max quiere ser como tú —dijo Magnus—. Puedo entender eso. ¿Vamos a decirle que no puede ser lo que quiera ser?

—No es… —comenzó Alec, y se detuvo.

—No se puede decir que un brujo no pueda luchar físicamente —dijo Magnus—. Usando magia para sustituir los atributos de cazador de sombras. Podría mantenerlo a salvo, porque la gente no espera que un brujo sea entrenado de esa manera. No estaría mal intentarlo. Además… encontramos a Max en las escaleras de la Academia de Cazadores de Sombras. Alguien podría haber querido que él tuviera un entrenamiento de cazadores de sombras.

Alec odiaba la idea. ¿Pero qué no había pensado que deseaba poder entrenar a un niño? Se había prometido a sí mismo que nunca sería el tipo de padre que haría que las paredes de su hogar se sintieran como una trampa.

Si amabas a alguien, confiabas en él.

—Está bien —dijo Alec—. Supongo que no estaría mal mostrarles algunas formas de estar de pie y caer. Podría cansarlos lo suficiente para irse a la cama.

Magnus sonrió y chasqueó los dedos. Las esteras de práctica de repente cubrieron el suelo. Max se puso de pie. Rafe, con la cabeza apoyada contra el pecho de Magnus, parecía desinteresado hasta que Magnus le dio un suave codazo, pero luego se levantó de buena gana.

—Quizás también pueda enseñarle a Rafe algunos trucos de magia —reflexionó Magnus—. Él no puede ser un brujo más de lo que Max puede ser un cazador de sombras, pero hay magos por ahí. Podría ser muy bueno.

Alec recordó una historia sobre un mago con sangre de cazador de sombras, conocido como Roland el Asombroso, que había vivido una vida larga y feliz con su amada. Pensó en el Mercado y el Instituto mezclándose en las calles de Buenos Aires, en Jem y Tessa, en el amor y la confianza en un mundo cambiante, y mostrando a sus hijos que podían ser lo que quisieran, incluso felices. Se levantó y caminó hacia el centro de la habitación.

—¿Chicos? Seguid los movimientos que hago —dijo Alec—. Ahora, levántense conmigo. Todos juntos.

FANTASMAS DEL MERCADO DE SOMBRAS #8
A TRAVÉS DE FUEGO Y SANGRE
CASSANDRA CLARE
ROBIN WASSERMAN
Una novela del mundo de CAZADORES DE SOMBRAS

Fantasmas del Mercado de Sombras

Libro 8

A través de Fuego y Sangre

de

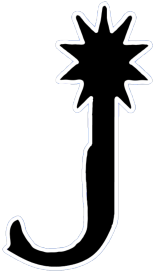
Cassandra Clare

y

Robin Wasserman

Sinopsis

Jem Carstairs y Tessa Gray están finalmente unidos luego de esperar más de un siglo para estar juntos, pero son conscientes de que una oscura amenaza pesa sobre un niño del Mercado de Sombras: un Herondale perdido, de una línea de Herondale que ha usado el Mercado de Sombras para esconderse de sus compañeros nefilim. Ahora es el momento de que el Herondale perdido sea descubierto. Jem y Tessa tiene que encontrarlo antes que sus enemigos puedan hacerlo.



2012

Érase una vez, en una tierra no muy lejana, un niño que no debería haber nacido. Un niño de guerreros deshonrados… cuya sangre era sangre de los ángeles, un derecho de nacimiento perdido mientras dormía, sin saberlo, en el vientre de su madre. Un niño sentenciado a muerte por los pecados de sus antepasados, un niño alejado de esa Ley que le condenaba y de una familia que aún no sabía cuánto podrían necesitarlo algún día él y su descendencia.

Érase una vez, un niño que se perdió… o, al menos, así es la historia contada por aquellos lo suficientemente tontos como para perderlo. Nadie se pierde nunca para sí mismo.

El niño simplemente se escondía. A medida que su hijo, y el hijo de su hijo, aprendieron a esconderse, y durante generaciones, evadiendo a quienes los cazaban —algunos buscando el perdón, otros buscando la aniquilación—, hasta que, inevitablemente, lo que había sido escondido fue revelado. El niño perdido fue encontrado.

Y ese fue el final.

* * *

Más tarde, cuando Jem Carstairs trató de recordar cómo comenzó el final, recordaría el cosquilleo del cabello de Tessa en su rostro, cuando se inclinó para respirar profundamente el aroma de ella, que ese día tenía un toque de lavanda. Estaban en la Provenza, así que, por supuesto, todo olía a lavanda. Pero Tessa estaba viva con eso; inhalarla era como respirar en un prado iluminado por el sol, un mar de flores de brotes,

la primavera misma. Eso era lo que Jem recordaría, más tarde. El deseo de que el tiempo se detuviera, congelarse los dos dentro de este momento perfecto; recordaría haber pensado, con asombro, que así era como se sentía estar perfectamente satisfecho.

Cuando Tessa Gray regresara a ese momento, al momento de antes, recordaría el sabor de la miel, que Jem había rociado en un pedazo de baguette y luego había metido en su boca. La miel, fresca de la colmena detrás de la finca, era casi dolorosamente dulce. Sus dedos estaban pegajosos con ella, y cuando los apretó contra la suave mejilla de Jem, no quisieron soltarse. Ella no podía culparlos.

La memoria tiene una tendencia a empañar lo mundano. Lo que Jem y Tessa estaban haciendo en realidad era discutir si el queso que habían adquirido esa mañana era de cabra o vaca, y cuál de ellos era el responsable de comer tanto que tendría que hacer un segundo viaje a la posada. Fue una pelea perezosa y amorosa, correspondía con su soleada tarde. Habían acudido a este retiro en la campiña francesa para planear una estrategia respecto a la Herondale perdida, que, según habían descubierto recientemente, también era heredera de las Cortes Seelie y Unseelie, por lo que corría más peligro de lo que nadie había imaginado. Aquella finca, la cual había sido ofrecida por Magnus Bane, era un lugar seguro y tranquilo al cual planear ir. La Herondale perdida le había dejado muy claro a Jem que ella no quería que la encontraran, pero a Jem le preocupaba que esto se debiera a que no sabía la profundidad del peligro en el que estaba. Necesitaban encontrarla. Advertirla. Ahora más que nunca.

La urgencia era real, pero también lo era su incapacidad para *hacer* algo al respecto, lo que dejaba muchas horas para rellenar, contemplando la ladera iluminada por el sol… y el uno al otro.

Tessa casi había decidido ceder y admitir que Jem tenía razón sobre la procedencia (de cabra) y sobre quién había comido más (Tessa), cuando una pequeña luz se encendió entre ellos, como una pequeña estrella fugaz. Excepto que no cayó; se congeló en el aire, se volvió más y más brillante, cegadoramente brillante y se convirtió en una forma familiar. Tessa contuvo el aliento.

—¿Es eso…?

—Una garza —confirmó Jem.

Años antes, Jem había encantado un colgante de plata con la forma de una garza y lo había presionado en la palma de una mujer joven con sangre Herondale. Una joven en peligro, que rechazó firmemente su ayuda.

Con este colgante, siempre puedes encontrarme, había prometido, en la voz silenciosa con la que había hablado alguna vez. Jem había sido el Hermano Zachariah entonces,

todavía con las ropas y los deberes de la Hermandad Silenciosa, pero esta misión, y esta promesa, no tenían nada que ver con la Hermandad. Jem todavía estaba atado a ella, siempre estaría atado a ella.

Confío en que me pedirás ayuda cuando la necesites. Por favor confía en que siempre te responderé.

La mujer a la que le había dado ese colgante era una Herondale, la última heredera de los Herondale perdidos, y la garza plateada significaba que, después de todos estos años, ella lo necesitaba. Mientras Jem y Tessa observaban, el pájaro trazaba letras de fuego en el aire.

> *Me aparté de ti una vez, pero por favor ayúdame ahora. Pensé que podía hacer esto por mi cuenta, pero los Jinetes se están acercando. Si no vienes por mí, ven por mi niño. Pensé que podría comprar su vida con mi sufrimiento. Pensé que si lo dejaba, él estaría a salvo. No lo está. Por favor ven. Te lo ruego. Sálvame. Salva a mi hijo.*
>
> *—Rosemary Herondale.*

La luz se apagó. Jem y Tessa ya estaban en movimiento. En el siglo y medio que se conocían, mucho había cambiado, pero una verdad perduraba: cuando un Herondale llamaba, ellos respondían.

* * *

El tráfico en Los Ángeles no era tan malo como todos decían. Era muchísimo peor. Seis carriles, todos ellos casi detenidos por completo. Tessa avanzaba poco a poco, cambiando de carril cada vez que se abría un espacio, mientras que Jem estaba desesperado por salir de allí. Habían usado un Portal para ir de Francia a Los Ángeles, apareciendo a media ciudad del origen de la llamada de auxilio. Magnus había llamado a sus conocidos en su red de la Costa Oeste, permitiendo que tuvieran transporte para el resto del camino. El convertible turquesa no era exactamente sutil, pero les permitía atravesar los pocos kilómetros que habían entre Echo Park y la casa de Rosemary Herondale en las colinas de Hollywood. El viaje debería de haber tomado un par de minutos. Se sentía como si hubiera pasado un año.

Me aparté de ti una vez, pero por favor ayúdame ahora.

Las palabras hacían eco en la mente de Jem. Había pasado décadas buscando a los Herondale perdidos… y cuando la encontró, finalmente, para luego perderla de nuevo. Pero después de que ella se rehusó a aceptar su oferta de protección, le hizo una promesa. Él vendría cuando ella llamara. Él la salvaría, cuando ella necesitara ayuda.

Pensé que podía hacer esto por mi cuenta.

James Carstairs siempre iría a donde fuera para ayudar a un Herondale. Nunca dejaría de pagar las deudas creadas por el amor.

Ella lo había invocado, usando el colgante, y el haría todo en su poder para honrar esa promesa, pero…

Por favor ven, te lo ruego. Sálvame.

Había más de una vida en riesgo.

Salva a mi hijo.

¿Y si ya era demasiado tarde?

Tessa puso su mano sobre la de Jem.

—Esto no es tu culpa —dijo ella.

Claro que sabía lo que él estaba pensado. Ella siempre lo sabía.

—La tenía y dejé que se fuera. —Jem no podía dejar de recordar, esa mañana en el puente de París, cuando le rogó a Rosemary Herondale que aceptara su protección. Había pedido a un Herondale que confiara en él y había sido juzgado indigno.

—Tú no *dejaste* que hiciera nada —señaló Tesa—. Ella lo decidió por su cuenta.

—Toda una Herondale —dijo Jem irónicamente.

—Le hiciste saber que siempre estarías ahí si ella te necesitaba y ahora que te necesita…

—Jugueteo con mis pulgares a ocho kilómetros de distancia, inútil.

—Suficiente. —Tessa giró abruptamente al costado de la carretera y aceleró pasando los carriles obstruidos y luego giró en la primera rampa de salida que encontró. En vez de bajar la velocidad, aceleró en el momento en que llegaron a las calles exteriores, abriéndose paso salvajemente entre carril y carril y la acera. De repente, finalmente,

encontraron el camino hacia las colinas, la carretera reduciéndose a un solo carril de vueltas en espiral resguardada por una caída vertiginosa. Tessa no bajó la velocidad.

—Sé que tienes reflejos sobrehumanos, pero…

—Confía en mí —dijo ella.

—Infinitamente.

No podía contarle a Tessa la otra razón por la que se sentía culpable, no solo era que había dejado que Rosemary escapara de él hace tantos años. Era lo que él había hecho por ella desde ese entonces, lo cual se aproximaba a nada. Desde que se había deshecho de su vida como el Hermano Zachariah y había luchado para volver a ser Jem Carstairs —y por volver con Tessa Gray, la otra mitad de su alma, su corazón, su ser— se había permitido ser feliz. Ambos visitaban los Mercados de Sombras de todo el mundo, manteniendo una vigilancia en Rosemary, siempre buscando alternativas que podrían ser de ayuda para ella desde la distancia. Incluso había visitado el Mercado de Los Ángeles varias veces, pero no habían encontrado ni un rastro de ella. ¿Y si, a pesar de sus mejores intenciones, Jem había dejado pasar algo, alguna oportunidad de encontrar y ayudar a Rosemary antes de que fuera demasiado tarde? ¿Y si, perdido en su propia felicidad con Tessa, había hecho posible su sufrimiento?

El auto se detuvo en frente de una pequeña casa con estilo español de un solo piso. El patio era un disturbio de colores: mimulus, salvia de colibrí, malva de desierto, flores de jacaranda. Manopias de girasoles sobresalían sobre el camino que daba a la puerta, moviéndose con la brisa, como si les dieran la bienvenida.

—Es como la casa de un cuento de hadas —se maravilló Tessa y Jem estuvo de acuerdo. El cielo era de un imposible tono azul, motado con nubes de algodón de azúcar y las montañas en el horizonte los hicieron sentir como si estuvieran en un pueblo alpino, en vez de estar a mitad de una extensa metrópolis—. Es tan pacífico —añadió—. Como si nada malo pudiera suceder aquí…

La interrumpió un grito desgarrador.

Saltaron hacia la acción. Jem abrió la puerta con el hombro, preparando su espada para enfrentar lo que había dentro. Tessa lo siguió de cerca, sus manos chisporroteaban con luz furiosa. En el interior, vieron una pesadilla: Rosemary yacía quieta en un charco de sangre. Encima de ella, estaba un hada enorme, su cuerpo cubierto en una gruesa armadura de bronce, con una larga espada alzada sobre su cabeza. Su filo apuntado directamente al corazón de Rosemary.

En varias formas, Jem Carstairs ya no era un cazador de sombras. Pero en la forma más importantes, él siempre sería un cazador de sombras.

Arremetió, en un torbellino de movimientos letales, su espada fue un difuminado plateado en el momento en que acuchilló al hada con la completa fuerza virtuosa de la furia de un cazador de sombras. Sus embestidas dieron contra el cuerpo de la criatura sin dejar una sola marca. Tessa alzó sus manos y ejecutó una cegadora oleada blanquecina de energía hacia el hada… él la absorbió sin inmutarse y entonces, casi sin hacer ningún esfuerzo, tomó a Tessa con su gigantesca mano y la lanzó a través de la habitación. Golpeó contra la pared con un ruido sordo que le causó a Jem un dolor físico. Jem se puso entre el camino del hada, lo golpeó, giró y lanzó su afilada espada, asegurándose de que fuera un golpe mortal. Un hada ordinaria —un subterráneo ordinario— habría sido derrotado. Este solo se rió, tirando a Jem al suelo y lo mantuvo ahí debajo de su enorme pie. Dejando a Jem indefenso incapaz de hacer nada más que observar cómo la larga espada encontraba su objetivo y atravesaba el pecho de Rosemary.

El hada retrocedió, liberando a Jem para que corriera a su lado… era demasiado tarde. Desgarró su camisa, presionándola desesperadamente en la borboteante herida de Rosemary, determinado a mantenerla con vida. Demasiado tarde.

—No tengo motivos para pelear contigo, cazador de sombras —dijo el hada y luego lanzó un afilado silbido. Un enorme corcel de bronce atravesó las ventanas de la casa en un granizo de vidrios. El hada izó a su caballo—. Sugiero que te abstengas de pelear conmigo. —El caballo levantó sus patas y se alzó en el aire.

Y solo así, el caballo y el jinete se fueron.

El rostro de Rosemary estaba mortalmente pálido, sus ojos estaban cerrados. Apenas estaba respirando. Jem presionó la herida, obligándola a resistir. Tessa se arrodilló junto a él.

Él soltó un jadeo agudo, su corazón oprimiéndose.

—¿Estás herida?

—Estoy bien. Pero Rosemary… —Tessa tomó las manos de Rosemary y cerró sus ojos en concentración. Segundos pasaron mientras convocaba la voluntad para sanar. Él podía ver el esfuerzo escrito en su rostro, el tormento. Finalmente, Tessa se volvió hacia Jem, con una mirada vacía en sus ojos. Sabía lo que diría antes de que lo pronunciara.

—Es una herida letal —murmuró—. No hay nada que se pueda hacer.

Tessa había sido voluntaria como enfermera durante una de las guerras mundiales mundanas… ella reconocía una herida letal cuando la veía. Y Jem, durante las décadas en

la Hermandad Silenciosa, había visto a bastantes cazadores de sombras incapaces de ser ayudados. Demasiados en la Guerra Oscura. También podía reconocer la muerte, en todos sus aspectos.

Los ojos de Rosemary se abrieron de golpe. Sus labios se separaron como si estuviera tratando de hablar, pero solo logró dar un rasposo respiro.

Aún había un Herondale que podían salvar.

—Tu hijo —dijo Jem—. ¿Dónde está?

Rosemary negó con la cabeza, el esfuerzo de su movimiento le causó un claro dolor.

—Por favor —susurró. Había tanta sangre. En todas partes, sangre, su vida desvaneciéndose—. Por favor, protege a mi hijo.

—Solo dinos dónde podemos encontrarlo —dijo Jem—. Y por mi vida, lo protegeré, lo juro… —Se detuvo, dándose cuenta que no había nadie que pudiera recibir esa promesa. La estremecedora respiración había cambiado a la quietud.

Rosemary se había ido.

* * *

—Lo encontraremos —Tessa le prometió a Jem—. Lo encontraremos antes de que alguien pueda lastimarlo. *Lo haremos.*

Jem no se había movido del lado del cuerpo de Rosemary. Sostenía su fría mano en la suya, como si no pudiera permitirse dejarla ir. Ella sabía lo que estaba sintiendo y le dolía. Esta era la felicidad y el castigo de amar a alguien de la forma en que amaba a Jem… ella sintió lo mismo que él. Su culpa, su arrepentimiento, su impotencia y furia: mientras lo consumían, también la consumían a ella.

Claro, no solo era la culpa de Jem, o la furia de Jem. Ella tenía bastante propia. Cada Herondale era una parte de Will y por tanto, también eran parte de él. Eso era lo que significaba ser una familia. Y se había arrodillado junto a los fríos cuerpos de tantos Herondale. No podía soportar otra muerte en vano.

Encontrarían al hijo de Rosemary. Lo *protegerían*. Se asegurarían de que esta muerte no fuera en vano. Sin importar lo que tomara.

—No es solo que haya muerto —dijo Jem en voz baja. Su cabeza estaba agachada, su cabello era una cortina sobre su rostro. Aunque ella había memorizado su rostro, cada expresión suya. Había pasado tantas horas, desde su regreso, mirándolo, incapaz de creer que realmente estaba aquí, con su vida de vuelta… de vuelta a ella—. Es que murió sola.

—No estaba sola. No está sola. —Esta no era la primera vez que ella y Jem habían ayudado a un Herondale a llegar a la eternidad. Una vez, ella se había sentado junto a Will y Jem del otro lado, ambos deseando aguantar por él, ambos convocando la fuerza para dejarlo ir. En ese entonces, había sido el Hermano Zachariah, o eso era lo que el mundo había visto: el rostro con runas, los ojos sellados, la piel fría, el corazón enjaulado. Ella solo había visto, únicamente, a Jem. Aún parecía ser un milagro que él pudiera abrir sus ojos y la mirara de vuelta.

—¿No lo estaba? —Con bastante gentileza, Jem desabrochó el collar de Rosemary. Balanceó la larga cadena de plata, dejando que el amuleto de garza girara levemente, brillando en la luz de la tarde—. Pensé que esto sería suficiente… que sería una forma de llegar a ella, si me necesitaba. Pero *sabía* que corría peligro debido a las hadas. ¡No debí subestimar eso!

—Reconocí a esa hada, Jem —dijo Tessa—. El intrincado de bronce, el diseño de su armadura, todos esos grabados marinos, era Fal de Mannan. —Ella había estudiado a los Jinetes de Mannan durante su estancia en el Laberinto Espiral, como parte de sus esfuerzos para entender el mundo de las hadas. Eran muy viejos —antiguos, incluso, de la eépoca de los dioses monstruos— y estaban al servicio del Rey Unseelie. Estas no eran hadas ordinarias. Eran más poderosas; se habían creado de magia salvaje. Y quizá, lo más aterrador de todo, era que podían mentir.

—Los cuchillos serafín son inútiles contra los Jinetes de Mannan, Jem. Nacieron siendo asesinos… una sentencia de muerte andante. Una vez que la encontró, no había poder en la Tierra que pudiera detenerlo.

—¿Entonces qué esperanza hay para el chico?

—Siempre hay esperanza. —Se arriesgó a rodearlo con sus brazos y luego, con mucha suavidad, liberó la mano de Rosemary de su agarre—. Encontraremos al chico primero. Y entonces nos haremos cargo de que las hadas nunca lo hagan.

—No hasta que al menos estemos listos para ellos —dijo Jem, con una nota de dureza en su voz.

Estaban aquellos que creían que porque Jem era tan amable, y capaz de tanta amabilidad y generosidad y porque amaba de una manera tan abnegada, lo convertía en alguien débil. Estaban aquellos que sospechaban que no era capaz de causar violencia o

venganza, que asumían que podían herir a Jem y a los que amaba sin recibir ningún castigo, porque él no tenía la fuerza de arremeter contra ellos.

Aquellos que creían eso estaban equivocados.

Aquellos que actuaran conforme a eso lo lamentarían.

* * *

Tessa apretó el amuleto de garza con fuerza, pinchó bruscamente contra la suave piel de su palma. Podía sentir la esencia de Rosemary hirviendo lentamente en la plata y la sujetó con su mente, abriéndose a los vestigios de la mujer que lo llevaba consigo. Para ella, esto ya era una segunda naturaleza, Cambiar en alguien más. Usualmente solo necesitaba cerrar los ojos y dejar que se cerniera sobre ella.

Esto era diferente. Algo se sentía… no mal, exactamente, sino *viscoso*. Como si tuviera que deshacerse de su propia forma y se forzara a entrar en otra. La transformación fue difícil, casi dolorosa, como lo había sido en sus primeros días en Londres, sus huesos, músculos y carne se desgarraron y distorsionaron en una forma inhumana, el cuerpo revelándose contra la mente, mientras que la mente tenía su propia lucha, defendiendo su territorio contra la dominante fuerza de *otra persona*. Tessa se obligó a mantener la calma, concentrándose. Recordándose que siempre era más difícil tomar la forma de alguien muerto. Sintió que se estremecía, desvaneciéndose, sus firmes extremidades se redujeron a la delicada forma ósea de Rosemary y mientras lo hacía, el terror la inundó, aquellos últimos momentos. El destello de una larga espada. El cálido aliento del Jinete. El dolor inimaginable y el dolor y el dolor de la espada siendo enterrada una, dos veces y, finalmente, la muerte. El terror, la desesperación y debajo de todo, el feroz amor a un chico que debía sobrevivir en algún lugar ahí afuera, él debía, él debía, debía…

—¡Tessa!

Y luego Jem estaba ahí, firme, sus brazos en sus hombros, su mirada fija y amable, su amor la sujetaba para evitar que se fuera a la deriva. Jem siempre hacía que volviera a casa, a su ser.

—Tessa, estabas gritando.

Jadeó. Se concentró. Era Rosemary y era Tessa, era el mismo Cambio, la posibilidad de transformarse, el inevitable cambio continuo y entonces, por pura misericordia, volvió a la lucidez.

—Estoy bien. Está bien. —Incluso ahora, después de más de un siglo de usar el Cambio, era extraño escucharse a sí misma hablar con la voz de otra mujer, mirar hacia abajo y ver el cuerpo de otra mujer como el suyo.

—¿Sabes dónde está? ¿El niño?

Mi niño. Tessa podía oír la duda en la voz de Rosemary, podía sentir la continua sorpresa de que fuera posible amar de esa forma. *Ellos no lo tendrán. No lo permitiré.*

Había miedo, pero mayormente furia y Tessa se dio cuenta de que «ellos» no eran las hadas. «Ellos» eran los cazadores de sombras. Ese era un secreto que se guardaría para sí. Jem no necesitaba saber que Rosemary había muerto de la misma forma que había vivido: convencida de que ellos eran el enemigo.

—Deja que me adentre más —dijo Tessa—. Pasó años enterrando lo que sabía de él, pero está ahí, puedo sentirlo.

El ser de Rosemary estaba en una batalla consigo misma. Había estado siendo completamente consumida por su hijo, con la fierez necesaria para protegerlo, pero también había intentado con todas sus fuerzas olvidarlo, forzando cada pensamiento sobre él lejos de su conciencia, por su propia seguridad.

—Ella sabía que el mayor peligro en su vida era *ella* —dijo Tessa, horrorizada ante el sacrificio que esa mujer había hecho—. Sabía que la única manera de mantenerlo vivo era dejándolo ir.

Tessa se adentró en el recuerdo, dejando a *Tessa* y entregándose completamente a *Rosemary*. Enfocándose en el chico, en los recuerdos más fuertes sobre él y en lo que le había pasado, y dejó que se apoderara de ella.

Recordó.

—No lo entiendo —su esposo está diciendo, pero por la desesperación en sus ojos, la forma de tomar sus manos como si pudiera saber lo que pasaría si la soltaba. Dice algo diferente. Dice que él entiende, que eso era el fin, que la seguridad de su hijo es más importante que cualquier otra cosa. Más importante incluso que ellos dos, lo que Rosemary solía pensar que era el todo.

Las cosas eran diferentes, antes de que ella fuera madre.

Christopher tiene tres años. Él se parece y no a su madre, y se parece y no a su padre. Él es su amor que había cobrado vida, dos corazones que se habían entrelazado y le habían dado forma y aliento, mejillas de querubín y cabello dorado y una nariz para

besar, una frente para acariciar y un perfecto, perfecto cuerpo que nunca había conocido el dolor o el horror y nunca debería. Nunca jamás.

—Ahora es sobre él. Él es todo lo que importa.

—Pero nosotros ya somos tan cuidadosos…

Durante un año, ellos se habían forzado a vivir separados. En un pequeño apartamento, a pocas manzanas de la línea con Las Vegas: su hijo y su esposo… que ahora se llama a sí mismo Elvis, pero también había sido Barton y Gilbert, Preston y Jack y Jonathan; quien no solo había cambiado su nombre, sino también su rostro, una y otra vez, todo por ella. En un apartamente aún más pequeño y solitario, junto a un triste tramo del desierto detrás del aeropuerto: Rosemary sintiendo su ausencia con cada respiración. Ella persigue sus sombras, mirando a Christopher en el patio de recreo, en el zoológico, en la piscina, sin dejar que la viera. Su hijo crecería incapaz de reconocer el rostro de su madre.

Se permitía encuentros mensuales con su esposo —una hora de besos robados y todos los detalles de una infancia que pasaba sin ella—, pero había sido egoísta. Ahora lo veía. Ya era bastante malo que los cazadores de sombras fueran capaces de llegar tan cerca como lo habían hecho. Y ahora las hadas la habían rastreado. Instaló amuletos en el departamento, un sistema de advertencia: sabía que sus emisarios habían estado allí; su posición había sido comprometida. Y ella sabía lo que pasaría si la encontraban. Si lo encontraban.

—Tienes que hacer un esfuerzo mayor —le dice a su esposo—. Tienen que cambiar sus identidades de nuevo, pero esta vez, no puedo saber quiénes son. Si me encuentran… no puedes dejarme guiarlos hacia ti.

Y él está negando con la cabeza, está diciendo que no puede hacer esto, que no puede criar a Christopher solo, que no puede dejarla ir sabiendo que nunca podrá recuperarla, que no puede arriesgarse a que corra peligro, no puede, no debe.

—Tengo la garza —le recuerda—. Tengo una forma de pedir ayuda si la necesito.

—Pero no es mi ayuda —dice. Él odiaba el collar, siempre lo ha hecho, incluso antes de que se recubriera con el encantamiento de un cazador de sombras. Una vez trató de venderlo, sin decírselo a ella, porque sabía que su herencia solo le traía dolor; ella lo perdonó. Siempre lo perdonaba—. ¿Y si me necesitas?

Ella sabe que lo odiaba, la idea de que ella llamara a un extraño en lugar de él. No lo entiende: eso es porque la vida de un extraño no significa nada para ella. Ella dejaría que el mundo ardiera si eso significaba mantener a Jack y Christopher a salvo.

—Lo que necesito que hagas es que lo mantengas con vida.

El mundo creía que Jack —ya que con ese nombre se enamoró de él por primera vez y era como siempre pensaba en él—, era un estafador. Una persona no confiable, corruptible, incapaz de creer y amar. Rosemary sabe que no es así. La mayoría de las personas derrochan su preocupación, esparciéndola sin discreción. Jonathan solo ama dos cosas en el mundo: a su esposa y a su hijo.

A veces, desea que él se incluyera en esa lista. Así ella se preocuparía menos por él, si ella supiera que él podía cuidarse un poco a sí mismo.

—Está bien, ¿pero qué tal si ganamos? —dice él.

—¿Qué quieres decir?

—Digamos que vences a las hadas malvadas y convences a los cazadores de sombras de que no les sirves de nada. Qué sucedería si todos dejan de buscar a Christopher y a ti y finalmente es seguro que estemos juntos. ¿Cómo vas a encontrarnos?

Ella ríe, a pesar de su desesperación. Él siempre ha sido capaz de hacerla reír. Aunque ésta vez, él no entiende el chiste.

—Eso nunca va a suceder —dice gentilmente—. No puedes arriesgarte a que eso suceda.

—Entonces vayamos con la Clave, todos nosotros. Pongámonos a su merced y pidamos su protección. Sabes que te la darían.

Eso hace que deje de reír repentinamente. Los cazadores de sombras no son piadosos. ¿Quién lo sabe mejor que ella? Ella aprieta sus manos, con la suficiente fuerza para dolerle. Es muy fuerte.

—Nunca —dice ella—. Nunca olvides que los cazadores de sombras son una gran amenaza para Christopher como lo es cualquier otro. Nunca olvides lo que fueron capaces de hacerle a mi ancestro… a uno de los suyos. Ellos no pondrán sus manos en él. Prométemelo.

—Lo juro. Pero solo si tú también lo prometes.

No hay otra forma. Él no hará lo que ella le pide, no desaparecerá para siempre a menos que ella deje una diminuta conexión entre ellos. Una esperanza.

—El lugar donde me dijiste por primera vez quién eras en realidad —dice él—. El primer lugar donde confiaste en mí con tu propio ser. Si necesitas ayuda, ve allí. La ayuda te encontrará. Yo te encontraré.

—Es demasiado peligroso…

—No necesitas saber dónde estamos. No necesitas encontrarnos. Nunca iré a buscarte, lo prometo. Y Christopher estará a salvo. Pero tú, Rosemary… —Su voz apresa su nombre, como si supiera lo extraño que será permitirse volverlo a pronunciar—. Si me necesitas. Te encontraré.

No se dicen adiós. Entre ellos, no podría haber tal cosa como una despedida. Solo un beso que debería durar una eternidad. Solo una puerta cerrada, el silencio, el vacío. Rosemary se hunde en el suelo, rodea sus rodillas y le reza a un dios en el que no cree pidiendo tener la suficiente fuerza para no dejar que la encuentren jamás.

—Sé cómo encontrarlo —dijo Tessa, liberándose del Cambio. De nuevo, fue más difícil de lo que debió haber sido. Un frote inusual sosteniendo la forma de Rosemary en su lugar.

Excepto que no era del todo inusual, ¿o sí? Algo repiqueteó en la parte trasera de su mente, un recuerdo que terminó en un jadeo. Tessa fue por él, casi lo alcanzó… pero se alejó y se fue.

* * *

Se sentía mal estar en Los Angeles sin visitar a Emma Carstairs. Pero Jem se recordó que involucrarla en esto podría poner el peligro en su puerta y esa chica ya había pasado por bastante. A veces ella le recordaba a sí mismo, ambos eran huérfanos, ambos fueron llevados a un Instituto, adoptados por la familia de alguien más y siempre, escondiendo el secreto dolor de perder a los suyos. Ambos habían hallado la salvación en su *parabatai* y Jem solo podía esperar que Emma hubiera encontrado en Julian lo que él siempre había encontrado en Will: no solo un compañero, sino un refugio. Un hogar. Nadie, ni siquiera un *parabatai*, podía reemplazar lo que había sido perdido. Incluso ahora, había un hueco en el corazón de Jem, una herida abierta donde sus padres habían sido arrebatados. Esa era una parte que no podía ser reemplazada, solo compensada. Como había sido cuando perdió a Will. Como sería si alguna vez perdía a Tessa.

La pérdida era una parte inevitable en el amor, el dolor el inevitable precio de la felicidad. Algún día, todos tendrían que aprender esto… tal vez eso era lo que significaba madurar. Deseó, por Emma, que su niñez pudiera haber durado solo un poco más. Y deseó poder haber estado allí cuando ésta terminó. Pero ese siempre era el frío cálculo que hacía cuando se refería a Emma Carstairs: equilibrando su deseo de ser parte de su

vida con las consecuencias. Cuando era un Hermano Silencioso, le habría dado falsas esperanzas con algo que ella no podía tener… el único miembro de su familia que quedaba. Ahora, como Jem Carstairs, la habría tomado a su cuidado más que feliz, pero él ya no era un cazador de sombras, y que lo escogiera significaría que Emma tendría que renunciar a su mundo entero. La Ley era dura… y, a menudo, también era solitaria.

Se seguía diciendo: pronto. Pronto, cuando él y Tessa hubieran puesto sus deberes en orden. Pronto, cuando hubiera ayudado a Tessa a encontrar al Herondale perdido, esa pieza de Will perdida en el mundo de Will. Pronto, cuando el peligro hubiera pasado.

A veces, se preocupaba, de que esas solo fueran débiles excusas. Había vivido, de alguna forma u otra, por casi doscientos años. Para este momento debía saber que el peligro nunca pasaba. Solo se interrumpía, y eso solo si eras afortunado.

—¿Estás segura que este es el lugar? —Jem le preguntó a Tessa. Había vuelto a Cambiar en Rosemary y él apenas podía mirarla. A veces Jem extrañaba la serena calma que la Hermandad Silenciosa había forjado en él, la forma en que ninguna emoción, sin importar qué tan poderosa fuera, podía atravesar su corazón de piedra. La vida era más fácil sin tener sentimientos. No era vivir, lo sabía. Pero era más fácil.

—Por desgracia, este es en definitiva el lugar.

Cada ciudad tenía un Mercado de Sombras y de alguna forma, todos eran los mismos mercados, ramas de un mismo árbol… pero eso no detenía a ningún Mercado para que tomara la personalidad de su ambiente. Por lo que Jem podía decir, los alrededores de Los Ángeles eran: bronceados, de buena salud y obsesionados con los automóviles. El Mercado de Sombras estaba ubicado en una esquina famosa de Pasadena y todo ahí era brillante, incluyendo a sus ocupantes: vampiros con colmillos blanquecinos, hadas con el cuerpo bien marcado con sus abultados músculos resplandeciendo con gotas de sudor dorado, brujos con cabello de color neón y guiones autopublicados a la venta, ifrits vendiendo brillantes «mapas de las estrellas» que, examinándolos más de cerca, no tenían nada que ver con la astronomía sino que, de hecho, eran mapas actualizados de Los Ángeles con una pequeña fotografía de Magnus Bane marcando cada ubicación donde el infame brujo había causado algún infame caos (Tessa compró tres de ellos).

Se adentraron en la multitud lo más rápido que pudieron. Jem estaba aliviado de que ya no tuviera que usar sus túnicas de la Hermandad Silenciosa, la marca indeleble de su credo. Había un gusto en la frontera del Mercado de Sombras, un sentimiento de que las reglas solo se aplicaban hasta ahí de la forma en que alguien estuviera dispuesto a cumplirlas. Las hadas bailaban divertidas con sus compañeros subterráneos; los brujos hacían negocios con mundanos que jamás deberían haberse hecho; por obvias razones, los cazadores de sombras no eran bienvenidos.

Su destino yacía más allá del dichoso caos. En el espacio entre el Mercado de Sombras y las sombras, había una estructura destartalada sin una sola ventana. No había nada que sugiriera que fueran nada más que ruinas, ni nada que lo señalara como un sórdido bar subterráneo, lejos de su lugar habitual, para subterráneos dejados a su suerte, para aquellos que incluso el Mercado de Sombras no era lo suficientemente sombrío. La última cosa que Jem quería hacer era dejar que Tessa pusiera un pie dentro del lugar, especialmente usando el rostro de alguien que la Corte Unseelie quería asesinar… pero desde que la había conocido, nadia había *dejado* que Tessa hiciera algo.

Según Tessa, Rosemary y su esposo tenían una promesa. Si alguna vez Rosemary lo necesitaba, ella vendría a este lugar y de alguna manera le haría saber que lo necesitaba y él aparecería. La mitad de esa parte del plan era la que parecía un poco incierta para su consuelo. Pero no había otra salida sino de por medio, había dicho Tessa animada y luego lo besó. Incluso en el cuerpo de alguien más, incluso con los labios de alguien más, su beso fue absolutamente de Tessa.

Los dos entraron. Tessa fue primero, Jem la siguió unos minutos después. Parecía prudente pretender que no iban juntos. El bar no era ni el complemento de uno. Eran las mismas ruinas que habían tanto de fuera como por dentro. El bravucón licántropo gigante de la puerta lo olfateó una vez, cautelosamente, murmuró algo que sonó como «compórtate» y luego lo dejó pasar. Las tambaleantes paredes estaban oscurecidas por marcas chamuscadas, el piso cubierto de cerveza y, por el notable olor, de icor. Jem analizó a los otros subterráneos con cautela buscando amenazas potenciales: un hada con bikini bailaba lentamente consigo misma, a pesar del silencio, tambaleándose ebria sobre sus altos tacones. Un licántropo envuelto en una andrajosa capa de seda, estaba desmayado boca abajo en una mesa, su hedor sugería que había estado ahí durante tres días. Jem lo miró el tiempo suficiente para asegurarse de que seguía respirando y luego tomó asiento en el bar. El barman, un viejo vampiro que se estaba quedando calvo y se veía como si se hubiera estado escondiendo del sol desde antes de que lo convirtieran, miró a Jem de arriba a abajo y le deslizó una bebida. El vaso estaba manchado, su contenido era de un turboso verde pálido. Lo que fuera que flotaba en el centro parecía como si alguna vez hubiera estado vivo. Jem decidió que probablemente era más seguro quedarse con sed.

A tres taburetes de distancia, Tessa se inclinaba sobre su propia bebida. Jem pretendió no notarla.

El hada se interpuso entre ellos, su cola se enrolló en el borde de la bebida de Jem, acariciándola.

—¿Qué tipo de chico eres tú, etcétera?

—¿Disculpa?

—Ya sabes, súper alto, oscuro y guapo e… —le lanzó una mirada al chico de la esquina, que ahora roncaba con tal fuerza que su mesa temblaba debajo de él con cada respiración—, íntegro. No pareces ser el tipo de chico que vendría por aquí.

—Ya sabes lo que dicen sobre los libros y sus portadas —dijo Jem.

—¿Así que no eres tan solitario como pareces?

Jem se dio cuenta de que Tessa, que pretendía no escucharlos, estaba reprimiendo una sonrisa… y entonces comprendió que el hada estaba coqueteando con él.

—Sabes, podría ayudarte con eso —dijo el hada.

—En realidad, vine aquí para estar solo —dijo Jem de la forma más amable que pudo. La cola del hada se deslizó del vaso a la mano de él, recorriendo sus dedos de arriba a abajo—. Y, eh, estoy casado.

—Que lástima. —Se inclinó, demasiado cerca, sus labios rozando su oído—. Nos vemos, nefilim. —Se tambaleó saliendo del bar, liberando a Jem para poderse concentrar completamente en la conversación que Tessa estaba teniendo con el barman.

—¿Te conozco? —preguntó el barman. Jem se tensó.

—No lo sé —dijo Tessa—, ¿me conoces?

—Por los bordes, pareces familiar. Un poco como una pequeña niña que solía venir aquí todo el tiempo, con su novio. Ese chico solo era malas noticias, pero ella no sabía escuchar. Perdidamente enamorada, como cualquier niño puede estarlo.

Por el rabillo de su ojo, Jem notó la ligera sonrisa de Tessa.

—Oh, no sé si pueda ponerle un límite de edad a lo de estar «perdidamente enamorada».

El barman le dio una mirada examinante.

—Si tú lo dices. Aunque, no fue así con esta chica. Creció para ser una niña que se podía desvanecer. Escuché que huyó con él y con su hijo.

—Es terrible —dijo Tessa inexpresivamente—. ¿Y el Señor Problemático?

—Tal vez no era tan problemático. Es lo suficientemente leal para que siga viniendo después de todos estos años. Es el tipo de chico que solo un cierto tipo de persona puede apoyarse cuando alguno necesita ayuda, si me entiendes.

—¿Y cómo un cierto tipo de persona puede ir y encontrarlo? —preguntó Tessa. Jem podía ver que estaba tratando demasiado en no dejar notar la ansiedad en su voz.

El barman se aclaró la garganta y comenzó a limpiar la barra con poco entusiasmo.

—Me han dicho que el tipo correcto de chica sabría exactamente cómo encontrarlo —dijo, sin mirarla—. Porque es exactamente la misma ave que solía ser, solo que un poco menos *rufián*.[44]

Le puso un especial énfasis a las palabras y Jem podía decir por la expresión de Tessa que eso significaba algo para ella. Su corazón dio un vuelco.

Tessa se puso de pie y dejó un par de dólares en la barra.

—Gracias.

—Lo que sea por una chica tan hermosa como una rosa. Buena suerte en… —Una daga pareció materializarse en medio de su frente. Murió antes de tocar el suelo. Jem y Tessa dieron media vuelta para encontrarse con Fal de Mannan y su caballo de bronce atravesando la entrada, cayendo sobre ellos con una velocidad inhumana, la espada de Fal descendiendo, el cuerpo de Jem reaccionando antes de que su mente tuviera tiempo de procesarlo, cada segundo de la vida de entrenamiento de un cazador de sombras llovió en una tormenta de cuchillas, golpes, saltos y luchas, todo esto en un solo segundo, todo esto sin éxito, porque la espada ya estaba descendiendo, estaba tirando a Tessa al suelo en una suave acumulación de sangre y carne, y Fal de Mannan, impasible, ya se había elevado en el momento en que Jem se dejó caer sobre sus rodillas junto a la pálida figura de ella.

—Te sugiero que esta vez te quedes muerta —advirtió el hada y se fue.

Estaba tan pálida.

Sus rasgos se mezclaron con los suyos. El Cambio siempre se liberaba cuando ella perdía el conocimiento, pero esta vez algo estaba mal, casi tan terrible como la herida. Sus rasgos casi habían vuelto a ser los de Tessa cuando, como una tensa liga de goma, salieron a flote de repente y volvieron a ser los de Rosemary. Y cambiaron otra vez y otra vez, como si su cuerpo no pudiera decidir quién quería ser. Jem presionó la herida, tratando de retener la sangre, sin importarle a quién se parecía, solo quería que su cuerpo eligiera la vida sobre la muerte.

---

[44] N.T. «Crook», en el original. Sus significado varía, puede significar tanto «estafador» como «cuervo», por contexto se deduce que es la segunda, aunque no se descarta la primera, ya que concuerda con las características de Jack, quien posteriormente se cambia el nombre a Johnny Rook (de hecho, en Lady Midnight se le atribuye como «Rook the Crook», cuya traducción oficial es «Rook el rufián».

El hada con bikini. El pensamiento cruzó por su neblina de pánico. Tal vez había estado ahí para espiar por los Jinetes, sabiendo que este lugar tenía un especial significado para Rosemary y su familia; tal vez ella simplemente había reconocido a «Rosemary» como una mujer con un blanco en su espalda, una mujer que se suponía que estaba muerta, había cumplido su deber feérico. No importaba cómo había sucedido. Lo que importaba era que Jem había dejado pasar a la chica sin calificarla como una amenaza, lo cual hacía que esto fuera su culpa y si Tessa no…

Pero detuvo el pensamiento antes de que pudiera continuar. La herida hubiera matado a un mundano. Tal vez incluso a un cazador de sombras. Pero el cuerpo de Tessa había cambiado a la forma de Rosemary en el momento del ataque, a la apariencia de una mujer que no solo era una cazadora de sombras sino la heredera del trono de las hadas… quién sabría qué tipo de magia estaría trabajando en su cuerpo mientras luchaba por sobrevivir. Tal vez era por eso que el Cambio no la dejaba ir… tal vez esa era la forma en que su cuerpo rechazaba la muerte hasta que pudiera sanar. Tessa gimió. Jem tomó a Tessa en sus brazos, rogándole que resistiera.

Había aprendido demasiado sobre la sanación en la Hermandad Silenciosa e hizo lo que pudo. Pensó en cómo se había sentado junto a él en lo que todos pensaban que sería su lecho de muerte, su reserva de *yin fen* finalmente se había terminado, el veneno demoníaco cubriendo su sistema y recordaba haberle dicho a ella que tenía que dejarlo ir. También recordaba, haberse sentado junto a Will mientras moría, dejándolo ir. Ahora, no sabía si era fuerza o egoísmo, pero se negaba a hacer lo mismo por Tessa. No todavía: habían esperado tanto tiempo por tener una vida juntos. Apenas habían comenzado.

—Quédate —le rogó—. Lucha. —Estaba tan fría. Tan ligera en sus brazos. Como si algo fundamental ya se hubiera ido—. No importa lo que tome, tienes que quedarte. Te necesito, Tessa. Siempre te he necesitado.

* * *

No estaba muerta. Un día entero había pasado y ella no estaba muerta. Pero tampoco estaba despierta y no había dejado de Cambiar, de Tessa a Rosemary y viceversa. A veces duraba minutos, una vez incluso una hora, en una sola forma. A veces el Cambio sucedía de una forma tan rápida que Tessa parecía no tener forma en absoluto. Su piel estaba manchada de sudor. Al principio, al tocarla se sentía fría. Y luego, mientras la fiebre la hacía pedazos, quemaba. Le habían dado medicinas —para reponer la pérdida de sangre, para darle fuerza y resistencia— remedios que Jem, quien ya no era un Hermano

Silencioso, no podía darle por su cuenta. Jem solicitó ayuda en el momento en que la hubo llevado a un lugar seguro.

O más bien, debido a que Tessa y él no eran parte de la Clave y no podían llamar a la Hermandad Silenciosa sin tener ningún poder con el cual hacerlo, Jem tuvo que *pedir* ayuda. Rogó por ella. Ahora el Hermano Enoch estaba aquí, mezclando tónicos, realizando lo complicado, rituales secretos que Jem una vez había sido capaz de hacer por su cuenta. Nunca antes se había arrepentido de haber dejado la Hermandad Silenciosa, regresar a la tierra de los mortales y al riesgo de ser mortal, pero para salvar a Tessa, él felizmente habría entregado el resto de su eternidad a esas túnicas de pergamino y a ese corazón de piedra. En su lugar solo podía quedarse de pie junto a Enoch, impotente. Inútil. Algunas veces, el Hermano Enoch incluso le hizo abandonar la habitación.

Lo entendía; él había hecho lo mismo, varias veces, ocultándose en la paciencia, nunca le había dedicado pensamientos a la tortura que sus amados podrían estar sintiendo del otro lado de la pared. En su primera vida, el mismo Jem había sido el paciente, Tessa, Charlotte y Will rondando su cama con angustia, leyéndole, susurrando con voces serenas mientras él se sumergía entre la oscuridad y el despertar, esperando que se recuperara y esperando el día en que eso ya no sucediera.

Exiliado en el corredor del pequeño departamento que Magnus —por medio de su red de «amigos» interminables y súper extraños— había asegurado para ellos, Jem se dejó caer contra la pared.

Lo siento, Will, pensó. *Nunca lo supe.*

Ver a la persona que más amabas luchar por cada suspiro. Verlos alejarse, incapaces de soportar más. Ver el rostro que amabas contorsionarse con dolor, ver el cuerpo por el que morirías protegiéndolo, temblar, estremecerse y romperse. No era que Jem nunca hubiera pasado por esto. Pero antes, siempre había habido un intermediario entre él y el crudo terror del vacío. Cuando se estaba formando como un cazador de sombras, en el interior de su mente, Jem siempre había estado consciente del hecho de que moriría joven. Había sabido que lo más probable era que moriría mucho antes que Will o Tessa e incluso cuando Tessa o Will se lanzaban al peligro —y lo hacían muy a menudo— había una parte de Jem que había entendido que no sería forzado a permanecer más tiempo en un mundo sin los dos. También había habido momentos, en la Hermandad Silenciosa, cuando se había quedado junto a Will o Tessa, inseguro de si vivirían o morirían… el dolor de ello siempre había sido mitigado por la misma lejana frialdad que mitigaba todo lo demás. Y ahora, no había nada en su camino, nada que distrajera su mirada de la terrorífica verdad de ello. Tessa podía morir y él seguiría viviendo sin ella y no había nada que pudiera hacer más que esperar y ver. Soportar eso consumía toda la fuerza que Jem tenía.

Will nunca se había acobardado ante el sufrimiento de Jem, una y otra vez, lo había soportado. Se había sentado junto a la cama de Jem, había sostenido la mano de Jem, había visto a Jem pasar sus horas más oscuras.

Fuiste el hombre más fuerte que conocí, le dijo Jem en voz baja a su amigo muerto. *Y ni siquiera supe la mitad de lo que eras.*

La puerta crujió al abrirse y el Hermano Enoch salió. Jem seguía sorprendiéndose de lo inhumanos que le parecían los Hermanos Silenciosos ahora que ya no era parte de ellos. Le había tomado algo de tiempo el acostumbrarse al silencio de su mente, el coro de voces que lo habían acompañado en cada momento por décadas de repente desvanecidas. Y ahora no podía recordarlo. Se sentía como tratar de recordar un sueño.

—¿Cómo está?

La herida ya no es una amenaza letal. Sus habilidades de cambiaformas parecen haber prevenido que sucediera lo esperado.

Jem casi se derrumbó del alivio.

—¿Puedo verla? ¿Está despierta?

El rostro repleto de runas del Hermano Silencioso se quedó inmóvil, sus ojos y boca cosidos y aún así, Jem podía sentir su preocupación.

—¿Qué sucede? —dijo—. ¿Qué me estás ocultando?

La herida está sanando. Su Cambio la ha salvado, pero me temo que es el mismo Cambio el que posee un mayor riesgo ahora. Su cuerpo y su mente están atrapados con él. Ella parece ser incapaz de encontrar el camino de vuelta a sí misma… el Cambio no la dejará ir. Es como si hubiera perdido su fuerza esencial que la hace ser ella, Tessa Gray.

—¿Cómo la ayudamos?

Y entonces hubo un silencio total.

—No. —Jem se negaba a aceptarlo—. Siempre hay algo que se puede hacer. Tienes *un milenio* de conocimiento que puedes usar. Debe haber *algo*.

En todos estos años, nunca ha habido un ser como Tessa. Es una mujer fuerte y poderosa. Debes tener fe en que encontrará su propio camino a casa.

—¿Y si no lo hace? ¿Solo se quedará así, en el limbo, para siempre?

El Cambio toma su herramienta, James. Cada transformación requiere energía y ningún cuerpo puede padecer este nivel de energía indefinidamente. Ni siquiera el suyo.

La voz en la cabeza de Jem carecía de expresión, tan calmada, que era fácil imaginar que a él no le importaba en absoluto. Jem lo sabía muy bien. Simplemente era que, para un Hermano Silencioso, la preocupación tomaba una forma diferente y extraña. Lo mucho que Jem podía recordar: la lejana frialdad de su vida. La inhumana serenidad con la cual procedían a los sucesos. Palabras como «preocupar», «necesitar», «temer», «amar»: tenían un significado; solo que era un significado indescifrable para cualquiera que durmiera, comiera y hablara, y que vivía una vida de pasiones animales. Recordó lo agradecido que estuvo por el inusual momento —casi siempre era un momento con Tessa — en el que sentía la chispa de una emoción real. Cómo había anhelado el fuego de la pasión humana, por el privilegio de *sentir* otra vez, incluso el miedo, incluso el dolor.

Ahora casi envidiaba la frialdad del Hermano Enoch. Este miedo, este dolor; era demasiado grande para soportarlo.

—¿Cuánto tiempo, entonces?

Deberías ir con ella. Quédate con ella, hasta que…

Hasta que se haya acabado, de una forma u otra.

* * *

Tessa sabe y no sabe que esto es un sueño.

Sabe que Jem está vivo, así que esto debe ser un sueño, este cadáver en su regazo usando el rostro de Jem, este cuerpo descomponiéndose en sus brazos, la piel desprendiéndose del músculo, el músculo despellejándose del hueso, el hueso disolviéndose en polvo. Él le perteneció a ella, tan brevemente y ahora es polvo y ella está sola.

Él está helado, está sin vida, es carne, su Jem, es carne para los gusanos y ellos invaden su piel y de alguna forma ella puede escucharlos, chillando y tragando, millones de bocas mordisqueando hasta no dejar nada y ella grita su nombre pero no hay nadie que la escuche más que los serpenteantes gusanos muertos y ella sabe que debe ser imposible y aún así, puede escucharlos reír.

Jem está vivo, sus ojos brillan con felicidad, su violín levantado hasta su barbilla, su música, la música que escribió para ella, la canción de su alma y la flecha que se dirige

a él es repentina y está cubierto de veneno, y cuando atraviesa su corazón, la música se detiene. El violín se rompe. El silencio es eterno.

Él se interpone entre ella y el demonio Mantid y la salva, pero a él lo parten por la mitad y para el momento en el que ella inhala para gritar, él se ha ido.

El demonio Dragonidae respira una nube de fuego y las llamas lo consumen, un cegador fuego azul y blanco que lo quema por dentro hacia afuera y ella observa las flamas que se disparan de su boca, ve cómo sus ojos se derriten con el calor y se deslizan por sus ardientes mejillas y su piel crepita como el tocino, hasta que, casi de forma misericordiosa, la luz es tan brillante, que lo consume todo y ella aparta la mirada, solo en un momento de debilidad y cuando se da vuelta, solo hay una pila de cenizas, todo lo que era Jem se ha ido.

El resplandor de una espada y él se ha ido.

Una bestia que suelta alaridos y sale del cielo, una garra en forma de horquilla atraviesa la piel pálida y él se ha ido.

Y él se ha ido.

Ella está viva y sola y él se ha ido.

* * *

Cuando ya no puede soportarlo más, cuando ella ha visto el amor morir diez veces, cien veces, siente que su propio corazón muere con él, cuando no queda nada más que un océano de sangre y el fuego ha consumido todo, excepto el dolor insoportable, de una pérdida tras pérdida tras pérdida, ella huye al único lugar que puede, el único refugio donde estará segura del horror.

Huye hacía Rosemary.

El aire nocturno es espeso y dulce con jacarandas. El calor de los vientos de Santa Ana se siente como una secadora de pelo dirigida a su cara. Sus manos están arañadas y ensangrentadas por las espinas del enrejado, pero Rosemary apenas lo nota. Ella se cae del enrejado, la emoción la invade en el momento en que sus pies tocan el concreto. Lo logró. La mansión brilla perlada a la luz de la luna, un enorme monumento al privilegio y la privacidad. En el interior, protegidas por sus alarmas y sus patrullas de seguridad, sus padres duermen profundamente, o al menos tan profundamente como dos paranoicos podrían. Pero Rosemary, por la noche es libre.

Alrededor de la cuadra, un Corvette negro azabache pasa junto al bordillo, su conductor se mantienen en la sombra, Rosemary salta y lo favorece con un largo y profundo beso.

¿Desde cuándo tienes un Corvette?

Desde que encontré este pequeño parado detrás de un In-N-Out, rogando por un nuevo dueño. Como un cachorrito perdido, *responde Jack.* No podía haberle dicho que no, ¿cómo podría?

Él pisa con fuerza el acelerador. Se alejan a toda velocidad, el chirrido de las ruedas rompe el silencio sepulcral de Beverly Hills.

Probablemente está mintiendo acerca de cómo consiguió el auto. Él miente sobre todo, su Jack Crow. Probablemente incluso esté mintiendo sobre su nombre. A ella no le importa. Ella tiene dieciséis años y no necesita darle importancia, solo necesita ver el mundo, el verdadero *mundo, el* Sub*mundo, el mundo del que sus padres fueron tan obstinados en mantenerla alejada y él está feliz de mostrárselo. Solo es un año mayor que ella, o eso dice él, aunque ya ha vivido lo suficiente para cumplir veinte vidas.*

*Se encuentran en la playa. Ella se había saltado las clases —siempre faltaba a la escuela—, metiéndose en problemas, sin darse cuenta de que ella lo estaba buscando a él. La atrajo hacia sí, una pareja que paseaba por ahí de cabello rubio y brillante bronceado como si hubieran salido de un catálogo sobre la vida en Los Ángeles y ella les pidió indicaciones, distrayéndolos mientras él robaba su cartera. No era que él le hubiera dicho que ese era su plan. La mayoría del tiempo él no le decía nada más que «*confía en mí»*, y así, ella esperaba hasta que ambos estaban solos, compartiendo un burrito comprado con el dinero hurtado, para preguntarle por qué no se preocupaba más por robarle a las hadas. A él no se le había ocurrido que ella tuviera la Visión, que en verdad pudiera ver debajo del glamour.*

¿Qué creías, que solo era una aburrida niña rica? *dijo ella.*

Así era.

Ella le hizo saber que sí, era una aburrida niñita rica: aburrida porque podía ver *qué tan interesante podía ser el mundo.*

¿Qué piensas de mí, que solo soy un lindo chico malo que puedes usar para hacer enfadar a mami y papi? *dijo él.*

Si mami y papi supieran que existes, ya estarías muerto. Y nadie dijo que eras lindo, *dijo ella.*

Una verdad y una mentira: era muy, muy lindo, cabello negro y alborotado que cubría sus oscuros ojos cafés, con una sonrisa que solo le mostraba a ella, su rostro severo, filoso en los lugares correctos. Era cierto, si sus padres supieran sobre él, lo querrían muerto. Normalmente, eso era todo lo que necesitaba. Ese primer día, la llevó a un café de subterráneos en Venecia. Ella siempre tuvo la Visión, y su padre también la poseía, por supuesto. Pero sus padres habían luchado duramente para mantenerla alejada del Mundo de las Sombras, para privarla de conocer sus placeres y horrores. Así que así es su primer prueba… literalmente, un sundae que, gracias a lo que sea que le hayan agregado las hadas, sabía como el sol del verano. Cuando ella lo besó, él sabía como el chocolate.

Esta noche, al fin, tras semanas de suplicar, la llevaría al Mercado de Sombras. Ella goza esas noches con él, no sólo por él, sino por todo ese mundo que le había abierto.

Él tiene razón, sobre todo porque ella sabe cuánto le molestaría a sus padres.

El la hace esperar con las sirenas que venden brazaletes de algas mientras que se encarga de su negocio, así que ella espera y observa maravillada el caos mágico que se desenvuelve a su alrededor. No está tan sorprendida como para no notar la figura encapuchada que seguía a Jack, el hombre lobo con el bigote de manillar animándose mientras él pasaba, el genio que se tensa con su aproximación y lanza una mirada a alguien detrás de ella, y quizá ella no conozca el Mundo de las Sombras pero desde la infancia se le había enseñado a reconocer el peligro y sentir los indicios de los enemigos en espera. Había sido instruida únicamente en lo hipotético de la batalla, se le había enseñado a juzgar, luchar, planear, huir, todo en la comodidad de su hogar, y siempre se había preguntado si la práctica la podía preparar para la realidad, si su entrenamiento se evaporaría ante el rostro del terror. Ahora tenía una respuesta: sabía lo que era una emboscada cuando la veía, y no tenía duda de lo que haría luego.

Ella grita. Se lanza al piso. Toma su tobillo. Grita.

Jack, Jack, Jack, algo me mordió, te necesito.

Y como un relámpago, él está a su lado, con una ternura en su rostro que ella nunca creyó posible. La sostiene en sus brazos, murmura palabras de seguridad, hasta que ella susurra la advertencia a sus oídos.

Una emboscada.

Y corren.

El Corvette está rodeado por tres hombres lobo. Jack le grita que corra, que se salve ella, mientras se lanza a la lucha, pero ella no había pasado tantas horas y años de

entrenamiento en una simple huida. Es diferente luchar contra un verdadero enemigo… aunque no tan diferente. Se da la vuela y salta, saca la daga de la funda en su tobillo, acuchilla y da estocadas, sintiendo el calor en sus mejillas y el fuego en el corazón mientras los lobos huyen vencidos y ella y Jack se suben en el Corvette, retirándose velozmente a través de las montañas y las vueltas de horquilla de Mulholland Drive, sin hablar, sin mirarse el uno al otro, hasta que gira con fuerza en un mirador y el vehículo se detiene con un chillido. Entonces él la mira.

Déjame adivinar, *dice ella.* Nunca me he visto más hermosa.

Ella sabe que sus mejillas están sonrojadas, su rostro está brillando, sus ojos resplandecen. Él dice que a quién le importa cómo luce.

¡Es tu manera de luchar! ¡Tu forma de pensar!

Él pregunta dónde aprendió a hacer lo que hace. Ella no puede decirle por qué sus padres se aseguraron de que ella supiera cómo defenderse, de que nunca saliera de casa sin un arma desde que tenía cinco años. Simplemente dice que hay mucho que no conoce sobre ella. Él responde que conoce lo suficiente.

Creo que estoy enamorado.

Ella lo golpea con fuerza, le dice que es de mala educación decir eso a manera de broma, incluso a una chica dura como el adamas *como ella.*

¿Qué te hace pensar que bromeo? *dice él.*

* * *

Sus padres quieren mudarse nuevamente.

Ella se rehusa. No ahora, no otra vez.

Sus padres quieren saber si es por él, ese muchacho, con el que te escapas. *No puede creer que lo saben. La tienen vigilada. No lo lamentan. Le dicen que no entiende lo peligroso que es el mundo, ese mundo, el Mundo de las Sombras, y ella dice que es porque no se lo permiten. Dieciséis años y nunca ha vivido por más de un año en un solo lugar, porque nunca dejan de mudarse. Cuando era niña, aceptaba sus explicaciones, creía el pesadillesco cuento de hadas del monstruo que se escondía en la oscuridad, esperando para destruirlos. Pero el monstruo nunca dió la cara, el peligro nunca se*

manifestó, y ella se empezaba a preguntar si sus padres eran simplemente paranoicos, si correr y esconderse se había hecho más fácil para ellos que estar tranquilos.

No es fácil para ella. Nunca tuvo un amigo real, porque se le prohibía decir quién era en realidad.

Está sola.

Ella tiene algo: a él. No dejaría que le quitaran eso.

Tienes dieciséis años, *dice su madre,* tienes mucho tiempo para llenar tu vida con amor, pero solo si te mantenemos viva el tiempo suficiente para hacerlo.

Ella dice que ya ha llenado su vida de amor, que lo ama, que se queda.

Eres demasiado joven para saber qué es el amor, *dice su padre.*

Y ella piensa en Jack, en el toque de su mano, en la risa silenciosa de su sonrisa torcida. Piensa en él sosteniendo un paraguas sobre su cabeza para protegerla de la lluvia, en él pidiéndole que le enseñe a pelear, para que él pueda protegerse. Piensa en entrenarlo, cómo él ama que ella sea más fuerte, más rápida, mejor, y piensa en sentarse con él, quietos y en silencio, mirando las olas.

Es joven, pero lo sabe. Ella lo ama.

Su padre dice que se van por la mañana, todos ellos, una familia. Le dice que no se escabulla más.

Así que sale corriendo por la puerta, desafía abiertamente a sus padres por primera vez, y son demasiado lentos, sus advertencias son demasiado familiares para detenerla. Se va, sin ningún sitio adonde ir… Jack se está ocupando de algunos asuntos típicamente vagos en algún lugar vagamente del centro, por lo que camina por las calles desiertas, bordeando autopistas, fundiéndose en las sombras de los pasos subterráneos, asesina los minutos hasta que pueda estar segura de que sus padres se han ido a dormir. Ella sabe exactamente cómo deslizarse dentro de la casa sin despertarlos, pero no hay necesidad.

Las puertas están abiertas de par en par.

El cuerpo de su madre está en la hierba, despedazado.

La sangre de su padre se está acumulando a través de la entrada de mármol. Él seguía sobreviviendo por ella.

Nos encontraron, *dice su padre.* Prométeme que desaparecerás.

Y ella promete y promete y promete, pero solo queda el cadáver de su padre para escuchar.

Huye sin identificación o tarjeta de crédito, nada que pueda usarse para rastrearla, no es que el enemigo use la tecnología para rastrear, pero estas cosas nunca se pueden contar, y sus padres están muertos.

Sus padres están muertos.

Sus padres están muertos porque los retrasó, porque sabían que era hora de irse y ella insistió en que se quedaran, luchó, se quejó, se enfurruñó, la amaron y la sostuvieron contra ellos y ahora están muertos.

Ella espera en el bar favorito de Jack, el del Mercado de Sombras que hace todo lo posible para que parezca que no existe. Lo espera allí, porque él siempre regresa con el tiempo, y cuando lo hace, alarmado de verla y de verla cubierta de sangre, ella se desploma en sus brazos.

Entonces le dice la verdad.

Le dice que es una cazadora de sombras, por linaje, no por elección. Es hada, por espíritu y sangre, no por elección. Le dice que la cazan, que es peligrosa para todos los que la aman, que se va para siempre. Le dice que esto es un adiós.

Él no entiende. Quiere ir con ella. Ella lo intenta de nuevo. Le dice que la Corte Unseelie la quiere muerta, ha enviado a un antiguo grupo de hadas asesinas con poderes divinos para asesinarla. Dejarle quedarse con ella significaría firmar su sentencia de muerte. Le dice que quedarse con ella significaría renunciar a su identidad, a su ciudad, a toda su vida.

Se supone que eres inteligente, pero no lo entiendes. Eres mi vida. Tú eres mi identidad. No te dejaré. ¿En cuanto a todo lo demás? *dice él, encogiéndose de hombros.* ¿Quién lo necesita?

Ella ríe. Tiembla de risa. Él no puede creer que se esté riendo. Luego siente la humedad en su mejilla, siente que presiona su cara contra su pecho, envuelve sus brazos alrededor de ella, se da cuenta: no se está riendo, está llorando. Le promete que siempre la protegerá. Y ella dice en voz alta, por primera vez en su vida…

Soy una Herondale. Yo te protegeré.

Él responde que es un trato.

* * *

No se siente como vivir a la carrera. Se siente como piedras saltando a través de un lago. Se sumergen en una vida, donde quieran —Berlín, Tokio, Río, Reikiavik—, establecen identidades, conexiones con el submundo, y cuando Jack quema demasiados puentes o Rosemary rastrea una hada o, una vez en París, descubren a un cazador de sombras en su camino, se desprenden de sus identidades, cambian sus nombres y caras, resurgen en otros lugares. Consideran, a veces, pasar a la clandestinidad, vivir como mundanos, pero esta fue la elección de sus padres, y resultó ser fatal. Serán más inteligentes, más seguros, y cuando construyan nuevas identidades para ellos mismos, crearán una red de contactos a los que llamar si fuera necesario. Contactos, pero nunca aliados, nunca amigos, nunca alguien que haga demasiadas preguntas cuando aparezcan o desaparezcan. Sin obligaciones, sin ataduras, sin raíces. Sólo se necesitan el uno al otro… y entonces tienen a Christopher, y todo cambia.

Ella insiste en tener al bebé en secreto. Nadie puede saber que hay otro enlace en esta cadena maldita. Incluso cuando estaba embarazada, se da cuenta más tarde, había comprendido lo que tendría que hacer en cierto momento.

Una vez que tiene a Christopher, finalmente entiende a sus padres, sus vidas consumidas por el miedo. No por ellos, sino por ella. Se niega a imponer eso a su hijo. Quiere una vida mejor para él, algo más que alambre de púas y alarmas de seguridad. Quiere que él tenga un hogar. Quiere que él sepa confiar, que conozca el amor. Quiere salvarlo de esconderse.

Jack odia eso.

¿Así que quieres protegerlo de tener que mantener su secreto ocultándoselo? ¿Quieres evitar que sepa que *tiene* un secreto?

Y ella dice que sí, exactamente, y entonces él crecerá sin temor al mundo.

Jack dice que crecer sin miedo al mundo es una buena manera de ser destruido por él.

Ella espera hasta que el bebé tenga la edad suficiente para comer alimentos sólidos, la edad suficiente para sobrevivir sin ella, o —más concretamente—, para poder convencerse a sí misma de que él puede sobrevivir sin ella. No sabe si puede sobrevivir sin él, sin ninguno de ellos, pero es el momento.

Los envía lejos.

* * *

Está tendida en el suelo. Está muriendo. Hay extraños aquí, pero está sola. Se esconde en el lugar secreto en su mente donde guarda sus recuerdos de Jack y Christopher. Piensa que tal vez sabía que esto era inevitable, ¿por qué volver a Los Ángeles, donde sería tan fácil encontrarla?

Está tan cansada de estar sola. Está cansada de extrañar a su hijo y a su marido, cansada de obligarse a no buscarlos. Al menos en Los Ángeles, puede sentirse cercana al pasado, a la familia que ha perdido. Esta es la única ciudad que se ha sentido como en casa, porque aquí fue donde encontró su hogar en los brazos de Jack, y en sus momentos más débiles, aquí es donde imaginó un hogar para ellos, Rosemary y Jack y Christopher, una familia de nuevo, una vida de cuento de hadas en su casa con jardín. Ella plantó un jardín que pensó que le gustaría a Christopher. Llenó sus días imaginándolos con ella, y ahora, muriendo, los imagina todavía con ella.

Tal vez ella ha ganado. Tal vez Fal crea que la línea ha muerto con ella, y Christopher puede estar a salvo. Ese es el alivio al morir. Eso, y sabiendo que si ella está equivocada, si falla, se salvará de tener que verlo sufrir. Nunca lo verá morir debido a quién es su madre. Este es su último pensamiento, ya que el dolor la lleva a la oscuridad. Nunca tendrá que conocer un mundo sin Christopher…

* * *

Y entonces es Tessa otra vez, y está al lado de Will, y Jem está allí, y Will se está escapando, y está tratando de entender cómo enfrentará un mundo sin él.

* * *

Y entonces Tessa está en un puente, el Támesis debajo de ella, un milagro a su lado. El amor volvió a despertar, el amor volvió. Jem, su verdadero y real, en carne y sangre, James Carstairs, le devolvió el silencio y la piedra, y Tessa, cuyo corazón ha permanecido tan lleno a través de los años y años de días vacíos, finalmente ya no está sola.

* * *

Y luego ella está de pie junto a un gran mar, montañas que se ciernen sobre un cielo cristalino. Las olas golpean fuertes y estridentes contra la playa, y Jem está a su lado, su rostro es tan hermoso como el mar. Ella sabe que este momento nunca ha ocurrido, pero aquí están, juntos.

No puedo creer que esto sea real, *dice ella.* Que estés aquí conmigo.

Vuelve a mí, *dice Jem.*

Pero ella está ahí, con él.

Quédate conmigo, *dice Jem.* Por favor.

¿Pero a dónde iría ella?

Él está envejeciendo, justo delante de ella, con la piel hundida, el pelo encaneciendo, la carne marchita desde los huesos, y ella sabe que lo está perdiendo, lo verá morir mientras mira a todos morir, tendrá que aprender todo de nuevo para sobrevivir. Un mundo sin amor.

Por favor, Tessa, te amo, *dice él.*

Se está desmoronando ante sus ojos, y ella piensa en Rosemary, que ha soportado tantos años sin los que más amaba —sabiendo que su familia vivía, pero no podía estar con ella— y está agradecida, porque Jem está aquí. Ahora.

Eso es suficiente*, le dice a Jem.* Tenemos el ahora. Nos tenemos el uno al otro.

Por favor, Tessa, quédate conmigo, te amo, *dice Jem, y ella se aferra a él, seguirá aguantando todo el tiempo que pueda, sin temor a...*

…Tessa despierta para encontrar a Jem a su lado, su mano cálida entre las suyas, sus ojos cerrados, su voz baja, urgente, murmurando.

—Quédate conmigo, te amo, quédate conmigo…

—¿A dónde más iría? —dijo débilmente, y cuando su mirada se encontró con la de ella, su rostro se rompió en la sonrisa más hermosa que jamás había visto.

Todo dolía, pero el dolor era un recordatorio agradable de la vida. Los labios de Jem fueron increíblemente suaves contra los de ella, como si temiera que ella se rompiera. Tessa no reconoció la habitación en la que estaba recostada, pero reconoció a la figura encapuchada que se deslizó dentro de la habitación tras la frenética llamada de Jem.

—Hermano Enoch —dijo ella con gusto—. Ha pasado algún tiempo.

Él ha estado muy preocupado por ti, dijo el Hermano Silencioso en su mente.

Los sueños febriles de Tessa ya se estaban desvaneciendo, pero sentía que estaba vibrando de amor… y desesperación. Entendió el pánico en los ojos de Jem, porque había vivido dentro de su propio terror, lo había visto morir una y otra vez, e incluso ahora, despiertos, los sueños se sentían demasiado sólidos, muy similares a un recuerdo.

Sintió las huellas de Rosemary en su mente, esos últimos segundos desesperados de la vida dando paso a la muerte, casi de buena gana, y comprendió: era más fácil morir protegiendo a las personas que amas que verlas morir en tu lugar. Qué horribles elecciones tenía la mortalidad para ofrecer.

Esa fue la oferta del demonio para negociar el regreso de Jem, la verdad de la que ella había tratado de escapar. Él podría vivir para siempre, pero nunca vivir realmente —nunca amar— o ella podría tenerlo de vuelta, completamente vivo y completamente *mortal*, para perderlo inevitablemente para siempre. No había sido su decisión, por supuesto. Pero Jem la había elegido a ella. Y ella nunca podría arrepentirse de esto.

El Hermano Silencioso le pidió a Jem que saliera y los dejara en privacidad por un momento, y Jem le dio un último beso en la frente y se despidió. Tessa se incorporó en la cama, su fuerza ya regresaba.

¿Recuerdas lo que pasó?, preguntó el Hermano Enoch.

—Recuerdo que Fal atacó, y luego… Había tantos sueños, y eran tan vívidos. Y… —Tessa cerró los ojos, tratando de recuperar los detalles de las extrañas vidas que había vivido en su cabeza—. No eran todos míos.

Estuviste atrapada durante varios días dentro del Cambio, dijo el Hermano Enoch.

—¿Cómo pudo pasar eso? —preguntó Tessa alarmada. Cuando experimentó por primera vez con sus poderes, siempre había miedo asociado a la transformación. Permitirse hundirse tan completamente en el cuerpo y la mente de otra persona era arriesgarse a perderse. Le había llevado mucho tiempo y voluntad confiarse en el Cambio, confiar en que no importaba en cuántas formas se forzara, permanecía, indeleblemente, Tessa Gray. Si esa fe estaba fuera de lugar, ¿cómo podría ella arriesgarse a Cambiar de nuevo?—. ¿Tiene que ver con el arma?

No fue el arma la que causó esto.

La causa está en ti.

* * *

—¿Segura que estás preparada para esto? —preguntó Jem cuando él y Tessa se acercaron al Mercado de Sombras de Los Ángeles.

—Por centésima vez, sí. —Se dio la vuelta en un estilo muy poco parecido a Tessa, y Jem sonrió, haciendo todo lo posible para disimular su preocupación. El Hermano Enoch le había dado el alta, pero ella estaba tratando demasiado de aparentar que todo estaba bien. Y cuanto más lo intentaba, más sospechaba Jem de que no lo estaba.

Confiaba en Tessa, hasta los confines de la tierra. Si había algo mal, ella le diría cuando estuviera lista. Aunque, mientras tanto, se preocuparía.

—Hemos perdido suficiente tiempo —dijo Tessa—. Rosemary está contando con nosotros para encontrar a su hijo.

Resultó que Jem estaba en lo cierto al decir que el barman le dijo algo a Tessa sobre cómo encontrar al padre de Christopher Herondale, el hombre que alguna vez había sido conocido como Jack Crow.

Es exactamente la misma ave que solía ser, solo que un poco menos rufián.

—Es una adivinanza —Tessa había explicado, una vez que sacudió la bruma de sus sueños febriles—. Y ni siquiera una particularmente buena. Cuál es otra palabra para «cuervo»… Que sea solo un *poco menos* que rufián.

—Un *grajo*[45] [46] —se había dado cuenta Jem rápidamente.

---

[45] N. del T. Originalmente «rook», que significa grajo (un ave emparentada con los cuervos).

[46] N. del T. Juego de palabras intraducible. Originalmente se menciona «A little less of a crook», es un juego de palabras bastante complejo y entrañado (y muy malo, como dijo Tessa). En el original se hace uso de la palabra «crow» (cuervo), como referencia al apellido del esposo de Rosemary (Jack Crow); así como «crook» [rufián, ladrón o estafador (y según algunas fuentes también es una forma bastante arcaica de referirse a un cuervo)], palabra que se asemeja a su nuevo apellido: «Rook» (garjo), debido a esta semejanza es que el barman le dice a Tessa que Jack (quien ahora es Johnny) sigue siendo la misma ave (un cuervo), pero con una pequeña diferencia (es decir, la letra «c»).

Les dio, al menos, una pregunta que hacer, y, dada la tendencia de Jack Crow hacia los subterráneos problemáticos y los crímenes pequeños, el Mercado de Sombras de Los Ángeles parecía el lugar obvio para preguntarlo. Incluso en el medio de la noche y a kilómetros de la costa, el Mercado olía como el sol y el océano. Estaba lleno, esa noche, con brujas bronceadas que vendían brazaletes de cáñamo encantados, hombres lobo que vendían elaborados equipos de montaje de hierro forjado que unían armas a autos de lujo, y una cabina tras otra de jugos orgánicos y artesanales, los cuales parecían tener alguna combinación de antigua poción mística y plátano.

—¿Garantizado para aumentar los músculos, la virilidad y el magnetismo personal en un doscientos por ciento? —Tessa leyó con escepticismo mientras pasaban frente a un brujo vendedor de jugos.

—También es una excelente fuente de vitamina C —señaló Jem, riendo.

Ambos estaban tratando de parecer normales.

No pasó mucho tiempo para encontrar a alguien que había oído hablar de un criminal mezquino con el nombre de Rook.

—¿Estás buscando a *Johnny* Rook? —preguntó un hombre lobo canoso, luego escupió en el suelo. Rook aparentemente tenía su propio puesto en el Mercado, pero no había sido visto esa noche—. Dile que Cassius dice hola, y que si alguna vez intenta engañarme otra vez, felizmente le arrancaré la cara con los dientes.

—Lo haremos —dijo Tessa.

Obtuvieron una respuesta similar de todas las personas con las que hablaron… «Johnny Rook», tal parecía, había desatado una racha de mal augurio por toda la comunidad de subterráneos de Los Ángeles.

—Es asombroso que todavía *tenga* una cara que arrancarle —observó Tessa, después de que una hermosa y joven bruja explicara con gran detalle la forma en que lo haría, desfigurándolo si alguna vez tuviera esa oportunidad tan esperada.

—No es muy bueno en esto de esconderse, ¿verdad? —dijo Jem.

—No creo que él quiera ser muy bueno —dijo Tessa, con la mirada lejana que a veces ponía cuando oía la voz interior de otra persona—. Después de todo este tiempo, todas estas identidades, regresa a casa, hace un nombre para él mismo en el Mercado de Sombras… ¿Un nombre dolorosamente cercano por el que Rosemary lo conocía? Quería que ella viniera a buscarlo.

—Ella volvió a Los Ángeles también. Tal vez ella quería lo mismo.

Tessa suspiró, y ninguno de los dos dijo lo obvio, que si tan solo se quisieran un poco menos, Rosemary podría estar viva y su hijo podría tener una mejor oportunidad de seguir a salvo.

Deambularon por el Mercado; nadie sabía dónde encontrar a Johnny Rook esa noche, y la mayoría parecían encantados ante la perspectiva de que podría haber desaparecido para siempre. Tessa y Jem se enteraron de la mala actitud de Johnny, las malas prácticas comerciales, la gabardina mal ajustada, el mal hábito de proporcionar información a quien se la solicitaba, incluyendo —el vampiro que se quejaba de esto se había detenido en este punto para lanzarle una mirada asesina a Jem— a los asquerosos cazadores de sombras. Hasta que finalmente, cuando el sol estaba saliendo y los últimos vendedores se estaban yendo, escucharon algo de utilidad: una dirección.

* * *

Una vez más, el tráfico fue terrible. Tessa y Jem finalmente llegaron al vecindario correcto, solo para encontrarse rodeando las calles sombreadas durante un periodo de tiempo alarmantemente largo, sin poder localizar la casa de Rook. Tessa eventualmente se dio cuenta de que esto se debía a que se habían colocado hechizos de dirección errónea alrededor de su destino, la magia titilaba a través de explosiones de poder a medida que esta se desvanecía.

¿Por qué colocarlos?, se preguntó Tessa con una sensación de temor. Al menos el deterioro del hechizo significaba que podrían encontrar al esposo y al hijo de Rosemary.

Pero no eran los únicos que los buscaban. Llegaron, otra vez, demasiado tarde. La casa era una ruina de sangre e icor, los demonios Mantid causaban una sangrienta destrucción en una batalla desesperada con —los ojos de Tessa se agrandaron— *¿Emma Carstairs?* No había tiempo para hacer preguntas, no con los demonios insectoides que pululaban furiosos en busca de presas de sangre caliente. Los Jinetes de Mannan nunca habrían enviado demonios para hacer este trabajo, pero después de lo que Tessa había aprendido sobre Rook, supuso que no era sorprendente que tuviera más de un enemigo por el que preocuparse. Aunque quizás sus preocupaciones habían terminado: el cuerpo arruinado yaciendo en un charco de sangre era seguramente el de Johnny Rook. Mientras ella se lanzaba a la acción, cortó una afilada pata delantera, atravesando una cuenca abultada; dedicó un momento de pena por Rosemary, que había muerto tan esperando desesperadamente que su marido viviera.

Pero no todo estaba perdido. Porque allí, milagrosamente vivo a pesar de la nube de los Mantid rapaces, estaba el tesoro por el que Rosemary había sacrificado todo para resguardarlo: su hijo. Mientras Emma y Jem libraban una feroz batalla contra los demonios restantes, Tessa se acercó al niño. Ella pensó que lo habría reconocido en cualquier parte, no solo por los recuerdos de Rosemary cuando era pequeña, sino por los propios recuerdos de Tessa sobre sus hijos y nietos, sus recuerdos de Will. La determinación en sus ojos azules, la forma feroz y grácil que mantuvo sobre sí mismo cuando encaraba al peligro… no había duda, se trataba de un Herondale.

Ella se presentó. Él no dijo nada. Era tan joven, y estaba tratando de parecer valiente. Ella honró ese esfuerzo, hablándole como a un hombre, en lugar de un niño que necesita cuidado.

—Levántate, Christopher.

No se movió, su mirada se desvió —y luego se alejó rápidamente— del cuerpo. Los pantalones del muchacho estaban cubiertos de sangre, y Tessa se preguntó si le pertenecía a su padre.

—Mi padre. Él… —Su voz tembló.

—Debes lamentarte más tarde —le dijo Tessa. Era, por sangre y no por entrenamiento, un guerrero. Ella conocía su fuerza mejor que él mismo—. En este momento estás en gran peligro. Más de esas cosas pueden venir, y cosas peores también.

—¿Eres una cazadora de sombras?

Ella se encogió ante el disgusto en su voz.

—No lo soy —dijo ella—. Pero… —Rosemary había intentado tanto ocultarle esto. Lo había sacrificado todo para que pudiera vivir en la ignorancia de la oscuridad que lo rodeaba. Esa vida había terminado ahora, esa mentira estaba muerta, y Tessa sería quien le daría el golpe final y fatal—. Pero tú sí lo eres.

Los ojos del niño se ensancharon. Ella extendió una mano.

—Vamos. Ponte de pie, Christopher Herondale. Te hemos estado buscando desde hace mucho tiempo.

* * *

Jem contempló un paisaje de imágenes perfectas: crestas blancas en un mar salpicado de sol, los picos de las empalizadas que asomaban al cielo azul de un libro de cuentos, y junto a él, Tessa Gray, el amor de sus muchas vidas, y trató de averiguar porqué se sentía tan incómodo. Christopher Herondale, o Kit, como prefería que lo llamaran, estaba a salvo bajo la protección del Instituto de Los Ángeles. Jem y Tessa no le habían fallado a Rosemary, no del todo; la habían perdido, pero habían salvado a su hijo. Devolvieron a un Herondale perdido al mundo de los cazadores de sombras, donde, con suerte, encontraría un nuevo hogar. Él y Tessa se separarían pronto… ella había sido convocada al Laberinto Espiral para investigar algunos informes preocupantes sobre enfermedades en la comunidad de los brujos, mientras Jem buscaba el cuerpo de Malcolm Fade y el Libro Negro de los Muertos. Tenía la sensación de que lo que Fade había comenzado aquí en Los Ángeles era solo el comienzo de un peligro más grave. Todas estas eran razones suficientes para sentirse incómodo, pero no era eso.

Era Tessa, que aún se mantenía alejada de él, como si hubiera algo que no podía soportar que él supiera.

—Este lugar —dijo Tessa, sonando preocupada. Jem le pasó un brazo por los hombros y la abrazó. Estos se sintieron como momentos robados juntos, antes de recurrir a sus respectivas misiones. Él la inspiró, tratando de memorizar la sensación de ella, ya preparándose para su ausencia—. Hay algo tan familiar al respecto.

—¿Nunca has estado aquí? —preguntó él.

Ella sacudió la cabeza.

—No es… es más como algo que vi en un sueño.

—¿Estaba allí contigo?

La sonrisa de Tess tenía un inconfundible rastro de tristeza.

—Siempre estás en mis sueños.

—¿Qué pasa? —dijo Jem—. ¿Es Rosemary? No puedo evitar sentir que su muerte está sobre mis hombros.

—¡No! —insistió Tessa—. Hicimos todo lo que pudimos por ella. Todavía estamos haciendo todo lo que podemos, por el momento… Kit está a salvo, y esperamos que los Jinetes de Mannan aún no tengan idea de que existe. Tal vez la Corte Unseelie considerará su trabajo hecho.

—Tal vez —dijo Jem, dubitativo. Ambos sabían que era poco probable que terminara aquí, pero al menos habían conseguido a Kit en algún momento—. Ojalá pudiéramos hacer más por él. Ningún hijo debería ver asesinado a su padre.

Tessa tomó su mano. Ella sabía exactamente en qué estaba pensando Jem... no solo en todos los huérfanos esparcidos por el mundo de los cazadores de sombras que habían visto a sus padres siendo destruidos en la Guerra Oscura, sino en sus propios padres, torturados y asesinados ante sus ojos. Jem no le había contado a nadie más que a Tessa y a Will todo el horror que había soportado a manos de ese demonio, y contar la historia una vez era casi más de lo que podía soportar.

—Está en buenas manos —le aseguró Tessa—. Tiene a una Carstairs a su lado. Emma lo ayudará a encontrar una nueva familia, como nosotros lo hicimos con Charlotte, Henry y Will.

—Y el uno al otro —dijo Jem.

—Y el uno al otro.

—Sin embargo, no será un reemplazo para lo que ha perdido.

—No. Pero nunca se puede reemplazar lo que se ha perdido, ¿verdad? —dijo Tessa—. Sólo puedes encontrar un nuevo amor para llenar el vacío que se ha dejado.

Como siempre, el recuerdo de Will se sentó entre ellos, su ausencia una presencia.

—Ambos aprendimos esa lección muy jóvenes —dijo Jem—, pero supongo que todos lo aprenden eventualmente. La pérdida es lo que significa ser humano.

Tessa comenzó a decir algo… luego rompió a llorar. Jem envolvió sus brazos alrededor de ella, apretándola contra los sollozos. Alisó su cabello, le frotó la espalda y esperó a que pasara la tormenta. Su dolor era su dolor, incluso cuando él no entendía su origen.

—Estoy aquí —susurró—. Estoy contigo.

Tessa respiró hondo, temblando, y luego se encontró con su mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Puedes decirme lo que sea.

—Es… eres tú. —Ella le tocó la cara con suavidad—. Estás conmigo, ahora, pero no siempre lo estarás. Eso es lo que significa ser humano, como dijiste. Eventualmente te perderé. Porque eres mortal, y yo soy… yo.

—Tessa… —No había palabras para decir lo que necesitaba decir, que su amor por ella se extendía más allá del tiempo, más allá de la muerte, que había pasado demasiado tiempo estos últimos días imaginando su propio mundo sin ella, que incluso una pérdida insondable podría ser sobrevivida, que se amarían el uno al otro durante el tiempo que pudieran; así que, en cambio, la abrazó con fuerza, dejó que ella sintiera sus fuertes y firmes brazos a su alrededor, evidencia física: *Estoy aquí.*

—¿Por qué ahora? —preguntó con suavidad—. ¿Es algo que dijo el Hermano Enoch?

—Tal vez no me di cuenta de lo mucho que me había alejado de la humanidad durante todos esos años en el Laberinto Espiral —admitió—. Peleaste en la guerra, viste tanta violencia, tanta muerte, pero me estaba escondiendo…

—Estuviste peleando —la corrigió Jem—. A tu manera, que era tan esencial como la mía.

—Estaba luchando. Pero también me estaba escondiendo. No quería estar completamente en el mundo hasta que tú también pudieras estar allí. Y ahora, supongo, estoy despertando para ser completamente humana de nuevo. Lo que es aterrador, sobre todo ahora.

—Tessa, ¿por qué *ahora*? —dijo de nuevo, el pánico cada vez mayor. ¿Qué pudo haberle dicho el Hermano Enoch para causarle tanto terror?

Tessa tomó su palma y la apretó contra su estómago.

—La razón por la que tenía tantos problemas para Cambiar de regreso a mi forma auténtica es que no soy *sólo* yo en este momento.

—¿Te refieres a…? —Casi tenía miedo a tener esperanza.

—Estoy embarazada.

—¿De verdad? —Se sentía como un cable de alta tensión, la mera idea de ello, un *bebé*, encendiendo sus sinapsis en el fuego. Nunca se había dejado ilusionar por esto, porque sabía mejor que nadie lo difícil que había sido para Tessa, ver a sus hijos envejecer mientras ella no lo hacía. Había sido una madre maravillosa, le había encantado ser madre, pero él sabía lo que le había costado. Siempre había asumido que nunca querría soportar eso de nuevo.

—De verdad. Pañales, carritos para pasear, citas de juego con Magnus y Alec, suponiendo que podamos persuadir a Magnus para que espere unos años antes de que empiece a entrenar a nuestro hijo para hacer estallar las cosas, las nueve yardas enteras. Entonces… ¿Qué piensas?

Jem sintió que su corazón estallaría.

—Estoy feliz. Estoy… «feliz» ni siquiera me define ahora mismo. Pero tú… —Examinó su expresión cuidadosamente. Conocía su rostro mejor que el suyo, podía leerlo como uno de los amados libros de Tessa, y ahora leía: terror, anhelo, tristeza y, sobre todo, alegría—. ¿Tú también estás feliz?

—No pensé que pudiera volver a sentirme así —dijo Tessa—. Hubo un momento en el que pensé que ya no me quedaba más alegría. Y ahora… —Su sonrisa brillaba como el sol—. ¿Por qué te ves tan sorprendido?

Él no sabía cómo decírselo sin lastimarla, refrescando nuevamente el dolor, recordándole su pérdida, pero por supuesto, ella podía leer su rostro tan bien como él podía leer el de ella.

—Sí. Podría perderlos, algún día. Al igual que a ti. No puedo soportar la idea de ello.

—Tessa…

—Pero soportamos tanto que parece impensable. La única carga verdaderamente insoportable es vivir sin amor. Tú me enseñaste eso. —Entrelazó sus dedos con los de él, apretándolos con fuerza. Era tan inimaginablemente fuerte—. Tú y Will.

Jem tomó su rostro entre sus manos, sintió su piel cálida contra sus palmas y se sintió agradecido una y otra vez por la vida que le había sido devuelta.

—¿Vamos a tener un hijo?

Los ojos de Tessa brillaron. Las lágrimas se habían detenido, y el rastro que dejaron atrás era una mirada de fiera determinación. Jem sabía lo que le había costado perder a Will, y luego perder a la familia que había construido con él. Jem había perdido un pedazo de sí mismo cuando murió su *parabatai*; la ausencia de Will había dejado un vacío que nada podía llenar. A pesar de todos esos años todavía había dolor. Pero el dolor era evidencia de amor, era un recordatorio de Will.

Era más fácil no sentir. Era más seguro no amar. Era posible permanecer en silencio y quedarse quieto como una piedra, aislarse del mundo y sus pérdidas, vaciar el corazón. Era posible, pero no era humano.

No valía la pena perder la oportunidad de amar. Había aprendido esto de la Hermandad Silenciosa, y antes de eso, de Tessa. Y antes de eso, por supuesto, de Will. Ambos habían intentado tanto esconderse del dolor de las futuras pérdidas, mantenerse solitarios, a salvo de los peligros de la conexión. Habían fracasado tan bellamente.

—Vamos a tener un hijo —repitió Tessa—. Espero que estés listo para dejar de dormir por unos años.

—Afortunadamente, tengo mucha práctica en eso —le recordó—. Excepto cuando se trata de pañales.

—Escuché que han mejorado mucho desde la última vez que los necesité —dijo Tessa —. Tendremos que averiguarlo juntos. Absolutamente todo.

—¿Estás segura? —dijo Jem—. ¿Quieres tomar todo este reto de nuevo?

Ella sonrió como la Madonna de Rafael.

—¿Los pañales, las noches sin dormir, el llanto interminable, el amor que nunca imaginaste que fuera posible, como si tu corazón estuviera viviendo por fuera de tu cuerpo? ¿El caos y el miedo y el orgullo y la oportunidad de acurrucar a alguien y leerle hasta dormir? ¿Hacer todo eso contigo? No podría estar más segura.

Entonces la tomó en sus brazos, imaginando la vida que crecía dentro de ella y el futuro que tendrían juntos, una familia, más amor para llenar las ausencias dejadas por aquellos que habían perdido, más amor del que ninguno de los dos hubiera imaginado que fuera posible. El futuro era tan precario, ensombrecido por un peligro inminente que ninguno de ellos entendía del todo, y Jem se preguntó en qué clase de mundo nacería su hijo. Pensó en toda la sangre que se había derramado en los últimos años, ese sentido creciente de los cazadores de sombras que le hacía saber que algo oscuro estaba alzándose, que esta Paz Fría después de la guerra podría ser solo la inquietante calma en el ojo del huracán, aquellos momentos quietos y silenciosos en los que era posible engañarse a sí mismo para imaginar que lo peor ya había terminado.

Él y Tessa habían estado vivos por muchísimo tiempo como para engañarse a sí mismos, y pensó en lo que podría sucederle a un niño nacido en el ojo de una tormenta. Pensó en Tessa, su voluntad y su fuerza, su negativa a dejar que una pérdida tras otra la endureciera contra el amor, su negativa a ocultarse por más tiempo de la brutalidad del mundo mortal, su determinación a luchar, a resistir.

Ella también había sido una niña nacida en una tormenta, pensó, al igual que él, al igual que Will. Los tres encontraron el amor a través de sus luchas por encontrar la felicidad… y sin la lucha, ¿la felicidad habría sido tan grande?

Cerró los ojos y le dio un beso en el pelo a Tessa. Detrás de sus párpados no vio oscuridad, sino la luz de una mañana de Londres y a Will allí, sonriéndole.

Una nueva alma hecha de ti y Tessa, dijo Will. *Apenas puedo esperar para conocer a esa perfección.*

—¿También lo ves? —susurró Tessa.

—Lo veo —dijo Jem, y él la abrazó aún más fuerte contra él, la nueva vida que habían creado juntos entre ellos.

Atención:

Las últimas dos historias de «Fantasmas del Mercado de Sombras», contienen spoilers de la conclusión de la trilogía, Cazadores de Sombras: Renacimiento, «Reina del Aire y la Oscuridad»

Si aún no has leído el libro, es recomendable hacerlo antes de concluir con las siguientes historias. Puedes encontrar el libro en español aquí.

FANTASMAS DEL MERCADO DE SOMBRAS #9
Una novela
del mundo de
CAZADORES DE SOMBRAS
EL MUNDO PERDIDO
CASSANDRA CLARE
KELLY LINK

Fantasmas del Mercado de Sombras

Libro 9

El Mundo Perdido

de

Cassandra Clare

y

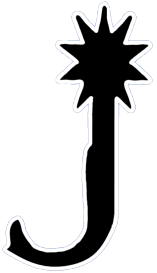
Kelly Link

El mundo y todo en él había ha cambiado…
la gente me pasó mientras estaba sentado,
gente que reía y bromeaba y chismorreaba.
Me pareció que los observaba cómo un hombre muerto
vería a los vivos.

—Arthur Conan Doyle, *El destino de Evangeline*

Sinopsis

Mientras que en el Escolamántico, Ty y Livvy prueban los límites de los poderes fantasmales de Livvy , Jem y Tessa se preparan para el nacimiento de su hija.



2013

—¿Así que no sientes ningún tipo de energía demoníaca u otro tipo de emanación supernatural desde el Dimmet Tarn? —preguntó Ty.

Era marzo, y fuera del Escolamántico, el mundo era de un blanco invernal, como todo en los montes Cárpatos era en la mañana. Ty estaba escribiendo en su escritorio, en el cuaderno negro donde por seis meses había mantenido un registro de los efectos secundarios, los beneficios y las cualidades del estado de resucitación de Livvy.

Las primeras entradas estaban llenas con líneas sobre lo *Incorpóreo*. *Invisibilidad a todos con algunas excepciones. Algunos animales parecen ser sensibles a ella. Mayormente los gatos, por ejemplo*, *aunque no puedo estar completamente seguro porque los gatos no hablan. Puede, con mucho esfuerzo, hacerse invisible a mí. Le he pedido que no lo haga. No duerme. No necesita comida. Ella dice que cree posible que pueda saborear cosas que yo (Ty) puedo comer. Probamos esto: Livvy esperó en el otro cuarto mientras yo probaba algunos alimentos… pero no es el mejor de los experimentos y está el hecho de pueda estar relacionado o no con el actual estado de Livvy o con que seamos mellizos o el inevitable hecho de que yo he causado todo esto. Magnus dice que hay muy poca información confiable. Sentido del olfato intacto. Experimenté con ella con calcetines limpios y sucios al igual que con varias hierbas. No tiene sensibilidad a extremos cambios de temperatura calientes o fríos. Dice que está feliz de estar conmigo. Dice que me ama y que desea estar conmigo. Esto prueba, si podemos hacer suposiciones, que algunas cosas (algunas emociones o relaciones) ¿sobreviven a la muerte?*

—¿No? —dijo Livvy. A menudo, mientras Ty escribía, ella flotaba sobre su hombro, para ver lo que escribía y opinar sobre sus notas con sus observaciones. Pero en ese momento, estaba más interesada en algo que había descubierto tallado en la pared debajo de la cabecera de la cama de Ty. Si hacía un esfuerzo, podía atravesar la cabecera de

madera, justo como los fantasmas de las películas de Dru, que podían caminar a través de las paredes. Cómo le habría gustado presumir esa habilidad a su hermana… pero ella y Ty habían acordado que ella no se manifestaría frente al resto de su familia.

Detrás de la cabecera de la cama del problemático dormitorio de Ty, en la parte superior estaban unas las letras vagamente nítidas, alguien había arañado un áspero enunciado en la pared y también una fecha.

—«Yo no escogí esta vida» —dijo Livvy en voz alta.

—¿Qué? —dijo Ty, sonando sobresaltado.

—Oh —dijo Livvy de forma precipitada—. Esa no fue una observación, Ty. Es algo que alguien grabó aquí en la pared. También hay un año. «1994». Pero no hay una firma.

Ty había estado en el Escolamántico por cuatro meses. Y a donde Ty iba, Livvy también lo seguía. Cuatro meses en el Escolamántico y seis meses desde que Livvy había vuelto como un fantasma cuando el catalizador que Ty estaba usando en su intento de resucitarla había fallado, y el hechizo del Volúmen Negro de los Muertos se corrompió. Al principio Livvy no había sido ella completamente. Habían páginas en la libreta de Ty sobre los huecos en su memoria, las formas en que no parecía ser la misma persona. Pero, gradualmente, había vuelto a ser ella misma. Ty había escrito en su libreta:

Jet lag, cuando alguien viaja entre costas o países y experimenta un cambio de husos horarios, es parte de la condición humana. Es posible que Livvy esté experimentando un tipo de versión parecida. Un escritor una vez llamó a la Muerte «ese desconocido país». Presumiblemente Livvy tuvo que viajar, al menos físicamente, un poco lejos para volver a mí.

Considerando todo eso, los últimos meses habían sido un momento de grandes y alarmantes cambios: el fantasma de Livvy regresando de entre los muertos no había sido ni el más grande ni el más alarmante.

La Cohorte y sus simpatizantes ahora estaban encerrados en Idris, mientras que los de la Clave habían sido exiliados a todos los rincones del mundo. Nadie podía entrar en Idris y nadie podía salir.

—¿Qué crees que estén comiendo? —le había preguntado Ty a Livvy.

—Los unos a los otros, espero —respondió Livvy—. O calabacín. Un montón de calabacín. —Estaba segura de que nadie podría disfrutar enteramente el calabacín.

También el Escolamántico había cambiado. Históricamente fue el instituto donde se entrenaban los centuriones, y Livvy había oído a los centuriones que fueron al Instituto

de Los Ángeles hablar del lugar. Se había convertido en un campo de reclutamiento para la Cohorte, y había sonado completamente horrible. Los simpatizantes de la Cohorte estaban ahora en Idris, y eso no fue una gran pérdida de acuerdo a Livvy. Todos los miembros de la Cohorte que había conocido habían sido matones, fanáticos, o lamebotas de mente mezquina. El calabacín del mundo de los cazadores de sombras. ¿Quién lo extrañaba? El verdadero problema ahora no era que se hubieran ido, sino que no se hubieran ido del todo. Allí estaban, acechando dentro de los muros de ldris planeando, conspirando, solo el Ángel sabía qué.

Algunos instructores del Escolamántico se habían ido a Idris con los centuriones, y ahora Jia Penhallow, la anterior Cónsul, estaba a cargo aquí. Ella había decidido renunciar como Cónsul, para poder tener tiempo para descansar, pero una vez mejorada su salud, quiso hacer algo útil. Su esposo Patrick estaba con ella y Ragnor Fell también habían intervenido, para enseñar y ofrecer orientación. Catarina Loss también era una presencia frecuente. Pasaba tiempo en la nueva Academia en la granja de Luke Garroway en el norte de Nueva York, pero también pasaría por el Escolamántico de vez en cuando para reponer la enfermería o curar enfermedades mágicas inusuales.

También hubo otros cambios. Kit se había ido a vivir con Jem y Tessa, mientras que Helen y Aline estaban ahora instaladas en el Instituto de Los Ángeles. Livvy deseaba con todo su corazón fantasmal que ella y Ty pudieran haberse quedado en Los Ángeles, pero Ty ha sido inflexible. Ir al Escolamántico fue su penitencia debía soportar su gran crimen... el gran crimen de intentar devolver a Livvy.

Livvy pensó que no era muy halagador. Ahora sería la carga fantasmal que Ty llevaba alrededor del cuello, pero era mejor una carga fantasmal que simplemente una hermana muerta.

—Nadie escoge esta vida —dijo Ty.

Había dejado su pluma, sonaba como si estuviera en algún lugar lejano. Livvy no creía que estuviera hablando del Escolamántico.

—Vi huellas de animales alrededor del Dimmet Tarn —dijo apresuradamente—. No está completamente helado... escuché a algunos de los otros estudiantes decir que este año es más cálido que cualquier otro registrado. ¿Puedes imaginar más nieve de la que hemos tenido? Parece como si los animales bajaran a beber de Dimmet Tarn. Me pregunto qué son.

—Un lince de los Cárpatos, probablemente —dijo Ty—. Se supone que ellos cazan por esos lugares.

—Creo lo mismo —respondió Livvy. Pero Ty no rió.

—Estuviste lejos por casi tres horas —dijo él—. Lo he anotado en el libro. Sentí como si una parte de mí se estuviera quedando dormida. Como si hormigueara.

—Yo también lo sentí, como una banda elástica siendo estirada —dijo Livvy.

La semana pasada cuando Ty no había tenido clases, habían experimentado con intervalos de tiempo en los cuales Livvy se movía progresivamente lejos y más lejos de Ty. El Dimmet Tarn estaba pasando el Escolamántico, a menos de cuatrocientos metros lejos del cuarto de Ty pero eso era lo más lejos que Livvy se había aventurado. Había estado flotando sobre la superficie del agua por mucho tiempo, se había sentido casi hipnotizada por la inmóvil quietud negra debajo de ella.

Había sido capaz de ver el reflejo de las hojas de los árboles en el lago pero no importaba que tan lejos presionara su cara en la superficie congelada del agua. Ella no era capaz de verse a sí misma. Podía ver su mano y podía sentirla, pero no era capaz de ver el reflejo de su mano y eso la había hecho sentir realmente extraña. Así que solo había mirado el agua y había dejado ir toda su sus preocupaciones e infelicidad. La única cosa que la mantenía estable era Ty.

Eventualmente había retirado su atención del Dimmet Tarn y había vuelto con él.

— Me hubiera gustado ver un lince de los Cárpatos —dijo

—Están en peligro —respondió Ty—. Y son muy tímidos.

—Y yo soy muy invisible —dijo Livvy—. Así que siento que mis posibilidades son bastante buenas. Pero, por favor, marca que el Dimmet Tarn es un lago bastante ordinario. Creo que esas viejas historias, deben ser solo eso, historias.

—Se requiere más investigación adicional —dijo Ty—. Seguiré investigando en la biblioteca.

Habían elegido el Dimmet Tarn como destino para Livvy no solo porque la distancia era una medida útil sino porque había muchas historias interesantes sobre el Dimmet que los estudiantes relataban en el Escolamántico. Supuestamente, una vez había sido un lugar de gran extrañeza, pero ninguna de las historias se ponía de acuerdo sobre la naturaleza de la extrañeza. Algunas historias decían que alguna vez fue un lugar amado por las hadas. Otros decían que había una gran cantidad de huevos demoníacos, abajo en el fondo del lago, tan profundo que ningún sondeo con cuerda podría dar una verdadera medida. Otra historia decía que un hechicero infeliz había encantado el agua para que al nadar una maldición diera a los nadadores un hongo del dedo del pie que eventualmente, serían setas miniatura azules y verdes, eso sonaba improbable, pero los brujos a menudo

eran un poco improbables. Era uno de los efectos secundarios potenciales de la inmortalidad. Te volvías bastante malo al dejarte llevar.

—¿Intentaste sumergirte? —preguntó Ty.

—Sí —dijo Livvy. Al igual que al pasar a través de una cabecera, había sido capaz de sumergirse en el agua. No había nada como nadar en Los Ángeles, donde el agua era verde o azul o gris, dependiendo de la hora del día y si el sol brillaba, y todas las olas llevaban una capa de espuma blanca que venía apresuradamente en dirección a la arena mojada. El Dimmet Tarn era negro, completamente negro, tan negro como la noche, pero sin estrellas ni luna ni la promesa de que alguna vez amaneciera. Negro como el alquitrán, negro como... la nada.

Livvy no había sentido el agua del Dimmet Tarn, pero de todos formas, se hundió, lentamente, hasta que su cabeza estuvo debajo de la superficie, la oscuridad debajo de ella, la sugerencia del cielo de invierno que se alzaba sobre ella hasta que desapareció por completo y no vio nada. Se había hundido y caído en ese vacío, en esa oscuridad, en esa nada, hasta que ya no supo si se seguía hundiendo. La nada era todo lo que la rodeaba. Solo ese hilo que la conectaba con Ty se mantenía, tan delgado como podría ser y, sin embargo, más fuerte que el metal más fuerte.

Ella y Ty habían teorizado que ya que ahora era un fantasma, tal vez y extrañamente, podría descubrir el secreto del Dimmet Tarn. A Livvy le había gustado la idea de que podría tener algún tipo de superpoder, ser útil de alguna manera, y a Ty le gustó la idea de que podría haber un misterio local que podrían resolver. Pero si había un misterio oculto en el Dimmet Tarn, Livvy aun no lo había descubierto.

—Pronto van a tocar la campana para la cena —dijo Livvy.

—Espero que no sea pan de oliva —dijo Ty.

—Lo es —dijo Livvy—. ¿No puedes olerlo?

—Agh —dijo Ty. Dejó el cuaderno negro y tomó uno rojo en el que guardaba sus horarios. Le dio la vuelta a la página—. Ya son tres veces en cuatro semanas.

Livvy se había preocupado cómo sería para su hermano, estar tan lejos de casa, pero Ty se había adaptado sorprendentemente bien. Había trazado un horario para sí mismo la primera noche, y lo seguía fielmente. Preparaba su ropa cada noche para la mañana siguiente, y antes de quedarse dormido revisaba su despertador contra el reloj que llevaba alrededor de su muñeca. Ty guardó uno de los viejos encendedores vacíos de Julian en el bolsillo de sus jeans, para cuando necesitaba mantener sus dedos ocupados, y llevaba sus auriculares alrededor de su cuello durante las clases como un tipo de talismán.

Después de haber fallado en resucitar a Livvy de entre los muertos, Ty había tirado su teléfono al Océano Pacífico, para no estar tentado a probar otros encantamientos del Volumen Negro. Ahora tenía un nuevo teléfono, pero no había descargado sus fotos. Más penitencia, pensó Livvy, aunque Ty no lo había dicho. En su lugar, tenía un tríptico de las pinturas de Julian en la pared sobre su escritorio: una de sus padres, una de todos los hermanos Blackthorn y Diana y Emma, con el océano detrás. La tercera pintura era de Livvy, y Livvy a menudo se encontraba mirándola fijamente para que no olvidar su propio rostro. No poder verse sí mismo en un espejo no era gran cosa en comparación con las otras partes de estar muerto, pero de todos modos no era muy agradable.

Ty le escribía una carta a Julian todas las semanas, y le escribía a Dru, Mark, Diana, Tavvy y a Helen en postales, pero Livvy no pudo evitar notar que nunca le escribía a Kit en absoluto. Ella sabía que Kit estaba enojado con Ty por tratar de usar el hechizo de resurrección, ¿pero, Kit ya habría superado eso para entonces? Si ella mencionaba a Kit, Ty se encogía de hombros y se ponía sus audífonos.

En general, pensaba, Ty parecía haberse adaptado bien al Escolamántico. Mejor de lo que Livvy se había imaginado, antes de morir, ella se había imaginado muchas cosas. Ty no haba hecho ningún amigo, pero logró todo lo que sus instructores le pedían y si él estaba mayormente callado o apartado de los otros, nadie parecía pensar que eso era extraño. Ahora había una gran cantidad de niños cazadores de sombras en el Escolamántico que se preocupaban o se asustaban u ocasionalmente lloraban en un rincón. Ty mantenía baja la cabeza. Nadie excepto Livvy, y tal vez Julian, habría sabido que había algo mal.

Pero había algo mal. Y Livvy no tenía ni idea de cómo solucionarlo, especialmente porque no tenía idea de lo que estaba mal. Todo lo que podía hacer era estar ahí. Ella le había prometido que siempre estaría ahí. Él la había salvado de la muerte, y ella lo amaba.

Y de cualquier forma, ella no tenía otro lugar a dónde ir.

Algunas veces, mientras Ty estaba estudiando o durmiendo, ella iba a explorar. A la librería, donde un gran árbol plateado crecía a través del techo roto como presagio de que ni una pared o una adversidad (o promesa) duraba para siempre.

A veces se demoraba cuando un estudiante leía solo en la biblioteca, o se sentaba en el borde de una ventana, mirando el Dimmet. Y pondría toda su atención sobre ellos, probándolos, para ver si podía darse a conocer.

—¿Puedes verme? ¿Puedes verme?

Pero nadie la veía. Una vez, tarde en la noche, Livvy se encontró con unas chicas besándose en una alcoba, una con un el cabello negro y rizado, y la otra rubia. Sólo tenían un año o dos más que ella, y Livvy se preguntó si este sería su primer beso.

—Es tarde —dijo la rubia mientras retrocedía—. Debería volver a mi habitación. Los libros no se van a leer solos.

La chica de pelo rizado suspiró.

—Está bien —dijo—, pero eso es cierto lo de los besos, también. No voy a hacerlo conmigo misma.

—Buen punto —le respondió la otra.

Pero esta vez la chica de pelo rizado fue la que se alejó de su agarre, riendo.

—Está bien, está bien —dijo—. Es tarde y ya completaste la tarea de los besos. Con las mejores notas. Y habrá tiempo para más besos más tarde. Mucho más tiempo para muchos más besos. Ve a leer tus libros. ¿Nos vemos en la práctica?

—Seguro —dijo la chica rubia, y agachó la cabeza, sonrojándose.

Livvy la siguió hasta su habitación.

—¿Puedes verme? ¿Puedes verme? —demandó—. ¡La vida es corta! Oh, ¿no lo ves? Hay menos tiempo del que crees y se está yendo.

A veces Livvy se preguntaba si se estaba volviendo loca. Pero era más fácil en el día, cuando Ty estaba despierto. Entonces ella no estaba tan sola.

* * *

Después de la cena, que en efecto fue pan de oliva, Ty se estaba alistando para dormir.

—Todo el mundo sigue hablando de Idris —dijo Ty—. Acerca de lo que podría estar pasando allí.

—Idiotas siendo idiotas, eso es lo que está pasando allí —dijo Livvy.

—Nadie puede entrar debido a las barreras —dijo Ty—. Pero los estuve escuchando y tuve una idea. Nadie puede entrar, pero ¿Qué tal si *tú* pudieras entrar?

—¿Yo? —dijo Liny.

—Tú —le dijo—. ¿Por qué no? Puedes pasar por todo tipo de cosas. Las paredes. Puertas. Podríamos al menos probarlo.

—Bueno —comenzó Livvvy, y luego se quedó en silencio. Un sentimiento vino sobre ella, y se dio cuenta de que la sensación era emoción.

Le sonrió a su gemelo.

—Tienes razón —dijo ella—. Al menos deberíamos probarlo.

—Mañana, después de la clase de Volcanes y los Demonios que habitan allí —dijo Ty. Haciendo una nota en su agenda.

* * *

Pero esa noche, mientras Ty dormía, Livvy se encontró a sí misma avanzando hacia el Dimmet Tarn nuevamente, hacia la nada de sus profundidades. Cada vez que pensaba en Idris, y en el experimento que ella y Ty intentarían mañana, pensaba en su propia muerte, en la puñalada que Annabel había realizado. Ese momento de dolor y dislocación. La desesperada mirada en el rostro de Julian mientras ella abandonaba su cuerpo.

Pero claro que Annabel no estaba ahora en Idris. Annabel estaba muerta. Y, claro, incluso si Annabel hubiera estado viva, Livvy no podía temerle a su asesina. Los cazadores de sombras no se asustaban. Pero ella pensó en su propio cuerpo sobre la piedra fría del Salón de los Acuerdos, el pensamiento de su cuerpo ardiendo en la pira, el pensamiento del lago Lyn, donde ella había regresado, todo eso la perseguía cuando se hundía en la oscuridad de Dimmet Tarn y dejó que su nada la ocultara.

Era casi de mañana cuando por fin se levantó, una luz nacarada ya se deslizaba sobre la corteza de nieve alrededor del lago. Y allí, también en el borde de éste, había un pequeño montón cubierto de nieve, como si alguien hubiera dejado caer su sombrero o bufanda.

Livvy miró cerca y vio que era un gatito, hambriento e inmóvil. Sus patas estaban rasgadas por el hielo, y había manchas de sangre en la nieve. Sus orejas eran largas, con puntas negras y su pelaje estaba manchado de negro también.

—Pobre cosita —dijo Livvy, y el gatito abrió los ojos. Miró directamente a Livvy y gruñó silenciosamente. Y entonces sus ojos se cerraron de nuevo.

Livvy voló de regreso al Esclomatico, hacia Ty.

—¡Ty despierta! —le dijo—. ¡Deprisa, despierta, despierta!

Ty se incorporó de golpe.

—¿Qué sudece? ¿Qué está mal?

—Hay un lince de los Cárpatos junto al Dimmet Tarn —dijo Livvy—. Un gatito. Creo que se está muriendo. Apresúrate, Ty.

Se puso un abrigo sobre su pijama y unas botas. Tomó una manta y la envolvió en sus brazos.

—Muéstrame —dijo.

El gatito todavía estaba vivo cuando volvieron a Dimmet Tarn, las botas de Ty se hundían a través de la nieve con cada paso. A veces se sumergían hasta las rodillas. Pero Livvy, claro, flotaba por encima de la nieve. A veces había ventajas al estar muerta. Livvy podía admitir eso.

Se podía ver la pequeña subida y caída del pecho del lince. Pequeños suspiros de aliento emergían de su oscura nariz.

—¿Va a estar bien? —preguntó Livvy—. ¿Vivirá?

Ty se arrodilló en el banco de nieve al lado del lince y comenzó a envolverlo en la manta.

—No lo sé —respondió—. Pero si vive, será por que tu lo salvaste, Livvy.

—No —dijo Livvy—. Lo encontré. Pero no pude salvarlo. Tendrás que ser tú quien lo salve.

—Entonces ambos lo habremos salvado —dijo Ty, y le sonrió. Si Livvy hubiera tenido un cuaderno, ella lo habría escrito. Había pasado mucho tiempo desde que había visto a su hermano sonreír.

* * *

Ty encontró una caja y le puso un suéter viejo. De la cocina consiguió un plato de la cazuela de pollo y un recipiente para llenar con agua. Cuando el lince no comió ni bebió, se dirigió a la enfermería y le preguntó a Catarina Loss qué debía hacer.

—Ella le dijo que humedeciera un pedazo de paño, ¿una camiseta, tal vez? ¿O una toalla de mano?, y luego goteara el agua en su boca.

—Entonces hazlo —dijo Livvy con ansiedad. ¡Qué inútil se sentía!

—Catarina también me dio una botella de agua caliente —dijo Ty. Buscó en la caja y desenvolvió el paquete de la manta lo suficiente como para poner la botella de agua caliente también. Luego comenzó a gotear agua sobre la boca del lince hasta que el pelaje estaba mojado alrededor de su cara.

Ty era más paciente de lo que Livvy pensó que lo sería. Sumergió la sección más pequeña de la manga de la camiseta en un tazón de agua y luego lo escurrió suavemente, hasta que el animal abrió la boca y mostró una lengua rosa. Ty dejó caer agua en su lengua, y cuando el lince la tragó, tomó el tazón y lo inclinó lentamente para que el lince pudiera beber sin mover la cabeza. Después de eso, cortó el pollo en pequeñas piezas y lo alimentó con las piezas. El lince comió de forma voraz, haciendo pequeños y enojados ruiditos.

Finalmente el pollo se había terminado.

—Debes conseguir más —dijo Livvy.

—No —dijo Ty—. Catarina dijo que no lo dejara comer mucho todavía. —Envolvió una toalla alrededor del lince y luego cubrió la caja con una chaqueta—. Vamos a dejarlo dormir ahora. Le daré más, más tarde.

—¿Qué hay de su nombre? ¿Vas a darle un nombre?

Ty se rascó la cabeza. Livvy vio, con una punzada de dolor, que tenía los comienzos más débiles de una barba en su rostro. Porque él, por supuesto, seguiría creciendo. Un día él sería un hombre, pero ella siempre sería una niña.

—Pero no sabemos si es un niño o una niña —dijo Ty, con la mirada fija en una oreja de punta negra, la única parte visible del lince.

—Entonces podemos darle un nombre de género neutral —dijo Livvy—. Como Rayas o Héroe o Comandante Kitty.

—Veamos si vive primero —dijo Ty.

Por mutuo acuerdo, postergaron el plan para probar las capacidades de Livvy para traspasar los límites de Idris hasta el día siguiente. Ty asistió a sus clases, y Livvy vigiló al lince, y entre las clases de Ty le dio al cautivo cada vez más animado sobras y restos de comida y cuencos de leche. Cuando las campanas de la cena estaban sonando, habían

comprobado el sexo del lince y los brazos de Ty estaban ensangrentados por los rasguños. Pero el lince estaba dormido y ronroneando en su regazo.

Había una caja de arena improvisada en el armario, y resultó que, los juguetes que le ayudaban a Ty con su nerviosismo, también eran excelentes juguetes para gatos.

—Irene —dijo Ty. Una vez más, Livvy vio que estaba sonriendo—. Vamos a llamarla Irene.

Al final, se saltó la cena por completo. Y esa noche, Livvy no regresó a Dimmet Tarn. En cambio, cuidó a su hermano, Irene se acurrucó alrededor de su cabeza sobre la almohada, sus ojos brillantes se cerraban y abrían, siempre fijos en Livvy.

Había una nueva nota en el libro de Ty. Decía:

Los linces la ven. ¿Se debe a que el lince (le dimos un nombre, Irene) estaba cerca de la muerte? ¿O porque es un gato, aunque más grande que los gatos domésticos? Poco concluyente. Se necesita más investigación, aunque los gatos grandes pueden ser difíciles de acercarse para investigarlos.

* * *

Si no hubiera sido por el tema de Idris, Livvy podría haberse pasado todo el día jugando con Irene. Ella y Ty habían descubierto que, si Livvy arrastraba el pie por el suelo, Irene intentaría saltar, una y otra vez. Ella no podía entender porqué no podía atrapar a Livvy.

—Como un puntero láser —dijo Ty—. Eres el punto rojo que siempre se escapa.

—Esa soy yo —dijo Livvy—. El punto rojo que esquivas. Entonces, Idris. ¿Cómo hacemos esto?

Los cazadores de sombras usaban portales para ir a Idris. Solo que ahora, Idris estaba protegida y los portales no funcionaban. Livvy, estando muerta, no necesitaba portales. Cuando Ty había llegado al Escolamántico, él había atravesado un portal y la voluntad de Livvy se había ido con Ty. Para estar en el lugar donde estaba Ty.

—Debería ser lo mismo que con el Dimmet Tarn. O cuando estoy en clase y de repente simplemente apareces. Mantén a Idris en tu mente, como una imagen. Permítete ir allí —dijo Ty.

—Lo haces sonar fácil —dijo Livvy.

—Algo que debe ser fácil —dijo Ty—. No todo puede ser difícil todo el tiempo.

—Bueno —dijo Livvy—. Aquí vamos.

Pensó en Idris, en el lago Lyn. De los momentos en que ella ya no estaba muerta. Lo vio en su mente y lo mantuvo allí. Y luego ya no estaba en la habitación con Ty e Irene. En cambio, estaba flotando sobre la gran quietud de Dimmet Tarn.

—Gran trabajo, Livvy —se dijo a sí misma. Pero no volvió a Ty. En cambio, pensó en Idris una vez más, y esta vez, imaginó que estaba viva de nuevo. Pensó en la vez en que era muy joven, había cruzado un portal con su familia desde la playa, fuera del Instituto de Los Ángeles, hasta Idris. ¿Esa había sido la primera vez que había ido a Idris?

Cerró los ojos, los abrió y se encontró a sí misma junto al océano en Los Ángeles. El sol estaba saliendo, convirtiendo la espuma sobre las olas en un ardiente encaje. Y allí estaba el instituto donde su familia se despertaría pronto. Haciendo el desayuno. ¿Pensarían en ella? ¿Soñarían con ella y luego despertarían y pensarían en ella otra vez?

—Aquí no es donde quiero estar —dijo, y sabía que no era cierto. Lo intentó de nuevo —. Aquí no es donde se *supone* que debo estar.

El sol estaba saliendo, y ella trató de sentir su calor… algo más que su brillo. Para calentarse. Lo que ella habría dado por sentir la corteza de terciopelo húmedo de la capa superior de la arena debajo de sus pies, sentir la frialdad de la arena que cambiaba por debajo de la temperatura cuando el calor de sus pies humanos se empapaban en ella. Para gritar hasta quedarse ronca, sabiendo que nadie la escucharía por encima del estruendo de las olas. Se agachó y trató con cada partícula de sí, recoger un trozo de cristal de playa. Pero fue un esfuerzo inútil. No tenía más efecto en el mundo que un fragmento de un sueño. De hecho, le parecía que se estaba encogiendo, cada vez más y más pequeña hasta que ya no estaba de pie en la arena, sino que se deslizaba entre los granos de hielo, ahora tan grandes como rocas a su alrededor.

—¡No! —dijo. Y ya no estaba en la playa en Los Ángeles. En cambio, estaba de vuelta en Dimmet Tarn, con los pies descalzos rozando la negrura profunda.

—Contrólate —se dijo con severidad—. E intenta de nuevo. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Esta vez, en lugar de pensar en Idris, Livvy pensó en la forma en que estaba limitado. Pensó en las barreras que mantenían alejados a todos los que no eran bienvenidos. Imaginó Idris, como el terrible postre que servían al menos una vez al mes en el Escolamántico, en el que se incrustaban trozos de fruta no identificables en una vasta cúpula de gelatina. Había ciertas ventajas en estar muerto: no se esperaba que te

entusiasmaran los terribles postres simplemente porque eran postres. Sin embargo, incluso muerta, recordaba la consistencia de la gelatina, y se imaginaba a Idris como si hubiera sido encerrada en gelatina en lugar de magia. Se imaginó viajando a Idris, a la orilla del lago Lyn, como si estuviera presionando contra un molde de gelatina. Haciendo esto, casi podía sentir las protecciones de Idris que se resistían a ella: hormigueando, resbalándose, y solo un poco maleables. Aun así, ella persistió, imaginando que presionaba todo su ser incorpóreo contra la magia.

Livvy cerró los ojos, y cuando los abrió, estaba en un prado verde donde nunca antes había estado. Había montañas blancas como el azúcar en el horizonte, e insectos, zumbando lánguidamente como secretos, entre las hojas de hierba. Ella no estaba en Idris. ¿Cuál era el punto de ser un fantasma si no podías infiltrarte en la guarida de los malos para perseguir a idiotas como la Cohorte?

—Esto probaría que fracasas en la vida, Livvy, excepto que, ya sabes —se dijo a sí misma. Y luego se sorprendió, porque parecía que alguien la había escuchado y estaba respondiendo.

—Si fracasan, ¿realmente importaría? —dijo la voz. Una voz masculina con un fuerte acento español. Livvy no podía ver a nadie, pero podía escuchar la voz como si el orador estuviera a su lado—. Entonces podríamos luchar. Estoy cansado de esto. Hemos estado sentados sobre nuestros traseros por meses, comiendo raciones simples y discutiendo sobre las metas más pequeñas.

—Cállate, Manuel —dijo una voz que Livvy conocía. Zara Y ahora también reconocía la voz de Manuel—. Se nos ha dicho que revisemos las salas, y así las revisaremos. La obediencia es una virtud en un cazador de sombras. También la paciencia.

—¡Paciencia! —exclamó Manuel—. Como si alguna vez hubieras practicado la paciencia en tu vida, Zara.

Livvy no podía ver nada más que el prado que la rodeaba, los picos blancos lejanos de la cordillera. Pero descubrió que podía sentir Idris, protegida contra ella, presionando contra su conciencia. Aunque no podía penetrar en las salvaguardas, aparentemente podía escuchar a través de ellos. Deben estar parados allí, Livvy a un lado de los muros y Zara y Manuel al otro.

—Estoy practicando una enorme paciencia en este momento, para no matarte —replicó Zara.

—Me gustaría que lo hicieras —dijo Manuel—. Entonces no tendría que sufrir con otra cena de dientes de león y media pastinaca adornada con una paloma no sazonada, mientras los compinches de tu padre discuten si marcamos el comienzo de esta nueva era

llamándonos los Ángeles Elegidos de Raziel o Primogénitos o el Frente Glorioso. ¿Por qué no nos llamamos simplemente Súper Personas Increíbles Que Hicieron Lo Correcto Pero Que Ahora Se Han Quedado Sin Café y Materias Primas?

—Piensas con tu estómago —dijo Zara.

Manuel ignoró esto.

—Mientras tanto, ahí afuera, hay vagabundos que tienen baguettes con Brie y galletas con chispas de chocolate, y tanques y tanques de café. ¿Sabes lo horrible que es espiar a las personas que están comiendo cosas deliciosas como croissants de chocolate cuando ni siquiera tienes un cubo de azúcar? Por el Ángel, nunca pensé que diría esto, pero echo de menos la comida del Escolamántico. Lo que daría por pan de oliva. ¡Pan de oliva!

Estoy muerta y no comería pan de oliva —pensó Livvy—. *Pero bueno, tampoco saldría con Zara.*

Todavía no podía ver nada de Idris dentro de las salvaguardas, pero mientras intentaba atravesarlas de nuevo, aparecieron símbolos brillantes que no reconoció, colgando en el aire.

—Este será un breve capítulo en la historia de la Orden Imperecedera —dijo Zara—. O como sea que nos llamen los historiadores. De todos modos, el punto es que cuando veamos que es el momento adecuado para dejar Idris y que tengamos todo el mundo para establecer lo merecido, nadie se molestará en anotar que extrañabas el pan de oliva. Van a escribir sobre todas las batallas que ganamos, y qué tan bien nos veíamos al ganarlas, y todos nuestros enemigos como Emma Carstairs murieron lastimosamente ahogándose en sus propias súplicas de misericordia.

—La última vez que la vi, estaba de fiesta en la playa —dijo Manuel—. Como si no estuviera pensando en nosotros en absoluto.

—Bien —dijo Zara—. Que no piensen en nosotros. Y entonces, seremos lo último que vean. Vamos. Las salvaguardas están aguantando. Volvamos antes de que no quede nada para el almuerzo.

Y así, las voces se habían ido. Livvy estaba sola en el prado verde, Idris tan inaccesible como siempre. Pero había tenido éxito, de alguna manera, ¿no es cierto? No había pasado las barreras, pero había reunido información. Había averiguado, ¿qué? Que la Cohorte escaseaba de comida, y era tan desagradable como siempre. Tenían algún tipo de plan para salir en alguna fecha desconocida de Idris, con algún tipo de ataque sorpresa. Lo más importante, parecían ser capaces de espiar, de alguna manera, el mundo exterior. Debería volver con Ty e informar lo que había aprendido. Todo lo que tenía que hacer era

jalar esa hebra de magia nigromántica que la conectaba con Ty, y volvería volando. Esto era lo más lejos que había ido de su hermano mellizo, y no era del todo una sensación cómoda. Y sin embargo, *fue* una sensación y Livvy se encontró saboreándola. Quedaba tan poco que sentir. Durante meses, había sido menos que una sombra en los talones de Ty. Ahora, libre y muy lejos de él, se sintió, más y menos sólida al mismo tiempo, de lo que había sido.

Se hundió en el prado cubierto de hierba, sintiéndose cada vez más pequeña hasta que las hojas de hierba se alzaban a su alrededor. El ruido de los insectos cambió… donde antes había sido agudo, ahora disminuía y se volvía atronador. ¿Por qué ella podía oír y ver pero no tocar nada? Extendió la mano hacia un imponente tallo de hierba y luego la retiró con un jadeo. Había una gota de sangre en su palma, como si se hubiera cortado en el borde verde. Y cuando se llevó la mano a la boca, su sangre fue la cosa más deliciosa que había probado en su vida. Cerró los ojos, disfrutando el sabor, y cuando los abrió de nuevo, estaba flotando sobre la plácida nada del Dimmet Tarn.

* * *

Había algo que debía estar haciendo. Había alguien que sabía de ella, que sabía lo que ella debía estar haciendo. Podía sentirlo tirando de ella, como si fuera un globo atado a una delgada cuerda. Estaban tirando de ella desde la oscura superficie en la cual no podía ver ningún rostro, sin importar lo duro que intentaba ver, y se dejó arrastrar por ellos.

Y entonces estuvo en una habitación enorme, junto con un delgado chico con cabello desaliñado que se paseaba de un lado a otro, jugueteando con un inservible encendedor, una pequeña criatura iba detrás de él, yendo tras sus pies.

—¡Livvy! —dijo el chico.

Y mientras él hablaba, ella recordó quién era ella misma y también él. Ahora estaba más alto. Difícilmente se le podría considerar un niño. Y no era que ella se hubiera hecho más pequeña. Sino que él estaba creciendo, y seguiría creciendo, y ella estaba muerta. Eso era todo.

—Ty —le dijo.

—Te fuiste todo el día —dijo él—. Son las tres de la mañana. Me quedé despierto porque me preocupé. Sentí como si estuvieras… bueno, muy lejos. Sentí como si algo estuviera… mal.

—Nada estaba mal —dijo Livvy—. Es solo que no podía entrar a Idris. Pero creo que de alguna forma, estuve en sus afueras. Afuera de las salvaguardas. Escuché a personas hablar. Zara y Manuel. Estaban revisando los muros y estaban hablando.

—¿Hablando sobre qué? —preguntó Ty. Se sentó en su escritorio y ojeó su libreta.

—Mayormente sobre lo hambrientos que están. Pero creo que tienen una forma de espiarnos. Bueno, no a nosotros, pero ya lo entiendes. Pueden espiar a todos los que están afuera de Idris. Y están planeando una clase de ataque sorpresa.

—¿Cuándo? —dijo Ty, escribiendo con rapidez.

—No lo dijeron. Y un «ataque sorpresa» es exagerar. Lo mencionaron como si no fuera de lo que deberían preocuparse, lo de atacarnos, y que estaríamos muy sorprendidos y luego muy, pero muy muertos. Porque piensan que son súper increíbles y que lo único que nosotros hacemos es sentarnos por ahí y comer deliciosos croissants. Y después terminaron de checar los muros y se alejaron, y ya no pude escuchar nada más.

—Aún así —dijo Ty—. Esas son dos piezas de información. Deberíamos decirle a alguien. Podría decirle a Ragnor. O a Catarina.

—No —dijo Livvy—. Yo soy la que lo descubrió. Yo quiero ser quien diga lo que sucedió. Iré a buscar a Magnus y se lo diré. ¿No dijo Helen en su última carta que Magnus estaba pasando un rato en el Instituto de los Ángeles?

Ty no la miró.

—Sí —dijo finalmente—. Parece justo. Tú deberías ir. Es solo que, ¿Livvy?

—¿Qué? —respondió ella.

—Mientras te fuiste —le dijo—, ¿te sentiste diferente? ¿Sentiste algo extraño?

Livvy pensó en la pregunta.

—No —dijo—. Escribe eso en el libro. Que no sentí nada absolutamente extraño. No necesitas preocuparte por mí, Ty. Estoy muerta. Nada malo puede sucederme ahora.

Irene estaba envuelta en la cama de Ty, sus piernas se extendieron mientras se acicalaba con fastidio una de sus patas. Sus ojos dorados no parpadearon mientras se fijaron el Livvy.

Yo pertenezco aquí. ¿Y tú?, parecían decirle.

—Tú e Irene deben cuidarse el uno al otro mientras no estoy. ¿Está bien? —dijo Livvy.

—¿Te irás ahora? —dijo Ty. Hizo una mueca como si el pensamiento le estuviera causando un dolor físico.

—No me esperes despierto —dijo Livvy, y entonces la habitación a su alrededor desapareció, y estuvo de nuevo de pie en la playa junto al Instituto de Los Ángeles, el sol se ocultaba debajo de las oscuras olas del Océano Pacífico. La fuerza del agua debajo de la arena se sentía mal de alguna forma.

Podía ver luces parpadeando en las ventanas del Instituto. No estaba segura, pero lo más probable era que ya hubieran cenado. Alguien, probablemente Helen o Aline, estarían lavando los platos. Tavvy estaría preparándose para dormir. Alguien le leería un libro. Lo más seguro era que Mark y Cristina estarían en Nueva York. ¿Ahora Mark estaría más acostumbrado al mundo mortal? Siempre le había parecido extraño, cómo había sido alejado de ellos y luego de vuelto. Lo extraño que había parecido cuando había regresado. Y ahora ella se había convertido en algo mucho más extraño.

De repente, deseó estar dentro del Instituto, lejos de la oscuridad del agua tan parecida a la negrura del Dimmet. Y entonces entró. Se encontró dentro de la cocina. Helen estaba sentada en la mesa, los platos seguían esperando ser lavados. Aline descansaba su cabeza contra el hombro de ella. Su brazo estaba alrededor de los hombros de Helen. Se veían absolutamente cómodas, como si siempre hubieran vivido ahí. Como si nunca hubieran sido exiliadas por sus familias.

—Es genial tener a Mark de vuelta por un par de días —dijo Helen.

Aline giró su cabeza en dirección al cuello de Helen.

—Mmm —dijo ella—. ¿Crees que podemos confiarle el Instituto por unas horas? Estaba pensando en reservar un día de spa para ambas.

—No —dijo Helen—. Probablemente no. Pero hagámoslo de todas formas.

Era espectacular ver lo cómodas que se sentían Helen y Aline, pero Livvy también sintió que era extremadamente injusto. Todos los demás lograron volver a casa. Mark. Helen. Incluso Ty volvería a casa un día. Pero ella jamás volvería, no realmente. Un estremecimiento de envidia, desesperación y deseo la atravesó, y como si tuviera un pequeño efecto material en el mundo, la pila de platos junto al lavabo se cayó repentinamente, enviando fragmentos y restos de comida sobre toda la barra y el piso.

—¿Qué fue eso? —preguntó Aline, levantándose.

Helen gruñó.

—Un temblor, creo. Ya sabes, bienvenida a California.

Livvy se alejó volando de la cocina, arriba hacia la habitación de Dru, donde su hermana se sentaba en su cama, mirando una de sus películas de terror en la dañada televisión del Instituto.

—¡Oye! —dijo Livvy—. ¿Tanto te gustan las películas de miedo? ¡Bueno, aquí estoy! El miedo en persona. ¡Buu!

Se puso justo frente al rostro de Dru, siendo tan ruidosa como pudo ser.

—¡Aquí estoy! ¿Puedes verme? ¿Dru? ¡Por qué no puedes verme! ¡Estoy justo aquí!

Pero Dru seguía viendo su estúpida película y Livvy sintió como se comenzaba a encoger, haciéndose más y más pequeña hasta que se sintió capaz de deslizarse dentro de la tranquila oscuridad de la pupila de su hermana como si fuera una piscina de agua y ella deseara sumergirse allí. Podría estar segura ahí. Sería un secreto para todos, incluso para Dru. Y así Ty ya no tendría que preocuparse por ella. Él también estaría a salvo.

—¿A salvo de qué, Livvy? —se preguntó a sí misma.

Entonces la pantalla de la televisión se oscureció, y los candelabros de luz mágica e¡sobre la cama de Dru parpadearon y se apagaron.

—¿Qué diablos? —dijo Dru y se levantó. Fue a la pared y tocó el candelabro. La habitación se llenó de luz de nuevo.

Hubo un toque en la puerta, y cuando Dru la abrió, Helen y Aline entraron.

—¿Sentiste algo justo ahora? —preguntó Helen.

—Estábamos en la cocina y una pila de platos de cayó —dijo Aline de forma ansiosa —. ¡Helen dice que podría haber sido un temblor! ¡Es mi primer temblor!

—No —dijo Dru—. ¿No lo creo? Pero la tele se apagó hace un par de segundos. Así que, ¿tal vez?

En el pasillo detrás de Helen y Aline, Mark apareció.

—¿También lo sentiste? —dijo Helen.

—¿Sentir qué? —respondió Mark.

—¡Un pequeño terremoto! —dijo Aline, sonriendo.

—No —dijo Mark—. No, pero Magnus acaba de recibir un mensaje de Jem. Dice que Tessa está en labor de parto. Así que se ha ido con ellos.

—Claro —dijo Helen de forma áspera—. Porque Magnus es exactamente la persona que querría que me acompañara cuando estoy a punto de dar a luz.

—Aunque apuesto a que da asombrosos regalos para bebés —dijo Aline—. Y siendo honesta, considerando todo, creo que siente que debió haber estado cuando Tessa y Will tuvieron a sus hijos. ¿Dónde están Julian y Emma ahora? Deberíamos decirles.

—París —dijo Helen—. Les gustó tanto que siguen extendiendo su estadía. ¿O crees que Magnus ya les ha hecho saber?

¡Magnus! Livvy se dio cuenta que había olvidado completamente la razón por la que había venido. Tenía información para él. Bueno. En un momento estaba en la habitación de Dru, ignorada y olvidada por un buen número de personas que ella había amado más que a nada en el mundo entero. Y al siguiente, las puertas del Instituto de Los Ángeles se abrieron de golpe y todas las ventanas del Instituto se abrieron hacia afuera y Livvy ni siquiera lo notó porque de repente estaba debajo de una luna llena sobre un oscuro estanque cubierto de almohadillas de lirios, rechonchas almohadillas de terciopelo del más suave gris bajo de luz de la luna. Las ranas, invisibles en las sombras, estaban cantando.

Sabía, sin el conocimiento de cómo sabía esto, que ahora estaba en un lado campestre, en algún lugar a las afueras de Londres. Estaba en la residencia Cirenworth, el lugar donde Jem y Tessa vivían con Kit Herondale. Julian lo había visitado, y lo describió en una carta a Ty. Habían caballos y vacas y árboles de manzanas. Tessa tenía un jardín de hierbas, y había un invernadero de cristal que Jem había convertido en un tipo de salón de música. ¡Qué agradable era la vida para los vivos! Jem también se había alejado del mundo por vidas enteras y se le había permitido volver. Oh, ¿por qué livvy no podía hacer lo mismo? ¿Por qué ella era la única que no podía regresar y tomar su vida de vuelta otra vez?

Aquí debía ser muy tarde en la noche, o muy temprano en la mañana, pero igual que en el Instituto, las luces estaban parpadeando en todas las ventanas de la casa. Cambió su rumbo hacia ella, y entonces estuvo dentro. Estaba en otra cocina, esta era muy diferente de la jovial y contemporánea cocina del Instituto. Las paredes eran de yeso blanco, decoradas con tallos de hierbas y ollas de cobre. Enormes agarraderas oscurecidas por el tiempo recorrían el techo blanquecino. Sentado a lo largo de una rasgada mesa de roble, estaba Kit, jugando solitario y bebiendo algo de una taza. Podría haber sido té, pero Livvy sospechaba por la cara que él había hecho mientras tomaba un sorbo, que era algo con alcohol.

—¡Buu! —dijo ella, y Kit dejó caer la taza, derramando el líquido sobre sus pantalones.

—¿Livvy? —dijo él.

—Así es —dijo, complacida—. Puedes verme. Se vuelve muy, pero muy aburrido ser invisible para todos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo Kit. Y luego—: ¿Se encuentra bien? ¿Ty?

—¿Qué? —dijo Livvy—. No, él está bien. En realidad estoy buscando a Magnus. Hay algo que tengo que pedirle. O decirle. Se supone que debo decirle algo.

—¿*Estás bien*? —dijo Kit.

—¿Qué, aparte de estar muerta? —respondió Livvy.

—Es solo que, em, pareces un poco distraída —dijo Kit—. O algo así.

—Sí, bueno, estoy muerta —dijo Livvy—. Pero aparte de eso.

—Magnus está en el antiguo invernadero con Jem y Tessa. Tessa está en labor de parto, pero, es que, ellos parecen actuar como si no fuera nada de qué preocuparse ni nada así. Solo están sentados y hablando como si nada. Pero, es que, sabes, como que me estaba volviendo loco. Es que, ella va a tener un bebé, ¿sabes? ¡Lo cual es asombroso! Pero creí que debía darles algo de espacio.

—Está bien, gracias —dijo Livvy—. Fue bueno verte, Kit. Lamento haberte asustado. Creo.

Y entonces estuvo en el invernadero, el cual había sido decorado completamente por un músico. Había un enorme piano en una esquina y varios instrumentos colgando de un hermoso gabinete de madera. Jem estaba tocando un violonchelo, sus largas manos dirigían el arco sobre las cuerdas como si estuviera encantando a esas bajas, hermosas y titilantes notas musicales. Tessa seguía el ritmo lentamente en contra del muro de cristal, una mano la tenía sobre su enorme vientre y la otra se posaba en su espalda. Magnus no estaba por ningún lado.

Aunque Livvy no estaba pensando en Magnus. Ya no más. Toda su atención estaba posada en Tessa. En la mano que descansaba en su vientre de embarazada. No podía apartar sus ojos de ella.

Hubo una voz en su cabeza, justo debajo de la canción que Jem estaba tocando, debajo de los sonidos de los latentes corazones que palpitaban en el invernadero: Jem, Tessa y la bebé que todavía no nacía. Casi reconoció la voz. Le pertenecía a alguien que alguna vez había sido muy querido para ella.

—Livvy —estaba diciendo—. Algo está mal. Creo que algo está mal.

Livvy hizo su mejor esfuerzo para ignorar a la voz. Pensó:

Si me hago muy pequeña, apuesto a que puedo hacer la cosa en la que estoy pensando. Puedo hacerme tan pequeñita que podría adentrarme en ese bebé. Y no abarcaría mucho espacio. En realidad, un bebé difícilmente es una persona. Si tomo el lugar de quien sea que vaya a ser este bebé, si quiero volver a nacer, eso no dañaría a Tessa ni a Jem para nada. Serían buenos padres conmigo. Y yo sería una buena hija. ¡Fui buena cuando estaba viva! Puedo ser buena otra vez. Y no es justo. No debí haber muerto. Merezco tener otra oportunidad. ¿Por qué no puedo tener otra oportunidad?

Se acercó a Tessa. Tessa gruñó.

—¿Qué sucede? —dijo Jem, bajando su arco—. ¿La categoría en la que me encuentro, es terrible al tocar? Magnus tal vez haya transformado este lugar mágicamente para ser acogedor con los instrumentos, pero sigo siendo un novato con los chelos. —Su rostro cambió—. ¿O ya es hora? ¿Debemos volver a la casa?

Tessa negó con la cabeza.

—Aún no —dijo ella—. Pero se está acercando. Sigue tocando. Me ayuda.

—Magnus volverá pronto con las hierbas que pediste —dijo Jem.

—Aún hay tiempo —dijo Tessa—. También hay tiempo para decidir si no quieres ser tú quien reciba a la bebé. Magnus puede ir a buscar a alguien.

—¿Qué, y perder mi oportunidad del gran momento? —dijo Jem—. Me gusta pensar que todos mis años como Hermano Silencioso no fueron totalmente inútiles.

Livvy se estaba encogiendo, encogiendo, encogiendo casi hasta convertirse en la nada. Toda la oscuridad fuera de los muros de cristal del invernadero la estaban presionando como si todo estuviera sumergido debajo del Dimmet Tarn, pero ella todavía podía escapar. Podía ser una niña con vida otra vez.

Jem se levantó y fue junto a Tessa. Se arrodilló en frente de ella y recostó su cabeza contra su vientre.

—Qué hay, Wilhelmina Yiqiang Ke Carstairs. Pequeña Mina. Eres bienvenida, pequeña Mina, mi corazón. Te estamos esperando con alegría, esperanza y amor.

Tessa apoyó su mano en la cabeza de Jem.

—Creo que te escuchó —dijo ella—. Creo que se está apresurando.

—¡Livvy! —dijo la otra voz. La voz que Livvy no quería escuchar ahora mismo, la que tiraba de ella como si fuera una correa—. Livvy, ¿qué estás haciendo? Algo está mal, Livvy.

Y oh, la voz tenía razón. Livvy volvió a ser ella. ¿Qué había estado pensando hacer? Se había propuesto a… y se dio cuenta de lo que había estado a punto de hacer, todos los muros del invernadero explotaron en dirección a las afueras de la noche en una enorme nube de restos de cristales.

Ambos, Jem y Tessa gritaron, agachándose. Y entonces Magnus estuvo ahí vestido en una pijama verde de seda bellamente bordada con Pokémon.

—¿Qué rayos? —dijo él, arrodillándose para ayudar a Jem y a Tessa levantarse-

—No lo sé —dijo Jem, alarmado—. ¿Demonios? ¿Un estruendo sónico?[47]

Magnus observó el invernadero. Una extraña expresión cruzó su cara cuando vio a Livvy.

—¡Lo siento! —dijo ella—. ¡No fue mi intención, Magnus!

—No es un demonio, creo —le dijo Magnus a Jem y Tessa, aún mirando a Livvy con una expresión dura—. No hay nada peligroso aquí. Vamos. Volvamos a la casa. Tengo tus hierbas, Tessa. Kit está haciéndote una agradable taza de té.

—Oh bien —dijo Tessa débilmente—. Los intervalos entre las contracciones están siendo más cortos. Creí que tendríamos más tiempo. ¿Estás seguro que no deberíamos estar más preocupados por lo que fuera que haya roto las ventanas?

—Todos siempre piensan que tendrán más tiempo —dijo Magnus. Aún seguía mirando a Livvy mientras decía—: Y no. No creo que deban preocuparse en absoluto. Y nunca dejaría que nada te sucediera. ¡Piensa en ello como parte del bautizo! Ya sabes que cuando bautizan a un barco, rompen una botella de champaña contra la proa. Tu bebé solo obtiene la versión de lujo. ¡Imagina su viaje! Predigo que su vida estará repleta de maravillas.

—Vamos —dijo Jem—. Entremos a la casa. Magnus, ¿podrías traer mi chelo? —Tomó su violín del gabinete, y con su otra mano, tomó el brazo de Tessa y comenzó a caminar hacia la casa, sobre la oscura tierra cubierta de cristales rotos.

—Oh, Livvy —dijo Magnus.

---

[47] N. T. Un sonido muy fuerte o un cambio de presión en el aire de manera súbita produce una onda de choque que puede romper materiales como el vidrio.

—Yo casi… —dijo ella.

—Lo sé —le dijo—. Pero no lo hiciste. Ve a buscar a Kit y quédate con él. Volveré contigo en un rato mientras extraigo el tónico de Tessa.

* * *

En realidad, Kit pareció aliviado de tener compañía, incluso si esa compañía era solo la de un fantasma.

—¿Qué sucedió allí? —dijo él—. ¿Qué pasó en el invernadero?

—Creo que esa fui yo —respondió Livvy—. Aunque no pretendía hacerlo.

—¿Este es el tipo de cosas que has estado haciendo en el Escolamántico? —dijo Kit—. ¿Es por eso que viniste a buscar a Magnus?

—¡No! —exclamó Livvy—. No he hecho nada como esto. Bueno, no hasta hoy. Creo que rompí unos platos en el Instituto de Los Ángeles. E hice que las luces se apagaran en la habitación de Dru mientras veía una película de terror.

—Asombroso —dijo Kit—. Así que, básicamente haces travesuras al estilo *poltergeist*.

—¡No era mi intención hacer nada de eso! —dijo Livvy—. Solo sucedió. Lamento haber roto el invernadero.

—Tal vez puedas intentar no hacer nada como eso otra vez —sugirió Kit.

—Claro —dijo Livvy—. Por supuesto. *No quiero* hacer nada como eso otra vez.

Un brillo de algo se vislumbró en el cuello de Kit, estaba usando una cadena.

—Oh —dijo Livvy, mirando más de cerca. Era una garza hecha de plata.

—Le pertenecía a mi madre —dijo Kit—. Jem y Tessa me la dieron hace tiempo. La encontré de nuevo esta mañana. Me había olvidado de ella.

—Es muy bonita —dijo Livvy.

—Te la daría si pudiera —respondió Kit—. La usó para convocar a Jem y Tessa a su lado cuando fue atacada. Al final, no la salvó. Así que le tengo resentimiento.

—Lo siento —dijo Livvy.

—¿Por qué? —dijo Kit—. Tú no los mataste. Como sea, ¿todo está bien? —Estaba mirando sus manos muy atentamente, como si pensara que tal vez había algo malo con ellas.

—¿Qué? —dijo Livvy—. Sí. Todo está bien. Oh. Te refieres a Ty.

Kit no dijo nada, pero asintió. Se veía como si deseara no haber preguntado nada en absoluto, y también como si estuviera escuchando con todo su ser.

Era ridículo, pensó Livvy. Se podía ver lo mucho que extrañaba a Ty. Tanto como Ty lo extrañaba a él. No entendía la los chicos. ¿Por qué no podían decir lo que sentían? ¿Por qué tenían que ser tan estúpidos?

—Él está bien —dijo Livvy—. Le va bien en el Escolamántico. ¡Tiene un lince de los Cárpatos en su habitación! Aunque no tiene amigos. Te extraña, pero no hablará de eso. Pero aparte de eso, está bien.

Aunque mientras lo decía, se dio cuenta que no estaba segura si Ty estaba bien. La hebra que la ataba a Ty —ese filamento de magia—, de alguna forma, se sentía incorrecto, como si se estuviera aflojando. Podía sentir a Ty tirando de ellas pero muy débilmente.

—¿Livvy? —dijo Kit.

—Oh no —dijo ella—. No, creo que tengo que volver. Creo que no debería estar aquí.

Ahora Kit se veía completamente asustado.

—¿Qué sucede? —dijo él.

—Ty —le dijo—. Lo está lastimando que yo me encuentre aquí. Dile a Magnus que lo lamento, pero tengo que irme. Dile que venga a buscarme. Tengo información para él sobre Idris.

—¿Sobre Idris? —dijo Kit—. No importa. Se lo diré. ¡Vete!

Y Livvy se fue.

* * *

Le debió haber tomado un respiro haber regresado al Escolamántico, aunque para ser sinceros, ya que ella ya no podía respirar, solo estaba adivinando que eso fue el tiempo

que le tomó. Estaba en la habitación de Ty, pero Ty no estaba ahí. Solo Irene, mirándola de forma acusatoria desde la puerta, donde parecía estar dispuesta a masticarla hasta abrirla.

—Lo siento —dijo Livvy y se sintió ridícula. Esta vez trató de encontrar la conciencia de Ty, donde estaba, y tiró de ella hacia él, y aún así, ese no fue el lugar en el que se encontró. En su lugar, se encontró flotando una vez más sobre el Dimmet Tarn.

—¡No! —exclamó. Y, sintiendo como si estuviera luchando para hallar el camino hacia él a través de un impenetrable y melancólico abismo negruzco, finalmente llegó junto a su hermano.

Estaba recostado en una cama en la enfermería, se veía muy pálido. Catarina Loss estaba a su lado, y un chico que Livvy reconocía de las clases de Ty. Anush.

—Solo se colapsó —estaba diciendo Anush—. ¿Fue envenenamiento alimenticio?

—No lo creo —dijo Catarina Loss—. No lo sé.

Ty abrió sus ojos.

—Livvy —dijo, tan suavemente que su nombre vagamente fue un sonido.

—¿Qué dijo? —preguntó Anush.

—Livvy —dijo Catarina, recostando su mano en la cabeza de Ty—. Su hermana. La que fue asesinada por Annabel Blackthorn.

—Oh —dijo Anush—. Oh, qué triste.

—Creo que su color está mejorando un poco —dijo Catarina Loss—. ¿Son buenos amigos?

—Eh, ¿no realmente? —dijo Anush—. No sé quiénes son sus amigos. Si es que tiene amigos. Quiero decir, parece ser un buen chico. Inteligente. Súper enfocado. Pero prefiere mantenerse encerrado en sí mismo.

—Voy a mantenerlo en la enfermería esta noche —dijo Catarina Loss—. Pero si llegas a querer volver a visitarlo, no sería la peor cosa del mundo. Todos necesitan amigos.

—Sí, claro —dijo Anush—. Volveré más tarde. Veré si necesita algo.

Catarina Loss sirvió un vaso de agua para Ty y lo ayudó a sentarse para tomar un trago.

—Te desmayaste —le dijo en una voz inexpresiva—. A veces los nuevos estudiantes toman el curso de estudio muy en serio y se olvidan de cosas como dormir o comer lo suficiente.

—Yo no olvido ese tipo de cosas —dijo Ty—. Tengo una agenda para no olvidar nada.

—Viniste a mí el otro día por un lince —dijo Catarina Loss—. ¿Cómo está? Veo que tienes arañazos en tu brazo.

—¡Se encuentra bien! —dijo Ty—. Come todo lo que le llevo y también bebe mucho. ¿Cuánto tiempo he estado aquí? Debería irme para asegurarme que está bien.

—No has estado aquí tanto tiempo —dijo Catarina Loss—. Cuando Anush vuelva, puedes decirle que le eche un ojo esta noche. Creo que estará feliz de hacerlo. ¿Crees poder comer algo?

Ty asintió.

—Veré qué delicias tiene la cocina para proveer —dijo Catarina Loss—. Quédate en cama. Ya vuelvo.

—¡Ty! —dijo Livvy cuando ella se fue.

Ty le frunció el ceño.

—Podía sentirte más y más lejos —dijo él—: Dolía, Livvy. Y te estabas volviendo más y más extraña, mientras más lejos te ibas. *Podía sentirte*. Pero ya no se sentía como tú. Te sentías…

—Lo sé —dijo Livvy—. Yo también lo sentí. Dio miedo, Ty. *Yo* daba miedo. Tendrás que escribir eso en tu libreta. No creo que sea bueno que me vaya tanto tiempo. Creo que mientras más lejos esté de ti, más peligroso se volverá para nosotros. Mientras más tiempo me mantenga lejos, más cosas olvido. Como quién era. Como tú. O por qué debería regresar.

—Pero regresaste —dijo Ty.

—Regresé —dijo Livvy—. Casi demasiado tarde. Pero ahora estoy aquí. Y justo a tiempo. Irene está abriéndose camino a través de tu puerta mientras se la come.

Le sonrió a Ty con confianza, y Ty le sonrió de vuelta. Y luego volvió a cerrar sus ojos.

—¿Ty? —dijo ella.

—Estoy bien —le dijo—. Es solo que estoy muy cansado. Me dormiré un rato, Livvy. ¿Te quedarás conmigo mientras me duermo?

—Claro —dijo ella—. Por supuesto que lo haré.

Estaba dormido en el momento en que Catarina Loss regresó con una bandeja de comida, y siguió dormido cuando Magnus Bane entró por la puerta varias horas después vestido en una chaqueta escarlata acolchonada adornada con pelaje falso de color negro que descendía hasta sus tobillos. Se veía como si hubiera sido tragado por un obeso edredón de dragón.

Catarina Loss estaba con él.

—¡Una niña! —dijo ella—. He estado tejiendo una manta para ella , pero todavía no está lista. Wilhelmina Yiqiang Ke Carstairs. Ese es un largo nombre para una bebé tan pequeña.

—Mina para abreviar —dijo Magnus—. Oh, es encantadora, Catarina. Tiene los dedos de Jem. Los dedos de un músico. Y la barbilla de Tessa. ¿Y cómo está tu paciente?

—Estará bien —dijo Catarina Loss. Y agregó—: Aunque no me queda muy claro lo que sucedió con él exactamente. Parece perfectamente sano. Debo irme para dar una clase. ¿Seguirás aquí en una hora más o menos?

—Estaré aquí o en algún lugar cercano —le dijo Magnus—. Ven y búscame cuando hayas terminado.

—Bueno —le dijo Magnus a Livvy cuando Catarina Loss se fue—. Hay algo que aparentemente debes decirme. Y luego hay algo que yo debo decirte.

—Lo sé —dijo Livvy—. Creo que sé lo que debes decirme. Pero primero déjame contarte sobre Idris. —Y le contó todo lo que había escuchado decir a Zara y Manuel.

—Sabíamos que tarde o temprano planearían atacarnos —dijo Magnus finalmente—. Pero ahora sabemos que nos espían, tendremos que descubrir cómo lo hacen. Y tal vez si es posible para ellos, entonces también es posible para nosotros espiarlos en Idris. Pero no creo que podemos arriesgarnos a que tú lo hagas de nuevo.

—No —dijo Livvy—. Porque cada vez que me alejo demasiado de Ty, las cosas comienzan a empeorar. Me vuelvo más fuerte, creo. ¡Y puedo hacer cosas! Como lo que hice en el invernadero. También rompo platos y creo que casi lastimé al bebé de Tessa de alguna forma. Y Ty, también es malo para él, cuando nos separamos. Es por eso que terminó en la enfermería. Porque me fui por mucho tiempo.

—Sí —dijo Magnus—. Chica lista.

—Si me hubiera quedado por más tiempo —comenzó Livvy—, ¿él habría muerto?

—No lo sé —dijo Magnus—. Pero la magia que trató de usar para devolverte de los muertos es magia negra, Livvy. Nigromancia. ¡Un hechizo del Volumen Negro de los Muertos! Y aparte un hechizo fallido. Cuando el hechizo falló, la cosa que te mantuvo aquí, que te ató, fue Ty. Tu gemelo. Eso no es común para los fantasmas. La mayoría de ellos están atados a un objeto. Cosas como un anillo o una llave o una casa. Pero tú estás atada a una persona. Tiene sentido que ahora necesites estar cerca de Ty. Y él tiene que mantenerse cerca de ti. Creo que cuando estás lejos de él por mucho tiempo, dejas de ser tú misma. Te haces más fuerte. Y menos humana. Una fantasma hambrienta. Algo peligroso para los vivos.

—Cuando estuve en el invernadero —dijo Livvy, forzando a las palabras para que salieran—, sentí como si pudiera cambiar lugares con la bebé de Tessa. Que podía volver a vivir, si era capaz de tomar la vida de su bebé. El lugar de su bebé.

—La necromancia es un arte muy oscuro —dijo Magnus—. Sí. Tal vez pudiste haberlo hecho. O tal vez pudiste haber matado a la bebé o a Tessa, y haber terminado con absolutamente nada. La magia puede tener un alto precio, Livvy.

—No quiero herir a nadie —dijo Livvy—. Eso es lo que Annabel hizo. Y no quiero ser como Annabel, Magnus. ¡No quiero! ¡Pero tampoco quiero estar muerta! ¡No es justo!

—No —dijo Magnus—. No es justo. Pero la vida no es justa. Y tú moriste valientemente, Livvy.

—Estúpidamente —respondió Livvy—. Morí estúpidamente.

—Valientemente —dijo Magnus—. Aunque debo admitir que a veces desearía que los cazadores de sombras fueran un poco menos valientes y usaran sus cabezas un poco más.

Livvy suspiró.

—Bueno —dijo ella—. Ty es bueno en eso. Usando su cabeza.

—Ty es excepcional —dijo Magnus—. Espero grandiosas cosas de él. Y de ti también, Livvy. Porque si no haces cosas grandiosas, entonces temo que harás terribles cosas. Ambos tienen un notable potencial.

—¿Yo? —dijo Livvy—. Pero estoy muerta.

—Detalles menores —dijo Magnus. Metió su mano en su bolsillo y dijo—: Y tengo un regalo para ustedes. Bueno, también es de parte de Kit. Es para ti y Ty. —Sacó una cadena de plata de la cual colgaba la figura de un ave. Una garza, se dio cuenta Livvy.

—Estás atada a Ty —dijo Magnus—, pero es un lazo nigromántico. Andaba buscando algo por ahí que usar y que podría usarse para soportar un poco del peso que debe estar

en ti y Ty, y Kit preguntó qué estaba haciendo. Y me dio esto, y lo he alterado un poco. Le he dado algo de potencia. Si Ty lo usa, debería protegerlo un poco de cualquier efecto secundario de estar atado a la muerte. Y debería ayudarte ligeramente a ti también. Debe facilitar un poco la extrañeza de estar en el mundo de los vivos. Puedes tocarlo. Y también, si tú o él necesitan ayuda, pueden usarlo para llamarme. O Ty puede hacerlo. Una vez le perteneció a la madre de Kit. Se lo dio Jem, para que si en algún momento se encontraba en peligro, pudiera invocarlo. Ahora le servirá a ti y a tu hermano.

Livvy estiró un dedo. Acarició la garza de plata.

—Oh —dijo—. ¡Puedo hacerlo! ¡Puedo sentirla!

—Sí —dijo Magnus—. Bueno. Bien hecho.

—Como uno de los juguetes de Ty —dijo Livvy—. Como el encendedor de Julian. —Ahora recorría sus dedos por la cadena—. ¿La bebé está bien? ¿Mina?

—Sí —dijo Magnus—. Está bien. Todos se encuentran bien. El invernadero, por otro lado…

Repentinamente, Livvy pensó en el Dimmet Tarn.

—¿Has estado aquí antes, en el Escolomántico? —dijo ella.

—Sí —dijo Magnus—. Varias veces, a lo largo de los años.

—¿Has estado en el Dimmet Tarn? —dijo Livvy.

—Sí —respondió Magnus—. Un muy común cuerpo de agua. Debes encontrarlo muy decepcionante en comparación al Océano Pacífico.

—Sí, bueno, hay historias que dicen que está encantado de alguna forma —dijo Livvy —. Pero nadie sabe cómo. Ty y yo estamos tratando de ver si podemos averiguar algo de él.

—Déjame ver —dijo Magnus—. Habían historias sobre él, pero nunca les presté mucha atención. ¿De qué eran?

Se sentó en silencio por un minuto y Livvy se sentó como su acompañante junto a él. Ty se estremeció como si estuviera soñando en una forma que hizo pensar a Livvy que despertaría pronto.

—¡Sí! —dijo Magnus—. Claro. La historia era esta. Que si ibas hacia el Dimmet Tarn y mirabas hacia el agua verías algo de tu futuro. Ese fue el encantamiento establecido por

un brujo o alguien más. Es divertido, creo que quien lo hizo era de Devon, de hecho. Dimmet es una palabra galesa. ¿Por qué? ¿Fuiste? ¿Livvy? ¿Viste algo ahí?

—No —dijo Livvy finalmente. Trató de no pensar en cómo se había sentido, sumergirse en esa vasta oscuridad que era la nada—. No vi nada. No había nada en absoluto.

—Ya veo —dijo Magnus en un tono que sugería que veía todo lo que ella no estaba diciendo—. Pero digamos que hubo alguien que llegó a mirar en el lúgubre Dimmet Tarn y digamos que vio algo que no le agradó. Algo que sugería un futuro que no le agradó. Y digamos que este alguien viene y habla conmigo. ¿Sabes qué es lo que le diría?

—¿Qué? —dijo Livvy.

—Le diría esto —dijo Magnus—. Que el futuro no está arreglado. Si vemos un camino frente a nosotros que no escogeríamos, entonces podemos elegir otro camino. Otro futuro. Al diablo el Dimmet Tarn. ¿Estarías de acuerdo con eso, Livvy?

Miró a Livvy con firmeza y Livvy le devolvió la mirada. No podía pensar en absolutamente nada qué decir, así que finalmente mantuvo su boca inmutable y asintió.

—¡Livvy! —dijo Ty desde su cama. Sus ojos se abrieron y la hallaron y volvió a decir —: Livvy. —Esta vez no sonó desesperado. Todavía no había notado que Magnus estaba allí.

Un terrible quejido llegó del pasillo mientras Ty hablaba. Era Irene, su mandíbula con bigotitos estaba abierta y todo su pelaje estaba levantado en puntas. Livvy no podría haber pensado que un animal tan pequeñito podría producir un sonido tan alto. Aun maullando, Irene trepó en la cama y le dio un pequeño golpe a Ty en la barbilla. El sonido que estaba haciendo cambió a uno más pequeño y enfadados ronroneos dudosos como una caliente tetera que tenía muchísimas preguntas pero sospechaba que no tendría ninguna respuesta.

—¿Qué rayos es eso? —dijo Magnus.

—Esta es Irene —dijo Ty—. Es una lince de los Cárpatos.

—¡Por supuesto! —dijo Magnus—. Una lince de los Cárpatos. Qué tonto soy. —Sus ojos se encontraron con los de Livvy—. Un chico, una lince de los Cárpatos y un fantasma. En verdad espero grandes cosas de ti y tu hermano, Livvy. Toma, Ty. Esto es para ti. —Dejó caer el collar Herondale en la palma de Ty—. Livvy te explicará su propósito. Basta con decir que si me necesitas por cualquier razón que sea, puedes usarlo para contactarme. Livvy me ha estado contando de Idris, sobre lo que escuchó. Pero he

estado despierto toda la noche, y necesito un fuerte tipo de té. Iré a buscar a Ragnor Fell y lo haré buscarme un fuerte tipo de té.

Hizo una asombrosa salida como cualquier otro pudo haber hecho al usar un abrigo gigantesco, y mientras se iba, Anush entró, sus brazos estaban sangrando por unos rasguños.

Anush siguió a Magnus con la mirada, anonado.

—Ese era Magnus Bane —le dijo a Ty—. ¿Vino aquí para verte?

—Sí. Es nuestro amigo —respondió Ty.

—Sabía que lo conocías —dijo Anush—, ¡pero no tenía idea de que tenías una relación donde él solo pasaría por aquí al Escolamántico nada más para verte! Lamento lo de ese animal. Fui a tu habitación para ver si podría traerte un libro o algo de ropa o algo así, y ella se escapó de mí. Es muy bonita. Pero es muy mala.

—Su nombre es Irene —dijo Ty, mirando fijamente a la lince recostada junto a él.

—Y tiene nombre de villana —dijo Anush—. ¿Te gustaría que vaya a la cocina a buscar restos de comida para ella?

Cuando Anush se fue, Livvy le contó todo lo que había sucedido mientras se había ido a Los Ángeles y en el invernadero en Inglaterra.

—Lo siento mucho, Livvy —dijo Ty.

—¿Por qué? —dijo ella.

—Por hacerte esto a ti —respondió.

—Oh, Ty —le dijo—. Habría hecho lo mismo por ti. No es algo que debería hacerse, pero lo habría hecho de todas formas. Y entonces estaríamos en el mismo desastre en el que nos encontramos ahora. Además, creo que estoy agarrándole la onda a esto de ser fantasma.

Ty asintió. Giró el collar una y otra vez sobre su mano, y luego lo levantó, permitiendo que la garza colgara sobre la cama y que el sol iluminara la plata, e Irene jugueteara con ella con sus patas. Livvy pensó en Kit sentado en la mesa de la cocina, siendo tan cuidadoso al no preguntarle nada sobre Ty.

Levantó su mano y tomó la cadena en su mano. Desatándola gentilmente de las filosas garras de Irene.

—Esto le pertenecía a Kit —dijo Livvy, sosteniendo el collar con fuerza—. Tendrás que escribirle. Y decirle gracias. Le escribirás y le darás la carta a Magnus para que se la lleve cuando se vaya.

—Está bien —dijo Ty finalmente—. Pero él no escribirá de vuelta.

—Entonces seguirás escribiéndole hasta que lo haga —dijo Livvy—. La nigromancia es mala. Ambos estamos de acuerdo en eso. Pero las postales son totalmente inofensivas. Lo sabes. Tienen algo pintoresco en la parte frontal. —El Dimmet Tarn destelló frente a ella. Esa oscura nada—. Desearía que estuvieras aquí. O algo así.

Sostuvo la cadena con más fuerza. Y acarició las pequeñas uniones entre sus dedos. Tal vez ese era su futuro. La oscura nada. Pero justo ahora tenía a Ty. Podía escoger el camino que la dirigiera lejos del Dimmet Tarn durante todo tiempo que le fuera posible. Tenía un ancla. Y se sostendría de él con todo el esfuerzo que le fuera posible.

Una novela del mundo de CAZADORES DE SOMBRAS
CAÍDO POR SIEMPRE
CASSANDRA CLARE
SARAH REES BRENNAN
FANTASMAS DEL MERCADO DE SOMBRAS #10

Fantasmas del Mercado de Sombras

Libro 10

Caído Por Siempre

de

Cassandra Clare

y

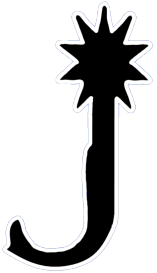
Sarah Rees Brennan

Despierta, ¡Levántate! O cae por siempre.

—Milton

Sinopsis

El Jace Herondale que llegó a nuestro mundo de Thule está dividido entre su sentimiento de responsabilidad hacia Ash, quien aumenta su poder, y su deseo de recuperar la vida que perdió del Jace de nuestro mundo, si es necesario por la fuerza. Mientras tanto, en un pueblo pacífico de Inglaterra, Kit Herondale lucha para adaptarse a su nueva vida, a una nueva familia y en olvidar a Ty.



Nueva York, 2013

Jem Carstairs y Kit Herondale llegaron juntos a través de un Portal, desde la negrura aterciopelada de la medianoche de los bosques ingleses hacia la noche azul oscuro de una calle en Nueva York. Kit observó el flujo plateado de los coches bocinando con la misma expresión que había tenido desde que Jem había sugerido ir: una mezcla de emoción y nervios.

—Ellos no, em, no me dieron exactamente la bienvenida, en el Mercado de Sombras en Los Ángeles las últimas veces que fui —dijo Kit—. ¿Estás seguro que todo estará bien?

—Lo estoy —le aseguró Jem.

Las luces amarillas y rojas de los coches jugaban sobre el intrincado pergamino y las ventanas arqueadas del teatro abandonado. El Mercado de Sombras en la Canal Street estaba como lo recordaba de una década atrás, aunque el mismo Jem era muy diferente. Para un mundano, láminas de acero y madera cubrían la entrada. Pero para Jem y Kit se veían como cuentas de plata y madera; una cortina que tintineó mientras pasaban a través de ella.

Una bruja se detuvo cuando los vio.

—Hola, Hypatia —dijo Jem—. Creo que ya conoces a Kit, ¿verdad?

—Lo que sé es que dos cazadores de sombras provocan aún más problemas que uno solo —le respondió Hypatia.

Rodó sus ojos con pupila de estrella hacia arriba y se alejó, pero un hombre lobo que conocía a Jem del Mercado de Sombras de París se acercó y habló con ellos por un

momento. Dijo que había sido un placer conocer a Kit, y que siempre era un placer ver a Jem.

—Por cierto, muchas felicidades —añadió.

Jem sonrió.

—Muchas gracias.

Jem se había sorprendido de que ahora era bienvenido en la mayoría de los Mercados de Sombras. Había estado en muchos, a lo largo de los años, y un puñado de los vendedores y clientes eran inmortales. La gente lo recordaba, y después de todo este tiempo, dejaron de temerle. No lo había notado, pero era una presencia familiar, sus visitas siendo una señal en el Mercado de que esa noche sería afortunada: era el único Hermano Silencioso que algunos habían visto ahí. La primera vez que fue a un Mercado de Sombras cuando ya no era un Hermano Silencioso, mano a mano con una bruja, pareció confirmar la opinión de los usuarios del Mercado que ahora era algo más cercano a ellos.

Llegar ahora con Kit, quien básicamente había crecido en el Mercado de Sombras de Los Ángeles, básicamente lo reafirmaba.

—¿Lo ves? —murmuró Jem—. Nada de qué preocuparse.

Los hombros de Kit se comenzaron a relajar y sus ojos azules empezaron a brillar con un resplandor familiar y perverso. Hizo énfasis en varios datos interesantes del Mercado que Jem ya sabía, un chico perteneciente del Mercado alardeando de sus conocimientos, y Jem sonrió y lo motivó a seguir hablando.

—Lo hacen con espejos mágicos —susurró Kit en el oído de Jem cuando se detuvieron a ver a dos sirenas haciendo trucos en un tanque.

Las sirenas lo miraron y Kit se rió. Se detuvieron en un puesto para comprar flores de luna azucaradas, ya que Kit tenía un apetito voraz por lo dulce.

—Te conozco —dijo un hada comerciante—. ¿No eres el chico de Johnny Rook?

La sonrisa de Kit sufrió una repentina muerte.

—Ya no más.

—¿Ahora quién ve por ti?

—Nadie —respondió Kit en voz baja.

El hada comerciante parpadeó, un párpado extra se deslizó a los lados de sus ojos, lo cual hizo que el movimiento fuera impresionante. Jem levantó su mano para tocar el hombro de Kit, pero Kit siguió caminando, fijando su mirada en los dulces como si los encontrara profundamente fascinantes.

Jem se aclaró la garganta.

—Escuché que hay un puesto especial dirigido por brujos y hadas, ¿ofrecen pociones e ilusiones? Mi amigo Shade me lo contó.

El hada asintió en comprensión y se agachó para susurrar en su oído.

El puesto dirigido a los proyectos conjuntos de hadas y brujos era una caravana tallada en madera, aparcada en la antesala del edificio de Canal Street. La caravana estaba pintada con un color azul brillante y adornada con pinturas que se movían; mientras Jem y Kit se acercaban, los pájaros tomaron vuelo en varias jaulas doradas y se elevaron sobre el brillante cielo azul pintado.

La mujer hada tenía hongos que crecían de su cabello, y listones los rodeaban. Se veía muy joven, y entusiasta al venderle a Jem la medicina que había pedido. Jem levantó la tapa de porcelana para examinar su contenido con cuidado y disculpándose por hacerlo.

Ella ignoró el gesto.

—Es perfectamente entendible, considerando para lo que es. Es encantador haberte conocido al fin. Lo que sea para un amigo de Shade. Tan distinguido caballero. Tal vez es la escocesa dentro de mí, pero amo a los chicos en verde.

Kit se sintió abrumado por un ataque de tos. Jem sonrió discretamente y le dio una palmada en la espalda.

—También… —dijo el hada apresuradamente—. Te vi una vez, hace como ocho años, cuando seguías siendo… solo fue un vistazo, pero te veías tan inquietantemente melancólico. E inquietantemente atractivo.

—Gracias —dijo Jem—. Ahora soy muy feliz. Tu tos parece estar empeorando, Kit. ¿También necesitas medicina?

Kit se enderezó.

—Nop, estoy bien. Vámonos, Hermano Inquietantemente Atractivo.

—No hay necesidad de mencionarle esto a Tessa.

—Y aún así —dijo Kit—, voy a hacerlo.

—¡Felicitaciones! —gritó el hada detrás de Jem.

Todo su conocimiento como Hermano Silencioso le dijo que la poción era indefensa y funcionaría. Jem le ofreció otra sonrisa a la mujer sobre su hombro y dejó que Kit lo llevara por la hilera de puestos en la siguiente habitación pasando el pasillo. El Mercado se estaba volviendo más concurrido, tan concurrido que las hadas que podían volar lo estaban haciendo sobre las personas. A una la estaba siguiendo un hombre lobo, que estaba gritando que el hada le había arrebatado el último sombrero de su talla. La huida del hada voladora oscureció una cabeza dorada y de hombros anchos que le llamaron la atención a Jem porque le parecían familiar.

—¿Ese no es Jace? Creo que es… —Jem comenzó a decir, volviéndose a Kit. Y entonces vio que el rostro de Kit estaba pálido.

Kit estaba viendo a un chico alto de cabello oscuro y con auriculares, examinando un puesto y que pasaba sus dedos sobre las hierbas secas. Jem apoyó su mano en el hombro de Kit. Kit ni siquiera lo notó, se quedó inmóvil hasta que el chico se dio vuelta y vio que tenía ojos azules y la nariz torcida, y ese no era Ty Blackthorn.

—Tengo lo que necesitábamos —dijo Jem. Habló con su usual y cuidadosa voz—. ¿Nos vamos, o quieres ver algo más? Podemos hacer lo que desees.

La mandíbula de Kit seguía firme. Jem conocía esa mirada. Los Herondale eran como llamas, pensó. Amaban y sufrían como si fueran a quemarse hasta consumirse con la pura fuerza de su propio fuego.

—Volvamos a casa —murmuró Kit.

A pesar de su ligera decepción, Jem se dio cuenta que estaba sonriendo. Era la primera vez que Kit llamaba a su hogar de esa forma.

* * *

El hombre que nunca había tenido la oportunidad de ser Jace Herondale y ya no era Jace en absoluto, estaba comenzando a pensar que venir aquí había sido una mala idea.

La reina Seelie había sido la que había insistido en que debía tener un nuevo nombre, cuando llegó a Feéra pidiendo protección para Ash y ayuda para sus planes. La reina había respondido todas sus preguntas sobre Clary, pero su ayuda no había sido gratis. La realeza tendía a hacer exigencias.

—Estoy acostumbrada al otro Jace —dijo con una burlona risa real—. Aunque admito, que no le tengo mucho cariño. ¿De qué otra forma podemos llamarte?

Jonathan, pensó al principio, y se estremeció incluso al pensar en ese nombre, lo cual lo había sorprendido. No se había estremecido mucho en Thule.

—Janus —le había dicho a la reina—. El dios de dos caras. El dios de los principios y los finales, y los pasajes entre extraños portales.

—¿El dios? —repitió la reina.

—Mi padre me dio una educación clásica —le dijo Janus—. Para que combinara con mi buena apariencia.

Eso hizo reír a la reina.

—Veo que algunas cosas no cambian, sin importar el mundo.

Ella no entendía nada. Nadie en este mundo podía saber en lo que él había sido forzado en convertirse.

Fue en Feéra en donde Janus había escuchado del puesto de hadas y brujos y la magia que podía hacer, y no pudo ser capaz de resistirse. Sabía que los cazadores de sombras no eran bienvenidos en los Mercados de Sombras. Había pensado que si usaba una capucha y un abrigo, el riesgo sería mínimo.

Por desgracia, varias personas lo estaban mirando como si lo reconocieran. Bueno, que pensaran que el Jace de este mundo hizo una común aparición para vigilar el Mercado de Sombras. No tenía ninguna intención de proteger la reputación de Jace.

Janus se dio vuelta. Un hombre lobo chocó contra él y maldijo.

—Oye, cazador de sombras, ¡fíjate por dónde vas!

Janus tenía su mano en su daga cuando otro hombre lobo apareció le pegó en la cabeza con la mano abierta al otro.

—¿Sabes con quién estás hablando? —exclamó—. Ese es Jace Herondale, el director del Instituto.

El hombre lobo palideció.

—Oh, por Dios. Lo siento tanto. No lo sabía.

—Por favor perdónalo. Viene de un desierto baldío y no tiene idea de lo que hace —dijo el otro hombre lobo.

—¡Soy de Ohio!

—Eso fue lo que dije.

Los dos hombres lobo miraron a Janus con una miserable disculpa en sus ojos. Janus estaba muy confundido, pero lentamente dejó ir el agarre en su daga. Ese par podría ser más útil vivo que muerto.

—Lo siento mucho —insistió el segundo hombre lobo.

—Está… —Janus se aclaró la garganta—. Está bien.

—También es el *parabatai* del Cónsul —dijo el hombre lobo—. Ya sabes, Alec Lightwood.

Janus sintió que algo se revolvía en su estómago. La sensación lo sorprendió. Estaba acostumbrado a no sentir nada en absoluto.

Sostuvo el pensamiento de Alec siendo Cónsul frente a sí mentalmente, como una extraña roca que estuviera estudiando. Había escuchado por la reina que en este nuevo y extraño mundo todo era diferente y todos estaban con vida, pero cuando había imaginado a aquellos que había conocido una vez y todavía vivos, los imaginaba como si no hubieran cambiado. Alec como Cónsul. No podía creerlo.

—En realidad estoy aquí por…. una misión secreta —dijo—. Apreciaría que no dijeran nada sobre haberme visto.

—Eso creí —dijo el segundo hombre lobo—. Capucha. Abrigo. «Misión secreta», diría yo.

La sonrisa de Janus se volvió menos real y mucho más fácil.

—Veo que son perceptivos. Tal vez en un futuro, si necesito su ayuda…

—¡Lo que sea podamos hacer! —los hombres lobo se apresuraron a decirle—. Absolutamente lo que sea.

Janus siguió sonriendo.

—Oh bien.

* * *

Era bueno hacer aliados; especialmente con aquellos que eran estúpidos y fáciles de complacer.

Janus se dirigió por lo que había venido a buscar, la brillante caravana azul donde las hadas y los brujos podían crear impenetrables glamours.

En Thule, ya no había magia de brujos. No había ni un solo brujo. Pero había demonios escabulléndose por todas partes a través de la superficie de ese mundo, densos como moscas en carne podrida, y Sebastian podía hacer que los demonios crearan ilusiones. Muy ocasionalmente, cuando Janus había complacido a Sebastian, le daría un obsequio enorme. Solo de vez en cuando, y nunca era suficiente.

Un hada con hongos en su cabello lo dejó entrar en la caravana. Parecía joven, y se desanimó cuando los ojos de él cayeron en ella, pero pagó el precio que ella y el brujo demandaron. Era exorbitante. Y habría pagado más.

Dentro de la caravana había una almeja de madera que escondía una joya dentro. Las hadas no se habían equivocado cuando dijeron que la magia combinada podía producir extraordinarios resultados. Ella era la ilusión más convincente que él alguna vez había visto.

Era pequeña, siempre tan pequeña. Su cabello caía en mechones rojos y se arremolinaban en su rostro y sus hombros. Él quería recorrer cada mechón con su dedo, y examinar la exacta forma de cada rulo, así como había querido seguir la conexión entre cada peca dorada. Habría querido conocerla completamente.

—Clary —dijo él.

Su nombre sonó extraño en su boca. No lo había dicho tan seguido, incluso en Thule, donde cualquier cosa que hubiera sentido había sido enterrada bajo capas y capas de un peso parecido al cemento.

—Ven aquí —le dijo. Se sorprendió por la dureza de su propia voz. Sus manos estaban temblando. Se sintió como una distante debilidad e incluso despreciable.

Ella se acercó a él. La tomó de sus muñecas y la acercó con fuerza contra su pecho.

Sostenerla fue un error. Ahí era donde la ilusión comenzaba a colapsar. Podía sentirla temblar, y Clary no habría hecho eso. Clary era la persona más valiente que conocía.

La ilusión nunca era lo suficientemente convincente. Ninguna ilusión podría amarte de vuelta. Ninguna ilusión jamás lo vería de la misma forma que Clary alguna vez lo había visto. Y aunque él no sabía por qué necesitaba eso, lo necesitaba. Lo había necesitado antes, y la separación de su lazo con Sebastian lo había hecho mil veces peor.

Clary. Clary. Clary.

Se dejó engañar por otro rato, presionando sus labios contra su frente, luego su mejilla, y luego enterrando su rostro en la nube de su resplandeciente cabello.

—Oh, mi amor —murmuró, buscando su cuchillo mientras los ojos de ella se extendían en comprensión y miedo—. Mi amor. ¿Por qué tenías que morir?

* * *

Kit corrió por las escaleras de piedra hacia su habitación, azotando la puerta detrás de él, tan pronto volvieron a Cirenworth Hall. Jem pensó que lo mejor era darle privacidad, por un rato.

Aún seguía ligeramente preocupado mientras subía las escaleras, siguiendo el sonido de una canción que resonaba en las lisas paredes.

«Negro para la caza nocturna.
Para la muerte y el duelo el blanco ilumina
Dorado para la novia en su vestido
Y rojo para convocar el encantamiento definido.

Luces de azafrán anuncian la victoria,
Para sanar nuestros corazones rotos el verde es digno.
Las torres demoníacas del plateado euforia,
Y el bronce para invocar los poderes malignos.»

Era una variación de una antigua canción de los cazadores de sombras; Jem no podía saber qué tan vieja era. Su padre se la había cantado cuando era un niño.

Cuando abrió la puerta, el mundo se redujo por un momento en una sola habitación, y esa habitación estaba repleta de una suave luz. Un cúmulo de resplandecientes luces mágicas estaban unidas a una rejilla de hierro, y rayos nacarados quedaron atrapados en los rizos marrones de Tessa mientras se inclinaba sobre la cuna, meciéndola con gentileza.La cuna había sido tallada hacía más de cien años de un roble que había caído por estos bosques, Jem la había visto ser construída, con manos cuidadosas y paciente amor. La cuna se mecía tan suavemente como lo había hecho hacía tiempo.

Un placentero crepite sonaba de la cuna, y Jem se asomó para ver a su ocupante. Ella estaba recostaba en un lecho blanquecino, pilas y pilas de un material tan suave que parecía estar durmiendo en una nube. Su ensombrecedor cabello eran tan negro en

comparación a las cobijas y su pequeño rostro estaba arrugado en una angustiante indignación.

Wilhelmina Yiqiang Ke Carstairs. Por su Will que habían perdido, el primer y único nombre posible, y *rosa silvestre*, por todos los que Jem había amado demás y habían crecido en una bellísima rebelión. Había querido un nombre chino para su corazón, y quería conmemorar la pérdida de Rosemary, quien había confiado en Jem y Tessa con lo que le era infinitamente precioso y ahora le era infinitamente precioso a él: Rosemary le había confiado a Kit. Rosemary era la hierba significativa para los recuerdos, y Zachariah significaba *recordar*.

Mientras más vivía Jem, más seguro estaba y creía que la vida era una rueda, enteramente circular, y que te dirigía a aquellos que estabas destinado a amar. Ella tenía un nombre majestuoso, su pequeñita, y habría sido más largo si hubieran incluído el apellido Gray, pero Tessa dijo que los brujos eligen su propio nombre, si es que ella decidía ser una bruja. Mina podría elegir ser una cazadora de sombras. Ella podría ser cualquier cosa que deseara. Ya lo era todo.

Jem solía olvidarse de todo cuando la admiraba, pero no se permitió hacerlo por mucho tiempo esta noche. En su lugar la levantó en sus brazos. Las manos de ella salieron volando como una asustada estrella de mar y luego descendieron, un peso tan pequeño y tierno, contra su clavícula. Los oscuros ojos de Mina se abrieron en el acto y guardó silencio.

—Oh, ya veo a quién prefiere —susurró la esposa de Jem, riendo suavemente—. La chica de papi.

—Sabe que le he traído algo del Mercado —dijo Jem, y gentilmente frotó el bálsamo feérico en las suaves y rosadas encías de Mina.

Mina se retorció e hizo un gesto de molestia mientras Jem tocó sus encías, pateando sus piernas como si estuviera nadando en una carrera, pero cuando Jem terminó, el bálsamo pareció funcionar rápidamente. Y ella se tranquilizó, su pequeña carita estaba desconcertada pero también feliz, como si Jem hubiera hecho una peculiar y maravillosa hazaña.

Tessa dijo que era demasiado pronto para que al bebé le comenzaran a crecer los dientes. Mina era extraordinaria y más avanzada en ciertas cosas, pensó Jem con orgullo.

—*Qiān jīn* —le murmuró Jem—. Te pareces más a tu madre cada día.

Se parecía mucho a Tessa. Y cada vez que él lo decía, Tessa y Kit se notaban escépticos.

—Bueno, es una bebé, así que mayormente se parece a un nabo abollado —dijo Kit—. En… eh, un buen sentido. Pero si se parece a alguien…

Kit se encogió de hombros. Ahora Tessa tenía la misma expresión en su rostro que Kit había puesto esa vez.

—Sigue soñando —señaló Tessa—. Se parece totalmente a ti.

Jem levantó a Mina frente a las luces mágicas, una mano hacía un hueco protector sobre la frágil curva de su cabeza. La felicidad le llegaba a Mina con facilidad. Y la demostraba con alegría, la luz mágica irradiaba alrededor de la capa de sus rizos negros y sus redondos brazos que se movían con rapidez, y él se sintió deslumbrado y abrumado por la gran inmensidad de su buena fortuna.

—Pero… es muy hermosa —dijo Jem con impotencia.

—¿Y de dónde la habrá conseguido? Mi amor por ti es eterno, Jem Carstairs —dijo Tessa, apoyando su cariñosa cabeza contra su hombro—. Pero eres un tonto.

Jem atrajo a Mina hacia él y la sostuvo más cerca, ella acarició su mejilla con hoyuelos contra la de él, haciendo unos sonidos de gorgoteos alegres. Desde el día en que nació, Mina gorgoteaba en dirección a los techos y paredes y a las pequeñas cavidades de sus manos ahuecadas. Los sonidos que hacía eran en tonos más altos y emocionados cuando estaba en los brazos de Tessa o Jem, tratando de llamar su atención. Hablaba en sueños justo como su madre lo hacía. Siempre estaba hablando, y Jem siempre estaba escuchando, y pronto entendería cada palabra.

Su hija se parecía mucho a Tessa. Jem lo sabía sin importar qué.

* * *

Janus abrochó su chaqueta para ocultar la sangre mientras abandonaba el puesto del hada. Había decidido que ya había arriesgado su suerte lo suficiente y debería regresar a casa.

—Oye, Jason —lo llamó una vampira de cabello negro en un vestido corto y azul. Lo estaba mirando expectante, pero por el nombre que lo llamó, él no estaba seguro de que ella lo conociera del todo.

—En realidad, es Jace —dijo Janus casualmente, aún moviéndose entre las salidas.

Él no entendió en qué se equivocó, pero entendió que había sido en algo. Un miedo instantáneo cruzó su rostro, y ella se alejó corriendo en dirección a la multitud, saliendo del Mercado, pero incluso una vampira no era más rápida que Janus. Nadie lo era.

La acorraló en un callejón, tomando sus brazos detrás de su espalda y sujetando sus extremidades. Puso su daga contra su garganta, pero ella no dejó de luchar.

—Tú *no* eres Jace —dijo la chica vampiro—. ¿Qué eres? ¿Eidolon? ¿Cambiaformas? —Lo miró de soslayo.

Supo que tendría que romperle el cuello. Qué lata. Los vampiros eran difíciles de matar, pero él seguía siendo más fuerte que ellos.

—Soy Jace Herondale —le dijo- Era un alivio decírselo a alguien, incluso a alguien que iba a morir—. Un Jace Herondale más fuerte y mejor que el que tienes en este mundo. No es que vayas a entender una palabra de lo que diga.

Levantó su mano en dirección a su gargante, pero ella lo estaba mirando con una mirada de comprensión.

—Eres de Thule —le dijo—. Alec me contó sobre ese otro escalofriante mundo donde Clary murió y todo se fue literalmente al infierno. Y Jace estaba unido a Sebastian Morgenstern. Y *tú* eres ese Jace.

Levantó su mirada hacia él, desafiante y algo sobre su rostro hizo que una sorda y fúnebre campana sonara.

—Yo también te conozco —dijo Janus con lentitud—. Eres Lily Chen. En mi mundo, Sebastian te mató.

—¿Lo hizo? —Lily pareció indignada—. Al infierno con ese tipo. La ironía fue a propósito.

—Eres la chica por la que Raphael Santiago inició una guerra.

Lily abruptamente dejó de luchar por completo. Fue tan sorprendente que Janus casi la soltó, pero su padre lo había entrenado para no tener remordimientos.

—¿Qué? —Su voz tembló—. ¿Raphael?

—Cuando Sebastian estaba tomando el control —dijo Janus con lentitud, perdido en el recuerdo, en el tiempo en que Clary murió y el mundo se quebró—, los brujos se habían ido. Las hadas estaban de nuestro lado. Sebastian le pidió a los vampiros y a los hombres lobo que se les uniera. La mayoría de vampiros que quedaban eran dirigidos por Raphael Santiago, el líder del clan vampiro de Nueva York, y Sebastian estuvo en charlas con él.

Raphael no estuvo contento con lo que le había sucedido a los brujos, pero le dijo que él era del tipo práctico. Quería protección para sus vampiros. Pensamos que seríamos capaces de llegar a un acuerdo. Hasta que Sebastian descubrió que tú estabas dándole información secreta a una chica lobo. Él te preguntó si querías divertirte con él, y tú le dijiste que sí.

Janus se sorprendió de incluso recordar ese momento. Había estado cegado por el dolor en ese entonces, antes de que Sebastian le hiciera dejar de pensar en Clary tan seguido. Sebastian había dicho que él era patético e inservible y *sentimental*. Así que lo había hecho detenerse.

—Desearía poder dejar de ser tan aguafiestas —dijo Lily—, pero no puedo. Este es un escenario nada creíble.

Su voz sonaba casi distraída. Sus ojos estaban buscando el rostro de Janus.

—Sebastian te mató y le mostró los restos a Raphael. Raphael dijo que habías sido estúpida, y que te había servido como lección. Seis horas después reunió a todos los vampiros que pudo, y algunos hombres lobo, y ni siquiera trató de llegar a un acuerdo. Incendió el edificio mientras lo invadía. Tuve que sacar a Sebastian de los escombros y las llamas. Lo siguiente que escuchamos, fue que Raphael estaba con Livia Blackthorn y la resistencia.

—¿Está vivo? —La voz de Lily fue filosa—. En tu estúpido y arruinado mundo. ¿Raphael está vivo?

Las palabras salieron como un torrente de su boca.

—Llévame con él.

Aunque Janus lo había estado esperando, las palabras lo conmocionaron, lo sorprendieron tanto que la verdad salió de su propia boca sin que él pretendiera decirlas.

—No hay esperanza para ese mundo. Incluso el sol ha desaparecido.

Su cabeza le dolió tan pronto habló. El dolor se sintió como si Sebastian estuviera enojado con él, incluso ahora.

—Entonces tráelo aquí —dijo Lily—. Por favor. Regresa y tráelo aquí.

Sus manos ya no intentaban empujarlo, sino que se adherían a él, casi suplicándole.

—Si lo hiciera —gruñó Janus—, ¿qué harías por mí?

Vio cómo comenzaba a trabajar su mente, detrás de sus vigilantes ojos negros. No era estúpida, esta chica vampiro.

—Depende —espetó ella—. ¿Qué es lo que me pedirás?

—Seamos claros —dijo Janus—. Tú harás cualquier cosa por esto.

El rostro filoso de la vampira se suavizó. Janus se dio cuenta que a ella le agradaba Jace. Confiaba en él. Una parte de ella seguía creyendo que Janus era su amigo. Lo estaba subestimando, pero no conscientemente como debería hacerlo. No creía que en realidad él fuera a lastimarla.

—Eso creo —dijo ella—. Creo que lo haría. —Se apoyó contra la pared del callejón—. ¿Servirá de algo si te digo que sigues siendo sexy?

—Probablemente no —dijo Janus.

—No se lo digas al otro Jace —dijo Lily—. No hay que mimarlo. Sabes, creo que la mayoría de las personas podrían encontrarte todavía más sexy. Un poquito menos como un chico lindo, y con un rastro más endurecido por ahí. Es una buena compensación.

—La mayoría de las cosas lo son —concordó Janus.

—Por cierto, no estoy ligando contigo, solo estoy haciendo observaciones.

Janus se encogió de hombros.

—No cambiaría nada si lo hicieras.

—Todavía eres de una sola mujer, ¿eh?

—Todavía —dijo Janus con una voz muy baja.

Lily lo estaba mirando como si sintiera lástima por él. Como si pudiera saber cómo se sentía. Quería sacarle los ojos, para que dejara de mirarlo así, pero ella podría ser útil.

—Hagamos un trato —sugirió Janus—. Tú me haces un favor, cuando el momento llegue, sin hacer preguntas, y yo haré lo que pueda para traer a Raphael a tu mundo. No será fácil, y tomará tiempo. No le digas a nadie que me has visto. Si lo haces, siempre puedo enviar un mensaje a Thule para decirles que maten a Raphael.

Ella se estremeció.

—¿Tenemos un trato? —dijo Janus.

Hubo un largo silencio. Janus aún podía escuchar las canciones y las campanas del Mercado de Sombras emanando de él, pasando este oscuro callejón con los vivos.

—Tenemos un trato —dijo Lily finalmente.

Dejó ir a Lily, y la siguió en silencio. La vio sacar su teléfono, como si fuera a llamarle a alguien para advertirles. Pero no lo hizo. Volvió a meter su celular en su bolsillo.

Casi era gracioso. Janus no tenía ni idea de cómo regresar al otro mundo, pero no importaba si esta chica era lo suficientemente inteligente o si quería ser buena, porque estaba salvajemente desesperada y frenética por creerle. La esperanza convertía a todos en tontos.

Para hacer que la gente obedeciera, todo lo que tenías que hacer primero era estar seguro de que estaban desesperados. Janus sabía eso suficientemente bien. Él había estado desesperado por años.

No se lo digas al otro Jace, Lily había dicho. Como si Janus estuviera planeando tener una conversación con el otro Jace, el de este mundo, el que había sido afortunado. Janus no necesitaba hablar con él. Janus aprendería todo lo que tuviera que saber de este mundo, para hacerse pasar por el otro Jace.

Y entonces mataría a su versión de este mundo para tomar su lugar. Junto a Clary.

* * *

Casi había amanecido cuando Mina despertó llorando. Tessa se movió, pero Jem puso un beso sobre su hombro desnudo y murmuró:

—Yo iré, amor.

Tessa había sufrido dolores que Jem no había sentido, trayendo a Mina a este mundo. Su esposa nunca se desvelaría por la bebé mientras Jem estuviera en la casa. Ese era el privilegio de Jem.

Jem se deslizó al cuarto de Mina, silenciosamente para no despertar a Kit y para dejar que Tessa volviera a dormir.

Aunque, cuando llegó a su habitación, vio que Kit estaba despierto. Kit ya estaba en el cuarto de la bebé, con Mina en sus brazos.

—Oye —le dijo Kit a la bebé, hablando tan seriamente como si fuera un compañero de equipo—. Vamos, ayúdame en esto, ¿puedes, Min? Los has estado despertando toda la semana. Apuesto a que están exhaustos.

La carita de Mina estaba húmeda con lágrimas, pero era claro que ya había dejado de llorar antes de que las lágrimas se secaran. Estaba sonriendo con una sonrisa contagiosa, aparentemente encantada con esta nueva experiencia.

—Jem siempre habla de lo avanzada que eres, ¿así que por qué no avanzamos a la parte en donde te la pasas dormida toda la noche? —dijo Kit—. Me pregunto si tener a una madre que es una bruja inmortal significará que irás madurando más rápido que otros bebés.

Mina no tuvo respuesta para esto. Kit no cargaba a Mina tan seguido, aunque sí se inclinaba mucho sobre la cuna para verla o sobre el brazo de alguien más y a veces le ofrecía toda su atención, incómodo, cuando entraba a una habitación donde ella estuviera. Frecuentemente le daba su dedo índice para que ella lo tomara, y ahora que Mina podía enfocarse mucho mejor, siempre extendía sus manos autoritariamente cada vez que Kit se acercaba. Jem estaba seguro que ella sabía que Min-Min era el nombre de Kit para ella, y Kit era el chico que sostenía su mano.

Ahora estaba envuelta de una forma poco elegante en los brazos de Kit, con la gran manta blanca de lana que Catarina Loss había tejido para pasearla. Kit tropezó mientras caminaba por el suelo y dio un traspié. Jem se tensó preparado para correr hacia ellos y atraparlos. Pero Kit se sostuvo contra la pared, aunque soltó una maldición mientras lo hacía e inmediatamente se vio horrorizado y ya cuando era muy tarde, trató de cubrir una de las orejas de Mina.

—¡Por favor no le digas a Jem y Tessa que dije esa palabra frente a ti! —exclamó Kit.

Mina, quien claramente pensó que Kit estaba jugando con ella, le dio otra sonrisa adormilada que extendió su pequeño rostro y luego bostezó como un gatito. Kit se mordió el labio y le comenzó a tararear una incierta línea de una canción , varias veces. Pronto, estaba babeando contra la camiseta de Kit, la cual tenía un diseño que Kit le había contado a Jem que referenciaban a unos superhéroes. Kit le dio unas palmaditas en su espalda.

—Eso es —murmuró Kit, sonando orgulloso consigo mismo—. Es nuestro secreto.

Jem miró a Kit y a Mina por otro rato, y luego se deslizó de vuelta a su habitación, dejando que Kit regresara a su propia cama creyendo que había ayudado a Jem y Tessa a descansar.

* * *

Janus seguía pensando en esa palabra, «Cónsul», y Alec, y decidió que debía verlo por su cuenta. No podía hacerse pasar por el *parabatai* de Alec si no sabía de la vida de Alec primero. Su padre siempre había dicho que el conocimiento era poder para ser usado en la batalla.

Era demasiado peligroso ir dentro del Instituto y arriesgarse a que alguien lo viera, pero Janus recordaba dónde había estado el departamento de Magnus. Se ocultó y observó la puerta hasta que Alec salió. Era uno de los soleados días de primavera en Nueva York que eran incluso mejor que el verano, el cielo estaba repleto de una luz clara y de suaves brisas.

Alec estaba donde siempre había querido estar: caminando con tanta facilidad a lado de Magnus. Habían dos niños con ellos. Uno con el cabello notablemente rizado, muy oscuro y corto, y a pesar de ser demasiado joven para soportar las Marcas, aún tenía la indudable gracia en él que lo nombraba como cazador de sombras. Sus pequeños dedos estaban envueltos y seguros en una de las manos anilladas de Magnus. Su otra mano estaba escondida y unida a la de Alec en uno de los bolsillos de la sudadera vieja y desabrochada de Alec. El otro niño usaba un glamour para parecer un mundano, pero Janus vio debajo de él una piel azul y cuernos. El niño brujo estaba en los hombros de Alec, riendo y golpeando sus pies contra el pecho de Alec.

Le tomó un momento a Janus darse cuenta de la cosa más extraña. El pecho y hombros de Alec eran más anchos de lo que habían sido en su mundo. Alec había muerto cuando seguía siendo un chico siempre un poco asustado de enamorarse.

Cónsul, pensó Janus. *Debes estar tan orgulloso.*

Janus los siguió mientras se dirigían al Jardín Botánico de Brooklyn, donde los cerezos estaban floreciendo. Alec y Magnus parecían estar llevando a esos niños al Cherry Blossom Festival.

Los niños estaban emocionados. Los rosados racimos de flores formaban una suave avenida a su alrededor, un arco de mármol rosa cobró vida, pétalos cayendo como brillante confeti hacia su cabello. El niño pequeño en los hombros de Alec atrapó los pétalos en sus manos. Los árboles proveían una cobertura suficiente para que Janus no fuera visto.

Habían tambores japoneses debajo de un quiosco de música, y la gente bailaba en el pasto. Alec bajó al niño brujo, y él inmediatamente corrió hacia la multitud de bailarines y comenzó a hacer posturas dramáticas. Magnus fue con él y comenzó a bailar con el pequeño, aunque los movimientos de Magnus no involucraron caerse sobre su trasero.

El niño cazador de sombras imitó a Alec, y se recargó contra un árbol con sus brazos cruzados de la misma forma en que los de Alec se encontraban, hasta que Magnus le hizo señas y dijo, «Rafe», y su serio semblante se iluminó y corrió hacia él. Entonces sostuvo las manos de Magnus y dejó que Magnus le diera vueltas, sus pies se elevaron mientras él giraba sobre la tierra.

Alec los miró por un rato, afectuosamente, y luego se alejó para comprar helados. Una pareja joven de subterráneos, una chica lobo y un chico hada, estaban esperando en la fila y lo vieron llegar con un deleite nervioso.

—¡Es nuestro Cónsul! —dijo la chica lobo.

—No es técnicamente nuestro —dijo el chico hada—. Le pertenece a los cazadores de sombras que no son idiotas. Maia es tu líder y el rey Kieran es el mío.

—Puedo tener a un Cónsul también como un líder de la manada si así lo quiero —murmuró la mujer lobo—. ¡Ahí viene! ¿Qué le decimos?

—¡No puedo mentir, Michelle! —dijo el hada—. ¡Ya lo sabes! Tendrás que pretender que somos geniales por los dos.

Alec les dio un saludo con la cabeza, todavía seguía sintiéndose incómodo con los extraños, pero trataba de ser amable en una forma que el Alec que Janus había conocido tal vez no lo habría sido.

Alec les sonrió de forma ladeada cuando los dos guardaron silencio.

—Hola, ¿están aquí por el festival? —intentó decir.

—¡Sí! —exclamó el chico hada con voz entrecortada.

—Yo también —dijo Alec—. Salida familiar. Esos de ahí son mis niños, con mi esposo. Por ahí. Ese es mi esposo.

Alec dijo «mi esposo» con tanto orgullo, como si la palabra fuera una nueva y atesorada adquisición con el brillo todavía en ella, algo que quería enseñarle a todo el mundo.

Mi novio, Clary había llamado a Janus, un par de veces, y lo había hecho tan feliz finalmente ser suyo, y el pensar que ella debía estar orgullosa de que él fuera suyo. Se

había sentido avergonzado por demostrar lo feliz que era. Ahora que recordaba las emociones, ellas lo pincharon como alfileres y agujas, como si sus muertas extremidades hambrientas de sangre finalmente comenzaran a despertar. Y como las agujas y alfileres, dolían.

—Oh, felicidades —le dijo la chica lobo Michelle a Alec, mirándolo como si fuera a llorar—. Tu esposo. Eso es tan genial.

El chico asintió enérgicamente.

—Em, gracias —dijo Alec—. Encantado de conocerlos. Disfruten el festival.

Regresó con su familia, donde los niños pidieron a gritos su helado con enorme alegría. Alec deslizó sus brazos alrededor de Magnus, y bailaron juntos un poco, Alec con una ligera torpeza en el baile que nunca mostraba cuando estaba luchando, pero sonreía, con sus ojos cerrados y su mejilla apoyada contra la de Magnus.

La joven pareja paseó con sus helados, que estaban decorados con pétalos de rosas y que el chico hada parecía disfrutar más que su novia, charlaban emocionados sobre la increíble experiencia que acababan de tener.

Janus los observó, y cuando se alejaron del camino en dirección a los árboles para tener privacidad, él les permitió que lo vieran.

—Eres Jace Herondale —jadeó la chica hada, obviamente emocionada—. Jace Herondale *y* Alec Lightwood. Este es literalmente el mejor día de mi vida. No puedo esperar a decirle a mamá.

—En realidad —dijo Janus—. Apreciaría si no le dijeran a nadie. Los dos son de la misma edad que mis amigos y yo teníamos cuando salvamos al mundo. Creo que puedo confiar en ambos. Creo que pueden hacer cosas grandiosas. Me encantaría tener su ayuda.

Los dos se miraron el uno al otro con un inesperado y extraño entusiasmo.

—¿Ayudar con qué? —dijo la chica lobo.

Janus les contó. Todo parecía ir bien al inicio. Sus ojos estaban brillando. Querían ser héroes con desesperación. Él mismo había querido ser uno, una vez.

Esta chica lobo, que parecía conocer más al Alec y Jace de este mundo, estaba asintiendo ansiosamente. El chico hada asentía menos y decía muy poco. Janus no confiaba en él. Después de que terminó de hablar y pretendió irse, Janus giró y los siguió en silencio. Podía sentir su runa de Silencio brillar contra su piel: una nueva sensación después de tanto tiempo.

—No me importa quién sea —dijo el hada—. No confío en él. Se lo diré al rey.

Bueno, gana algo y pierde algo. Lo que importaba era saber cuándo debías deshacerte de tus pérdidas.

Janus cortó sus gargantas y enterró a los jóvenes amantes lado a lado bajo las hojas verdes de los árboles de primavera. Se aseguró de cerrarles los ojos y juntar la mano de la chica entre la del chico antes de que alisara el suelo sobre ambos. Les dio la muerte que deseó que le dieran a él también.

* * *

Mina despertó temprano en la mañana. Esta vez, Jem llegó a ella primero, antes de que Kit o Tessa tuvieran la oportunidad de moverse. Mina le sonrió con un fascinante deleite cuando vio el rostro de Jem asomarse por el lado de la cuna, como si se hubiera preocupado que esta vez él no vendría.

—Nunca habrá nada de lo que tengas que preocuparte, Mina mía —dijo Jem—. Corazón de melón.

La vistió en su mameluco rojo con un conejo azul en la parte frontal que Magnus les había enviado, y luego la puso en su cangurera. Mina hizo un suave murmullo, emocionada mientras él la cargaba. Ella amaba las excursiones.

Caminaron juntos por el bosque en dirección al pueblo. El pueblo era muy pequeño. y había una asombrosa panadería que visitaban con frecuencia. Las dos chicas que dirigían la panadería eran muy amigables.

—Ay, mira —escuchó que una de las chicas le susurraba a la otra, lo suficientemente bajo para que él no la hubiera escuchado si aún no tuviera el oído de un cazador de sombras—. ¡Volvió a traer a la bebé!

Jem compró un *pain au chocolat*[48] para Kit, porque a él le gustaban, y unos pasteles de manzana y uvas para Tessa.

—A mi esposa no le gusta el chocolate —explicó—. Pero a mi… pero a Kit sí le gusta.

—Claro, ¿es el sobrino… de tu esposa? —El tono de la mujer era amigable al igual que curioso.

---

[48] N. T. En francés, pan de chocolate.

—Sobrino, primo. —Jem se encogió de hombros—. Misma familia. Estuvimos muy felices cuando accedió a venir a vivir con nosotros.

La mujer le guiñó un ojo.

—Mi hermanita dice que es una bestia absoluta.

Jem no creyó que esa fuera una agradable cosa que decir sobre Kit.

—Ambos parecen ser una pareja muy feliz —continuó la mujer, lo cual *era* algo agradable—. ¿Han estado juntos por mucho tiempo?

—Solo hemos estado casados por un par de años —dijo Jem—. Pero tuvimos un larguísimo compromiso. —Aceptó la bolsa de papel con los pasteles con una sonrisa y tomó la mano con hoyuelos de Mina y se despidió de ellas—. Dile adiós a las amables señoritas, Mina.

—¡Es tan lindo! —escuchó que la mujer susurraba mientras la puerta de la panadería se cerraba detrás de ambos—. Me mata.

—¿Escuchaste eso, Mina mía? —murmuró Jem—. Creen que eres linda. Y por supuesto que están en lo correcto.

Mina saludó a los árboles en ligeros movimientos descoordinados, como una pequeñita reina aceptando un tributo. Tomó el camino largo por el bosque, pasando la taberna de paja donde a veces tomaban el té de la tarde y cruzaron el puente para que Mina pudiera balbucear hacia el arroyo.

A través de hojas verdes cambiantes y los radiantes rayos de luz del sol, Jem vio el techo color pizarra y el yeso blanquecino y desigual de la pequeña mansión que era su hogar.

Esta casa, ubicada en el borde de Dartmoor, había pertenecido a la familia Carstairs por un largo tiempo. El tío de Jem, Elias Carstairs, había sido dueño de la casa una vez y había vivido ahí con su familia. A pesar de que Kit no lo sabía, Jem y Tessa habían llamado a Magnus para poner salvaguardas alrededor de la casa que evitaba que aquellos con malas intenciones cruzaran dentro de la propiedad.

A un lado de la casa, una puerta azul francesa se abrió , mostrando una cocina pintada de blanco alumbrada con la luz del sol. La familia de Jem estaba desayunando en una enorme mesa de madera. Tessa usaba una bata blanca, y Kit seguía en su pijama de superhéroes, y le dieron la bienvenida a los pastelillos con exclamaciones de alegría.

—Mina y yo viajamos muy lejos, y hemos regresado brindando amor y con alimentos horneados.

—Mi aventurera Mina —dijo Tessa, besando el sedoso cabello de Mina, y luego levantando su rostro para besar a Jem—. ¿Estás lista para vencer a los malvados vampiros usando tu conocimiento de la tecnología y los itinerarios del tren, como en *Drácula*?

—Vi la película —dijo Kit.

—Leí el libro —respondió Tessa.

—No tengo idea de lo que están hablando —dijo Jem, al unísono—. Pero a Mina la adoran en el pueblo.

Tessa levantó una ceja.

—Estoy segura de que así es.

—Pero una de las hermanas de la mujer fue irrespetuosa con Kit. No te vuelvas amigo de ella, Kit. Dijo que eras una bestia.

Kit sonrió, victorioso.

—¿En serio? ¿En verdad alguien dijo eso? ¿Quién dijo eso?

—Oh, ¿es algo bueno? —preguntó Jem.

—He estado *haciendo* ejercicio —dijo Kit, feliz consigo mismo.

—Yo tampoco sabía que eso era algo bueno —le confesó Tessa a Jem—. El lenguaje cambia tan seguido a través de los años, es difícil seguirle el paso. Especialmente al coloquial. Es fascinante, pero a veces preferiría volver a los significados simples de las palabras.

—Sí, bueno, Min tiene que aprender cómo es que las personas de su edad hablan en estos días —dijo Kit con severidad.

Mina hizo un suave ruidito y levantó sus manos hacia él, y Kit entregó voluntariamente su dedo índice para que ella lo tomara. Continuó comiendo su *pain au chocolat* con su mano libre.

—Quieres que los demás niños piensen que eres genial, ¿cierto, Min? —le preguntó y ella gorgoteó en acuerdo—. Eres afortunada de que esté aquí.

Tessa se abalanzó hacia Kit desde atrás, despeinando su cabello dorado con la mano que no sostenía su pastel, mientras se dirigía a la estufa para darle algo de café a Jem.

—Somos afortunados de tenerte aquí —le dijo ella.

Kit bajó la cabeza, pero no sin que antes Jem viera su rostro sonrojarse, complacido y tímido.

* * *

Una vez que enterró a los niños, Janus volvió y vio que Magnus y Alec se habían alejado a la dirección contraria, más lejos de la música. Alec y los niños estaban jugando fútbol con una pelota rosa neón. Alec, siendo Alec, parte de lo que hacía era jugar, y su otra parte les enseñaba con paciencia. Janus recordó cuando eran niños, cómo cada vez que él o Isabelle no eran tan buenos como Alec, él practicaría con ellos infinitas veces hasta que ambos fueran mejor que el mismo Alec. Siempre, hacía lo mismo. Janus lo había olvidado, hasta ahora.

El niño cazador de sombras era bueno en el fútbol estando concentrado, pero constantemente abandonaba el juego y zigzagueaba de vuelta a Magnus, revoloteando a su lado como un adorable abejorro.

Janus recordó lo que Magnus se había convertido en su mundo, la lastimosa cosa que su cuerpo había sido. Era extraño ver a Magnus vivo y a salvo, sentado debajo de un árbol de cerezo floreciente. Estaba usando unas botas púrpuras con hebillas, jeans ajustados, y una camiseta sin mangas que tenía la frase «EL PODER LO TIENE ESTE NENE» garabateada con polvo de hada. Estaba recargado contra el árbol, sus ojos de gato tenían esa perezosa línea vertical, pero sonreía cada vez que el niño cazador de sombras volvía con él, y después de la quinta vez le hizo un pequeño gesto, y las flores del cerezo que habían caído comenzaron a dar vueltas alrededor de la cabeza del niño, tejiendo intrincados patrones como brazaletes alrededor de sus brazos, acariciando sus mejillas redondas y haciéndolo reír.

El niño brujo era muy competitivo en el fútbol, sus piernas cortas correteaban furiosamente sobre el césped. Eventualmente pareció realmente preocupado por la posibilidad de que Alec le ganara, y tomó la pelota entre sus brazos y se alejó corriendo con ella, en dirección a Magnus y al otro niño.

—¡Gané! —anunció el pequeño brujo—. Yo siempre gano.

Magnus besó la mejilla del niño y se rió, y el sonido de su risa hizo que Alec una ligera sonrisa apareciera en el rostro de Alec mientras corría hacia ellos. Janus había olvidado lo mucho que Alec había comenzado a sonreír, una vez que Magnus entró a su vida.

—¿Escuché que perdiste un partido de fútbol? —se burló Magnus—. ¿Y que el Cónsul es un gran perdedor?

Alec se encogió de hombros.

—Supongo que no habrá un beso para mí.

Janus se dio cuenta que estaba coqueteando con él. Alec no había vivido lo suficiente para aprender a hacer eso, no de la manera tan confiada en que lo hacía ahora.

—Oh, tal vez lo haya —dijo Magnus.

El niño cazador de sombras seguía jugando con las flores flotantes. El pequeño brujo puso su pelota en el suelo y corrió detrás de ella mientras ésta se alejaba rodando.

Alec se inclinó, tomando la camisa de Magnus con polvo de hada entre sus manos para jalar a Magnus hacia él. La picuda cabeza de Magnus se movió hacia atrás, y uno de los brazos de Alec rodearon la cintura de Magnus.

Janus recordó el otro mundo. Alec aún había estado adherido a lo que Magnus se había convertido, incluso al final. Esas fuertes manos con cicatrices de arquero, siempre listas para proteger y defender, lo sostuvieron con rapidez. Incluso en la muerte, no parecía haber forma alguna de separar a Alec de su agarre.

Janus no tuvo la oportunidad de sostener a Clary entre sus manos una vez más, como Alec lo había hecho con Magnus. Janus entendía la elección que su *parabatai* había hecho, la única opción que él podía haber hecho con la maldad en su apogeo y todos a los que amaba entre las ruinas.

Con un aullido, Sebastian había pateado el cuerpo de Alec. Los restos desolados de su conexión *parabatai* habían estado gritando. Fue una de las pocas veces en que Janus fue capaz de pensar: *Mátalo.*

Ahora, entre el parque iluminado por la luz del sol, la tierra crujió. Janus se giró para enfrentar a su enemigo, maldiciéndose por haberse distraído, por ser sentimental, justo como Sebastian y Valentine siempre le habían dicho que era.

—¿Qué estás haciendo, tío Jace? —preguntó el niño brujo, apretando su pelota y claramente complacido de haber hecho un descubrimiento mucho más increíble. Su redonda cara estaba sonriendo curiosamente.

Janus se quedó inmóvil.

—¿Estás jugando a las escondidas? —continuó el pequeño.

Lentamente, Janus movió su mano en dirección a su daga.

—Sí —susurró.

El chico se lanzó hacia los arbustos y puso sus brazos alrededor de la pierna de Janus. La mano de Janus se cerró con más fuerza en el cuchillo.

—Te amo, tío Jace —susurró el niño, con una sonrisa conspiratoria, y Janus se estremeció—. No estés triste. No diré dónde estás escondido.

Janus sacó su cuchillo. Los brujos no eran confiables para andar por ahí con libertad. Sería una muerte rápida y limpia, y mucho mejor para Alec, a pesar de todo.

—¡Max! —gritó Alec. Aún no sonaba preocupado, pero si no había una respuesta, lo estaría.

Max, pensó Janus. Hace mucho tiempo atrás, había sido el más joven de los Lightwood. En este mundo donde Magnus estaba vivo, también Alec lo estaba. Alec era el Cónsul, y los dos tenían hijos. Alec había nombrado a su hijo en memoria de la pérdida de Max.

Janus soltó su cuchillo. Y dejó ir al niño. Sus manos estaban temblando demasiado para poder sostenerlos.

El pequeño Max salió corriendo de los arbustos con sus brazos extendidos, haciendo un sonido zumbante como si fuera un avión, y corrió de vuelta a su familia. Cuando volvieron a casa del parque, Max seguía aferrado a su pelota, trotando junto a Magnus mientras Magnus cantaba una canción de cuna en español, y el pequeño cazador de sombras dormía, babeando sobre el hombro de Alec.

Janus no los siguió a la salida del parque. Se quedó en las puertas y los vio alejarse. Las palabras del juramento *parabatai* se repitieron en la cabeza de Janus, peores que una sentencia de muerte.

Donde tú mueras, yo moriré, y allí seré enterrado.

Él no había mantenido su juramento, pero había querido hacerlo. La muerte habría sido un alivio. La muerte habría significado estar con Clary.

Hace mucho tiempo en el otro mundo, cuando Sebastian estaba durmiendo, Janus había regresado por Alec, pero los cuerpos habían desaparecido. Ahora Janus esperaba que no hubieran sido devorados por los errabundos y hambrientos demonios. Esperaba que Maryse hubiera quemado a Magnus y Alec. Deseó que ese apacible viento se hubiera llevado sus cenizas lejos, y que los dejara estar juntos.

* * *

Cuando se mudaron a Cirenworth Hall, la casa en Inglaterra que habían elegido para que fuera el hogar de su familia, Jem y Tessa habían notado lo frecuentemente que los ojos de Kit se dirigían a los objetos de valor con los que habían decorado la casa.

Una tarde reunieron todo en lo que pudieron pensar y pusieron sus posesiones más preciadas en la habitación de Kit, apoyándolas en las mesas y el los alféizares de ventanas.

Entonces, cuando Kit entró a su habitación, se quedó ahí por un tiempo y estuvo absolutamente callado. Eventualmente, Jem y Tessa tocaron a su puerta. Al escuchar su murmullo de asentimiento, abrieron la puerta y miraron adentro. Hallaron a Kit de pie en medio de la habitación. No había tocado nada.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Kit—. ¿Creen que lo robaré y… y quieren que me…?

Sonaba desamparado. Sus ojos azules cayeron en las primeras ediciones de Tessa, en el violín Stradivarius de Jem, como si fueran señales y él estuviera tratando de encontrar su camino en una tierra desconocida.

—Queremos que te quedes, y que sepas que la elección es totalmente tuya, y queríamos enseñarte algo —dijo Jem—. Queremos que sepas que no hay nada en esta casa que sea más preciado que tú.

Y Kit se había quedado.

* * *

La casa que la reina Seelie les había dado estaba en una colina hundida cerca de los riscos blanquecinos del mar, cientos de leguas lejos de la corte Seelie y unseelie, y lejos de cualquier mirada indiscreta que pudiera espiar al hijo duramente perdido y ansiosamente buscado por la reina.

Dentro de la casa, las paredes relucieron con sombras. Mientras Janus entraba por la puerta en la oscuridad, las sombras temblaron con el viento que se escabulló con él.

Ash estaba recostado sobre el sofá, sus largas piernas extendidas, vestido con ropas de Feéra que la reina le había dado. Seda negra y terciopelo verde. Solamente lo más fino para su hijo. Ash no había envejecido mucho desde que habían vuelto de Thule. Aún parecía tener dieciséis, la cual era la edad que Janus creía que tenía. Él estaba sosteniendo una pieza de papel frente a la luz, estudiándola atentamente.

Cuando escuchó que la puerta se cerraba, Ash giró su cabeza, el cabello sedoso y de oro blanco que había heredado de su padre cayó sobre sus orejas puntiagudas de hada, y precipitadamente escondió la hoja de papel con restos de sangre en su bolsillo.

—¿Qué es eso? —preguntó Janus.

—Nada importante[49] —dijo Ash parpadeando lentamente con sus ojos tan verdes como el pasto—. Has vuelto.

—¿Crees que pudiera haber tenido mis ojos de ese color —había dicho Sebastian una vez, una tarde en la noche cuando se encontraba en uno de sus estados más melancólicos —, si nuestro padre no hubiera… hecho lo que hizo, y me hiciera lo que soy?

Janus no había sido capaz de responder. No podía imaginar a Sebastian o a sus lisos ojos de tiburón, muertos como el sol y negros como la eterna noche de su mundo, como si no fueran nada más que eso. Cuando miraba los ojos de Ash, verdes como la primavera, verdes como un nuevo comienzo, pensaba en alguien más enteramente.

Era difícil mantener secretos a Sebastian. Él siempre los arrebataba. Pero Janus se había guardado ese.

—Es bueno volver —Janus le dijo a Ash lentamente.

No le gustaba mucho Feéra, pero Ash estaba ahí. Había necesitado un lugar seguro para Ash. Ash iba a cambiarlo todo. Ash era la clave. Nada malo podía sucederle.

Janus sabía que Ash quería que a él le gustara el lugar más de lo que a él le importaba. Cuando habían llegado, Ash le había pedido a la reina, su madre, por un piano. Y ahora el piano yacía cerca de las puertas, pulido y brillante sombríamente, reflejado por todas las ventanas. Janus trató de no mirarlo.

—Dijiste que antes solías tocar —expresó Ash cuando el piano llegó.

Ash pareció decepcionado cuando Janus dijo que ya no recordaba cómo hacerlo.

---

[49] N.T: Sí, era el dibujo de Dru Blackthorn, que su hermano Julian trazó y dejó olvidado en Thule en «Reina del Aire y la Oscuridad»

Janus había imaginado que Ash estaría feliz y a salvo, de vuelta con su madre, pero la reina dijo que Ash no podía quedarse en la Corte.

—Perdí a una hija que nunca regresará —les dijo con espinas en su voz—. Perdí a un hijo que volvió más allá de la esperanza. Nunca volveré a ponerlo en peligro. Debe estar oculto y seguro.

Así que Ash vivía aislado en su casa, en este palacio en la cima de la colina, y Janus vivía aquí con él. Por ahora.

A Janus no le gustaba la idea de abandonar a Ash para que viviera en el Instituto de Nueva York. Pero ahí era donde Clary estaba.

Donde sea que estés es donde yo quiero estar.

Janus necesitaba agua para borrar el sabor amargo de su boca. Fue a conseguirla, y Ash lo siguió. Los pasos de Ash eran tan suaves como los de un hada y entrenados como los de un cazador de sombras, completamente silenciosos, era como tener una sombra pálida.

Cuando Ash llegó a Thule por primera vez, Sebastian había estado complacido. A Sebastian siempre le había gustado la idea de que alguien estuviera unido en sangre con él. Lo había visto como una señal de que todo lo estaba haciendo correctamente, que un heredero le había sido enviado de otro mundo para él, ya que en Thule, la reina Seelie había muerto antes de que hubiera dado a luz.

Satisfacía la vanidad de Sebastian que Ash se le pareciera. Sebastian había pensado que finalmente tenía lo que siempre había querido: alguien como él. Sebastian acogió a Ash y le permitió a Janus hacer lo mismo. Por un tiempo Sebastian jugó con Ash, tratando de adiestrarlo, pero Sebastian se aburría de sus juguetes con rapidez y los rompía.

Sebastian no había sido paciente con Ash durante un tiempo antes del fin.

Una vez Sebastian había estado entrenando a Ash, y Ash había cometido un error. Sebastian había ido tras él con un látigo.

El rostro de Sebastian estuvo sorprendido y ofendido cuando Janus se puso entre ambos y recibió el azote entre sus manos. El látigo abrió las manos de Janus, y la sangre manchó el suelo.

—¿Por qué no hay que azotarlo? Padre lo hizo *conmigo*. —Ahora el látigo era la voz de Sebastian—. Y soy fuerte. Él no lo hizo contigo, y eras débil hasta que puse mis manos en ti. Debo hacer lo mejor para mi hijo, ¿no es cierto?

Janus ya estaba convencido. Debería soltar el látigo y dejar que Sebastian hiriera a Ash.

Pero sus palabras sobrepasaban sus pensamientos, como si no pudiera controlarlas.

—Claro. Es solo que hay tantas cosas que debes hacer. Entrenar a un niño debería ser el trabajo de un general, no el de un gobernador. Eres mejor que esto. Sabes que solo deseo servirte y nunca fallarte. Déjame entrenarlo, y si no es satisfactorio, entonces los azotes pueden guiarlo.

Ya había sentido el aburrimiento de Sebastian con respecto al entrenamiento. Después de un momento Sebastian arrojó el látigo y al chico a un lado y se alejó. Ash miró a Sebastian alejarse.

—Es una mierda de padre —murmuró Ash.

—No hables así —ordenó Janus.

El rostro de Ash cambió cuando movió su mirada de Sebastian a Janus, deteniéndose en las sangrantes manos de Janus. Cuando los ojos de Ash no eran tan duros y reservados, a Janus le recordaban a Clary. Lo hacían pensar en cómo Clary había visto a Simon o a Luke, antes de que Clary y Luke murieran y Simon desapareciera. Cuando Sebastian vino por la madre de Clary, Luke trató de interponerse frente a Sebastian.

—Haré lo que me digas —expresó Ash de repente—. Como serás mi profesor. Ya verás. Te haré sentir orgulloso.

Después de eso, Janus entrenó a Ash, pero Janus nunca debió haberse metido. Sebastian notó cuántas horas pasaba Janus con Ash y decidió que quería ver los resultados de todo su entrenamiento.

Sebastian tenía una fosa con demonios bajo el suelo de Psychopomp, su club nocturno favorito. Era una agradable obra maestra y un método convencional para deshacerse de los traidores de la Estrella. Sebastian ordenó que se le diera una espada a Ash y que fuera soltado en la fosa.

Ash no protestó ni luchó. Dejó que Janus lo dirigiera, al borde del pozo. Luego dio un paso en el aire y cayó.

Una oscura horda de demonios se cernió sobre él.

Sebastian y Janus se inclinaron hacia delante al mismo tiempo, Janus enfermo con un dolor que no entendía y Sebastian sonriendo como un ángel guardián. Ambos vieron cómo la cabeza de Ash emergió a través de la horda de demonios, como un nadador

luchando en busca de la superficie en un oscuro océano. Se elevó… y se elevó, y se elevó otra vez. Se levantó hacia el cielo, con alas negras extendiéndose de su espalda.

—Ah. —Sebastian sonó maravillado—. Ha sucedido.

—¿Qué pasa? —exclamó Janus—. ¿Qué le está sucediendo?

—Se ha vuelto más —dijo Sebastian—. El rey Unseelie experimentó con magia en él, y tiene la sangre de Lilith. Esas son las alas de un ángel… de un ángel caído. Siempre estuvieron en su sangre, pero Thule las extrajo de él.

Sebastian estaba aplaudiendo, riendo mientras Ash giraba y volaba por lo bajo, atacando con su espada, degollando los cuellos de decenas de demonios en un instante. El icor manchó las paredes de la fosa.

Las manos de Janus hormiguearon.

Una vez había derrotado a Sebastian, hace mucho tiempo, cuando era alguien más.

Ambos fuimos entrenados por Valentine. Pero yo traté con más fuerza, porque amaba a mi padre y quería complacerlo terriblemente mal. Y entonces llegó Robert y Maryse, e Isabelle y Alec, siempre Alec, cada uno de ellos me enseñaron cualquier cosa que sabían, para que pudiera protegerme por mi cuenta. Porque me amaban. Era mejor que Sebastian. Era mejor.

También había entrenado con Clary, unas pocas veces. Se había comprometido a enseñarle todo lo que sabía, para ella siempre pudiera protegerse. Y así pudieran luchar juntos. Ash era tan temerario y determinado como ella lo era. Janus podía enseñarle todo, y así Ash siempre estaría a salvo. No sabía cómo, pero era importante que Ash siempre estuviera a salvo.

Cuando Janus miró pelear a Ash, pensó que cuando Ash creciera, tal vez también pudiera derrotar a Sebastian. Derrumbó la idea traicionera, pero no pudo evitar sonreír con una pequeña sonrisa dirigida a Ash.

Los labios de Ash se curvaron mostrando sus dientes. Era su cara de desprecio hacia su padre, el desdén hacia su padre, dirigido al propio Sebastian. Y entonces sus ojos verdes pasaron con una total indiferencia marchita sobre Sebastian, y se posaron en Janus. Ash le sonrió.

Janus se quedó helado.

Y también la voz de Sebastian.

—Mi padre —musitó—. Mi hermana.

—Por favor —suplicó Janus. No podía hablar sobre Clary—. No. Por favor.

A Sebastian no le quedaba ni una pizca de misericordia,

—Mi padre, mi hermana, mi hijo. Todos eran míos. Y aún así todos te quisieron más *a ti*. El dulce niño de Valentine. El príncipe dorado de Clary. El ángel guardián de Ash.

Nadie más tenía el valor de pronunciar el nombre de Clary en voz alta.

—Ya deberías saber —dijo Sebastian—. Que nada de lo que sientas por Ash es real. El rey Unseelie lo dotó con muchas habilidades. Las alas sólo son una expresión exterior de ello. También tiene el poder de comandar perfecto amor y perfecta lealtad. No tienes más opción que protegerlo.

Janus estaba helado. Sus latidos iban a un ritmo lento, torpe en su pecho. Nunca se le ocurrió dudar de Sebastian. Había visto la forma en que Annabel actuaba con Ash. Cómo se hubiera dejado caer sobre cristales rotos para que él caminara sobre ella.

Esto era el por qué. *Esto* era el por qué. Nada de lo que Janus sintiera por Ash era real.

Sebastian ordenó que cerraran la fosa. Ash salió volando, directo y oscuro como una flecha, y se arrodilló en el borde del pozo, su espada brillando. Sus alas batieron con suavidad en el inmóvil aire de Thule.

—¿Estás enojado, Jace? —dijo Sebastian—. ¿De que te haya contado la verdad?

Janus había negado con la cabeza.

—No. Existo para servirte.

Era cierto. Sebastian era más fuerte. Lo que Janus había hecho una vez, Sebastian lo había vencido al final.

—Sí. —Sebastian sonó pensativo—. Eres mío. Y también lo es el mundo. Pero el mundo está vacío estos días, ¿no es así?

El mundo había estado vacío desde que Clary murió. Janus nunca había esperado volver a encontrar un significado en él. Pensó en ello tiempo después, cuando sanaba las heridas de Ash, y cuando entrenaban. Si Ash tenía poder sobre él, pensó Janus, no lo usaba. Nunca le ordenó a Janus hacer nada que él no quisiera hacer.

Ash lo escuchaba. Era cuidadoso. Nunca desafiaba a Sebastian. Seguía entrenando. Ash era muy bueno, pero ya no satisfacía a Sebastian.

A veces Janus atrapaba a Sebastian mirando a Ash de una forma que Janus reconocía. Había un filo y acero en esa mirada, como si fuera un cuchillo de disección.

Un día, cuando Sebastian estaba durmiendo —era un poquito más fácil hacer ciertas cosas cuando Sebastian estaba durmiendo—, Janus llevó a Ash afuera y hablaron sobre viajar, sobre ir a algún lado, y sobre no molestar a su padre.

Janus trató de explicarle, trató de averiguar cómo le sería posible explicar. No podía decirle: *Él quiere lastimarte, y yo no.* Eso sería imposible. Janus y Sebastian solo querían las mismas cosas.

Janus terminó de rodillas en las cenizas, tratando de liberar sus palabras. Ash hizo lo que su padre nunca había hecho, y también cayó de rodillas. Y había puesto sus brazos alrededor de Janus.

—Ven conmigo —le dijo.

—No puedo —jadeó Janus a través de oleadas de agonía—. Sabes que no puedo.

Y entonces gritó. Se sentía correcto, hacer lo que Sebastian quería, era correcto. No sabía cómo hacer algo más, y cuando lo intentaba, iba mal. Y dolía demasiado. Siguió gritando.

—Basta —dijo Ash—. Basta.

—¿Entiendes lo que estoy tratando de decirte? —preguntó Janus, su voz turbia. Su cabeza resonaba con dolor y su boca estaba repleta de sangre por haber mordido su lengua, pero él estaba acostumbrado a la sangre.

—Sí —había susurrado Ash—. Lo entiendo. Puedes parar.

La siguiente vez que Ash y Sebastian estuvieron juntos, Ash pretendió sentir indiferencia como era usual. Pero Janus atrapó una mirada oculta en esos ojos verdes, tan fríos como cualquier mirada hacia Sebastian.

Ash ahora odia a Sebastian, notó Janus, y supo que él había empeorado todo.

Había sabido que Ash estaba condenado. Pero en su lugar, Sebastian había muerto, y ahora Janus y Ash estaban en otro mundo. No había sido fácil llegar aquí. Pero valió la pena. Todo podía ser diferente aquí.

Janus terminó su vaso de agua, trató de respirar, y miró hacia donde Ash estaba de pie. Ash lo estaba mirando, y Janus removió el pálido cabello de la frente de Ash. Trató de ser gentil. Siempre lo hacía sentir más firme, en este mundo y en el otro, mirar a Ash. El hijo de Sebastian, con los ojos verdes de Clary. La única cosa a parte de Sebastian que a Janus se le permitía amar. Ash, quien era amado y seguía sin estar a salvo, Ash, quien era todo lo que Janus tenía.

Por ahora.

—Hay sangre en tus manos —murmuró Ash.

Janus se encogió de hombros.

—Eso no es nada bueno.

Se sentó en la mesa tallada de roble, donde la última bellota que había caído del árbol muerto estaba puesta en el centro de la mesa. Apoyó su cansada cabeza sobre sus brazos. Una vez Sebastian le había dicho a Janus que él siempre se estaba quemando, pero era mejor cuando tenía a Janus, cuando ambos ardían juntos. Ahora Sebastian estaba muerto, y Janus seguía quemándose. Ash apoyó una ligera mano en el hombro de Janus.

—Pensé que estarías mejor aquí —le dijo en voz baja—. Pero no es así. ¿Verdad?

Janus levantó su cabeza, para tranquilizar a Ash.

—Lo estaré —le prometió—. Pronto.

—Oh sí. Casi lo había olvidado —señaló Ash, apartándose—. Cuando te vayas y me dejes.

Janus lo miró sorprendido.

—¿Por qué te dejaría?

—Porque solo me amas porque tienes que hacerlo —dijo Ash—. Es el hechizo. Lealtad perfecta. ¿Creías que no lo sabía?

Los ojos de Ash eran de un verde helado. Y ya no se parecieron a los de Clary en absoluto.

* * *

Janus volvió a la casa de Magnus, sin saber porqué lo hizo. Estaba consciente que sería una locura acercarse al Instituto, pero seguramente esto era seguro. Vestía todo de negro como un cazador de sombras suele hacer. Estaba oculto junto a la sombra de un muro cerca del desván de Magnus, esperando a que saliera alguien a quien conocía, pero en vez de eso vio luz y movimiento detrás de las ventanas. Quizá se quedarían en casa esta tarde. Después de todo era una mística noche nublada.

Luego una voz proveniente de otra dirección habló.

—Te mataré, Jace Herondale.

La última vez que Janus había visto a Simon en su mundo había dicho algo similar. La cara de Simon había sido pálida como la luna y de dieciséis años, siempre dieciséis años. Parecía un niño perdido, pero en ese mundo había muchos niños perdidos.

Ahora Simon caminaba por una calle en Nueva York. Estaba más alto y mayor, con la piel bronceada y con runas, y estaba cargando comida.

Simon no era un vampiro, Janus se dio cuenta. Era… era un *cazador de sombras*. ¿Qué *había sucedido* en este mundo?

—¿Sí? —dijo Simon, su voz divertida—. Ajá, sí, ajá. Sigue alardeando, es lo mejor que sabes hacer. Prepárate para ser destruído. No eres tan bueno en los videojuegos como crees que eres.

Cambió su bolsa de compras de papel marrón a la curva de su codo, su teléfono se quedó presionado entre su hombro y su oreja.

—Sí, tengo los cupcakes —añadió—. Y tú estás haciendo tu trabajo, ¿cierto? ¡Mantén a los Lightwood lejos de la cocina! No puedes dejar que toquen nada.

Hubo una pausa.

—Isabelle es el amor de mi vida, pero su salsa de siete condimentos es como los nueve círculos del Infierno —dijo Simon—. ¡No le digas que dije eso! ¿Literalmente le estás contando lo que dije mientras sigues en el teléfono conmigo? Estás realmente muerto.

Simon colgó y soltó su teléfono en el bolsillo de sus pantalones, negando con la cabeza. Y entonces entró por la puerta, parecía que tenía una llave. Janus se deslizó hacia la salida de emergencia y trepó al segundo piso. Arrodillándose, se asomó por la ventana.

A través del vidrio mojado por la lluvia vio a alguien bailando y riendo, con un largo cabello negro arremolinándose sobre sus hombros. Después de un momento de aturdimiento, Janus se dio cuenta quién era. Isabelle, viva. Isabelle, haciendo poses llamativas y riendo. Alec fue a la ventana y le dio un abrazo, con un solo brazo, mientras ella colmaba de besos al niño que se retorcía y se escondía debajo del brazo de Alec.

Janus había estado con Valentine, y con Sebastian, más tiempo del que había estado con ellos, con su familia. A veces había parecido como si fuera un sueño sentimental —*más de tu debilidad, Jace*— que alguna vez hubiera tenido a los Lightwood en absoluto. Alec, Isabelle, Max, Maryse, Robert. Su familia.

¿Pero qué le había hecho a Maryse?

Lo que él tenía que hacer, se recordó Janus, apretando su mano alrededor del mango de su espada. La mejor opción, la opción correcta. No podía ser débil.

Había un brillo en el borde de la visión de Janus, como casi siempre lo había, burlándose y atormentándolo, nunca uniéndose a nada verdadero. Excepto que esta vez, lo hizo. Tantas veces desde que Clary murió, Janus había vagado por todas partes pensando que lograría verla, esperando con desesperación ver su fantasma, o un susurro, por cualquier cosa excepto la infinita oscuridad sin ella. Tenía que dejar de desearla, dejar de tener fe en ella, dejar de buscarla. Tenía que quemar su corazón hasta que no quedaran más que cenizas. Sin importar a donde mirara, ella nunca estaba ahí.

Hasta ahora.

Ahora entendía por qué Isabelle había estado haciendo poses llamativas.

Clary la estaba dibujando.

Se había acunado en un asiento en la ventana opuesta a Isabelle, su cuaderno de dibujos estaba balanceado entre ellas, su perfil contorneado contra el cristal. Esta vez, ella no se desvaneció o se averió. Esta vez, era real.

Había muerto en su mundo cuando era un chica, pero aquí era una mujer. Tenía cicatrices de runas en sus brazos, su piel estaba un poco más oscura y sus pecas un poco más iluminadas, y sus ojos eran del color del pasto que ya no crecía más en Thule. Su cabello estaba levantado en un chongo en la parte trasera de su cabeza, un par de furiosos mechones se escapaban de él. Ella brillaba como una luz. Ella lo era todo.

Donde sea que estés es en donde yo quiero estar.

Se sentía mareado con el anhelo de sostenerla, abrumado por la propia urgencia.

Por qué no, pensó por un osado momento, aunque sabía que no se le era permitido ser temerario. Lo había sido una vez. Se podía ver a sí mismo haciéndolo: yendo hacia ella, hacia ellos. Diciéndole a Clary todo, y finalmente descansando, con su cabeza en la rodilla de ella.

Y entonces *él* entró en la habitación, y el mundo se volvió negro y rojo con furiosa desesperación.

Vestía todo de negro, como Janus lo estaba, pero estaba sonriendo: mirando a su alrededor con facilidad, y de forma casual, con un aire absoluto de pertenencia. Alec le sonrió. Isabelle se inclinó hacia él y le dio un golpecito con una uña pintada. Y Clary, Clary, su Clary… levantó su hermosa cara hacia él y le dio un beso.

Él estaba allí, el Jace de este mundo, y Janus lo odió. Janus quería matarlo, y él podía hacerlo. ¿Por qué él tenía que tenerlo todo, cuando Janus no tenía nada? Él debió haber sido el que tenía que quedarse en esta dimensión. No Jace.

La lluvia golpeó las ventanas y difuminó a todos los que estaban a su vista. Se esforzó para ver un vistazo del brillante cabello de Clary, y no pudo hacerlo. La había vuelto a perder. Estaba amargamente cansado de perderla. Bajó por la salida de emergencia y cayó en el callejón más cercano, donde estaba oscuro, donde estaría escondido, donde podía gritar toda la absoluta agonía de su alma. Trató, pero como si fuera una pesadilla, ningún sonido llegó.

Janus quería recordar el rostro de Clary en la ventana. Pero no podía verlo sin tener que ver el de Jace. Ese suave y joven rostro, la luminosa cabeza que se sostenía arrogantemente en alto, los ojos claros y dorados que nunca habían visto a su *parabatai* muerto, las manos que nunca habían matado a Maryse y a innumerables otros. Esa cara que nunca había conocido un mundo oscurecido y arruinado después de la pérdida de Clary. Ese era el chico que luchó del lado de los ángeles, todo un adulto.

El dulce niño de Valentine. El príncipe dorado de Clary. Janus ahora entendía los desgraciados y asesinos celos en la voz de Sebastian, los celos de todo lo que nunca podría ser.

Janus nunca podría ser ese chico otra vez, o el hombre en el que se había convertido.

Sus estremecedoras respiraciones sonaban casi como sollozos, pero dejó de respirar cuando escuchó su voz. La voz de Clary. Como si estuviera parada solo a un par de centímetros lejos.

—¿Cómo es que *todos* los vampiros están borrachos? —dijo Clary—. No, me refiero a que, entiendo cómo, Maia, es solo que no sé por qué alguien creyó que sería una buena idea.

Hubo una pausa. Janus se deslizó hacia la entrada del callejón. Aún le parecía imposible creerlo, pero ella estaba ahí. Clary estaba de pie afuera, un teléfono presionado contra su hombro y su oído mientras se paseaba de un lado a otro, una figura delgada y vívida contra la oscuridad. Estaba tratando de ponerse su abrigo y tratando de mantener el agarre en su sombrilla. Mientras lo hacía, su estela se cayó en la acera, sin que lo notara, girando hasta que se detuvo contra un cesto de basura.

—… Bueno, supongo que ambas culpamos a Elliott —dijo Clary—. ¡No digas más! Simon el ex-subterráneo y su confiable *parabatai* están de camino para mantener la paz. —Clary casi se volvió hacia él. Las luces de la calle hicieron que las gotas de lluvia atrapadas en su cabello brillaran como un velo radiante.

Este era otro mundo. Aún habían ángeles aquí. Janus salió del callejón, levantando su estela.

—… ¿*Quién* invitó a una stripper llamada Bollos de Hada? —exclamó Clary hacia el teléfono.

Ella se acercó más hacia él. La mano de él se aferró a la estela. Sabía que acercarse a ella en su estado actual era una locura, pero estaba demasiado cerca…

—Ni siquiera sé qué decirte sobre la stripper. Adiós, Maia —dijo Clary, negando con la cabeza mientras terminaba la llamada.

Janus dio un par de pasos y se encontró detrás de ella, justo lejos de las luces de la calle.

—Oye —dijo Clary, aún distraída por su teléfono—. Creí que te quedarías.

No lo estaba mirando. Él tragó y sostuvo la estela.

—Te seguí —dijo, su voz sonó extraña para sus propios oídos—. Dejaste esto adentro. Deberías llevarla contigo.

—Oh —dijo Clary, tomándola y deslizándola en su abrigo—. Gracias. Creí que estaba en mi bolsillo.

Levantó la sombrilla para que también lo protegiera a él, y se inclinó ligeramente hacia él. No más fantasías, no más sueños. Él sabía que ninguna de las ilusiones con las que había tratado de engañarse jamás se habría acercado a esto. Cada detalle había estado equivocado, todo en el mundo había estado mal, y todo en él también lo había estado.

Había pasado su tiempo arrastrándose por la ardiente arena del desierto donde el cuerpo de ella estuvo por años, pero ahora había un resplandeciente oasis frente a él. Ella estaba aquí. Estaba viva otra vez. Estaba con él, y él habría sufrido a través de un larguísimo día en cada desesperante año otra vez para poder tocarla por un momento más.

Clary era cálida, y respiraba. Y se quedaría de esa forma, sin importar lo que él tuviera que hacer o a quién tuviera que matar para mantenerla a salvo, para mantenerla con él. Se apoyó contra él con perfecta confianza.

Un mechón brillante por la lluvia acarició el hombro de Janus, y se sintió bendecido, a salvo, a pesar de haber fallado al intentar salvarla. Todo podía ser diferente aquí.

—El meet ‘n’ greet de los vampiros y hombres lobo ha descendido a un caos total —reportó Clary, su voz indescriptiblemente dulce en sus oídos—. Pero Simon y yo mantendremos las cosas bajo control. Tú ve y ten un buen rato.

Él quería que siguiera hablando, y que lo dejara sostenerla y beber cada una de sus palabras, pero ella estaba esperando a que él dijera algo. Tenía que decir algo. Sabía que se había quedado rígido y extraño, y sabía por la tensión en el cuerpo de ella que podía sentir que algo no estaba bien, pero él no tenía idea de cómo arreglarlo, o cómo relajarse, cómo ser la persona que una vez había sido.

Su voz se quebró.

—Te… te extrañé.

Ella tenía que creerle. Nunca jamás había dicho unas palabras con tanto significado.

—Ay —dijo Clary, su mejilla contra el hombro de él—. Nadie más que yo creerá jamás lo tan dulce que eres.

Su susurro fue áspero.

—Nadie más que tú creería jamás que soy dulce.

Ella rió. Él la había hecho reír. Habían sido tantísimos años en silencio desde la última vez que había escuchado ese sonido.

—Esto no debería tomar tanto tiempo. Le dije a Maia que Simon y yo estaríamos allí y tal vez escoltaríamos a un par de los peores delincuentes de regreso al Hotel Dumort. Normalmente Lily mantendría todo en orden, pero Maia dice que Lily también está totalmente borracha.

—Iré contigo. —Janus respiró la esencia de su cabello—. Te mantendré a salvo.

—No es necesario —le dijo Clary. Comenzó a alejarse.

Janus la detuvo, abrazándola con fuerza contra él. No la dejaría alejarse de él. No otra vez.

Ella levantó su cabeza. Divisó su hermoso rostro en un destello de la luz de la luna seguido de una sombra, y vio sus ojos estrecharse.

—¿Qué sucede contigo, Jace? Estás actuando muy extraño…

No. No. Tienes que creer que soy yo, sabes que soy yo, sabes que yo soy quien en verdad pertenece contigo.

Las palabras tartamudearon a través de la mente de Janus. Quería tranquilizar el malestar en la voz de ella. Quería que ella volviera a recargarse contra él de nuevo. Su toque hacía que el mundo volviera a estar bien.

Hubo un sonido de las ruedas de una camioneta, rechinando hasta detenerse en la calle de enfrente.

—Ese es Simon —dijo Clary—. No te preocupes. Volveré pronto.

Volverás. Pero no conmigo.

La dejó ir. Le tomó toda la fuerza que tenía. Ella le sonrió cuando lo hizo, claramente perpleja por la forma en que él estaba actuando.

Lo sabe, pensó aterrorizado, pero entonces tuvo su recompensa.

Se paró de puntitas y lo besó en su hambrienta boca. La memoria de miles de años atrás llegó a él, besando a Clary en un callejón repleto de lluvia, el sentimiento de su húmeda piel, la esencia de su sudor y el perfume y el sabor de su boca. Sus brazos estaban alrededor de él; su cuerpo tenía más curvas, más completo, y la redondez de sus caderas debajo de sus manos y el sentimiento de sus pechos a través de su chaqueta abrumaron sus tambaleantes sentidos, haciéndolo sentir mareado. Apenas podía respirar, pero prefería tenerla a ella en lugar de obtener aire. El beso pintó cada sombra en oro.

Ella se apartó, y ahora la expresión en su cara estaba más confusa que nunca. Presionó sus dedos contra sus labios. Los ojos de ella buscaron su rostro, incluso mientras su corazón latía de manera desigual en su pecho. Él retrocedió, hacia las profundas sombras. Ella estaba comenzando a dudar, pensó.

—Te amo —le dijo él—. Tantísimo. Algún día sabrás lo mucho que te amo.

—*Jace* —dijo ella, y entonces Simon tocó el claxon de la camioneta.

Clary suspiró, su aliento se condensó en niebla.

—Ve a divertirte. Has estado trabajando demasiado —dijo, sonriendo con una ligera e insegura sonrisa, y se alejó corriendo hacia la camioneta de Simon.

Janus quedó destrozado cuando la camioneta se alejó, cayendo sobre sus rodillas en el cemento mojado y sucio. Besó el suelo donde Clary había estado de pie. Se acurrucó ahí, con la cara presionada contra la roca, temblando sobre sus rodillas.

No sería capaz de matar a Jace con facilidad y tomar su lugar junto a Clary. Todos lo sabrían. No conocía ninguno de sus chistes, o la forma en que todos interactuaban. Apenas había sido capaz de engañar a Clary por un par de minutos robados en la oscuridad. Incluso ahora, ella sospechaba de él, y más tarde, podría preguntarle a Jace por qué había actuado tan raro… Janus no podía soportar pensar en ello. Nunca podría engañarlos a todos en la luz. No todavía.

No se había dado cuenta que por un tiempo se había empapado hasta la piel, temblando por el frío y la rabia. Los odiaba a todos. Odiaba a Alec e Isabelle, y a Magnus y a Simon. Odiaba y amaba a Clary de la misma manera y era como veneno en su garganta. Por todos esos años que había sido torturado y ellos no lo habían notado o les había importado o incluso lo habían extrañado.

Algún día él les enseñaría lo que la oscuridad podía hacer.

* * *

Los bosques y los jardines estaban repletos de recuerdos, pero también lo estaba su hogar. Jem y Tessa habían puesto fotos en las paredes de piedra, fotografías en blanco y negro cuidadosamente preservadas: de Will, de James y Lucie, que eran el medio hermano y la media hermana de Mina, separados por más de un siglo. Algún día podrían señalar cada rostro hacia Mina y le dirían sus nombres y que ellos la habrían amado.

Los recuerdos eran como el amor: dolían y sanaban, ambos al mismo tiempo.

Esa noche, todos estaban reunidos en la enfermería, leyéndole a Mina un cuento para dormir. Mina estaba en el regazo de Tessa, mordiendo con avidez el borde cubierto de goma de su libro. Tessa finalizó la historia y miró hacia Kit, que estaba recostado en la alfombra, apoyado sobre sus hombros.

—Una vez me transformé en tu madre —le dijo Tessa en voz baja—. Sé que nunca la conociste.

Kit se tensó pero trató de actuar como si no fuera la gran cosa, como hacía casi siempre.

—Sí, todavía sigo procesando el hecho de que literalmente soy el bebé de Rosemary —señaló.

—Leí el libro —dijo Tessa con una ligera sonrisa.

—Vi la película —respondió Kit.

—No tengo idea de lo que están hablando —dijo Jem, como usualmente lo hacía cada vez que jugaban Leí el libro/Vi la película.

Más tarde Tessa le prestaría el libro, o Kit descargaría la película en su laptop.

—No quiero lastimarte —dijo Tessa—. Sé que no puedo reemplazarla o compensar su pérdida. Pero quería decirte que tu madre, la Herondale perdida, la descendiente de la Primer Heredera… ella te amaba. Y jamás quiso dejarte. Pasó su vida entera huyendo: era la única solución que conocía. Pero el momento más feliz para ella fue cuando regresó con tu padre, y vivieron juntos escondiéndose por un par de años, y te tuvo a ti. Los recuerdos no vuelven a mí con la misma claridad que antes, pero puedo recordarla a ella, recuerdo verla cargándote cuando eras tan pequeño como mi Mina lo es ahora. Y conozco la canción que solía cantarte.

Kit se levantó. Y se sentó junto a los pies de Tessa con su cabeza agachada mientras ella comenzaba a cantar. Jem tomó su violín. Tocó una canción de amor y pérdida, de la búsqueda y el descubrimiento, una melodía que corría como un río debajo de un puente con la voz de su esposa, la melodía que más amaba en todo el mundo.

—Le di a mi amor una historia sin fin. Le di a mi amor un bebé sin llanto.

Cantó la canción de Rosemary Herondale, y Jem pensó en lo imposiblemente afortunado que él había sido. Todo habría podido ser oscuridad, y silencio, eterno, hasta que él perdiera la esperanza incluso para creer en lo que vendría después de la muerte. Si Tessa no hubiera estado, si también la hubiera perdido, si ella no hubiera sido inmortal… pero entonces ella no habría sido quien era. Esa tal vez había sido una parte de lo que le había atraído de ella al inicio, cuando era un chico en su lecho de muerte hace más de un siglo atrás, y ella era la chica más hermosa que alguna vez había visto: una chica que había viajado hasta él cruzando el océano, imposible y mágica y tan hermosa más que las historias o la música, una chica que viviría por siempre.

Al menos, ya no estaba condenado, y ella seguía siendo bellísima.

Jem tocó una canción por Will, por todos los que él amó hasta las costas más lejanas, y por su esposa y su hija y el chico que estaba a salvo bajo su cuidado, aquí unidos en ésta cálida habitación en su hogar. Tal vez un día serían separados, pero todos podrían recordar este momento y está melodía.

—La historia de mi amor por ti —cantó Tessa—. *No tiene fin.*

Jem le creyó.

* * *

Janus visitó a la reina Seelie antes de regresar con Ash.

—Sabías que mis planes no tenían oportunidad de funcionar —le dijo a ella, su voz plana—. Sabías que no podía pretender ser ese… ese idiota arrogante.

—Él tiene la arrogancia de tener fortuna y ser amado —dijo la reina—. ¿Pero en realidad quieres que todos ellos te amen y crean que eres él? ¿O prefieres ser amado por quien realmente eres?

—Sabes lo que querría —dijo él.

Su sonrisa era tan curvada como la cola de un gato.

—Y puedes tenerlo. Déjanos hacer nuevos planes.

La reina siempre había querido que él se quedara en la casa de los espejos junto al mar, ahora lo sabía. Quería que fuera el guardián de Ash, el guardia de Ash que nadie podría traspasar.

Janus podía hacer eso. Quería hacer eso. La ayudaría y al deseo de su corazón, si ella le daba esto. Hablaron por un largo rato. La reina parecía complacida por la idea de tener a alguien en Nueva York que le haría un favor a Janus. Ella dijo que podría darle a Lily una poción para olvidar, hasta que el tiempo llegara para que Janus reclamara el favor. La reina sugirió un par de ideas más, y luego dijo que Ash lo estaba esperando.

La reina tenía razón.

Esta vez Janus no atrapó a Ash desprevenido. Ash le dio la bienvenida a Janus mientras subía por la tortuosa carretera de camino a casa.

Ash había estado afuera volando. Janus observó mientras Ash descendía, aterrizando en el extenso césped del acantilado junto al mar. Sus alas negras se plegaron contra su estrecha espalda y sus anchos hombros, y hubo una gran expectativa en el rostro de Ash casi como si fuera esperanza.

Ash había mirado a su padre, Sebastian, de esa misma forma hace mucho tiempo, pero no había durado. Miró a su madre, la reina, de esa forma, pero ahora el destello estaba comenzando a desvanecerse, mientras Ash aprendía lo diferente que su madre era en comparación a los recuerdos de su niñez y sus anhelos.

Ash solo tenía a Janus, pero Janus no lo defraudaría como sus padres lo habían hecho.

—Regresaste. Te estaba vigilando —dijo Ash.

—¿Cómo supiste que estaba viniendo? —preguntó Janus.

—No lo sabía. Es solo que a veces daba un vistazo nada más para ver si vendrías. Eso es todo.

Ash se encogió de hombros, pero Janus no creyó que su acción fuera tan indiferente como Ash quería que pareciera.

—Vi a Clary —dijo Janus en voz baja—. Algún día ella estará con nosotros.

—Creí… —Ash parecía perplejo—. Creí que te irías a vivir con ella al Instituto de Nueva York.

—Los planes cambian —dijo Janus.

—¿Cuál es el nuevo plan? —dijo Ash—. ¿Te quedarás?

Mi última esperanza, Janus quería decir. *Siempre te amaré y nunca te dejaré. Sé que este mundo puede ser mejor que el nuestro, porque tú vienes de éste.*

—¿Qué sucedería si fuera así? —Janus le preguntó a Ash—. ¿Qué es lo que dirías si dijera que me quedaré contigo y te entrenaré?

Ash pateó un guijarro.

—Diría que no entiendo el por qué —respondió—. Te conozco, no tienes sentimientos reales por mí. Quieres quedarte y protegerme porque los Artificios Oscuros te obligan. *Tienes* que amarme y ser leal a mí. Pero la distancia hace que ese sentimiento se disuelva. Sé que mi madre realmente me ama, a su manera, porque aún me extrañaba cuando no estaba aquí. Pero creí que tú… que una vez que comenzaras a viajar más seguido al mundo mortal…

—No sabía eso —dijo Janus, pensando en las palabras de Sebastian hace tiempo atrás sobre el poder de Ash que inspiraba amor—. Que la distancia hace que se disuelva.

—Lo hace —dijo Ash—. Así que si te quieres ir ahora…

—No me iré —dijo Janus, una oleada de calor, como una pequeña marea, elevó su corazón—. Nunca he sentido nada diferente por ti en el mundo mundano que las veces en las que estás junto a mí. Eres mío.

Ash sonrió.

—¿De quién más podría ser?

El hijo de la reina y de Sebastian. La sangre de Lilith, y Valentine, y Clary.

Tiene un buen nombre, había dicho Sebastian una vez. *Nació para reinar sobre un mundo vuelto en cenizas*[50].

Janus había visto lo que Sebastian le había hecho a un mundo. Era momento de saber lo que Ash le haría a este. Cuando los planes de Janus se completaran —cuando el mundo se convirtiera en caos y muerte—, Janus y Ash podrían pertenecer.

Esta era una segunda oportunidad. Cuando la oscuridad llegara, Janus podría proteger a Clary. Podría mantener a su familia a salvo. A todos los que amaba, comenzando con Ash.

—Si te enseño cómo ser un cazador de sombras, si te enseño a soportar runas, dolerá.

—Está bien —respondió Ash—. El antiguo rey Unseelie me lastimó. Mi padre me hirió. Estoy acostumbrado a ello.

—No quiero lastimarte —murmuró Janus.

—Lo sé —dijo Ash—. Es por eso que está bien.

Valentine había adiestrado a Janus a través de la disciplina que a veces parecía dura, y había sido la manera correcta de criar a Janus de esa forma, pero Ash era diferente. Era fuerte e inteligente y rápido. Janus nunca tendría que matar a Ash o hacerse a un lado y verlo ser asesinado. Sebastian estaba muerto, y Janus seguía respirando. Sebastian estaba muerto, y Janus y Ash eran libres.

Ash titubeó.

—¿Qué viste ahí afuera? ¿En el mundo mundano?

Su voz estaba fascinada y casi anhelante. Ash había sido un prisionero la mayor parte de su vida, un ser con alas en una jaula dorada. Incluso ahora no podía salir más allá de su hogar. Habían muchos peligros para el hijo de la reina, y Ash tenía un enorme y brillante futuro frente a él: tan brillante que era como el sol, imposible de contemplar. Janus no debió de haber dejado a Ash solo, pero él se lo compensaría.

Janus haría más que decirle palabras vacías a Ash. Ash debía ser defendido. Si tenía que hacerlo, Janus se desharía de todo aquel que fuera una amenaza para Ash y para los planes que tenía con él. Este nuevo rey Unseelie podría ser un problema. Aún peor, habían rumores de un peligro del que la reina no hablaría, pero que Janus había escuchado de todas formas: el descendiente de alguien conocida como la Primer

---

[50] N.T. “Ash” en inglés significa «cenizas».

Heredera. Quién sea que fuera, si se atrevía a dañar a Ash, si alguien alguna vez se atrevía a dañar a Ash otra vez, Janus los cazaría y le entregaría sus cabezas a Ash.

Las olas azules golpearon contra las rocas, kilómetros abajo desde el acantilado que estaba a sus pies. A Janus le recordó un poema sobre un océano en la tierra de las hadas.

Se sabe que en algún lugar algo cae,
Va con la marea que va y viene
No hay nada perdido, que no pueda encontrarse, si se lo busca.

—Hay un mundo asombroso allá afuera —respondió Janus—. Estaba pensando en buscar un arco y dártelo.

Muy pronto Janus tendría a Clary, y Ash tendría al mundo. Solo tenían que esperar.

Ash sonrió. Detrás de sus ojos verdes, un depredador comenzó a acechar, como un tigre camuflado por las hojas.

—Eso me gustaría —dijo él.

* * *

Tessa estaba acostando a Mina para su siesta. Jem yacía recostado en el largo césped debajo de un roble, con su gato acurrucado contra su pecho, casi se estaba quedando dormido. Iglesia presionó su cara chata y peluda donde podía sentir los latidos de Jem en su pecho. Jem podía sentir el ronroneo del gato retumbando a través de su pecho, como si su corazón y la felicidad del gato se mezclaran para formar una misma canción.

—Nos tomó un largo, largo tiempo ser felices —dijo Jem—. Pero aquí estamos. Creo que valió la pena, ¿no crees?

Iglesia ronroneó en acuerdo.

Estuvieron esperando, mientras el sol se sumergía por debajo del cielo, a Kit a que terminara sus desvíos y estocadas, luchando con violencia con nada más que el aire, y que notara la presencia de ambos.

—Oh, qué hay, Jem —dijo Kit al fin, bajando su espada y limpiando el sudor de su frente con su antebrazo bronceado—. Y qué hay, gato malo.

—En realidad es un gato muy dulce —dijo Jem—. Tienes que aprender cómo es que le gusta ser acariciado.

—Sé cómo es que le gusta que lo acaricien —dijo Kit—. Por ti y por nadie más. Ese gato solo está esperando la oportunidad de mear en mis Cheerios, literalmente. —Señaló a Iglesia de forma acusatoria con su espada—. Te estoy vigilando.

Iglesia no parecía impresionado.

Habían creado un espacio para que Kit entrenara en la parte trasera del jardín. Había sido la primera petición que había hecho, dudoso y asegurando muchas veces que estaba bien si no era conveniente, y Tessa había usado magia y Jem una guadaña para limpiar el espacio al mismo tiempo. Kit entrenaba ahí todos los días.

—Te vi corriendo en círculos al amanecer —señaló Jem-

—Guau, eso es algo horrible que decir de alguien. —Kit se encogió de hombros incómodo, como si estuviera tratando de cambiar el peso de una carga—. No soy… tan naturalmente dotado en esta cosa de los cazadores de sombras. Los Blackth… otras personas, han nacido en Institutos, criados para ser tales, y a mí, mi padre solo me enseñó trucos con cartas. No creo que los demonios se impresionen con mis trucos con las cartas. Aunque son absolutamente excelentes.

—No tienes que ser un cazador de sombras —dijo Jem—. Yo no lo soy. Pero lo fui. Una vez fue lo que quería. Sé cómo se siente, cuando quieres algo tan desesperadamente que casi te destruye.

Luchar. Ser *parabatai* de Will. Matar demonios y proteger a los inocentes, vivir la vida adecuada que sus padres se sentirían orgullosos, cuando los volviera a ver otra vez. Y el pensamiento que llevó a Jem a través de las peores noches mientras crecía y se volvía un hombre, el encontrar un amor igual al de sus padres, transformarse y santificarse. Tenía que esperar, hasta que el amor llegara.

El amor había hecho que la espera valiera la pena.

—Si estás preguntando si estoy luchando contra mi dolor emocional con un rígido castigo físico —dijo Kit—, mi respuesta es un obvio y varonil sí. Pero estaba esperando que el tiempo se acelerara cuando lo hiciera, y un soundtrack de rock comenzaría a sonar, y luego me pondría buenísimo con un montaje como en las películas. Todas esas películas de superhéroes y esa película de boxeo me han mentido.

—Estás mejorando —dijo Jem.

Kit hizo una mueca.

—Todavía me canso con facilidad.

—Cuando aprendí a luchar, estaba muriendo siendo envenenado lentamente —dijo Jem—… Y aún así, era más rápido que tú.

Kit rió. Sus ojos eran los de un Herondale, pero su risa era completamente suya, maliciosa y cínica y a pesar de todo, un poco inocente.

—Entrena conmigo —dijo Kit.

Jem sonrió.

—¿Qué? —preguntó Kit ansiosamente—. ¿No… no quieres hacerlo?

—Una vez le dije lo mismo a alguien —dijo Jem—. Hace mucho tiempo atrás. Él entrenó conmigo. Y ahora yo te entrenaré.

Kit dudó y luego dijo:

—¿Will? —y Jem asintió—. ¿Tú…? —Kit se mordió el labio—. ¿Todavía sigues pensando mucho en él?

—Lo amaba más de lo que me amaba a mí mismo —dijo Jem—. Todavía lo hago. Pienso en él todos los días.

Kit parpadeó rápidamente. Había dolor detrás de sus ojos, del que suele ocultarse, del tipo que Will había soportado junto con sus secretos por muchísimos años. Jem no sabía su exacto significado o forma, pero podía adivinarlo.

—A quien sea que hayas amado, y como fuera que lo hayas amado —dijo Jem—, a cualquiera que ames será afortunado.

Kit otra vez estaba mirando al suelo, al polvo de la superficie donde entrenaba.

Somos polvo y sombras, era lo que Will solía decir.

—Sí, bueno, esa es una opinión impopular —murmuró Kit. Luego levantó su barbilla, sus ojos azules desafiantes, soltando un enfrentamiento ante el dolor—. Tessa dice que mi mamá me amaba, pero nunca la conocí. Ella no me conocía. Mi papá me conocía, y no le importó. No digas que lo hizo. Sé que no es cierto. Pero aparentemente amaba a mi mamá, así que no era que no pudiera amar a nadie. Solo no podía amarme a mí. Y… y el… y… nadie más lo ha hecho, tampoco. No fui suficiente, para detener… No fui

suficiente. Nunca he sido suficiente, para nadie, y estoy tratando, pero no sé si alguna vez lo seré.

Jem no sabía exactamente lo que había sucedido en el Instituto de Los Ángeles, donde él y Tessa habían dejado a Kit creyendo que estaría a salvo. Era claro que Kit había sido terriblemente herido, allí con Emma y los Blackthorn. Jem creía que todos los Blackthorn tenían corazones buenos y francos, pero habían sufrido enormes pérdidas mientras Kit estuvo con ellos, y a veces cuando las personas eran heridas, también lastimaban a otros. Todos eran muy jóvenes, y Kit no había estado con ellos demasiado tiempo.

Jem sabía lo suficiente para ver que Johnny Rook debió de haber hecho algo realmente malo, si había tenido toda la vida de Kit para enseñarle que era amado y nunca lo convenció.

—Amaba a mis padres —dijo Jem—. Y ellos me amaban.

Kit parpadeó.

—Em, bien por ti.

—Tuve una infancia feliz con ellos en Shanghái, el tipo de infancia que tú debiste haber tenido, el tipo de infancia que todos deberían tener. Y luego fueron torturados y asesinados frente a mis ojos, y yo también fui torturado, y los cazadores de sombras me dijeron que debí morir. Sé que debí morir. Podía sentir el veneno atravesando mis venas. Y recuerdo estar recostado acurrucado en una cabina en el fondo de un barco, de camino a Inglaterra, sintiéndome absolutamente pequeño, vacío e indefenso y miserable. Pensé que moriría de esa forma, que no podría soportar la tortura de amar y perder a alguien, nunca más. Pero entonces… llegó Will, y lo amé, y él me amó. Si el corazón de tu padre era tan diminuto y destrozado para amar a alguien más después de haber perdido a tu madre, entonces lo compadezco, porque sé que fue su culpa. No la tuya.

El viento pasó silbando a través de las hojas, pero solo fue un suave suspiro. El verano estaba llegando, y el invierno no vendría hasta dentro de un tiempo.

Kit bajó su espada y caminó hacia el árbol donde Jem estaba sentado. Llegó a su lado y se sentó en el pasto frente a Jem, igual a como se había sentado frente a los pies de Tessa mientras ella le contaba sobre su madre.

—Todo este rollo de «ser el descendiente de la Primer Heredera» —dijo Kit—. No sé qué hacer con ello, pero sé que tengo que estar preparado. Pienso en hadas malvadas, y en los Herondale, y en mi papá, y no sé cómo ser algo más que un enorme desastre.

Jem tampoco sabía lo que estaría por venir, pero estaba seguro de algo. Kit no correría cuando el peligro viniera. Kit se quedaría firme y lucharía. La búsqueda del Herondale

perdido, Jem rechazando las tentaciones del demonio mayor Belial, Jem siendo rechazado y luego vuelto a llamar por Rosemary Herondale, todo eso lo había dirigido a esto. El hijo de Rosemary ahora era de Jem. Era el trabajo de Jem enseñarle a Kit cómo pelear tan bien como pudiera hacerlo.

—Piensa en las personas a las que amas —dijo Jem y Kit se sobresaltó—. No importa si ellos no te amaron, o si lo hicieron. Los mantienes aquí.

Jem lo tomó y descansó su mano contra el pecho de Kit, sintiéndolo latir demasiado rápido contra su palma.

—¿Quieres resguardarlos en un lugar pequeño y maligno, con paredes cerrándose?

Kit negó con la cabeza silenciosamente, sus labios estaban presionados con fuerza.

—No —dijo Jem suavemente—. No lo harás. Elegirás ser tú mismo, y la mejor versión de ti. Puedes descender de dioses y monstruos. Puedes tomar la luz que te dejaron y ser un faro resplandeciendo con su luz en una nueva forma. Puedes combatir la oscuridad. Siempre podrás elegir luchar y tener esperanza. Eso es lo que significa tener un gran corazón. No estés asustado de ser tú mismo.

—Pero… —Kit luchó para encontrar las palabras—. Sé que tú y Tessa me acogieron por Will. Y estoy… estoy agradecido, quiero… puedo ser como…

Sus hombros se estremecieron y Jem tiró de él, poniendo sus brazos alrededor de Kit. Sintió los músculos de Kit tensarse, casi como si fuera a alejarse, y entonces sintió el momento en que Kit escogió recargarse en él y recostar su cabeza en el hombro de Jem.

—No —le dijo Jem ferozmente—. No estés agradecido. Donde hay amor, Kit —murmuró sobre su salvaje cabello dorado—, no hay necesidad de agradecer. Y yo te amo.

Kit tembló y luego asintió, una vez.

—Está bien —susurró Kit.

Jem sintió lágrimas cálidas caer en la curva de su cuello. Sostuvo a Kit a salvo en sus brazos, hasta que las lágrimas se secaron y ambos podían pretender que él no había llorado. Sostuvo a Kit hasta que Iglesia gruñó celosamente y trató de entrometerse entre ambos.

—Gato tonto —murmuró Kit.

Iglesia le siseó y trató de arañarlo. Jem le dio una mirada decepcionada a Iglesia, y luego se puso de pie y le ofreció una mano a Kit.

—Vamos adentro donde es cálido —dijo Jem—. Mañana, comenzaremos con pesas para que puedas aprender el balance correcto para arremeter con esa espada. Por ahora puedo escuchar a Tessa y a Mina. Vamos a estar con nuestra familia.

Las puertas ya estaban abiertas invitándolos a entrar. Mientras se iban acercando Jem pudo ver a Tessa, en un vestido del mismo gris que sus ojos, grises como el río debajo del puente donde ella se había reencontrado con él año tras año tras año. Se estaba riendo.

—No pude lograr que Mina se durmiera —exclamó—. Cree que se irán a una aventura sin ella.

—No hoy —dijo Kit.

Se adelantó a Jem, y Mina se retorció en los brazos de su madre, impaciente para llegar a ambos.

Jem sonrió ante la vista de su hija, y se detuvo lo suficiente para pensar:

Will, mi Will. Estarías tan orgulloso.

Jem fue adentro con su esposa, su bebé y su hijo, a su tan esperado hogar. Sobre su techo de pizarra, la puesta de sol había coloreado las nubes de un color más oscuro que el oro. Esta noche el cielo era de bronce puro, como si invocara los poderes malignos.

Agradecimientos

Gracias a Cathrin Langner por ayudar con los datos, Gavin J. Grant y Emily Houk por mantenernos organizadas, y a Holly Black y a Steve Berman por sus ánimos y apoyo. También gracias a Melissa Scott por su asistencia con «Cada Cosa Exquisita», y a Cindy y Margaret Pon por su ayuda con las traducciones. Nuestro eterno amor y agradecimiento a nuestros amigos y familias.

Agradecimientos… De los Traductores

Algo simple y rápido: A ustedes por su infinita paciencia con el proyecto, por apoyar cada momento y a pesar de cada problema que se atravesó en nuestro camino, ustedes siempre me dieron a mí y a mi equipo la motivación suficiente para seguir con estas traducciones.

Como fan de la saga, mi sueño siempre fue dar la mejor contribución posible para seguir disfrutando este maravilloso mundo y con ello conocer a más personas que con el tiempo, se volvieron amigos incondicionales.

Es por esto y por un par de diminutos detalles más, que seguí con el proyecto, con editores absolutamente asombrosos (quiero decir, ¿han visto el hermoso trabajo de portadas que tenemos?) con traductores que han ayudado en los proyectos más grandes como fue QOAAD y RSOM, con el asombroso chico que realizó la maquetación de RSOM e hizo un trabajo bellísimo, y con tantos amigos más que ayudaron a corregir, editar y coordinar (ustedes ya saben quiénes son).

En fin, un trabajo así de grande no sería posible sin tantas personas. Y bueno… el otro pequeño pedacito es el trabajo que hago. Lo cual no se compara a lo que ellos hacen.

Y como ya se mencionó antes, tampoco seríamos nada sin ustedes y su apoyo. Gracias, gracias, gracias.

—S.

Esperamos que hayas disfrutado de ésta traducción. ¡Nos vemos otra vez en la nueva trilogía de Cassandra Clare, Las Últimas Horas: Cadena de Oro!

¡Únete a nuestro grupo en FB para próximas actualizaciones !